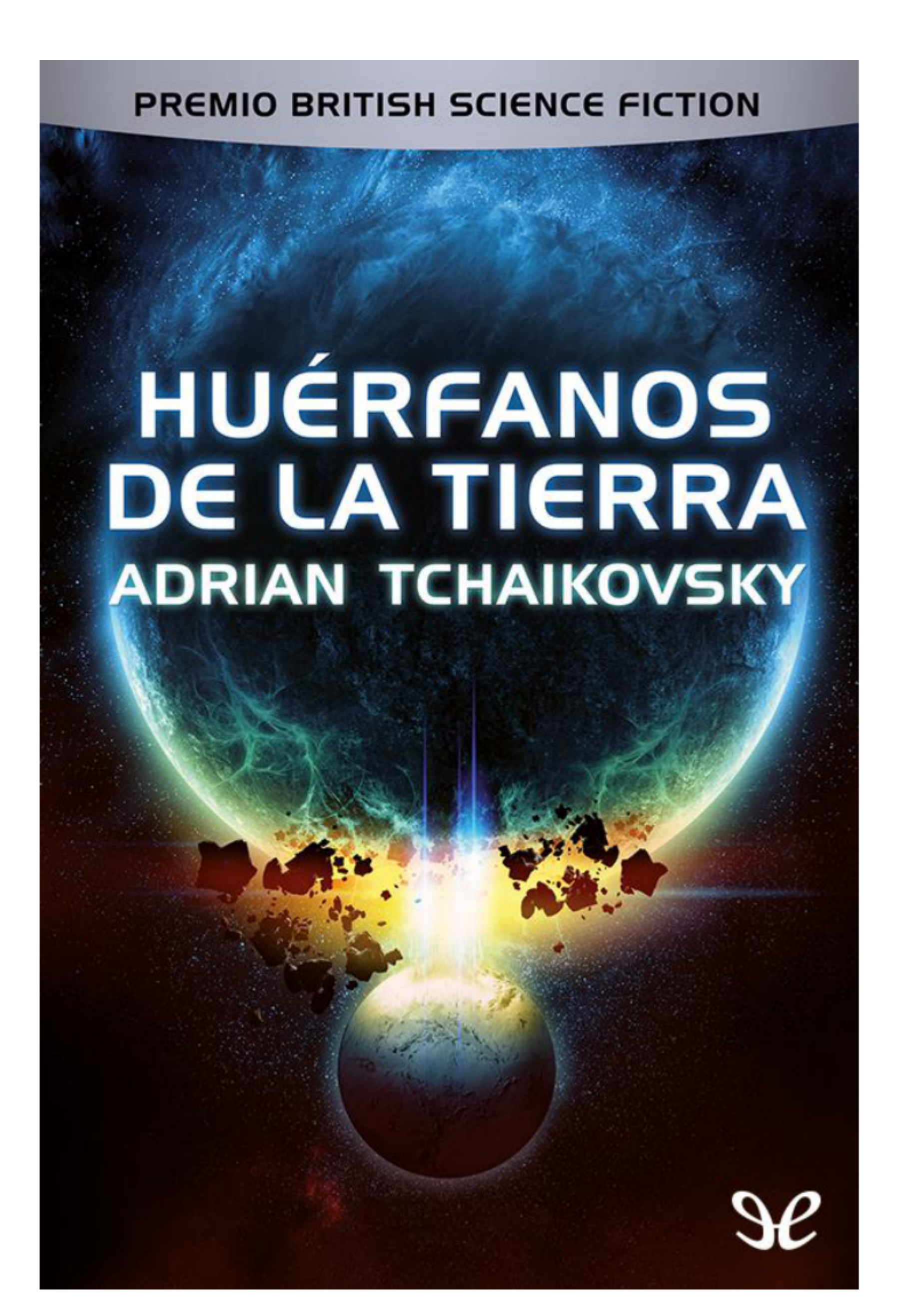

PREMIO BRITISH SCIENCE FICTION
HUÉRFANOS DE LA TIERRA
ADRIAN TCHAIKOVSKY

La guerra ha terminado. Los héroes han caído en el olvido. Pero un descubrimiento fortuito lo cambiará todo.

Idris no ha envejecido ni ha dormido desde que lo reconstruyeron para convertirlo en un arma. Antaño uno de los héroes de la humanidad, hoy se gana la vida pilotando una nave de rescate y procura pasar inadvertido para las grandes potencias.

Después de la destrucción de la Tierra, la humanidad creó una élite de humanos mejorados para salvar a la especie. Idris fue uno de ellos. En el silencio del espacio, podían comunicarse mentalmente con el enemigo, las llamadas Arquitectos. Gracias a ellos, los agresores alienígenas desaparecieron un día… y como resultado Idris y los suyos se volvieron obsoletos.

Cincuenta años después, Idris y su tripulación encuentran algo muy extraño abandonado en el espacio profundo. Es claramente obra de los Arquitectos. ¿Están sus enemigos a punto de volver? ¿Y por qué?

Huyendo de cárteles mafiosos, sectas religiosas y gobiernos, Idris y su tripulación atraviesan la galaxia buscando respuestas. Pues ahora, poseen algo de incalculable valor por lo que muchos están dispuestos a matar.



Adrian Tchaikovsky

Huérfanos de la Tierra

La Arquitectura Final: 01

ePub r1.2

Titivillus 04.08.2024

Título original: *Shards of Earth*
Adrian Tchaikovsky, 2021
Traducción: Julián Díez
Ilustraciones: Maciej Garbacz
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Hemos recorrido un largo camino desde 2007.
Éste es para Simón,
que hizo que pasaran muchas muchas cosas.

Prólogo

En el septuagésimo octavo año de la guerra, un Arquitecto llegó a Berlenhof.

Desde que comenzó la guerra, las luces de la civilización humana se apagaban una por una. Todos esos pequeños mundos mineros, los asentamientos remotos, los hogares que se había construido la gente. Las Colonias, como se las conocía: la gran poliáspora de la expansión humana, derrumbándose desde su centro vacío. Porque los Arquitectos habían llegado primero a la Tierra.

Berlenhof se había convertido en el segundo corazón de la humanidad. Incluso antes de que cayera la Tierra, había sido un mundo próspero y poderoso. Durante la guerra, fue la sede del mando militar y el gobierno civil, coordinando un esfuerzo a escala de toda la civilización para acoger refugiados a medida que cada vez más humanos debían escapar de sus mundos condenados.

Y por ello, cuando llegó el Arquitecto, las Colonias se revolvieron y lucharon, junto a todos los aliados que fueron capaces de reunir. Era la resistencia definitiva contra una amenaza de nivel galáctico, con todas las armas desplegadas, con todos los posibles recursos al descubierto.

Solaz lo recordaba. Ella estuvo allí. División Basilisco, Sororidad Espada Celestial. Su primera batalla.

Se decía que las Colonias tenían un arma secreta. Un arma humana. Solaz les había visto en la reunión previa a la batalla. Nada más que un grupo de hombres y mujeres de apariencia torpe y herida. Mientras que la flota principal se preparaba para defender Berlenhof, un puñado de pequeñas naves dirigían estas «armas» contra el Arquitecto con la esperanza de que este nuevo truco pudiera posponer lo inevitable de alguna forma.

«Inútil, seguramente. Lo mismo podríamos confiar en rezos y buenas intenciones».

En la *Espada Celestial*, todas las que estaban relevadas de servicio observaban con atención los preparativos, queriendo creer que esto era realmente algo. Aunque todas las armas secretas anteriores se habían quedado en nada más que aire caliente y esperanza. Solaz miraba con la misma intensidad que el resto. Era imposible perder de vista al Arquitecto en la pantalla, una enorme masa pulida del tamaño de la Luna perdida de la Tierra, que rechazaba cualquier exploración o sonda que se le enviara. La flota defensora de Berlenhof era en comparación un enjambre de insectos, tan reducido a esa escala que apenas se veía hasta que ella pidió una ampliación. El corazón de las Colonias había reunido allí sus fuerzas con destino a algún otro frente cuando el Arquitecto había emergido desde el nospacio en el límite del sistema. La humanidad no tendría nunca mejores posibilidades.

Contaban con naves castigar y hanni, socios comerciales alienígenas que prestaban sus fuerzas para luchar con los aliados humanos porque los Arquitectos eran un problema compartido. Contaban con una enorme y desordenada flota de naves humanas, algunas de ellas de guerra y otras que no deberían estar en el espacio con cualquier otro propósito que no fuera el de ayudar en una evacuación. Las fábricas orbitales colmeneras habían armado a sus trabajadores. Incluso estaba la inquietante masa de un arca langosta naeromathi, la mayor construcción intrasistemas… pero aun así empequeñecida por el Arquitecto. Y nadie sabía qué era lo que las langostas querían o pensaban acerca de nada, salvo que lucharían contra este enemigo.

Y allí estaba el orgullo de la flota, las hermanas de Solaz: el Partenón. Humanas en el sentido amplio de la palabra humanidad. Las guerreras de diseño que habían sido el escudo de las Colonias desde la caída de la Tierra. *Espada Celestial, Madre Ascendente y Catafracta*, las naves de guerra más avanzadas que había creado la humanidad, equipadas con un armamento que habría resultado inimaginable antes de la guerra.

Al estirarse para ver mejor, Solaz adivinó un pequeño grupo de puntos entre la flota y el Arquitecto: la fuerza de vanguardia. La punta de la lanza humana estaba compuesta por las naves más rápidas de las parteni. Su papel habría sido, normalmente, el de ganar tiempo. Pero en esta ocasión la *Pitonisa, la Ocasio, la Ching*

Shi y el resto llevaban el arma secreta contra el enemigo.

Solaz no se creía una palabra al respecto. O los disruptores de materia y los cazas Punto Cero de la *Espada Celestial* decantaban la batalla o nada lo conseguiría. Mientras se decía eso a sí misma, escuchó el murmullo de otras mujeres relevadas de servicio a su alrededor: «Intermediarios», dijo una en un susurro, como si mencionara un tabú; y luego alguien más, una chica que apenas debía tener la edad para servir, añadió: «Dicen que les cortan el cerebro. Así es como los crean».

—Telemetría entrante —dijo una de las oficiales, y el monitor se centró en esos puntitos. Se dirigían hacia el Arquitecto como si planearan embestir sus montañas. Solaz esforzó la vista para intentar conseguir más información, como si pudiera anular toda esa distancia hasta poner los ojos dentro de las propias naves.

Uno de esos puntos parpadeó. El Arquitecto había percibido su presencia y lo aplastaba pacientemente. Solaz había visto las secuelas de una sola pincelada del poder del Arquitecto: el metal descompuesto y deshecho, curvado y retorcido por intensas presiones gravitatorias. Una nave grande y bien acorazada podría resistir un golpe de refilón. Pero en esas pequeñas no habría supervivientes.

—No tiene sentido —dijo—. Tenemos que salir de aquí. Todas. —Sus manos ansiaron manejar los controles de un disruptor de materia.

—Mirmidón Solaz, ¿crees saber más que las ejemplares de la flota? —Era su superior inmediata, justo detrás de su hombro, por supuesto.

—No, madre.

—Entonces limítate a mirar y estar lista. —Y luego, en un murmullo—. No es que no esté de acuerdo contigo. —Y mientras su superior hablaba, otra de las naves diminutas se desvaneció en la oscuridad.

—¿Eso fue…? —gritó alguien, antes de que la interrumpieran.

—¡Telemetría, actualización y confirmación! —pidió entonces la oficial.

—Una desviación notable —confirmó alguien. La imagen mostraba un informe, con un abanico de líneas que señalaban la trayectoria prevista del Arquitecto y la actual.

—Así que alteró su rumbo. Eso no cambia nada —soltó alguien. Pero otra oficial habló por encima.

—¡Movieron a un Arquitecto! ¡Hicieran lo que hicieran, lo movieron!

Y entonces perdieron todo el contacto. Después de un tenso segundo de silencio, las pantallas parpadearon de nuevo, con el puñado de naves supervivientes huyendo de la nueva trayectoria del Arquitecto hacia Berlenhof. Fuera cual fuera el arma secreta, parecía haber fallado.

—Alerta máxima. Todo el personal fuera de servicio listo para desplazarse adonde sea necesario. ¡El combate llega hasta nosotros! —dijo la voz de la oficial. Pero Solaz seguía mirando las pantallas. ¿No habían conseguido nada? De algún modo, esa arma secreta había alterado la trayectoria del Arquitecto. Nadie había logrado antes ninguna cosa parecida.

Las órdenes pisaron los talones a su pensamiento.

—Prepárense para recibir a la *Pitonisa*. Control de daños, médicos, escolta. —Y ella pertenecía al tercer grupo, con lo que había sido llamada al servicio junto a su equipo.

La *Pitonisa* había sido una nave alargada y esbelta. Su sección frontal abultaba por los motores gravitacionales y luego se estrechaba a lo largo de una cola segmentada. Había perdido esa cola y los dos tercios que quedaban de la nave parecía como si hubieran sido apretados en un puño, convirtiendo cada línea en una curva torturada. Que la nave hubiera sido capaz de volver era impresionante. Tan pronto se abrió la escotilla, la tripulación superviviente empezó a sacar mujeres heridas. Solaz supo por las lecturas de la nave que la mitad de sus tripulantes no saldrían.

—¡Mirmidón Solaz!

—¡Madre! —saludó, a la espera de órdenes.

—¡Lleva esto al puente!

Parpadeó. «Esto» era un hombre. Un colonial. Era delgado, con orejas de soplillo, y parecía como si se hubiera roto por el trauma del combate. Tenía los ojos abiertos y movía los labios sin emitir sonidos. Le había visto antes, en la reunión. Uno de esos intermediarios de los que hablaban.

—¿Madre?

—Llévale al puente. ¡Ahora, mirmidón! —gritó la oficial, y luego

se inclinó y agarró a Solaz por el hombro—. Esto es, hermana. Esto es el arma. Y si es un arma, necesitamos usarla.

Había miles de millones de personas en Berlenhof; tanto la población local como incontables refugiados de otros mundos que habían perdido. Nadie conseguiría sacar ni una milésima parte de esa gente antes de que el Arquitecto destruyera el planeta. Pero cuanto más tiempo pudieran conseguir para la evacuación, más vidas salvarían. Por eso estaba gastando el Partenón sus vidas y sus naves. Por eso estaban consumiendo los colmeneros sus cuerpos artificiales, y por ello morían los mercenarios alienígenas y los partisanos. Cada nave perdida era otro carguero repleto que podía escapar de Berlenhof.

Llevó al hombre a un ascensor, consciente de las miradas atentas que les seguían mientras le arrastraba desde el muelle. Debía de estar sufriendo el peor tipo de shock cultural; los coloniales no se mezclaban con el Partenón y antes de la guerra unos y otras no se profesaban ningún cariño. Y aquí estaba en una nave llena de mujeres, todas con un rostro casi idéntico, y la misma complexión compacta. Lo suficientemente humanas para ser inquietantes, pero para la mayoría de los coloniales, no lo suficientemente humanas.

Estaba diciendo algo. Escuchó algunos sinsentidos durante un momento, pero había aprendido el suficiente colvul para reunir las palabras. Sólo le pedía que esperara. Pero ya estaban en el ascensor.

—Es que no puedo…

—Está aquí… *menheer*. —Tardó un momento en recordar el tratamiento colvul correcto—. Soy la mirmidón Solaz. Le llevo al puente de la *Espada Celestial*. Va a luchar con nosotras.

Él se la quedó mirando, sin salir de su confusión.

—Están heridos. Mi nave. Saltamos…

—Ésta es ahora su nave, *menheer*. —Cuando se puso a temblar de nuevo, le abofeteó—. ¿Nombre, *menheer*?

—Telemmier. —Se puso tenso—. Idris Telemmier. Intermediario. Primera clase.

—Dicen que es usted un arma. Así que tiene que pelear.

Él movió la cabeza, pero entonces ella le sacó del ascensor y las oficiales le llamaron.

Los monitores de batalla formaban un despliegue multicolor en el centro del puente, mostrando a la vasta flota que se dirigía a

enfrentarse con el Arquitecto. Solaz vio que estaban al fin a punto de dispararle, para causar el máximo daño que pudieran con láseres y proyectiles, drones suicidas, explosivos y torsión gravitatoria. Pero su objetivo no era más que ralentizarlo. Una victoria contra el Arquitecto significaba que le causabas el daño suficiente como para que tuviera que matarte antes de que llegaras a ver morir al planeta.

Pusieron a Idris delante de los monitores, aunque Solaz tuvo que mantenerle erguido.

—¿Qué tengo que…? —empezó. Solaz vio que no tenía la menor idea de lo que pasaba.

—Lo que sea que haga, hágalo —le espetó una oficial. Solaz podía ver y sentir que la *Espada Celestial* ya estaba al ataque. Ansiaba estar en las consolas de los disruptores de materia, usando aquella especie de martillo contra la coraza del Arquitecto. No creía en el poder de este intermediario más que en el de un mago.

Con todo, cuando él le dirigió su mirada desvaída, no pudo evitar una sonrisa, y el intermediario pareció extraer algo de ella. Algo brillaba en los ojos del hombre: locura o chispa divina.

Luego los disruptores de materia de su nave hermana se dispararon y Solaz siguió el ataque de la *Catafracta* a través de las lecturas del puente. Era un arma desarrollada tras estudiar a los propios Arquitectos, un martillazo de pura torsión gravitacional que buscaba abrir una brecha en el exterior cristalino del enemigo. Los operadores leyeron los informes de daños: conseguidas unas fisuras, aunque fueran mínimas; nuevos objetivos para un golpe más concentrado. Los cazas Punto Cero de la *Espada Celestial* despegaron y se dispersaron, un centenar de mosquitos que buscaban distraer hacía sí la atención del enemigo en lugar de los grandes cañones.

Todo el puente resonó como un coro durante un momento mientras se disparaba su propio disruptor de materia, que reverberó a todo lo largo de la nave. Solaz se sintió como si gritara a la vez, como le ocurría siempre. Pero mantuvo la boca cerrada, porque en el puente ese tipo de cosas no serían bienvenidas.

Idris jadeó en ese momento, arqueándose hacia atrás sobre sus brazos, y ella le vio sangre en la boca porque se había mordido la lengua. Sus ojos estaban más abiertos de lo que parecía

humanamente posible, con todo el blanco a la vista y también una línea roja a su alrededor. Gritó, lo que provocó exclamaciones preocupadas por todo el puente, que quedaron eclipsadas cuando la exultante al mando de la flota informó de que el Arquitecto se había tambaleado. Era imposible que ese impulso inexorable pudiera haber sido alterado por nada menor que el impacto de un asteroide, pero se había producido en el mismo momento en que Idris gritó.

El disruptor de masa volvió a cantar, y vio que la *Catafracta* y la *Madre Ascendente* disparaban también, todas apuntando a la misma rendija en la estructura del Arquitecto. Naves más pequeñas se dirigían en enjambres más allá de la superficie dentada del coloso, usando todas sus armas, frenéticas por conseguir un ápice de atención del monstruo. Las vio apagarse como velas, a puñados cada vez. Y luego las manos invisibles del Arquitecto se extendieron, agarraron a la *Catafracta* y la abrieron como una flor. La nave y todas las almas que contenía se convirtieron en una deforme escultura de metal que se hundió en el vacío. Lo mismo que haría con Berlenhof cuando alcanzara el planeta.

El arca langosta fue la siguiente en ser destruida, deshilachada en la nada cuando intentaba interponer su masa desintegrada en el camino del Arquitecto. Luego habló el disruptor de la *Espada*, pero el coro era ahora discordante, y pareció que las costuras de la nave se aflojaban por el poder de su propio armamento. Idris aferraba las manos de Solaz de forma dolorosa, recostado sobre ella y sollozando. El Arquitecto se había detenido por primera vez desde que entró en el sistema, sin avanzar más hacia el planeta. En ese momento sintió que Idris vibraba, rígido como si hiciera algo; como si peleara contra el universo por el control de esa maquinaria apocalíptica que era el Arquitecto. Sus oídos se llenaron del rápido y eficiente pulso de los informes del puente; fracturas por tensión, objetivos, la elegante física de la gravedad tratada como un arma contundente. Informes de daños. Tantos informes de daños. El Arquitecto ya les había golpeado una vez y Solaz apenas se había dado cuenta. La mitad de los niveles de la *Espada Celestial* se estaban evacuando.

—¡Se agrieta! —gritó alguien—. ¡Se está agrietando!

—¡Agarraos! —Y Solaz tuvo que agarrarse y también a Idris. Porque la mente del hombre estaba en algún otro lugar, sobre un

campo de batalla que ella no podía ni imaginarse.

Se produjo un terrible impacto y las pantallas fallaron unos momentos. Luego, en medio del caos, mientras la *Espada Celestial* moría, la exultante de la flota le dio a Solaz sus últimas órdenes. Ella actuó en consecuencia: agarró al intermediario —el pequeño colonial que podía ser su mejor arma— y le arrastró por el naufragio. Le condujo a través de las secciones aún enteras de la nave hasta las cápsulas salvavidas. Le dio prioridad sobre sus hermanas porque le habían puesto bajo su responsabilidad, pero también porque representaba la esperanza: el universo ahora contaba con un Arquitecto destruido; antes de la batalla de Berlenhof, ese número no era mayor que cero.

Más tarde, en el enorme campamento médico planetario, Solaz sostenía la mano de Idris cuando despertó. Estaban rodeados por otras bajas de la *Espada Celestial*, las afortunadas que fueron capaces de huir heridas en vez de ser eliminadas. A lo largo de la batalla y en su explosivo final, la mitad de la flota y una docena de orbitales habían quedado inutilizados.

Idris apretó su mano y ella le abrazó de forma impulsiva, como lo hubiera hecho con una hermana. Quedaban más batallas por delante, pero en ese momento no eran más que dos compañeros de armas. Una pareja que se mantuvo firme frente a lo inevitable y fue capaz de darle la vuelta, y la guerra les debía un tiempo para recuperarse.

Seis años más tarde, los intermediarios darían fin a la guerra, aunque no por destruir o ni siquiera derrotar al enemigo. Los Arquitectos, casi un siglo después de perseguir a la humanidad de mundo en mundo, se desvanecieron en el interminable vacío de la galaxia. Nadie podría decir adonde se marcharon. Y nadie sabía cuándo volverían, o si lo harían.

Treinta y nueve años después, despertaron a Solaz de su frío almacenamiento una vez más y le dijeron que sus habilidades como guerrera volvían a ser necesarias. Pero no porque hubieran vuelto los Arquitectos, sino porque el Partenón y las Colonias estaban al borde de la guerra.

1
Roshu

1

Solaz

Solaz había pensado que su escuadrón se reuniría en el muelle del transbordador, en un despliegue de precisión militar y armaduras relucientes como era lo apropiado para la escolta formal de una monitora superior. Pero en su lugar, la monitora los llamó primero al ventanal principal del gran transporte.

—Lo que estáis a punto de ver es un ejemplo práctico —les dijo—. Sé que la ejecutora mirmidón Solaz ya lo ha visto, pero para el resto de vosotras, de aquí es de donde venís. Todas procedemos de la Tierra, y no permitáis que nadie os diga lo contrario.

Había pasado mucho tiempo. Una década en la vida de Solaz, sumados sus periodos fuera de la suspensión; cuarenta años de tiempo objetivo, fuera eso lo que fuera. No había cambiado nada. La Tierra sería la misma para siempre.

La Tierra era como una flor que miraba siempre hacia el sol. Una flor alienígena que podría crecer en algún suelo fértil, en un mundo distante. Una especie de enredadera cuyos brotes se extendían, algo más que vegetales, menos que animales.

La corteza de la Tierra había sido pelada, como unos pétalos que formaran tentáculos en espiral de miles de kilómetros de longitud. El núcleo del planeta estaba deconstruido en anillos y arcos, espirales y brazos curvados, extremidades anhelantes extendidas hacia el vacío… Un centenar de procesos distintos surgidos del corazón viviente del planeta, que se contorsionaba y retorcía, para luego dejarlos asentarse. Una flor de veinte mil kilómetros de radio, extendida para siempre en una eclosión eterna; un monumento a los diez mil millones de personas que no escaparon a tiempo.

Solaz no había sido capaz de pensar en otra cosa la primera vez que vio el hogar perdido de su especie. Recordaba las fiestas, los discursos y las celebraciones cuando la guerra terminó al fin, cuando ¿ganaron? Quizá fue supervivencia más que victoria, aunque hay veces en que sobrevivir es sinónimo de vencer. Y luego se había ido a otra gran sala, el lugar donde los verdaderos diplomáticos tratarían pronto sobre la situación. Se quedó con un puñado de veteranas más, miraron a la Tierra y pensaron en todas aquellas vidas que se habían desvanecido.

Era extraordinario, de una forma horrible. No era posible mirar esa intrincada escultura en forma de flor sin apreciar su magnificencia y perfección. El planeta no había sido modificado caóticamente. Había un plan en esa alteración precisa, en su llamativa simetría. Incluso a los ojos humanos, la obra de arte gloriosa y letal en la que se había convertido la Tierra se manifestaba como intencionada y organizada, hasta la escala atómica. Ése era el motivo por el que las cosas que atacaron la Tierra (y tantos otros planetas) no eran conocidas como los Destructores o los Demoledores. Los traumatizados supervivientes de la humanidad los habían bautizado como los Arquitectos. Porque eso era lo que hacían: reconstruir. Nadie sabía la razón, pero sin duda existía, puesto que eran precisos y meticulosos en su labor. Seguían criterios exactos. En particular, los mundos que convertían en sus obras de arte o máquinas o mensajes quedaban siempre arrasados. Como si el florecimiento de la forma definitiva necesitara que hubiera antes alguien en la superficie que estuviera mirando a las estrellas y fuera consciente de su propio final.

De vuelta al presente, Solaz se fijó en los ojos abiertos y los gestos tensos de su escuadrón. Estas jóvenes mirmidones nunca se habían enfrentado a su propia historia. Caminó entre ellas, un recordatorio implícito de que ahora eran todas soldados. O lo habían sido, mientras hubo una guerra. Ahora era el momento de practicar la diplomacia en la Estación Luna.

Habían llegado a las ruinas de su hogar ancestral en el gran transporte *Wu Zhao*. No era una nave de guerra como tal, pero sí lo suficientemente grande para que el Partenón recordara a cualquier

otro descendiente de la humanidad quién era quien tenía las armas de mayor calibre. La visión de la *Wu Zhao* acercándose a la Estación Luna como un pez plateado debió provocar más de un escalofrío.

Solaz y su escuadrón de media docena de hermanas llevaban una armadura ligera de combate, probablemente suficiente para tomar la estación si alguien decidía declarar la guerra mientras estaban a bordo. Abultaba de forma notable en su complexión pequeña y compacta. Les hacía parecer como si hubieran evolucionado para desenvolverse en gravedades superiores y atmósferas opresivas.

La monitora superior Tacto tenía la cabeza reclinada hacia atrás, ligeramente hacia la izquierda: una señal discreta de que mantenía una conversación a través de su implante. Al menos ella sí se había vestido para una reunión diplomática, con un largo traje gris de un material transparente y brillante. Llevaba al cuello un collar de discos de plomo y un anillo de un material similar en la frente, seguramente repletos de contramedidas electrónicas y algún tipo de armamento de emergencia. Sólo porque Tacto fuera una delgada e imponente anciana no se podía deducir que no estuviera totalmente equipada para un combate cara a cara.

—Ya tenemos permiso para atracar —les anunció a todas—. Ejecutora Solaz, *prête à combattre*?

—*Prête*, madre. —Preparada para el combate, preparada para cualquier cosa. Un intercambio de palabras tan inserto en la cultura parteni que ahora se utilizaba para cualquier confirmación entre superior y subordinada. La pequeña Solaz había respondido cada mañana a sus profesoras de la misma forma, mucho antes de que nadie le pusiera un arma en las manos.

Los campos gravitacionales de la *Wu Zhao* sacaron con suavidad al transbordador desde el muelle rumbo a la estación, donde el propio generador de la Luna les recogería.

—Ha pasado algún tiempo —dijo Tacto con filosofía—. La última vez que estuve en la Estación Luna fue para nuestra secesión.

—Eso fue en Berlenhof, ¿no? —repuso Solaz antes de poder pararse; corregir a las superiores no era una buena costumbre.

—Allí fueron todos los bailoteos diplomáticos, más tarde. Pero cortamos formalmente los lazos con el Consejo de Intereses

Humanos aquí mismo, ante apenas una docena de sus peces gordos. No es que le pillara por sorpresa a nadie, pero se podía cortar el miedo en esa habitación con un cuchillo, hija. —Al ver la expresión de sus soldados, Tacto añadió—: Sí, en ambos bandos. Todo el mundo pensaba que aquello llevaría a la guerra. Y ni las parteni ni el Hum querían más guerras… especialmente una entre humanos.

—Deberíamos habernos deshecho de los refus —dijo una de las escoltas con franqueza—. Con todo respeto a su autoridad, madre.

Tacto apretó los labios.

—Ah, sí, los refus. —Una expresión para referirse al vertedero resultante del exceso de variantes genéticas. Una expresión para el resto de la humanidad fuera del Partenón—. Nadie usará esa palabra mientras estemos en la estación, ni les llamará «refurcios» ni nada parecido. Porque podéis estar totalmente seguras de que en el Hum saben exactamente lo insultante que pretende ser. *Est-ce compris*?

Cuando el Arquitecto dio comienzo a su cataclísmica labor, la Luna de la Tierra se había desprendido para quedar libre en el espacio. Nadie había sido capaz de rastrearla, con toda la atención de la humanidad en los desesperados intentos de evacuación. Otra parte del pasado perdida sin posible recuperación.

La Estación Luna recibía su nombre en recuerdo del satélite perdido. A medida que se acercaban, Solaz pudo ver el cuenco hueco de su eje central, con paredes transparentes, de forma que todos los ocupantes de la estación pudieran ver en qué se había convertido la Tierra. En el exterior del cuenco se desperdigaban recolectores solares, equipo de comunicaciones y las extensiones del impulsor brachator.

Tacto interrumpió sus pensamientos cuando la *Wu* les dirigió hacia su aproximación final.

—Hija, confío que seas plenamente consciente de lo que supone tu rol actual. Ya no eres sólo una hermana del escuadrón, *est-ce compris*?

—*Compris* —confirmó Solaz, mientras la nave maniobraba para detenerse. En lo más profundo de su alma siempre sería una hermana del escuadrón. Pero llevaba allí el tiempo suficiente como para saber que meterle un proyectil acelerado a alguien no era siempre la mejor forma de defender al Partenón. Y a diferencia de

sus jóvenes hermanas, que nunca habían estado en una guerra, ella había tratado con colmeneros, humanos corrientes y alienígenas. Todos se habían unido contra los Arquitectos. Ésa era la razón por la que se le había hecho tan difícil despertarse y encontrar a todos tan distanciados.

La sacudida que sintieron cuando el control de aterrizaje de la Estación Luna se hizo cargo del transbordador era totalmente evitable. En opinión de Solaz, le había salido de los genitales hacerlo así a algún controlador colonial. Tuvo la sensación de movimiento y caída correspondiente cuando pasaron a sentir el tirón gravitatorio de la Estación Luna, con el mismo estándar terrestre de 1 G que reconoció de la *Wu*.

—Recordad —les comentó Tacto a todas—, demos un buen espectáculo. Eficiencia, disciplina, control. *Est-ce compris*? Somos el orgullo de la galaxia, el escudo de la humanidad, el puño blindado, la bandera desplegada. —Su voz se endureció abruptamente, resonando en las paredes metálicas como un martillazo—. No empezaremos ninguna pelea, pero que comprendan que acabaremos con bien las que surjan.

—*Compris*, madre —respondió a coro el grupo, de pie y en formación.

El Consejo de Intereses Humanos —el Hum— no había enviado un grupo igual de belicoso para recibirlas. Se encontraron a un puñado de burócratas con blusones ajustados hasta las rodillas, que aquí se consideraban como uniformes de oficinista. El hombre que se situaba en el centro del grupo vestía más o menos igual, salvo que esa especie de extravagante guardapolvo le llegaba hasta los brillantes zapatos. A Solaz le parecía absurdamente poco práctico, pero supuso que ésa era la clave. Ese hombre no necesitaba dar sus propios puñetazos.

Besó a Tacto en las dos mejillas a la manera parteni. Ella estrechó su mano, codo contra codo, en el apretón de manos colonial. Todo con un profundo simbolismo sobre la reunión de los fragmentos dispersos de la humanidad o algún sinsentido por el estilo.

—Monitora superior Tacto —le saludó con una sonrisa amable, hablando en un parsef suficientemente fluido—. Esperaba a alguna oficial de combate, ensangrentada hasta los hombros.

—Comisionado Poulos. Confío en que tuviera ocasión de incluir en el orden del día la moción adicional que le envié.

Solaz percibió el gesto evasivo en la mirada del hombre antes de que pasara de Tacto a su escolta.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que vi a las notoriamente célebres mirmidones parteni —comentó, aunque a Solaz le pareció evidente que se habría ido con gusto a la tumba sin volver a verlas. Empezó a examinar las insignias de sus compañeras, y se detuvo ante la suya porque sólo mostraba la cuchilla alada y la serpiente, en vez de la llamarada solar de la *Wu Zhao*. Ejecutora mirmidón Solaz, Sororidad de la Espada Celestial, División Basilisco. Que ella estaba muy lejos de su nave era algo que obviamente no le pasó inadvertido.

—¿Se ha traído una aprendiz, Tacto? —le preguntó en tono suave, mientras Solaz se retorcía dentro de su armadura por ese examen—. La espada es por la nave, y la serpiente, eso es de una división de artillería… ¿No solían llamarlas Ángeles de Fortaleza Infinita? —Los viejos motes de cuando las parteni eran el escudo de la humanidad contra los Arquitectos, no sus enemigas.

—No, *menheer*. —Y luego, porque no se lo podía guardar dentro, añadió—: Ángeles del Puñetazo en la Cara, *menheer* —dijo, y permitió que se marchitara en el interior del hombre al menos una octava parte de la poesía implícita.

—Ah —fue lo único que contestó—. Bueno. Supongo que será mejor… —Y se pusieron en marcha, con los dos séquitos disputándose el paso, una competición que ganaron las parteni acorazadas. Solaz notó la mirada de Tacto y tuvo la sensación de que no estaba encajando en el papel de aprendiz de diplomática tan bien como había esperado.

—Tenemos un amplio abanico de acuerdos comerciales que sellar —estaba diciendo el comisionado—. En cuanto a la otra moción…

—Sí, ¿qué pasa con ella? —preguntó la madre Tacto. Porque no se había desplazado hasta allí para hablar nada más que de aranceles de embarque.

—Se ha incluido —fue toda la respuesta.

La escolta parteni recibió miradas reprobadoras en el camino hasta su alojamiento temporal. Buena parte del personal lunar

claramente las consideraba una amenaza, pero la armadura del Partenón estaba hecha a prueba de opiniones. Aunque no en cambio a prueba de aburrimiento, así que esperaron a que Tacto navegara entre permisos comerciales y concesiones de atraque con toda una sala repleta de diplomáticos hums vestidos de forma ceremonial, rumbo hacia el tema que importaba de verdad en ese momento.

El mensaje de Tacto a Solaz, cuando al fin llegó, lo hizo a través de una serie de pequeños paquetes codificados, diseñados para evitar la vigilancia colonial.

«Su Comité de Enlace no tiene ningún interés en compartir datos del Programa de Intermediarios», le confirmó Tacto. «Sus inters seguirán considerados como —tecnología armamentística—, que no puede compartirse con potencias externas».

«Pero los intermediarios no están diseñados para actuar contra nosotros… Y los Arquitectos se marcharon», respondió Solaz.

«En tanto que nuestra tecnología supere a la suya, no nos harán favores. Los inters son lo único que ellos tienen y nosotros no. Los que producen estos días se encuentran bajo control del gobierno. No hay forma de que podamos hacernos con uno para estudiarlo sin empezar una guerra». Solaz sabía que ése podría ser justamente el siguiente paso del Partenón. El problema era que los intermediarios no eran sólo la mejor arma contra cualquier nueva incursión de los Arquitectos, sino que como navegantes daban libre acceso a sus naves a toda la galaxia. Una nave con un piloto inter podía aparecer en cualquier lugar, golpear y desaparecer, indetectable. Y aunque el Partenón tuviera las mejores naves, las Colonias tenían todos los inters.

«¿Cuáles son mis órdenes, madre?». Solaz se imaginaba irrumpiendo en los almacenes de datos hums, secuestrando a oficiales y arrancándoles información. Por el bien del Partenón, origen de todo lo bueno del universo, pero aun así… «No quiero que mi nombre sea el que los niños aprendan cuando se les enseñe cómo empezó la próxima guerra», pensó.

«Te envío coordenadas intraestación», le llegó el mensaje de Tacto. «Ve allí. Alguien quiere reunirse contigo. *Bonne chance*». Tacto estaba siendo críptica de una manera muy poco suya.

«Ese alguien. ¿Quiere reunirse conmigo en concreto?». Solaz se extrañó, porque ella no era espía ni diplomática. Al menos aún no.

Después de despertarla, le dieron un apresurado entrenamiento básico. Pero hasta ese punto había pasado toda su vida adulta detrás de algún tipo de arma, personal o del tamaño de una nave.

«Así es. Máxima diplomacia, *est-ce compris*?». Eso quería decir que nada de armas o armadura.

«*Compris*, madre». Así que se embutió en una túnica ceñida de estilo colonial, con las mangas hasta la mitad de los bíceps y el dobladillo por debajo de las caderas. Todo en el azul grisáceo parteni, con los distintivos de su compañía a la izquierda de su corazón. Tuvo que reconocer que aparecer sin más que la ropa interior que llevaba bajo la armadura sería una provocación mayor de lo que los coloniales podrían soportar.

Su destino estaba en la parte inferior de la estación, la opuesta a la luz solar donde se hacía todo el trabajo. Aquí estaban los muelles de atraque, las salas de máquinas, las estrechas estancias del personal. Acabó mirando un dique en el que equipaban una nave de aterrizaje. La nave abovedada con sus seis patas estaba casi terminada, con unos ingenieros con waldos y la forma de espantapájaros de un colmenero colocando las últimas piezas en su lugar. La llevarían a la torturada superficie de la Tierra, para mantener una presencia testimonial que permitiera a algún político en algún sitio afirmar que el planeta original no estaba completamente abandonado.

—Ejecutora mirmidón Solaz —dijo una voz muy cercana que la sacó de su ensoñación, maldiciéndose por el descuido. El recién llegado apareció sin avisar. Él “ello” simplemente estaba allí.

Al verlo, al reconocerlo, se quedó muy quieta y espero a ver qué hacía. Le llamaban Ash, o el Heraldo. Había llegado a la Tierra en una nave mercante justo antes de la guerra, y le dijo a todo el mundo que una colosal entidad alienígena se disponía a deformar el planeta. La tripulación castigar que le trajo entendía tan poco lo que quería decir como los propios humanos.

Lo que ocurrió después fue una dura revelación tanto para los castigar como para los humanos. Ash expuso a la gente que el fin estaba próximo, y aunque casi nadie le creyó, ese «casi» dio los pasos necesarios para que algunas naves estuvieran preparadas cuando llegó el Arquitecto y comenzó su aterradora obra maestra. Se llenaron de pasajeros rumbo a las colonias de la Tierra. El aviso

del Heraldo salvó a millones, aunque miles de millones se perdieron.

Después, Ash apareció aquí y allá a lo largo de toda la extensión de la poliáspora humana… respetado, reverenciado, temido. Y ahora estaba a su lado en la Estación Luna.

Ash llevaba una túnica humana, envuelta de forma extraña en su peculiar fisiología. Tenía un retorcido nudo de pseudópodos en su base y algo así como dos ramas de árbol en la cúspide. Una de ellas sostenía la cabeza de Ash, o al menos sus órganos sensoriales: un puñado de orbes rojizos que desprendían una tenue luz propia. Detrás, sobre la correosa piel gris oscuro, destacaba una serie de hendiduras verticales, con una función desconocida. Ash era el único de su especie que nadie había encontrado jamás y por tanto no se había estudiado su fisiología. La otra rama se retorcía en una de las mangas de la túnica, de la que surgía un nudo gomoso de tentáculos abiertos en una especie de parodia de una mano. La otra manga estaba vacía, cosida sobre el pecho. El conjunto no era una buena imitación de un ser humano, sin contar con que la cabeza quedaba por lo menos medio metro por encima de la de la mayoría de las personas. Aunque el resultado era lo suficientemente humanoide como para que uno pudiera ponerse frente a él, hablarle y tener la impresión de que algo similar a ti te respondía.

Había quien le adoraba como al mensajero de Dios que había salvado a tantos. Otros le llamaban demonio, parte de los planes de los Arquitectos. Aunque nadie supiera en qué consistían.

—Otra vez tú —dijo Solaz, porque no era su primer encuentro con ese maldito alienígena. La última vez había sido en Berlenhof, justo antes de la batalla. Apareciendo como el espectro de la muerte.

—Yo otra vez. —La voz de Ash, rica y profunda, salía de su cuerpo, sin relación con la pseudocabeza. Siempre había sido capaz de conversar en cualquier lenguaje, y ahora hablaba en un perfecto colvul, la lengua unificada de las Colonias.

—Al menos habla en algo civilizado —gruñó en parsef, una mezcla de tres lenguajes terrestres, con francés adicional para las formalidades.

—El colvul te hará falta donde vas —siguió Ash en tono conversacional. Había visto a la maldita cosa dar conmovedores

discursos, proclamas, avisos místicos. Incluso había robado algunos chistes.

—¿Adonde, exactamente?

—El Partenón busca intermediarios. —Ash pronunció las palabras cuidadosamente.

—¿Y por qué te importa eso?

—Sabes por qué —atronó, inclinando la cabeza falsa en un ángulo antinatural—. La armada parteni es la principal fuerza militar humana. La falta de navegantes intermediarios limita vuestra capacidad de viajar entre las estrellas. También os deja sin un arma clave contra el enemigo.

—¿Los Arquitectos?

—Así es.

—¿Y si los Arquitectos no vuelven nunca? Ya hace cuarenta años.

—Siempre vuelven —dijo Ash.

Solaz sintió un momentáneo escalofrío, como seguramente pretendía Ash. «¿Qué es lo que sabe?». Luego recordó un pequeño y más triste detalle. Ash afirmaba ser el último de su especie, el único superviviente de una raza destruida por los Arquitectos mucho tiempo atrás. Para Ash, los Arquitectos siempre volvían. Por eso había consagrado su vida a avisar a otros.

—No hay muchos intermediarios —comentó el alienígena—. Menos de los que crees. La mayoría de los cerebros humanos no pueden soportar el entrenamiento. Los viejos no aguantan y los nuevos son frágiles. La transformación les resulta muy dura.

Solaz le miró, y encontró en esos pozos relucientes una especie de contacto, como si fueran ojos.

—¿Recuerdas a Idris Telemmier?

—Seguramente habrá muerto —dijo Solaz, con un pestañeo. «Debe de ser viejo. Siempre fue tan frágil».

—Está vivo. Vivo y en libertad. Sin ataduras con el Hum o su Comité de Enlace. Libre de escoger sus propios aliados. Si puedes ganarte su confianza. Otra vez.

El detestable alienígena consiguió de algún modo inyectar unas gotas de procacidad en el comentario. Solaz sintió cómo se sonrojaba. Y sí, después de Berlenhof, los dos habían estado juntos… por un tiempo. Muchas de sus hermanas habían

experimentado. Y él estaba tan solo y vulnerable. Para alguien criado en una cultura de autosuficiencia y unidad, eso había ejercido una extraña fascinación.

«Me pregunto si me recuerda». Porque si se podía creer a Ash, esto era lo que necesitaban sus superiores. Un inter que podía ser puesto a sueldo o convencido de unirse al Partenón. Un medio para combatir a los Arquitectos si volvieran. «O un medio para liquidar la única ventaja de las Colonias…».

Su implante, desviado de alguna forma para evitar los canales de la Estación Luna, le mostraba datos mientras hablaban. El nombre de una nave, una ubicación… Fuera de los límites del espacio humano, donde la fuerza de la ley era escasa.

—Gracias. —Ella quería hacerle más preguntas, pero no escuchar las respuestas. Una criatura como Ash… Quizá fuera capaz de anunciarle su propia muerte, la de su nave, su flota, cualquier cosa. Había sido la voz que presagió en la noche la caída de la Tierra. No había ningún tipo de desastre que no pudiera seguir a sus rastreros pasos.

De vuelta al muelle informó a Tacto, que no mostró ninguna sorpresa. Cuando se reunió con su escuadrón, Tacto ya había hecho algunos arreglos. Solaz dejaría a las suyas para asumir otro rol distinto. Iba a ser una espía entre los refus: los humanos que su gente había dejado atrás. «Y lo único que yo quería era ser una soldado».

2

Idris

En el año 51 Después, según el calendario colonial, en mitad de la guerra, un Arquitecto había salido del nospacio sobre el mundo colonial llamado Amraji.

Los colonos empezaron la evacuación de inmediato, conscientes de lo ocurrido en la Tierra cincuenta y un años atrás. Llegados a ese punto, prácticamente cualquier comunidad humana a lo largo de toda la galaxia dormía con planes de vuelo bajo su almohada colectiva, con las mochilas preparadas y todo el mundo dispuesto a huir.

En la superficie, todo aquél que pudo se subió a una de las naves disponibles. Salieron del planeta tan rápido como les fue posible, despegaban incluso cuando la masa del Arquitecto llenaba la mitad del cielo. Algunas llegaron a las colonias más cercanas con la mitad de sus pasajeros traumatizados, trastornados, incluso catatónicos porque no disponían de suficientes camas de suspensión para colocar a todos antes de entrar en el nospacio. Algunas llegaron con partes de su casco retorcidas en elaboradas filigranas, porque pasaron demasiado cerca del Arquitecto, que ya había dado comienzo a su labor. Algunas nunca llegaron. Cada evacuación tenía su caudal de bajas. Las prisas, el pánico, los navegantes faltos de entrenamiento, los motores gravitacionales mal reparados, había múltiples razones.

El *Gamin* había sido un carguero de tamaño medio, adaptado para transportar humanos en la evacuación. Resultó a la postre que no lo suficientemente adaptado. Partió de Amraji con una tripulación de cuatro personas y más de setecientos pasajeros, en

dirección a la colonia de Roshu. Pero nunca llegó.

Un año atrás —unos setenta años después de la desaparición del *Gamin*—, una expedición del Cuerpo de Cartógrafos encontró el pecio. Algún error en su rumbo le había llevado fuera de los pasajes conocidos del nospacio, y había vuelto a la realidad tan lejos de casa que su débil señal de emergencia no se escuchó hasta décadas después. La expedición cartográfica que lo encontró dio cuenta del hallazgo, y luego siguió en dirección hacia el espacio no reconocido, en busca de nuevos pasajes que naves menos aventureras pudieran seguir para alcanzar estrellas desconocidas. Un carguero anticuado no era de mucha utilidad por sí mismo, pero podía tener valor histórico. Más adelante, la Fundación para la Herencia Colonial proveyó a una de las pocas naves de rescate independientes con los medios necesarios para dirigirse hasta donde se encontraba el *Gamin*. Y aunque todos los mediotipos de moda dieron cuenta de la misión humanitaria, la Fundación consiguió que nunca se mencionara que el nombre de la nave de salvamento era *Dios Buitre*, porque podría haber parecido de mal gusto.

Había que forzar mucho la mirada para encontrar algún parecido entre la *Dios Buitre* y cualquier ave. Quizá una muy gorda, con enormes garras y unas alas esmirriadas. La parte central en su cuerpo de barril contenía un sobredimensionado motor gravitacional, que podía desplazar la suficiente masa al nospacio como para recuperar al *Gamin*. Emergían en cruz las romas alitas del motor brachator, que le daba empuje en el espacio real y le permitía maniobrar. Los impulsores de masa propiamente dichos, para los ajustes finos, eran casi irrelevantes, un puñado de agujeros a lo largo del casco. Dispuestos en teoría «por debajo» —una dirección determinada por la gravedad a bordo— se encontraba la apretada maraña de brazos de atraque. La *Buitre* podía adherirse a casi cualquier cosa y llevársela, y ahora que había llegado hasta el *Gamin* estaba lista para la acción.

Idris ya estaba despierto, como siempre, aunque después de un día en el nospacio se sentía agotado. Listo para una siesta de unos cien años, como si eso fuera a pasar.

Había sido el único despierto en el vacío profundo, guiando por el nospacio a la *Dios Buitre*. Había cubierto los interminables años

luz en unos instantes para emerger, a una distancia disparatada de cualquier parte, cerca del lugar donde el *Gamin* había terminado de algún modo. Allí estaba la prometida baliza de emergencia, emitiendo alto y claro. Y también el carguero perdido, cayendo lentamente hacia la nada, con la baliza como único sistema activo. Hubo quien sugirió que podía haber gente a bordo en suspensión, pero Idris conocía naves con rediseños improvisados como el *Gamin* y en ellas no se encontraban milagros.

Esbozó algunos cálculos de aproximación y quemó algo de combustible de los impulsores de masa para conseguir una aproximación barata y sucia. Luego usó los motores brachator para alcanzar esa delgada capa en que se encontraban el espacio y el nospacio, esa espuma cuántica de nodos de gravedad transitoria a la que sus motores gravitatorios podía aferrarse. La *Dios Buitre* rasgó el espacio cuando su inercia se desplazó treinta grados, impulsada más cerca de la aún lejana señal parpadeante del *Gamin*. Idris se lamentó por la escasa elegancia de sus maniobras e hizo unos pequeños ajustes para hacer girar la nave sobre su eje y estabilizar su deriva, agarrando otro puñado del universo para lanzarlo en un ángulo de aproximación ligeramente distinto.

Después de eso, permitió que la mente de la nave se recompusiera lo suficiente para prepararle una muy necesaria taza de kafeinado. Luego se dispuso a despertar a los demás.

La tripulación de la *Dios Buitre* constaba de siete miembros, cinco de ellos humanos. Supondrían una mezcla extraña para el estándar en las naves que se ceñían a los pasajes habituales del nospacio, los caminos de fácil navegación que dictaban por dónde podían transitar o no la mayoría de las naves. Pero no había nada estándar en las naves que se aventuraban en el vacío profundo. No eran tantas. La mayoría de las especies ni siquiera tenían los medios de apartarse de los caminos trillados y, aunque dispusieran de ellos, se trataba de medios difíciles de conseguir y de mantenimiento delicado. Idris desde luego sentía que él necesitaba ser tratado con delicadeza.

Nunca supuso que se dedicaría a algo así. Sólo se pretendía que fuera un arma viviente. Mucho después de su fecha de caducidad, seguía dando bandazos como buena parte de la civilización colonial… Desde luego, como hacía la propia *Dios Buitre*. Llevaba a

bordo cuatro años, así que le resultaba difícil no ponerse sentimental con la nave. Siempre les había respaldado y nunca había sufrido daños que imposibilitaran repararla. Y si había algo que la humanidad colonial había aprendido durante la guerra era a ser muy muy buena para reparar naves dañadas.

El nospacio le había hecho sudar de forma desagradable, pero para cuando el resto de la tripulación estaba en marcha, él se había dado una ducha seca e impreso ropa fresca. Ésa era una de las delicias de los viajes espaciales de larga duración y presupuesto limitado. Eran en resumen las mismas prendas que se había quitado, procesadas y reconstruidas como nominalmente «limpias». Su atuendo se componía de camiseta blanca, túnica negra de manga corta, pantalones y sandalias grises. Cuando se ciñó el cinturón, se sentía casi listo para enfrentarse al universo entero.

Su habitación se encontraba bajo el muelle de drones, que también era empleado como control de ingeniería. Pudo escuchar a Barney quejarse en tono alto de la lista de sistemas que habían sufrido fallos desde que habían partido. Olli estaría preparando las garras de la *Buitre*, dispuestas a atrapar al *Gamin*, y Medvig debían estar… haciendo lo que demonios hicieran Medvig cuando no tenían nada constructivo que aportar. Idris se inclinó hacia la cápsula de mando, donde Rollo se ocupaba de los escaneos preliminares.

Rollo Rostand era un hombre rechoncho, de cara cuadrada, bronceado por décadas de exposición a radiaciones de baja intensidad, de pelo y bigote ralos de un gris oscuro. Tenía una extraña fisiología que le mantenía en un peso alto y la *Buitre* lo había hecho lo suficientemente bien como para conservarle la panza. Complementaba el uniforme impreso de la tripulación con una chaqueta militar que aseguraba que perteneció a su padre, un héroe de guerra. Los detalles de esos actos heroicos solían cambiar con cada relato, pero todos los de esa generación habían hecho algo. Idris, que era un auténtico veterano, estaba más que encantado con las exageraciones de Rollo, porque suponían que nadie le preguntaría por su propio pasado.

—Bueno, hola a todos, mis niños —decía el tipo cuando Idris entró en el compartimento—. ¿Qué pinta tiene en líneas generales?

—Todo está hecho una mierda —llegó la voz de Barney por los

comunicadores—. Os envío una lista de la compra para cuando volvamos a Roshu.

—¿También nos envías viruta para pagarla? —Y luego, interpretando el embarazoso silencio como una negativa, añadió—: En cuyo caso te recomiendo conformarte y reparar como un buen hijo de la Tierra. ¿Olli?

—Uno de los drones es un caso perdido. —El tono de voz de la especialista en remotos surgió ligeramente distorsionada. Idris sabía que había dormido el vuelo nospacial en su cápsula de control, lo que no era el mejor procedimiento.

—Confórmate…

—Y repara, lo sé, lo sé. Sólo que por ahora es más conformarse que reparar.

Rollo sonrió a Idris como si ésas fueran las mejores noticias posibles.

—Nos hemos igualado con nuestra presa, niños míos. Estoy aproximándonos a nuestro punto de acceso. Debería estar cerca del lugar donde se encuentre la tripulación del *Gamin*. Quizá.

—¿Quizá? —preguntó Idris.

—Cuando reformaron ese cascarón para pasajeros nadie entregó un plano a las autoridades correspondientes, ¿entiendes? Así que haremos lo que podamos. —Rollo se acomodó en su silla y puso los pies descalzos sobre la consola—. Dado que estás aquí, hijo mío, serás quien haga los honores. —Idris aceptó la invitación y se colocó en el asiento del piloto. La *Dios Buitre* se movía ahora sincrónicamente con el *Gamin*, de forma tan precisa que podrían estar en una órbita estacionaria. Idris encendió el motor brachator, acercando aún más la nave de salvamento mientras mantenía los restantes vectores de su trayectoria, con lo que se deslizó a la sombra del carguero como un parásito que se aproximara cuidadosamente a su huésped.

Al acercarse, activó también los impulsores de masa, moderando su potencia cuidadosamente mientras acechaban el batiburrillo cicatrizado de soldaduras que conformaba el casco del *Gamin*. El área para la tripulación del carguero estaba en mitad de uno de los lados. La mayoría del espacio que hubiera encima correspondería a la carga —pasajeros, en este caso—, mientras que el motor gravitacional formaba un toro ladeado alrededor de la

circunferencia del carguero. Ladeado porque le faltaba una parte, una sección del anillo estaba abierta y se retorcía en extraños dedos espirales que arañaban el vacío.

Rollo negó con la cabeza.

—Parece que apuraron demasiado para salir. —No había error posible, era daño causado por un Arquitecto.

Idris no se podía imaginar cómo habría sido la decisión para la tripulación del *Gamin*: entrar en el nospacio con un motor dañado o quedarse y correr el riesgo de atraer la atención del Arquitecto. Probablemente habría optado por lo mismo.

—Olli, listos para ti —transmitió.

—Estoy en ello. —El tablero se encendió para señalar que ella había tomado el control de las garras de la Buitre y las desplegaba para cruzar la última distancia entre las naves.

—¿Tenemos algo más que la baliza? —preguntó Rollo—. Kittering, dime algo.

El verdadero nombre de Kittering sonaba como rascar una pizarra con las uñas, en un rápido resonar de algunas partes de su boca. El alienígena con aspecto de cangrejo estaría replegado en su cuarto, un lugar totalmente adaptado a su fisiología y su comodidad. Su papel principal era encargarse de las cuentas y la logística. Además, era un buen ingeniero auxiliar, y cuando tocaba ponerse manos a la obra todo el mundo participaba.

Incluso Kris. El último miembro de la tripulación —la socia de Idris— no había aparecido aún. Tenía la costumbre de tomarse su tiempo antes de cumplir con sus deberes. Y si no hubiera sido por el valor de Idris para la empresa, Rollo se habría librado de ella por el camino. Pero Idris la necesitaba, y la *Buitre* necesitaba a Idris para moverse por el vacío profundo. Sin él, no serían más que una de tantas naves de salvamento que deambulaban por los pasajes en busca de trabajo.

Kittering les envió lo que los achacosos sensores de la *Buitre* habían obtenido del *Gamin*. Además de la baliza, apenas unas pequeñas lecturas de energía; unos pocos sistemas renqueantes seguían en marcha en la nave, por lo demás muerta.

—Crees que podríamos… —La idea de encontrar cápsulas de suspensión activas le pasó por la cabeza a Idris unos instantes.

—¿Encontrar gente? ¿Viva? Ser los putos héroes del universo,

¿no? —Rollo negó con la cabeza—. Vamos, juégate conmigo un millar de halmas a que los encontramos, juégate cinco mil de viruta. ¿Apuestas algo?

—No —dijo Idris con tranquilidad, y Rollo asintió.

—Tampoco yo.

El frenético tablero mostró que se habían acercado tanto como para activar todas las alarmas de colisión, pero Olli tenía bajo control la retorcida masa de garras. Se desplegaban como una tarántula mecánica desde el lateral de la *Buitre* para tantear el casco del carguero. Olli era una operadora remota de primera, con un don poco corriente: la capacidad de manejar apéndices mecánicos como si fueran parte de su cuerpo. En ese momento se sentiría como dotada de garras, con siete extremidades articuladas estirándose y flexionando hasta que tuviera sujeto al *Gamin* con un abrazo magnético.

—Gran trabajo, Olli, mi dulce niña —le dijo Rollo—. Suave como el culito de un bebé. Y ahora prepara las cuchillas.

—¿No vas a mandar un saludo? —La nueva voz llegaba desde el acceso al compartimento de control. Idris miró hacia arriba e hizo un gesto con la cabeza a Kris cuando entraba. Aquí a bordo iba vestida con una variante de las mismas ropas impresas, aunque lucía uno de sus característicos pañuelos bajo el cuello, como siempre. Era una mujer de piel oscura, un tono más que el suyo, con el pelo formando cuidadosamente una masa de finos rizos. Ella también huía de sus propios problemas, pero solucionar problemas era su principal cualidad.

—No hay nadie a quien saludar —insistió Rollo, pero un momento después empezó a dar las órdenes a regañadientes. Si cortaban el casco y alguien salía expulsado y moría en el espacio, al menos podrían escudarse en haber completado el procedimiento adecuado. Ése era el tipo de problemas en el que estaba especializada Kris. Podrían haber arrastrado la nave entera como un regalo envuelto para la Fundación Herencia. Eso era lo único que especificaba el contrato. Pero Rollo siempre estaba a la caza de algún bonus. ¿Qué pasaría si el *Gamin* escondía algún tesoro inesperado? ¿Qué pasaría si de verdad hubiera refugiados vivos? ¿Por qué darle el mérito a la Fundación si la *Buitre* podía hacer caja con algo?

Podrían haber entrado por una escotilla, como gente civilizada. Sin embargo, cuatro años antes otra nave de salvamento resultó destruida por unas trampas explosivas, nada menos, dejadas por los ocupantes de un pecio que encontraron, muertos mucho tiempo atrás. La mente escapaba hacia lugares extraños en naves a la deriva, en particular después de haber estado expuesta al nospacio por una temporada. La tripulación de la *Dios Buitre* no quería correr riesgos, y mejor entrar por una abertura improvisada. Olli cortó limpiamente por algunas de las reparaciones previas hasta dejar abierto el carguero. No se produjo ninguna fuga de atmósfera rancia, sólo vacío que encontraba vacío. «Podría haber sido peor», admitió Idris.

—Venga, al tajo —anunció Rollo—. Olli, mete ahí tus remotos, y que luego vayan Medvig y sus amiguitos. Y tú, picapleitos —dijo en dirección a Kris—, a ver si puedes pasar ahí una cámara dron. Quizá los mediotipos paguen algo. ¡Turno doble para todo el mundo! Y eso no significa paga doble, antes de que nadie pregunte.

En los cuartos de la tripulación del *Gamin* flotaban por todas partes pequeños objetos. En los primeros tiempos del viaje espacial nadie se habría atrevido a llenar una nave de tantas porquerías sueltas, pero la gente había dado por hecha la gravedad artificial desde generaciones antes de que el Arquitecto llegara a Amraji. Era un pequeño beneficio colateral de los mismos motores que movían a las naves por el espacio. Pero los motores gravitacionales del *Gamin* estaban muertos. La señal de los drones de Olli mostraba a los remotos moviéndose con cuidado entre una maraña de cosas extrañas: clips de datos, guantes, pizarras, un medallón de plata reluciente, un rígido muñeco de peluche congelado. No había ni rastro de la tripulación en sí, e Idris se preguntó si no se habrían subido a un bote salvavidas para llegar… ¿adónde? Después de salir de forma imprevista del nospacio en medio de la nada, con el motor quemado y el sistema estelar más cercano a años luz de distancia, ¿dónde se supone que podrías ir?

—Pérdida de atmósfera por una pequeña grieta, imagino —les llegó la voz de Olli—. O toda esta basura ya se habría escapado. Voy hacia la zona de carga.

—Comprueba si hay presión antes de abrir cada puerta —señaló Kris, que la seguía con sus cámaras.

—Tengo las manos en la carcasa —anunciaron Medvig, con ese pequeño toque de alegría que siempre tintaba su voz artificial, sin importar cuál fuera el tema. Como le pasaba a muchos colmeneros, el desequilibrio en su personalidad se acentuaba cuanto más tiempo pasara lejos de la mente colmena de la Asamblea.

Idris salió del compartimento de control con la sensación de que, aunque no tuviera nada que hacer, al menos podría estar donde se trabajaba. Olli estaba colgada de su cápsula en el techo, con los ojos cerrados mientras hacía que tres de sus remotos despejaran el camino de Medvig para entrar al pecio. Era una mujer pálida, que había engordado a causa de la inactividad, incluso con una dieta reducida del espacio. Medio oculta en su vaina, lo más llamativo de su silueta eran sus atrofiadas extremidades, casi inútiles. Sus brazos terminaban en los codos con un racimo de dedos semiformados, una pierna se acababa en la rodilla y la otra faltaba por completo. Olian Timo «Olli» nació así y sin ningún sentido de propiocepción, ajena a su cuerpo truncado. Pero lo hizo en una colonia donde cada ser humano era un recurso precioso, y encontraron una labor en la que brillaba. Olli se había entrenado con todo tipo de remotos desde los tres años. Su mente podía adaptarse a cualquier forma corporal, sin importar cómo estuvieran configurados sus miembros y sus sentidos. Para ella, manejar tres remotos a la vez era sólo parte del trabajo.

La tripulación había tendido un cordón umbilical a través de los tres metros que separaban los cascos. Desde la perspectiva de la *Buitre* era «hacia abajo», aunque la dirección careciera de sentido en el interior muerto del *Gamin*. La figura en forma de trípode sin brazos de Medvig ya estaba dispuesta en la parte del extremo sujeto a la *Buitre*, un montaje de bronce mate y cobre, con el cuerpo cilíndrico dominado por cuatro aperturas cuadradas. La cabeza alargada no tenía rasgos salvo por un par de luces amarillas desparejas, porque a los humanos les gustaba tener algo en lo que centrarse. Las «manos» de Medvig podían actuar como sus propios remotos personales, y ya habían enviado esas pequeñas extremidades arácnidas por el cable hasta el carguero para ayudar a Olli con las tareas más delicadas.

Kris saludó a Idris desde donde estaba sentada en el suelo, con Kittering agazapado tras ella. El alienígena no medía mucho más de

un metro de alto, pero era más ancho, con lo que parecía desplazarse como un cangrejo cuando se movía por los pasillos diseñados para humanos. Los hannilambra de clase alta de su planeta natal decoraban profusamente su espalda acorazada y las superficies como escudos de sus extremidades protectoras como muestra de su riqueza y estatus. Las de Kittering estaban cubiertas de pantallas baratas que usaba para comunicarse o alquilaba como espacio publicitario.

—Cápsulas de suspensión… —dijo Olli. Idris dirigió la mirada hacia la pantalla principal del muelle, que pasaba de la señal de un dron a otra. Aquí estaba la principal zona de carga del Gamin, repleta de camas de suspensión. La disposición irregular y la falta de uniformidad ponían de manifiesto las prisas con que se instalaron. Ninguno de los drones registraba ninguna señal de energía.

—Podría haber sido peor —dijo Kris, y él sólo pudo asentir.

—Será peor, por supuesto. —El tono alegre de Medvig surgía de su torso de metal.

—Siguiente muelle de carga. Voy a abrirlo —informó Olli. Y luego añadió—: Es peor.

Idris miraba inexpresivamente a la pantalla, en la que advirtió que la conversión de la nave de carga en transporte de pasajeros no se había completado al iniciarse la evacuación. Eso no había impedido el noble intento de la tripulación de llevarse tanta gente como pudieran.

Allí no había cápsulas de suspensión, sino solamente cuerpos. El vacío los había marchitado, secos como palos, muchos de ellos con ojos arrancados y heridas autoinfligidas. Unas pocas manos resecas aferraban armas improvisadas. Idris vio pasar un acelerador anticuado que seguramente podría haber hecho que un perdigón atravesara el casco; quizá el que había motivado la pérdida de la atmósfera.

Los drones de la *Buitre* entraron por la escotilla abierta, desplazando cuerpos rígidos. Parecía como si unas doscientas personas se hubieran apilado en ese hueco, y el resultado no había sido pacífico. Idris casi podía escuchar a través del tiempo el eco del terrible pánico que debió recorrer el lugar como una llamarada, la locura que consumió a cada uno de ellos.

No había sido sólo la certeza de que iban a morir. La gente podía mostrarse serena cuando desaparecía cualquier esperanza. Era el haber entrado despiertos en el nospacio. Era algo con lo que estaba familiarizado, pero él era un intermediario. No sólo había sido entrenado, sino también diseñado cuidadosamente para ello. Uno de los pocos afortunados que sobrevivirían a ese proceso.

El viaje despierto por el nospacio no era una sentencia de muerte; tampoco resultaba seguro que derivara en una locura permanente. Pero ambos resultados eran más que posibles. El nospacio era diferente. Las cosas del espacio real —incluyendo los humanos— tenían allí una existencia tenue. Era un lugar terrible, solitario, hasta que sentías algo… distinto. Estar solo resultaba entonces preferible a la alternativa. Los navegantes normales se retiraban a sus camas de suspensión después de fijar un curso por los pasajes, y las naves les despertaban cuando estaban listos para salir del nospacio cerca de su destino. Sólo cuando se salían de los senderos marcados alguien tenía que mantener la luz encendida, iluminando el abismo que le devolvía la mirada. Eso era lo que hacían los intermediarios. Ése era el servicio de valor incalculable que la gente como Idris proporcionaba al mundo de posguerra, mientras sus mentes pudieran soportarlo.

Todo fue más fácil una vez que Olli encontró la única señal de energía, el único sistema que seguía funcionando en todo el Gamin. Lo rastreó hasta una esquina de ese área, donde encontró un antiguo proyector de mediotipo atornillado a la pared. Tenía activado un bucle de contenidos de entretenimiento, protagonizado por brillantes figuras coloridas a medio camino entre humanos y animales terrestres extintos. Seguían haciendo cabriolas, recorriendo aventuras y mostrando lecciones sobre seguridad en el espacio, la amistad y cómo conformarse, silenciosas en el vacío del espacio. Porque alguien había querido que los niños tuvieran algo que hacer para apartar sus mentes del viaje cuando dejaron sus hogares y partieron hacia el espacio. Porque por supuesto habría niños allí. Por supuesto.

Después de que pasara suficiente tiempo, llegó la voz áspera de Rollo.

—De acuerdo, mis niños y niñas. Olli, Medvig, traed cualquier cosa suelta a la que podamos poner precio. Luego llevemos este

féretro a Roshu. Cuando antes empecemos, antes acabaremos. ¿Y Barney?

—¿Qué toca ahora? —preguntó el ingeniero desde donde estuviera.

—Compara piezas. Sé que es vieja, pero seguro que en esa nave hay algo que podremos usar en ésta.

3

Idris

Tiempo atrás, nadie venía a Roshu por su salud. Era un planeta venenoso, con la atmósfera llena de sulfuro, cloro y arsénico, y el suelo repleto de selenio y cinabrio. La temperatura exterior podía cocinar huevos incluso en los polos, que era donde se encontraban todos los hábitats ocupados. La colonia inicial de Roshu había sido una pequeña concesión minera. Después de la caída de la Tierra, mucha gente acabó allí. Vivieron en sus naves durante una generación, mientras se construían refugios en el planeta o en órbita. Algunas naves cayeron, también algunos refugios, pero la gente seguía llegando. Roshu había sido una de las pocas colonias que no necesitaba empujar a los refugiados para que se marcharan, pero nunca volvería a ser un pequeño poblado minero. Mucha gente de la poliáspora quedo allí varada, y los mismos pasajes que habían traído a los refugiados convirtieron también a Roshu en una parada para naves mercantes y de transporte.

La *Dios Buitre* surgió del nospacio lo suficientemente cerca de Roshu para que los sistemas de control de tráfico protestaran, e Idris empezó a poner en marcha los sistemas de la nave y despertar a los demás. La verdad es que Roshu no era uno de sus lugares favoritos de la galaxia.

Casi todas las colonias humanas tenían una cibernet con IA para estandarizar leyes y comerciar. A petición de Idris, la cibernet de Roshu confirmó los privilegios de atraque en el único espaciopuerto en tierra del planeta, Roshu Primator, hacia el que ordenó la aproximación.

Rollo se paseaba sin llevar puestos más que unos calzoncillos

blancos largos, y mordisqueaba un palo de algo púrpura. Se rascó ociosamente la panza.

—Volviste a joder la aproximación. Qué descuidado, nene, qué descuidado.

La Fundación ya les había enviado un saludo, con la intención de arrebatar cuanto antes el *Gamin* de las garras de la *Dios Buitre*. El dinero cambió de manos en el éter fantasmal donde se relacionaban los sistemas informáticos. Misión resuelta, e Idris se alegraba de deshacerse del carguero y su espeluznante contenido, y aún más por la viruta añadida a la cuenta de la *Buitre*.

Algunas de las colonias más antiguas tenían aún su propia moneda, pero la poliáspora había hecho naufragar la economía humana en su conjunto. Toda esa civilización fugitiva llevaba viviendo al día desde hacía décadas, en una economía de trueque. La viruta nació cuando la gente empezó a intercambiar servicios y conocimientos profesionales por cualquier cosa que necesitaran. Las cibernets coloniales formalizaron esa operativa como un sistema de crédito, respaldado al menos nominalmente por el Hum. Seguía siendo algo tosco, intencionalmente oscuro, un mecanismo rudimentario para una civilización rudimentaria.

—Muy bien, mi pequeña familia feliz —anunció Rollo a la tripulación, que salía atontada de sus cápsulas de suspensión—. Me gustaría deciros que nos hemos hecho todos ricos, pero si le quitamos las tasas de amarre, los costes de reparaciones y los sobornos habituales sólo nos hemos quedado un poquito mejor. Kit, Kris, Barney, Medvig: permiso para dejar la nave, un día. Idris y el tío Rollo van a ver a un hombre que puede traernos pan a la mesa. *Mesdam* Olian, la más querida de mis hijas adoptivas, sacó la pajita más corta. Cuidarás de la nave el primer día, en el que sin duda tendrás que ocuparte de molestas tareas de mantenimiento. Las que no requieran de los conocimientos técnicos de *menheer* Barnier.

—Que te jodan, tío Rollo —sonó la voz de Olli, no muy agradecida por tener que quedarse en esa primera ronda de permisos.

—Oh, desde luego. —Rollo pestañeó, elevando al máximo el tono de tío enrollado—. Para el resto de vosotros, sinvergüenzas, estaremos aquí dos días como máximo. El que la cague más el primer día se queda el segundo.

Rollo supervisó la aproximación a los muelles de Roshu Primator, «el hogar principal» según había terminado de alguna forma por ser conocida la ciudad. El anillo de amarre estaba dispuesto alrededor de la cumbre de la burbuja exterior de la ciudad, como si le hubieran puesto una especie de sombrero. Debajo de esta plataforma circular había un motor gravitacional, cuya potencia mantenía la atmósfera en las áreas de aterrizaje, impulsaba las naves en los últimos cientos de metros de su descenso y, por encima de todo, mantenía en pie toda la improbable estructura. Idris apenas podía imaginarse el mantenimiento que exigía algo así, y lo que podía ocurrir si alguien quisiera ahorrarse trabajo.

Con la malhumorada excepción de Olli, la tripulación se reunió en el portón, vestida para el permiso. Idris y Barney no necesitaban cambiar su atuendo impreso. A Idris no le gustaba destacar, y Musoku Barnier probablemente había aceptado ya que no iba a ganar ningún concurso de belleza. Había sufrido algún percance como ingeniero mucho antes de unirse a la tripulación de la *Dios Buitre*. Dondequiera que hubiera ocurrido ese accidente, los servicios médicos habían actuado con resuelta diligencia. La mitad de su cara era de un marrón broncíneo surcado de profundas arrugas. La otra mitad era de un rosa grisáceo, suave como la de un joven, el ojo de un mármol lechoso. Kris decía que el verdadero origen del mal genio de Barney era que la parte injertada tenía mejor aspecto que la original.

Kris se había puesto su ropa de salir: la larga túnica con mangas anchas, con un poncho envuelto de forma elegante. En su complexión delgada, toda esa ropa innecesaria le servía para transmitir al menos una cierta sensación de opulencia y buena vida. El rojo del pañuelo bajo el cuello era tan intenso como el de la escena de un crimen. Cualquiera que les viera salir de la nave habría supuesto que era una pasajera, de turismo por la galaxia antes de ocupar un puesto en la empresa de su padre.

Medvig no se vestían. Eran una estructura de tres piernas con una supuesta cabeza sólo presente por conveniencia para el trato con humanos. Sin embargo, el otro miembro no humano de la tripulación había hecho sus propios arreglos para la visita.

Los hannilambra no eran en realidad como cangrejos, porque los cangrejos proceden de la Tierra. Aun así, la comparación era

inevitable para cualquier humano que hubiera estado en una piscifactoría. La evolución había empujado a los hanni a presentar su espalda acorazada a los depredadores, como protección de un cuerpo ancho sustentado por tres pares de piernas que les permitían deslizarse en cualquier dirección. La parte más importante de Kittering era un saliente en forma de tenedor que emergía de la curva en forma de mariposa de su caparazón. Cinco ojos redondos de color ámbar miraban desde allí con descaro, con los fuelles de las dos membranas respiratorias subiendo y bajando a cada lado. El saco hundido de su estómago estaba casi escondido por los brazos blindados, que habían evolucionado con propósito defensivo pero también podían desplegarse. Por encima de los brazos, una multitud de mandíbulas estaban en un constante movimiento nervioso. Los ojos de Kittering no se alzaban mucho más de la cintura de Idris, pero el pequeño contable se movía entre sus compañeros humanos con total soltura. Las pantallas de su espalda y escudos mostraban el llamativo anuncio de una pelea sin reglas. Kittering siempre estaba a la caza de algo de viruta adicional.

El propio Rollo se había puesto una chaqueta reforzada sobre la ropa de trabajo. Una prenda de antiguo minero, su única concesión a la noche prevista en la ciudad. Ninguno de ellos llevaba armas a la vista, porque Roshu tenía estrictas regulaciones sobre cualquier cosa que pudiera hacer un agujero en el techo de la cúpula.

Cuando se abrió el portón, descubrió un cielo color mercurio punteado por nubes tóxicas. Kris aferró el hombro de Idris.

—Los ojos bien abiertos.

—Como si me hubieran arrancado los párpados —añadió, y luego la tripulación siguió caminos separados.

—Tengo una llamada de un extrapega —le explicó Rollo a Idris —. Un trabajo en el vacío profundo. Quiere ver si tenemos lo que hace falta. —Los extrapegas emparejaban a gente de habilidades específicas con trabajos disponibles. Aseguraban que el nombre procedía de «estrategas», por sus legendarias cualidades logísticas. Todos los demás decían que procedía de «extra, pagas», por su legendaria racanería.

Idris asistió con tristeza. Los intermediarios como él eran raros, con lo que ser exhibido como una curiosidad formaba parte del negocio.

Bajaron por un estrecho corredor repleto de espaciales, mineros y personal de la colonia. Algunos establecimientos cutres intentaban despojar a los impacientes de su dinero antes de que pudieran llegar a las guaridas del vicio principales, en los niveles inferiores. Idris sentía un picor entre los omóplatos. Su paranoia le decía que les seguía alguien, pero la paranoia era una de las consecuencias de mantener los ojos abiertos en el nospacio. Se desprendió de la sensación, irritado.

La multitud impedía a Idris y Rollo percibir el peligro, así que casi rebotaron contra los dos grandullones que se detuvieron frente a ellos. Idris se estaba disculpando cuando uno de ellos habló.

—Idris Telemmier. Vienes con nosotros.

Se quedó helado. Los desconocidos que sabían cómo se llamaba nunca eran buena noticia, en particular si luego daban una orden y no una invitación. La voz tampoco tenía el timbre nasal de Roshu, sino algo más pesado, con consonantes entrecortadas, de algún planeta menos cosmopolita.

—No va a ir a ningún sitio contigo, amigo —empezó Rollo antes de que le empotraran contra una pared del pasillo, haciéndole soltar todo el resuello. El otro hombre agarró mientras de mala manera a Idris por un brazo. La mayoría de la gente nacida en las generaciones de la guerra era pequeña, casi siempre como resultado de infancias sin alimentación adecuada. Los antepasados de esos dos no habían tenido ese tipo de preocupaciones. Medían sus buenos dos metros de alto y eran anchos de espaldas. Vestían chaquetas de uniforme de color verde botella, con remates dorados en los hombros y los puños. Lucían poblados bigotes en sus caras alargadas, y llevaban el pelo atado con alambre en trenzas que les llegaban a las barbillas. Todo en ellos reflejaba dinero y violencia, y sólo había un lugar que pudiera haber producido gente como ellos: Magda.

—¡No queremos problemas! —gritó Idris. Pero todo el mundo pasaba de largo, con prisa, para no ver tampoco ningún problema, por si fuera algo contagioso.

—Queda detenido por la Orden Tres del Comité de Enlace sobre intermediarios fugados —gruñó uno de los magdanos, como alguien que leyera con dificultades de un libro.

—Kris. —Idris probó con la radio, pero estaban en una zona

completamente muerta. «Cada vez peor».

—¿Bajo qué autoridad? —gimió Rollo, por decir algo.

—Nuestro señor desea justicia —dijo uno de ellos—. Un intermediario fugitivo. Muy peligroso. Debe ser reincorporado al servicio colonial. Y tú hablas mucho, gordo. Pensamos que para nada.

Su amigo enseñó una pizarra que podía o no incluir algún tipo de permiso.

Idris llegó a decir «no voy a…» antes de que le retorcieran el brazo en la espalda. Luego empezaron a empujarles en dirección a algún sitio.

Solaz

Las parteni no eran renombradas por su capacidad de viajar de incógnito. Cuando salió de la nave de pasajeros en Roshu, a Solaz la seguía un baúl ingrávido de buen tamaño que contenía su coraza y sus armas. La visión de la capa del Partenón le daba un generoso metro de espacio a su alrededor, lo que tenía ventajas e inconvenientes. La larga capa militar, con las insignias de su compañía y grado, atraía en ese momento muchas miradas estúpidas. Las últimas décadas habían visto el emerger de una desagradable subcultura de «nativistas» de las Colonias, que estaban totalmente en contra de cualquier cosa que no fueran «humanos nacidos naturalmente» en sus mundos. A la vez, el uniforme era lo suficientemente conocido como para que nadie se atreviera a buscarle ningún problema. Además, el factor intimidatorio podía empezar a abrirle puertas simplemente para que quienes la recibieran se libraran de ella cuanto antes.

Recordó que la expresión «diplomacia parteni» se había generalizado en colvul para describir exactamente cómo se comportaba, y no estaba segura de si eso era o no divertido.

No había muchos lugares en Roshu para visitantes de alto nivel, pero el Aspirat —la división de operaciones encubiertas del Partenón— tenía una cuenta abierta en el Planetario del Hombre. Era en parte hotel, parte monumento de mal gusto y decoraciones doradas, pero al menos estaba en la parte «buena» de la adinerada

cúpula superior. Los ceños fruncidos fueron más obvios cuando entró en la recepción, y eso le preocupó un poco más. Las parteni siempre serían un anatema para el movimiento popular «verdaderos humanos para los verdaderos humanos» entre los hums. Para los nativistas, eran rarezas genéticas de laboratorio, y se habían convertido en una amenaza militar cuando salieron del control del Hum trece años atrás. Las miradas hostiles del personal altanero y los ricos mimados, incluso en un agujero así, no hacían presagiar nada bueno para el futuro. «No temas el arma sino al dedo en el gatillo», como se solía decir.

Poco después, una Solaz muy distinta se escurrió por una puerta de servicio, vestida con ropa de tonos oliváceos y sandalias. Mantenía el tatuaje del ala sangrante bajo el ojo izquierdo, pero los bajos fondos de Roshu eran duros, diversos y llenos de gente de paso de todo tipo.

La sección Aspirat del Partenón contaba con una simpatizante en la administración de la ciudad, una mujer de cabello gris con el aire severo de una bibliotecaria vengativa. A Solaz le bastó decir «quiero saber sobre la *Dios Buitre*» y recibió un paquete de información en mano, a la antigua, para que nadie pudiera extraerlo de la cibernet en tránsito.

El archivo de la *Buitre* sólo contenía su plan de vuelo reciente y un manifiesto de la tripulación con imágenes y biométricos, sobre todo para que las autoridades locales pudieran identificar cualquier cadáver tras peleas de bar. Solaz repasó las fotos: bigotudo de mirada hostil, mujer de buen aspecto con una barbilla doble, un tipo con media cara, otra mujer de mejor aspecto con un pañuelo y una sonrisa misteriosa, un hanni como otro cualquiera, un colmenero maltrecho… Y ahí estaba su objetivo.

Idris Telemmier. Miró a la imagen bajo los detalles sueltos. Ni siquiera se mencionaba que era un inter. Otra agente habría preguntado a sus superioras si estaban seguras.

Salvo que ella sabía que sí. Como había dicho Ash, era un viejo amigo. Un compañero veterano.

Por supuesto que le recordaba. Recordaba Berlenhof, cuartel general por defecto del Consejo de Intereses Humanos, rico y hermoso incluso antes de que cayera la Tierra. Y nunca olvidaría el conflicto que vino después. Ella estaba con la primera *Espada*

Celestial, una nave nueva y reluciente con la más reciente tecnología en disruptores de materia. Y tras la batalla, las hermanas supervivientes se habían convertido en el núcleo de una nueva sororidad para la siguiente nave que llevara el mismo nombre.

Antes de la batalla, mientras el Arquitecto realizaba su grácil acercamiento a través de los planetas exteriores, las parteni se habían reunido con los demás defensores de Berlenhof en uno de sus orbitales. Mientras sus superiores discutían tácticas con sus homólogos, ella se sentó con sus compañeros simplemente para charlar. Eso fue cuando el Partenón era la gran esperanza de la humanidad. Las ángeles de resolución marcial y tecnología puntera. Con la misión de retrasar lo inevitable.

Sintió una ola de emociones. Un regusto de pérdida mezclado con la nostalgia de cuando fueron héroes. Ella tendría unos veinticinco años y nunca había visto nada más que escaramuzas. Había miembros de la casta guerrera de los castigar ansiosos por pelear; mercaderes hannilambra aventureros, humanos de cada rincón de las Colonias. Y también un arma especial. Cuatro hombres, tres mujeres y un no binario. Intermediarios, el primer grupo, recién salidos del laboratorio; el arma en la que un pequeño rincón de la ciencia llevaba trabajando desde el «milagro de Forthbridge».

Idris Telemmier formaba parte de ese grupo. Más tarde, sería el primer hombre con el que estuviera. Un poco más joven que ella, de piel broncínea oscura como la mayoría de los coloniales, con una revoltosa cabellera negra que había cortado alguien cuya categoría profesional como peluquero era desde luego amateur. Sobre todo, recordaba lo nervioso que parecía, dando respingones ante cada ruido fuerte. Y tenía unas grandes orejas, demasiado para su cara. Es raro de lo que se acuerda una.

Y ahora miraba esa imagen y veía al mismo hombre, cuando debería ver un rostro que pudiera pertenecer a su abuelo. La propia Solaz había nacido setenta años atrás, según los estándares de la Tierra, pero había pasado buena parte de ese tiempo en suspensión, un arma a la espera de la guerra adecuada. Los coloniales no hacían eso; sólo se ponían en suspensión cuando viajaban y, en el caso de los inters, ni siquiera entonces. Sólo podía deducir que la foto era bastante vieja.

Tres de los ocho inters originales habían muerto en Berlenhof, y otros dos habían enloquecido sin remedio en el curso del deber. Idris podría haber sido el siguiente. Cuando se lo encontró en el planeta después de la batalla, en un hotel de lujo que habían convertido en enfermería, estaba lúcido. Trastornado, pero era lo que cabía esperar luego de tocar con tu mente la vasta consciencia alienígena de un Arquitecto.

Seis años después acabaría la guerra, gracias a los conocimientos duramente adquiridos en Berlenhof. En el sistema Lux Lejana, los intermediarios fueron al fin capaces de establecer contacto con un Arquitecto. No hubo acuerdo formal, no hubo un tratado, ninguna demanda. De acuerdo con los testimonios de los inters supervivientes, sólo se había producido un… reconocimiento. Los Arquitectos habían descubierto la existencia de los humanos. La guerra, que se había prolongado ochenta años con un coste de miles de millones de vidas, se había desarrollado sin que uno de los bandos lo supiera. Y al ser conscientes de la existencia de la humanidad, los Arquitectos simplemente se desvanecieron. Nadie sabía adonde habían ido. Nadie sabía de dónde vinieron o por qué habían hecho lo que hicieron. Nunca se les había vuelto a ver.

Cuando la *Dios Buitre* llegó a puerto, Solaz se dispuso a saludarla. Ése era su plan original: sólo llegar y saludar. Vio las mismas caras de las fotos del manifiesto, o la mayoría. Luego encontró a Telemmier y Solaz se quedó mirando. Si hubiera estado mínimamente atento, la habría visto, y ella habría olvidado todo su entrenamiento.

No había cambiado. La imagen que había visto era actual. Aquí estaba el hombre que había conocido en la guerra. El de las grandes orejas y la expresión preocupada de cincuenta años atrás, sin envejecer ni un día.

Volvió a la guerra por un momento, cuando las cosas eran a la vez mejores y mucho peores. Cuando peleaban contra los Arquitectos, a los que no se podía combatir de ninguna forma significativa. Hasta que se inventaron a Idris y sus compañeros, el arma secreta, la esperanza de la humanidad.

Mientras seguía mirando, transcurrió su momento, y la tripulación pasó de largo.

La mayoría iban claramente a pasar una noche de juerga, o lo

que se considerara como tal en Roshu. Idris y el del bigote se separaron de los demás, y Solaz quiso gritar su nombre, ir y tomarle del hombro. Ella era una soldado, después de todo, y él fue en su momento un compañero de armas. Era fácil olvidar que ahora ella era una espía.

Así que se obligó a dar de lado todas esas formas de actuación sencillas y se limitó a esconderse tras ellos, a la espera de su, momento, esquivando a gente que intentaba venderle cosas o interesarla en sus dudosos servicios. Comida, juegos, mediotipos, incluso…

—¿Delicias prohibidas de las ángeles guerreras, *menheer*?

Esas palabras la pararon en seco y se volvió con incredulidad. Por un momento —uno muy breve— pensó que veía a una soldado parteni abordando a un tambaleante piloto de carguero. Luego las llamativas luces cambiaron de orientación, revelando un «uniforme» muy arriesgado. Al espacial obviamente el atuendo le parecía lo suficientemente auténtico, porque giró y se metió como pudo por la puerta del lugar. La joven del escaparate miró especulativamente a Solaz.

—*Mesdam*, ¿quiere? —Forzó una sonrisa en su rostro ajado—. ¿Quién conoce mejor los placeres de nuestro sexo que las perversas ángeles del Partenón? —En la fachada del establecimiento se iluminaban calcomanías de alas y naves espaciales de forma fálica.

Debería decírselo, pensó Solaz, divertida. Se sentía curiosa por saber qué se consideraba «prohibido» en el decadente Roshu. Pero se limitó a mover la cabeza y apresurarse para recuperar el terreno perdido.

Pero ya era tarde. Por ser prudente, había perdido la presa ante alguien que había hecho el truco del viejo compañero y se los llevaba. Idris y el del bigote iban ahora acompañados de un par de payasos militares. Considerando la forma en que se apartaba la gente, les reconocían como algún tipo de autoridad. O quizá era sólo que eran tipos grandotes, contratados por alguien con mucha viruta disponible.

Por un momento pensó en simplemente plantarse entre ellos e imponer sus habilidades parteni sobre ese par de brutos para demostrar quién era mejor soldado. Sin embargo, estaba en el espacio colonial, ese par podrían ser de los servicios de seguridad

hums, y así empezaban las guerras.

Sacó una pizarra y grabó todo el follón. Luego les siguió hasta lo que identificó como un puesto de la administración local. Eso refrendó su decisión de no patear la cabeza de nadie. Todavía.

«¿Y ahora qué?». No era como si el Partenón tuviera alguna influencia diplomática aquí en Roshu. Necesitaba aliados si no iba a limitarse a entrar como un ejército de una sola mujer. Y los demás tripulantes de la Roshu eran los únicos candidatos… Donde estuvieran, debían andar gastándoselo: su cómplice podría rastrear en qué antro les estaban trasquilando. Luego, podría usarles para averiguar qué demonios pasaba con Telemmier y su amigo. Solaz repasó los perfiles de los compañeros de Idris hasta encontrar el que quería —la mujer del pañuelo y la sonrisa— y puso su plan en marcha.

Su contacto localizó a la tripulación en un local de juegos, donde el hannilambra jugaba una partida al Paso de Tierra con dos mineros y un piloto. Solaz llegó a tiempo de ver cómo el ingeniero, Barnier, se levantaba con un hombre y una mujer. El trío parecía dirigirse de forma muy amistosa a una de las habitaciones que había escaleras arriba. La mujer a la que buscaba Solaz estaba en el bar, con un aspecto demasiado elegante para Roshu, vaciando una jarra del notoriamente potente destilado colonial. Miró por un instante a Solaz cuando se le acercaba, luego detenidamente. Después de todo, Solaz tenía ese rostro característico parteni. La semejanza era inevitable cuando criabas a tu gente en cubas a partir de una línea genética cuidadosamente cultivada.

Solaz vio cómo abría bien los ojos, y supo que la mujer colonial podía señalarla delante de todos los presentes. Era el momento de una actuación militar, tanto si era lo que Solaz hubiera preferido como si no.

—Tus amigos tienen problemas —le dijo, para evitar una escena —. Tu capitán y tu navegante. Te necesitan. —De toda la tripulación, los talentos concretos como civil de esta mujer eran los que hacían falta en ese momento. Pero como Roshu era ese tipo de sitio, y los de uniforme parecían ese tipo de gente, añadió—: Y tú me necesitas.

4

Idris

Magda era un planeta de tipo terrestre, frío pero con una bioquímica identificable. Antes de los Arquitectos, la colonia ya crecía, con los fundadores originales convertidos en una clase social por encima de la masa de nuevos colonos, llegados para mantener la creciente industria agrícola. Magda era el mayor exportador de alimentos a la sobrecargada Tierra.

Luego, los refugiados habían llegado a Magda por millones, sin saber nada más que era un planeta en el que había sitio para ellos. Y los terratenientes del planeta, los boyardos, habían aceptado a todos, sin rechazar a una sola nave. Lo que sonaba muy bien hasta que comprendías que poner el pie en Magda suponía aceptar la vida que te dieran, de servicio en las fábricas o los campos. No era del todo esclavitud según la definición hum, pero Magda era uno de los cabecillas del Hum. Era destacable cómo las autoridades podían calificar como «no del todo» cualquier número de cosas malas. El término que los observadores más despiertos podían aplicar a la sociedad magdana era «servidumbre». Los propios boyardos llamaban a su sistema «robot», lo que parecía un adecuado resumen de la forma en que miraban a la masa de su población.

Fue uno de los propios boyardos quien pasó a ver a Rollo e Idris poco después de que les encerraran en una de las celdas de retención de la administración de Roshu.

Parecía joven, aunque los boyardos eran desde luego de los pocos humanos con los medios necesarios para ser longevos. Su ropa era llamativa: una camisa de mangas sueltas de un naranja reluciente, con bordados a mano en el cuello y los puños; botas y

pantalones ajustados; una media capa negra adornada con oro. Su cuerpo era delgado y estaba en forma; un bigote con las puntas hacia arriba y una cicatriz limpia que se curvaba desde la comisura de la boca hasta la oreja subrayaban sus rasgos fríamente elegantes. A la élite magdana le gustaban los duelos, según había oído Idris. Sus tipos duros —presumiblemente *voyenni*, «guardianes del hogar»— se cuadraron impasibles ante él después de anunciarle como «el boyardo Piter Tchever Uskaro».

Piter Uskaro era todo sonrisas superficiales, mientras no apartaba la mirada de Idris.

—Qué afortunado encuentro —proclamó. Como si sus «invitados» no estuvieran recluidos en una estrecha y ardiente caja de metal con una pared de plástico transparente. Su voz, con un fuerte acento magdano, les llegó a través de un altavoz.

—Su grandeza, debe haber algún error —probó Rollo—. No somos más que rescatadores. No criminales. Puedo proporcionarle referencias, nuestro currículum.

Uskaro se sacudió de encima el imaginario papel, todavía grotescamente afable, como si esperara que algún siervo apareciera con vino.

—Trabajo en el vacío profundo, sí. Lo que significa que tiene en su poder una rara gema, un intermediario comercial. Imagine mi sorpresa aún mayor cuando pedí detalles de su relación contractual con el Comité de Enlace. Y caramba, ¡no existe! —Movió los ojos como si todos fueran víctimas de la burocracia hum—. Lo que sólo puede querer decir que su hombre aquí presente es un fugitivo de su contrato, y usted su cómplice. Seguro que se trata de alguna tontería, capitán Rostand. ¿Dije cómplice? Habría que añadir inocente, supongo. Estoy seguro de que no tenía idea de que su hombre aquí presente es un peligroso renegado que ha eludido el servicio que debe a su pueblo. Un problema feo, capitán. Muy feo. Estoy seguro de que agradecerá que se lo quite de encima. No es la primera vez que alguien así es aprehendido por los incansables esfuerzos de los boyardos en nuestra búsqueda de la justicia. Lideramos los progresos de nuestra especie, capitán. Nuestros incansables navegantes buscan pasajes aún ignorados, que pueden abrir rutas a incontables planetas ocultos para nosotros hasta hoy. ¡El futuro de la humanidad, capitán! Colonias nuevas, quizá incluso

nuevos mundos originarios. —Sus dientes cegaban con blancura perfecta cuando sonrió.

Idris veía más allá del brillo de esa expresión y no se engañaba. La respuesta le devoró las entrañas hasta que fue capaz de pronunciarla.

—¿Cómo murió su último inter?

La perfecta sonrisa no se alteró.

—En efecto, el mejor navegante de mi familia sufrió un contratiempo. Ha sido un golpe de suerte encontrar tan pronto un reemplazo. Estoy ultimando las gestiones legales necesarias en la cibernet de Roshu, y seguidamente partiremos después. Habrá que decidir qué cargos presentar contra su capitán aquí presente, en calidad de cómplice. Quizá una cierta preocupación residual por su bienestar le impulsará a adoptar la decisión correcta. Es el momento de que sirva a la especie que le hizo ser lo que es.

—Su grandeza —empezó Rollo—, él no está atado, es un ciudadano libre. No tiene derecho…

Uskaro le dirigió la mirada de un hombre que puede comprar cualquier derecho.

—La cibernet está procesando ahora mismo el asunto, capitán Rostand. Volveré en breve para tomar posesión de mi nueva propiedad. Lo que le ocurra a usted dependerá de su decoro hasta entonces.

Cuando se marchó, Rollo se sentó en el suelo con la mirada puesta en sus pies calzados con sandalias.

—Que jodan a todos los pagadores —dijo, lo que no era tanto un exabrupto contra Uskaro en concreto como uno frecuente entre los espaciales.

Idris seguía de pie. No podía sentarse. Su cuerpo delgado rebosaba adrenalina que no podía soltar. «Pelearé», decidió. «No iré». Y sabía que en realidad no podían obligarle. No podían hacerle navegar para ellos. Pero podían golpearle y abusar de él, condicionarle, drogarle. Ponerle implantes en el cerebro para reducir su capacidad de resistencia hasta la nada. Con la mayoría de los inters del Comité de Enlace, los inters comerciales, no era necesario. Salían precondicionados, resignados al hastío hasta que los horrores del nospacio les desquiciaban. Pero cuando uno de ellos escapaba, bueno, se escuchaba todo tipo de cosas…

Y él no había escapado. Nunca había tenido ataduras. No era la primera vez que alguien lo daba por hecho, sólo que en ésta no tenía a Kris a su lado para resolverlo.

—No iré —dijo, porque el pensamiento había rebotado tantas veces en su cabeza que terminó por salir.

—Escaparemos —sugirió Rollo—, de camino a su nave… —Como si Rollo fuera a salir alguna vez de esa celda, pensó Idris—. O iremos detrás de ti. —Como si pudieran sin Idris en el puesto del piloto—. Bueno, algo haremos. —Como si se pudiera hacer algo.

Unos cincuenta y cinco años atrás, en plena guerra, el carguero *Monumento* salió del nospacio para encontrarse con la peor pesadilla de cualquier piloto de entonces: un Arquitecto cerca. Se dirigían a Puerto Forthbridge, llenos hasta arriba de refugiados. Ante el desastre inminente, la tripulación empezó a meter a la gente en botes salvavidas y cápsulas de rescate, de las que tenían una cantidad absolutamente inadecuada. Mientras, el Arquitecto llegó hasta ellos y empezó a pelar la nave para adaptar el casco a una configuración más agradable a su estética alienígena.

Entonces, nada más empezar, se detuvo. Por un largo instante, el transporte de pasajeros y la colosal entidad alienígena quedaron suspendidos en el espacio, ambos acelerando en dirección a Puerto Forthbridge. Luego, se marchó. Por primera vez, un Arquitecto simplemente se fue. Lo que ocurrió a bordo de la Monumento se convirtió en legendario. El mediotipo más popular mostraba a uno de los pasajeros, una chica de quince años, corriendo hacia el puente. Se agarraba la cabeza, farfullaba, le sangraba la nariz. A todo el mundo le quedó claro que Xavienne Tormo había conseguido de alguna forma que el Arquitecto se fuera. Su propio testimonio confirmó que había establecido un lazo con él, mente con mente.

Fue la primera intermediaria, con un don natural. A lo largo de la década siguiente, los mejores científicos de la humanidad trabajarían con Santa Xavienne —como terminó por ser conocida— para replicar sus habilidades. La nueva división resultante tendría su primera presencia en la batalla de Berlenhof del 78 Después, y continuaría activa hasta el final de la guerra.

Pero ya desde antes todo el mundo sabía que los inters servían para más que rechazar Arquitectos. El mismo misterioso sentido les

permitía enhebrar el tejido del nospacio, navegar fuera de los pasajes establecidos de una forma en que no podía hacerlo ningún sistema o dispositivo. Algunas especies conseguían algo similar: los castigar y la Hegemonía, por ejemplo. Pero incluso entre ellos era poco común, y la humanidad se había unido de repente a ese selecto club. Los inters pasaron de ser un arma secreta a una ventaja comercial. Y así nació el Comité de Enlace. Escogieron a los parias de la humanidad y los convirtieron en intermediarios comerciales mediante un duro condicionamiento e implacables procedimientos quirúrgicos. Los que sobrevivieron al programa tuvieron que atarse con un tipo de contrato especial, verdaderas ligaduras a sus empleadores, convirtiéndoles en nada más que propiedades hasta que fueran capaces de devolver el colosal coste de su «tratamiento». Lo que significaba, a todos los efectos, nunca.

Idris era un hombre libre, creado antes de que existiera el Comité, ¿pero quién le creería? Casi todos los demás inters libres de cuando la guerra ya habían muerto. Ésos eran los alegres pensamientos que le ocuparon hasta que volvió el boyardo Piter Tchever Uskaro, con su séquito, para «tomar posesión».

—Todo dispuesto —dijo con alegría a los dos guardias.

Uno abrió la celda para que un *voyenni* sacara a Idris; el otro se aseguró de que Rollo siguiera dentro. Luego le arrastraron a la oficina del secretario, donde el personal hizo cuanto pudo para dar la impresión de que no se enteraba de lo que ocurría.

—Vaya cara —le espetó Uskaro con sequedad a Idris—. Cualquiera diría que no quieres servir a la humanidad. No querrás que la gente te considere un traidor, ¿no? —Idris notó que había dado a esa palabra un toque especial y reprimió un escalofrío. Los nativistas «pro humanos» estaban muy implantados en Magda y hablaban mucho sobre «traiciones». Por parte del Partenón, de los alienígenas, incluso de los intermediarios, de alguna forma aliados con los Arquitectos. Cualquier cosa para justificar por qué los humanos no dominaban el universo.

Idris se encaró con el hombre, tanto como le era posible con su diferencia de estatura.

—Su elegancia, debe saber que, si me convierte en su navegante, juro que conduciré a su nave al vacío profundo donde moran los monstruos. Despertaré a todos a bordo para que experimenten las

pesadillas del nospacio. Una vez que hayan enloquecido, les cortaré la garganta uno por uno y les clavaré sus propios pulgares en los ojos. Pintaré las paredes con su sangre. Los rescatadores encontrarán escrito: «El boyardo Piter Tchever Uskaro hizo esto, alguien que no respeta la libertad humana».

El efecto de sus palabras fue inicialmente catártico, pero de inmediato se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. La cara de Uskaro se había cerrado como una trampa, se había desvanecido la falsa sonrisa. El agarrón más intenso en sus brazos le indicó que los *voyenni* iban a darle una paliza por pura cuestión de honor y su señor se limitaría a disfrutar viendo cómo le ponían en su lugar. Pero quizá no delante de tantos testigos. Así que Uskaro se limitó a asentir con rigidez y se encaminaron a la salida, con los *voyenni* tirando de Idris.

Pero las puertas no se abrieron, y una de los funcionarios habló a su espalda.

—La cibernet dice que retengamos al inter —explicó cuando tuvo delante la mirada incrédula de Uskaro—. Un asunto administrativo. —Cuando él le pidió una explicación, se encogió de hombros—: No lo sé, su elegancia. No han dado explicaciones. Sólo rutina.

Un movimiento en el suelo llamó la atención de Idris en su pinza entre los *voyenni*. Una especie de roedor, de araña, de mano: una silueta de metal y plástico que se escabullía. La conocía, por supuesto. Era uno de los remotos de Medvig, separado del tronco del colmenero, que venía a saludar.

Al ver que había captado su atención, se equilibró sobre tres de sus dedos y enroscó los demás hasta formar un reconocible pulgar arriba.

«Benditos seáis, Medvig». Le habían encontrado de alguna forma. Ahora sólo tenía que preocuparse por Rollo…

Cuando se abrió la puerta apareció Kris, que ya tenía a Rollo libre y a salvo tras ella. Debía de haberlo sacado de las celdas por otro camino.

—¿Qué es esto? —Uskaro se la quedó mirando—. ¿Por qué está libre ese hombre y quién es esta mujer? —De momento estaba demasiado sorprendido como para enfadarse.

—Su elegancia, soy Keristina Soolin Almier. Actuó como

abogada colegiada ante la Corte Civil hum en defensa de mi cliente, Idris Telemmier.

Uskaro dejó escapar un sonido silbante de absoluta incredulidad.

—No tiene derecho a un abogado. Está atado por contrato.

—Estoy llamando a la cibernet de Roshu para que actúe como árbitro —anunció Kris con grandilocuencia—. Responda, por favor.

La voz que emanó de la consola de la funcionaria era plana y sin afectaciones.

—Presencia confirmada para el propósito declarado.

—Solicito la liberación de mi cliente, retenido por acusaciones falsas. He rellenado una demanda de daños y perjuicios contra la familia Uskaro, además de solicitar compensaciones por el daño emocional causado y la pérdida de libertad. Esto será objeto de una vista aparte una vez que se libere a mi cliente.

—No puede ser su cliente —siseó Uskaro hacia ella. Luego protestó al aire, dado que la cibernet no tenía presencia física—: Es una propiedad, está atado por contrato.

La funcionaría, que parecía estar divirtiéndose, hizo aparecer unos datos en la pantalla mural. La partida de nacimiento de Idris, de setenta años atrás. Su historial militar. Su vida laboral. Idris, más viejo de lo que mostraba su rostro.

El gesto de Uskaro se aflojó, al darse cuenta a la vez del enorme valor de lo que había encontrado, y también de que no había forma legal de retenerlo. Uno de los inters originales de la guerra, con todas esas décadas de experiencia acumulada. Pero, por la misma razón, fuera de su alcance.

—Pero es…

—Lo suficientemente viejo para ser su reverenciado abuelo, boyardo. Muy muy viejo. —La sonrisa de Kris hizo pensar a Idris con amargura: «Gracias por el detalle».

—Espero que disponga las compensaciones necesarias, su elegancia —terminó felizmente—. Sin duda sus abogados se pondrán en contacto.

Se adelantó para coger a Idris de la muñeca y, sin más, él quedó libre del agarrón de los *voyenni*. La mano-araña artificial de Medvig se colocó sobre el hombro de Kris e Idris intuyó que el colmenero había redirigido las imágenes de las pantallas privadas de la oficina para transmitir lo ocurrido al resto de los tripulantes.

—Y ahora salgamos con orgullo de las dependencias de la administración de Roshu como ciudadanos libres de las Colonias —dijo Kris con tranquilidad—. Y vamos cagando leches a la nave. —Miró hacia atrás, también Idris, para ver el gesto iracundo y sombrío de Uskaro—. No creo que el boyardo se limite a medidas legales.

5

Idris

Las celdas de retención de la administración de Roshu estaban en uno de los vecindarios más civilizados de Roshu Primator. Para llegar al anillo de amarre —y a la *Dios Buitre*— haría falta atravesar algunos distritos donde se consentía una cierta dosis de violencia. Idris era dolorosamente consciente de lo grandes y temibles que eran los dos sicarios de Uskaro. Rollo podía dar algún puñetazo y Kris era más que capaz de cuidarse, pero ninguno de los dos eran profesionales.

—Escuchadme, niños. —Rollo habló en voz alta para toda la tripulación—. Escabullíos de los lamentables vicios en que estéis implicados y volved a la *Dios* ahora mismo. Ya no somos bienvenidos aquí. Ojo también con cualquier *voyenni* vestido de verde.

—¿Hay que pelear? —llegó la respuesta incrédula de Barney—. Quiero decir, ¿ahora mismo?

—No, hijo mío, vamos a escapar de una tormenta de mierda, como siempre —le contestó Rollo—. ¿Olli?

—¿Quieres decir que no voy a bajar? —llegó la voz de la especialista en drones.

—Así es, mi pobre niña desafortunada —confirmó Rollo—. Y necesito que la *Dios* esté lista para partir de inmediato. Especialmente si aparece algún mal vecino antes que nosotros.

La respuesta de Olli fue un desafío anatómico que posiblemente indicaba su conformidad.

—Kittering. —Rollo avanzaba por la ajetreada calle sin prestar atención a las miradas que recibían dos espaciales sucios y Kris,

cuya ropa buena de imitación resultaba en ese distrito tan falsa como lo era.

Hubo un rasgueo en los comunicadores hasta que surgió la respuesta.

—En progreso de escurrirme. —La traducción del hanni al colvul humano era más un arte que una ciencia.

—Dime que tenemos adonde ir, Kit.

—Nuevas ocupaciones han sido aseguradas mediante mis buenos oficios, capitán. ¡Buenos trabajos, poco riesgo! —gritó el traductor de Kittering.

—A cualquier sitio fuera de aquí —confirmó Rollo, mientras entraban en la parte más sórdida de la ciudad y se disponían a encontrar problemas—. Por aquí, niños. —Se encajó con Idris y Kris en un montacargas—. La próxima vez, hija mía, trae refuerzos para un jaleo así, ¿vale?

—Tomé algunas precauciones. Cómo no, al estar tú incomunicado —confesó Kris. Tenía autoridad en caso de emergencia, pero ceder el control ponía nervioso a Rollo—. Como el boyardo podía ponerse violento si no conseguía lo que quería, nos conseguí alguna seguridad adicional. —Y añadió ante su ceño fruncido—. Alguien que me informó de vuestros apuros, capitán, y me ofreció sus servicios.

—Tendremos que hablar de hasta dónde llega tu autoridad ejecutiva —murmuró Rollo, pero luego el elevador se detuvo con una sacudida en un muelle de carga. Se abrieron paso entre una multitud de espaciales y personal, todos moviendo a la vez abultados baúles ingrávidos y maletas.

Idris entrevió un uniforme verde botella.

—Problemas —siseó. Un par de *voyenni* apartaban al gentío para avanzar hacia ellos.

Rollo asintió y saltó a la primera plataforma de carga disponible para avanzar por ella. Antes de que Idris pudiera seguirle, un tercer *voyenni* apareció de repente a su lado, un hombre enorme en mangas de camisa, sin duda arrancado de donde estuviera por las órdenes de su señor. Agarró por un momento el cuello de Idris para tirarle al suelo. Luego resplandeció el cuchillo de Kris y la hoja cerámica apuñaló la muñeca del hombre, que tuvo que dejarle ir con un aullido.

«Y ahora a correr». La pelea soterrada se convirtió de repente en un esquivar baúles de carga y sorprendidos estibadores y transportistas. Rollo se volvió hacia otro elevador, pero justo empezaba a subir, e Idris vio a otro *voyenni* dando codazos en su dirección, una cabeza más alto que el resto del gentío.

Hacia el otro lado sólo había un riel que rodeaba un profundo pozo. Lo construyeron para transportar contenedores a las entrañas de la ciudad desde el anillo de amarre que estaba encima, y también contenía el ascensor por el que habían llegado allí. Idris recordaba haber visto pozos similares en su niñez. Parecía como si pudieras dar un paso adelante en el vacío y descender suavemente, como esas monolíticas cápsulas de carga. Sólo que esas cápsulas estaban controladas por los motores gravitacionales de la ciudad. Saltar a ese abismo era precipitarse hacia la muerte.

Kris maldijo y se volvió hacia el *voyenni* que se acercaba, con el cuchillo dispuesto. Pero su pañuelo pareció cobrar vida propia y la arrastró hacia el riel y la caída. Lanzó una palabrota e intentó atrapar el remoto en forma de mano que tiraba de ella.

—¡Sigue el programa! ¡Vamos vamos vamos! —ordenaron Medvig. El remoto saltó de Kris para aterrizar en un palet automático repleto de contenedores que se deslizaba lentamente por el pozo, una majestuosa tonelada de metal en movimiento.

Rollo no dudó, y ayudó a Idris a subir al palet. Una fila de mandos sobresalía en su parte superior, para el manejo gravitacional, e Idris estrechó uno de ellos con los brazos. Rollo alzó a Kris, luego consiguió subir él mismo. Los *voyenni* corrían sin saber cuál era el plan pero conscientes de que había alguno, y blandían unas porras con tachuelas. El asunto ya no iba a resolverse con los puños.

El palet giró de forma dramática, apartando peatones de su camino hasta que sonó al tocar el metal del riel.

—¡Agarraos, orgánicos! —pidieron Medvig—. ¡Alerta de tráfico bronco!

Sin previo aviso, atravesaron el riel para descender cinco pisos en el vacío. Idris escuchó gritos de terror cuando empezaron a caer en picado. Un segundo después, y con el estómago en la boca, volvieron a ascender en el pozo, con el palet apoyándose en el campo gravitacional de la ciudad.

—¡Medvig, hijos míos, espero que sepáis lo que hacéis! —gritó Rollo.

—En momentos de tensión, ¿has considerado la posibilidad de cantar algo alegre? —A Medvig, como inteligencia distribuida en un manojo de cucarachas robot, les gustaba destacar las fragilidades humanas.

Pasaron la plataforma que acababan de abandonar y donde les esperaban los *voyenni*. «No creo que vayan a…». Pero estaban furiosos, y probablemente sus jefes les harían pagar por su fracaso. Uno de ellos, el más valiente o el más loco, saltó al riel. Le dio un buen golpe al camión volador, con una mano aferrada al pontón gravitacional. Kris le dio un tajo en la costura del hombro, de la que manó un poco de sangre, pero consiguió subir y el camión empezó a tambalearse cuando el peso superó el cálculo admitido. Poco después saltó un segundo *voyenni*. Casi demasiado tarde, con las manos buscando un asidero y las botas pateando mientras intentaba incorporarse.

Rollo amagó un golpe al primer matón, que bloqueó el puño con desdén pero recibió un buen viaje en el estómago como premio. Sin embargo, de inmediato estaba sobre Rollo y le levantaba con la clara intención de lanzarle al abismo, sin más.

El remoto de Medvig clavó sus patas de metal en los ojos del *voyenni*, que se tambaleó hacia atrás. Un puño enorme atrapó la máquina arácnida y la tiró contra la tapa metálica de un contenedor, reduciéndola a fragmentos. La otra mano del *voyenni* seguía agarrando a Rollo, y el tipo parecía lo suficientemente fuerte como para lanzar al capitán al vacío con una sola mano.

Kris le apuñaló. Parecía fría como el hielo durante los tres latidos que tardó en clavarle cuatro veces su cuchillo de duelo en las costillas, luego horrorizada cuando el hombre cayó, arrastrando a Rollo consigo.

Idris se volvió para agarrarle y casi se cae él del contenedor, que se movía salvajemente. Fue Kris la que agarró la muñeca de Rollo mientras se aseguraba con una pierna a la esquina del contenedor. Tanto movimiento había inclinado casi cuarenta y cinco grados la plataforma, con todos intentando llegar a la parte superior para evitar la caída al abismo. En ese punto el otro *voyenni* consiguió alzarse.

Idris le pateó en la cara, con el único resultado de un gruñido de su víctima mientras seguía buscando en su chaqueta. Idris vio el cañón achaparrado de un arma: no un acelerador de alta velocidad, pero sí un láser o un arma de fuego química que bastaría para matar a cualquiera de ellos.

Algo se balanceó sobre su cabeza y percibió una figura blindada de alas regordetas; dispositivos gravitatorios como los de los pontones del palet. El *voyenni* levantó su arma al comprender que la mayor amenaza venía de arriba. Pero la figura voladora maniobró, cogió al matón por el cuello y le apartó a un lado, arrastrando al hombre del contenedor hacia el vacío.

Idris se estremeció, esperando la caída, pero la figura voladora llevó a su víctima por encima del riel hasta un puñado de oficiales y tripulantes boquiabiertos. Cumplido su trabajo, ascendió para flotar sobre ellos, perfectamente sincronizada.

—¿No es…? —murmuró Rollo—. Kris, niña, ¿qué has hecho?

Ese blindaje no admitía error. El metal gris azulado y el revestimiento de plástico reforzado, un uniforme que se había refinado desde la guerra pero no había cambiado en esencia. Todo el mundo conocía a las soldados de élite del Partenón, pero no esperaba encontrarse allí a una.

—¡Os presento a vuestra nueva camarada! —gritó Kris.

Luego estuvieron arriba del todo, fuera de la cúpula y cerca del anillo de amarre. Pasado el casco grumoso y cicatrizado de reparaciones de un transporte de minerales y otro par de naves atracadas al tuntún estaba el tranquilizadoramente feo casco de la *Dios Buitre*.

—¡Sí! —exclamó Rollo cuando el contenedor se tambaleó en un aviso para todos. Acababan de llegar al muelle, en lugar de caer en picado al pozo, cuando Medvig dejaron libre al palet a su destino. Por un momento empezó el largo y lento descenso hacia los distantes límites del pozo, atronando entre el tráfico cercano. Luego, el sistema de la ciudad se hizo con él, y amortiguó su caída con manos invisibles.

—¡Más malos! ¡En marcha! —les llegó la voz de Olli a los oídos, y pasaron a la carrera el carguero de minerales hacia la Buitre.

—¿Todo el mundo a bordo? —preguntó Rollo.

—El paquete completo, a sus órdenes —confirmó ella—. O lo

estará cuando los tuyos pasen la compuerta.

—¡Adelante! —gritó Kris.

Idris, que se sentía tres décadas demasiado viejo para todo aquello, vio que el fin de la ordalía no estaba próximo. Otros cuatro *voyenni* cargaban hacia ellos, emergiendo del extremo opuesto de la *Dios Buitre*. No es que hubiera sido exactamente un misterio donde estaban amarrados.

Tenían armas, e incluso sin ellas les superaban en fuerza y entrenamiento. Lo que tenía Idris era…

En apariencia, una amiga. Mientras corrían hacia la *Buitre*, la soldado blindada descendió para bloquear el avance de los *voyenni*.

Uno de los matones tenía preparada un arma, y en respuesta la parteni preparó la suya. Un acelerador, tan disparatadamente ilegal en ese sistema como pudiera serlo la peor cosa imaginable. Si lo apuntaba hacia abajo podría enviar un puñado de perdigones acelerados gravitatoriamente a través de la cúpula de la ciudad y varios niveles.

Con todo, ella era una sola y los *voyenni* cuatro, y también podían considerarse entre la élite de la galaxia. Sin mencionar que su tamaño doblaba al de la mujer dentro de la armadura. Empezaron a desplegarse, con miradas serias en sus rostros alargados, decididos a darlo todo por su jefe.

Entonces se abrió la escotilla de la *Buitre* y Olli se unió a la pelea.

Olli no podía llevar prótesis ni injertos, nacida sin ninguna consciencia de cómo funcionarían los miembros que le faltaban. En su lugar, ella había abrazado lo artificial. Llamaba al exoesqueleto que llevaba puesto su «escorpión»: diseñado por los castigar y nunca concebido para uso humano. Se desplegó a cuatro patas, con media docena de armas alrededor de la cápsula central. Un par de brazos pinzadores se arqueaban desde la parte superior, y una cola larga y segmentada restallaba en la posterior. Le había puesto una sierra de corte, que hacía saltar chispas de la plataforma de amarre. En su escorpión, Olli medía tres metros de alto.

Los *voyenni* las miraron a ella y a la guerrera parteni y decidieron que habían sido superados. Se retiraron con renuencia mientras el resto de la tripulación se apresuraba a entrar en la nave.

—¡Arriba! —ordenó Rollo—. Y que le jodan al control del puerto

si intentan quejarse.

—Oh, creo que estarán contentos de librarse de nosotros —dijo Kris. Idris sólo pudo asentir débilmente mientras se dejaba caer en el asiento del piloto. Dispuso el motor de la *Buitre* opuesto a la gravedad del planeta, lo que les alejó de inmediato: si no como una rapaz majestuosa, al menos como un viejo pájaro que viviría un día más.

—De acuerdo —dijo Rollo cuando la *Dios Buitre* había salido de la atmósfera y navegaba entre los escombros orbitales que abarrotaban el cielo nocturno de Roshu—. Niños míos, no volvamos a hacer algo así. Al menos yo soy demasiado viejo para cualquier mierda ni siquiera remotamente parecida a ésta.

Idris estaba encogido en el asiento del piloto. Estaba manejando con suavidad a la *Buitre* mediante los motores brachator hasta llegar a una órbita lo suficientemente alta como para poder huir a la menor provocación. La *Buitre* no era lo que nadie hubiera definido como una velocista, pero sus perseguidores no tenían un intermediario. Idris apostaría por sí mismo en cualquier persecución. Como parte de lo que le habían hecho, tenía una inigualable percepción de los contornos del espacio. Le bastaba abrir la mente para sentir la textura de la espuma gravitatoria que formaba la barrera entre lo real y el nospacio, a la que las ansiosas manitas del brachator podían engancharse para arrastrar a la nave.

Según le dijeron, más de trescientos voluntarios fueron aceptados para el antiguo Programa de Intermediarios durante la guerra. Idris fue uno de los treinta que no sólo sobrevivieron, sino que conservaron la cordura suficiente para hacer el trabajo. La tasa de éxito del Comité de Enlace en la posguerra, usando convictos y gente desesperada, sólo fue de una décima parte de la previa. El proceso era ruinosamente caro, incluso para los que lo completaban con éxito. Sin duda, el boyardo Uskaro pagaría bien por conocer el paradero del fugitivo. Y ahora que conocía el origen de Idris, estaría aún más ansioso por hacerse con él, legalmente o como fuera.

—¿Qué tal con el control de tierra? —preguntó Rollo.

—Muchas quejas pero ninguna orden hasta ahora. Aunque se han quedado nuestra fianza de atraque —le dijo Kris.

—Quiero a todos atentos. Olli, mi niña. Hay un boyardo malnacido que no vino andando desde Magda hasta aquí. No quiero

tener su nave encima antes de que nos demos cuenta. Barney, ¿qué tal tenemos las alas?

—Jodidamente llenas de barro —llegó la voz amarga del ingeniero—. Pero podemos volar.

—¿Adónde? —quiso saber Idris.

—¿Kit?

El hanni no se había acomodado en su cuarto todavía y sus pantallas seguían mostrando anuncios locales de Roshu. Un momento después desplegó los datos de navegación, las especificaciones de la nave y los detalles de su nuevo contrato. El incentivo financiero estaba subrayado. Las transacciones comerciales eran el principal terreno en común entre los humanos y los hannilambra. El enriquecimiento personal era un asunto de vida o muerte para ellos.

—Rumbo a Huei-Cavor —señaló Rollo—. Elige ruta, Idris. ¿De qué me suena Huei-Cavor, por cierto?

—La Hegemonía está en proceso de tomar el control allí —le contestó de inmediato Kris—. Va a ser un poco movido.

—De la sartén al fuego y sin un descanso jamás. —El capitán negó con la cabeza—. Y mientras yo andaba en problemas, ¿cuál de mis traviesillos sobornó al sistema gravitacional de la ciudad para arrastrarnos en ese maletero?

La estructura de Medvig se había quedado ese rato en una esquina como una escultura vanguardista de tres patas. Pero ahora, en reconocimiento, hicieron culebrear a uno de sus remotos, enchufado en ese momento en su pecho.

Rollo frunció el ceño al ver al colmenero, pero luego su expresión se suavizó.

—Os lo agradezco, pero no podéis andar hackeando los sistemas de una cibernet. Escapa a vuestras funciones. Os quitarán la licencia. —Medvig estaban atados por un contrato propio, necesario para relacionarse con humanos. Las Colonias, después de haber creado a los colmeneros en la guerra, mantenían la cautela con esa inteligencia distribuida desde que se había declarado independiente.

Los tres remotos supervivientes de Medvig se las apañaron para transmitir una especie de encogimiento de hombros con las manos abiertas.

—Es siempre un placer salvar esos kilos de carne —comentó la voz artificial que salía de su pecho.

La sonrisa que suavizó la cara de Rollo no fue una de sus expresiones más radiantes, sino de algún modo más limitada y más auténtica.

—Sólo tened cuidado, ¿vale? —Y luego elevó la vista y su gesto se endureció. Siguiendo su mirada, Idris vio que su nueva compañera de tripulación había entrado en el compartimento.

Ella vestía todavía la mayor parte de su blindaje, aunque las alas estaban plegadas y no se veía ningún arma. Era pequeña, compacta, con una piel terriblemente pálida. Y hermosa. O quizá sólo era un producto bien acabado de las cubas parteni. Sus guerreras no eran idénticas, pero sí seguían la misma estética. Les miraba. Y él la conocía.

Idris sintió un repentino agujero en el estómago, a sabiendas de que el universo no había terminado de darle problemas, sino que aún le aguardaba con nuevas cucharadas.

—Tú —dijo Rollo hacia ella, con el bigote erizado como si estuviera exhibiendo su falta de temor—, sacaste tu maldito Don Agujeros dentro de Roshu Primator. Eso es pena de muerte. Debería hacerte salir cagando leches por la escotilla ahora mismo.

El rostro de la parteni no mostró ninguna emoción durante unos momentos, luego tradujo «Don Agujeros» como la expresión en jerga espacial para un acelerador, llamado así por los que podía causar en una nave o un hábitat cerrado.

—Por supuesto, lo lamento profundamente —dijo—. De nada, también. —Las dos frases las pronunció exactamente en el mismo tono de voz neutral, como si diera a Rollo la opción de elegir la que prefiriera.

Él no escogió ninguna.

—Kris, explícale esta insensatez a tu tío Rollo porque él no le encuentra pies ni cabeza.

—Vino y me contó que tú e Idris estabais en problemas. —La abogada limpiaba su cuchillo, sin cruzar la mirada con Rollo—. Se ofreció para ocuparse de nuestra seguridad, quiso firmar. Tomé una decisión ejecutiva. La necesitábamos.

—¡Es una parteni! —Rollo gesticuló enloquecidamente hacia la mujer, luego intentó volver a encararse con ella—. Mi nueva hija

adoptiva, ¿te das cuenta de que no somos más que una miserable y pequeña nave de salvamento? No vamos a pelear en batallas interplanetarias mientras yo sea el capitán.

—Llegas a cansarte de pelear —dijo la mujer. Idris la recordaba y no la creyó ni por un momento.

Sabía que tendría que decir algo. Debería desenmascararla como «la misteriosa mujer de su pasado», que estaba aquí por alguna razón oculta que debía tener que ver con él. Salvo que algo se retorcía en su interior cuando la miraba, y terminó por tomar la decisión cobarde de callarse.

—Bueno. —Rollo se pasó la mano por su ralo cabello—. ¿Cómo podemos llamarte? ¿O sólo tienes un número?

«Solaz», recordó Idris, antes de que ella lo dijera. Había un rango y una compañía después del nombre, al menos entonces, y ella estaba mascullando algo similar ahora mismo. Debía ser duro ser simplemente «Solaz» sin toda esa coraza militar que la protegiera. Y hubo algo especial en aquel momento en el que sólo dijo su nombre, desnudo y suelto. Pareció de repente insegura, una grieta en la fachada de parteni. Idris, que a veces sentía estar compuesto nada más que de vulnerabilidades en disputa, las valoraba en los demás.

—Eh, capitán —les llegó la voz de Barney—. Problemas a la vista.

Una de las pantallas de mando mostró la imagen de una nave que se interponía en su camino. Era un cacharro llamativo con el casco curvado como dos garras extendidas, y el anillo de su motor gravitacional dispuesto como la cola de un pavo. Barney lo identificó como la *Raptórida*, la nave del boyardo Uskaro.

—Presuntuoso cabrón —eligió decir Rollo—. ¿Tenemos vía libre a Huei?

—La tenemos —confirmó Idris, sin apartar la mirada de Solaz.

—Entonces todo el mundo a sus camas para la suspensión porque allá vamos, familia. ¿Tenemos una de sobra preparada para nuestra nueva amiga?

—Capitán, tenemos todas las de sobra preparadas —dijo sombríamente la voz de Barney—, porque todas las que usamos están a punto de estropearse.

—Entonces habrá que posponer la discusión —decidió Rollo—.

Kris, muestra al ángel dónde va. ¿Idris?

—Listo. —Notó cómo una chispa de frustración cruzaba el rostro de Solaz. «Toda esa historia de su reclutamiento es para llegar a mí». Le parecía tristemente probable que ella no fuera nada más que la cara amigable de un trato similar al que le ofreció el boyardo. «Todo el mundo quiere un trozo de mí. Bueno, al menos ella puede esperar hasta Huei-Cavor antes de arrancármelo».

Mientras alejaba a la nave a una distancia educada del planeta antes del salto nospacial, hizo una búsqueda rápida sobre qué estaba pasando en Huei-Cavor que había puesto a Rollo de tan mal humor, sólo por si le podía suponer algún nuevo problema personal.

«Ah, sí. Se lo están quedando las almejas».

Los colonos humanos, en los esperanzados días previos antes de los Arquitectos, terminaron por encontrar lo que más temían. La Hegemonía essiel era un verdadero imperio espacial, repleto de especies conquistadas bajo el puño de unos amos alienígenas. Cuando la humanidad comprendió lo que se había encontrado, se retiró asustada y confusa. Por entonces, nadie podía imaginarse que había algo peor que una potencia alienígena dispuesta a añadir a la humanidad a sus zoológicos. Que era exactamente lo que parecía ser la Hegemonía.

Salvo que ninguna flota de guerra llegó a los cielos de la Tierra o cualquiera de sus colonias. La Hegemonía estaba interesada en hablar con la humanidad, y la mejor intuición de los xenolingüistas era que querían discutir la subordinación humana a su tremendo poder alienígena, o de lo contrario… algo ocurriría, alguna calamidad para toda la especie. Pero si la Hegemonía era quien amenazaba a la humanidad, parecía hacerlo de forma muy relajada. Una negativa no suponía ninguna ofensa, sólo la repetición de la oferta, exigencia o ultimátum en fecha posterior.

No ayudaba que los essiel fueran unos alienígenas muy alienígenas, y las especies a las que dominaban no fueran mucho mejores. Así que aunque los essiel se encontraran con diplomáticos humanos y les entregaran mensajes con gran pompa y circunstancia, nadie estaba del todo seguro de lo que querían decir: cuáles eran las amenazas, qué prometían a cambio.

Luego llegaron los Arquitectos y de repente se aclararon muchas cosas sobre la Hegemonía. El desastre sobre el que los essiel habían

informado a la humanidad no era una amenaza, sino un aviso. La Hegemonía estaba más que familiarizada con los destructivos proyectos de los Arquitectos y podía proteger a planetas de sus atenciones. Lo único que pedían a cambio era que se les jurara fidelidad, en cuerpo y alma.

Una docena de colonias humanas se unieron por esa razón a la Hegemonía, aceptando a los essiel como sus amos incuestionables. La tasa de deserciones se había reducido desde el final de la guerra, pero ahora los essiel tenían humanos que les tradujeran. Los diplomáticos hegemónicos aparecieron por toda la Esfera Colonial, impulsando la inescrutable agenda de sus señores. Explicaban que su dominio suponía paz y amor, orden y armonía. Los essiel eran los autócratas benevolentes que nuestros antepasados buscaron y no encontraron nunca, al ser la naturaleza humana tan defectuosa. Eran una secta, en resumen. Nadie estaba ni siquiera seguro de que lo que recitaban representara realmente lo que pretendían los essiel y su Hegemonía, filtrado como estaba a través de diferentes capas de traducciones dudosas. Los essiel eran, en un sentido muy religioso, inefables.

Huei-Cavor, la última conquista essiel, estaba repleta de naves. Tantas que Idris tuvo un *flashback* momentáneo de las evacuaciones durante la guerra. Muchos salían zumbando del planeta en cualquier cosa a la que pudieran subirse. Otras naves llegaban con diplomáticos, espías y buscadores de información dispuestos a mediotipar cualquier contenido que pudiera enviarse en la siguiente nave. Después de una votación planetaria y años de discusiones, la población de Huei-Cavor había decidido dejar al Hum para unirse a la Hegemonía essiel. Huei-Cavor suponía un gran éxito para los essiel: era una colonia próspera. El culto hegemónico llevaba trabajándose el lugar desde hacía años. Predicando y haciendo proselitismo abiertamente —y es posible que cosas peores a puerta cerrada— para conquistar a la opinión pública. Tanto los nativistas como los leales al Hum habían peleado a cada paso del camino, todo para fracasar al final. Ahora, según averiguó Idris a partir de las noticias, se esperaba a la nave de algún señor essiel. Llegado para supervisar el juramento ritual del gobierno de la colonia y aceptar su sumisión. Y así se terminaría. Todo el mundo tendría que ajustar las fronteras de sus mapas; Huei-

Cavor no volvería a ser un planeta gobernado por humanos.

—Sólo prométeme algo —dijo Barney, en persona, dado que los sistemas de la *Dios Buitre* estaban preparados para las siguientes veinticuatro horas—. Sea cual sea el trabajo pendiente, no nos implicaremos en este follón.

Rollo miró a Kittering, que hacía sonar una cancioncilla con algunas mandíbulas. Sus pantallas mostraban caras humanas felices. El capitán simplemente se encogió de hombros.

—Buscamos a la *Oumaru*. Salió de algún planeta de la Hegemonía que no puedo pronunciar adecuadamente. Un carguero, de construcción humana, tripulado por humanos. Está en el comercio de coleccionables, cosas de un valor decente. Lleva treinta y nueve días estándar desaparecida, fuera de los pasajes. Tenemos sus datos de navegación y saldremos a buscarla al vacío profundo, como hemos hecho otras cien veces. Sólo que esta vez puede que seamos los héroes adecuados a la ocasión y nos traigamos de vuelta supervivientes.

Barney asintió y dio un gruñido de conformidad.

—¿Tenemos que bajar al planeta?

—Sólo a la estación, y cuando volvamos. Hay demasiada mierda en marcha ahí ahora mismo. El tío Rollo no quiere poner en peligro a su familia cuando todo un planeta está cambiando de manos.

Barney aceptó las explicaciones sombríamente y se fue. Idris se levantó y se estiró.

—Ve a dormir algo —le aconsejó Rollo.

—Sí. Desde luego. —Llevaba en la *Buitre* lo suficiente para saber que eso no llegaría a pasar.

Pero cuando llegó a su cabina, ya estaba ocupada. Solaz estaba sentada en su cama con aspecto nervioso, esperándole.

2
Huei-Cavor

6

Solaz

El Partenón surgió como una fuerza de combate totalmente operativa sólo una docena de años después de la destrucción de la Tierra. Un fénix surgido de las ruinas en que se había convertido el resto; los ángeles milagrosos de la humanidad, aparecidos en su hora más oscura.

La verdad era, por supuesto, que su fundadora, la doctora Sang Sian Parsefer, las había preparado para una guerra impulsada por la Tierra. Al fin y al cabo, había criado una versión mejorada de la humanidad. El viejo modelo al que las parteni superaban probablemente tendría que hacer algunas objeciones. Una científica fuera de la ley trabajando más allá del alcance de la Tierra, con un equipo de renegados de ideas afines que incluía a diseñadores de naves de guerra, armeros y geneticistas. Solaz siempre se preguntó si las intenciones marciales de Parsefer habrían sido tan defensivas como se enseñaba a las parteni. Cuando has construido el cuerpo militar definitivo, puede que todos tus enemigos empiecen a parecerte menos impresionantes.

Todos los planes de Parsefer se habían elaborado en torno a la situación política de Antes, cuando todo giraba en torno a la Tierra. Luego los Arquitectos lo cambiaron todo; una guerra civil inminente se convirtió en una historia de heroísmo. Parsefer podía distinguir una amenaza mayor cuando se topaba con ella, y sus ángeles guerreras se convirtieron en salvadoras. La única fuerza humana capaz de retrasar a los Arquitectos para dar a un mundo la posibilidad de una evacuación.

Aunque su poderío militar no acabó con la guerra. Eso lo

consiguieron las Colonias y su Programa de Intermediarios. La mutación fortuita de Santa Xavienne no podría haber emergido del limitado acervo genético presente en las cubas del Partenón. Luego las Colonias habían rechazado compartir su investigación sobre los inters, incluso después de la victoria, y desde entonces las relaciones se habían ido deteriorando.

Lo que había terminado por traer a Solaz hasta aquí, hasta Idris Telemmier. De todas sus hermanas, debía de ser la única que podía considerar a un inter como un viejo conocido. Idris no era sólo un navegante o un arma. Representaba un caudal de datos sobre cómo se creaba un intermediario. Con su cooperación, el Partenón podría llegar a producir los suyos propios. Podrían combatir a los Arquitectos si los monstruos volvían. También podrían protegerse de cualquier ataque colonial si se llegaba a una situación así. Sobre los hombros de ella descansaba, muy probablemente, el destino de todo su pueblo.

Idris se quedó congelado en la puerta, mirándola. Esa mueca de dolor eterna que componía gran parte de la expresión facial de Idris estaba totalmente desplegada. Él la miró como si esperara que ella, o tal vez el universo entero, le propinara un bofetón.

Él no parecía tener más de veintidós años, pero tenía setenta. Ella no podía asumirlo.

—Eres tú, ¿verdad? —consiguió decir, con su voz elevándose poco más que un graznido—. Berlenhof.

—Sí, y me he colado en tu habitación. ¿Podemos superar esta parte? —preguntó Solaz—, salvo el detalle de que no cierras la puerta.

—Confiamos unos en otros —explicó Idris, descartando el resto de sus comentarios mientras entraba y cerraba la puerta.

Una mirmidón parteni recién salida del adiestramiento tenía más posesiones que Idris. Había una balda con mediotipos, pero sin etiquetas, lo que sugería que eran copias ilícitas. Un holograma mostraba sucesivamente unas plantas de aspecto alienígena, o al menos Solaz asumió que eran plantas. Había una impresora-recicladora en una de las paredes, y la cama, podía atestiguarlo después de sentarse en ella, era dura como una tabla. Nada para lavarse o hacer sus necesidades, para lo que estaban los servicios comunes de la nave. «Al menos me sentiré como en casa». Salvo que

algunos de sus compañeros de tripulación aquí eran hombres, y otros ni siquiera humanos.

—Podemos saltarnos la parte donde explico que no tengo intención de buscar basura en el vacío profundo y tú te muestras totalmente sorprendido —le soltó. Mientras él seguía allí mirándola estúpidamente, continuó—: ¿Te escondieron después? ¿Estuviste en suspensión a través del Programa de Inters? ¿O usaron el viaje relativista…?

—Justo lo contrario —le dijo sin expresión, y al fin se sentó en la cama lo más lejos posible de ella—. Mira… Ninguno de los que componíamos la primera promoción del Programa salimos… bien. Yo no estoy bien. Eso es todo. No he estado enterrado en hielo, como imagino que estuviste tú. Sólo es que… —Le hablaba a sus manos, que tenía hacia arriba sobre el regazo—. No he dormido, Solaz. No he dormido en condiciones desde que me hicieron lo que me hicieran.

Cualquiera que hubiera sido su intención, ella la olvidó en ese momento.

—¿Que no has dormido en…?

—Cincuenta años, y algo más. Sin sueño, sin envejecer. Como si me hubieran dejado anclado en ese instante.

—¿Pasa con todos los inters…?

—Conmigo. Nada más que yo. Nos jodieron a todos, pero a ninguno de la misma forma. He oído decir que con las promociones posteriores fue aún peor, con los que ataron con un contrato. Ni siquiera sé por qué te cuento esto, lo siento. Ibas a amenazarme, secuestrarme o algo. Sigue con lo tuyo. —Su voz se había hundido tanto que ella tuvo que colocarse hombro con hombro con él para llegar a escuchar sus palabras.

Y sí, ella debería seguir con lo suyo: no amenazas, sino una propuesta, una súplica sincera. Salvo que en ese momento sentía frío, como si el vacío profundo surgiera de él. Se preguntó si debía pasarle un brazo por encima o tomarle de la mano, como a una de sus hermanas que pasara por un mal momento. De la misma forma que las cosas empezaron entre ellos en Berlenhof; dos soldados heridos que se curaban juntos.

—No he venido a secuestrar a nadie —dijo ella con sinceridad, aunque sus siguientes órdenes podrían incluir esa posibilidad—. Me

enviaron con una oferta.

—Y te enviaron porque nos conocemos.

—No teníamos muchas opciones. —«Y si libráramos a algún pobre cabrón de su atadura, incluso de forma encubierta, supondría la guerra».

—La respuesta es no, por cierto. A tu oferta. —Él seguía hablándole a sus manos pero ahora estaba muy tenso, por si el secuestro seguía en el menú pese a todo.

—Todavía no la has escuchado. —Solaz sentía como si estuvieran manteniendo dos discusiones diferentes en paralelo.

—No me iré contigo. ¿Crees que estaría aquí, en esta nave, si estuviera interesado en firmar con algún bando? Ya sufrí lo mío en la última guerra. No quiero tener nada que ver con la siguiente.

—No se trata de luchar… —empezó Solaz, pero él la miró por fin, no tanto enfadado como acusador.

—Nadie será mi dueño. Ni los magdanos, ni el Hum, ni el Partenón. Ni ningún otro que me quiera comprar.

—¿Eso es lo que crees que queremos?

—Puedes disfrazarlo tan estupendamente como quieras, pero sé que unirme al Partenón es cruzar una puerta sólo de entrada. Sin mencionar que ya tengo mi propia nota al pie en los historiotipos. No quiero añadir otra como el hombre que traicionó a las Colonias. —Pestañeó, como si la viera por primera vez—. Hola, por cierto.

Solaz abrió la boca, se dio cuenta de que no tenía palabras, la volvió a cerrar.

—Lo siento. Habría sido bueno simplemente… encontrarte de nuevo. Por casualidad. Aparecer en los interesantes sueños que habrás tenido en suspensión. —Idris se dio cuenta de forma evidente de que estaba hablando demasiado rápido e hizo un esfuerzo por controlarse—. Porque recuerdo… No sueño, no envejezco y no olvido; no lo importante. Te debo la vida. Y doblemente, porque me mantuviste cuerdo después de Berlenhof, después… del primer contacto. Pero te lo debo a ti, no al Partenón.

—Yo…

—Así que puedes bajarte en Huei-Cavor. O pasar a tu plan B y ya veremos cómo sale, supongo.

—He firmado para vuestra próxima misión —dijo ella—. Así que creo que me quedaré aquí por ahora. Mira, Idris… ¿Podemos

empezar todo esto de nuevo?

—No me interesa.

—Ahora no. Voy a buscar mi cuarto, pero la próxima vez me gustaría al menos comenzar con un «hola».

—¿Para que puedas preparar de nuevo el camino para tu oferta?

—Sí, porque ésa es mi misión. Quiero informar que llegué hasta ahí, cuando vuelva con las manos vacías. Pero también… Sólo «hola». La verdad es que me alegra verte de nuevo. Eres la única persona que he conocido aparte de mis hermanas que me gusta.

Ella misma no estaba segura de si le estaba manipulando o no. Cuando vio que su gesto se suavizaba, aún más vulnerable al no seguir en guardia, se preguntó si debía sentirse culpable.

—Mirad a esa jodida maciza —gruñó Rollo. Todos salvo Kittering y Barney estaban en el compartimento de control, observando su aproximación a la órbita de Huei-Cavor. Hacía mucho que no estaban en ningún mundo con tanto tráfico. El ecuador estaba anillado por un enjoyado collar de estaciones espaciales, astilleros, ascensores y los esqueletos de supermuelles para los grandes cargueros. Más allá se distinguían el azul y el amarillo del propio planeta. Era de un blanco celeste en el polo visible, mostrando depósitos de hielo saturados de cobre, atenuados por las nubes tintadas de azufre. Pese a su atmósfera de química agresiva, mucha gente vivía sobre la superficie de Huei-Cavor. La gente podía metabolizar lo que les echara el planeta gracias a píldoras o modificaciones corporales. Una vez se ajustaban a las condiciones locales, resultaban tan buenas para la salud y la longevidad como un spa de minerales. Unos cuantos vejestorios ricachones se habían establecido allí a lo largo de los años, financiando gran parte de las florecientes infraestructuras del planeta.

Y ahora toda esa riqueza se entregaba ceremonialmente a los señores alienígenas. «¿Por qué, si los Arquitectos se habían marchado?», se preguntó Solaz. Quizá porque Huei tenía una población envejecida que recordaba la guerra. Habían tenido infancias marcadas por el terror a que, cualquier día, algo pudiera aparecer sobre el planeta y destruirlo. Querían la tan publicitada protección de los essiel.

La «maciza» de Rollo era la enorme barcaza del embajador essiel. Verla mientras descendía para el aterrizaje era como

contemplar los pétalos semiplegados de una rosa hecha de coral. No tenía ninguna ventana, ni motores o armas, ninguna estructura reconocible. Caía hacia el planeta como un asteroide a cámara lenta.

Su efecto habría sido similar en la esfera política del planeta, dado que una porción notable de la población de Huei-Cavor no estaba contenta con el cambio de gobierno. Los noticieros mostraban disturbios, explosiones y manifestaciones con miles de asistentes. De ahora en adelante se produciría un baño de sangre. Quizá no era el mejor momento para una visita, pensó Solaz.

Los notitipos entrevistaban ahora a un hombre calvo con barba que parecía muy popular allí. Vestía un manto notablemente elaborado, rojo con unas llamativas decoraciones geométricas doradas. El cuello muy curvado se alzaba en abanico en su espalda y era visible detrás de su cabeza. Estaba de pie junto a otros vestidos de forma menos refinada, todos serenamente satisfechos consigo mismos. Eran del culto a la Hegemonía, comprendió Solaz: la facción humana que llevaba años empujando para salir del Hum. El calvo con barba se hacía llamar Sathiel, porque los miembros de alto nivel del culto adoptaban nombres de resonancias religiosas. Sathiel era en apariencia alguien importante en la Hegemonía, desplazado para facilitar una transición suave. A los essiel les gustaban los planetas pacíficos y bien llevados. La vista cambió para mostrar un enorme gentío que se agolpaba en el lugar del aterrizaje. Eran sobre todo excitados conversos, ansiosos de ver a sus nuevos señores.

—Respuesta del orbital Pulmón-Cuervo —informó Olli. Estaba reclinada en el exoesqueleto andador de seis patas que usaba para moverse por la nave, después de que Idris la convenciera de salir un rato de su cápsula de control. Había intentado confirmar el contrato en la estación más cercana. Por desgracia, sus nuevos empleadores eran la administración local, que tenía trabajo de sobra en ese momento.

—A ver qué dicen. —Rollo activó las comunicaciones con la estación—. Aquí la *Dios Buitre*, lista para el servicio. ¿Hablamos con la administración de Pulmón-Cuervo? Se dice por ahí que se necesita un trabajo en el vacío profundo.

En su pantalla, la Pulmón-Cuervo colgaba sobre el planeta como

un eje enorme. Dentro de sus áreas superiores, repletas de ventanas, la gente vivía, trabajaba y hacía negocios. En la mitad inferior, llena de aberturas, las naves entraban y salían como abejas en una colmena. Luego la imagen fue desplazada para mostrar a una mujer enjuta, con los ojos oscurecidos por una batería de lentes.

—¿Factor Kittering? —preguntó dubitativamente a Rollo.

El hannilambra le respondió desde su propia consola, y apareció en un recuadro en la pantalla principal. Su boca pronunció una especie de presentación.

—Ah, capitán Rostand, entonces. Admirablemente puntual.

—Y esperando salir por la puerta con la misma puntualidad —le respondió Rollo—. Tengo la impresión de que tiene mayores problemas que nosotros. Usted es… —Miró un momento a un lado —. La factor Luciel Leng, ¿verdad?

—Su factor me asegura que disponen de una nave y un navegante capacitados para el vacío profundo. He visto sus certificaciones, pero quiero garantías de que no están inflando su perfil. Porque eso es lo que estoy pagando.

—Si ha visto los papeles ya sabe lo que hay —confirmó Rollo—. Somos buenos.

Solaz miró a uno y otro, preguntándose cuántos de esos acuerdos terminaban en una serie de engaños y disgustos. Rollo y Luciel parecían contentarse con su palabra y un apretón de manos.

—Esto es delicado y hay que resolverlo de inmediato. Buscamos la *Oumaru*, no lejos de Rrrfk. —Afrontó la pronunciación del nombre extraterrestre con determinación—. Probablemente un fallo mecánico. No transporta nada de especial valor, sólo ropas hegemónicas para gente deseosa de mostrarle a los nuevos jefes lo integrados que estamos; chorradas sobre todo, nada que valga la pena robar.

—Pero que podría valer la pena destruir por motivos políticos —sugirió Solaz.

La mirada facetada de Luciel buscó ver mejor a Solaz, probablemente preguntándose si la *Buitre* tenía realmente una parteni a bordo y por qué.

—Espero que no —replicó—. Pero si encuentran algo… conflictivo, vuelvan al exterior del sistema. Tengo un ataúd a mano para traer encubiertos tanto a su nave como a la *Oumaru*. No

queremos ni ofender a la Hegemonía ni dar puntos a los nativistas, ¿vale?

—Lo entiendo —confirmó Rollo—. Somos los adecuados para algo así.

Luciel Leng parecía tan segura como podría estarlo y se relajó en su asiento mirando a Solaz.

—¿Es de verdad?

—Eso me han dicho —respondió Rollo.

—No sabía que las hubiera disponibles.

—El universo es un lugar maravilloso, en el que se puede encontrar de todo. —El capitán asintió a Leng—. Mi factor me confirma el dinero y los arreglos con la garantía. Vamos a por su nave desaparecida. —Cerró la comunicación y declaró—: ¡A las cápsulas de suspensión, mis niños! Y que todo el mundo se ocupe de lo suyo esta vez. Pesadillas al mínimo, ¿vale?

—La nueva, ¿todo bien? ¿Necesitas ayuda con tu cápsula? —le gruñó Barney, el ingeniero. Ella devolvió a sus facciones disparejas una tenue sonrisa.

—Estoy bien. —Ya había comprobado todo y resuelto un par de fallos menores con la ayuda de un rastreador interno al que la tripulación no tenía acceso. La cápsula de suspensión y la nave eran de épocas distintas, y la cápsula era desde luego más antigua.

Los tripulantes se metieron uno tras otro en sus cápsulas, dejando a Idris en el puesto del piloto con Solaz detrás.

Él echó un vistazo a su alrededor, y luego volvió a los controles.

—Mejor que te vayas. Entraremos al nospacio en cuanto lo permita el tráfico.

—En el vacío profundo.

—El abismo que te devuelve la mirada. ¿Lo has hecho antes? ¿Te has… quedado despierta a través de los pasajes?

—Es parte del entrenamiento —asintió ella—. No me gustó.

—El vacío profundo es peor —dijo él, con cierto placer.

—Estaré acostada cuando lleguemos a él. Quería decirte… —Se dio cuenta de que estaba tenso, y por supuesto le habría gustado repetir la oferta del Partenón. Pero ella era una soldado, no una diplomática, y unos pocos meses de aprendizaje no iban a cambiarlo. Así que en su lugar dijo—: No he olvidado lo que pasó después de Berlenhof.

—Yo tampoco. —Su voz era muy débil. A ella le hubiera gustado ponerle una mano en el hombro, pero él estaba sumergido en el asiento, encogido sobre sí mismo. Parecía como si fuera a romperse si le tocaba—. Imagino que te entrenan para no sentir nada, para que las cicatrices queden atrás. En el Partenón. Ángeles guerreras duras como la piedra y todo eso. —Él sonaba reflexivo.

—Nos entrenan para hablar al respecto. Nos entrenan para curarnos, no para negar que sentimos dolor. La roca puede romperse.

—¿Eso vas a hacer aquí?

—¿Rodeada de coloniales? No. —La idea la ponía enferma—. Tu gente no admite nunca que está herida. Es una señal de debilidad en tu cultura. O eso me enseñaron.

—Debe de ser estupendo el poder hablar. —Él hizo un ruido inclasificable. Su voz no era más que un susurro.

Y luego desapareció, el asiento del piloto quedó en apariencia vacío, la nave resonaba hueca alrededor de ella. Supo que habían entrado en el nospacio y era la única persona que quedaba a bordo, quizá en el universo. La única persona, pero no la única cosa… Y así era como se presentaba la locura. Era igual para todos los que estaban a bordo. O lo habría sido si hubieran sido tan estúpidos para quedarse despiertos. Se apresuró hacia su cápsula, dispuesta para dormir tan pronto como se cerrara.

Idris

Entonces Solaz se fue e Idris sintió el familiar eco infinito del nospacio. Miró atrás, para captar al menos cómo su fantasma se desvanecía. Pero el compartimento de control ya estaba desprovisto de cualquier vida. Ya sólo quedaban él y el vacío. Idris se había preguntado más de una vez si el secreto de su longevidad estaba en esos espacios en sombra; nadie más le había dado otra explicación.

Todo el mundo estaba solo en el nospacio, incluso en los pasajes. Pero si te salías de ellos hacia el vacío profundo, te quedabas más solo de lo que lo hubiera estado cualquier otra criatura sintiente antes. Salvo que no estabas del todo solo.

Todas las especies que habían accedido al nospacio informaban

de la misma sensación. Incluso los más duros lo consideraban una experiencia traumática; algún tipo de sueño o suspensión era la solución preferida de todos. Había sido una prueba fundamental en el caso sobre la condición de los colmeneros como una verdadera inteligencia: sus mentes compuestas reaccionaban de forma similar en el nospacio. Era una reacción del intelecto. Un ordenador estúpido no podría pilotar allí. Antes de los intermediarios, la humanidad sólo podía moverse por los pasajes, senderos a través del espacio que una especie conocida como los originarios dejaron dispuestos mucho tiempo atrás, junto con sus enigmáticas ruinas. Los pasajes conectaban sistemas poblados, que justo estaban poblados porque era adonde conducían los pasajes. Era lo suficientemente sencillo para un piloto cualquiera fijar la travesía de su nave a través de los pasajes. Era como colocar un barquito de papel en una corriente, sabiendo que tarde o temprano llegará a algún sitio. El vacío profundo era distinto.

Idris sintió ese empujón como si todo quedara atrás: no tanto la ruptura de una membrana, sino como si él y su nave cayeran por una sima, al margen de todo lo que existiera jamás. Las luces retrocedían hacia el infinito y lo único que había por delante era el abismo que te devolvía la mirada. Ésa era la realidad del vacío, lo que había enloquecido a los pasajeros del *Gamin*. Cuando terminabas de darte cuenta de que no estabas solo, deseabas estarlo.

Idris tenía tanta experiencia al respecto como el que más entre los seres humanos con vida. Existía todo un corpus literario reconfortante que explicaba cómo aquello no era más que una reacción mental a la falta de algunos estímulos sensoriales. Ni Idris ni ninguno de los inters con los que había hablado se lo creían ni por un momento.

Guio a la *Dios Buitre* por caminos no trazados como si manejara un barco por un océano sin horizontes, más allá de cualquier esperanza de encontrar tierra firme. Y sabía, con absoluta certeza, que en algún lugar lejano de las profundidades se movía algo. Tal vez dormía, pero el toque de la mente de Idris turbaba sus sueños. Un día se despertaría del todo y se alzaría con las fauces abiertas para engullir al infortunado que hubiera llamado su atención. Quizá ya había ocurrido, porque en ocasiones había naves que se desvanecían en el vacío profundo, incluso algunas con navegantes

inters capacitados.

Idris se acomodó en la silla, dejando que sus sentidos únicos se desplegaran. El ojo de su mente empezó a dibujar desesperanzadas imágenes de fosas abisales, mechones viscosos de algas, abismos dentro de abismos donde acechaba… algo. Aparte de esas distracciones, escuchaba, explorando. El oído de la mente se sintonizaba, los dedos de la mente tanteaban, poniendo a prueba el tejido del espacio como una araña que teje su red. Sentía la textura del cosmos sobre las circunvoluciones de su cerebro, cada pliegue y espiral sugiriendo la presencia de masa y su consecuente tirón gravitacional. Si se hubiera quedado con el Cuerpo Cartográfico, o hubiera sido reclutado por el boyardo, así habría sido toda su vida. Habría vagado por esos senderos, hasta encontrar algo más que un fuego fatuo; una estrella desconocida, con nuevos planetas aprovechables. Con suerte, incluso un pasaje que conectara esos descubrimientos con el resto de la creación. Pero nadie dura mucho en el Cuerpo Cartográfico. Te marchas después de uno o dos viajes, con la mirada perdida y tembloroso. O te quedas y algo deja de funcionar en tu cabeza. Hasta que un día te llevas la nave a algún sitio y no vuelves. Quizá al final comprendes lo que hay tras esa inquietante sensación de una presencia, y te unes a la corte del abismo para bailar eternamente con su rey dios.

Idris se pateó mentalmente.

«¿Ahora está más cerca?». Siempre se preguntaba lo mismo. Y siempre le parecía que esa sensación de algo —ahí fuera, ahí abajo — emergía para alcanzarle. Intentaba despejar ese sentimiento como una ilusión más y nunca se convencía a sí mismo.

Idris Telemmier llevaba haciendo eso cincuenta años, en la guerra y después. Había resistido cuando todos sus compañeros habían enloquecido o se habían matado por el horror de lo vivido. También sobrevivió a la generación de inters que vino tras la suya, y a la mayor parte de la siguiente. Podría escribir un libro, pero los últimos capítulos degenerarían en un charloteo místico. «¡Me tiene destinado algo!», podría gritarle al vacío.

Había escuchado una vez a otra inter a la que forzaron a subir a una nave durante la guerra. «¡No me obliguen a ir!», gritaba la mujer. «¡Me conoce!». Una y otra vez. Por entonces él no había estado aún en el vacío profundo. No la había entendido.

Idris Telemmier llegó hasta el solitario infinito como un hombre tanteando en busca de un precioso objeto que se le cayó en una habitación a oscuras. Y en algún lugar de esa expansión ilimitada, sintió que algo le alcanzaba para agarrarle de la mano y tirar.

Pero hoy no. Había aprendido los datos de telemetría y el rumbo de la *Oumaru* y los había dejado al fondo de su mente; permitió que su consciencia se expandiera al nospacio y encontró algo que parecía una nave.

Cuando cerró la trampilla de su mente, casi podía decir que la sentía como de un tamaño aproximado al de la *Oumaru*. Estaba a la deriva más allá de los pasajes que convergían en Huei-Cavor. No tan alejada de su rumbo previsto, pero sin un navegante inter cualquier pequeña desviación de la ruta significaba que jamás encontraría el camino de vuelta.

Sintió una chispa de esperanza, porque la *Oumaru* ni siquiera llevaba perdida mucho tiempo. Probablemente sus tripulantes siguieran en suspensión. O podrían estar llamando para conseguir ayuda. Cómo se alegrarían de ver que la *Dios Buitre* aparecía junto a ellos, un samaritano inesperado.

Con un profundo alivio, aflojó el empuje del motor gravitacional contra el tejido del nospacio, lo que les devolvió balanceándose hacia arriba —no podía evitar pensar en términos de arriba y abajo, a su pesar— al espacio real. De algún modo fue abruptamente consciente de todos los que dormían en sus cápsulas de suspensión. Y entonces la gran Presencia impasible del nospacio volvió al territorio de lo imaginado.

«La próxima vez», tuvo la sensación de que le decía, pero siempre era igual. Rastreó el destello de masa que había identificado y que podría ser la *Oumaru*. Luego los sensores de la *Buitre* le mostraron lo que había encontrado.

Sintió que se ahogaba.

Se echó atrás en la silla.

Casi se le paró el corazón un momento, se le aceleró al siguiente.

Cuando quiso enviar la orden de despertar a las cápsulas, los dedos le temblaban sobre las teclas y no pudo. Tenía sangre en la boca. Se había mordido la lengua. Por un momento le hubiera gustado enviar de vuelta a la nave al nospacio, enfrentarse a la Presencia en vez de seguir allí.

Allí estaba la *Oumaru*, pero no encontrarían una tripulación que agradeciera con lágrimas su llegada. La nave había sido desollada y deformada en una elegante escultura de chatarra, como una flor. Era un recuerdo de la guerra, pero la Oumaru había partido pocos días antes.

7

Idris

—Dime sólo una cosa —pidió Rollo con voz ronca—. ¿Se ha… marchado?

Toda la tripulación se había metido en el compartimento de control. Podrían haber examinado las imágenes en cualquier otro sitio, pero parecía un buen momento para sentirse acompañado.

Idris ya había puesto a funcionar sus sentidos examinando el espacio real y sus distorsiones, de la misma forma que los usaría para aproximarse a otra nave. «Lo sabría si estuviera aquí», se dijo. Si hubiera un Arquitecto al acecho en el nospacio, su presencia maligna le habría resultado evidente. Más lecciones aprendidas en la guerra.

—No hay nada —fue capaz de decir—. Se marchó.

—Se marchó —repitió Kris—. Pero han vuelto.

—No lo sabemos —dijo apresuradamente Rollo. Todo el mundo le miró, señalando sin palabras la evidencia mostrada por las pantallas—. Mirad, mis niños —siguió, con la voz temblorosa—, no lo sabemos. Quiero decir, los Arquit… los Arquitectos… —Su voz enronqueció y bajó de tono mientras intentaba decir la palabra, como si pudiera servir de invocación—. Se fueron a alguna parte. Puede que la *Oumaru* terminara allí. Puede que les consideraran intrusos, les castigaran y les dejaran aquí. Como un aviso, quizá. «No se acerquen». Pero eso no tiene por qué suponer que volvieron. No asegura…

Kris se sentó junto a Idris, que le apretó un momento el brazo, toda la solidaridad de la que era capaz. Kittering se acicalaba obsesivamente las patas menores, sin que hubiera nada más que una

centelleante oscuridad en sus pantallas. Barney se estiró hacia Olli, que le tomó de la mano con los muñones de su codo.

—¿Crees que lo sabían en Pulmón-Cuervo? —interrumpió Solaz. Parecía algo alejada de los demás, fuera de su solidaridad compartida.

—No —dijo al momento Rollo—. Con certeza. Habrían mandado a más gente con nosotros, si lo hubieran sabido. O habrían usado un navegante de la Hegemonía para llevárselo ellos mismos. Era un tema de rescate rutinario… justo hasta ahora. —Se enjugó la frente, sin apartar la vista del casco delicadamente destripado de la Oumaru—. Quiero voluntarios para vestirse e ir ahí.

—Que te jodan —respondió Barney de inmediato—. ¿Por qué?

—Porque tengo un mal presentimiento sobre cómo va a ir este trabajo… y quiero algo que podamos vender, algunos datos. Además, no estamos seguros de que no haya supervivientes. Algunos de los compartimentos de popa parecen intactos.

—No veo que haya nada activado —murmuró Idris.

—Las cápsulas de suspensión en modo de emergencia pueden consumir tan poca energía que no las detectemos —dijo Olli. Hizo una mueca—. Iré en el escorpión. ¿Quién se viene?

—Yo —se ofreció Solaz. A Olli no le gustó, y dio un respingo al momento, pero la parteni añadió—: Tu exoesqueleto y mi armadura. Somos las más capaces de volver rápidamente a la *Buitre*, si algo se tuerce.

Después la tripulación esperó. Idris guio a la *Dios Buitre* con tanta delicadeza como le fue posible, agarrándose a la parte más intacta de la *Oumaru*, que algo quedaba. Para un observador, las dos naves parecían como si un cangrejo alado intentara acoplarse a una especie de medusa desparramada.

Hizo que los motores gravitatorios trabajaran despacio, pero lo suficiente para extender un campo por el lado más próximo de la *Oumaru*. La armadura de Solaz y el escorpión de Olli tenían asideros gravitatorios que podían aferrarse a ese campo y les permitían maniobrar en el vacío. Idris las vio desfilar por el compartimento estanco de la *Buitre* y avanzar en zigzag por la torturada curva del violentado casco del carguero. Se dirigían hacia el filo mellado desde el que el Arquitecto había dejado expuesto el interior de la nave.

«¿Qué haremos si ha llegado?», era lo que todos debían estar pensando. «¿Qué haremos si esto es la guerra?».

Cuarenta años atrás, Idris y dos de sus compañeros habían perseguido a un Arquitecto en Lux Lejana y establecieron contacto. Por un momento que aplastó sus mentes, el pensamiento humano y la densa cognición de una entidad del tamaño de la Luna coexistieron en el mismo plano de referencia. Los intermediarios habían conseguido aquello para lo que se les creó.

No habían llegado a obtener una comprensión. Ni siquiera una distensión. Pero el Arquitecto fue consciente de que existían. Y se había marchado, dejando intacta la colonia de Lux Lejana, que ya había empezado la evacuación. No se había visto a ningún Arquitecto desde entonces. La humanidad se había salvado.

Había crecido toda una generación desde entonces sin esa terrible sombra aniquiladora. Salvo que Idris era de la generación de la guerra y jamás olvidaría.

—No hay señal de ningún tripulante —les llegó la voz de Olli—. Puedo ver con claridad hasta el extremo opuesto de la nave. Todo aquí ha sido… Arquitecturizado. Por dentro está tan jodida como por fuera. La tripulación y la mayor parte la carga debe haber simplemente volado. No le debió llevar mucho tiempo hacer esto, ¿verdad?

—¿Una nave de este tamaño? Segundos —confirmó Idris secamente, intentando no recordar todas las veces en que vio cómo ocurría. Los planetas les llevaban más tiempo. La reconfiguración de la Tierra, según le dijeron, costó una hora entera.

—Qué desastre —dijo Olli, e Idris supuso que no se refería a la estructura interna de la nave. Luego añadió—: Eh, ¿qué haces?

—Tomo muestras —contestó Solaz.

—¿Recuerdos, pati? —Olli sonaba disgustada.

—Muestras —repitió Solaz—. Los Arquitectos dejan una firma, como las huellas digitales, cuando manipulan la materia. Aunque no consigamos nada más, podremos saber si esto lo hizo alguno que ya conocemos… u otro nuevo, recién salido de donde demonios vengan.

Barney sugirió dejar la nave, pero Rollo lo vetó.

—Mi niño, tenemos un encargo. Se ha producido una complicación inesperada. Eso es todo. —Sonaba como si estuviera

intentando convencerse a sí mismo—. La llevaremos de vuelta. Nos pagarán. Nos marcharemos e intentaremos olvidar que esto pasó alguna vez.

—¿En serio? —preguntó Olli, ahora embutida en su esqueleto andador.

—Esto podría ser nada más que… una anomalía —dijo Rollo con tranquilidad, como apartando a los Arquitectos y todo lo que habían hecho con un gesto de la mano—. Un incidente. Eso no es…

—El fin del mundo —terminó Olli con amargura.

—¿Listo para remolcarla de vuelta, hijo mío? —inquirió Rollo a Idris.

En segundo plano de su mente, Idris sentía un pequeño pero inquietante temor a que, cuando llevaran los restos al nospacio, hubiera algo más que arrastraran consigo. Algo invisible en el espacio real, pero manifiesto en toda su horrible gloria en los lugares imaginarios que había más allá.

Tendría mucho tiempo para extenderse en ese tipo de pensamientos felices en el viaje de vuelta a través del vacío profundo.

—Imagino que entonces lo mejor es que todos vayáis a vuestras cápsulas —les dijo.

La factor Leng les había pedido buscar un punto de entrada alejado de cualquier tráfico, por si se encontraban con algo problemático. Quizá pensaba en un sabotaje o en consignas contra la Hegemonía, pero le pareció que servía para el caso. Idris les llevó bien lejos de nadie que pudiera entrever cualquier detalle de su grotesca carga, y envió una única imagen encriptada a la administración de Pulmón-Cuervo.

—No envidio a quien tenga que hacer una declaración al respecto —musitó Kris cuando la tripulación ya estaba de nuevo despierta—. Quiero decir, no es nuestro problema. Pero…

—Va a ser un dolor hacer negocios en cualquier parte durante los próximos seis meses como mínimo —fue la muy comedida aportación de Barney.

Debido a la suspensión y el viaje nospacial, la vida de un espacial incluía una cantidad sorprendentemente reducida de tiempo de espera en la propia nave, pero con esa aproximación encubierta, el ataúd de Leng tardaría varias horas en llegar hasta su

posición. Jugaron a Paso de Tierra y a Jactancia, y Kris sacó un puñado de mediotipos escogidos de su colección. Durante todo ese tiempo, Idris fue consciente del peso de los ojos de Solaz sobre su espalda. La oferta no expresa continuaba en el aire, visible sólo para ellos dos.

Ella le habló ya al final, cuando el ataúd se acercaba.

—¿Pasaste directamente a los salvamentos, después de la guerra?

—Cuerpo Cartográfico, unos años, descubriendo planetas. —Parpadeó, sin convencerse todavía de que ella no le tendiera una trampa—. ¿Has estado alguna vez en Damasite? No, supongo que no. Ése fue mío. Lo encontré en el vacío y descubrí un pasaje de vuelta. Ahora tiene una colonia, en su segunda generación. —Se le hacía difícil mirarla, sobre todo porque era (si podía sincerarse consigo mismo) muy fácil de mirar. La mujer que había diseñado los genomas parteni tenía estándares precisos en cuanto al físico.

—¿Y luego? —preguntó ella.

—Luego alguien del Comité de Enlace apareció y me hizo una oferta —le resumió—. Era una oferta en apariencia estupenda. Habría vivido bien con ella. Pero había escuchado cómo trataban a la siguiente generación de inters, y la tasa de éxito que estaban consiguiendo con reclutas y criminales. No quería formar parte de eso nunca más. Ya había hecho mi aportación. Terminé con la guerra, Solaz. No estaba solo, pero fui uno de ellos.

—Me sorprende que simplemente te dejaran marcharte. —Y no era una crítica parteni a las autoridades coloniales. Era una vieja amiga que se alegraba por él.

Sintió rescoldos que se avivaban en su interior y los apagó brutalmente. «No, no lo permitiré. Está detrás de mí sólo por otro maldito gobierno».

—Así que después del Cuerpo Cartográfico, ¿has ido vagando por naves como ésta todos estos años? —preguntó Solaz, y le afectó la crítica implícita.

—Pasé un periodo en prisión. Y fui esclavo una vez.

—¿Qué?

—Bueno, me ataron con un contrato. Luché contra él, y por suerte no era en algún sitio como Magda, donde la letra pequeña está escrita en los nudillos de algún gorila. Ésa es la razón de contar

con Kris.

—¿Es tu abogada?

—Me ha salvado de ese tipo de mierda en once ocasiones distintas ya.

—Parece buena —admitió Solaz—. ¿Qué hace bajando al barro contigo?

—Pregúntale. —Idris se encogió de hombros—. No es por mi atractiva personalidad, eso seguro. Y ahora me ves en buen momento.

—El Heraldo, Ash —dijo Solaz—. Idris, vino a buscarme. Me dijo dónde estabas. —Un momento después pareció arrepentirse. No era más que otro camino para hacer su oferta. Idris volvió a encogerse de hombros.

—Eso no cambia nada. —Aunque ocultaba cuánto podía significar aquello—. Pero me alegra que lo hiciera. Siempre me pregunté si volvería a verte. Debería. Debería estar agradecido de que él… Debería… algo. Lo siento. La mayoría de los días soy un experimento fallido, y una mala persona.

La voz del piloto del ataúd llevaba un rato zumbando de fondo y se detuvo, porque el tipo al fin había visto la Oumaru. Rollo resopló.

—Y ahora lleváoslo, gilipollas. ¿Por qué os haría venir hasta este descampado si no? No es por capricho, ¿lo veis?

Un ruido desagradable salió de los comunicadores, alguien con la respiración entrecortada.

—Sí —dijo en tono asombrado—. Sin mierdas. Vamos a abrir las puertas, sólo meteos.

No había mucho que contar sobre los enormes ataúdes, que realmente se usaban nada más que para bajar cargas grandes y delicadas a los planetas. En el espacio se podía llevar cualquier carga frágil sin preocuparse, debido al efecto inercial amortiguador que podía producir un motor gravitatorio. Pero el zarandeo de la entrada en la atmósfera de un planeta suponía que era mejor asegurar cualquier cosa que quisieras llevar a la superficie. Por supuesto, la carga no acostumbraba a ser otra nave. Pero el tamaño del ataúd permitía transportar a la *Oumaru* al orbital Pulmón-Cuervo sin que cundiera el pánico en el sistema. Idris sabía que no era más que retrasar lo inevitable. Pero en eso consistía la vida,

¿no?

Guio a la *Dios Buitre*, con la Oumaru a remolque, hacia las fauces abiertas del ataúd. Luego los gravitacionales internos del enorme transporte los colocarían de la mejor manera. Después tocaría esperar más hasta que el ataúd les llevara al interior del sistema, al bullicio de Huei-Cavor. Barney salió de estampida, aduciendo tareas de mantenimiento, y Kittering terminó jugando con Medvig y Olli en su lugar. Rollo eligió irse a dormir un poco.

Idris miró a Solaz casi de forma desafiante.

—¿Y qué harás tú? —le preguntó—. ¿Quieres tomar algo? Podemos sintetizar… la verdad, poca cosa que tenga un sabor auténtico. Pero al menos podrás contarme en qué has estado, ya que vamos a jugar a los viejos amigos un rato.

—Vi algo de acción después de la guerra. —Se encogió de hombros—. Entré y salí del hielo. ¿Oíste sobre un enfrentamiento con rehenes en la estación Britta? Eso fue cosa mía.

Sí que lo había oído, sólo unos pocos años antes. El Partenón había salvado a regañadientes a tres científicos coloniales de unos nativistas paranoicos. Luego se quedaron con los científicos y casi empieza una guerra.

—Te has mantenido ocupada —fue capaz de decir débilmente.

Parecía extrañamente irreal que los mediotipos no estuvieran proclamando el regreso de los Arquitectos. En su lugar, Huei-Cavor estaba enteramente ocupado en la llegada del embajador de la Hegemonía para la consagración del planeta. Idris vio el despliegue del ritual en una de las pantallas pequeñas, sombríamente consciente de que ese proceso absurdamente elaborado se habría convertido de repente en cuestión de vida o muerte si alguien conociera toda la situación. Huei-Cavor estaba a punto de ponerse fuera del alcance de los Arquitectos.

La enorme barcaza que vieron antes ya había aterrizado, y una multitud de cientos de miles de personas asistía de rodillas a la ceremonia. Un portón a uno de los lados de la barcaza había desplegado una rampa y las noticias mostraban el proceso por el que el Siempre Reverenciado Emnir, el Bastión y el Dorado, descendería al suelo de Huei-Cavor. No es que esa figura alienígena fuera realmente a tocar el suelo. Eso no era propio de los essiel. En primer lugar aparecieron incontables sectarios, vestidos de forma

reluciente y poco práctica. Luego correteó un puñado de comadrejas de metal, con seis piernas y unas cuantas armas, de alguna raza sierva de los essiel. Al fin, el propio essiel apareció ante su nueva congregación.

«El Siempre Reverenciado Emnir, el Bastión y el Dorado» era por supuesto la interpretación de los sectarios humanos de su título. Y la ceremonia que siguió —a lo largo de tres horas— también era una adaptación del culto. El essiel simplemente asistió sentado y en alguna ocasión movió alguna extremidad delgada como un palo en su plataforma ingrávida. Tenía cinco metros de anchura y estaba hecha de auténtico diamante, trabajado en intrincados arabescos simétricos.

La mejor propuesta de los investigadores humanos era que los essiel habían evolucionado a partir de algún tipo de exoparásito sedentario que se adhería a animales más móviles y terminaba por manipular a sus anfitriones. Físicamente, eran bivalvos que llegaban a los tres metros de alto cuando se alzaban. Donde las dos conchas divergían, en el extremo superior, se proyectaban un puñado de ojos acechantes y unos miembros articulados. Los señores alienígenas de la mayor potencia conocida en la galaxia parecían percebes más que otra cosa.

Idris desconectó durante la mayor parte de la ceremonia, aunque Barney y Kittering no perdieron detalle. Arrodillarse ante un marisco parecía un pequeño precio a pagar por estar a salvo, dadas las últimas circunstancias.

El ataúd llegó al fin a Pulmón-Cuervo. La factor Luciel Leng se reunió con ellos en la pasarela, con aspecto tenso y respaldada por personal de seguridad.

—Capitán Rostand, le felicito por su buen trabajo —le dijo, con una sonrisa que parecía frágil como el cristal—. Obviamente el resultado ha sido del todo inesperado, pero bueno, muy bueno. ¿Van a tomarse un descanso aquí?

—Creo que ya hemos terminado —dijo Rollo, inexpresivo.

—Entonces necesitaré ciertas garantías —añadió Leng. Era una mujer pequeña, ahora que se la encontraban en persona. Sus lentes se movieron como examinando posibles debilidades de Rollo—. Nadie de su tripulación divulgará su hallazgo.

—Tarifas estándar por la confidencialidad. Se preparará un

contrato —se escucharon los tonos enérgicos del traductor de Kittering.

—¿Cree que puede esconderse algo así? —preguntó Kris.

—Por ahora. Mientras sigan las celebraciones. Una temporadita —repuso Leng—. Y no quiero que una tripulación de espaciales se vaya de la lengua sobre lo que encontraron.

—Ahora son de la Hegemonía, ¿no? —insistió Kris—. Hubiera pensado que lo contarían a los cuatro vientos. A sus nuevos amos les encantaría el empujón que esto podría dar a sus reclutamientos.

—Estamos valorando cuál sería la mejor forma de… presentar el asunto al divino essiel. Cuál sería la mejor forma de… —«Sacarle partido» se quedó colgado en el aire, sin que llegara a decirlo. Mucha gente se habría enriquecido o arruinado en esa transición de poderes, especialmente administradores de estación de nivel medio —. Así que retendré su nave hasta que decidamos cuál es la mejor forma de manejar esta noticia —les dijo directamente—. Vayan a beber y jugar todo lo que quieran, pero si hay disturbios y la gente empieza a gritar que vienen los Arquitectos, no les pagaré. ¿Me entienden?

—Cristalino —le respondió con amargura Rollo—. Sólo dese prisa y vea qué hacer. Mi gente se inquieta si pasa más de un día en puerto.

«Después de un día, la mayoría de los puertos están desesperados por perdernos de vista», pensó Idris.

8

Solaz

Las nuevas lealtades de Solaz llegaban hasta ahí. Podía ser parte de la tripulación y una colonial honoraria, como Kittering el hannilambra. Pero eso no suponía que hubiera olvidado de qué cuba había salido. Tan pronto como pudo, se alejó del resto y envió un mensaje codificado a la monitora superior Tacto. El orbital Pulmón-Cuervo podía jugar a sus propios juegos, pero si los Arquitectos volvían, el Partenón tenía que saberlo. De hecho, el resto de la galaxia necesitaba que el Partenón lo supiera. «Mantenedlo en secreto», pidió, y dio por hecho que convencería al Partenón lo suficiente como para que no se volviera contra la *Dios Buitre*.

Una vez cumplido su deber, fue a hacerse la colonial, lo que significaba salir de permiso a beber. Pensó que ayudaría a su misión conocer mejor a los compañeros de Idris, aunque Kris Almier era la que llamaba más su atención. La mujer oscura se había apartado para sentarse en el bar con una bebida claramente más elegante que las de los demás, y estaba haciendo algo en una pizarra. Solaz vio que era algún tipo de juego llamativo, visualmente sencillo pero engañosamente difícil, como gran parte de la cultura colonial.

—¿Y cuál es tu historia exactamente?

Kris miró a Solaz cuando se sentó a su lado.

—¿Y qué te importa, soldado?

—Compañera —corrigió Solaz sin acritud.

—No estoy segura de lo que eres. —Kris apartó la pizarra, como si el juego contuviera los secretos de la creación—. Salvo que Idris se comporta raro cuando andas cerca.

—Somos viejos amigos —dijo Solaz sin más, pidiendo una bebida con un gesto.

—¿Qué probabilidades hay de algo así, eh? —Solaz veía que Kris se andaba con cuidado con ella, pero aun así la mujer se cuadró de hombros de forma agresiva y añadió—: Si le supones cualquier problema a mi cliente, ten en cuenta que estoy al día tanto de las leyes coloniales como de las de la Hegemonía. Puedo protegerle de ti dondequiera que vayamos fuera de vuestro espacio. Y Rollo y Kit saben cómo conseguir trabajos fuera del alcance del Partenón.

El impulso de Solaz fue decir que el Partenón alcanzaba a todas partes, incluyendo allí mismo y en ese mismo instante. Un momento después, sin haber pronunciado esas palabras, se sintió muy descontenta consigo misma.

—Somos viejos amigos —repitió Solaz, ahora con menos convicción—. Estuvimos en Berlenhof. Y sí, no es una coincidencia encontrármelo. Me enviaron. Pero… no voy a meterle en un saco y salir corriendo. Tengo una oferta para él, cuando esté dispuesto a escucharla.

—¿Y si dice que no?

—Entonces será que no, por supuesto. —«Hasta que me den orden de que sea que sí»—. ¿Quién eres, Kris? Nunca había oído hablar de abogados de abordo.

—Keristina Soolin Almier, abogada colegiada, de Scintilla. —Las palabras sonaron bien, pero con una de las manos retorcía su brillante pañuelo, éste de un dorado brillante; Solaz todavía no había visto que usara el mismo dos días consecutivos.

—Una bola de hielo —comentó, intentando que le viniera a la cabeza algo más sobre ese planeta. Allí estaban locos, recordó. Una sociedad rica, educada, rígida, con tradiciones extrañas. Estaba en la lista de planetas coloniales en los que cualquier actividad parteni estaba señalada como peligrosa—. Se habría pensado que podías conseguir algo mejor. No quiero hacerte de menos, sólo lo comento.

—Fuera del Partenón, no siempre terminamos donde se espera —fue la única respuesta de Kris.

—Podrías venir también si Idris acepta mi oferta —dijo con sinceridad Solaz. «En el improbable caso de que me deje ni siquiera hacerla»—. Podrías añadir las regulaciones parteni a tu cartera legal. Tendrías mucha demanda. Pocos coloniales saben moverse en

ellas. —Alzó las cejas, interrogativa.

—¿Crees que ganarme es la forma de llegar hasta él? —le preguntó Kris—. O… —Frunció el ceño de forma abrupta—. ¿Me estás entrando, mirmidón?

A Solaz le tomó igualmente por sorpresa la idea por un momento, pero luego se encogió de hombros.

—Bueno, los coloniales podéis ser extraños con este tipo de cosas, pero si estás dispuesta…

Kris la miró y Solaz esperó a ver si había retenido sus prejuicios de mundo conservador o había adoptado las costumbres más liberales de los espaciales. La primera página del libro de jugadas de las parteni para estas situaciones rezaba que los coloniales eran raros en cuanto al sexo, de un centenar de maneras distintas, y que ni siquiera debería mantener ese tipo de conversación. Pero Kris la había sacado…

Al final, la mujer se sonrojó y apartó la mirada, jugueteando de nuevo con su pañuelo.

—Bueno, no… es mi tipo de cosa normalmente, pero… Supongo que me siento halagada.

Solaz sonrió a su pesar.

—Ahí está mi oferta.

—Supongo que para vosotras es sólo con mujeres. —Kris siguió despacio, de una forma que Solaz percibió como alentadoramente interesada.

—En casa. Cuando viajas, experimentas… —Y sin querer dirigió la vista al otro lado del bar hacia Idris. Cuando volvió a mirarla, Kris estaba con los ojos bien abiertos.

—¿Idris? ¿En serio?

Por un momento, Solaz pensó que estaba celosa u horrorizada, pero la expresión de la mujer resultó ser maliciosamente divertida. Solaz se encontró totalmente descolocada, porque quería mantener eso totalmente oculto. En apariencia le había bastado una copa para descubrirlo. Se libró de dar más detalles cuando un hombre enorme se abrió camino en el bar y se sentó tan cerca de Kris que casi la empujó de su taburete.

La abogada abrió la boca para lanzarle un reproche, pero él las miró desabridamente a las dos y dijo simplemente.

—La *Oumaru*.

Los reflejos de combate de Solaz se activaron de inmediato. «Ángeles del Puñetazo en la Cara», recordó, y estaba dispuesta a cumplir con el sobrenombre. El hombre tenía más carne de lo habitual en los coloniales, incluso era más ancho que los soldados *voyenni* de Magda. Llevaba el pelo y la barba muy cortos a cepillo, y su cara nudosa estaba salpicada de manchas azules y moradas. También había algo muy equivocado en él. La ropa estaba cortada desde la nuca hasta la parte inferior de la espalda, porque llevaba implantada ahí una criatura. Era una cosa entre una langosta y una abeja, con algunas piezas blindadas, erizada con pelos dentados. Varios miembros estaban profundamente insertos en el cuerpo del hombre, con la carne a su alrededor deformada por bultos. Un puñado de ojos se movían, examinando a la gente. Solaz no tenía ni idea de lo que era, sólo que le parecía desagradable. Muy desagradable.

Kris dejó con mucho cuidado su vaso de plástico.

—*Oumaru*… ¿Eso quiere decir algo?

El recién llegado la miró sin el menor humor.

—La trajisteis del vacío profundo. —Su colvul tenía un acento extraño—. Mi empleador se interesa por ella. Dime dónde está, por favor.

—Nones —contestó Kris.

—No son nuestras pulgas ni nuestro circo —añadió Solaz. Que, dadas las expresiones que pusieron los otros, no era un dicho que conocieran fuera del Partenón.

El hombre —el simbionte, decidió Solaz— sonrió un poco. Se preguntó si la unión de la carne suponía en este caso una unión de la mente.

—No juguéis con esto —siguió—. Mi empleador desea que su personal tenga acceso a la nave. Todo puede reducirse a una agradable cuestión de recompensas contractuales o puede tomar caminos menos agradables.

—Trátalo con nuestro factor. Sólo soy una tripulante —dijo Kris sin más.

—El hanni dice que ya estáis bajo contrato. Le expliqué que esto era problemático para mi empleador, pero al pequeño cangrejo le dio igual. Para evitar que pase algo desagradable, he venido a ver a la tripulación. Enseñadme la nave ya, por favor. —Puso sus enormes

manos sobre la barra y Kris se alejó al instante unos pasos. Se percibía el peligro en el tipo como si lo exudara.

—No quieres empezar nada desagradable conmigo —le dijo tranquilamente Solaz. Él se limitó a sonreír.

—Eres la pati, me dijeron que había una. Bien por ti. No sois las únicas que peleáis. Vamos a la nave, por favor.

Solaz se quedó quieta, calmada y lista para el combate ahora que los puñetazos parecían inminentes. Cuando la violencia se desencadenó a dos mesas de distancia, los pilló a los tres por sorpresa.

Le lanzó un puñetazo al simbionte por puro reflejo, a la vez que él iba a por ella. Solaz se echó a un lado a la vez que su puño alcanzaba una mejilla dura como el acero. Un momento después, les tiraron a alguien vestido de rojo entre los dos. El simbionte golpeó la barra con el codo, rajando la encimera, y soltó un grito de dolor sorprendentemente agudo. Solaz por su parte aprovechó el momento y se puso del otro lado de la barra. Terminó cubierta de una túnica, al apartar al sectario que habían usado como misil. Cuando sacó la cabeza de su parapeto, vio cómo toda la sala se había unido a la pelea y el simbionte se había marchado. Pensó por un momento que Kris lo habría hecho también, pero la abogada estaba agachada tras la dudosa protección de la barra.

—¿Qué es esto? —preguntó Solaz, con la sensación de que su propia pelea debería tener prioridad sobre ese follón surgido de la nada.

—¡Idris! —gritó a la vez Kris, y se metió en el tumulto sacándose un cuchillo de hoja estrecha de la manga. Solaz saltó la barra y fue detrás de ella.

En un reservado de la sala se encontraban Idris, Rollo y Olli. El corazón de Solaz dio un vuelco al ver que alguien había clavado una daga en su mesa de plástico, porque ella sabía exactamente lo que significaba ese detalle teatral. «Los Traicionados. Con sus ideas de los humanos para los humanos». Entre ella y los tres había toda una sala llena de gente intentando entrar o salir de la pelea, todos ellos un serio obstáculo. Un grupo de jóvenes coloniales iban a por cualquiera que llevara túnicas del culto o cualquier distintivo hegemónico.

Un sectario se plantó ante ella, con la túnica al vuelo, e intentó

golpearla en la cara. Bloqueó su puño y le dio un codazo en la barbilla con eficiencia brutal. Escupió sangre de su lengua salvajemente mordida y se apartó del camino. Se sentía absurdamente indignada, porque la verdad es que nada de aquello tenía que ver con su pelea. Sin embargo, un hombre tenía agarrado del cuello a Idris y recordó que los intermediarios formaban parte de la larga lista de renegados de la especie para los Traicionados. No sabía cómo habrían identificado a Idris como lo que era, pero seguramente ésa era la razón por la que el tipo estaba intentando asfixiarle. Rollo pegó al hombre, que dejó marcharse al inter y se tambaleó. Tocó un pincho electrificado que Olli había sacado de su exoesqueleto andador y cayó, estremeciéndose. Luego apareció otro oponente más corpulento, golpeó a Rollo en la nariz y mandó a Olli contra la pared de una patada.

Solaz se abrió camino entre toda la alegre gresca. A mitad de la sala tuvo una repentina crisis de conciencia y buscó a Kris, que debía estar a merced de la turba. Sólo que Kris iba detrás de ella, con el cuchillo extendido. Cuando Solaz la miró, la abogada agarraba del brazo a un sectario y lo retorcía con saña para derrumbar al tipo. Luego le pateó en las piernas para alejarle. La hoja del cuchillo no tenía sangre. «No hace falta llegar a eso aún».

Unos cuantos cuerpos chocaron contra Solaz mientras seguía avanzando; dos espaciales dando una paliza a un sectario. Uno de ellos la vio, y la consideró una aliada antes de darse cuenta de su error. Era un tipo particularmente feo, con sus simpatías nativistas bien evidentes por el cuchillo de empuñadura en cruz que llevaba tatuado en la frente. El Partenón estaba en la cima de la lista de los más odiados por los Traicionados.

Ella retrocedió un poco por el salvaje impacto de su puño derecho, y luego llegó el izquierdo con una nudillera tachonada de clavos. Detrás venía su amigo con un cuchillo.

«Ya hemos llegado a eso entonces». Nudillos lanzó de nuevo los dos puños casi a la vez. Ella atrapó uno, lo empujó contra la cara del tipo, y luego desvió el otro, con lo que la nudillera arañó el abdomen de Cuchillo. Éste la embistió y la derribó. Ella rodó debajo suyo y le soltó un codazo en la cabeza, pero Nudillos la agarró por la rodilla y se dispuso a golpearla con el puño tachonado de clavos.

Kris le cortó una oreja.

Por un breve instante, en mitad de la pelea, Solaz y Nudillos se quedaron mirando cómo caía la oreja al suelo. Kris había retrocedido con el cuchillo dispuesto y con el reverso del otro brazo en posición defensiva.

En la mesa había aparecido Barney y peleaba con fiereza con el hombre que había golpeado a Rollo. Solaz tumbó a su rival de un golpe detrás de la cabeza.

—¿Dónde está Idris? —gritó Kris.

—¡Allí! —Olli se había enderezado y señalaba con un brazo truncado. Solaz distinguió un nudo de figuras rojas y moradas, con la silueta delgada de Idris justo en el centro.

—Oh, pero… —Parecía especialmente injusto que, en mitad de esa pelea que no era su pelea, tuvieran que enfrentarse a los dos bandos. Un momento después vio a Idris haciendo gestos, aparentemente indemne, y empujaron en su dirección. Solaz vio que Medvig también estaban escondidos entre los sectarios, y Kittering no había salido en ningún momento de debajo de la mesa. Los dos habían optado con buen sentido por evitar ser pisoteados en una sala llena de humanos enloquecidos.

Los sectarios estaban armados con porras aturdidoras y bastones, más que decididos a plantar cara a cualquier nativista. A esas alturas al fin apareció la seguridad de la estación y empezó a esposar a los alborotadores, o al menos a los que no estuvieran del lado de la Hegemonía. Rollo anunció que iban con los sectarios.

El bar no tardó en volver a la tranquilidad y los de seguridad estaban retirando de forma considerada los cuerpos inconscientes. Solaz miró la daga que habían clavado antes en la mesa de la tripulación.

—Significativo —aceptó Kris, siguiendo su mirada—. Los Traicionados. El culto les va a largar de aquí de inmediato, ahora que la Hegemonía se ha puesto al mando.

Solaz asintió. Los Traicionados era una facción relativamente nueva en la política de la colonia. El Hum les reprobaba pero, misteriosamente, sin ponerles nunca fuera de la ley. Al Partenón tampoco le hacía gracia el movimiento nativista original, que insistía en el retorno a una única identidad humana. Recordaban la vieja Tierra e insistían en la retórica de las glorias pasadas de la humanidad. Los Traicionados iban un paso más allá, predicando

que la humanidad podría ser la especie dominante de la galaxia si se le permitía combatir «adecuadamente» a los Arquitectos. Pero los intermediarios habían conseguido esa especie de paz falsa, como parte de la gran conspiración para mantener a los humanos sometidos. No hace falta decir que el culto hegemónico estaba también en su diana, lo que en consecuencia…

—¿Quiénes son tus nuevos amigos, mi rebelde hijito? —preguntó Rollo.

Antes de que Idris pudiera hablar, intervino una de las sectarias, una mujer delgada y encanecida.

—¿El capitán Rostand, de la *Dios Buitre*?

—Una responsabilidad que estos días sólo parece acarrear problemas —admitió con cautela.

Ella mostró una sonrisa creíble.

—Mi hierograve me ha pedido que le invite a cenar, señor.

Rollo miró a su alrededor en el bar y luego volvió a ella.

—¿Y eso? —preguntó, con su habitual locuacidad desaparecida ante el inesperado desarrollo de los acontecimientos.

—Tiene una propuesta de negocio para usted. Quizá él y usted…

—Oh, no, amiga mía, en este punto es nosotros o nada. En este orbital hay demasiados problemas. Así que asegúrese de que en la mesa hay algo adecuado para un hanni.

—¡Échame una mano! —pidió Rollo a Kris inclinándose hacia ella mientras seguían a los sectarios hacia los pasillos más tranquilos del orbital—. ¿Para qué la cenita con vinito si ya son los amos del lugar? No tenemos nada que puedan necesitar, ¿no?

—El culto no está unificado. Ahora mismo hay varias células que compiten por ver cuál se convierte en la favorita de los amos —especuló—. Las almejas… —se tragó el insulto—. Los essiel son muy poco intervencionistas a la hora de gobernar, siempre que consigan lo que quieren. Ganar el favor divino puede estar en juego, y cuanto antes, mejor.

Solaz se había colocado cerca de Idris.

—¿Estás bien?

—Por ahora. —La miró, fatigado—. Salvo que Barney se fue de la lengua sobre hacer trabajos en el vacío profundo con lo que resultó ser un puñado de Traicionados.

«Y trabajos en el vacío profundo significa inters», pensó Solaz.

—¿La gente reacciona así contigo muchas veces?

—¿Vas a decirme que eso no me pasaría nunca en el Partenón?

Ella abrió la boca para decir: desde luego que no. Pero la cerró. «Todavía no es el momento, pero ¿qué hará falta para que llegue?».

—Sólo dame una oportunidad, Idris. Déjame poner mi discurso y luego me perderás de vista.

—«Soltar tu discurso» —le corrigió, con una pequeña sonrisa—. Se te olvida el colvul.

—Y tú has cambiado de tema —señaló ella.

Él se encogió de hombros.

—Probablemente. Es algo que hago. —Y luego pareció que habían llegado. Habían recorrido algunas áreas residenciales del orbital, entre multitud de cuartos ocupados por personal de la estación y residentes permanentes. Estas cabinas se colocaban tres o cuatro unas encima de otras y separadas de vez en cuando por altos atrios o claustrofóbicos pozos de luz. Éstos posiblemente habían sido concebidos como plazas públicas, siempre que la gente no quisiera reunirse en grupos de más de una docena. Aquí, sin embargo, tres unidades se habían convertido en algún tipo de restaurante, decorado con los colores de la Hegemonía. Claramente era un vecindario muy adelantado en la adaptación a los nuevos amos del sistema.

Ya estaba preparada para ellos una larga mesa, con media docena de sectarios lujosamente vestidos dispuestos ante sus sillas. La tripulación pasó ante ellos, buscando sitio. Incluso habían dejado espacio para el andador de Olli y la estructura de Medvig, además de un taburete alto y estrecho para Kittering. En conjunto, nada mal.

—Por favor —les invitó la sectaria portavoz, y la tripulación se sentó con cautela. Solaz vio cómo Kris ajustaba el cuchillo en su sitio en la manga y Rollo se cuadraba de hombros. Nadie confiaba en que los acontecimientos no sufrieran un brusco giro a la primera ocasión.

Luego llegó el que por la reacción de los demás era el hierograve.

—¡Le conozco! —exclamó Solaz.

No pudo ubicarle, por un momento. Estaba calvo, con una línea de pelo blanco sobre las orejas y una barba cuidada. Descubrió que

le gustaría acariciarla: era una novedad para una parteni, y parecía tan suave y esponjosa como una mantita. Los hombres coloniales tendían a malinterpretar ese tipo de cosa, así que dejó las manos quietas. La túnica de cuello alto era una obvia manifestación de su estatus en el culto pero sus ojos tenían un brillo de bondad, como si fuera el abuelo favorito de todos. Solaz, que no tenía ningún pariente masculino, no se fio de él un pelo, y se dio cuenta de que el resto de los tripulantes de la *Buitre* sentían lo mismo.

—Su Sabiduría el Portador Sathiel —anunció la sectaria, y Solaz recordó súbitamente haber visto al hombre en las noticias de los mediotipos. Hablaba de Huei-Cavor entrando en una nueva edad de oro, y de cómo su secta había sido decisiva para convertir al populacho a la Hegemonía.

—Bueno, es un gran honor, sin lugar a dudas —dijo sin entusiasmo Rollo. El personal del restaurante empezó a traer comida, una mezcla de productos básicos coloniales, sosos pero nutritivos, y platos de aspecto extraño de los mundos hegemónicos. Kittering recibió un cuenco de algo que parecía arena coloreada de grano grueso que sus mandíbulas recogían con placer. Nadie parecía saber qué hacer con Medvig, pero el colmenero se limitaban a absorber lo que hubiera. Cuando tuvo una pila de comida delante, las formas de insecto emergieron de su interior y atacaron todo omnívoramente, descomponiéndolo en proteínas y energía.

Sathiel pestañeó en dirección a Rollo, que le devolvió la sonrisa. Por un momento Solaz pensó que los dos iban a tener un duelo a ver quién parecía más majo allí mismo sobre la mesa. Luego uno de los ayudantes del hierograve le quitó el cuello alto y la toga, desvelando la delgada túnica malva que llevaba debajo.

—Esas cosas parecen dar calor —comentó Rollo tomando una cucharada de algas.

—Y son pesadas, pero van con el cargo, ¿no? —sonrió Sathiel, como ligeramente avergonzado por la situación—. Capitán, tenemos un problema en común, atracado ahora mismo en el muelle 98.

—¿Tiene algún problema con mi nave, amigo? —preguntó Rollo apaciblemente.

—Usted tiene el problema —dijo Sathiel—. Justo en este momento, cierta administradora de la estación que conocemos pretende incautarla para sus propios fines. Ella quiere mantener

bajo control una… carga sensible que trajeron del vacío profundo.

—Es quizá el secreto peor guardado que he conocido en mi prolongada carrera —destacó Rollo.

—Parte del personal administrativo sabe cómo ayudar a nuestros amos —dijo Sathiel con aire piadoso—. Por tanto, hemos oído que tienen pruebas de un ataque de los Arquitectos, y reciente. Se dará cuenta de que es algo de la máxima importancia para la galaxia en su conjunto, y para la Hegemonía en particular.

—Quiere decir que si hace desfilar nuestra «carga» en público, todo el mundo se pondrá ropa elegante como la suya —interrumpió Olli.

Los sectarios se pusieron en guardia, pero Sathiel no lo tomó como una ofensa.

—¿No le parece, *mesdam* Timo, que la gente merece tener la oportunidad de salvar a sus mundos de la destrucción? ¿O quizá es mejor que esperemos a que un Arquitecto aparezca sobre Ossa o Faedrich?

—¿Y por qué no simplemente colocar a los suyos en la administración de la estación? —comentaron Medvig de forma aún más franca de lo habitual, quizá porque la mitad de su capacidad de procesamiento estaba ocupada en comer.

—Creo que ya han descubierto que aquí se respira… cierto descontento —dijo Sathiel—. Y nuestros administradores locales, que en su momento fueron muy elocuentemente anti Hegemonía, ahora intentan retener el poder como sea. También hay simpatizantes del nativismo en puestos de mando. Preferiría estar en posesión de la *Oumaru* y luego pedir permiso que parar cualquier maniobra en contra suya.

—Espere —le interrumpió Solaz—. ¿Tiene a sueldo alguien que tenga una especie de… insecto pegado a la espalda? —Intercambió miradas con Kris.

—¿Se refiere a un tothiat? —preguntó Sathiel—. No en mi séquito. Es una adaptación poco corriente…

«¿Y qué es exactamente un tothiat entonces?». Otra complicación.

—¿Qué propone Su Sabiduría? —intervino Rollo.

—Sugiero que su gente y la mía vayan al muelle, desafiando la orden de incautación. Me aseguraré de que todo el personal

presente esté dispuesto a ganarse el favor de nuestros amos, y por tanto les despeje al camino. Luego pueden salir con su nave y dejar a la *Oumaru* fuera del orbital. Todo el mundo la verá y simplemente sabrá lo que pasó —explicó Sathiel—. Y así podremos dejar atrás toda esta ridiculez conspirativa, y avanzar hacia el futuro como personas adultas. ¿Qué me dicen?

Rollo miró a Kittering, en cuyas pantallas de los brazos aparecía un texto en colvul: términos contractuales y tarifas. Aparentemente lo único que importaba al factor es que no se hiciera lo que fuera gratis. Luego el capitán miró a Kris.

—La factor Leng no estará contenta —opinó la abogada.

—Un detalle menos que irrelevante para mí —decidió Rollo—. Alguien que quiera retener mi nave no es mi amigo. ¿Qué puedes aportar? —Dirigió una mirada abierta a Solaz.

—¿Yo?

—¿Me dices que no te irás ahora mismo a contarle a las tuyas lo que tenemos aquí? —Sin enfado, pero sin ninguna sonrisa esta vez —. ¿El Partenón ya ha tomado medidas para guardarse esto para ellas, quizá? Cuéntame.

Pero Solaz descubrió que no lo sabía. Probablemente, si contactara en ese momento con Tacto, le diría que el secreto debería mantenerse unos días para dar al Partenón tiempo para maniobrar. Salvo que el Partenón parecía muy lejano y la *Buitre* y su tripulación estaban allí mismo. Y la nave era para ellos toda su vida, su hogar y cuanto tenían.

—Háganlo. Vamos —se escuchó decir a sí misma. Era muy consciente de que Idris la miraba—. Si hay problemas con el Partenón me ocuparé yo, capitán.

Rollo clavo los ojos en ella y asintió brevemente.

—Bienvenida al equipo, hija mía. —Ella sintió una punzada de orgullo completamente fuera de lugar, y se odió a sí misma sólo un instante después.

Terminaron la comida porque estaba buena. Las invitaciones a cenar no eran frecuentes para los coloniales. Nadie se pudo emborrachar mucho dadas las circunstancias, pero desde luego el ánimo mejoró. Rollo y Sathiel acabaron intercambiando anécdotas en la cabecera de la mesa.

Luego, después de enviar los platos a reciclar, el hierograve se

levantó.

—Vamos a recuperar su nave y difundir la verdad por el universo —les dijo.

—Hagámoslo, mis niños —aceptó Rollo, empujando su banco y casi tirando a Barney, con quien lo compartía.

A Sathiel obviamente le inquietaba que su rostro paternal apareciera enfrentándose a la autoridad de la estación. En su lugar, envió a su segunda a calmar a las fuerzas de seguridad, encabezando una pequeña delegación vestida de rojo. Rollo iba tras ella, hablando con Kit sobre el siguiente trabajo que les tenía buscado el factor.

—Donde sea menos aquí —le decía, y Solaz se preguntó a cuántos lugares de la galaxia no podría ir ya ese hombre.

—Hey —dijo Idris, inesperadamente, junto a ella—. ¿Ya eres una de los nuestros?

Una respuesta cortante no pasó de sus labios.

—No sé lo que hago ahora mismo —admitió—. Vamos a salir de aquí lo primero y podremos volver al punto en que estábamos.

—Lo aprecio de todas formas —continuó él, implacable—. Que nos ayudes. En las cosas de familia de la nave. Por encima de cultos, gobiernos y el planeta del que procedas. Sólo cuando pasas toda tu vida sobre un planeta pierdes la cabeza por ese tipo de cosas.

—Y tú no quieres formar parte de algo tan grande —terminó ella.

—No, claro que no. Eso se terminó para mí, lo siento.

Los sectarios estaban en el acceso al muelle y enviaban señales para que les dejaran entrar, pero los amistosos colaboradores que les aguardaban dentro parecían jugar al despiste. Olli adelantó el andador y encontró una clavija de diagnóstico a la que se pudo enchufar. Un pestañeo más tarde tenía la puerta abierta, tras soltar un ruido burlón que lo decía absolutamente todo sobre la seguridad electrónica de Pulmón-Cuervo.

Había tres cuerpos sin vida al otro lado. Llevaban puestos uniformes de seguridad de la estación y estaban quemados por armas de rayos. La sectaria al mando soltó un gemido y se echó atrás, mientras Rollo se adelantaba gritando.

—¡Maldición, mi nave!

La puerta en el otro extremo del control de seguridad estaba

abierta y se agolparon para pasar. Ahí estaba la hermosa y horrible flor de la *Oumaru*, todavía aferrada a la *Dios Buitre*. Había más miembros de seguridad muertos, además de un par de espaciales de aspecto andrajoso… cuyos compañeros estaban todavía en el portón abierto de la Buitre.

—¡Cabrones! —siseó Rollo, y agarró una de las armas de los de seguridad caídos mientras buscaba resguardarse tras una barandilla. Solaz ya estaba en acción, y había conseguido un arma para ella mientras lamentaba que la armadura y el acelerador estuvieran dentro de la nave.

Había cuatro hombres en el portón de la *Buitre*, lo que seguramente suponía que había más dentro. La mayoría eran humanos, y su líder casi. La parte no humana era esa langosta-abeja que le salía de la espalda. Un tothiat, lo había llamado Sathiel, y Solaz se reprochó no haberle preguntado lo que significaba eso. Le disparó igual. Las armas de los de seguridad no eran Don Agujeros, así que no causarían desperfectos donde no debieran. Pero sí abrieron uno con facilidad en el tothiat, justo en la parte izquierda de su tripa. Cayó sobre el casco de la *Dios Buitre*. Rollo disparó también, arrancando astillas de su propia nave. Barney tenía un tercer arma pero estaba peleándose con ella y Solaz tuvo que gritarle cómo se quitaba el seguro.

Se arriesgó a echar un vistazo. Kris e Idris se estaban poniendo a cubierto, lo que probablemente era lo mejor. Olli avanzaba en su andador con la mirada fija en la nave. El trípode de Medvig se movía detrás, con los remotos haciendo espirales en dirección a los secuestradores.

Los hombres del portón buscaban ponerse a cubierto y Solaz alcanzó a otro en la pierna, por lo que cayó pesadamente en la pasarela de acceso, gritando de dolor y distrayendo a sus compañeros. Barney y Olli aprovecharon la situación para avanzar con ruidosos pasos metálicos a una barandilla superior en la que contaban con ventaja. El ingeniero mostraba una mueca furiosa, pero no había disparado todavía. Solaz no podía adivinar cuál sería la contribución de Olli, que estaba desarmada.

Una figura apareció dentro del *Buitre*, no un humano sino la silueta de cangrejo de un hanni, que apuntó a Barney con algún tipo de arma montada sobre su concha. Solaz disparó por encima de los

brazos blindados que tenía semilevantados, acertando en el amasijo de extremidades y mandíbulas que tenía debajo de los ojos. Las múltiples patas de la criatura temblaron y se derrumbó inerte sobre la pasarela.

—¡Vamos! —dijo Rollo, que siguió su propia orden y echó a correr hacia su nave. Solaz percibió una vibración creciente en el hangar y se dio cuenta de que alguien a bordo había encendido los impulsores de masa de la *Buitre*, dispuesto a liberar a la nave —y a lo que había rescatado— del abrazo de la estación.

Los secuestradores que había en el muelle abrieron fuego contra Rollo y luego tuvieron encima a los remotos de Medvig, aleteando, golpeando y molestando cuanto les era posible. La estructura corporal del colmenero estaba inmóvil, despreocupadamente a la vista, como si estuviera absorto en la tarea. Solaz corrió para respaldar a Rollo y entonces sonaron unos disparos a su espalda.

Se giró y vio que los secuestradores tenían amigos que habían salido de alguna parte, probablemente de lidiar con los controles de amarre. Acababan de descargar sus armas sobre el grupo de sectarios y les habían destrozado. Lo que era aún peor, tenían a Idris. Kris les plantaba cara, con un cuchillo contra sus pistolas. Pero el que retenía a Idris era un castigar. Los había de todos los tipos, tanto los naturales como los artificiales, pero éste era un modelo estándar: una sanguijuela negra de cuatro metros de largo, cuyo cuerpo terminaba en una multitud de extremidades retorcidas acabadas en ojos. También lucía una cubierta metálica, equipada con pinzas y cañones. Las pinzas aferraban a Idris, alzando al inter sobre el suelo.

—¡Traedle! ¡A la nave! —gritó alguien, y Solaz vio aturdida que el tothiat volvía a estar en pie, pese al agujero letal que le había abierto. Ni siquiera parecía afectado por el disparo, porque agarró a su compañero apoyándose en la pierna herida y prácticamente le tiró dentro de la *Buitre*—. ¡Quietos o vuestro hombre lo paga! —le espetó a Rollo, enfrentando con tranquilidad el arma con la que le apuntaba el capitán.

—¡Fuera de mi nave! —rugió Rollo enfurecido, con el arma temblando pero sin bajarla lo más mínimo.

El castigar se adelantó. Haciendo ondear sus músculos por todo el cuerpo, culebreando por la pasarela a la velocidad de carrera de

un humano. Idris se zarandeaba a la vez en sus férreas pinzas. Solaz le apuntaba con su arma, pero él mantenía deliberadamente a su víctima como escudo. No sabía lo suficiente sobre la fisiología castigar como para estar segura de derribarle. Los remotos de Medvig le sobrevolaban como moscas, sin atreverse a posarse.

—Mi empleador lamenta todo esto —resonó el tothiat—, pero necesitamos su nave para llevarnos ese trozo de chatarra. Puede que se la revendamos más adelante. —Sus aliados habían salido de sus parapetos para escabullirse a la Buitre. Rollo dio otro frustrado paso adelante, a descubierto, con la cara morada de rabia. El tothiat preparó su arma mientras el castigar y los que iban con él corrían hacia otro acceso, con Idris todavía sacudiéndose como una muñeca.

—Que te jodan —gritó de repente Barney desde arriba, usando al fin su arma. El disparo alcanzó la sien del tothiat, esparciendo casi todo el cerebro del simbionte sobre la pintura de la *Buitre*. Solaz se ocupó de otro de los hombres del portón y los demás devolvieron el fuego. Escuchó el grito de dolor de Olli, luego Barney cayó por encima de su barandilla y deformó la pasarela con su peso muerto.

Se desencadenó el infierno.

El castigar y los suyos estaban entrando en la nave, el tothiat les hacía gestos frenéticos de que pasaran. Luego apareció algo, una cosa llena de patas y brazos con una cola restallante con dientes de sierra. La llegada fue tan repentina y monstruosa como para arrancar incluso un gemido a Solaz. Era el esqueleto escorpión de Olli, y se movía como un mono o una araña, con garras y sierras desgarrando a cada secuestrador al que se acercaba para luego apartarle. En la pasarela superior, Olli estaba echada atrás en el andador, con los ojos cerrados mientras conducía de forma remota el escorpión en ese frenesí destructivo. Luego la cubierta del castigar tembló cuando descargó un rayo de energía contra el escorpión, seguido de un tableteo de perdigones de acelerador. Hicieron una docena de agujeros en el esqueleto sin ralentizarlo, aunque la distracción permitió a Idris soltarse de sus pinzas y correr para salvarse en dirección a sus compañeros. Otro de los secuestradores intentó retenerle, pero Solaz le puso una bala en la cabeza al segundo intento.

El tothiat arrolló con los hombros y luego aferró la estructura del escorpión, mucho más grande que él. Ante la atónita mirada de Solaz, se agachó y luego simplemente tiró la media tonelada de maquinaria por una barandilla, dejándola retorcida y temblorosa, aferrada con sólo la mitad de sus extremidades. Después se metió en la *Buitre*, quizá dispuesto a abandonar a sus camaradas y escapar con el premio.

Los remotos de Medvig le retuvieron, sujetándole como si fueran manos. Mientras le levantaban, le medio sacaron de la nave. El tothiat gritó e intentó levantar su arma, pero no le dejaron con tirones de un lado a otro que evitaban su objetivo. Para entonces el castigar ya había llevado su largo cuerpo hasta el portón, pese a que Solaz le metió una bala en alguna parte. Su cubierta armada buscó hasta encontrar al colmenero y el rayo se volvió a disparar. El pecho de Medvig enrojeció mientras sus capas exteriores iban cayendo. Algo restalló en su interior, esparciendo metal fundido y chispas. Después, Solaz vio cuerpos insectoides ardientes que emergían frenéticamente por un agujero para caer al suelo y ponerse de espaldas mientras crujían y morían.

El tothiat y un puñado de los suyos ya estaban en la *Buitre* y el castigar serpenteó dentro poco después, volviéndose para cubrir el hangar con una salva de disparos de acelerador. Atravesaron muros y pilares sin ralentizarse significativamente. Solaz notó la vibración familiar de la atmósfera lidiando con aberturas inesperadas.

Luego el portón de la *Buitre* se cerró y la nave se puso en marcha. Se movió de lado por el muelle con un rugido de propulsores, sujetando su terrible carga, obligando a Rollo y los demás a retroceder. Solaz la siguió instintivamente apuntándola con el arma, pero no tenía capacidad para penetrar el casco de una nave.

Un instante después ya estaban solos en el muelle devastado, mirando el cadáver de Barney y el caparazón fundido de Medvig.

9

Havaer

A Havaer Mundy, de la muy temida Oficina de Intervención del Hum, le quedaba mal la ropa. Era como si no fuera de su talla o complexión. Era un problema común entre los coloniales nacidos después de muchas generaciones de malnutrición y confección inadecuada. «Confórmate y repara». Incluso con una oficina orbital sobre Berlenhof, las túnicas de Havaer seguían pareciendo tan fuera de lugar como en un espacial en tránsito.

El que tuviera una cara diseñada por la evolución para mostrar expresiones de sospecha y desconfianza había ejercido quizá algún tipo de determinismo, porque había terminado en un trabajo en el que convenía sospechar y desconfiar. Eran facciones adustas y vacías, enmarcadas por unos prominentes pómulos caídos. Por encima, sus estrechos ojos parecían cuestionarlo todo. En su carrera en la Oficina de Intervención —conocida familiarmente como la Casa Ácida, por el distrito del planeta en que estuvo en tiempos su sede y porque sonaba lo suficientemente ominoso— había conseguido que tres subordinados confesaran infracciones de las que no sabía nada, simplemente pasando un rato con ellos en una sala.

Havaer no se sentía muy siniestro hoy. Esperaba familiarizarse con algunos informes sin complicaciones sobre una operación de contrabando. Un cártel había llevado a un puñado de mundos coloniales la droga hegemónica esh, y sospechaba que la prevención era una causa perdida. Con todo, su trabajo era actuar, no fijar la política a seguir, y la política actual era endurecer las fronteras e intentar controlar el acceso al producto.

Sin embargo, a mitad de la mañana le llamó la jefa Laery. Estaba encorvada como una araña en una silla ingrávida tras su escritorio. Sus miembros quebradizos eran como tubos estrechos, ligeramente más gruesos en los codos y las rodillas. Su nodo neural lanzaba imágenes y hologramas sobre su mesa cuando empezó a hablarle.

—Puede que tengamos un problema. En Huei-Cavor.

Havaer miró a su jefa.

—Que la Hegemonía tome el control allí no es ninguna novedad, desde luego. Y no podemos hacer nada al respecto. Salvo que realmente queramos darnos de cabezazos contra los essiel. Algunos de los más nativistas del departamento presionan para eso: el Hum debería plantarse frente a estos malditos alienígenas que nos quitan colonias.

—No tiene que ver con la Hegemonía, lo creas o no. —La cabeza de Laery se alzó sobre su frágil cuello y empezó a aparecer más información sobre la mesa—. Una nave acaba de traer un paquete de un informador en Huei-Cavor. Parece que algo especial atracó en un orbital de allí. De forma clandestina, pero alguien se dio cuenta de que podía conseguir un poco de viruta al vendernos la noticia.

Havaer repasaba el informe.

—Más chismorreos sobre los Arquitectos. Un sinsentido.

—Casi con seguridad. Y no es la primera vez que alguien intenta difundir ese rumor en concreto —confirmó Laery, pero luego se detuvo expectante.

—Pensé que revocarían la Orden Permanente Cuatro —terminó por protestar Havaer, cuando entendió por dónde iban los tiros.

—Sigue en un comité —aceptó Laery con una sonrisa—. Probablemente estará hecho para cuando vuelvas de Huei-Cavor. Y entonces lo usarán como un argumento para no pagarte horas extras.

La Orden Permanente Cuatro procedía de la época en la que cualquier rumor sobre el retorno de los Arquitectos desencadenaba un pánico inmediato. Equipos completos de la Casa Ácida se despachaban para detenerlos por la vía rápida, a enorme coste. Pero esos días pasaron y el Hum buscaba recortar gastos. Los escuadrones de choque de veteranos, liderados por tipos de gesto decidido como Havaer, costaban dinero. En particular cuando pateaban puertas, secuestraban e interrogaban testigos, abordaban

naves y casi ponían en marcha conflictos locales con su fervor.

Aparentemente, alguien de un equipo de rescate recogió un pecio que parecía haber sido Arquitecturizado. Havaer se encogió de hombros para sus adentros. Una nave podía explotar de muy distintas maneras. Podías conseguir algunos efectos espectaculares si el motor gravitatorio fallaba en el momento del tránsito. Y para entonces, ¿quién había visto en persona la obra de un Arquitecto? Ya tenía su informe final medio redactado en la cabeza antes de levantarse. Sobre la mesa de Laery aparecieron los detalles de su partida a Huei-Cavor. Frunció el ceño.

—Esto parece algo… descuelto —dijo con inseguridad. «Descuelto» era un antiguo término operativo que combinaba el significado de «descuidado» y «resuelto». Era la forma en que el servicio actuaba en los viejos tiempos: las cosas quedaban hechas como fuera, y luego tenías que vivir con la inquietud. Le embarcaban en una nave castigar que hacía muy pocas concesiones a los pasajeros humanos. Era sin duda la forma más rápida de llegar a Huei-Cavor, usando uno de sus casi descerebrados navegantes de casta superdotada para acelerar en el vacío profundo—. ¿Jefa, hay algo… que no aparezca aquí sobre este trabajo?

Laery alzó la mirada, inexpresiva.

—Sobre el papel, por supuesto que no. Sólo otro fuego absurdo que tenemos que apagar. Limítate a volver para decirnos que no hay nada de lo que preocuparnos, Havaer.

—¿Y fuera del papel?

Ella apagó todo el despliegue holográfico, y él supo que también habría borrado todo rastro de su reunión.

—El Heraldo, Ash, está implicado —le dijo.

Havaer no era tan relevante como para haberse encontrado con Ash, pero sabía que estaba por ahí, sin edad y sin objetivo en la misma medida. Seguía volviendo, y a veces decía algo. Cuando lo hacía, había que escuchar.

—No necesitaba saber eso —murmuró.

—No lo sabes. Oficialmente, no. Es sólo una misión de rutina.

Su corazón se aceleró e hizo que su dispensador interno le soltara un chute para remediarlo.

—Voy a hacer las maletas, jefa.

El castigar le despertó en Huei-Cavor, a tiempo para que

descubriera que todo había enloquecido. Ni siquiera embarcarle a las bravas para cruzar el vacío profundo había sido lo suficientemente rápido para llegar a tiempo.

El puente de la nave castigar era un tubo inclinado a cuarenta y cinco grados y semisumergido en un líquido lechoso. Los alienígenas con forma de gusano descansaban sobre gruesos bucles repartidos por la pendiente, con sus cabezas de muchas extremidades enterradas en el instrumental. Había dispuesto un tablero de estilo humano en la parte superior para él, porque los industriosos castigar tendían a ser cooperativos por defecto.

El sistema Huei-Cavor estaba revuelto, casi olvidada la toma de poder de la Hegemonía. Lo que motivaba el viaje de Havaer había llegado inadvertido, oculto en un ataúd de transporte. Sin embargo, cuando la *Dios Buitre* salió de la estación Pulmón-Cuervo a toda velocidad, aparentemente llevaba consigo unos restos Arquitecturizados, a la vista de todos. La investigación posterior reveló que la nave se había marchado por la fuerza, dejando un reguero de muertos detrás, incluyendo personal de la estación y miembros de la propia tripulación. Nadie estaba seguro de quién controlaba ahora la nave. No faltaban especulaciones.

Miró las grabaciones de la *Dios Buitre* y su retorcida carga, las comparó con imágenes de su pizarra de restos de cuando la guerra.

Se dio otro chute para ralentizar el corazón.

A su alrededor, los castigar mostraban luces parpadeantes de aviso a lo largo de sus cuerpos ágiles y segmentados, emparejando las puntas de sus colas con agitación. El aire estaba cargado del aroma acre de su preocupación. Estaba totalmente de acuerdo con ellos. Contactó al puñado de informadores de la Ácida y del Hum en Pulmón-Cuervo para enviarles sus credenciales, pedirles total cooperación y un contacto con la administración de la estación. Tenía la esperanza de que el Hum tuviera aún algo de influencia en el lugar a pesar del reciente cambio de régimen.

Luego la nave castigar empezó a descender en espiral hacia la estación, y su delegado-portavoz pidió permiso para atracar.

Havaer Mundy recuperó sus dossieres y repasó lo que sabía de la *Dios Buitre* y su tripulación.

Kris

Después de que les arrestaran, Kris esperaba que les acusaran de las muertes del personal de seguridad. Ya había preparado los argumentos legales cuando Su Sabiduría el Portador Sathiel entró en su celda. Una parte de ella seguía insensible tras ver morir a Barney y Medvig. Sin embargo, seguía siendo la abogada de la tripulación y tenía que protegerles.

Sathiel lo cambió todo, y no fue malo que lo hiciera también en su propio interés. Había tenido un encontronazo serio con la administración de la estación, acusando a Leng de intentar esconder la verdad sobre los Arquitectos. También se responsabilizó de que la tripulación de la *Buitre* estuviera en el muelle de carga, y Leng no tenía la menor intención de arrestarle a él o a su gente. Todo el mundo terminó en la calle.

Sathiel se apresuró a sacar partido de lo que tenía, dado que le habían escamoteado las verdaderas pruebas. La tripulación de la *Buitre* —si es que lo seguían siendo— quedó abandonada mientras la estación resonaba con la agitación de intentar hacerse a la idea del posible retorno de la peor pesadilla de todos.

—Vale —dijo Rollo, y les llevó a cumplir con su deber: beber, lamentarse y brindar por los compañeros perdidos—. Musoku Barnier —empezó Rollo, sombríamente. Habían echado a todos los que estaban en un rincón del bar más cercano y ahora se encontraba en pie ante los demás sentados. Incluso Solaz, que no había estado nunca antes en un velatorio espacial—. Nacido el 92 Después —continuó—, en el orbital Tsiolkovsky sobre Lumbali.

—Hijo de puta quejica —añadió de inmediato Olli.

—Mal perdedor llorón —afirmó el traductor de Kittering.

—Bebía demasiado —añadió Kris.

—El dinero le quemaba —redondeó Idris.

Rollo asintió, satisfecho con los formalismos.

—Era mi hijo, mi hermano. Leal a su nave y buenas manos. Murió en órbita cuando debió morir en el espacio, al que pertenecía. Era uno de nosotros.

—Uno de nosotros —corearon todos, Solaz un poco más tarde, descolocada.

—Activo Medvig 99622 —siguió el capitán—. Compuestos el 116 Después y atados a nosotros por un contrato de media duración con la Colmena Paz Tres.

—Mal sentido del humor —dijo Kris.

—Distante y melindroso —le siguió Idris.

—Nunca devolvían mis cosas a su sitio —gruñó Olli.

—De mantenimiento muy caro —contribuyó Kit.

—Eran mis hijos, mis camaradas —dijo Rollo—. Buenos compañeros y buenas manos. Muertos entre nosotros, cuando deberíamos haberles devuelto con los suyos, pero eran de los nuestros.

—Eran de los nuestros —le respondió el coro a Rollo, y Kris vio lágrimas que iniciaban el tortuoso descenso por las arrugas de su rostro.

«Buenas manos». Para los espaciales coloniales, cuyas vidas ensartaban un problema mecánico con el siguiente, para los que nunca había suficientes recambios y cada pieza podía usarse para algo más con el único objetivo de llegar a puerto, ése era el mayor elogio.

—Y ahora —siguió Rollo con tranquilidad, las manos sobre la mesa—, en este momento de dolor, tengo que pedirte un favor, hija mía. —Miraba directamente a Kris.

—Oh, lo sé —admitió—. Estoy en ello, capitán. Descubriré quién demonios eran esos productores de residuos.

La sonrisa de Rollo era sombría. ¿Qué podrían hacer, de todos modos, con esa información? Un puñado de espaciales que ni siquiera tenían nave… Pero si no podían más que hacer correr la voz entre los suyos, sería lo que hicieran.

Kris se levantó para irse, moviendo la manga ligeramente para asegurarse de que su cuchillo de duelo estaba bien colocado. Pensó por un momento pedirle a Solaz que la acompañara. No se podía tener mejor respaldo que una soldado parteni. Pero la mujer parecía distraída, y Kris se preguntó si planeaba dejarles pronto. Así que en su lugar miró a Olli.

—Oh, sí —dijo la especialista en remotos—. No me lo perdería.

—Trae el escorpión —le pidió Kris—. Quédate atrás, que no se vea, pero tráelo. —Y si conseguían dar con alguno de los aliados del simbionte, Olli se aseguraría de que lo lamentara de la forma

adecuada.

Kris había hecho antes ese tipo de cosas. Era parte del trabajo que tuvo que hacer como estudiante de Derecho en Scintilla, cuando la idea de vivir como espacial le habría hecho partirse de risa. Los estudiantes se encargaban del trabajo de calle para los casos de los abogados veteranos, investigando a testigos, rebuscando en la basura… Lo que suponía ensuciarse las manos. Se estrelló contra la cibernet de Pulmón-Cuervo con sus credenciales hasta que encontró una forma de acceder, y luego dispuso buscadores automatizados en los registros de la estación. Después, Olli y ella se dieron una vuelta por los hangares, hablando con los espaciales y el personal de tierra del orbital. Cuando la gente reconocía el nombre de su nave, sacó partido sin tapujos de sus muestras de simpatía. El resto del tiempo adoptó el papel que pareciera más adecuado: acreedor, deudor, amante abandonada, vieja amiga. Sus preguntas siempre giraban en torno a la identidad del tothiat, quizá un tothiat que iba por ahí con un castigar vermiforme que llevaba una capota armada.

Los registros de la nave le dieron algunos detalles de los tothiats como especie, ninguno bueno. Procedían de la Hegemonía; los tothir en sí, la cosa insectoide, eran técnicamente una especie sierva de los essiel. No se les veía mucho fuera de su mundo salvo en estanques, porque dependían mucho de la bioquímica de su planeta. Sin embargo, los essiel tenían subordinados ingeniosos, y alguno pensó que valía la pena esforzarse mucho para abrir las puertas del universo a esos pequeños bichos asquerosos. La solución había sido injertar a los tothir en otras criaturas, modificadas para producir los compuestos tóxicos que necesitaban esas cosas. Los resultados, según había leído, habían ido más allá de las intenciones iniciales de los científicos hegemónicos. Lo que salió de la mesa de los cirujanos no era un anfitrión o un implante, sino una personalidad conglomerada que parecía mezclar ambas. No es sorprendente que no hubiera muchos voluntarios para el proceso. Por otra parte, Kris descubrió con disgusto que el híbrido resultante tenía un considerable control consciente sobre el metabolismo del cuerpo anfitrión. La criatura mixta podía ir más allá de sus límites habituales y curar heridas a toda velocidad. Incluso podía sobrevivir en el vacío por un periodo de tiempo incómodamente largo.

«Un supersimbionte. Genial».

Kris no se esperaba terminar allí, no la joven Keristina Soolin Almier que había conseguido plaza en las facultades de Derecho de Scintilla. Había crecido en el cinturón de asteroides Harmaster, sede de enormes fábricas extractoras de recursos. Sus padres habían sido miembros bien colocados en las cooperativas del hierro, cuyos convenios colectivos y sindicatos habían convertido la pobreza y las duras condiciones del lugar en una cierta comodidad y abundancia en la que nació Kris. Los expatriados de Harmaster salían por entonces a las demás colonias, llevando consigo su ética de trabajo y sus monedas de hierro. Eso había bastado para llevarla a Scintilla. Le esperaba un lucrativo trabajo sedentario.

Pero Scintilla fue… difícil. El planeta era rico por tradición, como Magda. El dinero lo tenían las viejas familias, las que llevaban allí desde antes de la caída de la Tierra. Era un mundo frío, con ciudades excavadas en las laderas de montañas cubiertas de nieve. Los estudiantes mayores recorrían los altos salones de las mejores facultades de Derecho envueltos en pieles negras. Los más jóvenes vestían hábitos monacales y se les prohibía hablar en los pasillos. Y luego estaban los duelos. Estaban restringidos por todo tipo de normas, pero como parte de su entrenamiento se esperaba que los estudiantes eludieran cualquier consecuencia si se les descubría con un cuchillo. Los cuchillos se podían comprar legalmente, se entrenaba con ellos a la vista de todos, y había una auténtica obsesión con la carrera de los mejores duelistas. Incluso entre los profesores. Arengaban en sus clases sobre los males de esa práctica atávica y censurable, pero sus ojos brillaban de aprobación mientras lo decían. Y en aquellos días los duelos rara vez resultaban mortales.

Kris se hizo con un cuchillo cuando quedó claro que nunca accedería a los ambientes adecuados sin él. Lo conservó porque descubrió que lo adoraba. No el derramamiento de sangre —especialmente si era la suya—, sino todo lo demás. Era una estúpida pieza aristocrática de bravuconería, pero ella acabó por ser muy buena manejándolo. Hasta e incluyendo el punto de que terminó por mancharlo con la sangre de un muy prometedor joven de una muy buena familia.

Por supuesto que no fue la ley quien la atrapó. Encontró

escapatorias de una forma que habría enorgullecido a sus tutores. Pero la familia nunca olvidaría. La venganza era un asunto serio entre las dinastías legales de Scintilla. La vida le daba dos posibilidades. Salir del planeta o pasar el resto de sus días pendiente de retos y asesinos. A menudo se preguntaba si había tomado la decisión correcta. Especialmente ahora, sin nave y sin dinero.

—Conocemos a este individuo —dijo su interlocutor, que después de toda una mañana de investigaciones, era un colmenero. Parecía una jaula para pájaros de un metro de alto con seis piernas y sin la menor pretensión de tener una cabeza. Era un activo alquilado al personal de los muelles de la estación y Kris sospechó que no socializaba mucho con los demás—. Hemos oído que mató a tus compañeros.

—Dos tripulantes muertos y se llevaron la nave —confirmó ella —. Y no tenemos ni idea de quiénes eran.

—La falta de certezas es una herida que no se cura. —La denominación del colmenero era Yuri, otra etiqueta aleatoria sacada de una lista—. Como es normal, no se nos permite proporcionar datos confidenciales de la estación, de acuerdo a nuestro contrato. —Su voz resonaba con ansiedad desde la jaula que componía su cuerpo. Podía ver la multitud de pequeños insectos en su interior cuya comunión producía la entidad consciente que se hacía llamar Yuri.

—Bueno, mirad —les dijo Kris. Estaban en un muelle de carga abandonado, junto a un amasijo de cables que el colmenero reparaba desganadamente—. Es probable que pueda elaborar algún argumento legal por el que tengamos derecho a conocer esa información, y malgastar todo el día que pase por la cibernet y la administración de la estación. O podemos encontrar a los tipos en la sombra, que estoy seguro de que hay en algún sitio a bordo, que puedan hackear el sistema. Pero preferiría trasferiros la viruta que me ha facilitado mi factor. No me diréis que no tenéis una cuenta aparte de vuestro contrato.

Yuri emitieron una risita creíble.

—No lo hacemos por el dinero —apuntaron—. Aunque nos lo quedaremos, que no haya duda. Pero el motivo será tu pérdida. Os hemos buscado. Vuestros activos hablaban bien de vosotros.

Kris se quedó quieta, procesando la información. Sí, los

colmeneros llevaban un registro de quién se portaba bien con ellos y quién no. Nunca había pensado que Medvig lo tendrían. Pero eso se debía a que, para ella, Medvig había sido una persona.

—Vuestro tothiat se hace llamar Mesmon. Llegó a bordo de la *Sarco*. La *Sarco* partió sin mayores contratiempos después de que tomaran vuestra nave. Seguridad no pudo relacionarla con el robo. Mesmon parece trabajar por su cuenta. Pero para quien ha trabajado atado por contrato durante muchos años, las pistas son claras. Está bajo juramento con la Sociedad Cosecha Rota.

—Ah —dijo Kris con pesar, asumiéndolo. «La mafia».

Había esperado que se tratara quizá de nativistas, opuestos al culto de Sathiel. Quizá incluso agentes encubiertos hums. Pero a la Diosa *Buitre* la habían robado ladrones de verdad.

Intuía que no se trataba de nada personal. Que supiera, nadie en su tripulación había tenido relación con la Cosecha Rota. Volvió a poner en marcha su búsqueda encubierta y muy poco de lo que obtuvo valió la pena. Parecía que la Cosecha Rota operaba en la Hegemonía al igual que en las Colonias. Si habían cruzado la frontera con su premio —o más allá, en lo profundo del espacio hegemónico a esas alturas—, la tripulación de la *Buitre* no podría actuar de ninguna forma.

Tomó un almuerzo escaso con Olli en una cantina cercana y comentaron lo que habían averiguado. La especialista en remotos asintió, a través de la abertura en el escorpión por la que podía alimentarse con los brazos más pequeños.

—¿De dónde salió la *Sarco*?

—Registrada en un lugar llamado G'murc o algo así, en la Hegemonía. Aunque eso no significa nada —le dijo Kris.

Olli frunció el ceño mientras masticaba mecánicamente.

—¿Y si supiéramos dónde ha ido? ¿Qué haríamos?

—Depende de adonde fuera. Quizá pudiéramos… seguirla. ¿Reservar pasajes hasta allí? No sé. Sería si quisiéramos ir a por la Cosecha Rota, además.

—Rollo querría —decidió Olli—. Rollo está jodido. No sé si por la nave, por Barney o por Med, pero parece dispuesto a rajarle la garganta a Dios si hiciera falta. ¿Cómo te ves tú?

—¿Rajarle la garganta a Dios? —le dijo Kris con un parpadeo.

—O al pistolero Mesmon, lo que haga falta. ¿Estás dispuesta a

seguirle?

Kris reflexionó y encontró el mismo impulso que le había hecho llevar el cuchillo en Scintilla, pero ahora templado y endurecido por la muerte de dos amigos.

—Es posible —admitió.

—Entonces déjame conectarme a la estación y te enseñaré un truco. —Olli le dirigió una sonrisa feroz.

Era algo sencillo, en realidad. Kris casi se echó a reír cuando lo comprendió. Era el comercio de paquetes de información. Todo el mundo llevaba noticias, después de todo. Así se difundían a través del nospacio. Todo el mundo sacaba algo de dinero llevando comunicaciones encriptadas para entregar en su destino. Pero para hacerlo, tenías que comunicar adonde ibas.

La *Dios Buitre* como es natural no había subido paquetes en su violenta partida de Pulmón-Cuervo. Pero la *Sarco* sí, dada la forma inocente en que se marchó. Era lo que hacías cuando viajabas, tan natural como respirar, un gesto instintivo de cualquier tripulación.

La *Sarco* había cargado paquetes para Tarekuma. Puede que fuera una elegante maniobra de distracción. O puede que no fueran en la misma dirección que la Buitre, pero era todo lo que tenían para seguir adelante.

10

Havaer

Había nuevas pantallas alineadas en los pasillos que partían de los muelles de pasajeros. Mientras se pateaba las aduanas de Pulmón-Cuervo, Havaer tuvo tiempo de sobra para ver a veinte expertos distintos especulando sobre la marcha de la *Dios Buitre*. Algunos de los bustos parlantes responsabilizaban al capitán de la nave, pero la opinión predominante era que algún grupo desconocido había secuestrado la *Dios Buitre* y la había hecho desaparecer.

Había varias grabaciones que desde luego parecían mostrar un pecio Arquitecturizado aferrado a la *Buitre*. Y había algo de pánico, pero también negación. Nadie quería admitir lo que pensaban todos. Con lo que predominaba una calma frágil en Pulmón-Cuervo. Nada de éxodos entre gritos, aún. De hecho, ahora que el planeta estaba bajo el dominio de la Hegemonía, quizá los precios para atracar en Huei-Cavor se elevaran… La opinión pública podría inclinarse hacia los essiel —aquí y en otras partes— cuando se difundiera la noticia.

«Razón de más para averiguar la verdad sobre ese pecio».

Al fin permitieron salir a Havaer y él desempolvó sus credenciales como columnista de mediotipo; la oficina despachaba un puñado de artículos al mes con su firma para reforzar el disfraz.

Más tarde, ese mismo día, tras tocar algunas teclas locales, se reunió con Su Sabiduría el Portador Sathiel. El tipo era amable, vestía de forma opulenta y paternal, y estaba rodeado de seguidores del culto. Apretó el huesudo brazo de Havaer afectuosamente, a la manera colonial, mientras pedían una taza del kafeinado que los humanos bebían en la Hegemonía. Tenía un sabor con lo mejor del

café, limón y almendras.

Havaer dirigió al hombre su mirada más atenta y decidió que no confiaría en él ni un pelo, porque todo ese asunto del culto le daba grima. Para él, inventarse una religión que veneraba a percebes extraterrestres era una reacción ridícula al encuentro con especies alienígenas. Salvo que, lo admitió, suponía dar un marco de trabajo a las relaciones entre humanos y essiel.

—Ha sido usted muy elocuente ante los rumores sobre la *Oumaru*, Su Sabiduría —comentó diplomáticamente, parte de su encarnación del rol de reportero de medio tipo. Estaban en un pequeño restaurante, en el que la mayoría de los clientes mostraban indicativos del culto, desde una simple chapa hasta la vestimenta completa como Sathiel. La túnica de manga larga color gris de Havaer, con pantalones y zapatillas sin cordones, era el atuendo típico de alguien de las colonias más ricas, pero en este lugar de mezcolanza, destacaba entre los espaciales y los hegemónicos.

Sathiel levantó su vaso.

—Kafeinado —suspiró, como si la bebida fuera rara y preciosa —. Un resultado fortuito de la humanidad intentando adaptar el café al suelo de un mundo alienígena. Ahora una de las bebidas más ampliamente extendidas. Una de las principales exportaciones a las Colonias, como sabe sin duda. La casta guerrera y la casta criadora de los castigar nunca tienen bastante, lo que supone un beneficio inesperado. Una muestra de lo que puede surgir cuando la humanidad viaja a las estrellas y acoge lo alienígena con los brazos abiertos.

Havaer volvió a lucir su sonrisa y tomó notas en su pizarra.

—Bueno, Su Sabiduría, comprenderá que no estoy aquí en calidad de potencial converso.

El sectario asintió, comprensivo.

—A lo que voy, *menheer* Mundy, es a que hay quien no bebe kafeinado, incluso aquí, por lo que representa. Especialmente aquí. Hay quien haría cuanto estuviera a su alcance para levantar barreras entre la humanidad y sus vecinos. Incluso si eso les obliga a matar a algunos de los suyos.

Havaer parpadeó, asintió y tomó notas, la actuación completa.

—Parece que presuntas pruebas de que los Arquitectos han vuelto nos han sido arrebatadas por gente desconocida por razones

desconocidas. Pero usted… ¿está haciendo acusaciones concretas, Su Sabiduría?

La agradable sonrisa de Sathiel se ensanchó y miró detenidamente la bebida oscura antes de dar un sorbo.

—Me arriesgaría a darle a usted, un mediotipista de las Colonias interiores, algo que no puede usar… ¿Su público es más pro alien de lo habitual?

—Mi público es cosmopolita —le aseguró Havaer—. Quiero decir que no me engaño, me doy cuenta de que esto será controvertido. Si insinuamos que hay humanos que esconden pruebas sobre los Arquitectos por motivos egoístas, sin duda nos supondrá muchas respuestas negativas, pero no serán mayoritarias. Me dirijo a una base de gente de mente abierta.

—Entonces, seré franco. No habría nada peor para los nativistas, para el bloque pro humanos, que una prueba del retorno de los Arquitectos. No sólo porque los divinos essiel tengan en su poder la capacidad de proteger a mundos completos de su depredación, sino simplemente porque, cuando los Arquitectos fueron una amenaza, fue cuando la humanidad colaboró más estrechamente con nuestros vecinos. Ahora mismo están en el poder quienes prefieren apartarse de todos. ¿Cómo se recibiría la idea de una nueva guerra con los Arquitectos en el horizonte? —Sathiel dirigió a Havaer una mirada que había perdido abruptamente toda connotación paternal, y en la que no quedaba sino acero—. Eso es lo único que digo, *menheer* Mundy, y si ofrece estas impactantes noticias a su público, actuará en el interés de todos. Mi impresión es que la gente de las Colonias encontrará todo esto… —recogió una manga ricamente adornada— inquietante. Nuestra relación ritual con los divinos essiel puede parecer idolatría, incluso lavado de cerebro. Pero le desvelaré un secreto, *menheer*. No soy religioso, no de la forma en que usted podría pensarlo. Sin embargo, los essiel tienen la capacidad de conseguir cosas que, por mucho que lo intentemos, los humanos no podemos alcanzar. La humanidad no puede defender nuestros mundos de los Arquitectos usando reliquias de los originarios. Podría ser que llegáramos a un planeta con ruinas originarias, lo que nos permitiría mantener a los monstruos alejados de ese mundo. Pero la Hegemonía puede proteger a sus planetas a su antojo. Y si los Arquitectos volvieran, como creo que han hecho, y

siguieran viniendo, ¿qué es lo mejor para la humanidad? ¿Ignorar al resto de la galaxia y entonar canciones sobre nuestra grandeza, hasta que el último de nuestros mundos sea otra escultura monstruosa en conmemoración de nuestro fin? ¿O debemos aceptar que no somos autosuficientes, y tomar la ayuda que nos ofrecen… a un precio muy razonable?

Havaer lo grabó todo, le dio las gracias ampliamente a Sathiel, y se retiró. El kafeinado había estado muy bueno, aceptó. Difícil no acostumbrarse a él. Ya fuera de la presencia de los sectarios, se descubrió él mismo algo agitado. No era ningún loco ese Sathiel, sino alguien persuasivo. Sería profundamente desafortunado que resultara tener razón. Como la mayoría de los coloniales, Havaer no deseaba ser gobernado por amos extraterrestres. Pero era mejor que morir.

Después, llegó el momento de encontrar a la desheredada tripulación de la *Dios Buitre*. Cuando se preparó para ese encargo, asumió que toda esta historia de los Arquitectos era un timo y que la tripulación de la *Buitre* estaba en el ajo. Ahora, con dos de ellos muertos y su nave desaparecida, no estaba tan seguro de qué pensar.

Los contactos de Havaer terminaron por conducirle a un muelle de mantenimiento para cargueros. Era un lugar cavernoso en el que colgaban del techo los cascarones vacíos de dos transbordadores, como esqueletos de ballenas. Una nave hannilambra de clase diplomática estaba colocada debajo, sobre unas patas desiguales, con media docena de alienígenas con forma de cangrejo y ocho ingenieros de la estación intentando reunir los componentes necesarios para arreglar su motor gravitacional. En la parte posterior del muelle, sentados en unas cajas abolladas, estaban tres de los supervivientes de la *Buitre*.

El hombre más ancho era el capitán, Rostand. El hannilambra era el factor. Un joven delgaducho era el piloto, Telemmier, el inter. Le daba dentera que alguien tan valioso estuviera dando tumbos en los límites del espacio colonial en lugar de servir al Hum.

Rostand le miró con el ceño fruncido cuando llegó.

—¿Eres Pilchem?

Por la expresión del hombre, ese Pilchem iba a pasarlo mal cuando apareciera. Havaer valoró por un momento la posibilidad de

decir simplemente que sí y ver qué sacaba, pero habría demasiados cabos sueltos.

—Capitán Rostand, me gustaría robarle unos minutos.

—A ti y a todos los demás cabrones —gruñó Rostand. Llevaba camino recorrido en su rumbo a la borrachera, decidió Havaer; ojos rojos y cara colorada. Aunque era posible que también se debiera en parte al duelo por la pérdida de sus tripulantes.

—No soy un bocas —replicó Havaer, esperando que siguiera siendo el término de la jerga espacial para los que se iban de la lengua. Había descartado su disfraz de mediotipista, dado que la tripulación no había concedido ninguna entrevista hasta el momento. Sacó su identificador de la Oficina de Intervención del Hum, la de verdad, y activó el autentificador con el pulgar. El pequeño cuadrado de plástico confirmó sus datos biométricos y su validez.

Rostand lo miró con beligerancia, y luego se encogió de hombros.

—Está fuera de su jurisdicción. ¿O es que no se ha enterado de las últimas noticias de por aquí? —Los espaciales eran notoriamente susceptibles a la interferencia del Hum, sobre todo porque lo normal es que estuvieran implicados en ilegalidades.

Havaer tomó una caja vacía y se sentó sonriendo.

—Capitán, aquí no tengo ninguna atribución oficial, ningún respaldo, sólo soy alguien que investiga. Ya se puede imaginar el qué.

—Las noticias llegan rápido a la Casa Ácida en estos tiempos —dijo Telemmier, sin mirar a Havaer. Se había encogido cuando vio la identificación, y Havaer podía entenderlo. En otras circunstancias, el tipo sería el objeto de cualquier operación que su oficina hiciera allí.

—Hemos oído que trajeron algo —dijo Havaer con franqueza—. Cuando llegué ya se lo habían quitado.

—Y mucho más —soltó Rostand—. ¿Qué quiere de nosotros, *menheer* espía? ¿Una confirmación de que encontramos lo que dicen que encontramos? Sí. ¿Una confirmación de que cualquier prueba desapareció con mi puñetera nave? Sí otra vez. Así que aquí estamos. Es todo lo que hay, ¿de acuerdo?

—Ustedes dos son ciudadanos coloniales. —Havaer miraba a

Rostand y al inter, ignorando por ahora al hanni.

—Eso no significa que vayamos a hacer lo que nos diga. —Rostand se incorporó con agresividad—. No aquí, en particular.

—Sólo esperaba que, siendo humanos, sintieran alguna lealtad hacia el Consejo de Intereses Humanos. —Havaer siguió con paciencia—. No soy ningún nativista, sólo estoy preocupado. Si lo que descubrieron era realmente…

—Es lo que pasó —le interrumpió Telemmier—. Y era reciente. Espero que haya visto los registros de la partida de la *Oumaru*. Algo la sacó de su rumbo al vacío profundo y… le hizo eso.

Havaer intentó encontrar la mirada del hombre, pero los ojos del inter seguían escurriéndose como si estuvieran fijos en un horizonte lejano. Aunque era algo habitual en los intermediarios. No podías ver lo que ellos habían visto sin que se desarrollara la «mirada abisal».

—*Menheer* Telemmier, ¿le importaría…?

—No.

—No he…

—No, no voy a responder a sus preguntas sobre lo que sentí o no sentí… en el nospacio o en el espacio real o dentro de los límites de mi imaginación —le dijo categóricamente Telemmier—. Ya no trabajo para el gobierno. Cumplí con mi servicio. Me gané el derecho a estar solo.

Havaer apenas había creído el archivo de Idris Telemmier. Había alguna confusión, sin duda; no podía ser el mismo hombre. Para empezar, no pesaban los años suficientes en ese rostro. Podía ser algún fugado de un contrato, con lo que técnicamente seguiría siendo propiedad estatal… salvo que Havaer podía mirar más allá de esos rasgos demasiado jóvenes y ver las décadas adicionales que se acumulaban bajo la piel.

—Puedo prometerle…

—No voy a volver —dijo Telemmier, y Havaer se preparó para insistir. Sólo se dio cuenta de la firmeza de sus palabras retrospectivamente, mientras Telemmier volvía a exclamar—: ¡No voy a volver! —Se levantó de forma tan súbita que su caja se fue para atrás, con los puños cerrados de repente. El inter era el espécimen menos amenazador en términos físicos que había visto, un verdadero hijo de la poliáspora, pero el aire a su alrededor

parecía doblarse, y uno de los transbordadores que tenían encima crujió como aviso. Una coincidencia, debía ser una coincidencia. Pero Telemmier era uno de los inters más viejos, sólo más joven que la propia Santa Xavienne. ¿Quién podría decir en qué se había convertido con el paso del tiempo?

Havaer le sonrió, lo que era difícil, pero tenía práctica.

—Entendido —dijo sencillamente—. Les dejaré mis datos de contacto, en caso de que recuerden algo de lo que me quieran informar. Cualquier cosa puede ayudar. No es algo con usted, queremos salvar vidas. Cualquier cosa… —Se detuvo. Una mujer se les había unido. Havaer se esforzó mucho por mantener su expresión controlada y apacible.

Era una parteni. Advirtió sus insignias en el abrigo gris de servicio, el tatuaje bajo el ojo. Pero la habría reconocido sin ninguna de esas señales. Las soldados del Partenón tenían todas el mismo aire, literalmente; hermosas y mortales como cuchillos muy afilados.

Saludó cordialmente hacia ella y se levantó.

—Gracias por su tiempo, capitán.

La parteni se colocó de forma protectora junto a Telemmier, mirando a Havaer con los ojos semicerrados, desafiantes. No devolvió el saludo.

Havaer ya estaba preparando su informe mientras salía. «Implicado el Partenón, solicito nuevas instrucciones».

Idris

La tradición colonial de duelo era breve; los vivos necesitaban seguir en marcha. Procedía de los tiempos en que los caídos superaban en número a los supervivientes y no había tiempo para prolongar el luto. Y no era como si el final de la guerra hubiera reducido las muertes. Los espaciales morían; de forma violenta y todavía habitual. Eran el aliento vital de la Esfera Colonial, desde las tripulaciones de los enormes y ruinosos cargueros, cuya llegada puntual con comida era la diferencia entre la abundancia y el hambre, hasta los velocistas con paquetes que sólo transportaban información y apenas salían de la suspensión el tiempo necesario

para descargarla. Morían cuando fallaba el soporte vital; morían locos en el vacío profundo. Morían cuando décadas de mantenimiento cuidadoso dejaba de bastar para que sus envejecidas naves siguieran funcionando. Morían en ambos bandos por encontronazos con piratas, por enfermedades hereditarias, en peleas repentinas en sórdidos burdeles o bares orbitales. Y sus amigos seguían adelante, pero no puedes seguir sin una nave que te lleve. Perder la nave era un desastre del que literalmente no te podías alejar.

Kittering había pasado toda la mañana buscando alguna oportunidad para la tripulación. Ninguna nave se llevaría al grupo entero. Rollo era totalmente firme en su idea de no aceptar nada que estuviera por debajo de un puesto como segundo con derecho a beneficios, e Idris pensaba para sí que no querría ser el capitán que aceptara a Rollo como subordinado.

En algún momento, Idris lo sabía, la tripulación simplemente se disolvería por las circunstancias, cada uno se marcharía por su lado y posiblemente no se volvieran a ver. Él desde luego no pensaba ir a ninguna parte sin Kris luchando a su lado. Le daba sudores fríos la idea de que ella pudiera aceptar un trabajo seguro como abogada en algún planeta. Llevaba mucho tiempo dando tumbos, al fin y al cabo.

Cuando estaban en ese punto apareció el espía, lo que no contribuyó a mejorar los ánimos de nadie. E Idris había sobrerreaccionado, por supuesto. Demasiada presión y dolor en demasiado poco tiempo.

Se había soltado la correa, y eso siempre le dejaba cansado y revuelto. Probablemente el hombre no traía ningún motivo oculto, pero luego había llegado Solaz. Ya se preocuparía más tarde de qué conclusiones extraería el hombre de la Casa Ácida de una posible implicación de las parteni; la atención del Hum nunca era bienvenida. Pero en ese momento, cuando Solaz estuvo a su lado, se sintió más feliz que nunca en su vida de ver a alguien, y el espía se marchó casi de inmediato. El aire posesivo de Solaz le habría puesto de los nervios, pero ausente Kris, se aferró al pensamiento de que alguien se ocupaba de él. «Eso es miserable, Idris. Sólo miserable». Pero se sentía expuesto, como casi cada nuevo acontecimiento echara sal en heridas abiertas.

—Pensé que te habías ido, de vuelta al… —Rollo hizo un vago gesto que posiblemente se refería al Partenón al completo.

—Veía qué podría hacer —le dijo Solaz—. Como miembro de tu tripulación.

—¿Lo eres? ¿Todavía? —Ella percibió la beligerancia en sus ojos nublados.

—¿Sigues teniendo una tripulación?

Rollo apartó el primero la mirada.

—No lo sé, hija mía.

—Si la tienes, sigo en ella. Hasta el próximo trabajo, cuando podremos negociar todo otra vez. Y… Tengo algo que decir, pero ¿dónde están Kris y Olli?

Rollo miró a Kittering, que mostró en sus pantallas que ellas traían algo. Solaz asintió.

—Vamos a escuchar qué se cuentan.

—¿Mi nave se dirige a Tarekuma? —repitió Rollo, después de que Kris soltara sus noticias—. Tiene sentido, mis niños. —Suspiró y continuó—: Tarekuma. Es un maldito agujero.

—¿Te explicas? —pidió Solaz, y Rollo volvió la mirada hacia ella.

—No tener que ir a Tarekuma o saber nada del lugar es un firme incentivo para apoyar al Partenón. —Se frotó la cara como si intentará expulsar el alcohol de su piel—. Es… un sitio de mierda, eso es lo que es.

—En tiempos de Antes —completó Kris—, había planes para establecer allí una colonia grande de verdad. Iba a ser una terraformación. Un planeta rocoso, con mala química, pero tenían todo el tiempo y el dinero del mundo. Y su ventaja evidente era la buena situación. Siete pasajes llegan a Tarekuma. Luego vinieron los Arquitectos, después la guerra. Un montón de refugiados terminaron en Tarekuma, dado lo fácil que era llegar allí. Lo que no se terminó fue el dinero ni la terraformación. La gente venía de todas partes. También alienígenas. Bandas, señores de la guerra, sectas… Ya tenían funcionando las ciudades verticales, compraron modificadores atmosféricos, se deshicieron de la mayor parte de la vida salvaje peligrosa. Pero hasta hoy el control que tiene el Hum sobre lo que pasa allí es mínimo.

—Por lo que he oído, es lo que quieren —añadió Olli con

disgusto—. Le da al Hum un lugar para subvertir sus propias normas, un sitio para que los espías se encuentren con otros espías… Todo tipo de actividades bajo mano.

Kittering soltó un chillido y sus pantallas respondieron a una pregunta que le había hecho Kris. Ella leyó la información.

—Puede que haya un centenar de actores principales en Tarekuma, y un número indeterminado de cárteles y sindicatos que sacan algunas miguitas del pastel. La Cosecha Rota es un grupo criminal de algún tipo llegado de la Hegemonía —informó Kris.

—Quién habría pensado que en el perfecto paraíso imperial habría gángsteres —dijo Idris con suavidad.

—No pretendo comprenderlo —replicó Kris—, pero los essiel tienen una actitud extraña sobre el crimen y la gente fuera de la ley. Los odian y les combaten abiertamente, pero de algún modo está asumido que forman parte del sistema. Así que, sí, la Cosecha Rota es una mafia salida de la Hegemonía. Pero están en Tarekuma, así que obviamente se han extendido fuera de sus fronteras.

—¿Y para qué querrían mi nave? —preguntó Rollo con pesar.

—Puede que simplemente no tuviéramos suerte —dijo Olli—. Quizá sólo querían la *Oumaru,* no la Buitre. Mucha gente pagaría por tener bajo su control esa prueba, para esconderla o para ponerla en un escaparate. —Miró a Solaz—. ¿Tus cabronas, por ejemplo?

La parteni encajó la acusación sin inmutarse.

—Honestamente, no es nuestro estilo.

—La Cosecha tendrá arreglada una venta para la *Oumaru*, o quizá la subasten. En cuanto a la Buitre… A ver, es una nave decente, pero no la veo como objetivo. Puede que incluso se la podamos recomprar, o llegar a un acuerdo. ¿Trabajos para la mafia?

Idris les miró uno por uno, para ver qué les parecía la idea. No bien, pero no estaba más allá de la moral de ninguno de ellos, fue su conclusión. Durante sus años con la *Buitre* nunca habían trabajado directamente para criminales. Pero bastaba seguir el rastro de algunos clientes un paso más allá para encontrar dinero sucio. Por otra parte, trabajar para la Cosecha Rota supondría un acuerdo con los asesinos de Barney y Medvig, algo que no se podría hacer a la ligera.

El mismo dilema debía rondar la cabeza de Rollo, por lo que dijo.

—Podemos ir allí… a ver si ya la han vendido o achatarrado. Comprar billetes a Tarekuma y ver cómo van las cosas. Y si hay una posibilidad de vengarnos… —Su gesto se endureció al pensarlo. Podía ser una persona vengativa. Eran aguas peligrosas, Idris lo sabía. «¿Me estoy echando para atrás?». Muy atrás. Pero no podía abandonar a sus compañeros.

—Kit —dijo Rollo al fin—. Busca formas de ir a Tarekuma, como pasajeros o trabajando. —Miró a su alrededor—. Si alguien quiere irse, que se vaya, sin resentimientos. Porque yo estoy con ganas de hacer algunas cosas realmente estúpidas.

Solaz tosió ligeramente.

—¿Idris?

Él la miró furioso, y por dos largos segundos se limitó a aguantarle la mirada. Luego ella preguntó:

—¿Cuánto se tarda en ir a Tarekuma por los pasajes?

Kit mostró una calculadora en una de las pantallas de brazo, en la que parpadeaban las rutas más prácticas.

—Tened paciencia conmigo —dijo Idris, revisando los datos. Luego—: No se puede bajar de tres días de ninguna manera.

—¿Y si eres tú quien pilota, por un camino alternativo?

—¿Alternativo? ¿Quieres decir por el vacío profundo? —No se había dado cuenta de que las parteni usaban una expresión propia —. Entonces entre diecinueve y veintitrés horas de a bordo. —Lo que se refería a las antiguas horas terrestres. Rollo gruñó.

—¿Creéis que podríamos alquilar algo? —Sonaba inseguro, y Kittering se disponía a informar del posible gasto.

—Escuchadme —les dijo Solaz—. Quiero que vengáis todos conmigo ahora mismo. Quiero enseñaros algo. —Se levantó, y un momento después la siguió Rollo, luego Kris. Olli y Kit ya estaban sobre sus numerosos pies. Solaz miró a Idris, más como un ruego que como un desafío. Él se encogió de hombros, sintiéndose cansado y un poco nervioso por lo que la mujer se trajera entre manos. «Sea lo que sea, no me va a gustar».

Solaz les condujo hacia los niveles de atraque, un anillo de pequeños embarcaderos privados. Allí era donde la gente importante guardaba sus yates. Idris disfrutó morbosamente las miradas mortificadas que les dirigieron técnicos y lacayos uniformados, que veían cómo esa banda multicolor de espaciales se

colaba en sus corredores impolutos.

Y luego llegaron a una puerta flanqueada por dos mirmidones parteni, con armadura completa y armadas con aceleradores. La tripulación se encogió al unísono ante el miedo a una emboscada, con Kittering casi escondido tras las piernas de Rollo. Solaz se limitó a asentir a los soldados y las mujeres se hicieron a un lado saludando con un simultáneo «mirmidón ejecutora».

Olli juró en voz baja cuando la puerta se abrió.

—¿En qué traicionera mierda nos hemos metido?

—No tengo ni idea —mintió Idris. Casi esperaba ser agarrado y empaquetado ahí mismo, mientras disparaban a los demás.

Sólo había una nave en el hangar. Era una lágrima segmentada de la mitad del tamaño de la *Dios Buitre*, y no tenía en absoluto el aspecto de acumuladas improvisaciones frecuente en la estética colonial. Tenía una superficie plateada y algunos de los nódulos que emergían del morro serían probablemente armas.

Había una columna de caracteres parsef a un lado, junto a las insignias de su compañía. Las pantallas de Kittering aportaron la traducción del nombre: *Oscura Joan*.

—¿Qué es esto, mi niña? —preguntó Rollo con cautela.

—Capitán Rostand, tengo una propuesta.

—¿De tripulante a capitán, o de parteni a colonial? —Su bigote se erizó, pero seguía recorriendo a la *Oscura Joan* con la mirada.

—Fui a la embajada —les informó, y de repente se abrió una grieta que separaba a Solaz y el resto, tanto físicamente como en estatus—. Es una de nuestras naves de transporte de paquetes de información. La he confiscado.

Se la quedaron mirando, o al menos repartieron las miradas entre ella y la reluciente perfección de la nave.

—Quieres decir —empezó lentamente Kris— que dijiste: «Quiero esta nave», y ellas… simplemente te la dieron.

—Me la prestaron —admitió Solaz. Se estaba retorciendo las manos. Idris se preguntó si se daba cuenta. Puede que las parteni no se pusieran nerviosas cuando estaban juntas, así que no tenía práctica en esconderlo.

Rollo pareció totalmente sobrio de repente.

—Hija mía —dijo con firmeza—, las guardias te han llamado «ejecutora». ¿Qué es lo que eres?

—Las ejecutoras son entrenadas para salir de la esfera del Partenón y hacer… lo que se les ordene.

—Eres una asesina —terminó Olli categóricamente.

—¡Olli! —le reprochó Kris—. Ella es… ¿qué? ¿Una espía, una agente?

—Una agente —confirmó Solaz—. Así que cuando digo que necesito usar una nave, tengo una nave. Lo que, en este caso, supone que tenéis una nave. Si la queréis. Ahora Idris nos puede llevar a Tarekuma antes de que llegue la Buitre… para que podáis recuperar vuestra nave.

La respuesta fue un prolongado silencio. Rollo fue quien convirtió los sentimientos de todos en palabras.

—¿Y por qué haces algo así, honorable ejecutora?

Solaz se lamió los labios. Parecía una década más joven que el capitán, más pequeña, de complexión más ligera. Idris tuvo que recordarse que ella era incluso más vieja que él y que posiblemente podría matarlos a todos con las manos desnudas.

—Porque mi gobierno quiere que descubra todo lo posible sobre la *Oumaru*. Ir a Tarekuma, y rápido, es el primer paso para ello. —Tragó saliva—. Y porque sois buena gente.

Olli soltó un sonido de disgusto.

—Perdona que te diga esto, amiga mía —dijo Rollo, con la educada distancia que ponía entre su tripulación y el resto de la gente—, pero eso no me suena muy parteni.

Solaz frunció el ceño.

—¿Qué es el Partenón, capitán? —Ella parecía renuente a aceptar esa distancia—. ¿Cómo es que aparecimos, lo sabe?

—¿Un grupo de mujeres inteligentes decidieron que criarían mujeres en probetas porque odiaban a los hombres? —preguntó Olli, pasando de un comienzo tranquilo a terminar con cualquier asomo de diplomacia en un tiempo récord—. ¿No fue así?

Rollo la fulminó con la mirada, pero Solaz tendió una mano.

—Así es como lo presentan los nativistas. Puede que sea lo que os cuentan en todas las Colonias. —Se encogió de hombros—. El Partenón fue creado por buenas personas. Parsefer y sus compañeros veían cómo marchaba todo en la Tierra, con desigualdad, explotación, divisiones, odio e ignorancia. Quería un nuevo comienzo para construir algo mejor. Y si vas a hacer crecer

tu población mediante partenogénesis, es preferible trabajar con hembras. —Idris reconoció que la explicación era simple e higiénica, pero quizá no era más que lo que habían hecho creer a Solaz.

Olli hizo un gesto de disgusto, pero Rollo volvió a mirarla.

—Una última cosa antes de que cerremos cualquier trato, amiga mía. ¿Por qué hiciste como si quisieras unirte a mi tripulación?

Por un breve instante, Idris advirtió un verdadero dolor en el gesto de Solaz, antes de que lo camuflara bajo su habitual impasibilidad militar.

—Yo me uní a su tripulación, capitán. Me gané el puesto. Pero lleva razón, tenía otros motivos. —Miró a Idris, probablemente preguntándose si iba a levantar la liebre. Decidió que no lo haría. Pero continuó, mostrando todas sus cartas—. Me enviaron a hacerle una oferta a su piloto, en nombre del Partenón. Una oferta que todavía espero hacer, cuando se saque los dedos de los oídos por tiempo suficiente. Sin duda responderá que no, y yo habré cumplido mi deber. Ahora que la *Oumaru* está ahí fuera, las cosas cambiaron. Estoy usando mis prerrogativas para hacer lo que me parece conveniente hasta que me lleguen órdenes. Pero también quiero que recuperéis vuestra nave porque es lo justo. Y eso es todo. —Movió la mano hacia la *Oscura Joan*—. Lo toma o lo deja, capitán, yo me voy. No diré que no me importe lo que hagáis, pero es cosa vuestra.

Rollo miró a su tripulación. Kittering mostraba un «44 %», lo que sugería que era ambivalente en extremo. Olli parecía completamente furiosa. Pero Kris asintió, e Idris se sorprendió al mostrarse de acuerdo. Le quedaba el voto decisivo y Rollo suspiró profundamente.

—Entonces, amiga mía, nos encantará llevar nuestros culos a Tarekuma tan rápido como Idris pueda trazar el rumbo hasta allí. Asumiendo que nuestros culos quepan en ese chismecito tuyo.

Idris se sintió excitado. Sería fantástico adelantarse a los planes de los secuestradores Pero sobre todo pensaba que jamás, en toda su vida, había pilotado una nave tan elegante como la *Oscura Joan*.

3
Tarekuma

11

Idris

La monitora Alegría, la curtida diplomática parteni, podría haber pasado por tía de Solaz, aunque probablemente nació unas décadas después. Y la silenciosa técnica parteni que vino para hacer algunas modificaciones de última hora a la *Oscura Joan* podría haber sido la hermana pequeña de la ejecutora. Con todo, su expresión mostraba una notable diferencia; ella no aprobaba que una pandilla de rufianes operasen su nave. Pese a todo, estaba incondicionalmente a las órdenes de Solaz y trabajó dos horas para dejar todo a punto.

El transporte de paquetes parteni no disponía de mucho sitio. Había seis camas de suspensión en una zona central dentro del anillo del motor gravitacional, y el asiento del piloto estaba colocado de espaldas a ellas. No había otro lugar en el que ponerse más que las camas. El espacio de carga se llenó casi por completo con algo de equipo nuevo para Solaz y el escorpión de Olli. Un transporte de paquetes estaba concebido para llevar datos, al fin y al cabo, no mercancía. Idris se preguntó si la Casa Ácida sabría que esas naves se podían adaptar como transporte de emergencias para un escuadrón con unos retoques.

—¿Te recuerda a la guerra? —le preguntó Solaz, a su lado—. ¿A Berlenhof?

—Creo que teníamos más espacio entonces.

—Lo tenías tú. Nunca fuiste a las bodegas. Imagínate algo parecido. —Dio un golpecito a las cápsulas—. Pero para cien personas. Los civiles tenían los alojamientos de lujo.

—Nunca lo supe. Aunque estaba muy ocupado sufriendo un

susto de muerte como para pensar en ello. —Intentaba mirarla de la manera apropiada y seguía sin conseguirlo, no del todo—. Gracias, por cierto —murmuró.

—¿Eh?

—Por ayudar. Por la nave. Por llevarnos… Los otros probablemente no te lo dirán.

—He escuchado esas mismas cosas sobre mi gente por todas las Colonias, Idris. Probablemente piensan que soy un monstruo que irá y matará a todos los hombres, para convertir a la humanidad normal en una nota el pie en nuestra triunfal historia, ¿no? O que somos sirenas hambrientas de sexo que sólo necesitamos que el hombre adecuado nos haga renunciar a todo ese rollo de amazonas.

—Has visto algunos mediotipos —comentó él.

—El entrenamiento como ejecutora implica exponerte a algunas rarezas. Hubiera preferido seguir como una simple mirmidón.

Idris la miró fijamente con los ojos entrecerrados. Algo en ella hacía que todavía fuera como mirar al sol, y le preocupó que fuera porque todavía le gustaba.

—¿Por qué fuiste a por el puesto, entonces? —Y ante la pausa que siguió a la pregunta, comprendió—. No lo elegiste, ¿verdad? Fue lo que te ordenaron. ¿Por qué? ¿No sólo por mí?

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente no sólo por ti. El Aspirat toma algunos caminos retorcidos a veces para tomar sus decisiones. Creo que fue porque estuve en la guerra, así que conocí a gente de fuera del Partenón. —De repente se había cerrado, abrazándose—. Parece un poco loco que haber sido soldado me convirtiera en la mejor opción para ser algo totalmente distinto.

—Ejecutora mirmidón. *Prête à combattre*. —La técnico apareció y dirigió lo que Idris sólo podía definir como una mirada escandalizada hacia Rollo y los demás.

Solaz asintió, lo que resultó ser un permiso para retirarse porque la mujer más joven dejó el hangar de inmediato.

—Es el momento. —La ejecutora mirmidón Solaz se volvió hacia la tripulación—. Todo el mundo a bordo de la… —Se detuvo y reconsideró sus palabras—. Capitán Rostand. Su nave está lista.

La irritada expresión de Rollo se suavizó un pelo.

—Gracias, mi benefactora. —Se asomó por la escotilla y soltó un

graznido al ver las estrecheces que les aguardaban—. A las camas, mis niños. No hay sitio para más.

Empezaron a subir, y Kris se detuvo para un apretón reconfortante en el brazo de Idris. Él sacó de alguna parte una sonrisa para ella, y miró cómo se adentraba en los confines de la nave.

—¿Ella y tú? —preguntó Solaz. Idris notó cómo su expresión se volvía a endurecer, pero no parecía haber nada escondido en la pregunta. Al ver su mirada, ella misma fue quien se respondió—. Sólo me parece que tienes suerte. Desde luego, vale más que tú. —Su sonrisa era natural, demasiado joven para ella… La forma en que sonreía con sus camaradas parteni, quizá. Luego le cogió del codo y le levantó. Él aceptó la ayuda sin encogerse, de forma automática, pero una vez que estuvo en el asiento del piloto se preguntó qué había pasado. Solaz ya estaba detrás de él, metiéndose en una de las cápsulas superiores. Luego se detuvo y se inclinó hacia él.

—¿Recuerdas cómo…? —Su cara mostró un gesto mortificado—. ¿Necesitas que yo…?

—Reconozco la mayor parte por la *Pitonisa*. —La consola parteni tenía una docena de pantallitas, cada una dedicada a diferentes mediciones, y él las repasó una por una. Dos eran lo bastante militares como para darle la sensación de que no tenía que preocuparse por ellas.

—No volaste en la *Pitonisa*.

—¿Quién crees que la llevó de vuelta a la *Espada Celestial* en Berlenhof? —Sintió que las manos le temblaban un poco al recordarlo. Solaz debió verlo.

—¿Eres bueno, Idris?

Se quedó callado, mirando los controles. Era una clara evolución de los que recordaba de cuando la guerra, pero podía apañarse.

—Estoy bien —terminó por decir, en voz baja.

La *Oscura Joan* se deslizó del orbital Pulmón-Cuervo como los sueños de un pez, como se suele decir. Fue veloz y discreta, con su salida en segundo plano gracias a lo que fuera que el Partenón hubiera hecho a la cibernet. Idris comprobó las constantes vitales de las cápsulas de sueño y dispuso el motor gravitatorio en un ciclo de baja actividad, extendiendo su sombra al nospacio para comprobar cómo se encontraba. Desde ahí, podía calcular su salida del espacio

real.

Volvió la mirada a la ordenada alineación de cápsulas que tenía detrás. Cuatro ocupadas, dos vacías, más la forma incompatible del llamativo globo rojizo de Kit sobresaliendo como un pulgar hinchado. Una vez comprobó todo, la *Oscura Joan* cayó al vacío liminal situado más allá de la realidad.

No fue así en la *Pitonisa*. Entonces todo estaba en movimiento a su alrededor: mujeres que corrían escogiendo a la desesperada cuál reparar entre los sobrepasados sistemas de la nave. Había alarmas estridentes, y órdenes y confirmaciones cursadas a toda velocidad en parsef, todo mientras la nave descargaba su potencia de fuego contra el rostro increíblemente vasto del Arquitecto. La silla del piloto estaba parcialmente hundida en el suelo, porque incluso en una nave de guerra del Partenón el espacio era valioso. El cuerpo de la piloto parteni, junto a no menos de una docena de bajas más, fue retirado con siniestra eficiencia. Idris se había dejado caer en el asiento vacío como si viviera un extraño sueño. Sus codos quedaban encajados, sus hombros caídos hacia adelante para evitar las botas de las mujeres que pasaban. Le alegraba ser incluso más pequeño que los habituales coloniales famélicos. Todo el mundo a su alrededor en la nave dañada se tambaleó y se sacudió, con el motor brachator agarrándose a la subestructura gravitatoria del espacio real. Y más allá de su casco, la mano colosal e invisible del Arquitecto les alcanzaba, deformando el espacio como si intentara rehacer a su enemigo.

La *Oscura Joan* no era la *Pitonisa*, por supuesto, pero sus controles y el estrecho asiento del piloto le recordaban aquella vieja nave de guerra; el espantoso caos de su vuelo escapando del Arquitecto, después de que la nave quedara lisiada y la mitad de su tripulación muerta. Y luego estuvo en el nospacio, amarrado con fuerza y totalmente solo con esos malos recuerdos. El Arquitecto que recordaba por un lado, y en el otro, aguardando pacientemente su momento, la Presencia que le esperaba.

Iba a ser un viaje largo por el vacío profundo.

Kris

—Pareces machacado. —Kris no exageraba, pero tratar con Idris en ese estado era siempre difícil. Honestamente, parecía como si le hubieran desenterrado, con las manos en los bolsillos y los hombros caídos, allí plantado en el hangar, ya fuera de la *Oscura Joan*. Su piel le pareció pálida y pegajosa cuando utilizó como espejo la pizarra, apoyada en una curva del casco de la nave parteni. Se quitó con láser una sombra de barba, que le volvería a salir en pocas horas.

—¿Adonde nos has traído, mi niño? —Rollo hizo giros y estiramientos con los hombros. Olli ordenó al escorpión que la alzara a su puesto.

—Algún tipo de canal parteni se abrió cuando dejamos el nospacio —murmuró Idris—. Fijó una baliza para que atracáramos aquí. Quiero decir, Tarekuma no es el lugar más seguro para quedarse por ahí en la órbita.

—Es nuestra área reservada. —Solaz acababa de desempacar su nueva armadura y estaba ajustando secciones concretas, usando la interfaz de su pizarra. En esta ocasión el equipo estaba desprovisto de insignias de su compañía. También tenía un acelerador nuevo; Tarekuma no tenía el menor interés en restringir las armas que portaran sus visitantes—. Aquí no hay embajada, pero sí grupos en los que confiamos para trabajar juntos.

—Incluso el gran Partenón se ensucia las manos, ¿eh? —comentó Olli. Kris le lanzó una mirada. Cuando Solaz apareció, todos se pusieron alerta respecto a ella, pero Olli parecía decidida a seguir con las pullas, aunque a esas alturas dependieran de que Solaz quebrantara sus propias normas para el beneficio común. Kris no sabía por qué, pero algo se le había atravesado a la mujer con Solaz.

La parteni se limitó a encogerse de hombros.

—Desde aquí, es cosa vuestra.

—Por nuestra cuenta, ¿no? —Rollo se mordisqueó el bigote—. Bueno, te has comportado correctamente con nosotros, amiga mía. Te debemos…

—No —le interrumpió Solaz—. No lo entiendes. Os seguiré respaldando. Lo que pasa es que no sé lo que viene ahora. No sé cómo funciona este sitio.

—Deja que me encargue yo —pidió Kris—. Kit y yo, más bien.

¿Listo para gastar unos créditos?

El hannilambra mostró algunas imágenes humanas obscenas de su biblioteca, como manifestación de lo que pensaba exactamente al respecto. Pero también enseñó el balance de viruta que les quedaba.

—¡Todos los gastos al mínimo! —resonó el traductor, después de algo de movimiento de sus brazos—. ¡Que no afecten negativamente a mi pensión de jubilación! —Lo que podía sonar divertido, pero era realmente cuestión de vida o muerte para el hanni.

Estaban atracados en uno de los ascensores orbitales que rodeaban el ecuador de Tarekuma. La superficie del planeta en sí era dura: azotada por la radiación, con fuertes vientos y sin suficiente presión atmosférica para albergar humanos. Un antiguo desastre geológico había dejado Tarekuma salpicado de simas, algunas de hasta cinco kilómetros de profundidad. El aire era allí más denso y las condiciones más favorables tanto para la fauna local como para la llegada de fuera. Una docena de ciudades construidas en las paredes de esos acantilados se desperdigaban por todo el planeta, extendiéndose en profundidad dentro de la roca en enormes distancias verticales. Cada uno de esos hábitats albergaba a millones de humanos y de otras especies, viviendo apiñados como termitas. Estaban unidos a través de la superficie con varios cables elevadores, que grupos radicados en tierra vigilaban celosamente para controlar el acceso a la órbita. Todo el verdadero negocio se desarrollaba en el planeta, por inconveniente que fuera para quienes vivían arriba. Era casi lo único en que estaban de acuerdo todos los jefes de bandas y pequeños padrinos. A los orbitales que intentaban engañarles se les castigaba con el máximo rigor.

Lo que sí pudo hacer Kris en órbita fue investigar sobre su situación. También le fue posible dar algunos pasos iniciales, para los que tuvo que gastar una pequeña parte del «plan de pensiones» de Kit. Nadie les iba a ayudar allí por su bondadosa naturaleza. Ni siquiera el fiscal Thrennikos, que era casi un viejo amigo. Ella se había estrellado en los tribunales de Scintilla, y nada más conseguir su titulación se tuvo que marchar. Pero Livvo Thrennikos ni siquiera la obtuvo, después de que le descubrieran recibiendo sobornos a dos manos. Sin embargo, a Tarekuma no le preocupaban las titulaciones oficiales por encima de la capacidad para hacer el

mal. El lugar tenía ese tipo de meritocracia extraña. Así que su viejo amigo terminó allí de algún modo, provisto de un certificado de una facultad de Derecho de Tarekuma que posiblemente no existía cinco minutos antes. Luego Thrennikos se puso manos a la obra para transformar mágicamente lo turbio en legítimo.

Él atendió sus llamas bastante rápido. Esperaba… No sabía qué esperar, a decir verdad. Habían pasado años. ¿Se habría corrompido y engordado con la buena vida, o quizá tendría un parche o una mano cibernética? Resultó que el fiscal Livvo Thrennikos tenía mucho mejor aspecto de lo que esperaba. Su rostro moreno y de larga barbilla había ganado redondez sin perder su fuerza, y lucía un bigote notablemente rizado. Le brilló la mirada cuando la vio, lo que la tranquilizó. Puede que no les quisiera esquilmar más de la cuenta por sus servicios.

—¿El orbital Nalsvyssnir, nada menos? —exclamó al ver desde dónde transmitía—. ¿Qué te trae a mi humilde hemisferio, Kerry? —Porque en Scintilla habían hecho hincapié en las primeras sílabas de «Keristina», y el nombre había adoptado otra forma con el uso.

—Información, presentaciones…

—¿Vas a poner aquí un negocio? —dijo alzando una ceja y mostrando unos dientes brillantes.

—¿Te sentirías amenazado si lo hiciera? —A su pesar, le devolvió la sonrisa. Siempre había sido totalmente inmoral, y supuso que no había cambiado. Sin duda era más divertido que los demás estudiantes… de muchas y variadas formas. No le rebajaría el precio, pero se descubrió preguntándose si podría volver a divertirse con él una vez resolvieran los problemas que tenían entre manos.

—Ven a trabajar conmigo —ofreció con aparente sinceridad y sin dudarlo un instante. Kris se sintió verdaderamente conmovida.

—Tentador —replicó—. Pero el capitán de mi nave tiene un asunto pendiente en Tarekuma… y hemos venido a solucionarlo.

—Eso cubre innumerables posibilidades. ¿Es del tipo de asuntos que dejan cadáveres?

—Dios, espero que no —dijo con la suficiente honestidad. «No más de los que ya dejamos»—. Necesitamos contactos y que se nos presente en los sitios adecuados. Más allá de eso, nos las apañaremos sin dejarte basura en la puerta. ¿Puedes ayudar?

—Deja que te mire. —Y lo hizo por unos momentos, Ella se preguntó si estaría casado, tendría hijos… ¿Qué tipo de vida se podría llevar en un planeta dividido en territorios de bandas y dirigido por señores del crimen? Probablemente buena, si tenías cuidado. Él terminó por sonreír con cierta tristeza—. ¿En qué mierdas estás metida, Kerry?

—Espero que en ninguna. Pero necesitamos hablar con la Cosecha Rota.

La cara le cambió al modo profesional neutro cuando empezó a pensar al respecto. Probablemente Thrennikos no tuviera conexión directa con la Cosecha, dada la cantidad de grupos asentados en el planeta. Pero debía conocer a alguien, o a alguien que conociera a alguien. O vendería a Kris y los suyos. Estaba apostando mucho por su antigua relación.

—Podría ser. —Mantenía su gesto profesional, pero asentía—. Son hegemónicos, lo que complica tratar con ellos directamente. Pero puedo encontrar a alguien para que nos abra el camino. ¿Te sirve?

—Sería perfecto.

—Está el pequeño asunto de…

—Nuestro factor se ocupará de hacerte llegar la cantidad necesaria, y también a ese alguien.

—¿No tienes problema en bajar para reunirte con ellos? Aquí les gusta verse en persona.

—Lo sé —le confirmó—. Me encantará volver a verte, Liv.

Después, la tripulación tuvo una discusión casi ridícula sobre quién iría a la superficie. Kris dijo que serían sólo Kit y ella, pero Rollo afirmó que si él no podía salvar su propia nave no lo haría nadie. Además, Rollo quería que Solaz estuviera presente por si se trataba de una trampa. Olli mencionó que no se iba a quedar ahí esperando con Idris. Incluso Idris se molestó con los demás, y dijo que acababa de estar solo en el nospacio y no le apetecía repetir la experiencia en órbita. Kris cortó el tema en seco cuando dijo que si aparecía una banda de ese tipo delante de la puerta de Thrennikos, posiblemente llamaría a las autoridades. Y dado que estaban en Tarekuma, no serían otra cosa que unos criminales de gatillo fácil. Así que Kris decretó que la expedición la formarían ella, Rollo y Kit, y todos los demás se quedarían por el vecindario.

Las oficinas de Thrennikos estaban a una cuarta parte de la esfera planetaria de distancia, en Ciudad Costera, así que todos volvieron a apilarse en la nave. Kittering se hizo cargo de las comunicaciones y se ocupó de lo que debían ser unas veinte peticiones de identificación y peaje procedentes de los distintos grupos que controlaban cada fracción del cielo. Pagó algunos y otros no, dependiendo de lo que Kit pudo averiguar del estatus de cada uno.

Thrennikos les recomendó un muelle en el planeta donde sería relativamente posible que la nave siguiera cuando volvieran a por ella. A la llegada, Solaz activó todas las medidas de seguridad que había en la *Oscura Joan*, aunque Kris le indicó que los mejores ladrones de Tarekuma podían desbaratar los sistemas de cierre del Partenón. Kit accedió a regañadientes a pagar algo de viruta adicional al dueño del muelle por una mayor vigilancia, y Olli dejó una cámara remota encendida. Aparte de eso, sólo les quedaba confiar en que Thrennikos cumpliera su palabra.

En Tarekuma, los distritos más pobres eran los más próximos a la superficie inhóspita. Ascensores de gran velocidad conducían a la crema de la casta criminal a las simas, donde la radiación era una amenaza menor y se podían llenar los pulmones con aire de verdad. Así que en ese primer viaje no vieron casi nada de lo peor de Ciudad Costera. De hecho, la ley y el orden de los muelles y las tiendas de lujo eran tan civilizados como los de cualquier otro lugar que conociera Kris.

Con el permiso de Thrennikos, les permitieron usar el ascensor panorámico. El cubículo trasparente les hizo bajar a toda velocidad por un raíl de propulsión inercial que recorría el exterior de Ciudad Costera, con vistas a su flora y fauna. La macrobiología de Tarekuma florecía en las simas, buscando y protegiéndose a la vez de la radiación solar que llegaba de arriba. Lo que vieron parecía algo de un cuento infantil, en el que un mercader de gemas hubiera plantado sus existencias y se hubiera encontrado a la mañana siguiente con que habían florecido. Las vides se aferraban a las laderas del abismo con desenfrenada fecundidad, floreciendo y fructificando en nódulos facetados. Hojas en forma de plato se abrían para tamizar la distante luz del sol, que descendía en arcoiris cada vez menos intensos hasta los niveles inferiores. Kris también

vio algún movimiento, unas formas como de escarabajos enjoyados que lanzaban una especie de baratijas con sus patas de araña de diez metros o mas. Nada le parecía familiar, ni siquiera orgánico.

Había jaulas aquí y allá, medio ocultas por el creciente follaje, que se movían de forma perceptible. A muchas de las bandas y cárteles en el poder les gustaba hacer exhibiciones públicas de su disgusto. La vida nativa no podía metabolizar la mayor parte del cuerpo humano, pero el agua y la sal eran poderosos señuelos. No eran los animales los que acababan contigo, comprendió, sino las puntas de diamante de las viñas.

«Qué lugares tan adorables acabamos visitando».

La sala de recepción de Livvo Thrennikos contaba con una amplia cristalera que mostraba el mismo paisaje, pero estaba lo suficientemente abajo en la sima como para que el mediodía de afuera pareciera un crepúsculo, y toda la jungla reluciera con una constelación de brillante bioluminiscencia. Era realmente muy bonito, si te olvidabas de su potencial letal.

El resto de la tripulación encontró un restaurante bastante refinado en el que esperar. Fueron quejándose de que no podrían pagarse la comida, aunque Kris pensó molesta que habían sido ellos los que eligieron el sitio.

Tuvo que admitir que la vida de un fiscal en Tarekuma encajaba perfectamente con Livvo. Vestía un traje de corte Berlenhof, lleno de pliegues y con mangas anchas. Los tarekumanos apreciaban el exhibicionismo, así que en lugar de un monótono aunque caro gris, Thrennikos vestía de un color rojizo, con filas de gemas dispuestas en las solapas y los puños. Kris habría preferido presentarse mejor vestida, pero su armario se había desvanecido con el resto de la *Dios Buitre*.

Livvo la recibió con una sonrisa afectuosa y un apretón de muñecas que condujo a un breve intercambio de bofetones en el cuello del otro. Una vieja costumbre estudiantil de Scintilla, donde tras la graduación se lucía una garganta enrojecida. Pese a sus años de vida acomodada, se acordó de parar y dejó la mano en el pañuelo de ella. Él estaba entre las pocas personas que sabía por qué lo llevaba.

Ella se puso de puntillas y le besó brevemente en la mejilla. Luego él les pasó a los tres a su despacho, asegurándose de que

todos se quedaran boquiabiertos ante otra visión inesperada.

Había una mesa preparada con picoteo para tres humanos y dos hanni. El contacto al que habían venido a ver ya estaba sentado, un miembro de la misma especie de Kit que hacía rodar unas nueces por la mesa con sus mandíbulas menores. Kris tuvo que dejar de mirarle de forma indiscreta, porque era un hannilambra rico, y no había visto muchos en el espacio. Su concha llevaba incrustadas gemas orgánicas que formaban complejas espirales. Media docena de bichos del tamaño de pulgares humanos estaban atados a sus brazos acorazados con cadenas de oro. Se movían continuamente por la superficie blindada, reflejando la luz sobre su espalda facetada.

—Abogada Almier —le presentó Livvo—, capitán Rostand, factor Kittering, éste es el ministro Shreem. —Y con eso se había ganado su paga, a falta de actuar brevemente como anfitrión y servir el vino. Kris pensó que aunque le habían echado a patadas de las facultades de Derecho de Scintilla, de las que ella salió con su dignidad intacta, Thrennikos desde luego había caído de pie.

Las patas del ministro Shreem chirriaron y se frotaron entre ellas, y un traductor que tenía en la tripa convirtió sus palabras.

—Estoy, por supuesto, encantado de conocerles. Les deseo la mayor prosperidad en sus empresas. —La voz era de alguien viejo y rico, algo ronca y con una cadencia lenta y segura. Kris se preguntó cuánto habría pagado por ella—. Entiendo que quieren que se les presente ante alguien.

—La Cosecha Rota —interrumpió Rollo—. Es un asunto de cierta urgencia, amigo mío.

Shreem se acomodó en su taburete con una delicada recolocación de las seis patas. Su quinteto de ojos miró con tranquilidad a Rollo, con los pelos que había encima tapados por una diadema enjoyada. Al ministro Shreem, por lo que parecía, no le gustaba que le metieran prisa.

Luego Kit chirrió algo y el ministro se volvió a levantar y se adelantó. Hubo un intercambio de stacattos, la mayor parte sin ningún contexto que Kris pudiera seguir. Kittering parecía fanfarronear sobre algo, o al menos era lo que podía deducir por la forma en que levantaba los brazos. Eso suponía generalmente que un hanni estaba presentando sus credenciales de algún tipo. Luego,

los dos dejaron la mesa y se fueron a jugar al Paso de Tierra en un tablero virtual proyectado por el ministro desde uno de sus racimos de gemas.

Rollo y Livvo parecieron quedar igualmente desconcertados, pero los hanni eran una especie competitiva entre sí. Kris había visto cerrar acuerdos con peleas de lucha libre, rompecabezas impenetrables e incluso concursos de baile. Los hanni no libraban guerras, y resolvían todos sus desacuerdos mediante infinidad de competiciones.

Eso dejó a los humanos charlando durante una hora, mientras los hanni parecían cada vez más absortos en su partida. Kris no les quitaba el ojo, preocupada, por si a Kit le daba por apostarse algo que no debiera. Pero sus pantallas estaban cautelosamente vacías mientras colocaba sus piezas con rápida seguridad.

Livvo insinuó más de una vez que Kris podría dejar su vida de espacial por un tiempo. Quizá venir a trabajar con él… O asociarse de algún otro modo… Él tenía una relación estable con otros dos hombres y una mujer, con tres hijos entre todos, pero siempre había sitio para alguien más. Era el tipo de arreglo comunal que se había hecho corriente en el Después, cuando las familias quedaron destrozadas y la gente se aferraba y criaba a quien pudiera encontrar. Para su sorpresa, a Kris la idea no le pareció el anatema que habría pensado. Pero no estaba preparada para dejar de navegar. Todavía.

—Tienes algo bueno aquí, Liv —le dijo, sorprendida por el tono de envidia en su voz.

—Siempre puede haber algo mejor. —Y dejó caer dos dedos sobre la mano de ella, con suavidad.

Rollo tosió de forma ostensible y Kris le dirigió una mirada molesta. Por suerte, el juego se interrumpió en ese momento. Las pantallas de Kit mostraron una cascada de colores brillantes e imágenes de aspecto triunfal. Kris miró con preocupación a Shreem, por si Kittering le había ofendido de algún modo. El ministro parecía totalmente satisfecho por la disputa.

—Se ha acordado un precio —anunció la voz de anciano de Shreem, y Kris asumió que las habilidades de Kit en el Paso de Tierra les habían conseguido un descuento—. Capitán Rostand, dada la urgencia de la situación, ¿le parece adecuado que contacte

al factor de la Cosecha de inmediato?

Rollo asintió enérgicamente.

—Debe comprender que en la Cosecha hay muchas capas jerárquicas, como ocurre siempre con los essiel —siguió Shreem de forma pedante—. Puede ser necesario dedicar algo de tiempo a miembros inferiores antes de llegar a alguien de rango medio. Que puede o no tener la autoridad necesaria para alcanzar a un determinado acuerdo. Puede que encuentre todo el proceso desafortunadamente prolongado. —Lo dijo todo con acusada lentitud y sin la menor ironía aparente.

—Razón de más para empezarlo —replicó Rollo con los dientes apretados. Kris informó a los demás mientras esperaba, y Rollo se puso en marcha.

Entonces el ministro Shreem hizo un ruido inesperado, como una sección de cuerda que desafinara, y pareció derrumbarse. Fue una demostración de desconcierto como ella no había visto antes a ningún hanni.

—Esperad —le dijo a Idris por el comunicador—. Ha pasado algo.

—¿Y bien? —preguntó Rollo al ministro—. ¿Qué pasa? ¿Algún lacayo nos verá cuando le dé la gana?

—El asunto ha tomado un cariz totalmente distinto. —La voz artificial de Shreem sonaba tranquila, pero sus extremidades se agitaban por los nervios—. Han cursado una invitación a la corte del propio Aklu. Aklu es el título del señor indiscutido de la Cosecha. Empezaréis directamente por arriba.

12

Kris

«Esto no se va a poner feo».

El mensaje de los secuaces de Aklu fue que Rollo debía ir acompañado de alguien para que transmitiera sus deseos. La Hegemonía creía firmemente que los líderes debían tener siervos que hablaran en su nombre. Kris se presentó voluntaria para ese honor. Era su trabajo, después de todo. Kit se encargaba del dinero, ella se encargaba de la gente.

«No tiene por qué ponerse feo».

En ocasiones, se había sentado con algunos asesinos vestidos con camisas a medida con volantes, que bebían de pequeñas copas y hablaban sobre próximos espectáculos de teatro y ballet mientras ordenaban la muerte de esbirros desleales o de funcionarios menores. Ella parecía gustarles, en conjunto. Sabía cómo querían que se comportara una mujer.

Había estado ante un hombre con la nariz rota cuyo enorme corpachón estaba un cincuenta por ciento aumentado con músculos artificiales. Tenía como negocio un coliseo, para poder ver a su cuadrilla de gladiadores destrozar robots, o a veces destrozarse entre ellos. Esto también estuvo bien. Kit sabía un par de cosas sobre lucha, y eso había hecho que le cayera bien a aquel hombre.

Había conseguido audiencia con un capo castigar de la casta guerrera; un gusano segmentado de cinco metros de largo, cada anillo de su cuerpo erizado de espinas. Su cabeza tentacular tenía pintadas imágenes que sugerían violencia tan elocuentemente a ojos humanos como a los de su propia especie. Cada retorcida extensión de su corona estaba cubierta con un juego de castañeteantes

cuchillas mecanizadas, montadas bajo las cuencas rojizas de sus ojos. Se había enfrentado a todo ese horrible despliegue para arreglar el desembarco que quería hacer la *Dios Buitre*. Les había pedido que redujeran su cobro, y llegaron a un acuerdo. Siempre se llegaba a un acuerdo. Algunos criminales eran sádicos o psicópatas, pero la mayoría no. Incluso los que lo eran preferían en general la viruta a matar a potenciales contactos. Y ella nunca se había reunido con ellos cuando tuvieran un día realmente malo. Nunca se había puesto feo de verdad. Hasta ahora.

La Cosecha Rota se ocultaba en una residencia en ruinas, en los horribles niveles superiores de la misma ciudad en la que vivía Thrennikos entre tantos lujos. Era un edificio fuertemente blindado, una monstruosidad en expansión, construido originalmente para los primeros constructores que llegaron allí Antes. Los bloques a su alrededor eran tugurios en los que vivían sólo quienes no se podían pagar otra cosa. No había mercenarios que patrullaran esas calles, en las que se formaban y destruían un millar de nuevas bandas cada noche. La Cosecha no era un actor destacado en Tarekuma, por lo que sabía Kris. Estaba radicada en la Hegemonía, una espina clavada en el calcáreo culo de los essiel. Probablemente este «Aklu» no era el verdadero jefe de la banda, o secta, o culto suicida o lo que fueran de verdad. Aklu podía ser simplemente el término para el encargado de una sucursal. Pero incluso si Tarekuma sólo conocía una fracción de su poder, pronto se dio cuenta de que eso significaba algo en esas calles.

Cuando Rollo y ella dejaron el taxi, una de los miembros del séquito de Aklu salió a su encuentro. Vestía una túnica vieja y poco impresionante, reforzada con algo de blindaje, pero Kris se puso rígida cuando se fijó más. La armadura de la mujer bajaba hasta el centro de su espalda, donde se encontraba con una de esas cosas en forma de cangrejo agarrada a la espina dorsal. Otra tothiat, como el asesino hijo de puta que les robó la nave. ¿No se suponía que eran raros? Y esta tothiat llevaba una especie de estandarte, un palo con una bandera. Mostraba unos retorcidos rayos de sol grises sobre fondo negro, o quizá un montón de extremidades que hacían algún tipo de baile. Fuera lo que fuese lo que significaba, la gente cruzaba la calle o se metía en callejones para evitar cruzarse con la portadora de esa bandera. Puede que éste fuera el único lugar en

Tarekuma donde se reconocía a la Cosecha Rota, pero desde luego esas calles estaban bajo su sombra.

Su guía dijo llamarse Heremon, y Kris recordó que el secuestrador de ingrato recuerdo se llamaba Mesmon. No se parecían en nada más excepto la langosta. «Todavía no se ha puesto feo», pensó, mientras Heremon les llevaba hasta el horrible adefesio de cemento. Dentro, pasaron un atrio repleto con una docena de humanos y un par de hannis. Bajaron unos peldaños empinados, desiguales y torcidos como si hubieran sido construidos por alguien inexperto, y llegaron a una gran sala con un montón de columnas que sostenían el techo. Una pared estaba cubierta de mesas en las que trabajaban humanos y hannis, probablemente con actividades no más siniestras que comprobar los libros de contabilidad. En otra se alineaban guardias armados: humanos y castigar amoldados de forma extraña al tamaño humano. Y en el extremo de la sala, sin embargo…

Kris pestañeó. Se había puesto feo. A su lado, Rollo juró en voz baja.

Heremon se adelantó y su voz resonó en las paredes de cemento vacías.

—El Inefable Aklu, Cuchilla y Garfio.

Eran en realidad dos… entidades las que avanzaban hacia ellos. Una era una estructura colmenera como Kris nunca había visto otra igual. Su torso estaba abierto como una jaula, revelando el hormigueante grupo de cucarachas mecánicas que conformaban su ser. Su cara era una máscara dorada humana, con una desdeñosa expresión sonriente. Se movían mediante largas piernas digitígradas como las de un pájaro, y agitaba seis brazos esbeltos. El conjunto recordaba una aproximación surrealista a algún dios ancestral. Pero eso no fue lo que llamó la atención de Rollo y Kris.

Detrás del colmenero estaba quien era sin duda el Inefable Aklu. Se deslizaba hacia adelante en un gran sofá mecanizado, con formas curvándose en alas plateadas a cada lado de su ocupante y se mantenía a medio metro sobre el suelo con su propio motor gravitatorio. Aklu era uno de los essiel, los divinos señores de los sectarios hegemónicos, amos de la propia Hegemonía. Y, según las apariencias, un mafioso.

Kris recordó al augusto diplomático essiel que enviaron a Huei-

Cavor. También tenía una cadena de títulos: el reverendo esto y el augusto aquello. Todo etiquetas humanas, ya lo sabía, pero que se suponía que reflejaban otras correspondientes entre los essiel. Pero ¿qué significaba para un essiel ser Inefable, Cuchilla y Garfio?

Aklu era sobre todo concha, las dos mitades curvas unidas en la base y pegadas durante la mayor parte de los tres metros que medía de altura. Se separaban hacia el final, de donde surgían las partes móviles de la criatura. Su exterior duro parecía estar grabado con runas de compleja geometría, cubiertas por lo que parecía mercurio en constante flujo, desafiando el tirón gravitatorio de cualquier lugar. Un zarcillo arrugado se proyectaba desde la base para mantener a la criatura en su sitio. En la cima de las conchas, una multitud de bracitos delgados se abrían en abanico, erizados de pelos y pinzas. Tres ojos, como perlas rojizas, se movían en el extremo de unos tallos articulados, mirando desde todas partes a los visitantes de Aklu.

Kris se sintió muy asustada sin saber del todo por qué. Si era un mafioso, y la Cosecha Rota una banda, ésta debería ser como cualquier otra negociación. Salvo que ella nunca había tratado antes con un essiel. Ni nadie que ella conociera. Los representantes humanos de la Hegemonía como Sathiel eran lo más cerca que había estado nadie. Los essiel se suponía que no se escondían en búnkeres de cemento, rodeados de forajidos.

A la vez, algo en su interior le decía: «Es una almeja gigante. ¿Qué sería lo peor que te puede hacer?». Excepto que… Siempre había desdeñado a esos sectarios que atribuían fervientemente cualidades divinas a sus señores. Pero al estar en presencia de esa criatura… Había algo en ella.

Los brazos del Inefable Aklu fluyeron en una compleja sucesión de posturas y Kris percibió un temblor a través de la suela de sus zapatos, que se transmitía de las paredes a su cuerpo sin llegar a los oídos. Sólo después se daría cuenta de que Aklu estaba hablando.

El colmenero empezaron a moverse, en una especie de danza elaborada; luego se irguieron. Kris se dio cuenta de que tenían dos caras: una era dorada sonriente y la otra con la boca torcida hacia abajo, la máscara de la tragedia. Seguidamente, su media docena de brazos dorados adoptaron una serie de poses elegantes y resonó su voz, como un campanilleo.

—Dad paso al bendito en nuestros salones, el que dejó la huella sin ojos en el claro escondido. Examinadle. Dilataos en cada una de sus páginas… y se os dará el veredicto sobre cuál fue la transgresión.

La única palabra útil de todo aquello por lo que concernía a Kris era «transgresión». Se quedó congelada, lista para la lucha, mientras Heremon se adelantaba con algún tipo de aparato apuntándoles. Por un momento consideró el sacrilegio definitivo: saltar al sofá con el cuchillo, amenazando con preparar ostras para la cena de todos hasta que les dejaran salir a Rollo y a ella. Pero lo que sostenía Heremon no parecía un arma. La simbionte movió la cabeza ligeramente en su dirección, ¿una señal de que siguiera callada? Luego el colmenero adoptaron una nueva postura con sus muchos brazos —brevemente reflejada en la de su amo flotante— antes de volver a gesticular.

—Los dulces tonos de la inocencia esperan que éstos, señores del pájaro carroñero, no hayan profanado los santuarios de Dios, ni puesto una mano encima de lo que está prohibido. —La hermosa voz del colmenero resonó contra las paredes sucias y agrietadas, y una docena de matones armados y asesinos le escuchaban embelesados como si aquello tuviera todo el sentido.

Luego Rollo la empujó de forma nada amable. Kris no tenía la menor idea de qué locos formalismos debía cumplir, pero se aclaró la garganta.

—Somos pobres suplicantes ante el Inefable Aklu. Somos, sí, los señores del pájaro carroñero. La tripulación del *Dios Buitre*, los que recuperaron la *Oumaru* …

Los brazos de Aklu hicieron indicaciones y ella se detuvo en seco. Hablar al Inefable era sin duda un paso en falso de dimensiones épicas. El colmenero adoptaron otra serie de poses rituales, en piruetas que les volvían a mostrar el gesto ceñudo de la tragedia.

—Nuestra arca, nuestro hermoso cofre, flota del tesoro de nuestros sueños, explica cómo vosotros, insignificantes, con un reto impío profanáis nuestra alegría…

Lo que sonaba mal, lo tomaras por donde lo tomaras. Kris se miró con Rollo, luego describió su breve implicación con la *Oumaru*. ¿Sería una nave de la Cosecha Rota? No lo parecía, pero

las mafias no es que facilitaran las cosas a las fuerzas del orden poniendo sus intenciones criminales en los documentos de propiedad.

Cuando describió el aspecto retorcido de la *Oumaru*, Aklu volvió a moverse y ella ralentizó su relato. El colmenero le pidieron melodiosamente que lo repitiera, luego otra vez con mayor detalle. Y una vez más, hasta que Kris se quedó sin formas de decir lo mismo.

—La habían desollado. Todos vimos cómo lo hacen, en la guerra… Derretida y deformada, convertida en una de esas esculturas suyas. Saben a lo que me refiero.

—Cómo entran en los oídos los amargos testimonios falsos —destacaron el colmenero. Luego Heremon tuvo de repente un arma sobre la sien de Kris. Tres de los matones tiraron al suelo a Rollo y se amontonaron encima. En la distracción, Kris sacó su cuchillo y cortó a Heremon en la garganta. La herida se curó delante de sus ojos. Heremon no pareció molestarse en absoluto y mantenía empuñada el arma con firmeza.

Rollo gritaba con furia, y consiguió arrastrar a toda su maraña de sus agresores medio metro hacia el sofá en un esfuerzo hercúleo.

—¡Sólo quiero mi nave! —aullaba—. ¡Mi nave, puto percebe! Mataste a mi gente. ¡Robaste mi nave!

Kris sintió que cualquier posibilidad de resolver la situación se iba a tomar por culo, por decirlo resumidamente. Encontró la mirada de Heremon por encima del destello del cuchillo, que seguía en la garganta de la tothiat, y sólo percibió en ella un desinterés hostil. Reventar la cabeza de Kris con una bala no sería para ella más que una tarea levemente desagradable, como quitarse una china del zapato.

Kris tuvo la sensación de que ahí terminaba todo. No les dejarían salir con vida. Pero Aklu debía tener algo más que decir, porque el colmenero volvieron a hablar.

—Complican pecado con pecado, mala fe con fe. ¡Llegar hasta el trono del Inefable y reclamar un derecho sobre el arca de lo divino!

Kris tuvo un súbito arranque de inspiración. Les habían llevado hasta allí sin pasar por la gente de Aklu, por lo que el jefe no sabría cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Por lo que habría malinterpretado sus explicaciones. Nada inesperado, dada su

naturaleza inusual.

—¡No nos referimos a la *Oumaru*! —dijo—. Rollo, tranquilo. No tenemos ninguna reclamación sobre ella. Queremos nuestra nave. Cuando su gente reclamó lo que le pertenece, se llevó la *Dios Buitre* para transportarlo. La *Oumaru* no se podía mover por sí misma, ¿entienden? Sólo queremos pedir, de la forma más respetuosa… cuando el Inefable Aklu haya recuperado su arca, su propiedad, lo que sea… ¿podríamos nosotros, quizá, recuperar nuestra nave? —Ella contuvo cualquier otra súplica adicional y esperó, con el cuerpo todavía tirante como un cable.

Rollo había llamado percebe al essiel, pero nadie parecía preocupado por eso. Quizá la traducción fuera más elogiosa. Y no había mencionado a Barney o Medvig, a los que no podrían recuperar. Sin embargo, en ese momento, salir de allí con vida ya parecía complicado.

Los brazos del Inefable ondearon como mecidos por una brisa que no tocara nada más, y sus ojos subieron y bajaron. Su altavoz, el colmenero, permanecieron en silencio, en perfecto equilibrio sobre una pierna, la otra como en mitad de una postura, el abanico de brazos inmóvil. Kris intuyó que se había conectado a la cibernet de Tarekuma y buscaba confirmación a su historia. Luego el colmenero volvieron a ponerse en movimiento.

—Lleváis en vuestros corazones el mediador colocado entre el destructor y lo destruido… —Que sólo podía referirse a Idris, el intermediario. Kris se preguntó si es que empezaba a pillarlo. Los brazos se movían otra vez, hipnóticos—. Aquello a lo que los dioses dieron forma, nadie puede reclamarlo, pero la benevolencia divina es tal que todos los que se arrodillen con devoción a sus pies y eleven mientras la copa de la caridad podrán vivir con la esperanza de una recompensa —anunciaron el colmenero.

Heremon retrocedió súbitamente y los gorilas permitieron que Rollo se levantara.

—¿Qué ha pasado, hija mía? —preguntó el capitán con suavidad —. ¿Qué cojones significa todo esto, en resumen?

Se prolongó un silencio en el que ella pensó qué contestarle.

—Creo —empezó muy bajito— que quieren decir que tienen nuestra nave y por tanto es suya. Pero que si trabajamos para ellos, ¿quizá nos la devuelvan? Creo. Y hablaban sobre Idris. ¿Le querrán

para ir al vacío profundo?

—¿Eso es todo? —Vio que la cara de Rollo supuraba con la ira que contenía a duras penas—. ¿Y mis dos niños muertos? ¿También nos los devolverán después de que nos sometamos, nos rasguemos las vestiduras y les hagamos su trabajo sucio…? ¿También dijo eso?

—Rollo…

—¿Nos convertimos en sus lacayos y simplemente olvidamos que mataron a los nuestros, hija mía? ¿Y si somos muy muy buenos y besamos su culo crustáceo puede que algún día me dejen recuperar mi propia nave? —Lo dijo todo con una furia ardiente, sin dejar de susurrar. A pesar de todo, le sorprendía que fuera capaz de contenerse tanto.

Kris volvió la mirada hacia el colmenero inmóviles y su amo flotante. Era más que consciente de los asesinos que se mantenían a la expectativa. Los contables seguían con su trabajo, defraudando con diligencia, falsificando o haciendo las que fueran sus tareas.

—Di lo que haga falta —concedió Rollo, y Kris respiró profundamente.

—Nos sentimos por supuesto honrados por la oferta de servir al Inefable —afirmó con contundencia—. Llevaremos la noticia al resto de nuestra tripulación de inmediato. Agradecemos su munificencia. —Al decir algo así habría estado exagerando, pero en ese momento se había refugiado en las hipérboles y ningún elogio le parecería excesivo. Incluso se inclinó. Era una reproducción del gesto de respeto de un duelista a su rival en Scintilla antes de rajarle, pero nadie allí lo iba a reconocer.

—Apreciamos tus deseos —dijeron el colmenero—, la correa del buitre no se aflojará con facilidad. Pero tenemos fe en que pondrás toda tu humildad en rendirnos servicio… y emprenderemos el camino de la restitución.

Kris miró a Heremon y los matones. Buscaba que alguno de ellos mostrara algún indicio de que todo ese extraño espectáculo les había parecido siquiera un poco rarito. Quería gritar, como el niño que señaló al emperador desnudo. Pero no encontró la menor rendija en sus gestos de respeto. Se sintió como si hubiera caído del lado equivocado del espejo.

Dos minutos después, ella y Rollo estaban en la calle, con el pellejo intacto salvo por algún moratón. La expresión del capitán

era tempestuosa mientras llamaba a los demás. Kris no creía que pudiera ser posible una relación prolongada y mutuamente beneficiosa con la Cosecha Rota.

Después de que volvieran al muelle de la *Oscura Joan*, Rollo se sentó y se quedó pensando. Kris había esperado que explotara. Un capitán que hervía por dentro lentamente era de algún modo peor.

Kris le explicó la situación a todos los demás, especialmente a Idris. Tenía derecho a saber que un nuevo grupo sin escrúpulos se interesaba por él. Medio esperaba que empezara a trazar un rumbo hacia cualquier lugar que no fuera Tarekuma, pero en su lugar taconeó por la rampa hacia la cabina de la *Joan* y miró con tristeza a Rollo.

—Puede que hayamos terminado aquí —dijo Kris, refiriéndose a ellos como grupo, como familia adoptiva—. No me imagino que el Partenón nos deje jugar mucho más tiempo con este bólido.

Idris asintió, sin apartar la mirada de Rollo.

—¿Has escuchado a Solaz?

—No exactamente —dijo el inter con suavidad—. Y en su descargo diré que no ha presionado al respecto. Pero todo esto, lo que ha hecho por nosotros, sólo ha sido para facilitarme las cosas.

—Sabes que podría haber sido peor. —Él la miró sorprendido, casi traicionado, y ella se apresuró a añadir—: No intento librarme de ti, Idris. Sólo comento que, si ellas me hicieran una buena oferta, me iría.

—¿Quieres irte?

—Me gustaría tener opciones. Y si el Partenón quisiera un abogado colonial, bueno, son clientes interesantes… por un tiempo.

—¿Y si no fuera algo temporal? No hay «empleados» en el Partenón, Kris. No escogen trabajos, reciben órdenes. Y no eliges cuáles órdenes sigues o no. Estoy seguro de que no puedes decir: «Pues nada, fue un placer estar a su servicio, y ahora me vuelvo a trabajar a las Colonias». —Su cara reflejaba tristeza y se miraba a los pies—. Supongo que podría escucharla, de todas formas, y luego enviarla a paseo.

—Te gusta.

—Nosotros… pasamos por muchas cosas juntos en la guerra. Tuvimos mucha relación un tiempo después de Berlenhof, antes de que volviera a su unidad. Necesitaba a alguien y ella… no sé lo que

quería.

—¿Por qué no lo mismo que tú?

—No creo que las parteni sean así, ¿no? Todo ese espíritu guerrero y sacrificio… No creo que necesiten un hombro sobre el que llorar, como los seres humanos normales. Descartan toda esa mierda en las cubas. ¿O qué sentido tendría si no? ¿De qué sirve fabricar gente mejor si se sigue sintiendo triste, solitaria y asustada?

Kris percibió las señales y le pasó los brazos por encima para dejar que se hundiera en ella. Medio minuto después estaba bien, retrocedió y mostró un gesto compungido. Ella le sonrió y le dio un apretón en el hombro para decirle que no importaba. Sabía que era por la continua falta de sueño. Cosas que la mente normalmente desactiva crecían en su interior, con lo que no podía cerrarles la puerta para siempre.

Luego él se apartó a toda prisa porque venía Rollo. Subía la rampa a la *Joan* con tanta decisión y mal humor que Kris pensó que podría echar a volar la nave él mismo y dejarles a todos atrás. Buscar venganza, encontrar la Buitre… ¿Quién lo podría decir, viéndole en ese estado? Los demás estaban también claramente preocupados por él, así que cuando Rollo volvió a mirarles, toda la tripulación estaba esperando.

—De acuerdo, mis malcriados. Estas cápsulas, toda esta insensatez. —Dio un golpecito a las camas de suspensión que había instalado el técnico parteni—. Se quitan, ¿vale? ¿Nada más que las atornillaron?

Solaz asintió con cautela. Rollo gruñó pensativo, un hombre que tanteaba una idea loca a través de una densa niebla.

—Idris, ¿cuánto falta para que la *Buitre* llegue al sistema?

Sacó la pizarra e hizo unos cálculos rápidos antes de responder.

—En cualquier momento desde ahora hasta las próximas doce horas, dependiendo de lo preciso que sea su navegante.

—No hay embajada parteni en Tarekuma, no con carácter formal —empezó Solaz de forma tentativa—. Pero podría…

—¡No! —la cortó Rollo. Apretó los labios y luego siguió en tono de disculpa—: No es por menospreciar lo que has hecho por nosotros hasta ahora, mi niña, pero no. Esto es cosa de espaciales, cosa nuestra. Demasiada gratitud empieza a parecer apropiación. Lo siento.

—Lo comprendo. —Aunque, por su expresión, la parteni no entendía nada. Kris recordó que procedía de un lugar donde todas apuntaban en la misma dirección, y todas ayudaban a las demás. O puede que fueran horriblemente competitivas todo el tiempo y la visión favorable que Kris tenía de la vida parteni no fuera más que una sandez.

Rollo suspiró profundamente.

—Esto es lo que puedes hacer por mí, mi hija adoptiva. Dime qué armas lleva este pajarito. Enséñamelas.

Kris sintió que se le hacía un nudo por dentro.

—Rollo —dijo, a la vez que Olli empezaba a decir «capitán»…

—Considerémoslo un ejercicio teórico, ¿de acuerdo? —comentó Rollo con falsa jovialidad. Solaz giró la vista hacia el resto de los tripulantes y dio un paso para inclinarse sobre la cabina.

—Aquí hay un par de aceleradores gemelos, no son gran cosa contra defensas serias, pero… valen. Para tareas ligeras. La munición disponible es limitada, pero hay un sistema de conversión de masa que puede alimentarlos a cambio de… bueno, masa. Masa de la parte posterior. Hay un solo rayo láser, fino, que se alimenta de los motores a reacción. Creo que… con siete minutos de disparo continuo se queda seco. El motor gravitacional no está adaptado para despliegues ofensivos, pero sirve para los escudos, y también lleva defensas de segmentación.

—Ni siquiera sé lo que significa eso —le dijo Rollo con brusquedad—. Vaya barquito que nos has prestado, niña. Ahora mismo eres mi favorita de la familia. —Su sonrisa era sombría.

—Capitán, ¿cuál es el plan? —preguntó Olli.

Se quedó en la rampa, indeciso unos momentos, y luego se sentó en un borde del portón de la *Joan*, con las manos sobre el regazo, para enfrentarse a su tripulación.

—Kris ya os contó el sinsentido por el que tuvimos que pasar ahí abajo. Esa almeja chiflada quiere esclavizarnos, que nos ganemos recuperar nuestra propia nave haciéndole trabajos de mierda. También quiere quedarse con Idris. Y sé cómo van estas cosas. Nunca te escapas de un contrato así. Una vez esclavo, esclavo para siempre.

Kris asintió, y todos los demás pensaban igual. Cuando te metes en la mafia es para no salir. Nada distinto a lo que Idris había dicho

sobre el Partenón, pero ella preferiría probar ahí.

—Así que mi *Buitre* llega al sistema probablemente en unas horas, o eso dice Idris. Luego la traerán aquí, la reformarán, la desmontarán, ¿quién sabe? Quién sabe también para qué quieren la *Oumaru*, que la almeja loca dice que es suya. No es asunto nuestro. No la queremos, hasta donde yo sé. Pero la *Buitre* es mi pájaro y voy a recuperarlo. Porque el Partenón, que los dioses nos ayuden, nos ha dado una nave de guerra.

Les miró. Probablemente la mayoría adivinaban adonde quería ir a parar, pero escucharlo en voz alta era una pura chifladura.

—Idris… Pilotaste en la guerra —siguió Rollo—. Y Solaz, ¿fuiste piloto?

—Cañonera —dijo la parteni escuetamente—. Pero puedo volar.

—Quitamos esta basura. —Señaló con un pulgar las cápsulas de suspensión—. La equipamos con lo que encontremos. Interceptamos a esos cabrones, abrimos las puertas de la Buitre, las cortamos con el láser si hace falta. Recuperamos nuestra nave antes de que llegue a la órbita, salimos cagando leches de este sistema sin mirar atrás.

Kittering levantó las manos con urgencia.

—¡También convertimos a la Cosecha Rota en nuestros enemigos para siempre!

—Mataron a Barney y Medvig —le recordó Rollo—. No son nuestros amigos. Y… ¡quiero recuperar mi nave! —Hundió un poco los hombros—. Es algo peligroso, mis chavalines, mis cachorritos, nada para lo que os hayáis comprometido. Si queréis seguir vuestro camino, os podemos dejar en cualquier orbital. Las naves salen de ahí a todas partes, a diario. Kit os dará dinero; no pasaréis hambre. Tú también puedes llevarte tu parte, Kit, si es lo que quieres. No voy a retener a nadie. Nadie os pidió referencias como piratas cuando os contraté.

—Yo voy —dijo Olli, casi antes de que terminara—. Capitán, voy a abrirle a ese cabrón tothiat un agujero del culo nuevo. Yo voy.

«Se le volverá a cerrar», pensó Kris, que reconoció la histeria que la recorría. Miró a Idris, seguramente el menos belicoso de todos. Él le devolvió la mirada. Irían en pareja, después de todo.

—Pensáoslo —apuntó Rollo—. No voy a retorcerle el brazo a nadie para que haga esto. No es ninguna vergüenza salirse. —

Aunque la renuncia de cualquiera sería un agujero en la línea de flotación del plan.

Había un lugar para espaciales cerca del muelle patrullado por castigares donde se habían quedado, y Kris e Idris fueron allí para reflexionar. Olli se quedó en la *Joan*, desmontando las camas de suspensión para que tuvieran algún sitio en el que reunirse antes del ataque propuesto.

—Creo que Kit se saldrá —le dijo Kris a Idris, cuando se acomodaron en una esquina con unos vasos de un agrio kafeinado falso.

Él asintió sin mirarla, sin mirar a nada en realidad, simplemente al infinito de esa manera suya. Así que ella siguió.

—Creo que la parteni… No lo sé. Quiero decir, probablemente ella está entrenada para este tipo de cosas. Como si fuera su segunda naturaleza. Ella, Rollo y Olli probablemente bastarían para hacerlo sin derramar sangre. No es su pelea, pero ella… ¿Sabes? Creo que quiere realmente ser uno de nosotros. Lo que es raro, dado que en resumen es una agente secreta que trabaja para un gobierno extranjero.

—Es una espía malísima —dijo Idris, con un atisbo de sonrisa.

Kris tomó un sorbo de kafeinado y se arrepintió de inmediato: demasiado caliente, más que demasiado asqueroso.

—Idris… Me iré contigo. Si no quieres hacer esto, me iré. Somos un equipo.

—Pero… —Idris la miró con cautela.

—No quiero irme.

Kris no pudo interpretar su gesto en ese momento. Luego, Idris dijo al fin:

—Pensaba que tú me arrastrarías en el otro sentido. Habría pensado que, de todos nosotros, tú serías la que tendrías el suficiente sentido como para no implicarse en algo así. Habría pensado que esta conversación sería a la inversa.

—Quieres decir que…

—Quiero respaldar a Rollo. Quiero cerrar lo de Barney y Medvig. No quiero matar a nadie, pero también quiero que recuperemos nuestra nave.

—Nos aguarda toda una vida de problemas. Aklu parecía estar muy convencido de lo que quería en todo este asunto.

Idris le dirigió una mirada franca.

—No me importa un carajo lo que un essiel renegado quiera hacer con un pecio retorcido. Sólo quiero hacer lo correcto para Rollo y volver a la Buitre.

Cuando Rollo volvió al muelle, con un cajón deslizándose tras él, se encontró allí a todos menos Kittering. La ausencia le afecto; Kris lo notó en la amargura de su sonrisa.

—No está mal —admitió, mirando al resto de su tripulación—. Niños, tengo juguetes para vosotros, juguetes peligrosos. No demasiados, pero no tuve mucho tiempo. Y necesitamos un plan de ataque. Hermana de armas, ¿qué puedes hacer por nosotros?

Solaz se dio unos golpecitos en la sien.

—He estado trabajando ya en ello, capitán.

—Eres la preferida de mi prole —le dijo Rollo, recuperando su viejo tono amistoso pero sin poder evitar que asomaran aristas. Luego sonaron unos pasos apresurados y apareció Kittering, con las pantallas mostrando colores chillones y alarmados.

—¿Kit…? —preguntó Rollo.

—¡La *Buitre* ha entrado en el sistema! —ladró el traductor de Kittering, y se encendió con simulaciones, telemetría y proyecciones. Apenas habían pasado tres horas desde que Idris hizo su predicción.

—¿Olli? —preguntó Rollo.

—Las camas están casi fuera. Estará listo pronto. —La especialista en remotos se asomó por el portón. Ya llevaba el escorpión para hacer el trabajo duro, y ocuparía la mitad del espacio disponible tras el asiento del piloto.

—¡Atención! —anunció Kit—. Otra nave ha despegado con rumbo hacia la Buitre-Oumaru. —Mostró más gráficos en sus pantallas.

Kris se tomó un momento para entender lo que veía. La *Buitre* había salido del nospacio pero no acercaba su trofeo hacia Tarekuma o los orbitales. Se había quedado discretamente fuera de la vista, en los confines más alejados del sistema. Aklu había debido de enviar una nave a por lo que fuera que quisiera de su «arca» —la *Oumaru*— sin que el pecio Arquitecturizado supusiera un escándalo.

—¿Podemos sobrepasarles? —pidió Rollo—. Olli, termina al

doble de velocidad. No te preocupes por los acabados finos ni los tornillos sueltos.

—Van a toda máquina —comentó Solaz a partir de los datos que mostraba Kit.

—Podemos sobrepasarles. —La voz de Idris era átona. Parecía un poco enfermo por lo que se le hubiera ocurrido—. Hagámoslo, Rollo. Antes de que pierda el valor.

—¿Kit? —Rollo miró al hanni.

—Sí, mi capitán —confirmó Kittering. Sus pantallas mostraban una serie de pautas complejas —naranjas y rosas y grises—, cuyo significado estaba más allá de la comprensión humana. Luego Olli tiró la última cama por el portón y retrocedió para dejarles sitio. La rampa tableteó con los pasos de las muchas patas de Kit entrando en la *Joan*. El resto le siguió. El juego estaba en marcha.

13

Idris

—No me gusta su aspecto. —Olli había conseguido una imagen de la nave de la Cosecha Rota—. ¿Está armada? Con naves de la Hegemonía, ¿quién coño puede saberlo?

Rollo gruñó su conformidad, luego miró a Solaz esperanzado. Ella se inclinó para echarle una mirada a la imagen de Olli. Eso llevó su codo a las costillas de Kris y casi terminó con un pisotón a Kittering. La nave parteni estaba repleta incluso sin las cápsulas. Olli se resistió a enseñarle la imagen, pero terminó por rendirse y la parteni la miró con aire preocupado.

—Está armada —confirmó Solaz poco después. En el frontal de la nave de la Cosecha Rota destacaba una corona de ocho puntas, el resto por detrás era una especie de bulbo con tres lóbulos, pintado de un gris anodino, adornado con líneas geométricas doradas—. Veo cuatro aceleradores grandes. Y puede que esa cosa del centro sea un iris de enfoque, para los motores gravitatorios.

—¿En una nave tan pequeña? —preguntó Olli.

—La tecnología hegemónica es buena. —Solaz se encogió de hombros—. Es lo que yo diría, no puedo estar segura…

—Y me pregunto si eso importa, dado que nos llevan tanta ventaja —gruñó Rollo. Para cuando la *Oscura Joan* reformada dejó el planeta, el interceptor de la Cosecha les llevaba ventaja.

—Estoy en ello. —Idris calculaba mentalmente, cifras rápidas y aproximadas por las que nadie apostaría el valor de las vidas de los que iban en la nave—. Casi.

—Mi hijito ilegítimo —le dijo Rollo al oído—. Sé que tus maestros no permiten que los simples mortales sepamos cómo haces

tu magia. ¿Pero podría ser, por una vez, que nos muestres lo que escondes en la manga?

—¿Alguno ha oído el término «tartasalto»? —les preguntó.

—Oh. —Solaz, por supuesto. Nadie más. No era algo que la gente cuerda hiciera con los motores gravitatorios.

Y mientras lo pensaba, todas las matemáticas encajaron, perfectas como una gema. «Sí, funcionará estupendamente». Salvo que «estupendamente» no era en absoluto la palabra adecuada.

—Todo lo que hace falta es que os agarréis a algo. Ahora. No unos a los otros. Agarraos y aguantad.

—¿Idris? —Solaz sonaba preocupada de verdad. «He asustado a una parteni. Algo que tachar de mi lista de tareas pendientes».

—Cierra nada más los ojos y… no te preocupes. Vamos a salirnos de la realidad por un periodo muy corto. —Se sintió mortificado al descubrir que una pequeña porción de su interior se estaba divirtiendo.

—Oh, no, no, no —empezó Rollo, pero Idris ya había puesto en marcha los motores gravitatorios que llevaron a la nave al nospacio. En el mismo segundo que cayeron, todo el mundo empezó a gritarle. Luego los gritos desaparecieron, junto a ellos mismos. Del espacio vacío a su alrededor nada más que surgía una completa calma, dada su soledad en la pequeña nave parteni. «Es como un país extranjero. Las cosas son distintas aquí».

Les devolvió a la realidad un latido después. E incluso durante ese breve instante sintió «algo» que fluía desde el espantoso vacío para infestar el espacio que habían dejado sus amigos.

Recordó Berlenhof. Estuvo en la nave parteni *Pitonisa*, como la *Oscura Joan* pero mayor. El Arquitecto les había estrujado, los supervivientes disparaban cuanto tenían contra las enormes lanzas cristalinas del enemigo. Intentó sacarles del camino del Arquitecto, sintiendo que su su garra invisible intentaba terminar con ellos. Desesperado, ansioso por vivir, encendió el motor y arrojó la nave semidestruida al nospacio. Se arrepintió incluso mientras lo hacía, a sabiendas de que era una idea horrible. Los liberó para volver a la realidad. Salvo que habían recorrido la mitad de la distancia de vuelta a Berlenhof y no había rastro del enemigo. Miró por encima de su consola al grupo de mujeres profundamente afectadas, algunas encogidas, otras agarrándose la cabeza por el impacto

súbito de la transición. Pero todas vivas. Y aunque no hubiera conseguido nada más, al menos las había salvado, y a sí mismo. Sólo había sido posible gracias al sentido innato de un intermediario para las retorcidas interacciones espaciales implicadas.

Idris era ahora un viejo inter, quizá el más viejo. Viejo pero sin cansarse nunca de correr. Sólo que esta vez había corrido hacia el problema. En un parpadeo dejaron de existir objetivamente en el universo físico y luego volvieron. El interceptor de la Cosecha estaba muy atrás, moviendo su masa por el espacio que les separaba al viejo estilo. Y delante estaba su objetivo: la *Buitre* y su presa.

Le llegó desde detrás un coro de lamentos. Kris ahogándose, el rechinar en staccato de Kittering comunicando su desagrado. Debía dejarles pensar en lo que acababan de vivir y recordárselo la próxima vez que tuvieran un trayecto de dos días dormidos, con sólo él despierto.

—No vuelvas a hacer eso jamás, hijo desnaturalizado —siseó Rollo en su oído—. Te cortaré la garganta uno de estos días. —Y probablemente no lo hiciera, pero había algo afilado en la voz del capitán. Puede que Rollo fuera una de esas personas que reaccionaban espectacularmente mal al nospacio. Siempre se aseguraba de estar acostado antes de cualquier viaje normal.

Idris se dio cuenta de que no había tiempo para arrepentimientos. Había funcionado.

—Nos acercamos. En cinco minutos. Tenemos que ser rápidos.

—Que te jodan, Idris —escupió Olli, con voz temblorosa, pero ya estaba trabajando para intentar restablecer una conexión con los sistemas de la Buitre—. Siguen reiniciando el ordenador. Todavía no les funcionan los sistemas superiores.

Había pings de comunicación en la consola.

—Nos saludan —indicó Idris.

—No digas nada —le dijo Rollo—. Olli, aisla los controles de acceso de la *Dios*. ¿Podemos… enviar a nuestros robanaves al vacío, o algo?

—Depende de lo atentos que estén. Vamos a hacerlo, ¿no?

—No conseguiremos recuperar nuestra nave sin que cueste alguna vida, hija mía. Y esos asesinos firmaron un contrato por cualquier cosa que les pasara. —Mientras miraba con los ojos

entrecerrados a las pantallas, la cara de Rollo era rígida como el granito.

—¿Han enviado un umbilical a la *Oumaru*? —preguntó Kris por encima del hombro de Idris.

Llevaba razón. Parecía que los secuestradores no se habían quedado cruzados de brazos después de salir del nospacio. Aunque lo que estuvieran haciendo con el casco desollado fuera un misterio.

—Sólo supone que están repartidos, distraídos. —La mano de Rollo estaba sobre el hombro de Idris y lo apretaba dolorosamente a medida que se acercaban. El motor brachator les impulsaba por el tejido del espacio, con cada operación centrando más el rumbo hacia la Buitre. La navegación era ahora suave, pero llegada la hora del combate quedarían aplastados como guisantes si Idris iba más allá de la tolerancia de los amortiguadores. Sintió un intenso y molesto impulso por saber si la *Joan* tenía capacidad para ese tipo de locuras.

Dio el siguiente tirón, la nave parteni giró bruscamente treinta grados sobre su rumbo anterior, y se abalanzó sobre su presa. Las peticiones de comunicación se hicieron más y más intensas, y toda una serie de avisos se encendió en el tablero.

—¡Están activas! —gritó Idris. Su memoria retrocedió a la guerra, cuando escuchaba las alarmas ulular en las naves coloniales, o el equivalente parsef de labios de una oficial parteni: Vu khi chaud!

—Los que salgan: cascos. —Rollo siguió su propia orden. Algunos de los bracitos de Kittering revolotearon por encima de su cabeza y formaron una capucha que descendió hasta cerrarse sobre su estómago. Kit y Rollo contaban sólo con trajes espaciales convencionales, aunque ambos estarían armados. Solaz y Olli irían por delante.

—Vosotras dos, dad caña. No hay tiempo para que os caigáis bien. Te hablo a ti, hija mía. Olian Timo, a ti.

Olli le miró con rebeldía. Quizá pensaba que había ocultado sutilmente hasta entonces sus desaires a Solaz.

—Después de esto ya me dirás qué demonios te pasa —le soltó la parteni. Se detuvo cuando Rollo le golpeó con los nudillos enguantados en el casco.

—No te pases de lista, soldado. No mientras seas parte de mi

tripulación, ¿vale?

—*Compris*, madre —respondió de forma automática y Rollo sofocó una risita.

—¿Así que madre? Bueno, alguien tiene que cuidar de esta guardería.

Idris había estado mirando las lecturas de la Buitre, viendo cómo las reservas de energía se reconducían a sus láseres achacosos. No se habían usado mucho, sólo servían para cortar cascos y romper escombros. Pero bastarían para hacer daño a la *Joan* en un disparo prolongado. Los nuevos dueños de la *Buitre* habían decidido que la falta de comunicación suponía intenciones hostiles.

El rayo de la *Buitre* dividió el vacío y les alcanzó antes de que pudieran registrar su activación. Tenía que confiar en los instrumentos para que le dijeran que la lanza de energía se había deflectado, dispersándose en un espectro arcoiris de luz consumida y calor mientras el escudo gravitatorio de la *Oscura Joan* ampliaba la curva del espacio lo suficiente.

Dispuso su siguiente movimiento. Los motores lanzaban a la *Joan* en un curso que les acercaría peligrosamente a la *Dios Buitre*. El láser de la nave disparó dos veces más, una perforando el espacio donde deberían haber estado y la siguiente tan sólo dispersándose en un espectro impotente. El disparo errado llenó a su alrededor el espacio de colores.

—Tengo la escotilla de la *Buitre* —informó Olli—. Aislada. Luchan por controlar… —Pero no conocían los sistemas de la *Buitre* como ella.

—Ábrela —ordenó Rollo.

Idris casi se perdió la tenue niebla de atmósfera congelada que emergió de la Buitre. Salió ligeramente de la nave, moviéndola en reacción, pero tan despacio que apenas afectaba a sus cálculos. Casi se perdió también el cuerpo, una forma humana sin casco que se debatió brevemente cumpliendo la sentencia de muerte que le imponía el vacío.

«Asesinos», se recordó a sí mismo. Eran asesinos y ladrones profesionales, y si su presa se revolvía, no podían esperar nada más.

—Han conseguido crear una burbuja de atmósfera —observó Olli, mientras los secuestradores supervivientes ajustaban el envoltorio gravitacional de la Buitre. Si tuvieran sentido común, se

estarían poniendo trajes espaciales; nadie podía dar por seguro que se mantuviera una atmósfera suficiente.

Tenía calculados los siguientes dos puntos de la ruta y los dispuso uno tras otro. En un momento la *Joan* estaba maniobrando, deslizándose por el espacio como si fuera a atacar de lado a la Buitre. Al siguiente, igualó la velocidad con la de su objetivo como si ninguna de las naves se moviera. Como si fueran a colocarse al lado de la apertura en la Buitre.

—Perfecto —dijo Rollo, apretándole el hombro otra vez. Entonces Idris soltó su propio umbilical, del que se hizo cargo Olli, aferrándose a la escotilla de la *Buitre* con su boca magnética. Idris ya se había puesto el casco, también Kris. Estaban a punto de igualar atmósferas con la Buitre, que podría expulsar todo su aire al espacio en cualquier momento.

—Vamos. —Olli fue la primera en trepar por el umbilical, impulsada por todas sus extremidades—. ¡Despejado! —dijo su voz por los comunicadores cuando llegó. Solaz ya la seguía, con el Señor Agujeros en brazos. Idris esperaba que no tuviera que usar mucho el acelerador, porque sus proyectiles atravesarían cualquier pared o plancha del casco de la Buitre. Eso exigiría muchísimas reparaciones, incluso en el mejor de los casos. Luego sería el turno de que fueran Rollo y Kit, y todo lo que Idris y Kris podían hacer era esperar que les informaran de su victoria.

O ése era el plan.

Cuando el interceptor hegemónico apareció desde el nospacio, girando de punta a punta y transmitiendo por todos los canales, casi sintió cómo el corazón se le encogía. También había tartasaltado… justo detrás. ¿Cómo era posible? La Hegemonía contaba con algunas especies que podían navegar como un inter, pero nunca se habría esperado que alguno de sus integrantes estuviera al servicio de la Cosecha Rota. La *Buitre* debía haberles enviado un mensaje cuando apareció la *Joan*, impulsando un salto desesperado por el nospacio para intervenir. Parecía que les hubiera costado caro. Pero aquí estaban, y eso afectaba a cada detalle del plan de Rollo.

—¡Capitán, tenemos compañía! —E Idris envió todos los datos de navegación mientras veía cómo las lecturas del interceptor volvían a estar en línea. Rollo estaba callado, pero todavía en contacto. Idris añadió—: Yo me encargo.

—¿Que tú qué…? —preguntó Rollo—. Idris…

—Os dejaré unos momentos. Olli, deja los controles de acceso de la *Joan*.

—Que me jodan, Idris. —Pero lo hizo, e Idris tiró del umbilical en cuanto pudo.

—Aguanta —le dijo Idris a Kris. Si hubiera tenido tiempo, la habría enviado a la Buitre, que podría ser ligeramente más segura. Se giró para mirarla: Kris tenía los ojos abiertos de par en par, pero había algo más que temor en su rostro. Recordó que era una duelista, una aficionada a los combates.

Localizó un punto de navegación que les alejaba de la *Buitre* al espacio abierto. Mientras, el piloto de la Cosecha dirigía su nave contra ellos. El tambaleo inicial se había metamorfoseado en una suave aceleración hacia su objetivo mientras cargaba de energía las armas.

Vu khi chaud, pensó y devolvió el favor, desviando energía de la nave a los láseres y los rieles magnéticos de los aceleradores. Luego la dirigió al espacio, para llevarles en un giro más allá de la masa retorcida de la *Oumaru* y en picado hacia el enemigo.

«El enemigo». Volvía a tener un enemigo. No le gustaba. Lo odiaba, de hecho. Pero ahora notaba una parte fea de su interior que despertaba, como una fría punta de flecha que había permanecido profundamente enterrada en su mente.

Solaz

Solaz acababa de ajustar su acelerador para minimizar los daños que podría causar en el casco y otras partes de la Buitre. Como si pudiera servir de algo; dados los estándares de la tecnología parteni, la vieja nave probablemente no tendría forma de parar cualquiera de sus disparos incluso a la potencia mínima.

Cuando estuvo a la vista el primero de los secuestradores, sólo pudo imaginarse que el tipo no había comprendido cuál era la situación. Estaba totalmente equipado y llevaba una aparatosa arma de proyectiles. Dirigió el cañón del Señor Agujeros a su torso y le alcanzó al menos con siete perdigones, lo que suponía en resumen

que le había partido en dos. El arma se le cayó como si hubiera cambiado de idea y el cuerpo se inclinó hacia un lado mientras su interior se esparcía hacia el otro. El resultado serviría como una educada constatación para cualquiera que estuviera dentro de que llegaban problemas. El Señor Agujeros, pese al nombre que le dio Rollo, cantó peculiarmente al cargar proyectiles.

La puerta que tenían delante se cerró de golpe, mientras la tripulación de la *Buitre* recorría el corto pasillo entre la entrada y el resto de la nave. Pero Olli ya estaba en los sistemas de la *Buitre* y luchaba por hacerse con el control.

—Kit —dijo la especialista en remotos, entre dientes—, cierra esa compuerta. Estoy ocupada.

—Confirmado. Sí, confirmado. —El hanni se deslizó hacia atrás y se puso a trabajar en una terminal.

—Capitán, cúbrase —dijo Solaz, que se colocó frente a la puerta principal—. Detrás de mí y de Timo, por favor.

Rollo, que obviamente soñaba con liderar la carga, se colocó detrás con renuencia.

—Lo tengo —dijo Olli—. Abierta la puerta. —Luego se apagó la gravedad en el pasillo.

Solaz se dio cuenta de que alguien había intentado hacerse el listo con el motor gravitatorio. La gravedad artificial de la nave sólo era una función adicional del motor. Por suerte, esto era para lo que la habían entrenado, y tampoco sorprendería a ninguno de los espaciales. Era posible que los secuestradores se hubieran pegado un tiro en el pie.

Mientras lo pensaba, la puerta siseó para abrirse y revelar la fiesta de bienvenida que les habían preparado. Tenían las botas pegadas al suelo y probablemente esperaban ver a un grupo de intrusos indefensos, flotando. Se pusieron a disparar tan pronto como la puerta estuvo abierta.

Tres proyectiles impactaron en Solaz. Sintió el golpe incluso por debajo de la amalgama plástica de su armadura de combate. Con las botas fijadas, se echó hacia atrás mientras doblaba las rodillas para absorber la energía de los impactos, con una mano detrás para no caer al suelo.

«Tres enemigos, dos humanos y un hanni». Ya apuntaba al Señor Agujeros con una mano, porque tenía una muñeca fuerte y el peso

del arma había dejado de ser un problema. Por supuesto, lo que no había considerado de la situación era que no dirigía un escuadrón de soldados entrenadas, que sabían que no se debían poner en la línea de fuego de las demás.

El escorpión de Olli se precipitó por encima suyo, en el techo, ocupando casi todo el espacio disponible, con la cola de sierra restallando a izquierda y derecha. Una de sus extremidades sueltas pegó en el casco de Solaz al pasar, derribándola. Escuchó otros dos disparos de los secuestradores antes de que la especialista en remotos les alcanzara. El aire se llenó de sangre de repente, un millar de gotitas, cada una alejándose a toda velocidad del hombre al que Olli acababa de desgarrar. Solaz activó la visera frontal para que repeliera las gotas que se esparcían por todas partes. El otro secuestrador humano tenía una pierna atrapada por uno de los pesados brazos de trabajo del escorpión, parecía más rota que prisionera, pero también tenía un arma apuntada contra el plástico transparente de la cápsula de Olli. Solaz le disparó una sola vez con el Señor Agujeros, acertando en su sien y en la pared que tenía detrás. «Espero que no hubiera ahí nada esencial». El hanni de la Cosecha se retiraba dejando una lluvia de balas de la pistola que sostenía con las mandíbulas. El retroceso envió a la criatura girando hacia atrás en caída libre, pero en el extremo opuesto del pasillo se agarró a la mampara con cuatro o cinco de sus piernas y empezó a apuntar mejor.

Olli iba justo tras ella, como si creyera que el escorpión era a prueba de balas. Cuando estaba a medio camino una ráfaga la golpeó, segando completamente una de las piernas del exoesqueleto.

Allí estaba el castigar, el enorme ser agusanado con la capota repleta de armas que había matado a Medvig. Solaz le colocó un par de perdigones, pero el tejido castigar era denso y sin puntos débiles concretos. A diferencia de los humanos, carecían de órganos específicos; los aceleradores no eran un arma adecuada contra ellos. Se conformó con dirigir los tres siguientes disparos al hanni, y envió su cadáver descoyuntado a la esquina superior de la habitación.

Las armas de la capota del castigar se dirigieron a ella y se dispuso a sufrir daños importantes en el traje. Olli se le vino encima al segundo siguiente, sin que la pérdida de una pierna pareciera

suponerle inconveniente alguno. Había una gran hendidura ennegrecida en la espalda del escorpión, pero debía de haber aislado los daños. Luchaba fieramente con el alienígena, intentando usar sus brazos y cola para cortarle, mientras él envolvía al escorpión con toda su extensión y buscaba apuntarla con sus armas.

—Ve con los otros, ¡yo tengo a este cabrón! —gritó Olli, cuando Rollo dejó escapar un rugido de furia. Solaz miró hacia arriba para ver a una figura en traje que sacaba la cabeza para ver qué demonios pasaba. El traje era de la Buitre, pero la cara dentro del casco era la del mismísimo Mesmon, el tothiat. Luego cerró la puerta y abandonó a sus compañeros.

Rollo ya iba tras él, gritándole a Kit que mantuviera la puerta abierta.

—¡No! —exclamó Solaz; necesitaban dar cobertura a Olli. Pero entre el capitán y Olli, el primero era el que la necesitaba más. Solaz maldijo a todos los civiles que se metían en combates y corrió con él.

Una vez que cruzaron la puerta, el espacio abierto del muelle de drones la pilló de sorpresa. No estaba tan familiarizada con la configuración de la *Buitre* como su tripulación. Rollo se había refugiado tras una maraña de tuberías y disparaba a un puñado de siluetas en traje que entraban por la escotilla para remotos. Solaz se dio cuenta de que estaban conectados a la *Oumaru*, ése era su grupo de rescate, que se apresuraba a volver a la Buitre. Envió una ráfaga en esa dirección, más por intimidar que apuntando a nadie en concreto. En respuesta, tres impactos la golpearon como puñetazos, la levantaron y la enviaron rodando hasta una pared. Rollo devolvió el fuego, aunque una de las tuberías en las que se resguardaba ahora ya no era más que un tocón.

—Kit, ¿puedes darme acceso gravitatorio? —Su propia voz le sonó encomiablemente serena, aunque gateara para guarecerse contra la pared. Habría sido un blanco claro para los que disparaban desde la escotilla. En su lugar, Mesmon se arrojó contra ella. Vio dos agujeros en su traje robado, prueba de la puntería de Rollo. No le habían ralentizado en absoluto. Su cara moteada mostraba una calma inquietante del otro lado del visor agrietado.

Apoyó una bota contra la pared para sujetarse y le volteó, lanzándole a través del hangar. Él recuperó la orientación de algún

modo, la apuntó con un cañón de mano y acertó con otros dos disparos. Cada bala explotó al impactar. Sin armadura no sería ya más que una nube sanguinolenta. Pero con ella sintió los impactos como golpes de un martillo pilón que dejarían cardenales. Sus indicadores le mostraban todo tipo de avisos sobre tolerancia a los daños y fracturas por tensión. Las armaduras de combate parteni eran buenas, pero tenían sus límites.

Así que devolvió el favor. Apuntó con el Señor Agujeros e intentó partir en dos al tothiat por las malas. Un perdigón de hecho le alcanzó en la pierna y le hizo rebotar contra la pared, desviarse de su salto hacia ella y ponerse a dar vueltas. Intentó seguirle, pero él consiguió cambiar de dirección de manera inesperada, agarrándose con una mano a la cápsula de control vacía del muelle de drones. Luego volvió a acelerar contra ella desde el otro lado casi más rápido de lo que ella podía seguirle. «¿Así que eres una pequeña bailarina a cero G?».

Esta vez no le apartó, sino que le agarró cuando llegó a su lado, con toda la intención de romperle el cuello. Al contrario de lo que se cree, las parteni no son sobrehumanamente fuertes. La fuerza bruta no es necesaria en general salvo, por lo que parecía, cuando llegaba el momento de pelearse con renegados de la Hegemonía. Sin embargo, tenía la asistencia de los servos de su armadura y décadas de memoria muscular.

Le puso una mano en el casco y lo retorció, tirando de su cabeza hacia un lado. Él apoyó una bota en la pared que tenía detrás y la usó para darle un golpe donde el cuello se unía con el hombro. «Un movimiento estúpido e infantil», salvo que lo sintió, y las señales de alarma de su armadura se redoblaron. Notó que por una rendija se le colaba un primer gusanillo de preocupación. Se fijó en que él le había pegado tan duro que se había roto su propia muñeca, y tenía la mano doblada en un ángulo imposible. Pero mientras advertía el daño, la articulación volvió a colocarse, con la herida sanándose por sí sola ante sus ojos. A través de una rasgadura en el guante destrozado vio la piel cerrarse y los huesos realinearse mientras se disponía a golpearla otra vez.

«Necesitamos actualizar nuestros datos sobre los tothiat». Envió a los servos toda la energía de reserva de la armadura, buscó su cuello, y sintió qué algo cedía con un crujido satisfactorio. Cuando

recibió su siguiente golpe monstruoso, ya había escuchado ceder el sellado de su casco. Ella se lo llevó en la mano, y dejó la cara de él apretada contra el visor de ella. El siguiente puñetazo que le lanzó fue demasiado para el sellado magnético de sus botas, y él se separó mientras la apuntaba con su arma. Ella le tiró su propio casco, que le rebotó en la frente.

—¡Gravedad en cuanto puedas, Kit!

—Trabajando, trabajando, trabajando —dijo el hanni en su oído.

El siguiente disparo de Mesmon hizo un agujero en la pared más allá de la cabeza de Solaz, y el retroceso le impulsó lejos. Ella apuntó sombríamente con el Señor Agujeros y le metió una docena de perdigones antes de que pudiera cambiar de rumbo. El impacto le hizo girar sobre sí mismo tres veces, dejando una espiral de agujeros por todo su cuerpo antes de hacerle rebotar contra tres paredes.

«Y ahora a terminar con los demás», pensó. Porque seguramente ya se habrían deshecho de Rollo y ahora vendrían a por ella.

Pero Rollo seguía en las tuberías, intercambiando disparos imprecisos con dos secuestradores mientras un tercero traía algo de la *Oumaru*. El gángster sostenía lo que fuera con la misma cautela que si fuera una bomba a punto de explotar. Los otros matones se movieron para cubrirle. Pese al combate que les rodeaba, parecía que ésa era su prioridad.

Luego volvió Mesmon, pese a todos los agujeros a la vista. Y se dio cuenta de que ella misma tenía un problema mayor.

Idris

—Kris —dijo Idris—. Hay un asiento plegado detrás de mí. Sácalo y abróchate. —Ya estaba en él cuando le preguntó qué debía hacer entonces—. Voy a poner a prueba la tolerancia de los amortiguadores. No quiero que salgas rebotada. —Tenía el motor gravitatorio tanteando de nuevo fuera del universo para arrastrarles en una tangente hacia el interceptor de la Cosecha, que a su vez se dirigía hacia ellos.

«Vamos a ver qué tienes». Disparó sus aceleradores hacia la nave de la Cosecha, consumiendo un centenar de perdigones del tamaño

de un puño, cada uno lanzado a una velocidad más allá de los sueños de la balística. Su oponente ya usaba su impulso para curvar el espacio alrededor de la nave, de forma que cada disparo, aunque subjetivamente fuera en línea recta, se desviaba. Hasta entonces, lo esperado. Luego vino la salva de respuesta, intentando seguir a la pequeña nave paquetera parteni mientras Idris la guiaba en una serie de abruptos cambios de dirección. No se podía esquivar algo tan rápido como una ráfaga de acelerador, lo mismo que a un láser antes de que impacte. Pero sí se podía confundir la puntería del enemigo. Sin contar que el vacío es muy grande, y la *Oscura Joan* una diana muy pequeña.

Idris hizo que su propio motor gravitatorio empezara a retorcer también el espacio, con lo que el puñado de disparos que se acercaron tomaron impulso alrededor de la *Joan* y se perdieron en el abismo. Para entonces, se había aproximado al interceptor con un rumbo irregular. Y las salvas del interceptor seguían dirigiéndose a cualquier sitio donde no estaba la *Joan*, con las ágiles manos de Idris alimentando de cálculos a la nave. También había pausas en los disparos de su enemigo. No estaba seguro de la razón, pero le daba vueltas a esa discontinuidad. «¿Por qué no devolver el fuego justo en ese momento? ¿Por qué ese medio segundo de parada?». ¿Mal funcionamiento o estrategia?

Él acercó su nave aún más, maniobrando con el brachator para engancharse al universo y meter en él a la *Oscura Joan*. La cercanía era relativa, pero un centenar de kilómetros son vecindad en el espacio. Su láser se apagó y descargó otra ráfaga de los aceleradores de la nave, con la vibración chirriante de las armas llegándole a través del casco. La nave de la Cosecha consiguió emparejarse a la suya, maniobra por maniobra, pero su masa era bastante mayor para los motores de que disponía y él podía revolotear a su alrededor como una mosca. La consola parteni ayudaba señalando todas las líneas de fuego, él buscaba los puntos ciegos, y luego giraba repentinamente intentando volver a ponerse a tiro. Un momento después estuvo demasiado cerca y los campos gravitatorios que habían evadido sus ataques chocaron con los suyos. Toda la estructura de la *Oscura Joan* tembló y, por un momento, perdió la referencia de dónde se encontraban en relación a la otra nave.

Casi había calculado una solución cuando el piloto del interceptor reconfiguró su campo gravitatorio y envió lejos a la *Joan*, como el tapón descorchado de una botella. El propio interceptor salió en la dirección opuesta bajo el ineludible influjo de Newton. Las naves parteni tenían lo que Idris calificaba como un pedal del pánico para generar un escudo de emergencia. Dirigió todos los recursos del motor gravitatorio a tareas defensivas y luego lo pisó, casi cerrando los ojos mientras esperaba que la *Joan* recibiera un disparo. Luego, un kilómetro de espacio a su alrededor estuvo repleto de las furiosas abejas metálicas de un disparo de acelerador.

Los misiles se dispersaron a lo lejos en una roseta perfecta cuando los motores de la *Joan* tomaron el gradiente gravitacional del espaciotiempo y tiraron de él como de una sábana. La letal andanada de fuego cayó lejos, como gotas sobre una ventana. Salvo que la ventana era el universo y la caída no era hacia abajo, sino en todas direcciones.

Algo les golpeó como una bofetada, haciendo que el interior de la *Joan* resonara huecamente. Kris aulló, e Idris pensó por un momento que la habían alcanzado. Pero no había sido láser, ni un cañonazo. Sólo quería saber qué cojones había pasado, porque nunca había estado del lado malo de un martillo gravitatorio.

«Imagino que tienen uno». No se lo habría creído, porque las armas gravitatorias serias eran para naves de guerra parteni y otros cuerpos militares de los buenos. Pero eso era entre los humanos. Parecía que la Hegemonía contaba con cosas así incluso para sus apóstatas mafiosos.

Había fallado por poco, el martillo del interceptor había alcanzado el espacio que la *Joan* acababa de dejar. Idris seguía usando el motor para alimentar su escudo gravitatorio, culebreando entre la tormenta de disparos que le enviaba el interceptor. Su escudo no podría soportar la fuerza gravitacional concentrada en un disparo cercano. Incluso otro que fallara por poco podría aplanar los contornos del espacio a su alrededor, convirtiéndoles en un blanco fácil en un volumen de espacio matemáticamente predecible.

La Cosecha casi les tuvo al segundo siguiente. Idris sintió como si le detuvieran a medio salto y se quedara inmóvil de repente, con lo que los amortiguadores actuaron y Kris y él se ladearon en sus

asientos. De nuevo, el interceptor había perdido la mejor oportunidad de convertirles en confeti. «Lo mismo, ¿por qué se paran? ¿Qué pretenden?». Dejó que su subconsciente masticara el tema mientras hacía que el motor gravitatorio curvara a su alrededor un poquito. Una vez más, intentó sacar partido de sus puntos ciegos, o al menos minimizar sus líneas de fuego cuando…

—¡La *Oumaru*! —gritó Kris.

—¿Qué? —La parte de su mente que habían manipulado para convertirle en un inter le avisaba de que el martillo de gravedad estaba aplastando espacio a su paso como un imbécil furioso que manoteara para cazar moscas.

—Ellos no… —Kris volvió a gritar mientras la nave al completo temblaba y rugía a su alrededor—. No quieren dañar la *Oumaru*.

Parecía ridículo, porque algo ya había golpeado a la *Oumaru* para causarle daños extremos, pero Kris llevaba toda la razón. Los lapsos en los disparos del enemigo se producían cuando los disparos de acelerador podían alcanzar el carguero destrozado. «¿Les preocupan sus amigos de la *Buitre*?». Cómo podía justificarse el envío de una nave prácticamente de combate tras ellos, incluso con un peligroso salto intrasistema. «¿Qué es lo que les parece tan jodidamente valioso?».

Luego el martillazo gravitatorio descargó. Durante un momento sintió que estaba jodido y que acabarían bien muertos. Luego se dio cuenta de que no debería haber vivido ese momento. Y después, dos momentos más tarde, seguía vivo… La consola de daños de la *Joan* estaba encendida como si fuera algún tipo de festival parteni, pero seguían allí y la nave respondía a sus órdenes.

«Segmentación». Era tecnología parteni desarrollada al final de la guerra. Había sido una novedad en Berlenhof, cara como el demonio, y la nave entera se debía construir en torno a ella. Recordó cómo la *Pitonisa* se dirigió hacia el Arquitecto, una simple mota en la cara de aquel rugoso paisaje de cristal. A su alrededor, otras naves ya estaban desolladas. Las manos invisibles de los campos gravitacionales del enemigo las alcanzaron y las esculpieron en andrajos y flores y otras formas de su origami mortal. Uno de sus compañeros inters, en una nave que iba por delante, se había desvanecido en la nada, convertido en moléculas sueltas y atormentados hilos de materia orgánica. Luego la *Pitonisa* cayó

también en el campo gravitatorio del Arquitecto, pero la nueva tecnología les salvó, desviando el impacto bajo su casco segmentado, enfocando y concentrando esa fuerza hasta…

Hasta ahora, cuando la *Oscura Joan* se escurrió del agarre del interceptor como un lagarto que dejara atrás nada más que su cola. Los cinco últimos metros de la nave se perdieron, cortados y aplastados en un amasijo de metal y plástico por la fuerza desviada del martillazo. Pero se habían librado… por muy poco. Rehízo sus cálculos a toda velocidad, tomando en cuenta la revelación de Kris. Podía descargar tanto los láseres como los aceleradores de la *Joan*, y luego avanzar entre los puntos ciegos. Buscaría alinear a las tres naves.

El piloto del interceptor maniobraba la nave para mantenerles en su campo de tiro. Sintió la vibración cuando los escudos gravitatorios de la nave enemiga volvieron a chocar con los suyos por segunda vez. En esta ocasión lo esperaba, aparecía en sus cálculos. Era de nuevo una lección de Berlenhof. Idris había estado entonces aparte, viendo a la tripulación de la *Espada Celestial* jugar al escondite con el Arquitecto. Su enorme nave no era más que un insecto en la cara del enemigo, mientras calculaban cientos de posibilidades contradictorias para deformar el espacio a su alrededor.

Y la *Espada Celestial* había caído, por supuesto. Pero esta vez era distinta.

Idris encontró un punto ciego y el interceptor se movió justo como había previsto. Ya tenía los aceleradores de la *Joan* al rojo, con su descarga alejándose inofensiva por la torsión gravitatoria del escudo de la otra nave. Otro punto ciego… Y ahora Idris ya no estaba a la defensiva, sino que se acercaba a su objetivo, predecía las configuraciones defensivas del escudo de su enemigo y las igualaba. Alineó las naves, reorientando a la *Joan* para encontrar un nuevo «abajo». La nave giró de forma incómoda alrededor de Kris y él, mientras la llevaba demasiado cerca del casco del enemigo. Había visto a los cazas Punto Cero parteni hacer exactamente lo mismo como un enjambre, para unir sus descargas contra objetivos de mayor tamaño. No era un piloto de Cero, pero tampoco estaban en la guerra… «Confórmate y arréglalo».

La *Oscura Joan* se lanzó más allá del interceptor, rumbo al

espacio abierto; al momento siguiente el motor gravitatorio tiró de ella hacia atrás, todavía acoplado a los cambiantes campos gravitacionales de su objetivo. Y al fin llegó el momento que había estado esperando: ese latido de corazón de quietud cuando las armas del enemigo se paraban para evitar alcanzar con su lluvia de fuego al retorcido casco de la *Oumaru*. Aunque el pecio no fuera más que un punto brillante a un mundo de distancia.

Idris descargó cuanto tenía, exprimiendo la propia masa de la *Joan* para conseguir más munición, vaciando las reservas de energía del láser. Utilizó el estremecedor doblez del campo gravitatorio del propio interceptor, de forma que cuando el enemigo intentó devolver los ataques de la *Joan*, los envió contra su propio corazón, los acogió en su seno como a un amante.

Vio los motores de reacción reventar primero, luego las reservas de combustible que les quedaban, un fuego en constante extinción, devorado por el espacio. El interceptor empezó a girar violentamente, con su forma de flecha convertida en un bastón giratorio por el impulso de las explosiones. Los aceleradores gemelos de la *Joan* barrieron la nave de un extremo a otro tres veces, rastreando automáticamente su extensión mientras Idris mantenía el fuego. El panel informaba de trescientos siete impactos leves, como un chico orgulloso con el resultado de un examen. Pero Idris se alejó de la nave destruida, sintiéndose abruptamente disgustado con la sensación de triunfo, la alegría salvaje. La adrenalina se convertía para él en amargura con rapidez.

Localizó a la *Oumaru* y comprobó que la *Buitre* seguía enganchada a ella. Luego ordenó a la *Joan* que recorriera los kilómetros que la separaban de ellas, porque era posible que los demás le necesitaran.

Solaz

Mesmon soltó un puño contra el casco de Solaz, con la suficiente fuerza para salpicar el visor con la sangre que le salía de la mano: un recurso del que parecía tener reservas infinitas. Ella le cogió por debajo de los hombros e intentó apartarle, pero él la agarró y los

dos terminaron estrellándose contra los otros secuestradores. Todos eran humanos, con equipo ligero para actividad exterior y protegiendo con sus cuerpos lo que fuera que habían sacado de la *Oumaru*. Sus rodillas reforzadas alcanzaron a uno en la espalda, con la fuerza suficiente para rasgarle el traje. Otro decidió entrar en acción, la tomó de un brazo y le dio al extraño enredo que formaban Mesmon y ella una nueva dirección. Solaz dirigió al tipo una mirada asesina y envió sus dedos, rectos como flechas, a su garganta. Sintió cómo el delgado material del traje cedía y luego él empezó a retorcerse, pateando y retorciéndose a media altura, luchando inútilmente con su casco.

Intentó hacer lo mismo con Mesmon, no encontró su cuello pero le metió un dedo en el ojo. Eso al menos pareció dolerle, aunque nada detenía al tothiat. Luego se revolvió para ver a los dos payasos restantes volver a entrar por la escotilla, apuntándole con sus armas para conseguir un buen disparo. Rollo apareció de la nada y mató a uno, lo que sirvió para distraer a su compañero, que portaba —Solaz se dio cuenta en ese momento— un arma bastante pesada. Era un láser grande, una herramienta de corte transformada para uso antipersona, y el hombre la dirigía hacia Rollo. Solaz aguantó la respiración mientras el láser causaba un estropicio en la pared y las tuberías. Pero el capitán era un veterano en gravedad cero y se había apartado antes de que el hombre del rayo le pudiera acertar. Un segundo después envió las suficientes balas contra el enemigo como para obligarle a ponerse a cubierto.

Luego Kit gritó en el oído de Solaz:

—¡Acceso! ¡Vamos, vamos, vamos!

Mesmon le soltó en un costado un puñetazo que habría roto piedras, pero apenas lo notó porque ya no estaba a merced de la física newtoniana. Había vuelto la gravedad, y todo cayó al suelo. Salvo ella: volvía a tener alas.

El muelle de drones era un desastre de contenedores, cuerpos, sangre y trozos de metal fundido. Todo recordando de forma súbita el significado de «abajo». Vio a Rollo caer sobre una de sus rodillas y torcérsela, maldiciendo. El que llevaba el láser se abalanzó sobre la pequeña caja que habían recuperado, sólo para retroceder cuando el capitán le disparó sin darle.

Mesmon cayó y aterrizó sobre su culo sin ninguna dignidad,

luego miró hacia arriba para ver al ángel del Partenón descender sobre él con furia justiciera.

Los hombros de la armadura disponían de controles de gravedad. El escorpión de Olli tenía algo similar. Permitían a Solaz cabalgar los campos gravitatorios, dentro o fuera de una nave. Le permitían, en estas circunstancias concretas, patear con mucha fuerza a Mesmon en la cabeza, para hacerle rodar por el suelo con la nuca en un ángulo antinatural.

Ella le siguió, sin la menor sorpresa cuando la cabeza de Mesmon se recolocó en su sitio y mostró una expresión sanguinaria. Él sacó un arma, pero ella se la quitó de la mano y ascendió al techo para eludir la embestida del tothiat. Luego dio una voltereta para golpearle en el cuello, la mandíbula, la sien… Probando a ver hasta dónde podía aguantar su fisiología mejorada. Tenía que existir un límite a su capacidad de curación, a la cantidad de energía que ese cuerpo híbrido podía ser capaz de reunir. Finalmente, Solaz se impulsó para alejarse y le disparó con el Señor Agujeros, amputándole prácticamente una pierna y esparciendo un puñado de heridas por el resto del cuerpo.

Mesmon se derrumbó. La pierna, pese a la línea de puntos que ella acababa de trazar, seguía sujeta. Pudo ver las fibras y cuerdas de sus músculos anudándose como un nido de serpientes. Con todo, había caído y obviamente sentía dolor. Sólo tenía que descubrir cuántos órganos eran demasiados para que se pudiera recomponer. Y si su cabeza podía maldecirla todavía después de que la separara de sus hombros.

El láser la alcanzó mientras se tiraba sobre el tothiat, y todo su mundo se desvaneció en señales de peligro y mensajes de error. Solaz detuvo su ataque al momento, usando los controles gravitatorios para retroceder en el aire y ascender de forma errática. Había perdido todos los servos de un lado, con las placas de la armadura fundidas por el calor. También notó dolor y ampollas por dentro. Pero recordó que sólo puedes curarte si no te han matado. Miró alrededor en busca del nuevo enemigo, intentando sostener al Señor Agujeros con una sola mano.

Le encontró cuando estaba encajando una nueva batería en su láser exhausto y la apuntaba, oculto por el visor.

«Maldición», pensó ella, y Rollo le disparó, aplastándole la

máscara de plástico y haciéndole caer hacia atrás.

Mesmon ya estaba otra vez de pie. No se lo podía creer. Tampoco se podía creer que la Hegemonía no hubiera reunido a veinte tothiats para conquistar el puñetero universo y fin de la historia. Pero puede que todos fueran delincuentes vocacionales que sólo obedecieran órdenes para quebrantar las leyes.

Repasó el control de daños. Demasiados daños. Estaba semiparalizada en una armadura rota, y tenía la sensación de que todo su entrenamiento no bastaría para derrotar a aquel ser.

Los dos se encararon, los tres incluyendo a Rollo, pero Rollo y su pistolita no eran un factor decisivo en ese enfrentamiento. Tendría que hacérsela tragar para causarle algún daño. Pero entonces Olli apareció en el hangar, enzarzada todavía con toda la extensión enrollada y restallante del castigar.

Había otras dos cicatrices de láser en la piel metálica del escorpión y la masa agusanada del alienígena estaba acuchillada y hecha jirones. Dejaba un rastro de icor negro en las placas del suelo. A la vez que los dos entraban en escena, el arma montada sobre la cabeza del castigar volvió a resonar, desperdigando por la sala un rastro de balas y garabateando sinsentidos en la pared opuesta con su rayo de energía. Luego Olli consiguió al fin afirmar una garra en la capota y la arrancó, llevándose parte de la cabeza de la criatura. El puñado de tentáculos que el alienígena mantenía aún se sacudió con frenesí y todo su cuerpo alargado golpeaba locamente adelante y atrás. Las sacudidas eran a esas alturas puro reflejo, y principalmente postmortem. Era difícil matar a un guerrero castigar, pero terminaban por morir.

A diferencia del tothiat, aparentemente, porque Mesmon trepaba por el escorpión como un mono, directo a la cápsula resquebrajada en la que estaba Olli. Uno de los brazos más pequeños del escorpión le enganchó del traje espacial, pero él se lo arrancó con un movimiento preciso.

Solaz apuntó al Señor Agujeros pero, con un solo brazo operativo, las posibilidades de darle a Olli eran demasiado altas. En su lugar, subió en dirección opuesta al campo gravitatorio y simplemente se dejó caer sobre el tothiat. La mitad de su cuerpo estaba rígido, pero podía manejarse como si fuera un remoto mediante los controles de gravedad. Mesmon estaba a horcajadas

sobre la cápsula de Olli, con una mano dispuesta a golpear, cuando ella le embistió. Casi consiguió soltarle del todo y le puso una mano en la cabeza, clavándole los dedos en la carne tanto como pudo.

Él la tomó de la muñeca con un gruñido e intentó romperla con una sola mano, pero no tenía tanta energía. En su lugar, le tiró del brazo con la suficiente fuerza como para arrojarla contra la pared más próxima. A la vez, dirigió el otro codo a la pantalla de plástico transparente de Olli, que se resquebrajó en una malla de lineas enloquecidas. En el interior, la cara de la especialista en remotos estaba pálida, horrorizada.

Solaz luchaba por recuperar el control de su propia armadura, así que se perdió el momento en que Rollo se alzó y puso su pistola en el pecho de Mesmon para abrirle un agujero del tamaño de un puño. El tothiat retrocedió por el impacto, sin soltar una mano de la abertura de la cápsula de Olli. Por un segundo al menos, Solaz pensó que ya estaba, que habían alcanzado al fin el límite de la inhumana resistencia del hombre.

Pero no hubo apenas sangre. Y Mesmon volvió a incorporarse, con un quejido lo suficientemente alto como para que Solaz lo escuchara por encima de las alarmas de su armadura. El tothiat dejó a Olli y se lanzó sobre Rollo, apartó el arma del hombre y le golpeó en la cabeza. El puñetazo bastó para romper el cuello del capitán y deformar su cráneo de manera visible.

El lamento de Solaz casi la ensordeció a ella misma y cubrió el grito de Olli. Un momento después, el escorpión tenía tres brazos distintos sobre Mesmon, clavando pinzas y garras en su cuerpo. Tiraba de él como si pudiera partirle en tres trozos. Pero no se rompía. Solaz podía ver los servos del exoesqueleto tirantes, con los brazos temblando y gimiendo mientras intentaban mantener esa espeluznante tensión.

Luego las dos puertas de la cámara estanca del muelle de drones se abrieron para revelar un umbilical corto, el que conectaba a la *Buitre* con la escultura desnuda de la *Oumaru*. De inmediato, la atmósfera empezó a gemir en su fuga por el túnel. Solaz comenzó a deslizarse hacia la abertura, resistiéndose con sus controles gravitatorios porque no tenía miembros suficientes como para hacerlo de otra forma. Lo que sí fue capaz de hacer fue colocar un pie sobre el cuerpo de Rollo, mientras que los compañeros de

Mesmon eran arrastrados como muñecas de trapo hacia el umbilical, a la herida abierta que era la *Oumaru*, antes de ser absorbidos por la inmensidad del universo.

—¡Kit! —gritó ella, sin saber si funcionaban los comunicadores —. ¡Repara el cierre! ¡Kittering!

Algo pasó de largo ante ella mientras intentaba mantener su posición. Era una caja de metal plana, pero algo en ella recordó su procedencia y la agarró con la mano que tenía operativa. La cosa que la Cosecha había traído de la *Oumaru*; la respuesta a por qué Rollo había perdido su nave… y su vida. Algo importante. Algo por lo que valía la pena matar o morir.

Luego el portón se abrió del todo y Olli lo atravesó.

Solaz había pensado que ese desarrollo de los acontecimientos anticipaba otro ataque de la gente de la Cosecha Rota. ¿Quizá una nueva tropa de gorilas que vinieran desde el pecio? Pero Olli controlaba el muelle e iba a terminar con Mesmon de una forma u otra. Mientras se agarraba al borde del portón abierto con las cuatro patas del escorpión, le arrojó al vacío.

Solaz miró, a la espera de ver cómo el hielo se formaba en los ojos y las comisuras de la boca del tothiat, lo mismo que en las grietas de la cápsula de Olli. Pero no se moría. Se desgarró deliberadamente uno de los brazos, dejando atrás traje y carne todavía prisioneros. En el vacío, su cuerpo floreció en una confusa mezcla de cuerdas pegajosas que terminaron por volver a cobrar forma.

Olli lo sacudió mientras le sujetaba ahora con un brazo solo. Mesmon clavó sus dedos en el metal del brazo y se lo retorció; podía verla a través del hielo. «No se va de ninguna manera», pensó Solaz. Empezó a trepar por el brazo de Olli hacia ella, liberándose de su pinza poco a poco.

—¡Voy! —gritó Solaz por el comunicador, pero Olli respondió:

—No hace falta. —Y detonó algo en la juntura del hombro, disparando el brazo y su carga al vacío.

Solaz perdió de vista la cara de Mesmon muy pronto, pero esperaba que se hubiera quedado jodidamente pasmado. Olli miraba por el portón para comprobar que no hubiera sido capaz de agarrarse a cualquier parte de la *Oumaru*. Por su aspecto satisfecho, aparentemente no.

Luego se volvió y cerró el portón, y los castigados procesadores de atmósfera de la *Dios Buitre* se pusieron a la tarea. Sin palabras, pasó por encima del cuerpo de Rollo, con el exoesqueleto temblequeando y soltando chispas por el daño sufrido. Poco después, Kittering entró y se quedó rígido al ver a su capitán.

Solaz captó la señal de Idris al cabo de unos instantes. El interceptor de la Cosecha estaba fuera de combate. Kit ya había asegurado la *Oumaru* a la *Buitre* y hecho sitio para que Idris atracara a la *Joan* y subiera a bordo con Kris. Para que pudiera sacar a las dos naves de allí; para que pudiera escuchar las malas noticias.

Mientras Idris llevaba a cabo un puñado de apresuradas comprobaciones de sistemas, Solaz le entregó la pequeña caja a Olli para que ella la abriera. Se moría por saber lo que había dentro. Les había costado mucho.

«No será nada», pensó. «Drogas, gemas… Alguna estupidez por la que un señor del crimen sacrificaría a sus esbirros, y en el camino se llevaría por delante a algunas buenas personas. No servirá más que para destacar lo absurdo de nuestras pérdidas».

Luego Olli activó al fin el mecanismo y todos miraron lo que contenía. No eran drogas, gemas o alguna estupidez. O eran falsificaciones… o tenían el destino de los mundos en sus manos.

14

Historia de dos colonias

La colonia de Lycos no había pasado de ser un grupo de ecologistas resistentes y xenoagricultores antes de que empezaran a llegar olas de refugiados. La vida en Lycos era difícil, la lucha por domesticar el suficiente terreno para mantener a los habitantes era continua, el hambre una sombra omnipresente. Y luego, en el año 48 Después, llegó el Arquitecto.

Surgió del nospacio sin previo aviso (por entonces, antes del Programa de Intermediarios, siempre era sin previo aviso), y se dirigía al planeta con intenciones inequívocas. Lycos tenía pocas naves. Las que habían llevado a los refugiados se habían desplazado a otras partes. Evacuar la colonia era simplemente imposible. La gente del planeta tenía tiempo de sobra para asumir lo que les iba a pasar. El Arquitecto pasó de ser una mota luminosa a un punto, luego un puño, un segundo satélite… cuyos millares de salientes del tamaño de montañas señalaban acusadores al planeta.

Y allí colgado. Allí colgado.

La estación científica situada en el corazón de la colonia dirigió todos los instrumentos adecuados hacia el Arquitecto, decidida a reunir y transmitir todos los datos posibles antes del fin.

Y luego el Arquitecto se marchó, dejando a Lycos tranquilo e intacto. Por primera vez en la experiencia humana, uno de aquellos grandes dioses del cambio y la destrucción había pasado de largo.

Los registros mostraron una señal que emanaba del Arquitecto, como la canción de una ballena, solitaria y única, dirigida a un punto muy específico del planeta. Una expedición reunida a toda prisa descubrió… algo. Sucesivas investigaciones lo clasificaron

como un puesto avanzado. No quedaba gran cosa, y lo que había estaba enterrado veinte metros bajo el suelo ácido de Lycos. Descubrieron restos de tres salas, interconectadas, esféricas, en parte aplastadas por los largos milenios de compresión. Encontraron artefactos de propósito incierto: varillas, conexiones, objetos parecidos a llaves, todos de un tamaño adecuado para manos humanas. Los análisis de las ruinas y las varillas fracasaron a la hora de descubrir cómo estaban hechas, lo que ya les enseñó más que cualquier otra cosa. La fina estructura de los materiales no se ajustaba a las reglas de los enlaces atómicos y la química molecular que explicaba toda la materia conocida hasta la fecha. Su sustancia estaba escrita en un lenguaje sin relación con la tabla periódica. Datarlos con exactitud fue una tarea igualmente frustrante, y el lugar interactuaba con la geología de Lycos de formas inexplicables.

Los desconocidos creadores de aquello fueron bautizados como los originarios. Investigaciones posteriores les relacionaron también con la creación de los pasajes del nospacio. Para entonces, una idea clave ya se había apoderado de la humanidad. Fueran lo que fueran, los Arquitectos les temían. Incluso restos suyos de un millón de años bastaban para alejar a los gigantescos destructores.

Al poco de los descubrimientos de Lycos, un equipo de investigación en Encanto Prime informó del hallazgo de restos similares en ese mundo estéril y maldito.

Encanto Prime había sido bautizado así por un verdadero bromista. Era un mundo árido, desprovisto de vida. No había sido siempre así. Había restos de una biosfera próspera y algún tipo de civilización no menos de cien mil años atrás, incluyendo carreteras y restos de ruinas desgastadas. El destino de ese mundo y sus habitantes no estaba claro, aunque ciertas áreas con radiación persistente incidían en posibilidades siniestras. Sin embargo, dentro de la ruina mayor y mejor conservada se encontró lo que los arqueólogos, vestidos con trajes protectores contra materiales peligrosos, habían considerado como un santuario. No parecía haber sido construido por los originarios, pero lo que contenía era misteriosamente similar a los objetos hallados en Lycos. Ya habrían sido objetos antiguos, quizá venerados, cuando la civilización de Encanto Prime se había bombardeado a sí misma y enviado al olvido.

Nadie quiso asentarse en Encanto Prime salvo una secta religiosa apocalíptica. Pero un pasaje corto conducía a ese mundo desde Karis, donde la comuna en el gobierno había aceptado una enorme cantidad de refugiados. Karis era un buen mundo, capaz de sustentar a muchos humanos fugados. Y cuando su gobierno se quedó con las reliquias originarias, no hubo mucho que pudieran hacer ni los fieles de Encanto Prime ni los arqueólogos. La investigación científica y la fe quedaron por detrás de la necesidad de salvar vidas.

No mucho después, un Arquitecto llegó al floreciente mundo de Karis. El intento de evacuación fue reducido. Confiaron en que los originarios les salvaran.

Se equivocaban. Karis se unió a la lista de mundos deformados, otro mártir de tamaño planetario producto de las torturas de los Arquitectos. Así fue cómo la humanidad aprendió una segunda lección sobre los tesoros originarios. No se podía moverlos. Oh, desde luego, sí en el propio planeta. Pero en el momento en que la humanidad se los llevó a través del nospacio se convirtieron en… nada más que cosas; palos y piedras inútiles. Objetos sin más que un valor ritual. Sólo era otro misterio inexplicable en relación con los originarios, esa hipotética civilización antigua que nada más que despertaba preguntas sin respuesta.

Salvo que sí había un medio por el que las reliquias podían moverse de una forma que conservaba su integridad. Pocos años después de la pérdida de Karis, en mitad de la guerra, los diplomáticos coloniales terminaron por descifrar el mensaje essiel más importante. Era lo que los representantes de la Hegemonía habían intentado comunicar a los humanos desde la primera vez en que los encontraron. La Hegemonía pedía a los humanos que se sometieran a su poder no con amenazas, sino con una promesa especialmente atractiva.

Los essiel lo sabían todo sobre los Arquitectos desde antes de que los humanos empezaran a forjar el bronce. También habían descubierto la protección que proporcionaban todavía los mucho tiempo atrás desaparecidos originarios. La diferencia era que habían descubierto cómo transportar sus tesoros. Cada mundo de la Hegemonía estaba protegido de la atención de los Arquitectos. A cambio de la sumisión y obediencia, ofrecían la vida.

Cuando esto quedó claro, algunos mundos humanos empezaron a comunicarse en privado con los essiel. La Hegemonía empezó a sumar siervos humanos, uno por uno. ¿Y cómo podía responder el gobierno colonial? No es que tuviera una oferta mejor por entonces.

Kris

Kris había vivido en la *Dios Buitre* cuatro años. La conocía al dedillo. Conocía también todos sus ruidos, pero siempre habían sido los ruidos de otros: Barney maldiciendo a mecanismos recalcitrantes, Olli traqueteando con uno de sus esqueletos mientras trabajaba con los remotos, el taconeo de las muchas piernas de Kittering, la voz poderosa de Rollo.

Sola en el nospacio, la nave era fantasmagórica. Cada uno de sus pasos, cada arrastrar de los pies, creaba un eco en las paredes metálicas. Idris le había dicho: «Tranquila, cierra los ojos», mientras caían al vacío, pero eso no era una opción. Aparte de sus propios roces y crujidos, sólo quedaba el silencio… Y el silencio era terrible porque no era absoluto.

Estaba sola en la *Dios Buitre*. O no, no estaba sola.

Leería al respecto, miraría mediotipos; la mente poblaba la ausencia con una presencia espuria. Sólo era la privación sensorial, que despertaba instintos no examinados hasta entonces. Más allá de las pequeñas cabinas de la tripulación, Kris podía sentir que había algo ahí fuera. Cuando se movía, eso se movía; cuando se quedaba quieta, esperaba. Cada vez un poco más cerca, espiándola a su gusto.

La gente enloquecía, intentaba destruirse a sí misma, a sus naves. La alternativa sería encarar a esa cosa… y eso era literalmente insoportable. Harías cualquier cosa para evitar mirarte en ese espejo.

Y el hecho de que todos los que salían del nospacio sanos y cuerdos hablaran de la misma «ilusión» no resultaba tranquilizador. Porque Kris no podía dejar de pensar que sólo había una explicación lógica para que todo el mundo experimentara lo mismo: que, a pesar de todo, hubiera realmente algo ahí fuera. El nospacio tenía un morador único e inimitable, y ella estaba allí atrapada con

él.

Ahora sintió su reptar más próximo, silencioso, casi indetectable, imaginario salvo por el hecho de que ella sabía que de verdad estaba allí.

Jugaba a un juego mientras paseaba por la *Dios Buitre*, sintiendo que esa cosa daba un paso por cada uno de los suyos mientras la acechaba. Ahora estaba en la cápsula de mando, con la silla del piloto vacía. La cosa vigilaba al otro lado de la puerta. Lo sabía con certeza. «Por el amor de Dios, Kris, no te derrumbes».

Su mano se había dirigido por su cuenta al panel de control. Ella no quería ver de ninguna manera lo que había allí. Pero su mano quería levantar la delgada barrera que los separaba. Se preguntó: «¿Y si esto es lo que les pasa a los que se quitan de en medio? ¿Qué le ven la cara?».

«¿O qué ocurre si los que salen del nospacio no vuelven a ser jamás los mismos? ¿Con su mente retorcida por este "otro"?».

Su brazo se retorció convulsivamente, activando el control de la puerta.

«No soy capaz de detenerme». Sabía con absoluto horror que iba a abrir la puerta.

Entonces el mundo se desvaneció bajo sus pies, la *Dios Buitre* encontró la salida del nospacio a la realidad… y ella abrió la puerta.

Olli estaba del otro lado, en su escorpión, con un abollado miembro extendido para hacer exactamente lo mismo. Se miraron con los ojos abiertos.

—Comprobación, por favor —llegó la voz de Idris por los comunicadores.

—Aquí —confirmó Kris, y vio que los labios de Olli dibujaban la misma palabra. Kittering y Solaz siguieron el ejemplo desde dondequiera que estuvieran en la nave.

«¿Qué habría pasado si hubiera estado del mismo lado de la puerta que Olli?», se preguntó, con un ligero temblor. Pero por algún motivo no había pasado. Como si la gente, por sola que estuviera, retuviera alguna percepción de qué espacio estaba ocupado.

—No volvamos a hacer esto —sugirió, para todos los de la nave. Querían alejarse de Tarekuma lo más rápido posible y acostarse les habría hecho perder un tiempo precioso. A Idris no le había gustado

la idea, pero todos querían que los sacara de allí como fuera. «Idris nunca entra en suspensión». Kris se sintió enferma de pensarlo, y a la vez terriblemente agradecida de que alguien se encargara de esa terrible tarea por ella, de que nunca tuviera que volver a pasar por eso.

Dentro del pecio de la *Oumaru*, encontraron un compartimento fijado a la pared de lo que en su momento fue la bodega. Tenía el tamaño justo para contener la caja que habían encontrado los secuestradores.

Dentro de la caja, en algún tipo de suspensión, había un puñado de palos romos y corroídos y un disco claveteado, todos hechos en apariencia de una antigua piedra de un negro verdoso. A ojos inexpertos, como los de los presentes, tenían un inquietante parecido con objetos de los originarios.

—Falsos —dijo tajante Olli para romper el silencio—. Deben ser falsos. No se pueden… transportar. Todo el mundo lo sabe.

—Los hegemónicos pueden —dijo con suavidad Solaz—. Nadie sabe cómo, pero pueden.

Miraron la caja, que habían colocado inclinada sobre una de las consolas de mando. Seguía abierta, mostrando sus increíbles contenidos a quien quisiera verlos.

—Esto es… —empezó Idris, y luego se detuvo. Kris sabía por qué. Esto era grande. Habían encontrado algo que literalmente valía la salvación de un mundo. ¿Qué no pagaría por esto un gobierno colonial, un consorcio de comercio hanni o un mundo castigar? Para protegerse de los Arquitectos… especialmente ahora. Asumiendo que fueran auténticos. «No. Incluso si no lo son. Después de todo, ¿cómo se puede comprobar? ¿Te devuelven el dinero si los Arquitectos destruyen tu mundo?».

—Valor inestimable —habló Kittering, con cálculos que desfilaban demasiado rápido por las pantallas de su brazo como para poder seguirlos—. Literalmente inestimable. Sin precio. Incalculable. Sin posible cálculo.

—¿Qué farfullas? —le soltó Olli—. Puedes vender estos… —Su voz se fue apagando.

—Si fuéramos la Cosecha Rota, tal vez pudiéramos venderlos por alguna cantidad estúpida, que aun así seguiría siendo estúpidamente baja para su valor —dijo Kris—. Pero somos

nosotros. Y en el momento en que intentemos poner esto en el mercado, un millar de grupos distintos averiguarían que es mucho más fácil matarnos y ya está. Incluso si lo soltáramos por calderilla.

—Cojones… —Olli dio un suspiro, mirando al tesoro recién descubierto.

—En todo caso —intervino Idris—, hay algo que tenemos que hacer antes.

Los funerales espaciales no eran elaborados. No había grandes rituales, ninguna ceremonia fija, vestidos lujosos o elaborados ataúdes. La mayoría de la raza humana no había sido capaz de seguir esas viejas tradiciones terrestres cuando sonaban las alarmas de evacuación.

Y así nació la tradición del «velatorio espacial».

—Capitán Rollo Rostand —anunció Olli. Estaban en el hangar de drones de la Buitre, porque era donde había más sitio. Era una novedad para los espaciales tener el cadáver presente. Sin saber qué otra cosa hacer, Kris había impreso una ropa de a bordo nueva y le había puesto encima una vieja chaqueta. Llevaba sandalias recién impresas en sus pies fríos y muertos, ligeramente torcidas. Kris intentó ajustarlas, como si le pudieran hacer ampollas dondequiera que se fuera después.

Olli inspiró profundamente.

—Nacido el 73 Después, en el orbital Nexus Siete sobre Tormaline —dijo, y miró a los demás.

—Malísimo apostando —empezó Kris obedientemente, mirando el cuerpo del hombre. Había sido con diferencia el mejor capitán con el que habían firmado Idris y ella, pese a sus defectos. Por sus defectos. Nada de transporte de esclavos, nada de beneficios a toda costa, nada de recortar márgenes, y en consecuencia, menor éxito en los negocios que algunos de sus pares. Pero por todo ello mucho mejor capitán para trabajar a sus órdenes.

—Tiraba de puños demasiado rápido —dijo débilmente Idris. Miró a Kittering, pero el hanni, inclinado hacia adelante, tenía las pantallas oscuras y los brazos inmóviles.

El silencio se extendió hasta que Kris tocó en el codo a Solaz. Olli miró como si fuera a objetar a que la parteni dijera algo, pero luego frunció el ceño y se calmó.

—Nula capacidad para delegar. —Solaz parecía tan disgustada

como los demás, dicho sea en su beneficio, pese a que sólo había conocido a Rollo por un periodo breve. Kris se preguntó qué le habrían enseñado que debía esperar de un hombre colonial en un puesto de mando. Nada bueno, seguramente, así que quizá Rollo hubiera conmovido sus convicciones.

Olli suspiró.

—Era nuestro padre, nuestro abuelo, nuestro tío, capitán de su propia nave. Leal a su tripulación y buenas manos. Murió en el espacio donde moriremos todos, donde pertenecía. Era de los nuestros.

Kris murmuró las últimas palabras con ella, añadiendo ese dolor a los otros que acumulaba, como hacían los espaciales. Y en algún momento del futuro habría algo que beber, algún lugar que no necesitara mentes claras y mantenimiento constante para seguir funcionando, y el dolor les pagaría una ronda, y más de una, y su filo se desgastaría.

—Esto no es… no es correcto —emitió el traductor de Kittering —. Se reconoce el cumplimiento de los protocolos fijados pero… pero no, no por él. Enorme tragedia de un cuidador perdido exige compromisos de cumplimiento y dedicación.

Le miraron. Kris cruzó la vista con Olli, que mostraba la misma falta de comprensión de lo que ocurría.

—Produjo cero descendencia para continuar su linaje —añadió el traductor de Kittering, convirtiendo los conceptos hanni en su equivalente terrestre más cercano—. Se dedicó a criar a otros, a nosotros, los que estamos. Nos cuidó. Fue nuestro profesor. Nuestro profesor. —Y había matices en lo que estaba diciendo que simplemente se perdían—. Prometo que cuando me abandone a la continuación, será añadido al conjunto de nombres. Dedico diecinueve huevos al capitán Rollo Rostand.

Más tarde, Kris pensó sobre eso y sobre lo que sabía de los hannilambra, y pensó que lo entendía. En ese momento no les pareció que tuviera sentido, más que como manifestación de que el pequeño alienígena estaba tan disgustado como los demás y necesitaba expresarlo a su manera, más allá del contexto de un funeral espacial. Antes de que enviaran a Rollo a vagar por el universo en su eterno viaje final.

Y después de eso había que enfrentarse a la caja. Seguía en la

consola de mando de la Buitre, abierta y esperándoles, con su contenido brillando dentro de un campo que Olli no había sido capaz de analizar.

—Algún tipo de interacción gravitacional —fue todo lo que pudo decir con certeza—. Ni idea de dónde puede haber algún generador de cualquier tipo en esa cajita. Y no se siente ninguna vibración o tirones al sostenerla.

—Ábrela —sugirió Kris—. Vamos a ver cómo está hecha. —Cuando la especialista en drones la miró, ella se encogió de hombros—. Si lo descubrimos, sólo esa información puede suponer…

—Que todos los tothiat de la Hegemonía vayan a por nosotros —comentó Idris con ironía.

—Es tecnología hegemónica… —Olli examinó la caja como si pudiera analizar la materia que la constituía—. ¿Habéis oído hablar de los motores de componentes transitorios? Los chismes essiel de primera categoría. No los juguetes que dan a sus súbditos. Generan campos fantasma de fluidos, de forma que el sustrato cobra la forma que necesiten. Tecnología infinitamente reconfigurable… Si necesitas una tostadora, es una tostadora; si necesitas un soplete, es un soplete.

—¿Necesitan muchas tostadoras en la Hegemonía? —preguntó Kris, en un intento deliberado de mantener la conversación en un tono jocoso ahora que se había terminado el funeral.

—Significa que si lo desarmas, el trasto simplemente se descompone y te quedas sin nada. Incluso con equipo de laboratorio de primera nadie ha sido capaz de aprender mucho sobre la tecnología hegemónica. Y podéis apostar a que habrán protegido esta pepita de oro en concreto con un montón de trampas.

—Pregunta —dijo Kit, con sus pantallas lanzando destellos—. La posición de Aklu en la Hegemonía.

—Creo que no es un miembro oficial de la Hegemonía. —Idris se encogió de hombros—. Pero… ¿qué pensarán los essiel de uno de ellos que se entrega a una vida criminal? La respuesta es la misma que a todo lo demás. Nadie lo sabe.

—No podemos simplemente quedarnos con esto. —Fue la primera intervención de Solaz desde el funeral.

—Seguro que tienes muchas sugerencias —gruñó Olli.

—Si son de verdad, tenemos algo con lo que salvar a un planeta —dijo Solaz. Idris la miró con cansancio, sintiendo una cierta distancia que no había notado hasta ese momento.

—La cuestión es a qué planeta —chirrió Kit.

—No lo entiendes. Tenemos algo con lo que proteger a cualquier planeta. Si podemos llevarlo a tiempo, salvaremos el siguiente planeta al que lleguen los Arquitectos… sólo con poner esta caja en la superficie. —Solaz seguía de forma imparable—. Si es que estas reliquias son auténticas, que puede ser que no.

—Asumiendo que el campo que mantiene sus propiedades dure indefinidamente, que puede ser que no —añadió Kris—. Puede que Aklu estuviera tan desesperado por conseguir la caja porque se esté quedando sin batería.

—Incluso así —dijo Solaz—, tenemos el deber…

—Deja que lo adivine —la interrumpió Olli en tono más elevado —. Esto termina con que se la damos al Partenón. Puedes vendérnoslo como quieras, pero es donde termina el argumento, ¿verdad?

—¿Prefieres dárselo al Hum? —Solaz no iba a ceder esta vez y mantuvo la mirada furiosa de Olli—. ¿A la Hegemonía, quizá? ¿Alguien forrado de Magda? Kittering, ¿tienes ya listo un comprador?

Las pantallas del hanni mostraban desconcierto, incapaz de seguir las implicaciones.

—Prefiero venderle esa maldita cosa de vuelta a los essiel que dársela a tu banda —sentenció Olli.

—Espera —empezó Kris, pero Olli le lanzó una mirada tan torva que se tragó las palabras.

Solaz, con el gesto completamente sereno, dejó que pasara el momento de tensión antes de seguir.

—Sé que las Colonias dicen muchas cosas sobre mi gente. Yo también he visto la propaganda hum. Que si somos belicistas, que si odiamos a los hombres, que si somos seres artificiales criados en laboratorios, que si nos adoctrinan. Programadas como máquinas. He escuchado todo eso. Y nadie recuerda cuántas morimos por las Colonias, por encima de un centenar de mundos. Éramos la primera línea.

Y los matices más suaves de su voz se desvanecieron para

revelar que debajo sólo había acero. Kris recordó con retraso que no se trataba únicamente de orgullo ancestral; Solaz había estado allí. Había luchado en la guerra, se había enfrentado a los Arquitectos.

—Éramos el escudo y la espada de las Colonias —siguió la parteni—. Y luego, cuando se terminó la guerra, empezasteis a preguntaros por qué debíamos seguir siendo diferentes de vosotros. ¿Por qué no podíamos volver a ser nada más que vuestras esposas e hijas? ¿De verdad pensabais que dejamos el Hum porque teníamos algún designio para vuestros planetas? ¿Porque queríamos poner en fila contra una pared a todos los hombres y hacer a las demás como nosotras? Nos fuimos porque nos odiabais y habríais usado vuestras leyes para doblegarnos si nos hubiéramos quedado. —Se levantó y le dio toquecitos a Olli con un dedo—. Todo lo que hicimos fue arriesgar nuestras vidas por vosotros. Y todavía nos odiáis.

—Eso —escupió Olli— no es por lo que odio a vuestra puñetera raza. —Kris parpadeó, porque había percibido la fricción entre las dos, el ceño fruncido permanente de Olli. Pero lo había considerado un choque de personalidades, la rígida soldado contra la espacial susceptible—. Mírame, ejecutora mirmidón Solaz. —Olli giró en la cápsula de su armazón andador, moviendo los muñones de los brazos y las piernas—. Tu estupenda eugenesia nunca produciría alguien como yo, ¿verdad? Si veis algo como yo creciendo en vuestras cubas, tiráis el contenido al espacio. No encaja en vuestra sociedad perfecta, ¿no?

Kris vio emerger el enfado en el gesto de Solaz, por un momento incluso la ira de una bestia acorralada, y luego… se fue, dejando una expresión vacía en su rostro. La parteni se sentó bruscamente.

—Yo… ¿Qué crees que nosotras…? Bueno, no, pero… —Los ojos de Solaz estaban fijos en Olli, mientras el resto callaba. Terminó por hablar en voz baja—: No sé qué decirte. Quiero decir… Probablemente llevas razón. Sería antes de que fueras tú misma, pero… Con los recursos que podemos… Me refiero a que…

Kris esperaba que Olli volviera al ataque, sacando partido a la brecha abierta. Pero la especialista en drones se había hundido en su cápsula con aire insatisfecho.

—Escúchame, habrá una guerra entre nosotros, algún día, incluso viviremos para verla. Vosotras no la queréis, el Hum desde luego ni de coña, pero va a llegar.

—No habría… —empezó Solaz, pero Olli siguió por encima de sus palabras.

—Una guerra —repitió—. Y probablemente ganaréis. Tenéis mejores naves. Pero los coloniales somos unos cabrones asquerosos, no sabemos comportarnos. Así que tendréis que hacernos mejores personas, ¿no? Lo mismo que el Partenón está repleto de gente mejor que nosotros. ¿Y sabes lo que supone mejorar a la gente? Que los que no son como vosotras no tendrán futuro si ganáis. Así que el Partenón no se queda esta caja.

Solaz respiró profundamente.

—Eso no ocurriría. No queremos cambiar a la gente.

—Lo has dicho, os odiamos —le dijo tranquilamente Olli—. Eso es un problema gordo. Se puede mirar hacia abajo, desde lo alto, sabiendo que te odian humanos tontos, mediocres, inferiores. Te da el derecho moral de hacer todo tipo de cosas por un bien mayor. ¿Te atreverías a jurarme que no hay ninguna posibilidad, en absoluto, de que ocurra algo así?

Después siguió un silencio. Probablemente Solaz podría aportar todo tipo de garantías sobre las futuras intenciones de su gobierno. Pero Kris admitió que era una persona fundamentalmente honesta.

—Empiezo a tener la esperanza de que estas cosas sean falsas —soltó Idris, cuando el silencio se había vuelto insoportable.

—Abrumadoramente posible —admitió Kit. Kris miró cómo se inclinaban sus mandíbulas al frotarse entre ellas. Había un lenguaje en el ángulo que formaban; se podía deducir a partir de él su estado de ánimo, no el de cualquier hanni en general sino de Kittering en particular. Porque llevaba rodeado de humanos desde hacía años y algo se le había pegado. Ahora mismo se sentía infeliz, sin más.

—Centrémonos entonces en eso. Si tenemos algo de valor o no —sugirió Solaz.

—Oh, sí. ¿Saco mis herramientas de verificación de artefactos alienígenas? —soltó Olli. Luego miró hacia otro lado—. De acuerdo. Vale. No ha sido constructivo.

—Está bien. —Solaz se apretó la cara con las manos unos momentos. Luego pareció como si se encendiera de repente, como si hubiera dejado atrás cualquier otra cosa—. Si queremos comprobar antes que nada su valor, tengo una sugerencia. Y no es llevarlo a una tasadora parteni, antes de que lo preguntéis. Idris, ¿recuerdas a

Trine?

Idris dudó ante el nombre, luego frunció el ceño.

—¿Te…? Espera, ¿hablas del colmenero investigador? ¿Ese Trine?

Kris miró de uno a otro mientras Solaz asentía, y percibió el peso soterrado de los recuerdos compartidos por ellos dos.

—Pero… no pueden seguir por ahí. Seguramente hayan vuelto a integrarse en la Asamblea. Lo que Trine sean ahora… —Idris balbució hasta detenerse.

—La consciencia colmenera que ha sido independiente por más tiempo de todas. Casi tan vieja como nosotros —dijo Solaz secamente.

—¿Cómo…?

—Un experto es un experto. Me enviaron a consultarles hace años. Han estado trabajando en excavaciones en distintos territorios desde la guerra. Puedo descubrir dónde están ahora. Podemos ir allí… si es lo que los demás quieren.

—Explícate —presionó Olli.

—Fue…

—En la guerra, seguro —terminó Olli—. ¿Quién o qué es Trine? ¿Un colmenero?

—Después de Lycos, estudiar a los originarios se convirtió en máxima prioridad —explicó Idris—. Crearon todo un departamento entero para descubrir cómo las reliquias repelían a los Arquitectos. No hace falta decir que es algo que no ha averiguado nadie. Luego pasó lo de Karis, cuando nos dimos cuenta de que sabíamos aún menos de lo que pensábamos. Al final de la guerra, llevaron a un equipo de cada yacimiento al siguiente, reuniendo datos. Naves parteni, porque podían librarse mejor de cualquier problema; pilotos inters, porque conseguíamos trayectorias más rápidas. No habría pensado que ninguno de esos tipos siguieran por ahí, pero… Trine eran un colmenero. O, por entonces, eran una propiedad del equipo de arqueología, porque los colmeneros no estaban considerados como gente. Pero hablaban como una persona. Recogía todos los datos de los demás, lo que en resumen suponía que sabía más que cualquiera. Yo… Es difícil creer que sigan por ahí, la verdad.

—Creo que Trine pretenden seguir hasta acabar el trabajo —dijo

Solaz—. Lo que podría ser para siempre.

—¿Y pueden decirnos si estas cosas son de verdad? —insistió Olli.

—Si es que alguien puede —confirmó Solaz—. Literalmente, no hay mayor experto en reliquias originarias fuera de la Hegemonía. Y no creo que queramos ir por ese camino, ¿verdad?

15

Havaer

La relación entre Tarekuma y el Consejo de Intereses Humanos era complicada. Y desde el punto de vista de Havaer Mundy, totalmente insatisfactoria. El sistema formaba parte oficialmente del núcleo de las Colonias, incluso tenía un asiento en el Consejo. En la práctica, era lo que se llamaba un «distrito», como otro puñado de mundos. Pequeños puestos de avanzada, estaciones científicas, operaciones de terraformación o planetas que no tenían interés en implicarse en el Hum, pero de todas formas necesitaban que les cuidaran. También mundos como Tarekuma, donde había mucha gente pero ninguna autoridad establecida. Cada año, un consejero u otro decía que el Hum debería entrar en Tarekuma, echar a las bandas y elevar la calidad de vida. Se hacía un estudio, se informaba debidamente del tremendo coste de la operación y el proyecto se archivaba hasta la próxima, cuando se actualizarían cifras similares.

Havaer sabía perfectamente que otras personas de su profesión utilizaban lugares como Tarekuma. Él mismo había dispuesto allí reuniones clandestinas, recibido información encubierta a través de soplones y contratado a operativos que jamás aparecerían en ninguna contabilidad. Algunos de sus colegas se sentían totalmente cómodos con esa parte de su trabajo. No les juzgaba, ni se le escapaba que varios habían terminado expulsados del servicio por… implicarse personalmente un poco más de la cuenta. Ése era el problema de asociarse con criminales. Acababa en espionaje newtoniano. Cada acción produce una reacción igual y opuesta; no puedes utilizar sin que te utilicen a cambio.

Tarekuma era el peor santuario de villanos que el Hum

supervisaba. Su posición como cruce de pasajes había llevado a muchos pecadores a la misma atmósfera, y Haever era sombríamente consciente de que parte de su dinero sucio llegaba a manos de gente en puestos altos del Hum. Otro motivo por el que no se reformaría nunca.

Había una estación hum en órbita que albergaba una suboficina de la Casa Ácida razonablemente equipada. El nombre formal del departamento —la Oficina de Intervención— sonaba a chiste por esos lares. Nadie intervenía en Tarekuma. Para dirigir la oficina de Tarekuma hacía falta alguien que fuera a la vez poco ambicioso y sombríamente devoto al servicio. Así era Albas Solier, que fue a reunirse con Havaer en el muelle.

—¿Va tras la *Dios Buitre* y la *Oumaru*? —le preguntó ella sin molestarse en saludar o hacer una pequeña presentación. Era una mujer rellena, muy morena, como mínimo diez años mayor que Havaer.

—¿Las tiene? —Havaer supuso que era demasiado bueno para ser verdad.

—Han pasado por aquí. Dejaron algunos fuegos artificiales, algunas cejas levantadas y alguna gente disgustada allá abajo. Escoge amigos interesantes, agente Mundy.

—¿Tiene un dossier?

—Tengo tantos rumores y cuentos como necesite. Para lo que sabemos de verdad, bueno, mejor venga a mi oficina.

Albas era aficionada a las plantas, o al menos Havaer asumió que esas cosas facetadas y con pinchos eran plantas. Bastante decorativas mientras no te cortaras con ellas. Se acercó un taburete mientras ella las regaba con algo que olía levemente a pelo quemado. Nada era agradable en Tarekuma.

Llegó un ayudante con una pizarra: el dossier prometido. Lo abrió sin ganas: había un calendario, una lista de contactos, informes de incidentes y un archivo más extenso y confuso de «quizá» y «tal vez».

—Permita que le resuma lo que sabemos —dijo Albas, dejando las plantas—. La *Oumaru* y la *Dios Buitre* entraron en el sistema hace un par de días, lo suficientemente lejos para que no las viéramos por poco. Una nave paquetera parteni fue a por ellas en cuanto aparecieron, lo mismo que otra de clase merodeadora que

salió de un muelle local. Se enfrentaron y las parteni ganaron… Así que las chicas noquearon a un rival de peso mucho mayor, la verdad. Se unieron a la *Dios* y la *Oumaru*, y luego saltaron fuera del sistema. La nave local volvió con bajas.

—¿A qué nombre está registrada la nave merodeadora?

—¿Cree de verdad que esa información sirve en la práctica? —Se había enlazado a la pizarra de Havaer y le había enviado la documentación; alguna tapadera registrada en Scintilla, donde un millón de empresas fantasma sin actividad alguna mantenían una existencia ficticia.

—Repasémoslo —ordenó él, y ella le condujo a través de toda la cadena de acontecimientos, mostrando las pruebas en su pizarra mientras hablaba. La sombra de una acción militar parteni dentro de la Esfera Colonial iba creciendo en su mente. Luego hubo un detalle que llamó su atención.

—Espere, ¿visitaron a quién?

—Un abogado, nada menos. —Albas le mostró la paquetera parteni aparcada en un barrio caro—. Un muelle alquilado al fiscal Livvo Thrennikos, expulsado de Scintilla. Una de esas sanguijuelas que son corrientes por aquí.

Havaer se acomodó en el asiento. La misma paquetera parteni había salido de Pulmón-Cuervo, y según su información, en ella iba la tripulación de la Buitre. ¿Era todo aquello nada más que una operación parteni? Y si era así, ¿qué sabían sobre los Arquitectos? Intentó imaginarse el tamaño que tendría ese follón, y no lo consiguió. Todo eran poco más que fantasmas en la niebla.

—Necesito enviar un paquete, encriptado, en la primera nave rápida que vaya a cualquier parte.

—Estamos a su disposición —confirmó Albas—. ¿Y?

—Conciértame una cita con ese Thrennikos —dijo Havaer. Había planeado bajar al planeta en su disfraz de mediotipista, pero en ese momento se dio cuenta de que había mejores formas de abrir el melón—. Diga al hijo de puta que queremos hablar de sus declaraciones de impuestos.

No había requisitos locales para presentar declaraciones. Sin embargo, la gente en la posición de Thrennikos hacía también negocios en otros planetas, lo que le daba una posibilidad a Havaer. No podía estar seguro de que el fiscal Livvo Thrennikos tuviera

algún esqueleto escondido en las declaraciones de sus impuestos, pero algo ocultaría el tipo por ahí.

—Bonita vista.

Havaer se había vestido de forma deliberada con ropa corriente de Berlenhof impresa en la oficina local de la Casa Ácida. Como de costumbre, no tenían el tamaño adecuado para sus extraños hombros y sus pies de tamaño incorrecto, así que nada le sentaba bien. El propio Thrennikos vestía de una forma que Havaer reconoció como «reluciente chulo de negocios». Le hizo a Havaer sentirse orgulloso de estar pasado de moda. «Muestra mis raíces de la poliáspora». Era estúpido, pero el pensamiento le animó un poco.

—Es mejor en las primeras semanas de verano. —Thrennikos se aclaró la garganta, que a Havaer le sonó agradablemente seca—. Hay una… migración, hum… de formas de vida locales.

Havaer se sintió supremamente desinteresado.

—Fiscal Thrennikos… —empezó, enfatizando el título como algo de ironía. Tan seguro como el infierno que nadie en Tarekuma había sido nunca acusado de nada.

—¿Quiere comprobar algo? —Thrennikos tenía la historia de su documentación tributaria en una pantalla virtual. Hacía gestos nervioso delante de ella—. Soy consciente de que los gastos de representación de mi viaje a Amaryllis fueron algo elevados, pero así es cómo…

—Fiscal, no tengo problema en apretarle acerca de… —Havaer consultó las notas de Albas—. Lo que parecen diecinueve horas en un burdel. Quiero decir, puedo disponer una investigación, recomendar una multa, o podría asumir nada más que Amaryllis es un lugar divertido y a sus clientes les gusta pasarlo bien. Sin embargo, si me responde a algunas preguntas inofensivas, podemos fingir que nunca supimos de su épico maratón sexual.

Thrennikos le miró, todavía nervioso, pero no con los nervios del típico evasor de impuestos, ni siquiera con los de alguien con algún fetichismo extraño que no quería que se desvelara.

—¿Puede explicarme con claridad qué quiere decir, oficial Mundy?

Havaer revisó las lecturas de vigilancia de su pizarra y levantó un campo de interferencias. No quería que quedara ningún registro del tema.

Thrennikos le vio actuar y preguntó:

—¿Casa Ácida? —Havaer asintió—. Gracias a Dios por eso.

—Su actitud es inusualmente amable, fiscal. La mayoría de la gente no se siente feliz al vernos.

Thrennikos se dejó caer al fin en su silla.

—Mejor que tener que pasar por todo el tema de los impuestos. —Intentaba parecer calmado, pero Havaer percibía la tensión.

—Necesitamos hablar con usted sobre ciertos visitantes…

—Oh, ya sé con exactitud por qué está aquí —le dijo Thrennikos —. Y si hubiera sabido cuántos problemas causarían, les habría dicho que no. Sólo un contacto, era lo único que querían. ¿Quién podría pensar que terminaría en piratería espacial? Le aseguro, oficial, que actué enteramente de buena fe, un favor para una vieja amiga, si es que puede creérselo.

Havaer lo encontró dentro del territorio de lo posible.

—¿Se reunió con…?

—Kerry Almier, además de un espacial desarrapado y un factor hanni. —Thrennikos miró a la pizarra que Havaer le enseñó, escogió el rostro de Rollo Rostand y el caparazón de Kittering—. Como le decía, todo razonable, sólo una presentación… Es probable que no se lo crea, oficial, pero cuanto ocurre en esta oficina es limpio y cristalino. Los clientes que vienen a mí lo hacen por el aspecto legítimo de sus negocios. Tienen cubiertos los temas bajo mano por otros lados.

—¿Que les presentara a quién? —presionó Havaer. Los nervios del hombre se intensificaban y se los estaba contagiando. «No está preocupado por mí, así que…».

En ese punto, la puerta de la oficina se abrió de par en par y entraron cuatro matones. Havaer desenfundó un arma, una pistola magnética que no era del todo un acelerador, porque es difícil meter un cañón de un metro en una funda oculta. Tres de los recién llegados eran humanos, una mujer y dos hombres en ropa basta de trabajo espacial con bolsillos reforzados. Todos armados, todos de aspecto duro, y había algo en la mujer que sugería que no era del todo humana. El cuarto, que abría el grupo, eran una estructura colmenera encogida, con cuatro patas y sin cabeza, con tres cables y lo que sólo se podía describir como un cañón giratorio en el pecho.

Thrennikos se mostró tranquilo y no pareció sorprenderse.

—Oficial, éstos son mis nuevos clientes, en representación de la Sociedad de la Cosecha Rota. Comparten su interés por esos visitantes. Y por cualquiera que pregunte por ellos.

—¿Y el pago que le darán sus nuevos clientes es…?

—No despellejarme y usar mi piel como capa, en efecto —dijo el abogado—. Como dije, si hubiera sabido el problema que me traía Kerry… Pero no lo sabía. No tenía ni idea. —Pronunciaba con claridad en atención a los recién llegados. Especialmente para la mujer que se adelantaba ahora, estudiando a Havaer.

—Hombre del gobierno —dijo—. Mi nombre es Heremon, heraldo del Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho. Me enviaron a cursarle la más cordial invitación para reunirse con mi amo y señor en relación al tema de una nave comercial, específicamente el carguero *Oumaru*, que nos fue robado.

—Qué invitación tan cordial. —Havaer se sentó en el pico de la mesa de Thrennikos e hizo que el dispensador interno calmara su corazón. Dirigía el arma al pecho de Heremon, pero a ella no parecía importarle. Tenía su propia arma como suelta, en la mano. Por supuesto, la pieza del colmenero era en resumen artillería ligera que convertiría toda la oficina en una exhibición de movimiento browniano si se disparaba, así que seguramente ella entendía que no era necesario agitar una pistola bajo su nariz para hacerse escuchar.

Heremon sonrió. No era una sonrisa bonita, pero al menos aportaba una chispa de humor a la situación.

—Esperamos que la acepte —le dijo, en una aceptable imitación del acento de clase alta de Berlenhof. Havaer se preguntó si redoblar la apuesta con la carta del gobierno. Aunque decir que el Hum pisaba hielo quebradizo en Tarekuma era ser generoso. Además, trabajaban para la Hegemonía, lo que les colocaba aún más lejos de que les importara un bledo su preciosa autoridad.

—Sería muy poco afable por mi parte negarme, ¿verdad? —Se rascó la barbilla para activar su localización y enviar un mensaje a través de su pizarra al sistema integrado de la mesa de Thrennikos. Cuando dejaran el despacho, enviaría a Albas su grabación personal de la conversación. O ése sería el resultado ideal, si nadie adivinaba sus intenciones.

Heremon hizo una reverencia como salida de algún mediotipo

histórico. Havaer entrevió la cosa segmentada con aspecto de cucaracha agarrada a su espina dorsal. «Ah, vale». Había oído hablar de los tothiat, pero nada más.

—Esto es todo, ¿verdad? —soltó Thrennikos, que intentaba con todas sus fuerzas mantener su voz calmada—. ¿Todo aclarado? ¿Vuestro jefe queda contento conmigo?

La mujer tothiat le dirigió una mirada vacía.

—Seguro que seguiremos en contacto, fiscal. Ahora, *menheer*, ¿será usted tan amable? —Ella le ofreció su brazo. El colmenero retrocedieron tres pasos metálicos cuando él lo tomó, sin dejar de apuntarle. El hecho de que haría también papilla a Heremon si disparaba no pareció molestar en absoluto a la mujer.

Le llevaron por una entrada de servicio en el borde de la ciudad vertical, y por un momento Havaer llegó a pensar que simplemente le iban a arrojar al abismo. Su carrera quizá no sobreviviera a algo así. Pero les esperaba una plataforma antigravitatoria, un disco flotante de tres metros de ancho con una barandilla absolutamente inadecuada. Subió con suficiente seguridad, enviando una señal a su equilibrio metabólico para mejorar su coordinación y tiempo de respuesta en caso de que el asunto se pusiera acrobático.

—¿Le importaría decirme de qué va todo esto? —preguntó a Heremon, mientras subían por la sima… y descendían en las clases sociales de Ciudad Costera—. El fiscal y yo sólo comentábamos algunos asuntos tributarios por si… —dirigió a la mujer una mirada de soslayo, apostando su vida a su capacidad para juzgar personalidades, y siguió—: necesita alguna ayuda con los formularios.

Recibió como respuesta la más ligera de las sonrisas, lo que le hizo sentir confianza. No sabía hasta qué punto eran humanos los tothiat, pero el sentido del humor parecía un buen comienzo.

—No haga chistes en nuestra reunión, hombre del Hum. Mi señor no está de humor.

—¿Este Aklu?

—El Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho —recitó de forma íntegra, dirigiéndole una mirada dura—. Mi amo no se toma sus títulos a la ligera.

«¿Y eso qué demonios significa, exactamente?» se preguntó Havaer. El asunto se había torcido de repente, en lo que le

concernía.

—¿Qué quiere de mí?

—Basta con saber que le quiere. —Heremon apartó la mirada y eso, aparentemente, era todo.

Había otros tres gorilas esperando en una plataforma superior. La atmósfera era aquí más tenue, y la luz del sol se hacía sentir en la piel. Su monitor médico le previno de los tiempos de exposición. No tenía forma de explicarle que la mierda en la que estaba envuelto debía contar como circunstancia atenuante.

Sus implantes de comunicación recibieron un ping que indicaba que la oficina local conocía su posición. Havaer no tenía especial interés en convertirse en el centro de un tiroteo, pero empezaba a sentir curiosidad ahora que el primer impacto se había desvanecido. Se volvió a rascar de forma totalmente distraída la barbilla, enviando la orden: «Aguanten hasta mi señal».

«Sólo espero no arrepentirme».

No del todo prisionero pero lejos de estar en libertad, le escoltaron cordialmente a una especie de bloque de cemento agrietado y blanqueado por el exceso de luz solar. Dentro se encontró con una verdadera carnicería.

Tardó en darse cuenta de la principal característica del lugar, porque la escena sangrienta atrajo toda su atención. Un par de castigar humaniformes y una docena de humanos contemplaban cómo desollaban vivo a alguien.

Havaer se detuvo con los ojos saliéndole de las cuencas. Dejó escapar un sonido que habría pensado que desapareció a lo largo de su carrera en la Casa Ácida. Tenían a un cabrón desafortunado colgado de las muñecas en un marco antigravitatorio, y un colmenero dorado de seis brazos con una triste cara metálica viviseccionaban al pobre tipo. Le habían abierto el pecho y el abdomen, le habían separado las costillas y las mantenían sujetas con unas abrazaderas. Los intestinos y otros órganos de la víctima estaban esparcidos como una aureola espeluznante por su cuerpo, flotando en el campo antigravitatorio. Seguía vivo quién sabe cómo, con la cara embotada fija en una mueca salvaje. Su sangre, y había mucha, también flotaba en gotitas. Los brazos rápidos y precisos del colmenero las reunían para hacer figuras en el aire, una letanía sanguinolenta de arte alienígena. Lo más aterrador de todo este

bárbaro y alienígena espectáculo era que no era lo suficientemente bárbaro o alienígena como para que Havaer no pudiera entender su significado. Le recordaba más que nada a lo que los Arquitectos hacían a los mundos. Había una vieja historia entre la Hegemonía y los Arquitectos, ¿no? Las almejas de mierda habían sufrido y perdido mundos durante toda una era hasta que descubrieron su truco con los juguetes originarios. ¿No tenía todo el sentido, entonces, que el trauma de esos días cataclísmicos se hubiera abierto paso en sus psiques y su arte? Pero esto…

La víctima gimió y jadeó. El colmenero la tomó de los codos y la giró con suavidad. La colección de sus entrañas —que ya no estaban dentro— ondulaba como serpientes a su alrededor. Las formas hechas con sangre fluían y formaban nuevos dibujos, mensajes que Havaer agradeció no ser capaz de descifrar. Luego vio cómo una cosa artrópoda negra y amarilla se fijaba a la espalda del hombre y comprendió. Otro tothiat. No asistía a una ejecución, sino al castigo por algún error.

Luego miró más allá de esa exhibición y se dio cuenta de que había estado en presencia de «El Inefable» todo el tiempo. Era un verdadero essiel vivo, allí mismo, flotando en su sofá, mirando cómo se hacía aquello.

El colmenero se apartaron de su obra y sacudieron delicadamente los brazos. La capa de sangre se soltó de ellos al campo antigravitatorio, dejando sus manos limpias y relucientes. A una señal, un par de espectadores se adelantaron con cautela, casi aturdidos, y sacaron a la víctima. Havaer vio que sus heridas intentaban sanarse, pero el campo antigravitatorio y las abrazaderas lo evitaban. Daba la impresión de que aquello dolía de verdad.

Un gemido torturado sacudió la sala y el abanico de brazos del essiel se agitó. El colmenero dieron un pequeño paso adelante y miraron a Havaer desde su ceñuda máscara de oro.

—Los cuerpos se reúnen pero la sombra del buitre pasó por encima de nosotros, más allá del límite del horizonte. Entérate, hombre ácido: busca mojar tu pico y te encontrarás la furia de nuestras alas.

Havaer se lo quedó mirando, luego a la enigmática masa del essiel, Aklu. No había ni cuervos ni pájaros de ningún otro tipo en el mundo natal de los essiel. Eran algo de la Tierra, extintos tiempo

atrás salvo por los mundos donde los resucitaron o reimplantaron. Esas palabras eran un intento de dar un barniz humano a sentimientos alienígenas, y tradujo todo ese galimatías alienígena como «las manos fuera, es mío».

Y «hombre ácido». Su carnet de inspector de impuestos no engañaba a nadie. O probablemente la Cosecha Rota tenía acceso a alguna puerta trasera que le había identificado según entró en el sistema. ¿O quizá el divino essiel podía leer la mente? «A ver, ¿quién puede asegurar nada?».

—Bueno —dijo en dirección al amo bivalvo, no al siervo cibernético—, por supuesto es un honor estar en su presencia. Perdonará que no hable con la etiqueta adecuada, pero demos por hechos la reverencia y el temor que despierta en mí, ¿de acuerdo?

Otro rugido bajo de la criatura, al que se unió el gemido torturado del tothiat despellejado. Havaer se sintió orgulloso de que su voz hubiera sonado firme, desprovista de miedo o temor. Antes de que el colmenero pudieran empezar otra vez con su galimatías, continuó.

—¿Mencionaba algo que le pertenece y que mi gente no puede reclamar? Espero que no me hayan traído aquí para hablar de eso. Estoy en Tarekuma para conseguir información. Vine de la Casa Ácida, como dijo, porque algunos espaciales remolcaron hasta aquí hace poco una nave… que había sido destrozada por los Arquitectos. Imagino que se dará cuenta de por qué nos interesa.

El colmenero dieron tres pasos precisos en ángulo, con los brazos formando un abanico que imitaba la figura con rayos de las banderas de los sicarios.

—Los portadores de la destrucción que han llevado la desgracia a los mundos no son relevantes aquí. Buscamos lo que es nuestro. Y no dejaremos a hums o ácidos, ni a los propios señores de la Hegemonía, interponerse entre nosotros y nuestro tesoro.

—¿No son relevantes? —repitió Havaer—. ¿El regreso de los Arquitectos no es relevante? —Miró a su alrededor, al público de matones y monstruos—. ¿No levantaría ni una ceja si uno de ellos apareciera en el cielo de Tarekuma?

Seguían absolutamente desinteresados, lo que era o bien *sang froid par excellence* de criminales o absoluta estupidez ombliguista. Salvo que este Aklu llevara encima su propio kit defensivo

originario.

—Bueno, miren, no sé qué buscan. Pero no suena como algo que tenga que ver con nosotros. Yo voy a por un premio más gordo.

El Inefable Aklu se elevó ligeramente en su sofá y Havaer vio toda la estructura acomodarse bajo su peso. El trío de ojos rojizos se extendió aún más, como buscando encontrar una rendija a través de la cual alcanzar su alma. Una vibración larga y lenta se elevó por toda la sala hasta que las propias paredes temblaron, y todo el mundo a su alrededor se tensó. Vio que las manos buscaban pistolas, cuchillos… Heremon, la otra tothiat, se puso en posición de combate y Havaer se descubrió imitándola. Estaba listo para abrirse paso como fuera, si no tenía otro remedio. «Muerto por el honor de la Casa Ácida. Algo terrible para cerrar tu archivo personal».

—Sabed esto —clamaron el colmenero, con su voz acampanada a tono con el ambiente del momento—. Ni todas las naciones de los mundos pueden interponerse entre la Cuchilla y su objetivo. No tememos la tiranía de ningún estado ni soportamos el mordisco de las leyes. Lo que haremos es lo que decretemos.

—No nos tenéis miedo, está bien, lo entiendo. —«Parece que el jodido gángster se enfrenta a todo el gobierno colonial, mientras se esconde en un refugio antibombas en un mundo de mierda»—. Usted hará lo que estime necesario para conseguir lo que sea que le quitaron. Como decía, es la perspectiva de los Arquitectos destruyendo mundos enteros lo que nos inquieta. —Sobre la base de que estaba tan jodido como podría llegar a estarlo, movió un dedo delante de la cara del colmenero—. Traducidlo de una manera respetuosa, ¿me oís? Porque yo no me conozco los pasos de baile adecuados.

Para su sorpresa, la cabeza dorada se volvió y le mostró por un instante la sonrisa del otro lado, la de la cara benevolente, antes de volver al fruncimiento exagerado. Se movieron a través de media docena de posturas estilizadas, pavoneándose ante Aklu como un macho en celo, con los brazos plegándose o abanicando repetidamente. El essiel tamborileó y eructó, con su propia miríada de extremidades aleteando como el abanico de una debutante.

—El pacto se acepta y la reverencia está dada —anunciaron el colmenero. Todo el mundo se relajó entonces, sin más. Todos salvo

el torturado tothiat, que no tenía esa posibilidad. A Havaer no le había gustado cómo sonó ese mensaje, que parecía implicar que había firmado algo —posiblemente en calidad de representante de todo el Hum y las Colonias—, pero esa nave ya había partido rumbo al vacío. Tendría que vivir con la carga del malentendido que hubiera causado. «Puede que haya aceptado devolverles su cargamento de droga si llegamos primero a la *Oumaru*. Bueno, ya veremos». Otros decidirían al respecto. Y podría llegar a pasar, si alguien consideraba que la Cosecha Rota podría ser una herramienta útil en otra jugada de la Casa Ácida. Una puerta de atrás para acceder a la Hegemonía no era poca cosa, aunque fuera de las que podían pillarte una pierna al cerrarse sin previo aviso.

De vuelta en la oficina local, a salvo en órbita, terminó su informe y se lo entregó a Albas. Era su jurisdicción y posiblemente necesitaba saber lo ocurrido.

—¿Un essiel de verdad? —Movió la cabeza mientras actualizaba los datos en su pizarra.

—¿De verdad? ¿Quién sabe? —Comían al «estilo colonial», lo que significaba trabajar a la vez. En colonias asentadas como Berlenhof y Magda, la gente montaba un espectáculo a la hora de sentarse a comer. Pero ésta era la verdadera costumbre colonial y Havaer la prefería.

—¿Quién sabe hasta qué punto Aklu va por su cuenta? —apuntó Albas—. O puede que salirse de la ley sea algún tipo de crisis de la mediana edad para ellos. O está patológicamente loco, o enfermo, o… algo para lo que ni siquiera tenemos una palabra.

—Bueno, se le da de miedo jugar a los gángsters ahora mismo —dijo Havaer—. Y hay alguna puñetera cosa que esos espaciales se llevaron que de verdad le jode haber perdido. Lo que nos devuelve a por qué enviarían toda una nave de guerra de bolsillo a reunirse con la *Oumaru*. Aquí hay una cuestión básica de recursos, sin importar quién o qué seas. Ésa es una inversión considerable. Caray, quiero decir, ¿cuántas facciones de Tarekuma tienen acceso a naves de nivel militar?

—Oh, unas cuantas —respondió Albas con el aire de quien había informado del problema en múltiples ocasiones sin ningún resultado —. ¿Cuál es su próximo paso? ¿Cómo le puedo ayudar?

—La tripulación de la *Buitre* tiene un inter, con lo que pueden

haber ido a difundir el pánico con el maldito pecio a cualquier parte. Y ahora mismo la única forma que tenemos de conseguir noticias es por la llegada de paquetes… Así que tendré que quedarme sentado hasta que escuchemos adonde fueron o…

—¿O?

—O que sepamos de alguna otra nave encontrada patas arriba. Si tenemos suerte de verdad hasta puede que no sea una nave, sino un planeta.

Al final casi le pasó inadvertido. Sin embargo, los rastreadores de datos de Albas eran particularmente completos. Habían buscado a la *Oumaru*, asumiendo que nadie podría pasar por alto algo así pasando delante de su puerta. Pero la tripulación de la *Dios Buitre* había abandonado el pecio en el vacío profundo. Sin duda, hasta que pudieran venderlo al mejor postor, si es que ése era su plan. Aunque cuál sería su plan era un campo totalmente abierto; con certeza no habían aparecido en ningún lugar que Havaer considerara como un eje de intrigas intergalácticas o de comercio.

—Necesito que envíes una nave paquetera prioritaria. Necesito un piloto inter, bajo juramento con la Casa Ácida, si voy a perseguir a estos famélicos —le dijo a Albas. El viejo insulto para los piratas espaciales muertos de hambre parecía especialmente apropiado para la heterodoxa tripulación de la *Dios Buitre*.

Luego se sentó para intentar descubrir por qué, de todos los infiernos posibles, la *Buitre* acababa de llegar a Jericó.

4
Jericó

16

Kris

Las habitaciones de Kittering estaban alejadas de las de los humanos, una pequeña burbuja del mundo natal hannilambra. Aquí podía disponer la atmósfera a su gusto, añadiendo trazas de elementos que no necesitaba, que los humanos no apreciaban, pero que le recordaban a casa. Una apacible luz rojiza descansaba su vista. Y, cuando quisiera, podía tocar el parloteo en staccato y la percusión veloz que eran la música hanni. Sin embargo, cuando Kris le hizo señas no escuchó ninguna música. Y cuando la puerta se abrió, casi no había nada que ver del propio alienígena, con todas sus cosas empacadas en una fila de botes de plástico.

—Me preguntaba si te quedarías o no.

—Esa pregunta también me la he hecho a mí mismo —dijo la voz neutra del traductor, en respuesta a un rápido rasgueo de sus órganos vocales—. El cometazo del hogar debe ser escuchado. Algún día próximo habrá un potencial que alcanzar, o nunca será alcanzado.

De dónde habría sacado su software la palabra «cometazo» era algo de lo que Kris no tenía la menor idea.

—Asentarse en el hogar —comentó ella sorprendida—. Suena bien.

—Una ocasión jubilosa y lúgubre —confirmó Kit—. La pérdida de un cuidador recuerda el deber. Existen riquezas suficientes.

—Sí, has hecho tu caja —asintió Kris. Kit recibía un porcentaje de cada pago que conseguía para la tripulación. Sin olvidar sus ganancias al Paso de Tierra e incluso la calderilla que hacía alquilando sus pantallas como tablón de anuncios. La gente que no

les entendía decía que los hanni eran avariciosos, pero la realidad es que estaban obsesionados con dar a sus crías un buen comienzo en la vida. La biología hanni suponía que no sobrevivían a su prole. Cubrir los gastos de un buen cuidador era todo lo que podían proporcionarles. Kit había considerado a Rollo como el cuidador de la Buitre; no había un honor mayor para un hanni. Kris no podía entenderlo del todo, pero sabía que sólo captaba la superficie de lo que había sido una profunda amistad. Una relación significativa entre un humano y un alienígena, a un nivel que se alcanzaba raramente. Kit y Rollo llevaban mucho tiempo juntos antes de que se les uniera el resto de la tripulación actual.

—Lo entiendo. Cualquiera haría lo mismo —dijo al hanni—. Es el momento de que… —El prejuicio humano le pesó. «Pero morirás. No vayas. No lo hagas». Era una interpretación humana. Kit era el producto de un mundo y una cultura distintos.

Kittering siguió inmóvil un poco más, con los brazos unos en torno a otros sin tocarse. Las pantallas eran de un gris que apenas iluminaba, como si llegara el amanecer.

—Pronto —respondió—. La prontedad es relativa. Es insatisfactorio dejar atrás más preguntas que respuestas. Cuando haya respuestas quizá sea el momento.

Kris se sorprendió por la repentina punzada de felicidad que sintió al entender que Kit no les iba a dejar todavía.

Ahora estaban fuera del vacío profundo, y en ese momento Olli dejó suelta a la *Oumaru*. Era, después de todo, el trozo de basura más reconocible de todas las Colonias ahora mismo. Olli señalaría su posición para que pudieran recuperarla si fuera necesario. En las extensiones infinitas del vacío, alejada de los pasajes, las posibilidades de que alguien la encontrara eran infinitesimales.

—Jericó está en un extremo, en cuanto a su situación —les dijo Idris—. Sólo llega hasta allí un pasaje, justo al contrario que Tarekuma. Incluso si vamos directamente, es un salto largo. —Se amontonaban otra vez en la cápsula de comando, los cinco, y les miró uno por uno—. Es lo que queremos, ¿no?

Kris le tocó el brazo ligeramente, un poco de solidaridad.

—Este Trine son un viejo amigo vuestro, ¿verdad?

—Un conocido. Quizá. Fue hace mucho tiempo… Ya sabes cómo son los colmeneros. Pero Solaz dice que nunca se ha reintegrado.

—¿Desde hace cuánto? ¿Cincuenta años o más? —Olli frunció el ceño—. Igual se han vuelto chalado o algo.

—Son una especie de experimento. —Solaz iba con mucho cuidado con Olli después de su última discusión y habló con suavidad, sin confrontarla. Kris estaba sorprendida por lo afectada que la parteni parecía por todo. No era lo que esperaría de una élite alterada genéticamente.

—¿Qué le has dicho a las tuyas? —le preguntó Idris a Solaz de forma directa.

—Que estoy siguiendo una pista que puede ser de gran importancia para nosotras, relacionada con el pecio de la *Oumaru*. —Solaz no miraba a los ojos a nadie—. No he mencionado los objetos. No me gusta la omisión, pero podrían ser falsos y entonces… ¿de qué habría servido complicar las cosas? Si Trine nos confirman su procedencia, tendré que decírselo. Estoy obligada. Lo siento. —Miró alrededor de manera defensiva.

—Grandes conversaciones entre nosotros serán necesarias en ese caso —comentó Kittering—. El Partenón tiene buenos bolsillos, ¿verdad? —Las últimas palabras tenían un giro propio de Rollo, y Kris sintió el dolor de la pérdida en el pecho.

—El pecio está suelto. Y la *Joan* asegurada —explicó Olli—. Si vamos a ir a Jericó, es el momento.

Lo primero que supo Kris es que Idris estaba activando el protocolo de emergencia para despertarla en su cápsula. Habían llegado al sistema de Jericó y les había dado el alto una fragata hum que preguntaba qué negocio les llevaba ahí. Les dijeron que no era el mejor momento para visitar el sistema.

Jericó era el último mundo habitable descubierto por exploradores terrestres antes de que no hubiera más Tierra de la que partir. Un equipo que llegó a ese pasaje, que era un callejón sin salida, se encontró con un sistema virgen. En él descubrieron un planeta algo más cercano a su sol que la Tierra, aunque el astro era algo más frío. Contaba con una biosfera rebosante de una vida bulliciosa, cuya bioquímica se correspondía con la terrestre al menos en un cuarenta por ciento. «Un edén». Luego esa bioquímica se comió a dos integrantes del equipo de desembarco y los demás revisaron sus estimaciones sobre el planeta a «¡un mundo monstruosamente mortal!». Pero seguían existiendo fondos

científicos para investigar un lugar así, y una estación permanente se estableció allí sólo meses antes de que un Arquitecto apareciera en el cielo de la Tierra. Ese equipo estaba concebido para ser la única presencia humana en Jericó: una oportunidad para conducir una investigación pura en una próspera ecología alienígena sin contacto con la humanidad salvo por los desafortunados exploradores.

Después cayó la Tierra, empezó la poliáspora, y Jericó recibió cargamentos de refugiados al igual que cualquier otro sitio. El establecimiento de la colonia no fue la experiencia llena de dientes y colmillos manchados de sangre que se habría podido esperar. Los humanos desesperados por tener un hogar podían usar sus propios dientes y colmillos con el doble de intensidad. Pronto, los científicos y pobladores desarrollaron cultivos adecuados al suelo de Jericó y resolvieron los problemas que causaban las formas de vida locales. La población planetaria creció hasta unos cien mil, concentrados alrededor de la ciudad que para entonces había dado nombre a todo el planeta. «Jericó» parecía adecuado, porque lo primero en que se habían concentrado los colonos —dada la naturaleza del entorno— fue en amurallar el asentamiento.

Luego se encontraron las ruinas originarias.

La expedición inicial no las vio porque Jericó estaba cubierto por una densa cuasi jungla y la vida local generaba sus propias interferencias electromagnéticas. Dos de las razones que lo convertían en un mundo difícil de explorar. Pero los pobladores empezaron a llegar con historias de cosas extrañas en el interior y se hizo el hallazgo. No pareció inicialmente una prioridad, hasta que las reliquias originarias frustraron el ataque a Lycos, y de repente la vida en Jericó pareció mucho más atractiva. La vida extraterrestre hostil no era problema en comparación con que tu mundo fuera deformado por un alienígena del tamaño de una luna.

La guerra terminó al cabo y los científicos de Jericó, respaldados por el recién formado Hum, pidieron que todo el mundo se apartara para poder seguir con su trabajo. Los pobladores jericanos respondieron que no pensaban abandonar sus nuevos hogares, muchas gracias. Esto condujo a la creación de la Oficina de Reasentamiento de Jericó, y el consecuente intento de reubicar a los colonos. Lo que a su vez impulsó el nacimiento de la sección Jericó

del movimiento nativista, para proteger los «derechos» de los colonos. Y para producir un montón de problemas adicionales.

Idris había emergido al espacio real a lo que ingenuamente supuso que era una distancia prudencial de Jericó. Sin embargo, todo el sistema estaba repleto de tráfico. Era como si alguien multiplicara sus problemas.

El planeta colonizado debería haber sido la prioridad de la tripulación, pero uno de los planetas exteriores atrajo sus miradas. Estaba siendo pulverizado para crear un campo de asteroides, y los escombros se desperdigaban por la antigua órbita a lo largo de cientos de miles de kilómetros. Idris consiguió imágenes: el planeta estaba cubierto de enormes máquinas-factoría, como platelmintos del tamaño de ciudades. Más allá de la mellada curva del horizonte asomaba un gran bulto erizado de tecnología de aspecto mutilado. Era una arca langosta naeromathi, un nada bienvenido visitante al sistema de Jericó.

Los humanos conocieron a los naeromathi casi medio siglo antes de la caída de la Tierra. Esas criaturas deambulaban por los pasajes con un hambre aparentemente insensata, destrozando mundos para conseguir materias primas e ignorando cualquier petición de que se detuvieran. En las siguientes décadas, humanos y naeromathis chocaron repetidamente. Nadie tenía idea de dónde podría estar el mundo natal naeromathi, ni siquiera si tenían un gobierno común. Sólo aparecían, devoraban y construían más arcas.

Y así siguieron hasta que apareció algo incluso mayor que ellos. La colonia conjunta humana-castigar de Amraji estaba rechazando a una de las enormes arcas langosta, cuando un Arquitecto llegó para convertir ese conflicto en una minucia. El momento en que los naeromathi atacaron al Arquitecto fue el primer puente que la humanidad tendió con ellos. Los naeromathi odiaban de verdad a los Arquitectos, que eran el motivo por el que nadie había encontrado su mundo natal. Lo que no significaba que encontrarse a un arca langosta desmenuzando un planeta en el sistema de Jericó fuera en absoluto agradable. La situación actual indicaba que no procederían a desmontar Jericó, pero seguían siendo una especie extraña sobre la que no había muchas certezas. Todo esto además se situaba muy por encima de lo que estaban dispuestos a afrontar por su sueldo los militares del viejo crucero *Crithmum*, la única nave de

guerra de Jericó, que no parecía haber tenido ninguna mejora desde la guerra. Como para compensar su impotencia frente a las langostas, el *Crithmum* bombardeaba con exigencias a la *Dios Buitre* en su lugar.

Olli les había conseguido una identificación falsa como la *Cometa Jenny*, en caso de que alguien estuviera buscando a la *Dios Buitre*. Sólo serviría para superar una inspección superficial, no una investigación militar. Kris pasó unos minutos tensos tratando con un teniente suspicaz que no podía entender por qué una nave de salvamento del espacio profundo buscaría trabajo en ese sistema… y tenía razón. Así que terminó por venderle la historia de que había tanta basura flotando por el sistema que la *Cometa Jenny* había venido a recoger migajas de la mesa naeromathi. Tuvo la sensación de que enviarían sus datos en la próxima nave paquetera que saliera del sistema.

—¿Se creen que estamos compinchados con las langostas? —preguntó Olli con disgusto—. Quiero decir, ¿por qué tanta suspicacia?

—Creen que somos nativistas —respondió simplemente Solaz. Todas las miradas se dirigieron a ella.

—¿Por qué…? —preguntó Kris, y la parteni la miró extrañada.

—¿En serio? Jericó está en la lista roja del Partenón. No venimos aquí. Es una zona destacada de reclutamiento nativista.

Nadie parecía saberlo de antes. La propia Kris apenas acababa de conocer un resumen de la historia de Jericó, y por lo que a ella respectaba, no era más que un lugar apartado y sin interés.

—Bueno, no fueron los nativistas los que robaron nuestra nave o mataron a nuestros amigos —comentó Olli sin expresión—. Tampoco fueron los que vinieron a robarnos el piloto.

—Ya basta —dijo cortante Idris, o al menos de forma tan cortante como diría cualquier cosa.

—La cibernet del orbital Salvación nos llama —observó Kris—. ¿Vamos a atracar ahí?

—Es el más próximo a la excavación. —Idris había encontrado algunos mapas que mostraban varias topologías arbóreas: bosques bajos, bosques altos, bosques marinos, bosques polares. Y aunque «bosque» era un término humano, parecía bastante apropiado aquí —. Tiene un ascensor al planeta. Seguramente sea lo más cerca que

podamos llegar. No se permite el vuelo directo a la superficie por las interferencias en la atmósfera. Creen que es en parte por las formas de vida locales, y en parte por las ruinas originarias. Son las mayores que se han encontrado, pero están enterradas en la jungla y no se conoce su tamaño total.

—¿Qué tipo de interferencias? —A Olli, obviamente, no le gustaba cómo sonaba aquello.

—Extrañas —dijo Idris, algo que no era de mucha ayuda, pero le envió los datos. Al parecer, la vida nativa cambiaba continuamente los anchos de banda en que emitía. Los científicos se dieron cuenta de que competían por acallarse entre ellos o por localizar presas. Pero por esa razón los equipos de exploración habían recomendado ir cambiando de algoritmos para mantener las comunicaciones.

—¿Por qué no podemos ir a algún sitio agradable? —protestó la especialista en drones—. Sabéis, es posible que me quede en órbita esta vez. Donde no pierda contacto de repente con mis putas piernas.

El orbital Salvación estaba lleno de naves. La terminal del ascensor era en un noventa por ciento muelle y en un diez por ciento un laberinto de puertas y compartimentos alrededor del propio ascensor. Un único establecimiento abarrotado tenía aspecto de restaurante, pero parecía cumplir igualmente funciones de antro de trapicheo de drogas, emporio de juego y burdel sintético. El intercambiador estaba abarrotado, todo codos, hombros y la peste de cuerpos sin lavar. Normalmente, supuso Kris, sería una ciudad fantasma. En ese momento, había militares fuera de servicio y las tripulaciones de veinte naves, todos buscando hacerse sitio. Vio la insignia blanca y azul de los nativistas exhibida orgullosamente en cuellos, pecheras, incluso tatuada en la espalda desnuda de un ruidoso espacial borracho.

—Esto no puede ser sólo por las langostas —susurró Kris a los demás, mientras se intentaban abrir paso entre la gente. Había sacado su pizarra y revisaba los canales de mediotipo, para enterarse de las noticias—. Equidad bendita. Vaya momento —siguió—. Un diplomático de la Hegemonía apareció hace pocos días en Berlenhof sugiriendo que el Hum debería ceder Jericó. Tendrían que desalojar a todos y entregar el lugar.

—¿Y por qué? —preguntó Idris, incrédulo.

—Es lo de los originarios. Los essiel se declaran sus herederos, o así se traduce lo que dicen, y supongo que las ruinas de Jericó son lo suficientemente grandes como para impresionarles. —Kris negó con la cabeza—. Mira, necesito que consigamos bajar a la superficie. Solaz, no sé si las tuyas tendrán alguna entrada secreta.

—¿Así que ahora te gusta la idea de trabajar con el Partenón?

Kris alzó una ceja.

—Ésa era Olli, y no está aquí.

—Olli tenía su punto de razón —dijo Solaz—. Cómo empezamos, quizá cómo vayamos a terminar. Y estos payasos… —Señaló hacia tres mesas de espaciales nativistas que cantaban borrachos a coro «El verdor que perdimos, los campos del hogar»—. Nos escupen, y eso nos empuja todavía más a convertirnos en esa cosa. Yo… No sé lo que decir, Kris.

Con eso eran dos, porque Kris tampoco sabía qué decir. Salvo…

—Espera. ¿Quieres decir que existe una señal secreta parteni?

—He establecido contacto con Trine y autorizarán que bajemos.

—¿Pueden hacer algo así?

—Son el investigador a cargo de la excavación. Ellos… —Solaz parecía de hecho inquieta, lo que era algo nuevo—. Creo que tienen sus propios problemas. Ya sabes, nativistas y colmeneros.

Kris había visto más que suficiente propaganda anticolmenera en su momento. Botas aplastando grupos de bichos que se retorcían. El descontento porque las inteligencias colmena consiguieran la libertad de sus creadores. Nadie quería que sus aplicaciones reclamaran la independencia. O ése era el mensaje de los nativistas.

—Así que vamos rumbo a más problemas si bajamos.

Idris soltó una risotada sin alegría.

—Sabes lo que llevamos en la nave, ¿no? Quiero decir: ¿problemas? ¿Nosotros? ¿Quién podría pensarlo? —Había un temblor obviamente histérico en su voz. Kris le puso una mano en el brazo.

—¿Quieres esperarnos en la nave? No importa, Solaz y yo…

—No, no, lo siento —negó con la cabeza, avergonzado—. Será bueno volver a ver a Trine. Los viejos tiempos, ¿eh?

En la pizarra de Kris sonó una señal que indicaba que ya tenían acceso al ascensor. Se preguntó a quién acababan de quitarse de en medio, y deseó que fuera un activista de los Traicionados o algún

pomposo jerarca sectario.

Terminaron compartiendo la cabina del ascensor con un auténtico muestrario de la actual vida turbulenta en el planeta. Biólogos, sectarios de la Hegemonía, militares hums, agricultores coloniales y nativistas. No se permitía portar armas en el ascensor, pero éste era un planeta salvaje, fronterizo. Kris sabía que debía haber muchas en el compartimento del equipaje.

—Píldoras, chicos —recordó Kris a los otros mientras bajaban, y tomó la suya. La mayoría de los planetas coloniales tenían su propia versión, una mezcla de vacuna y antídoto. Sin ellas, un mundo podía empezar a matarte en el mismo momento en que pisaras su superficie.

—¿Por qué te mira ese tío? —preguntó Solaz a Idris, que se sobresaltó.

—¿Qué tío?

—No mires.

—Entonces, cómo voy a…

Kris recorrió el habitáculo con el rabillo del ojo, y descubrió a quién se refería Solaz al segundo vistazo. Media cabeza más alto que el resto y con un físico decididamente más saludable que el colonial medio. Movía los labios mientras miraba a Idris, hablando a un comunicador que llevaba en la solapa. Llevaba un poncho informe que no conseguía ocultar su complexión fuerte, pero Kris entrevió un tejido verde botella en su cuello. «¿Dónde lo he visto antes? Ah, sí».

—No quiero alarmar a nadie, pero es un *voyenni*. Como los gorilas que se llevaron a Idris en Roshu —murmuró.

—No puede ser. Demasiada casualidad —dijo Solaz.

—Su jefe soltaba muchas parrafadas sobre el tema de la «buena humanidad» cuando me retuvieron —señaló Idris—. Directamente sacadas del manual nativista.

Tenía sentido de una forma deprimente, pensó Kris. Los boyardos de Magda eran la cara amable del nativismo. Y Jericó un territorio de reclutamiento importante en ese mismo momento.

—Sólo podemos esperar que vayan tras peces más grandes —decidió Kris, con un gesto hacia los miembros del culto hegemónico. En lo único en que confiaba era en que los Traicionados y los sectarios se guardaran los cuchillos al menos

hasta que pudieran salir del ascensor.

17

Solaz

Villa Ancla, en Jericó, estaba organizada en anillos concéntricos, cada uno un testimonio de la ambición de una generación antes de la llegada del siguiente grupo de refugiados. Más allá de las murallas y los campos circundantes, la vida nativa se extendía en matices contrastados de amarillo y azul índigo. Solaz sabía que esos «árboles» se movían. Las vallas mantenían un balbuceo electromagnético modulado para repeler a la vida local, pero el bosque había seguido avanzando con lentitud hasta que los granjeros actuaron con lanzallamas y sierras mecánicas. Incluso los árboles estaban en guerra contra la gente de Jericó.

Mientras descendían los últimos diez metros, las puertas del ascensor se abrieron y les inundó el aroma amargo del aire alienígena. Los operarios se pusieron a vaciar el compartimento de carga, usando exoesqueletos y plataformas antigravitatorias para mover los suministros, el equipo científico y los productos de lujo que habían bajado por el cable.

La gente miraba la armadura de Solaz, pero no estuvo dispuesta a bajar sin ella. Se exhibió camino del compartimento de equipajes para recoger al Señor Agujeros. Había impreso el nombre en el cañón del acelerador, un pequeño recuerdo en memoria de Rollo.

Los habitantes de Villa Ancla tenían pinta de tipos duros, y lucían mangas largas, botas pesadas hasta la rodilla y cuellos altos cerrados. Sensato, dada la fauna local, y a un mundo de distancia de lo que se estilaba en las naves.

—Conseguid ropa nueva —advirtió Solaz a Kris e Idris—. Aquí hay montones de cosas que muerden, pican o se meten bajo la piel.

Eso suponía una visita a las impresoras mientras Solaz se empapaba de la atmósfera del lugar, sin dejar de responder con miradas ceñudas a cualquiera que la mirara dos veces. Había militares hums por las calles, y vio cómo arrestaban a un habitante del lugar a punta de pistola. A nadie le gustó; nadie dijo nada. Cerca del punto de anclaje, el Hum aún mantenía la autoridad sobre la colonia. Probablemente fuera distinto a las afueras. Y por supuesto la gente del gobierno la miraba con el mismo disgusto que los lugareños, aunque no apartaba la vista con tanta rapidez. Le alegró cuando Idris y Kris salieron. Idris había comprado la chaqueta y las botas más tristes y aburridas que había visto en su vida, pero ella había hecho un esfuerzo por parecer una exploradora chic con el añadido de un nuevo pañuelo azul y amarillo a juego con la vegetación alienígena.

—No puedo localizar a Trine —les dijo. Llevaba probando sus comunicadores desde que llegaron, sin resultados.

—¿No podríamos simplemente ir a su oficina? —preguntó Kris. Solaz se lo pensó y se dio cuenta de que quizá no le había explicado todo.

—Están en una excavación, ya te lo dije.

—Creí que querías decir… Bueno, algún tipo de proyecto. —Movió la mano en un gesto vago a su alrededor, un gesto que ralentizó cuando empezó a darse cuenta de su error—. ¿Te refieres a que están ahí fuera?

—Donde se encuentran las ruinas. Necesitamos conseguir un transporte. Y avisar de alguna forma a Trine de que vamos.

—¿Eso es siquiera posible? —preguntó Idris. Tenía una arruga de preocupación en los ojos. Solaz se preguntó si la cháchara continua en radiofrecuencia del planeta influía de algún modo en sus sentidos inters.

—Usan la madre de todas las estaciones de transmisión —resumió Kris tras una investigación—. Superan cualquier señal de fondo por la fuerza. Creo que tendremos que pagar por conseguir una comunicación con el exterior.

Había una oficina de transmisión cerca del ancla, además de un puñado de chamizos de aspecto sórdido en los que se aseguraba que organizaban expediciones a la naturaleza, aunque Solaz asumió que la caza y el contrabando superaban las salidas consagradas a la

investigación científica.

Solaz se mantuvo en contacto con Trine después de la guerra, a lo largo de décadas, cuando no estaba en el congelador. Cada vez que la despertaban, asumía que el colmenero habrían sido reintegrados, que la inteligencia con la que contactaba no sería su viejo camarada. Cada vez descubría que Trine continuaban, todavía igual. Y ahora iban a encontrarse, y tenía una sorpresa del demonio para el viejo académico.

La estación transmisora consiguió establecer contacto al tercer intento, luego perdió dos veces la conexión mientras esperaban a que alguien encontrara a Trine.

—¿No podéis tirar un cable o algo? —preguntó al operador cubierto de acné, que se encogió de hombros.

—Se lo comen. Cualquier cosa que dejes por el suelo.

—Este planeta…

—Qué me vas a contar.

Y luego recuperaron la línea y sonó una voz crepitante, ligeramente distorsionada.

—Excavación Ciudad Dorada a Villa Ancla, ¿me reciben, cambio?

—Ciudad Dorada, aquí Villa Ancla —respondió obediente Solaz —. Una comunicación para el activo Trine, cambio.

—El delegado Trine al habla, Villa Ancla —dijo la voz, notablemente molesta. Y supo que eran su viejo conocido, aunque el tono no fuera familiar. Al fin y al cabo, la voz de un colmenero dependía del software que emplearan en cada momento.

—Delegado Trine, al habla la ejecutora mirmidón Solaz, cambio. —Se descubrió sonriendo.

—Bueno, parece que los dos ascendimos —respondió la voz clara—. Felicidades a todo el mundo. No nos puedes ver, pero nos hemos puesto un sombrerito de fiesta y estamos soplando un matasuegras. —Luego la estática se elevó y perdió la conexión durante unos frustrantes momentos hasta que la voz volvió a aparecer—: Repita, cambio.

—Repetid vosotros, cambio —contestó.

Zumbidos, siseos, chirridos…

—… diciendo que no habrías venido hasta aquí por la fiesta. ¿Puede ser que el Partenón nos recuerde después de tanto tiempo?

—Trine, tengo un asunto referente a vuestra área de conocimientos, algo especial. Para discutir en persona. ¿Puedo ir a veros?

—¿Puedes volar hasta aquí?

—Me han dicho que no es aconsejable.

—¿Pero tienes una nave? Repito: ¿tienes una nave?

—Sí, pero… —Solaz frunció el ceño, incómoda.

—Eso es mejor que nada. En la base del ascensor… —Zumbidos, siseos, chirridos—. No lo retrases mucho, *est-ce compris*?

—*Compris*, delegado.

—Entonces hecho, cambio, corto, lo que sea. —Y luego la estática se elevó como una ola y terminó la conexión.

Solaz se apartó del transmisor, preocupada porque obviamente pasaba algo más. No se podía analizar el tono de un colmenero para extraer interpretaciones emocionales, pero o bien algo preocupaba a Trine o el colmenero arrastraban problemas por no haberse reintegrado en tanto tiempo.

«No quiero suponer más complicaciones para el resto», pensó. Pero mientras salía de la estación transmisora, descubrió que había nuevos problemas comunes. Kris e Idris estaban acorralados por nada más y nada menos que el boyardo Piter Tchever Uskaro y una pareja de sus *voyenni* vestidos de verde botella.

Según llegaba, escuchó al boyardo decir:

—¿Qué otra cosa podría pensar cualquiera, al encontrar aquí al inter, sino que ha cambiado de opinión? ¿Que quiere hacer al fin lo mejor para su especie?

—Apártese, por favor —saludó Solaz, sin apuntarle del todo con el Señor Agujeros.

Piter Uskaro miró el cañón y Solaz percibió las miradas torvas que le dirigían los otros transeúntes.

—¿Debería llamar a esos marines del Hum, pati? —le preguntó —. ¿A quién crees que apoyarán? Soy un ciudadano de las Colonias con credenciales diplomáticas. Tú, por tu parte, eres una agente extranjera… ni siquiera humana.

Solaz se quedó en blanco. No eran sólo esas palabras, sino el hecho de que cualquiera alrededor estaría de acuerdo con ellas. Estaba rodeada de rostros iracundos, que probablemente creyeran toda la propaganda contra el Partenón. Que las hermanas producían

niños pero los mataban al nacer; que envenenaban el agua para esterilizar a los hombres. Todo lo habitual.

Sin embargo, había alejado un poco a Uskaro de los otros dos, y la abogada sacó ventaja de la situación empujando a Idris.

—Ya basta, nos vamos —dijo Kris bruscamente.

—No he terminado con vosotros… —El boyardo agarró por el pañuelo a Kris y tiró de la prenda. Solaz se movió para golpear al hombre y sus matones si hacía falta, pero Uskaro se había quedado helado. Los *voyenni* parecían confusos.

Solaz no pudo ver qué había pasado. Un momento más tarde se dio cuenta de que Kris había sacado un cuchillo. El boyardo se había parado antes de verlo, aunque mantuviera los dedos en el pañuelo.

—¿Entonces? —preguntó Kris. Él se había quedado lívido, y la cicatriz decorativa de la cara se retorcía. Solaz no tenía ni idea de lo que Kris le había preguntado al hombre. Y parecía que Uskaro no sabía cómo responder. Kris continuó, tranquila—: Puedo citar todos los protocolos oficiales para que todo el mundo pueda oírlos. Pero entonces estaremos comprometidos, *messembruder*.

El boyardo retrocedió, soltando al fin el pañuelo. Solaz amplificó su campo con el visor y entrevió la línea rosada que rodeaba casi la mitad del cuello de la mujer. Era un corte fino, como el de la cara del hombre. La cicatriz de un duelo, muy específica.

—*Mesdam* —dijo fríamente Uskaro—. En nuestro próximo encuentro… —Pero Solaz vio un débil brillo de sudor en su frente, pese al clima de Jericó.

—¿En el infierno? —exclamó Idris mientras el hombre se alejaba. La gente seguía mirando a Solaz, y el enfrentarse al desdén de los coloniales de repente dejó de parecerle divertido.

—Vámonos y ya está. —Kris se había vuelto a colocar el pañuelo, tapando la cicatriz. Solaz se preguntó qué tipo de sangriento desastre habría sido el duelo que le dejara ese recuerdo. No era el amanerado jueguecito de cortes de los boyardos. *Messembruder*. Hermano de cuchillo.

—Tú… —empezó, pero Kris simplemente pasó de largo, con enfado.

—He encontrado transporte. Podemos ir en coche, que parece la única forma de llegar a esa maldita excavación tuya. Si lo perdemos

voy a terminar clavándole el cuchillo alguien.

—¿Realmente habrías…?

Kris se giró sobre sus talones y Solaz decidió que no dudaría jamás de la disposición de la mujer para sacar el cuchillo. Mientras se marchaban, alguien la alcanzó con una piedra en la protección de un hombro. Mejor eso que enfrentarse a una Kris enfadada.

—¿Puedes configurar esa cosa para disparar ráfagas? —preguntó el biólogo a Solaz en cuanto pasaron la última valla.

—¿Para qué haría falta? —Ella le miró mientras sujetaba al Señor Agujeros con aire protector.

Era un hombre nervudo llamado Robellin, con pelo rubio teñido y un fuerte acento que indicaba que venía de cualquier otro sitio lejos de Jericó.

—Tu acelerador —dijo, arrastrando las palabras— no sirve una mierda contra los bichos de aquí. Su puta carne es un pegote viscoso y no has visto nunca cosa parecida… Mamones. Les metes un perdigón y sale por el otro lado sin perder energía. No les hace un pedo. Por aquí usamos estos cabrones. —Le enseñó un arma maciza, con un cañón el que le cabría el puño—. Los revienta con un cartucho casi subsónico. No mata a esos hijoputas, pero monta lío y no les gusta, ¿me sigues?

—Ráfagas, de acuerdo —asintió Solaz. Hizo los ajustes necesarios al Señor Agujeros y miró a la jungla, que se extendía demasiado lejos a cualquier lado del camino. Un vehículo terrestre no era su forma preferida de ir a ninguna parte, pero los del lugar no confiaban en nada más. No con el caos de transmisiones y la forma en que los sistemas antigravitatorios atraían a los depredadores aéreos como una llamada al apareamiento.

—Este maldito agujero es la parodia de un ecosistema —continuó Robellin—. No hay especies como tales aquí, en este mundo olvidado de Dios, ¿sabías eso? Sólo cosas que tienen una forma. Y si esa forma no les funciona, empiezan a cambiar a otra. Estos árboles sólo seguirán siendo árboles mientras les sirva. Los cabrones se convertirán en putas bolas con dientes en cuanto el suelo se empobrezca demasiado. —De repente tuvo su «reventador» apuntado con las dos manos en dirección a la jungla, o quizá a los propios árboles.

—¿Hay algo inteligente? —preguntó débilmente Idris.

—¿La respuesta oficial? —inquirió Robellin—. Quién coño lo sabe, tío.

Había otros seis pasajeros además de Solaz, Idris y Kris: el guía Yon Robellin, cuatro nuevos trabajadores para la excavación y un científico. Salieron hacia el mediodía y habían seguido toda la noche, y luego el día, hasta plantar un campamento. Al día siguiente, de vuelta al camino, una especie de árbol sacó del coche a un arqueólogo novato. Kris y otros dos agarraron las piernas de la víctima como en un siniestro juego de la cuerda, mientras Robellin iba a por el atacante con una sierra mecánica. Al final, Solaz segó siete árboles enteros con el Señor Agujeros. Seguramente uno de ellos era el agresor. Parecía como una rueda de reconocimiento que hubiera salido horriblemente mal, pero al menos recuperaron intacto al arqueólogo.

—Eso —comentó luego Robellin— es sólo la mierda habitual aquí. Una nueva manera de joderte desde la última vez que vine.

—¿Aprenden? —preguntó Solaz—. ¿Esas criaturas? ¿De la presencia humana en el planeta?

—Ojalá que no, pero sí, aprenden y evolucionan —fue su respuesta—. Dales otros diez años y se pondrán ropa y hablarán colvul. Y luego se comerán a la gente porque serán todavía los mismos asquerosos hijoputas.

La siguiente vez que pararon a dormir, Solaz llegó a ver un sobador: no una especie específica, según le dijo Robellin, sino una forma depredadora que adoptaba la fauna local. Se plantó en el campamento y, aunque no iba vestido ni dio conversación, su aparente arrogancia encajaba con las siniestras predicciones del biólogo. En un momento fijaban las alarmas de proximidad y se disponían a acostarse. Al siguiente, esta cosa, de la mitad del tamaño de su vehículo, se paseaba entre ellos. Medía tres metros y caminaba sobre unas piernas como columnas, terminadas en almohadillas con espinas y garras. Casi toda su parte frontal estaba ocupada por la boca, que era lo bastante grande como para tragarse a cualquiera de ellos, y tenía una docena de tentáculos como una especie de barba que llegaba al suelo, todos ellos cubiertos por afilados ganchos. Su piel estaba moteada de un blanco azulado que interactuaba de forma extraña con el follaje amarillo y azul de alrededor, haciendo contraste un momento, combinándose al

siguiente. A cada lado de la boca había unos grandes órganos circulares, que probablemente no fueran ojos.

—Joder —dijo Robellin. Tenía a mano el reventador, pero la cosa estaba allí justo en medio de ellos, una invitación para accidentes de fuego amigo.

Un gruñido estruendoso surgió del interior de la criatura. Su lenguaje corporal ahora parecía el de alguien que hubiera entrado en una habitación de hotel que no era la suya por error, casi avergonzado. Luego Idris se movió y algo en su movimiento furtivo, como de potencial presa, atrajo la atención del sobador.

—Idris —le avisó Solaz—, quédate ahora muy quieto.

Idris estaba mirando la boca cavernosa. Los tentáculos parecían ondular con una brisa inexistente, degustando el aire.

—¿Algún consejo del departamento de biología? —susurró Kris. Los ojos de Robellin estaban entrecerrados.

—Los cabrones nunca hicieron antes esto, por lo que sé. —Apuntaba con el arma, pero parecía poco dispuesto a disparar—. Si le hiero y se desboca, os aviso de que va a ponerse jodidamente sangriento para nosotros.

Solaz se llevó el acelerador al hombro.

—Voy a cortarle en dos ahora mismo.

—Esperad —dijo Idris con la voz ronca. Miraba al sobador, y aunque no le parecía que hubiera nada que le devolviera la mirada, la atención del ser estaba cada vez más fijada en él.

—Tío, yo me apartaría. Si fuera tú —le avisó Robellin en voz baja.

—Esperad —repitió. Su cara estrecha había perdido toda expresión y Solaz tuvo un repentino y escalofriante *flashback*. «He visto antes esto». Casi apretó el gatillo en ese mismo momento, por puro reflejo. Berlenhof, los inters intentando llegar a los Arquitectos a través de sus mentes. Idris con el gesto totalmente inexpresivo, sin que hubiera nada dentro porque su mente estaba ahí fuera, sobrevolando el rostro de una inteligencia alienígena del tamaño de una luna.

Todo el mundo se quedó callado viendo cómo el intermediario encaraba al monstruo. El sobador volvió a hacer ruido, y sus tentáculos se anudaron y frotaron como si estuviera retorciéndose las manos avergonzado. Solaz medio esperaba que Idris extendiera

una mano y tocara la piel floja del monstruo, le acariciara y terminara por irse hasta la excavación montado en un sobador para cumplir alguna extraña profecía local.

—Tío, de verdad —susurró Robellin—. No sé qué haces, pero ese hijoputa te va a comer y cagara las partes que no pueda digerir.

—Hay algo… Oh. Demonios. —Idris se sentó en el suelo de repente. El movimiento pareció sorprender al sobador tanto como al resto, porque se apartó de él con un pasito asustado—. ¿Han… tenido inters aquí alguna vez, *menheer* Robellin?

—¿Aquí en el culo del universo? Ni cerca.

Entonces el sobador se sacudió como un hombre que recordara una cita previa, se tambaleó hacia un lado para alarma general, y luego desapareció en la jungla.

—Idris, ¿qué ha sido eso? —preguntó Kris, en apariencia furiosa con él, aunque Solaz adivinaba que era sobre todo para dejar escapar adrenalina.

El intermediario se sujetó la cabeza con las manos como si intentara mantenerse físicamente entero.

—¿Dijo que la vida de aquí se adapta?

—Todo el maldito tiempo —confirmó Robellin—. Escucha, tío, como dijo la dama, ¿qué fue eso?

—Originarios —dijo Idris débilmente—. Las ruinas. Apuesto a que la vida local no se acerca a los yacimientos, ¿verdad?

—Los cabrones más grandes, desde luego —confirmó el biólogo con cautela.

—No les gusta. —Idris había empezado a sudar, pese al frío ambiental. Parecía absolutamente consumido por la fatiga y los nervios—. No sé por qué. Pero saben cómo detectarlas, con seguridad. Están… en sintonía.

—¿Con qué? —preguntó Robellin, pero Idris se había callado y ya no diría más. Solaz sabía qué se había dejado. El «canal originario» transportaba algunas señales indefinibles… que indicaban la localización de cualquier cosa de esa antigua civilización, incluso restos de basura abandonados. Transmitían con tal intensidad que incluso un destructor de planetas del tamaño de una luna, en una órbita alta, podía captar su presencia y huir antes que arriesgarse a un enfrentamiento. Era el mismo canal al que podían acceder los inters como Idris, a través del que habían

llegado a palpar la consciencia alienígena de los Arquitectos para alejarles. El planeta albergaba la mayor extensión de ruinas originarias encontrada por ningún humano. Y aquí, toda la ecosfera estaba sintonizada con el mismo canal y escuchaba.

Dos de los breves días de Jericó más tarde, el camino finalmente llevó a su quejumbroso y destartalado coche hasta la excavación. Se inclinó abruptamente para subir una elevación y luego descendió por un cráter en forma de cuenco de al menos un kilómetro de anchura. El follaje decreció un poquito al hacerlo. El grupo se mantuvo silencioso mientras bajaban. Más abajo, dispuestos como si fueran los propios huesos del tiempo, estaba lo que los originarios habían dejado tras de sí.

18

Idris

Como un eco misterioso del asentamiento humano cercano, a los originarios parecían gustarles los círculos concéntricos a la hora de construir. O puede que fuera algo relacionado con su tecnología… U otra cosa totalmente distinta. Fuera cual fuera su propósito, esos círculos eran los últimos restos de lo que podría haber sido una ciudad. Quizá. Los restos formaban estrías en el suelo gris ceniciento de Jericó, donde se había talado la vegetación. O podían localizarse en las infrecuentes franjas de plantas decoloradas. Cada círculo incluía un laberinto de cimientos enterrados. Era como si todo el lugar estuviera compuesto por una serie de laberintos enredados, todos del tamaño suficiente para que paseara por ellos un niño de cinco años. Idris podía distinguir el lugar donde trabajaba el equipo arqueológico, porque habían descubierto toda una capa de ruinas. La excavación había alcanzado por ahora dos metros, e Idris pensó en cuánto más deberían bajar. La idea de cientos de metros de retorcidos laberintos subterráneos bajo sus pies le revolvió las tripas. Pero a la vez percibía de algún modo que estaban allí.

Las ruinas parecían compuestas de piedra erosionada. Quizá el desgaste de los elementos a lo largo de incontables siglos habían dado a esas estructuras su textura irregular y dentada. Pero el acabado de la piedra de los niveles desenterrados no era distinto. «¿Puede que así sea como se supone que debe ser esta cosa?». Para entonces, el coche rodeaba el círculo exterior, con el mayor cuidado para no aplastar ningún resto arqueológico de valor incalculable. Idris entrevió algunas cúpulas grandes, con otras de tamaño

individual pegadas a ellas como formando radios. Estaban iluminadas, ahora que el sol empezaba a ponerse. Lo hundida que estaba la cuenca, sumado a la altura del bosque circundante, debía suponer que la noche llegaba súbitamente a la excavación.

—¿Qué es lo que impide que los malditos sobadores y el resto de cosas… simplemente os coman a todos? —le preguntó Kris a Robellin.

—La mitad de la energía de nuestro generador se utiliza para crear una estática de cojones —les dijo el biólogo—. A ver, nos jode los comunicadores, pero es como gritarle a los oídos a cualquier cabrón que quiera venir. —Dejó escapar una sonrisa—. Aun así, es como decía tu colega. Nada grande viene aquí. No les gusta.

—¿Emiten las ruinas sus propias frecuencias electromagnéticas?

—Ésa sería una explicacioncita jodidamente cojonuda, ¿verdad? Pero no tenemos tanta suerte. Hemos probado todo, y están muertas. Llevan muertas cientos de miles de años, según los cálculos más conservadores. No vas a esperar que hubieran dejado puesto el puto homo o algo así.

Idris dejó de escuchar porque se quedó mirando las minas; no, sintiendo las minas. Podía percibirlas de la misma forma que los pasajes y los nodos del nospacio. Allí había algo activo. Atraía los bordes de su mente, como si alguien le tirara de la manga. Había un peso metafísico en toda la zona. Estaba implícito en la estructura, la forma, la extraña disposición laberíntica y esos materiales que nadie había sido capaz de analizar o duplicar satisfactoriamente.

—¿Vino alguna vez un intermediario a trabajar aquí, en las minas originarias? —preguntó.

—¿Un inter? No lo creo, tío. No que yo sepa, al menos. —Robellin extendió las manos—. Quiero decir, sois bastante pocos y además debiluchos, ¿no? No es como si hubiera un montón de vosotros en una oficina de empleo pensando qué hacer con vuestra vida.

Idris se quedó callado, pensando si no tendría que hablarle a alguien al respecto… Puede que al Comité de Enlace. Sería una tarea fácil para uno de sus reclutas forzosos trabajar en arqueología en vez de enfrentarse al trauma del vacío nospacial. Pero cuando se firmaban los contratos, hasta la arqueología de restos originarios quedaba por detrás del comercio interestelar, el espionaje y el

transporte militar. Posiblemente no sirviera de nada.

Un puñado de personas vinieron desde las tiendas para dar la bienvenida al vehículo terrestre, y luego miraron a Solaz con incomodidad. Probablemente aquí no hubiera hostilidad nativista, pero no esperaban encontrarse a una soldado parteni lista para el combate en Jericó. Luego el personal empezó a descargar el coche y acarrear cajas, e Idris vio a los que debían ser Trine aproximarse, cojeando, para saludarles.

El Trine de su recuerdo eran nuevos y relucientes, instalados en un cuerpo de forma humanoide en términos generales, sin cara y más o menos parecido a todos los colmeneros. En la época de la guerra, era lo más corriente entre los que trataban con humanos. Una vez fueron libres para dejar al Hum y la humanidad, los colmeneros habían empezado a diversificarse. Este armazón de Trine tenía dos piernas delgadas y con articulaciones como las de un pájaro, su torso tenía forma de barril por encima de la caja de la pelvis, y se abría en todo un abanico de extremidades plegables. La cabeza de Trine era un cuenco plateado que contenía la proyección de una cara. Era humana, andrógina, de mediana edad y aspecto alegre, y conseguía dar la impresión de que siempre te miraba directamente, sin importar en qué ángulo te colocaras.

La otra cosa que Idris observó sobre la estructura de Trine fue lo vieja y desgastada que estaba. Cualquier lustre había desaparecido por completo, y el cuerpo de metal estaba cubierto de marcas y rasguños de reparaciones, con paneles gastados canibalizados de otras máquinas. Una pierna era algo más corta que la otra. Sólo el despliegue de brazos se mantenía pulido y perfecto.

—La sutileza nunca fue un punto fuerte del Partenón. —La voz precisa y divertida surgía de algún lugar del torso de Trine—. Ejecutora mirmidón Solaz, como que sigo vivo y sin respirar. Sin una fuerza parteni que la respalde, ¿te dispones a tomar posesión del yacimiento de Ciudad Dorada? —Todos podían escuchar sus comentarios, y Trine recibió unas cuantas miradas incómodas de sus colegas.

—Es nada más que en defensa propia, delegado. —Solaz también alzó la voz, para confirmar al campamento que no asistía a una invasión a cargo de una sola mujer. El Señor Agujeros descansaba en ese momento en uno de sus hombros, con el cañón

amenazando únicamente a las débiles primeras estrellas que titilaban—. Parece algo necesario en este planeta vuestro.

—Oh, sí. —Idris no había escuchado a un colmenero contener una carcajada, pero al parecer Trine consideraron necesario instalar esa opción—. Nuestros vecinos.

—En cuanto a nuestros nuevos amigos —interrumpió Yon Robellin, que había vuelto a por otra caja—. El colega de aquí, el delgadito, es un mamonazo sorprendente. Un vaquero de sobadores. Puede que nos haya abierto él solo toda una puta línea de investigación. Cuéntaselo cuando hayamos guardado todo.

La atención del colmenero se dirigió entonces a Idris.

—*Menheer* Idris… ¿Telemmier? —La afirmación se fue apagando en forma de pregunta. Puede que no pensaran como humanos, pero en tanto que producto de la tecnología humana, los colmeneros eran muy capaces de efectismos.

—El mismo —confirmó Idris débilmente, a sabiendas de que Trine estarían llevando a cabo una comparación con el joven intermediario que habían conocido en la guerra, y encontrando demasiadas pocas diferencias—. Una larga historia.

—Evidentemente —aceptaron Trine—. Pero, ahora, salgamos de aquí y hablemos de temas totalmente inocentes y sin el menor subterfugio. —Les condujeron unos pasos de bajada hacia el perímetro, haciéndoles señas con algunos de sus brazos.

—Mencionaste la necesidad de discreción —señaló Solaz cuando se apartaron unos diez metros del vehículo terrestre.

—Creo que preferiste empujar esa nave y quemarla —comentaron agriamente Trine—. ¿Y puedo preguntar cuándo llega vuestra nave?

Solaz intercambió una mirada con Idris.

—No… viene. Las interferencias. Nos dijeron que no podíamos volar porque…

—Dijiste que teníais una nave —insistieron Trine, con un gesto desaprobador de labios apretados en su cara fantasmal—. Te pregunté específicamente si tenías una nave. Tú respondiste de forma igualmente específica que sí, tenías una nave.

—Tenemos una nave. En órbita —indicó Idris.

—No estoy seguro de por qué supone que eso va a ser de ninguna utilidad inmediata, *menheer* Telemmier —le dijeron Trine

de forma cortante—. Solaz, querida, mi amor, amiga de mi juventud, etcétera. ¿No se te ocurrió pensar que, cuando te preguntaba sobre tu nave, quería decir tal vez que necesitaba una?

—Trine —comenzó Solaz con evidente paciencia—, ¿qué es lo que pasa? —Idris casi podía leerle la mente. «¿Se han vuelto locos?». Después de todo, nadie podía saber por cuánto tiempo podían estar un colmenero iniciado y desconectado, sin reintegrarse con su entidad global.

—Han atentado dos veces contra mi vida, éstas son las circunstancias específicas a las que aludo —explicaron Trine. El rostro holográfico exhibía suspicacia en miradas a uno y otro lado —. No sé qué viste en Villa Ancla, pero la política de allí va seriamente cuesta abajo en el último año.

—La maquinaria de reclutamiento nativista —asintió Solaz—. Vimos algo de eso.

Trine soltaron un ruido desdeñoso.

—Oh, siempre ha sido así, querida amiga de mi corazón. Pero los nativistas tienen las manos vacías, todo lo que pueden hacer es dar cachetitos. Me refiero a los que empuñan cuchillos en sus manos. ¿Sabes a quiénes me refiero, corazón?

—¿Los Traicionados? —preguntó Idris—. Supongo que tienen gente de sobra a la que odiar sin mezclar la arqueología, ¿no?

—Eso podría parecer, pero no —insistieron Trine—. Según ellos, por supuesto que los humanos normales podrían haber ganado solos la guerra. Pero luego llegaron los inters y establecieron contacto con los Arquitectos… y llegaron a algún ominoso acuerdo con ellos, además de otros alienígenas y las parteni: los sospechosos habituales. —Los brazos de Trine se movieron burlones—. Pero ni siquiera los Traicionados pueden obviar el hecho de que algunos artefactos alienígenas salvaron a millones de personas, porque los Arquitectos no tocarán los restos originarios ni con un palo desde la órbita. En consecuencia, los Traicionados han empezado a asegurar que los originarios eran protohumanos: unos parientes espaciales místicos de la humanidad o alguna ridiculez similar. También aseguran que varias «facciones traidoras» están rapiñando los yacimientos originarios y vendiendo lo que encuentran a los alienígenas, a la Hegemonía o a quien sea. No hay ruinas originarias mayores que éstas, así que los Traicionados llevan al menos un año

llegando a Jericó en grupos pequeños. Mantienen la sincera creencia de que todos los de la excavación somos traidores a los que habría que pasar a cuchillo. Y yo, querida, soy tanto el único académico no humano que hay aquí como el principal experto en temas originarios. O, como decimos aquí, soy «un objetivo». Encontramos una bomba en un cajón con instrumental que pedí. Alguien detectó que había sido manipulado, afortunadamente. Y hace pocos meses, un tipo vino al campamento y me disparó en la pierna. Lo que ha sido… incómodo.

—¿Por qué sigues entonces aquí? —preguntó Solaz.

—Porque mi buena y vieja camarada la ejecutora mirmidón Solaz no se ha traído su nave —siseó Trine—. Mira, querida, no puedo irme sin más. No voy a pasearme solo por las calles de Villa Ancla o subir a un ascensor quién sabe en qué compañía. Y ésa es la razón, vieja hermana de armas, por la que esperaba que trajeras tu nave.

—¡Nos dijeron que no se podía volar hasta aquí! —casi les gritó Solaz.

—Bueno, es muy complicado —le respondieron Trine—. Pero si lo organizas bien, podrías… Si tienes un piloto muy bueno.

—Tenemos un piloto muy bueno —insistió Solaz, luego hizo una mueca—. Que está aquí conmigo y no en nuestra nave.

—Bueno, con mis mayores respetos hacia sus indudables cualidades como piloto, *menheer* Telemmier, ahora no les podemos sacar mucho partido, ¿no?

—¿Podemos hablar con Olli? —inquirió Idris—. ¿Qué tal funcionan vuestros comunicadores?

—Ahora mismo, cero. Acaban de encender la pantalla nocturna para mantener alejados a los sobadores —explicaron Trine—. Una vez que salga el sol, podemos encontrar una pausa en el ruido electromagnético para intentar enviar una señal. Tendrá que pasar por la estación transmisora de Villa Ancla. Pueden enviar el mensaje a vuestra nave por el cable. Es una ciencia inexacta.

—Quizá se pudiera dirigir una señal directa o algo así —dijo Solaz—. Un haz de luz intensa desde Villa Ancla aquí. Quiero decir, no tiene por qué ser mediante radio.

—Oh, lo han intentado. Sólo porque no seamos parteni no significa que no tengamos ideas —ironizaron Trine—. Las ruinas

originarias afectan de algún modo a la luz, querida. Algo interfiere con la señal. La mayoría de mis colegas dijeron que lo que les llegó estaba corrupto sin solución, desprovisto de contenido.

—¿Qué dijeron los demás? —preguntó automáticamente Idris, con la correcta sospecha de que la respuesta no le gustaría.

—Que les llegó un mensaje, pero no el que enviamos. Tenemos que cambiar al personal cada mes. Pesadillas, ya sabes. —La cara de Trine movió de forma alarmante sus cejas, con los ojos bien abiertos, e Idris decidió que ya había tenido bastante.

Cuando Idris no consiguió dormir, se encontró a solas en el campamento una vez todos se recogieron para pasar la noche. Sin que le distrajeran los demás, ya no pudo negar más tiempo la sensación. La había percibido desde el momento en que vio las ruinas, quizá desde que puso pie en ese mundo. Había una presencia en las ruinas originarias. No estaba muerta, aunque sin duda en algún momento fue mucho mayor y lo que quedaba no era más que un rescoldo. Lo que hubiera hecho de ese lugar lo que era, lo que despertaba el temor de los Arquitectos, seguía allí. El silencio que sentía incluía algo próximo, que no hacía ningún ruido… No sólo ausencia de sonido. «Y nadie lo sabe, más que yo».

Quizá había toda una investigación secreta sobre el tema en el seno de la Casa Ácida. Pero no lo creía. No había suficientes inters, ni tantos restos originarios. Nadie que uniera los puntos… Salvo él. Se sentía al borde de una revelación colosal, maravillosa o terrible, no podía saberlo. Y como no comprendía nada más, seguía en ese borde. El agotamiento por la tensión le mantuvo despierto durante horas, mientras la oscuridad daba paso a la aurora y luego volvía de nuevo. El campamento, descubrió, trabajaba un ciclo día-noche y descansaba entero el siguiente. No era algo que encajara bien con los ritmos humanos diurnos, pero dado que Idris los había perdido, quizá estaba mejor adaptado a Jericó que cualquiera.

—En resumen, salvo que sea una emergencia, bajamos la barrera electromagnética una hora cada dos días, para que la gente pueda llamar a sus seres queridos. O a chulos o corredores de apuestas —explicó Robellin—. Además, tenemos que subir y descargar ciencia, ya sabéis. Pedir suministros, ver las noticias, todo eso. Así que normalmente va lleno. Que consigáis línea con vuestro piloto, incluso si esquiváis las interferencias, normalmente va a ser que no.

—¿Es verdad eso? —dijo Solaz. La posición de su mandíbula sugería que el Señor Agujeros podría tener algo que opinar al respecto.

—Obviamente sabemos que Trine está en problemas, y que es por él. También… —El biólogo dirigió una mirada astuta hacia Idris —. Aquí vuestro colega ha hecho un descubrimiento. Algo que nosotros nunca imaginamos siquiera que se pudiera conseguir, ¿eh? Una prueba de la puta panda de aficionados que somos. Danos otro rato con él y cuando apaguemos los generadores seréis los primeros en transmitir. ¿Vale?

—¿Idris? —Al menos ella preguntó y no le dio órdenes.

—No sé qué puedo decirte —respondió Idris a Robellin—, pero sin problema.

Luego Robellin reunió a un público de geólogos, biólogos y excavadores del equipo de Trine, y dio comienzo a su interrogatorio. Le hicieron todo tipo de preguntas: sobre sus sentidos inters, cómo se sentía ante los lugares originarios, y más. Como preveía, tenía muy poco de valor que contarles, las mismas conjeturas extrañas y los fracasos en descripciones que no conseguía poner en palabras.

—Mirad —explicó al fin—, esto es lo que es ser un inter, ¿entendéis? Hay un lugar que sientes, y al que vas, ahí dentro. —Se dio unos golpecitos firmes a un lado de la cabeza—. Santa Xavienne nació así, y a los demás nos hicieron como ella. Lo mejor que pudieron. —Ante las miradas de incomprensión de esos jóvenes, siguió—: Cirugía, implantes, quimioterapia, la mayor parte del tiempo todo eso te mata, como comprenderéis. No deberíamos existir. Arruinas el cerebro de gente para crear algo como yo. —Al ver sus estremecimientos o expresiones desaprobadoras, pensó: «¿Cómo es que ni siquiera lo sabéis? Niños, no son más que niños. Hubo una guerra, así que por supuesto probaron con cualquier cosa».

Se refrenó para no empezar a desvariar como un viejo gruñón.

—Los que sobrevivimos… Está ese sentido que tenemos, dentro. Que nos permite hacer lo que hacemos en el nospacio. Pero antes que nada nos permitió hablar con los Arquitectos. Para decirles: «Eh, estamos aquí. Dejad de hacer eso. Nos…». —Dejó escapar una risita que le sonó peligrosamente histérica incluso a él—. «Nos

estáis matando. Dejad de matarnos», en resumen. —Miró desoladamente sus caras incómodas—. Estas minas que tenéis aquí me hablan de la misma manera. Y vuestros sobadores y el resto de las cosas lo escuchan también. Así que sí, puedo oír a este lugar haciendo esta cosa, sólo por estar aquí. ¿Es lo mismo que oyen también los Arquitectos, imagino, cuando se acercan a estos sitios? Pero no sé por qué lo escucho yo. Nadie sabe por qué. Si lo supiéramos, no haría falta matar a tanta gente para crear rarezas como yo.

Se dio cuenta de que estaban decepcionados y le hizo avergonzarse de ser tan inútil, tan ignorante de su propia situación. Luego Robellin le puso una mano en el hombro. No el toque de atención propio de los espaciales, sino un intento de confortarle.

—Está bien, tío —dijo el hombre, e Idris se dio cuenta de que había estado temblando como si tuviera hipotermia—. Que me jodan, yo pensaba que los inters simplemente pasaban por algo de entrenamiento secreto o…

—Lo siento —resopló Idris, como si fuera un niño que no podía hacer sus deberes—. Me gustaría aportar algo más.

—Mira, está bien. Sólo la idea de que el sitio funciona de esa puta forma, tío… —dijo Robellin—. Me aseguraré de que tengáis el tiempo necesario en los comunicadores.

Idris se sentía más miserable con cada palabra, como si los comunicadores fueran un premio de consolación. El diploma por participar, sin importar lo mala que fuera la actuación. Desesperado, siguió hablando.

—Si sirve de algo, os puedo decir dónde están las otras ruinas.

Hubo un silencio espeso, y luego uno de los arqueólogos empezó:

—Que tú… nos puedes… ¿qué?

—El resto de las ruinas. Salvo que las hayáis encontrado pero no hayáis podido llegar todavía hasta ellas.

—*Menheer* Telemmier, mi viejo camarada, ¿qué ofrece compartir con nosotros exactamente? —preguntaron Trine, acercándose a grandes pasos.

—Cuando nos encontramos al sobador, hubo un momento —siguió Idris, incómodo— en el que sentí… como si saliera de nosotros una pulsación de radar. Enviaba una onda por todo el

planeta, y nos devolvían pings, haciendo un mapa… Por ejemplo, hay una larga avenida por ahí —señaló, sin necesidad de pensar la dirección—. Y hay otro sitio al final. Debe ser… a unos ciento noventa clics hacia allí. Y… Bueno, ¿hay algún mapa, un mapa de satélite?

Una hora más tarde, les había dibujado lo que creía que debía haber ahí fuera. Si conseguían usar un escáner geofísico, o al menos hacer algún vuelo sobre la jungla, podrían comprobarlo. Y seguiría sin poder decirles cómo lo sabía. En los laboratorios del Programa de Intermediarios usaban cada maldito instrumento que se hubiera inventado para buscar la forma en que la información fluía desde el universo a su cabeza. Nada funcionó. Lo que conseguían se producía a otro nivel desconocido, como el nospacio.

Después de esa revelación, el personal de excavación le dijo a Solaz que podía utilizar los comunicadores todo el tiempo que los necesitara, y ella los dispuso para encontrar a Olli en la *Dios Buitre*. Los primeros quince minutos los pasó gritando al vacío de la estática; para ella fue frustrante, pero para Idris resultó francamente escalofriante. Porque sentado a sus pies en la tienda de comunicaciones, sentía como si pudiera notar que todo el planeta escuchaba, y dejaba oír su respiración en el canal abierto.

La interferencia electromagnética que fastidiaba sus transmisiones sólo era la porción visible de un cambiante zumbido continuo. La cacofonía tiraba de su mente, la vida local aprovechaba los canales abiertos por la presencia originaria. Se preguntó por esa forma de vida plástica, única, que había evolucionado en torno a las minas a lo largo de millones de años, con una capacidad suprema de sacar partido de su entorno. La biología de Jericó podía ser incluso más singular de lo que Robellin pensaba: podría ser la única biosfera conocida que se hubiera desarrollado para sacar partido del nospacio a nivel local.

—Deja que te ayude. —Se puso de pie, y Solaz se apartó del transmisor, desconcertada por su fracaso. Idris cambió de frecuencias, intentando superponerse a la conflictiva ola de balbuceos electromagnéticos de la jungla: árboles gritando sobre árboles, monstruos sobre monstruos, bichos diminutos gritándose unos a otros y un trillón de señales más. Sabía que existía un camino a través de todo aquello, pero seguía esquivándole. Solaz

había buscado a tientas, cegada. Pero si él sólo dejaba que sus manos actuaran sobre el transmisor, sin que se entrometiera su mente consciente…

—Villa Ancla a Ciudad Dorada, recibiendo, cambio. —Era la voz distorsionada del operador de transmisiones, débil y lejana. Solaz se abalanzó a responder mientras Idris hacía cuanto podía para mantener la conexión abierta. Ella casi pidió que le pusieran con la *Dios Buitre* antes de recordar su alias de *Cometa Jenny*. Unos pocos momentos después tenían a Olli en línea con un pequeño retardo.

—¡Ya era hora! —soltó la especialista de drones en cuanto la tuvieron en línea—. ¿Qué coño hacéis ahí abajo? —siguió, pero se cortó un momento antes de que Idris la recuperara.

—*Cometa Jenny*, aquí Ciudad Dorada. Tenemos a Trine pero necesitamos evacuación, cambio —dijo Solaz, con tanta claridad y cuidado como le fue posible.

—Sí, la necesitáis —les llegó la voz de Olli entre la estática—. Adivinad a quién encontramos atracado justo aquí Kit y yo. ¿Os acordáis de la *Raptórida*? Propiedad de ese cabrón magdano que hizo que arrestaran a Idris y el capitán.

—Sí, está aquí en el planeta —la interrumpió Solaz. Una interrupción que resultó en la pérdida del enlace durante cinco minutos enteros. Luego escucharon otra vez los débiles tonos de la estación de Villa Ancla y volvieron a estar conectados.

—Mira, no eres la única que puedes hacer mierda de espías, pati —afirmó con beligerancia Olli, aparentemente como parte de una retahíla que debía prolongarse desde hacía un rato. Solaz apretó los dientes.

—Ciudad Dorada a *Cometa Jenny*, repita, cambio.

—¿Que repita qué? ¿Vas a parar con…? —Y perdieron a Olli otro momento. Solaz siguió pidiéndole con paciencia que repitiera, hasta que volvió a sonar su voz—… diciendo que Kit hackeó los comunicadores de la *Raptórida*. Eso significa que Uskaro no puede encriptar sus mensajes.

—Olli, te perdemos cada pocos segundos. ¿Qué es lo que tenemos que saber, cambio?

—Oh. Vale. —Idris se imaginó a la especialista tragándose su fastidio—. ¿Pillasteis cuando dije que iban a por vosotros?

—No —dijo Solaz, conteniéndose—. No lo oímos.

—Piensan que fuisteis a llevaros a ese tal Trine —explicó Olli, con la estática subiendo y bajando detrás de su voz como si surfeara una ola—. Piensan que vais a robar secretos originarios o alguna porquería. Estuvieron esperando en Villa Ancla a que el colmenero fuera allí, pero que os fuerais a la excavación les descolocó y ahora están de camino. Puede que veinte horas detrás de vosotros.

Solaz parpadeó, e Idris pudo ver cómo calculaba. Se dio cuenta de que eso suponía que llegarían en cualquier momento si la gente de Uskaro usaba el mismo tipo de transporte.

—Olli, necesitamos evacuación, cambio. Necesitamos salir de aquí con Trine. —Solaz encontró la mirada de Idris. Los dos sabían que no era probable, dadas las condiciones atmosféricas locales.

Olli parecía verlo de otra forma.

—Bueno, por supuesto —dijo cortante—. Llevamos trabajando en ello desde que supimos que estabais en esa mierda. Quedaos quietos. Estaré con vosotros tan pronto como terminemos de reformar los escudos de la *Joan*.

—Espera, ¿qué vas a…?

—En serio, cuanto más tiempo perdamos con la charla, menos podré dedicar a salvaros el culo, niña pati. —Y entonces Olli cortó la comunicación, dejando a Solaz mirando furiosa a la nada.

Los dos salieron y agarraron a Kris.

—Vamos a tener compañía —anunció a Trine, Robellin y el personal de la excavación—. Nativistas armados procedentes de Villa Ancla que vienen a por Trine. —Todo el mundo la miró, Kris incluida—. Necesitaremos un perímetro defensivo. Menos mal que la jungla ralea junto a la excavación, o…

—Solaz, tía —le interrumpió Robellin con incomodidad—. Nosotros… Sabes que no somos soldados, ¿verdad?

Ella le miró y parpadeó.

—¿Lo dices en serio? ¿Sabes que hay un escuadrón de asesinos de camino?

—Eso acabo de escuchar. Ya intentaron matar antes a Trine, ¿verdad?

Idris miró a cada una de las caras cenicientas.

—Solaz —le dijo sordamente—, no podemos quedarnos aquí.

—No es la mejor posición defensiva —admitió ella, sin entender a qué se refería él—. Pero es donde Olli vendrá a buscarnos.

—Si nos quedamos aquí, habrá gente que salga herida. No es su pelea. Lo hemos jodido todo al venir.

—Eso no es del todo cierto, tío —dijo Robellin—. Quiero decir, Trine es uno de los nuestros, está claro, y vendrían antes o después, lo sabemos. Pero… nuestros reventadores no nos van a ayudar mucho si esos payasos tienen armas de verdad.

—Las tendrán. —Solaz seguía muy serena, e Idris se imaginó que su mente trabajaba como una máquina militar, examinando el problema. ¿Qué valor daba exactamente el Partenón a las vidas civiles? Civiles coloniales, además.

—Oigo vehículos… —informó alguien, con la voz temblorosa por el miedo—. ¡Vienen!

—Kris, Idris, Trine —llamó Solaz—, conmigo. Vamos a subir por el sendero y luego a la jungla. Cortaremos su avance y luego retrocederemos. Espero que les perdamos entre los árboles y podamos volver a tiempo para encontrarnos con la *Joan*, si Olli puede bajarla aquí. *Compris*?

Los demás asintieron, aunque Idris tuvo la sensación de que estaban lejos de *compris* nada. Como plan no era más que una serie de incertidumbres sujetas con pinzas.

—Estos tipos probablemente sean *voyenni*, guardianes de un boyardo magdano —le explicó Kris a Robellin—. Son muy agresivos, arrogantes… pero probablemente no se pongan a disparar como locos. Así que no les pongas pegas y cierra todo con llave. Van detrás de nosotros.

—Con suerte, no se quedarán aquí —añadió la parteni—. Lo siento. No podemos hacer más por vosotros.

19

Idris

Solaz les colocó a dos metros entre los árboles, donde podían entrever el camino desde Villa Ancla y mantener la cobertura. Kris estaba claramente descontenta por internarse en el bosque incluso esa pequeña distancia. Ya habían visto a los árboles de Jericó en acción. El propio Idris estaba extrañamente tranquilo. No es que sintiera que tenía algún lazo mágico con la desagradable ecología del planeta, y abortar el ataque de un sobador no lo había convertido en el archidruida de Jericó. Sabía que estaban muy cerca de la avenida sepultada que conectaba Ciudad Dorada con el siguiente resto originario, y confiaba en que esa construcción mantuviera alejados a los repulsivos depredadores. También podía equivocarse, lo que les podía costar la vida.

Lo que pensaran Trine de todo aquello era un misterio para todos. Habían apagado su cara para que el resplandor no desvelara su posición.

El sonido de motores que se acercaban había crecido de forma irregular. A Idris le sonaba como si los vehículos intentaran ir lo más rápido posible, pero no pudieran por la vegetación. Escuchó en la distancia una discusión. Puede que los malos estuvieran más preocupados unos con otros que por una potencial emboscada.

Había perdido de vista a Solaz por completo.

Luego los tres vehículos estuvieron a la vista por el sendero, dos coches con la cabina abierta sobre ruedas de globo y un gran camión cerrado detrás. El vehículo en cabeza llevaba a cuatro hombres. El segundo había cambiado a la mitad de su pasaje por unas llamativas dentelladas en un flanco, lo que sugería que algún

tipo de sobador había intentado incluir al vehículo en su menú. Los hombres parecían una mezcla de mercenarios locales y matones *voyenni*.

Idris asumía que Solaz habría preparado algún truco de salteadores de caminos. Ella saldría, apuntando al Señor Agujeros hacia ellos, que se rendirían ante su sola presencia. En su lugar, empezó por disparar al vehículo delantero y sus ocupantes. Mantenía las ráfagas en el acelerador, y convirtió en un desastre infernal la estructura del coche, atravesando el metal y el plástico, y prácticamente partiendo en dos tanto al motor como al conductor.

La parte posterior del vehículo se levantó sobre la delantera y pegó en el barro. Los dos *voyenni* que estaban reclinados atrás salieron despedidos hacia adelante, lo que les puso fuera de la vista de Solaz y probablemente les salvó la vida. El segundo vehículo, dañado como estaba, marchaba lo suficientemente despacio como para desviarse del accidente y sus pasajeros saltaron y echaron a correr. Solaz empezó a probar su puntería desde los árboles, con perdigones sueltos que atravesaban el coche partido tras el que intentaban resguardarse.

Luego empezaron a salir hombres del gran vehículo que iba en último lugar. La primera ola fue al menos de media docena, que empezaron a disparar indiscriminadamente a los árboles. Idris se mantuvo oculto, e intentó ver si los demás hacían lo mismo. Trine estaban agachados con sus piernas humanoides incómodamente en jarras, el pecho cerca del suelo y aguantándose con los brazos. Los mercenarios locales tenían lanzadores de proyectiles y armas reventadoras, pero los *voyenni* contaban con otras magnéticas y un par de aceleradores de verdad. Cortarían la armadura de Solaz con tanta facilidad como si fuera carne.

Cuando una salva especialmente salvaje trituró la vegetación situada encima de Idris, Solaz se arrodilló a su lado de repente.

—Vamos —le dijo—. Retirada.

—Pero no podemos —protestó Kris—. La gente de la excavación…

—Todavía no hacia la excavación. Iremos más adentro. Espero que les perdamos de vista. Vamos. —Solaz hizo gestos expresivos y volvió a levantar al Señor Agujeros. Mientras Idris se volvía en la dirección que había indicado, escuchó la voz aguda y resonante del

arma tres veces. Se arrastró sobre una elevación, y rodó indefenso al otro lado hasta que Kris le agarró.

—Ouch.

—Me preocupaba ser el fugitivo más inepto del grupo, viejo camarada —comentaron Trine con acidez—. Gracias por quitarme el honor. —Pese a su cojera, mantenían el ritmo de los demás.

Solaz había retrocedido a la cresta en su dirección, sin dejar de enviar unos disparos más a los perseguidores. Tan pronto como los perdigones salieron del Señor Agujeros, volvió a moverse. Se puso a cubierto en la cresta antes de que la descarga de respuesta arrancara el correoso follaje en el que había estado. Luego se adentraron aún más en el bosque, escurriéndose entre la arboleda muy tupida, tropezando con raíces que se retorcían bajo sus pies. «No son árboles, ¿recuerdas? Sino monstruos a los que ahora les conviene ese disfraz». Confió en que los *voyenni* toparan con algunos que optaran por un cambio agresivo en su estilo de vida.

Escuchó gritos detrás de ellos. Solaz se volvió, lanzó unos disparos en esa dirección y le empujó hacia adelante.

—Estoy decepcionado —resolló por encima de su hombro— con la máquina bélica del Partenón. ¿No se supone que valéis por un centenar de coloniales, o algo así?

No pudo ver la expresión de ella detrás de su visor.

—Se acaba la munición —dijo Solaz cortante—. Tantas ráfagas. No quisiera recurrir a los puños.

Un momento después pensó que había perdido por completo el rastro de Kris y Trine, pero era él quien se había salido del camino. Solaz tuvo que agarrarle del brazo y devolverle con los demás. Luego Kris dio un grito de alarma y hubo algunos disparos por delante, relinchando entre la espesa multitud de troncos y arrancando astillas de algo que no era del todo madera.

Solaz retrocedió e Idris vio dos impactos que daban en su armadura, haciéndola trastabillar. Sólo proyectiles, nada que pudiera atravesar su protección, pero lo peor estaba por llegar.

—¡Vamos! —les ordenó Solaz—. Vamos, seguid, yo os alcanzaré.

Kris pareció resistirse, pero había traído literalmente un cuchillo a un tiroteo y no bastaba. Otro grito de Solaz les impulsó a adentrarse aún más en la jungla, luchando por ascender una elevación del terreno usando raíces retorcidas como escalera y

sorprendiendo a un grupo de cosas saltadoras de un metro de largo. El aire gimoteaba con diminutas partículas de vida, revoloteando con alas que relucían cuando algo de luz conseguía filtrarse entre la cúpula vegetal. Y a su alrededor las bestias mayores elevaba una cacofonía de traqueteos y estallidos con la que los distintos monstruos manifestaban su disgusto.

—Idris, ¿adónde vas? —le gritó Kris, e Idris se dio cuenta de que se volvía a apartar. Había virado hacia la cima de una colina cubierta de árboles que se alzaban como los cabellos en una peluca de broma. Se deslizó de vuelta a medio camino, golpeándose con fuerza la rodilla en un tronco que habría jurado que acababa de aparecer en su camino. «Maldito planeta». Kris y Trine le esperaban. De algún lugar detrás de ellos les llegó un grito y un sollozo: la voz de un hombre, no la de Solaz.

—Mi antiguo conocido, veterano compañero, ¿te importaría parar? —le pidieron Trine de mal humor. Habían abandonado del todo la postura erguida y usaban los brazos para apoyarse en ellos mientras arqueaban las piernas como un saltamontes.

—Por aquí —dijo Idris. Las palabras surgían de una parte suya que no era la que regía su habla, sino de la misma que conocía el nospacio y había tocado la mente de un dios destructor.

—¿Qué? —Kris miró hacia la elevación—. De ninguna manera. Tenemos que seguir abajo.

Su mente se llenó de posibles explicaciones, pero no tenía las palabras ni el tiempo para buscarlas.

—Por aquí… y nada más. —Y luego empezó a moverse, confiando en que ella le siguiera y Trine no quisieran quedarse solos. Confiando en que Solaz les encontraría. Confiando… en sí mismo, lo que era complicado incluso en los mejores momentos. «Los inters se vuelven locos, todo el mundo lo sabe». Y nadie mejor que un inter.

Cuando Idris alcanzó la cima del siguiente promontorio, se arriesgó a mirar atrás y vio algo de movimiento. Solaz les había localizado y corría hacia ellos, deteniéndose un momento para algún disparo suelto antes de continuar. A su derecha, un ataque repentino agitó un par de árboles cuando el fuego cruzado los alcanzó. Luego él superó la colina y echó a correr a toda velocidad por el terreno traicionero, con Kris y Trine detrás. Algo sujetaba su

mente y se tropezó con la densa vegetación, rebotó en los troncos espinosos y cayó de cabeza. Consiguió liberarse de las raíces que querían descubrir de qué estaba hecho y si se lo podían comer. «Sería divertido de verdad si al final de este camino hubiera un monstruo con la boca abierta esperándome».

«Graciosísimo».

Luego vio una sombra a través de los árboles, enorme y gris. Por un momento pensó que de verdad era un monstruo, pero ya iba demasiado deprisa en su dirección como para detenerse. Terminó chocando contra un muro basto y cubierto de vegetación, y cayó sentado. Detrás, Trine se detuvieron, con Kris una docena de pasos por detrás y resollando para poder respirar.

—¿Qué ha encontrado? —La voz entrecortada de Trine surgió de su torso—. *Menheer* Telemmier, criatura capaz de notables sorpresas, ¿qué es esto?

—Defensas —respondió—. Muros. —Y luego llegó Solaz, casi llevándose por delante a Kris en su camino.

Era un lugar originario, una estructura suelta, pero se elevaba sobre el terreno, no eran sólo cimientos enterrados. A Idris le recordó el caparazón abandonado de algún molusco marino. Percibió tres muros concéntricos con accesos aleatorios, que terminaban en unas rocas dentadas de unos tres metros de alto. La jungla había superado allí su temor a los originarios, y había árboles que crecían muy próximos a las murallas. Unas parras serpenteaban sobre la pared desgastada, como si le buscaran un sentido.

—Esto valdrá —decidió Solaz—. Adentro.

—El científico en mi interior —comentaron Trine— protesta por el uso de un descubrimiento de los que se dan una vez en la vida como una protección contra disparos. Pero no demasiado. —Y se apresuraron a entrar mientras lo decía.

Solaz encontró una brecha en el muro de altura adecuada y estaba lista cuando se adivinó entre los árboles al primero de los perseguidores. Le envió tres perdigones uno detrás de otro, y los ecos resonaron en el aire.

—¿Cuántos quedan? —preguntó Kris.

—Al menos siete. —Escrutó los alrededores, pero no disparó—. ¿Habéis oído una nave?

—Todavía no. Y si Olli consiguiera bajar a la *Joan* entre las interferencias, lo haría en la excavación.

—Podríamos pensar algo para enviarle señales. ¿Pegar fuego a la jungla?

—Los materiales de Jericó no arden, amiga mía. Se desecan sin desprender ni siquiera humo —indicaron Trine.

—Este planeta no vale absolutamente para nada —gruñó Solaz. Disparó otra vez y tuvo como recompensa algunos gritos asustados —. Bueno, nos han atrapado aquí. Las murallas son duras, pero no nos valen como solución permanente.

—Un momento, escuchad —dijo Kris. A Idris le pareció como si ella estuviera retrocediendo. No físicamente, sino completamente en otro plano… en el que estaban todos. Lo que suponía, por supuesto, que era algo de Idris, no de los demás. Algo en la estructura que les rodeaba le estaba afectando a la cabeza, expandiendo su consciencia, y no se sentía cómodo con ello en absoluto.

Se sentó, apoyándose sobre la superficie abrasiva del muro, lo que le desgarró la túnica. Ninguno de los demás se dio cuenta.

—¿Es eso la *Joan*? —estaba diciendo Kris—. Ojalá estos putos monstruos se callaran un segundo.

Se callaron.

Idris gimió, porque eso lo había hecho él. No intencionadamente. Pero el deseo de Kris había pasado del cerebro de Idris a la construcción que les rodeaba… y después al mundo. Consiguió convertirlo de alguna manera en un grito, y cada maldito habitante de esa jungla monstruosa se detuvo a medio rugido, medio graznido, medio chillido… porque quería saber qué había sido eso y si era comestible.

—Hum… —empezó Kris. Pero los *voyenni* habían interpretado ese silencio como señal para iniciar un ataque. Avanzaban entre los últimos metros de arboleda, disparando a la vez. Solaz alcanzó a uno en la cabeza, luego soltó al Señor Agujeros porque un tipo grande les pilló por sorpresa. Se había colado a través de la pared empuñando una pistola magnética. Solaz agarró el cañón y lo retorció con una fuerza incrementada por los servomecanismos. Él la abrazó y la aplastó contra la pared; era tan alto y ancho que ella parecía como una muñeca entre sus brazos. Luego ella le lanzó una rodilla reforzada contra el esternón y buscó la nuca con el canto de

la mano. Él la soltó, pero ya había otro hombre detrás, y uno más. Idris estaba ante el cañón de una enorme arma de proyectiles y no se podía mover, literalmente. Tenía el cuerpo paralizado por el miedo, con su mente vagando junto a una multitud de horribles hadas alienígenas.

Kris acuchilló al hombre en la mano y el arma se disparó. La bala rebotó por las paredes antes de alcanzar el cuerpo de Trine, casi sin impulso. Luego el *voyenni* herido sacó su propio cuchillo, más parecido a un machete, e intentó cortar a Kris. Ella le esquivó en el limitado espacio, tirando cuchilladas a su cara para mantenerle a distancia.

Idris sentía como si estuviera viendo un mediotipo en el que se sucedían hechos improbables, de los que le ocurrían a otras personas. Su mente estaba llena de un millar de cosas vivas, en conexión con toda la vida electromagnética de la jungla a través de la torre en que se encontraban. Ésta era como un cerebro, pensó, pero un cerebro en lucha consigo mismo, que peleaba por el control, neurona contra neurona. «Lo mismo que mi cerebro, entonces».

El cerebro arbóreo no le obedecía. Tenía sus propias ocupaciones. Salvo que esta torre era como una especie de estación de transmisión. No de un tipo que pudiera reconocer el operador de Villa Ancla, pero se había construido para mejorar y enviar señales. Y en ese momento él era la única fuente.

Quizá había algún modo de que coincidieran sus deseos y los impulsos de la biosfera que les rodeaba.

«Mantenlos fuera», intentó decirle, pero sabía que ninguna palabra había escapado de sus apretadas mandíbulas. Solaz había empujado a su oponente contra el *voyenni* de Kris, luego consiguió sacar a los dos. Volvían con refuerzos, pero les mantenía fuera de la muralla. Idris sólo podía admirarse por su economía de movimientos. Los *voyenni* eran matones entrenados, producto de una cara educación en la brutalidad y la intimidación. Solaz había sido diseñada como una soldado, en cuerpo y alma. También estaba protegida por una armadura parteni de primera categoría y entrenada para pelear desde niña. Eran demasiados como para que pudiera pasar al ataque, pero aguantaba.

Algo aulló fuera, una voz humana aterrada. Idris sintió cómo le

subía vómito a la boca, porque de algún modo él estaba también fuera, alimentando ese terror. Era culpa suya. Alguien más aulló, y paró poco después porque una boca que era mitad tentáculos y mitad dientes mellados se había cerrado para cortar a su objetivo en dos, y masticaba los restos con una fila de cuchillas curvadas hacia atrás. Hubo más disparos y gritos, que no se dirigían esta vez hacia la torre. Idris se sentía arrastrado, indefenso, conectado al monstruo. Iba de víctima en víctima mientras su defensor daba una horripilante zancada tras otra, cazando a cada nueva presa. Ni siquiera comprendía la naturaleza de esa bestia. Su conexión era íntima, interna. Sólo pudo ver relámpagos de algunas partes horrorosas, sin captar el conjunto sin duda igualmente horroroso.

Solaz tenía la espalda contra la pared, a la espera del siguiente enemigo, pero luego vio algo más de lo que preocuparse. Kris lo distinguió primero y se quitó de la abertura. Más tarde le contaría a Idris sobre un cuerpo en forma de saco con demasiadas patas esqueléticas y largas, moviéndose como si estuviera sujeto con cuerdas. Estaba muy alto en la bóveda arbórea, con piernas repartidas entre los árboles. Y estaba atrapando formas humanas y cortándolas, para luego recoger lo que quedaba como si intentara leer el futuro en las vísceras.

—¡La *Joan*! —gritó de repente Solaz. E Idris, cegado dentro de las ruinas, era plenamente consciente de la llegada de un nuevo intruso en el cielo. Sentía cómo la biosfera se doblaba a su alrededor, la desaparición del gran coro rugiente de electromagnetismo para dar paso al escudo gravitacional de la nave. Olli estaba pilotando sin ayuda de instrumentos, sin nada. Se dio cuenta con horror de que llevaba la escotilla abierta. En ella se veía a su presunta salvadora, sentada en el escorpión, mirando afuera, conectada al puesto de mando, haciendo volar todo aquel circo por intuición y cables. Y no les podía ver, sepultados como estaban por la jungla.

Pero Idris sabía que debía de tener un canal de comunicación abierto. Él la escuchó enviar señales a la excavación, con la esperanza de atravesar los árboles para llegar hasta ellos. Quizá incluso ya había recibido alguna frase de Robellin maldiciendo, diciéndole que su tripulación no estaba allí, que estaban…

—No sé lo que pasa ahí, pero los mercenarios no se van a quedar

quietos para siempre —dijo Solaz—. Necesitamos enviarle una señal a la *Joan* y esperar que pueda descender lo suficiente como para que subamos a bordo.

«Necesitamos enviarle una señal. Para eso vinimos a una estación». En ese momento los pensamientos se movían en su cabeza como los trastos que dejas sin asegurar sobre la cubierta de una nave. No tenía idea de lo que sabía antes de llegar allí ni de lo que sabía ahora. El contacto con el mundo exterior, con la jungla, estaba devorando su capacidad mental.

Una estación de comunicación destrozada, de millones de años de antigüedad, casi toda enterrada bajo sus pies. Su intrincada estructura en forma de caparazón se hundía en la tierra medio kilómetro. Y no estaba muerta, porque la tecnología originaria no podía morir. Cada parte de ella extendía una sombra más allá de lo real, incluso los pequeños bastones y demás baratijas que la Hegemonía transportaba y empleaba para reclamar planetas enteros. La propia construcción y sustancia de esa antigua tecnología señalaba hacia esa función y sentido. Había todo un mundo atrapado en esas cosas que nadie se había imaginado.

«Esto es una estación de señales. Así que envía una señal». Era un uso nimio de lo que había encontrado, pero lo único que necesitaba que hiciera. Y como a cualquier demonio de poder desconocido, era mejor no pedirle demasiado. «Ten cuidado con lo que deseas».

Envió una señal a Olli, indicando su localización de la forma más clara que le fue posible. Eso fue todo lo que hizo. El bosque se sobrecogió en ese momento a lo largo de un centenar de metros en todas las direcciones, incluyendo a cada monstruo, árbol y cosa chirriante, aullante o tronante, pero eso no era más que circunstancial. Todo el murmullo electromagnético a su alrededor se convirtió en un solo mensaje por apenas un segundo: el medio para un objetivo, hacer llegar su posición al ordenador de vuelo de la *Joan*.

El último *voyenni* que quedaba disparó al azar contra la *Joan* cuando descendió tambaleándose, virando y flotando entre los árboles mientras Olli dejaba caer una escalera de cadenas. Solaz devolvió el fuego, consumiendo la última munición que le quedaba al Señor Agujeros. Se quedó en el suelo mientras Kris y Trine

trepaban por la escalera. Luego se echó a Idris a hombros y puso un pie en la escalera para que Olli pudiera recogerla. Tan seguro como el infierno que Idris no estaba en disposición de subir por sí mismo.

Kris

—Entonces —gritó Olli mientras su exoesqueleto luchaba por cerrar la escotilla—, ¿está Idris en condiciones para sustituirme?

Kris se arriesgó a mirar al piloto y vio que tenía la piel cerúlea y la cara con los ojos muy abiertos; daba la impresión de que hubiera pasado por un mal viaje.

—No creo que Idris pueda ser de ayuda por un rato.

—De acuerdo, bien. —Olli se abrió paso a través de ella y Solaz y encajó su estructura en medio del compartimento de pasajeros. Ocupó casi todo el espacio disponible—. Seguiré haciendo esto además de lo mío, ¿no?

—Eso no es justo —objetó Solaz.

—No te pedí tu opinión. —Olli parecía también agotada. Su escorpión estaba enlazado físicamente a la consola del piloto con cables fuertemente aislados, y el interior de la *Oscura Joan* crepitaba bastante con campos electromagnéticos. Kris intuyó que habría trucado el motor gravitacional de la paquetera para interferir con el campo electromagnético natural de Jericó, pero tenía que conseguir también que la nave siguiera con sus operaciones básicas. Obviamente no era divertido mantener en marcha todo aquello.

—La maldita tecnología pati no ayuda. No la diseñáis para que se pueda tocar —añadió Olli, y dirigió a Solaz otra mirada de disgusto—. Éste es vuestro amigo colmenero, ¿no?

—Y hola a ti también —dijeron Trine. Miraban con pena la pierna dañada, que estaba doblada en un ángulo inquietante—. ¿Puedo al menos asumir que vuestra nave tiene un taller adecuado?

—Las herramientas de Medvig tendrán que serviros —dijo cortante Olli. Luego la *Joan* escapó de la atmósfera de Jericó y pusieron rumbo a la señal de la *Dios Buitre*—. Kit estará en modo pánico —predijo la especialista—. No hemos tenido contacto desde hace demasiado. *Buitre*, aquí la *Joan*. Ya vamos.

Los últimos vestigios de la atmósfera superior ardieron tras ellos cuando Olli aceleró la paquetera a una velocidad respetable, cortando la curvatura del planeta. Kris miró la consola de navegación e interpretó las lecturas.

—¿No vamos al ascensor?

—Hemos despertado cierta atención ahí —le dijo Olli—. Y luego está lo que Kit encontró en las comunicaciones de la *Raptórida*. Podríamos habernos quedado sentados esperando que nos cubriera la identidad falsa de la *Cometa Jenny*. Pero ¿quién sabe si ese zurullo magdano no habrá contratado a alguien con dos ojos y medio cerebro? Así que decidimos que no queríamos jodiendas con permisos cuando llegara el momento de largarse. A saber quién podría andar buscándonos, ¿no?

—Sí —convino Kris.

—*Buitre*, aquí la *Joan*. Kit, dime algo útil. —Olli se dejó reposar en el exoesqueleto, dirigiendo la nave con los ojos cerrados ahora que los sensores e instrumentos se habían librado de interferencias.

—Si está del otro lado del planeta, las interferencias afectarán a nuestra señal —sugirió Solaz.

—Sí, puede ser. —La especialista no sonaba muy convencida—. Kit, cangrejo de mierda, dime algo.

—No puedes llamarle así —le dijo Kris de forma automática.

—No le importa.

—No lo sabes, así que no lo hagas. Y ya que te pones, termina ya con lo de «pati».

Olli se la quedó mirando, obviamente preparando algún comentario ácido, y luego lo dejó correr de forma igual de visible.

—Vale. ¿Puedo entonces llamarle cabrón hanni…? Oh, maldita sea.

Habían atrapado a la *Buitre*. La pulcra forma del doble de tamaño de la *Raptórida* parecía envolver como un murciélago depredador a la *Dios Buitre*. Pudieron ver que estaban unidas por un umbilical.

—Tenemos comunicación —observó Olli sin entonación—. El vagón de la mierda nos saluda.

—Ábrela —sugirió Kris—. Dámelo. Hablaré yo.

—No digas nada hasta que sepamos de Kit.

—Lo sé. —Pasó sobre las extremidades semiplegadas del

escorpión y se dejó caer en el asiento del piloto. Después de la persecución y la pelea en el bosque carnívoro, esto era lo último que necesitaba.

—Buen día, tripulación de la *Dios Buitre*. Supongo que ya no es necesario vuestro falso alias.

—Es un alias verdadero —dijo Kris—, la identidad es falsa. —La pedantería no le iba a proporcionar ningún premio a la diplomacia, pero no estaba de humor para hacerse la simpática—. Identifíquese.

—Pensé que reconocería a mi *Raptórida*. —Lo que sí reconoció fue la voz, aunque no le daría al boyardo la satisfacción de admitirlo—. Y tú eres la abogada. Te recuerdo. Tuvimos un agradable intercambio de pareceres hasta que nos interrumpió vuestra guerrera bollera. Tienes el honor de hablar con el boyardo Piter Tchever Uskaro. Yo, por otra parte, tengo la desgracia de dirigirme a una banda de criminales en busca y captura.

«Anda que no le gusta escuchar su propia voz», pensó Kris.

—Ahora os sugiero que desviéis el rumbo para atracar a mi lado, *mesdam* abogada. Trae también a tu cliente inter. En caso contrario, tu ave carroñera emprenderá un largo vuelo gravitatorio en picado.

—No entraré en ningún tipo de negociaciones hasta que hayamos hablado con nuestra tripulación en la *Buitre* —dijo Kris—. Si cree que va a chantajearnos con la nave, vuelva a pensárselo.

Hubo una pausa. Uskaro transmitió luego por un canal abierto.

—*Buitre*, puede hablar.

Recibieron por el comunicador un balbuceo frenético de rasgueos y chirridos, junto con gran cantidad de textos e imágenes. Desde luego parecía obra de Kittering. Olli lo organizó rápidamente, decodificando una larga queja para encontrar los detalles que Kit había escondido en el mensaje. Era una vieja estrategia hanni.

—Hay dos tipos con él. Entraron y le encañonaron antes de que pudiera hacer nada. El pobre cabrón tampoco es que sea exactamente un piloto. Pero sigue vivo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó Kris—. No veo a Solaz asaltando la *Raptórida* y liquidándolos a todos. ¿Idris?

Miró hacia atrás para ver al intermediario sentado con la espalda apoyada en el casco, con aspecto enfermo.

—¿Alguien a quien podamos llamar? —graznó Idris.

—Ningún amigo cerca —dijo Olli.

—Podemos pelear. Tengo otra vez el cargador lleno —declaró Solaz con serenidad—. Nos ponemos los trajes por si nos alcanzan. Les dejo el casco lleno de agujeros, y se quedan sin algunos sistemas importantes.

—Así lo hacéis en el Partenón, ¿no? —le preguntó Kris con franqueza.

—En el Partenón tendría al menos otras tres compañeras con la misma equipación y entrenamiento que yo. Y entonces, sí, haríamos eso exactamente, con absoluta confianza. Ahora mismo, sólo conmigo, no es un plan ideal. Pero el tipo quiere esclavizar a Idris y no va a dejarnos marchar tranquilamente a los demás, dados los problemas que le hemos causado. ¿Alguna otra idea?

—Sí —insistió Kris—. Siempre hay otras opciones… Démosle una oportunidad al diálogo. Al boyardo le gusta hablar. Y si terminamos con Idris indemne y nosotros también nos vamos vivos, podremos liberarlo dentro de un tiempo. Acordamos un punto de encuentro, Idris lleva allí a la puñetera nave donde sirva, y tendremos piratas esperando. Conocemos a algunos piratas. —Se enfrentó a las cejas levantadas de Solaz—. Sí, así es. Estar vivo es mejor, es lo único que digo. Dejadme hablar con ellos.

—Si hablamos, perdemos nuestra mejor oportunidad de pelear —dijo Solaz, pero en un tono que manifestaba que se estaba haciendo a la idea.

—*Raptórida*, nos aproximamos —informó Olli desprendiendo veneno.

—Por supuesto que sí —respondió Uskaro, enormemente satisfecho de sí mismo—. Os atenderá uno de mis hombres, mientras yo me ocupo de los temas principales.

—Personal menor para los temas menores. Estupendo. —El gesto de la especialista parecía presagiar truenos.

—¿Idris? —preguntó Kris. Él la miró sin mucha expresión.

—Escoge un sistema —le animó Solaz—. Tendré allí preparado un equipo el tiempo que haga falta. Tan pronto como te den libre acceso a los controles de la nave…

—Y entonces seré vuestro, en vez de suyo —murmuró.

Solaz apartó la mirada. Kris buscó ira, frustración o incluso culpa en su rostro. No encontró nada de eso. En su lugar había una

inesperada tristeza.

—Llegados a ese punto… No creo que pueda pedir a mi gente que vaya tan lejos, incluyendo el ataque a una nave colonial, para terminar sin nada. Pero ¿no será mejor el Partenón? Somos mejores que los magdanos, ¿no te parece?

—Iremos a por él nosotros —dijo Olli sin tapujos—. Nosotros… Podemos recurrir a piratas, ladrones, lo que sea. Y no empezaremos una puta guerra.

—Solaz, vieja hermana de armas —añadieron Trine—, me siento mucho menos que satisfecho por este desarrollo de los acontecimientos.

—¡En cuanto a ti…! —empezó Olli, pero luego Kris la interrumpió.

—¡Esperad! ¿Qué es eso? —Había mantenido un ojo en el tablero del piloto, y la *Joan* mostraba algunos ansiosos avisos de alarma temprana.

—¿Qué pasa ahora? —Olli dirigió su atención a los mandos y comprendió lo que ocurría—. Hay alguien más. Otra nave.

—Amigos supongo que no —dijeron Trine irónicamente.

—Supones que no correctamente. No tenemos un puto amigo por aquí cerca —respondió Olli—. Están saludando a la *Raptórida*… Oh, benditos sean tus piececitos bailarines, Kit. Aún sigue conectado a los controles, aunque le estén mirando por encima del hombro. Nos envía la comunicación. Escuchad.

—*Raptórida* —llegó una voz tenue, con un ligero acento nasal. Kris reconoció que venía de algún lugar central y asentado en las Colonias—. Aquí la *Martillo Ácido* pidiendo audiencia con el respetado boyardo Uskaro del feudo Yachellow.

Idris se puso de pie con tanta energía que dio con la cabeza en la curva del casco.

—Esto tiene que ser un chiste muy malo —anticipó.

—¿No es ácido…? —empezó Kris, insegura.

—Dicen que son la policía secreta —dijo él, y cuando eso no pareció tener mucho sentido ni siquiera para él, añadió—: La policía secreta a la vista de todos. Cuando la Casa Ácida se deja ver, lo muestran hasta en los nombres de sus naves.

Por los comunicadores llegó la voz del operador, que parecía asustado.

—*Martillo Ácido*, aquí la *Raptórida*. El noble boyardo le solicita sus credenciales y pregunta a qué debe el placer de su visita.

—El hijo de puta nativista se vuelve más cuidadoso cuando aparecen las autoridades de verdad —murmuró Olli—. Supongo entonces que el Hum en su conjunto no les pertenece todavía.

—Está llegando algún tipo de identificador. Parece… ¿auténtico? ¿Idris?

—No soy un experto. Si te parece auténtico, probablemente lo sea. La Casa Ácida. Maldita sea. —El solo pensamiento parecía ponerle enfermo—. Han venido a por mí.

—Por algún motivo se te olvidó mencionar alguna vez que el escuadrón de espías del Hum estaba detrás de ti —observó Kris, aunque adivinaba que al menos la mitad de aquello sería su habitual paranoia.

Seguramente, porque él dudó.

—Bueno…

—Quiero decir, no es como si no nos hubiéramos metido en un sinfín de problemas en los últimos tiempos —siguió ella con calma —. Puede que no todo lo que pasa sea por ti.

—*Raptórida*, aquí el agente Havaer Mundy de la Oficina de Intervención. Reclamo prioridad sobre la nave que retienen y su tripulación. Aprecio su asistencia al haberles retenido, pero tenga la amabilidad de devolver a quien haya trasferido a bordo y desacoplarse. Tomaré nota de su cooperación… Y la Casa Ácida lo recuerda siempre todo. —Las palabras surgían sin demasiada afectación, como mero asunto de trabajo sin amenazas implícitas, hasta que se leía entre líneas. «Le tiene bien tomada la medida a nuestro amigo Uskaro».

—Ahora nos saluda a nosotros —dijo Olli, y escucharon la misma voz tranquila.

—Nave paquetera parteni *Oscura Joan*, creo sinceramente que no transportan personal diplomático o datos restringidos que les coloquen fuera de nuestra jurisdicción. En consecuencia les pido que sigan con su rumbo original y amarren con la *Dios Buitre*, que voy a poner bajo mi control. Por favor, no se desvíen de ese rumbo.

Kris consiguió una imagen de la *Martillo*, que navegaba a cierta velocidad. Era una nave de morro chato compuesta por una cabeza pesada y un toroide corpulento. Lo más cerca que se podía estar de

ser una nave de combate ligera sin llevar los colores de la armada. Kris incluso pudo ver dos filas de aceleradores pesados listos para despedazar a cualquier nave que no obedeciera órdenes.

—¿Qué tal son los escudos de la *Joan*? ¿Podríamos sobrevivir a eso? —preguntó, señalando el armamento.

—Por muy poco tiempo —confirmó Solaz—. Estamos enormemente superados en este caso… Y la *Buitre* no podría soportar esa potencia de fuego en absoluto.

—La *Raptórida* se retira —observó Olli—. Tampoco les gusta, y son más fuertes que nosotros.

—No quieren estar en la lista negra de la Casa Ácida. Ni tampoco nosotros —dijo inexpresivamente Kris.

—Nosotros ya lo estamos. ¡Mira qué cabrón han enviado a buscarnos!

—Piensa en todos los líos en los que nos hemos metido últimamente. ¿Crees que el Hum no se entera en el momento en que corre el rumor de que arrastramos una nave tocada por los Arquitectos a Pulmón-Cuervo? —preguntó Kris—. Esto no tiene por qué ser nuestro problema. Puede bastar con que seamos sinceros y honestos, y no asumamos que van a jodernos.

—Van a jodernos —insistió Olli—. Pero no veo que podamos hacer otra cosa que resignarnos. Kit está ahí fuera y ni siquiera es ciudadano colonial. Estaría totalmente jodido si nos piramos.

Intercambiaron miradas: Olli a Idris, Idris a Solaz, Solaz a Kris. La cara holográfica de Trine mostró una serie de expresiones frustradas, mirándolos a todos a la vez.

—*Martillo*, aquí la *Oscura Joan*. Ahí vamos —confirmó Kris. «Mejor que estar a merced de los magdanos. Puede ser. Quizá».

20

Havaer

—¿Havaer Mundy? —preguntó Keristina Soolin Almier—. Espere, ¿como el plumilla? ¿El tío de las «opiniones viajadas»?

Havaer se la quedó mirando. No era frecuente que alguien diera comienzo a una entrevista con él tomándolo por sorpresa, pero aquí estaban. Y era el inconveniente de tener una identidad pública bajo el mismo nombre que su actividad como espía, desde luego, pero no era frecuente que sus dos mundos entraran en conflicto cuando no los juntaba él directamente.

—Es un camuflaje —le dijo—. Puede imaginarse que aquí ejerzo mi labor principal.

—Oh, claro. —La mujer seguía pareciendo totalmente cómoda, locuaz, dispuesta a colaborar—. Me gusta su estilo.

—Eso es muy amable por su parte —respondió automáticamente Havaer, sacudiéndose un toque de surrealismo. Estaban nada más que ellos dos y una grabadora, en el corazón de la *Martillo Ácido*. La sala de interrogatorios estaba intencionalmente desnuda, sólo mobiliario metálico y paredes desnudas adornadas únicamente con mínimos detalles de maquinaria. Lo suficiente como sugerir que la sala podía usarse para otros propósitos que mantener conversaciones amigables. Almier no parecía haberlo notado—. *Mesdam* Almier, puede imaginarse qué he venido a discutir. Esperaba hablar con el capitán Rostand, pero entiendo que…

—La Cosecha Rota le mató.

—Sí. Mientras recuperaban su nave, que les habían arrebatado. Hay quien podría decir que era una tarea fuera del alcance de una tripulación de rescate.

—Hay quien no conocía a Rollo —le respondió con una sonrisa dura—. Además, hay quien no tiene una nave y una soldado parteni a mano.

Havaer tuvo el impulso irracional de aleccionarla sobre cómo comportarse en un interrogatorio. «Minimiza la implicación del Partenón, o al menos haz que te obligue a admitirla». Y era abogada, ¿no? Licenciada en Scintilla, de todos los lugares posibles. Un comienzo muy poco corriente para terminar trabajando en el circuito espacial. Había leído un informe sobre ella, y sobre todos los demás… De los que había. El de Almier era más detallado que el resto, con un pasado conocido que no era simplemente nacer en la vida espacial. Había terminado de forma poco grata. Con un derramamiento de sangre que le había costado caro, aunque fuera legal según los ridículos códigos de duelo de Scintilla.

—¿Qué le pasó a la *Oumaru*?

—La dejamos. En el vacío profundo. Quiero decir, puede pedirle a Idris que le lleve allí. O podemos volver con la *Buitre*, y traérsela…

—Tenemos nuestro propio navegante intermediario —le dijo. «Así que no penséis que vais a desaparecer sin más». Intentaba como podía hacer el papel de interrogador duro, la extensión de la sombra de la Casa Ácida, pero ella parecía totalmente despreocupada al respecto. Debería inquietarle que empleara mano dura, con acusaciones de traicionar al Hum con el Partenón y demás. Pero era difícil apretar las tuercas a alguien que era tan asquerosamente cooperativa. Parecía más fácil mantener una actitud policial estándar y dejarla hablar, a ver qué ponía sobre la mesa.

—¿Y por qué estos mafiosos de la Cosecha Rota se implicaron? —Algo que tenía un interés personal por descubrir, dada la desagradable entrevista a la que sobrevivió por poco.

—Dijeron que la *Oumaru* era una nave suya, o que llevaba su carga. —Ella se encogió de hombros—. O, tal vez… Puede que el propio pecio tenga un valor, ¿verdad? ¿Quién no querría tener la ocasión de echar mano a unos restos Arquitecturizados? Al fin y al cabo, por eso vinimos a por el delegado Trine. Queríamos saber lo que teníamos, ahora que lo teníamos.

—¿Para cubrir pérdidas?

Su mirada levemente reprobatoria le hizo sentirse mal por sus palabras.

—Nuestras pérdidas fueron tres amigos muy queridos, *menheer* Mundy. Pero seguimos necesitando ganarnos la vida, y, ¿qué tal si podemos vender algo a usted, al Partenón, a algún consorcio hanni? Quiero decir, los Arquitectos son un problema de todos, ¿no? Incluso la Hegemonía podría estar interesada. Probablemente ahí estaban los compradores de Aklu el Gancho.

Él se permitió pestañear sin ofrecer ningún signo de reconocimiento.

—¿Quién?

—Oh, vale. —Flexionó los dedos con entusiasmo—. Agente, deje que le cuente sobre el jefazo de la Cosecha Rota, porque ése sí que vale la pena…

Había intentado interrogar al hanni, cuyos permisos de comercio coloniales transcribían su nombre como Kr'k'ctahrr, aunque sus compañeros humanos se referían a él como Kit o Kittering. Havaer más que sospechaba que el alienígena abusaba de las dificultades de comunicación entre especies para frustrar cualquier tipo de interrogatorio. Y aunque la Ácida mantenía a sueldo a algunos hanni, no tenía tiempo de pedir ayuda a ninguno. Así que era un sospechoso inútil.

El delegado Trine resultaron ser otro callejón sin salida. Ni siquiera formaban parte de la tripulación de la *Buitre*, sino que eran un académico con una lista de méritos coloniales tan largos como un brazo humano. El problema era el título de «delegado». Los activos colmeneros eran de fácil acceso, bajo los acuerdos existentes entre el Hum y la Asamblea colmenera. Un delegado era otra cuestión: un honor raramente otorgado por los colmeneros, y sólo conferido a entidades de singular importancia y sabiduría. El Hum había aceptado no molestarles salvo después de pasar por lentos canales oficiales. A cambio de que los colmeneros respetaran a los diplomáticos del Hum y, para qué ocultarlo, a sus espías. Al final resultaba que la *Oscura Joan* transportaba realmente a alguien con inmunidad diplomática, pero sus credenciales eran de la Asamblea colmenera y no del Partenón.

Olian «Olli» Timo era otra cuestión. La sacaron de la estructura castigar con la que se movía con una cuidadosa mezcla de

razonamientos y amenazas veladas, aunque eso no le quitó las ganas de pelea. Se metió en un andador de seis piernas en su lugar. La tripulación de Havaer hizo cuanto pudo para escanearla en busca de armas ocultas, pero la cosa era un desastre de partes sueltas y tecnología incompatible, y los espaciales eran tan jodidamente ingeniosos con sus apaños… Hasta donde podían decir, la cosa al completo podía ser una bomba o un cañón acelerador casero.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Entonces, qué? —Olli flexionaba los muñones y un pie del andador rascaba el suelo de metal como uñas en una pizarra.

«Pondré alguna alfombra cuando lleguemos a puerto», se juró Havaer, escondiendo la forma en que el sonido le taladraba la cabeza.

—*Mesdam* Timo, sabe por qué estamos aquí….

—No diré nada.

—Es usted una ciudadana colonial, *mesdam*. ¿Le molesta que su gobierno se preocupe cuando parece que vuelve la guerra? —Responder a su brusquedad con brusquedad probablemente fuera la mejor estrategia.

—No es mi gobierno. Sabe que los espaciales no tenemos voz en lo que se decida en Berlenhof.

—Cuénteme sobre la *Oumaru*.

—No le diré nada. Ni una palabra. Consejo de mi abogada.

—*Mesdam* Timo —insistió Havaer, con calma—, acabo de tener una conversación absolutamente agradable e informativa con su abogada.

—Entonces no me necesita.

—Cambiemos de tema, entonces. Cuénteme acerca de la Cosecha Rota.

—Esos cabrones —dijo ella, olvidando al instante que no le iba a decir nada. Procedió a describir el cártel, su líder essiel, sus matones tothiat y otro montón de temas sin que él la incitara. «Mesmon era el que formaba parte de la lección de anatomía cuando estuve allí».

—Estupendo, no le gustan —concluyó por ella—. He tenido mi propio trato con ellos cuando seguía la pista de ustedes. Este Mesmon, el que mató a su capitán…

—Se la devolvimos a ese cabrón.

—No. —Y vio cómo su cara pasaba de la relajación a tensarse como un puño. Le contó lo que había visto, la forma en que el Inefable Aklu castigaba el fracaso de sus servidores más resistentes. A ella no le gustó que Mesmon siguiera vivo, pero se dio cuenta de que no le importaba que estuviera vivo y desollado, y valoró tanto la información como la imagen mental de la tortura del tothiat.

—Cuénteme acerca del Partenón.

—¿Esas cabronas eugenicistas? Oh, eso es lo que le tiene el culo torcido, ¿verdad? Me lo imaginaba. —Se inclinó hacia adelante con un movimiento de sus muñones flácidos—. Déjame que le cuente exactamente lo que pienso de esas mierdas…

Lo que le llevó a la que preveía como la entrevista más dura.

No habían convencido a la parteni de que se quitara su armadura. No estaba bajo arresto, aunque Havaer tenía amplios poderes en lo referente a operativos extranjeros en el espacio colonial. Su documentación era válida a primera vista, pero apestaba a espionaje en cuanto le echó una mirada experta. Tenía con él a tres marines, también blindados y con aceleradores. Si empezaban los problemas, llenarían el casco de la *Martillo* de agujeros, así como a cualquiera en su trayectoria. La evaluación pesimista de Havaer de posibles problemas incluían que él fuera usado como escudo humano, cuando él era, por principios, contrario a la muerte por fuego amigo. «Nunca es amigo de verdad, vamos a ser sinceros».

Al menos ella consintió en dejar su arma en la *Buitre*.

—Bueno, mirmidón, está muy lejos de casa —empezó tras sentarse.

Ella asintió y se le quedó mirando. Cualquiera te diría que es imposible escrutar a una parteni, pero no era del todo cierto. Las ángeles guerreras eran humanas también, quizá su mayor secreto. No eran en realidad máquinas o supermujeres perfectamente diseñadas, aunque tanto los nativistas como el Partenón coincidieran de forma no intencionada en ocultar ese hecho. Ahora mismo, esta parteni, Solaz, estaba tensa, un poco irascible. Pero él podía decir que también preocupada. ¿Por ella misma? ¿Por los intereses parteni? No lo creía.

—Adivino que esta reunión va a consistir sobre todo en un silencio hostil, mirmidón. —Él había medio esperado que ella

negara el rango, que adujera que era una renegada, independiente, cualquier otra ficción. Sin embargo, lo dejó pasar—. Pero mire… Entenderá que su mera presencia pone a sus compañeros en un brete aún mayor. Mis superiores creen que es posible que encontremos la presencia de Arquitectos, y ahora ven al Partenón a su sombra. No necesita que le explique que las relaciones entre el Hum y el Partenón pasan por un momento especialmente delicado ahora mismo. La mitad de mis amigos en la reserva colonial ya estaban en alerta para pasar al servicio activo, incluso antes de que sus amigas se dejaran ver en Pulmón-Cuervo. Su gobierno hace ahora mismo un montón de exigencias al Hum, mirmidón. Y los dos sabemos que entre los míos no faltan tampoco quienes quieren empuñar las armas.

Ningún desmentido de que el Partenón siguiera siendo su gobierno. Ningún comentario sobre que iba por su cuenta. Intentaba parecer impasible, pero percibió la incomodidad cuando le dijo que su sola presencia allí suponía que la mierda salpicaba más a los otros.

—No soy nativista —le dijo—. No asumo de forma automática que cualquier cosa que proceda del Partenón es perjudicial para los intereses humanos. Porque somos todos humanos, ¿verdad?

Un asentimiento mínimo, tan pequeño que puede que ni ella misma se diera cuenta de que lo había hecho. Y el Partenón tenía sus propias equivalentes a los nativistas, su línea dura, a la que puede que Solaz no perteneciera. Siempre era preferible tratar con gente que no fuera fanática.

—Y ahora es cuando me cuenta al menos la tapadera que justifica por qué se unió a esta banda de réprobos.

Ella sonrió, de forma tan inesperada que le pilló ligeramente por sorpresa.

—Es una buena manera de definirlos.

—¿Y la tapadera? Espero que me explique cómo el Partenón fue nuestra primera línea contra los Arquitectos. Siempre lo fue. ¿Y así es como terminó con ellos?

Un pestañeo.

—La información sobre el Arquitecto llegó después. Como posiblemente sepa. Y no negaré que mi gobierno está interesado al respecto ahora. Por supuesto que lo estamos. ¿Y quién no? Es un

problema para todos. —Suspiró profundamente—. Soy la ejecutora mirmidón Solaz, de la Sororidad de la *Espada Celestial*, Compañía Basilisco. —Y, después de un momento—: Ángeles del Puñetazo en la Cara.

—Uh. —Él asimiló la información—. Toda una ensalada de competencias. Basilisco es artillería pesada, ¿no?

Ella pareció sorprenderse de que lo supiera, y asintió.

—Hay todo un salto de soldado a espía.

—No soy una espía. Simplemente tengo una misión fuera de nuestro territorio. Eso es todo lo que significa ser ejecutora.

—Pero no se trajo su artillería…

—¿Y eso no le pone contento? —El Hum no había conseguido reproducir las grandes armas gravitacionales parteni, y eso escocía.

—¿Y entonces por qué está aquí, si no es para prepararse para la próxima invasión de los Arquitectos? —Pero se confió demasiado; había dejado escapar algo, porque ella contestó:

—Eso ya lo sabe. Ha hablado con Olli y ella se lo ha dicho.

Havaer sonrió, sin saber qué le había delatado.

—Bueno, me ha pillado. ¿Y?

—Idris es un hombre libre. Es su decisión. —Había verdadero sentimiento en su voz—. Mi gente preferiría que le agarrara del brazo, que le hiciera sentir culpable, le obligara, incluso le secuestrara. Pero no lo haré. No sería lo correcto. Pero tampoco tiene derecho a interponerse en su camino si decide trabajar para nosotras. Es libre de tomar su propia decisión.

—Es una propiedad militar —le dijo Havaer automáticamente y, al haber empezado a ser franco, decidió que debía seguir por el mismo camino—. Puedo conseguir la autoridad necesaria para mantenerle fuera de las manos de una potencia extranjera, una con la que podríamos estar en guerra en un futuro próximo. Es algo que literalmente puedo obtener como agente del Hum y de la Casa Ácida. De la misma forma que sus propias jefas le cerrarían la puerta a una de sus diseñadoras de armas que decidiera que un apartamento de lujo en el archipiélago de Berlenhof le sonaba como una bonita opción para retirarse. *Est-ce compris*?

Ella asintió repetidamente, odiándole pero comprendiéndole. Porque los dos sabían perfectamente bien que su siguiente orden podría ser que abandonara a la tripulación de la *Buitre* y se llevara

consigo a Idris. Tanto si él quería como si no.

Havaer se tomó un respiro. Bebió algo de kafeinado, ordenó sus notas. Entre Kris y Olli, al menos, se había hecho una idea de lo que había pasado con la *Oumaru* y los Arquitectos. Y nadie había informado de que se hubiera perdido un planeta recientemente, así que podría ser que la *Oumaru* fuera un caso único. Salvo que su corazón acelerado no se lo creía.

«Es lo que se dirá todo el mundo. Que un hecho suelto no tiene por qué suponer que volvieron. Eso se dirán, y nadie creerá las noticias». Intentaba imaginarse la ola de pánico que se difundiría por las Colonias, una vez que el rumor soterrado se convirtiera en un hecho probado con la forma de los restos de la *Oumaru*. Evacuaciones masivas, mundos entregándose de forma desordenada a la Hegemonía, sectas apocalípticas y hermandades de preparacionistas y… sí, los malditos nativistas encontrarían algún modo de sacar partido también. «¡Traicionados!», gritarían, y se interpondrían justo cuando más necesitaba el Hum la unidad. Para Havaer, como agente profesional, sólo el pensamiento de todo el papeleo que vendría le llenaba de temor.

Y sabía que el Partenón querría tener su propia mascota inter. No era difícil de imaginar, incluso aunque Olli y Solaz no lo hubieran confirmado por separado. Y ahora, si los Arquitectos habían vuelto, el Partenón estaría aún más decidido a tener un inter de su lado.

Sólo le faltaba una entrevista.

Idris Telemmier estaba desplomado en su asiento. Tenía la misma sombra de barba incipiente que Havaer recordaba de Pulmón-Cuervo, el mismo aspecto introvertido, el mismo aire indefenso. Apartado de sus amigos, parecía esperar que le golpearan con mangueras o le pinzaran los pezones con cables.

—Demonios, hombre —dijo Havaer, sentándose enfrente—. Ésta no debería ser esa clase de conversación.

—Usted… —Telemmier le miró sombríamente—. Le dije todo lo que quería decir en Pulmón-Cuervo. No quiero tener nada que ver con el Hum nunca más. Cumplí con mi parte. Nadie puede decir que no cumpliera.

—Mire, *menheer*…

—¡Paré la guerra! —Telemmier explotó de forma súbita, con los

ojos bien abiertos—. Entré en la mente de un Arquitecto, lo mismo que otros. Paramos la guerra. Salvamos a todos. No. Se. Lo. Puede. Imaginar. —Claramente tenía más que decir, pero sus dientes estaban tan apretados que apenas podía pronunciar las palabras. Tenía las muñecas tan pegadas a los brazos de la silla como si, en su cabeza, estuviera atado a ella.

—*Menheer* Telemmier. Idris. —Havaer mantuvo la voz muy tranquila—. Esto… —señaló la sala en que se encontraban— ni siquiera es por usted.

—Claro que no. —La tensión del momento mantenía crispado cada órgano del hombre.

—¡Encontraron los restos de un maldito ataque de un Arquitecto! —soltó Havaer—. ¿Por qué nadie se concentra exactamente en eso? Podríamos tener un Arquitecto encima de Magda, o Lief, o incluso Berlenhof en cualquier momento. Mientras seguimos aquí sentados, puede que haya ocurrido ya. El envío de paquetes a Jericó es bastante lento, después de todo. Unos miles de millones de personas pueden haber pasado a mejor vida mientras yo mareo la perdiz preguntando a su tripulación. ¿Podría ser que me ayudaran de una vez?

Y ésa era la forma correcta de enfocarlo, sacar al hombre de su agujero de miseria autoinfligida.

—No es culpa mía —le dijo Telemmier. Ofendido, pero eso era mejor que la autocompasión.

—Nadie dice que lo sea —respondió Havaer—. Mire, ni siquiera voy a empezar con todo eso del Partenón. Lo de que tengan una soldado de mascota en su nave. —«Al menos todavía no, aunque desde luego está en el menú de una segunda entrevista»—. Sólo dígame lo que sepa de la *Oumaru* y qué le pasó. Ya tengo los hechos por los demás. Dígame lo que sólo le llegara a usted.

—Quiero decir, ¿por qué lo harían? —reventó Idris, que con su *non sequitur* llevó el tren de pensamiento de Havaer a una vía muerta—. Atacaron una nave. Un carguero de la Hegemonía. ¿Desde cuándo hacen así las cosas los Arquitectos? Destrozan planetas. Y sólo en los que vivimos. Hay un millar de rocas en el vacío, y ninguna mereció su trato especial. Sólo lugares que son el hogar de alguien.

—La *Oumaru* tenía una tripulación, y llamarían hogar a su nave

—sugirió Havaer.

—Pero… es un error. No es como trabajan. —Porque la guerra había supuesto todo tipo de traumas para los inters, pero al menos creían saber cómo funcionaba el enemigo—. Y con todo, con todo, todos vimos que la *Oumaru* había sido… Arquitecturizada. ¿Y me pregunta por qué nadie se centra en ese hecho? Porque la *Oumaru* era un desastre demasiado pequeño y la gente necesita algo grande para comprender, *menheer* Mundy. Todo el mundo se construyó una nueva vida en los últimos cuarenta años. Yo les vi hacerlo. —Negó salvajemente con la cabeza ante esa locura—. Al principio a la gente le aterraba echar raíces. Mantenían sus equipajes listos y todas las naves tenían espacio disponible para llevar refugiados. Usted es demasiado joven. No lo sabe. Pero año tras año, mientras los Arquitectos seguían desaparecidos… vi a la gente empezando a asumir que podían volver a vivir. Construir, asentarse, invertir, formar familias. Y ahora, si han vuelto, todo eso desaparece. Volveremos a estar condenados cada día de nuestras vidas. Así que entérese, nadie se centrará en ese maldito hecho hasta que alguna colonia tenga una luna extra de repente y haga su trabajo. —Hundió todavía más los hombros—. Yo mismo no quiero creerlo. He visto el pecio de cerca y no quiero.

—Así que vinieron para confirmarlo con ese experto que conoció hace tiempo.

—¿Qué? Sí.

«La historia sigue sin cuadrar». Tenía una intensa sensación de que faltaba algo, pero todos habían dicho lo mismo hasta entonces. Si quería toda la verdad tendría que endurecer sus métodos: arrestos formales, confinamiento en solitario, interrogatorios severos en una instalación segura. También suponía papeleo, gastos y justificaciones ante sus jefes. Dado lo que estaba en juego, tampoco tendrían por qué ser muchas justificaciones, pero aun así…

«Haz tu trabajo, hombre». No había sitio para corazones sensibles en la Casa Ácida. Pero siempre lucharía antes de convertirse en el tipo de hombre que consideraba inevitables las medidas extremas. «Lo cual puede querer decir que ya no soy el hombre adecuado para este trabajo».

«Primero con suavidad», se dijo. «Ya habrá tiempo para el resto. Si es necesario». Lo había hecho antes, cuando hizo falta. Nunca le

había gustado. Era el desmoronado resto de decencia que le quedaba.

—*Menheer* Telemmier… —probó de nuevo.

—La Presencia ha cambiado.

Haever se quedó helado.

—Quiere decir… la cosa del nospacio. ¿Eso que siente la gente pero no está realmente ahí?

—¿De verdad no lo está? —Idris se le quedó mirando.

—¿Qué quiere decir con que ha cambiado? —le preguntó Havaer con voz ronca.

—No tengo palabras con las que expresarlo. ¿Qué dice su propia inter?

«¿Cómo sabe que nuestra inter es una mujer?». No pudo disimular su sorpresa, y de repente era Telemmier quien estaba al mando mientras Havaer se movía incómodo.

—No ha dicho nada.

—No le han preguntado. Pero ella está atada, es una de la nueva promoción salida del Comité de Enlace, ¿verdad? Cuando el Comité se hizo cargo del viejo Programa de Inters primaron la cantidad. No lleva tanto tiempo como yo. Yo he entrado y salido del nospacio desde hace cincuenta años, *menheer* Mundy. Algo ha cambiado. Puede que porque hayan vuelto. Puede que practiquen con cosas pequeñas antes de volver a por un planeta. Puede que estén oxidados.

Havaer les dejó volver a la *Buitre*, porque lo pidieron y habían brindado ayuda suficiente como para que valiera la pena un enfoque generoso. No podía calificar a ningún miembro de esa tripulación exactamente como un traidor o un criminal. A los espaciales no les gustaba sentir que vivían en un universo que podía decirles lo que hacer, y él podía utilizar eso. En el peor de los casos, les dedicaría parte de su presupuesto, porque era sorprendente lo rápido que se podía comprar a la mayor parte de los espaciales, una vez que tenían la sensación de que habían llegado a un acuerdo en lugar de someterse.

Redactó su informe, dejando que los espaciales se cocieran en su propio jugo. La *Martillo* seguía enlazada a la *Buitre*, porque no había terminado con ellos ni con sus secretos. Casi con seguridad escondían algo de contrabando, infracciones de aduanas o algo

parecido; cosas que no le importaban en lo más mínimo. Pero a partir de ese algo, puede que Almier hablara con los demás para buscar la forma de salir limpios. O si de verdad estaban en tratos con el Partenón, ¿puede que Timo se rindiera por ese lado?

«¿Pero qué pasa si es algo de la Hegemonía?». Si ése era el caso, entonces tenía un problema entre manos. La Hegemonía, el Partenón y un intermediario, todos en el mismo barquito. Con el rumor de un Arquitecto por ahí. No era el tipo de mezcla que le fuera a gustar a la Casa Ácida.

Se frotó la frente, con la sincera esperanza de que no saliera adelante nada de ese tipo. Después de todo, los espaciales suponían un treinta por ciento de la población humana, y eran tradicionalmente partidarios de hacer negocios con quienes quisieran… aunque los sentimientos nativistas empezaban a cambiar ese enfoque.

«No es mi trabajo. Soy sólo un empleado. Céntrate en el bien mayor». Sentía esa familiar infelicidad soterrada propia de alguien al que se juzgaba totalmente de acuerdo a decisiones morales que tomaban otros.

Luego su implante de comunicaciones se activó y el capitán Khefi, que había mantenido la sangre fría cuando se enfrentaron al boyardo, empezó a gritarle. Havaer activó la pantalla de su cuarto y vio a una nave essiel que se aproximaba.

—¿Cuánto tiempo se lo ha estado guardando para usted? —preguntó Havaer, y Khefi le aseguró que no, que el recién llegado había salido del nospacio prácticamente encima de ellos.

—Salúdeles entonces, el despliegue completo, códigos estándar para las naves de la Hegemonía —ordenó Havaer, ya en camino hacia el puente. Su implante le mantendría al tanto, pero necesitaba estar allí, en el mismo lugar físicamente que su tripulación—. Envíe una señal a la *Crithmum* para que nos dé cobertura. —Aunque la anticuada nave patrullera no les sería de mucha ayuda si empezaban los disparos.

«Códigos estándar para las naves de la Hegemonía». Porque no había error posible en el diseño de la nave y, ¿qué demonios significaba que apareciera una nave essiel tan lejos de cualquier lugar que reclamaran como suyo? Salvo que Jericó albergaba extensas ruinas originarias, y las sectas hegemónicas llevaban

pidiendo acceder a ellas desde siempre. Esa patata caliente no era en absoluto tarea de Havaer, pero puede que ahora se hubiera convertido en la primera línea defensiva.

La nave había salido del nospacio en una lenta caída, y tenía forma como de una retorcida rosa de plata. Las naves de la Hegemonía tendían a adoptar formas con múltiples pétalos, aunque ésta parecía distinta, algo menos geométrica de lo habitual. Había menos líneas rectas, con cada reborde moldeado para formar una curva ondulante. Era como si una ola transformadora la hubiera congelado mientras rizaba la esencia de la nave. Hacía que a Havaer le dolieran los ojos al mirarla.

Hablar con la Hegemonía era un dolor en el mejor de los casos, salvo que tuvieran alguna de sus mascotas humanas a bordo para traducir. Y ni siquiera entonces se podía estar del todo seguro de que se captaba lo que querían los amos alienígenas. Además, tampoco se daban prisa. Les gustaba la pompa y el postureo, como correspondía a una especie que había evolucionado de antepasados sésiles.

—¡Sus cañones están calientes! —gritaba uno de los auxiliares de Khefi cuando Havaer llegó al puente—. No están frenando.

«¿Qué demonios?».

—¿Responden a nuestros saludos? —preguntó Havaer. La pantalla central mostraba distintos objetos en el espacio cercano con sus trayectorias y una serie de números. La izquierda tenía al recién llegado, en una imagen aumentada y nítida en todo su esplendor. La pantalla derecha detallaba datos técnicos, incluyendo el hecho de que esos pétalos retorcidos escondían una docena de cañones aceleradores de gran calibre. Todos ellos activados mediante el campo gravitatorio de la nave.

«¿Esto es? ¿Estamos en guerra con la Hegemonía y es la primera noticia que tenemos al respecto?».

—Recibimos un saludo, en colvul —informó el oficial de comunicaciones, que sonaba más calmado de lo que se sentía Havaer.

—Vamos a escucharlo.

Por los comunicadores sonó una voz parecida a un campanilleo. Le resultó familiar por algún motivo.

—Tomad vuelo, oh villanos inclinados para defenderos del justo

heredero de toda nuestra ira. Retiraos, o caiga sobre vosotros nuestra furia como la de vuestro homónimo.

—¿Qué coño…? —murmuró Khefi junto a Havaer.

—El nombre de la nave es *Cosecha Rota* —confirmó el oficial de comunicaciones. Y Havaer suspiró con un extraño alivio. Era el essiel del búnker de hormigón. No estaban en guerra. Todavía no.

—Distráigalos, algo ritual, respetuoso, cualquier pérdida de tiempo —indicó—. Dígales que les tomamos en serio y que estamos reuniendo a nuestra gente más importante para preparar una respuesta adecuada.

—¿Qué es esto, agente? —inquirió Khefi.

—Lo crea o no, son un sindicato criminal.

—Ésa es una nave bien grande para unos gángsters.

—Como si no lo supiera. ¿Qué podrían llegar a hacernos? —Havaer sólo podía mirar con ojos desorbitados a la *Cosecha Rota* mientras se acercaba. ¿Se llamaba así por la banda, o la nave fue primero? No era una barcaza diplomática completa de la Hegemonía, pero aun así doblaba en tamaño a la *Martillo Ácido*. Los escáneres mostraban una potencia de fuego superior y lo que parecía algún tipo de escudo gravitatorio avanzado. Al otro lado de Jericó, la vieja *Crithmum* se ponía en marcha. Sin embargo, por mucho que la *Martillo* contara con esa ayuda, la Cosecha podía ocuparse de las dos.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Khefi.

—Quieren la *Buitre*. ¿Podemos huir?

—No llevándonos a la nave de rescate —dijo Khefi—. La *Buitre* de hecho podría ir más rápido si tirara de nosotros, pero aun así sería más lenta que esa cosa.

—¿Podríamos sincronizar los motores?

—No tenemos tiempo. —Y nadie querría entrar al nospacio con dos naves enganchadas sin que sus motores estuvieran perfectamente alineados. Havaer ya había visto una vez el resultado, y había dado comienzo a un breve estallido de pánico sobre un posible retorno de los Arquitectos.

—Vuelven a saludarnos —dijo el oficial de comunicaciones.

—La Hegemonía no dispara primero —murmuró Khefi—. Fanfarronean, y se defienden, pero no…

—Éstos lo harán —decidió Havaer—. Es un renegado… puede

que un loco. —«El Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho». Y quizá lo suyo ni siquiera fuera locura. ¿Tal vez la sociedad essiel enviaba a versos sueltos como Aklu a ocupar un vacío que sin ellos no tendrían cubierto, para ser útiles cuando hiciera falta?

—¿Órdenes, agente?

Se dio cuenta de que ya había tomado una decisión. Era agridulce, pero no era el día adecuado para morir por una causa justa, ni siquiera por la Casa Ácida.

—Póngame con la *Buitre*.

Idris

La tripulación de la *Buitre* había intentado desesperadamente comunicarse con la *Martillo*. La llegada repentina de una posible nave de guerra de la Hegemonía no les había pasado inadvertida. Y cuando escucharon al fin la voz de Havaer, amontonados en torno a la silla del capitán, la tensión liberada casi pudo palparse.

—Son unos viejos amigos suyos —les dijo Havaer—. La Cosecha Rota. Exigen que les entreguemos.

—¿Y van a hacerlo? —preguntó Kris.

—¿Está ahí Telemmier?

—¿Qué? —dijo Idris, detrás de Kris—. ¿Por qué yo?

—Vaya a su posición de piloto, Telemmier —le pidió Havaer—. Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a retroceder, pero no tan rápido como vienen. Es toda una nave de guerra de la Hegemonía, lo que significa que mi pequeña corbeta no aguantará mucho.

—¿Y entonces qué? —inquirió Kris, mientras Idris se deslizaba pasado el cuerpo metálico de Trine para llegar a su puesto.

—Entonces nos desacoplamos. Quiero que vayan al nospacio tan rápido como puedan, simplemente salten, y nosotros haremos lo mismo. Telemmier, le pondré en contacto con mi navegante. Asegúrense de que no acabemos chocando.

—¿Así que vamos a tartasaltar juntos, dentro del sistema? —preguntó educadamente Idris. Ya estaba calculando un rumbo al vacío profundo, pero le dio la impresión de que mantener la ficción de que cooperaba con ellos valía la pena.

—Todos sabemos que se escaparán sin más. —El conocido filo de la voz de Havaer se agudizó—. Puede que sea lo mejor por ahora. Una vez que les soltemos, sé de sobra que no tengo forma de retenerles. Represento al Hum, y los espaciales como ustedes aprovechan cada oportunidad que tienen para desafiarnos.

—Eso no es del todo justo —protestó Kris, aunque Olli gritando por encima «¡nos ha jodido!» quizá no fuera de ayuda.

—Así son las cosas —siguió la voz de Havaer. Podían escuchar el débil murmullo de su tripulación por detrás mientras preparaba los sistemas de la nave para enfrentarse a la *Cosecha Rota*—. A la Casa Ácida sólo le interesan los Arquitectos, no va a por ustedes. Y sé que todos tienen diferentes lealtades, pero esto es mayor que cualquier gobierno concreto. Si los Arquitectos vuelven, todo el mundo debe saberlo. En consecuencia, les ruego que vayan a Berlenhof… con o sin la *Oumaru*. En Berlenhof hay embajadas de todas las principales potencias galácticas. Y en particular para la ejecutora Solaz, debe saber que la *Espada Celestial*, la maldita nave de su propia sororidad, está allí ahora mismo con la *Hija del Trueno*, en la exhibición más descarada de diplomacia de cañones que he visto jamás. Todo porque les ha llegado el primer runrún acerca de los Arquitectos. Si les importa algo más que su propio pellejo y los beneficios, vayan a testificar. Serán héroes. Y una vez que todo esto se haga público, estarán a salvo.

Idris se preguntó hasta qué punto se creía el hombre todo aquello.

—Tenemos que discutirlo —le dijo a Havaer por el comunicador.

—Sólo piénsenselo —llegó la respuesta, y luego—: Los tenemos encima. Desacoplamos. —El umbilical ya se había soltado y el panel de Idris le indicó que las abrazaderas de la *Martillo* se retraían.

—Listos —replicó Idris. Activó una fracción de la potencia de los motores de reacción de la *Buitre* para alejarla de la *Martillo* en cuanto quedaron libres.

Quizá la *Cosecha Rota* asumió que iban a satisfacer sus exigencias, puesto que cambió de rumbo para interceptar a la nave más pequeña mientras mantenía las armas dirigidas a la de Havaer. Idris dejó que la *Buitre* se moviera como si se alejara a la deriva de la *Martillo*, mientras calculaba el espacio que iba quedando entre las dos. La masa enredaba con la gravedad, por lo que una

operación gravitacional compleja como entrar en el nospacio era preferible hacerla lejos de la influencia de otra nave. En particular si esa nave estaba preparando su propio salto.

Tuvo entonces una sensación extraña, como si el universo fuera una hoja y tres dedos presionaran sobre ella. Aquí estaba él, aquí estaba el navegante contratado de la *Martillo*, y también la mente alienígena que guiaba a la *Cosecha Rota*. Ogdru, llamaban a su especie. Se lo imaginó como una ballena depredadora, de cuerpo enorme y largas mandíbulas.

Los demás no estaban todavía en sus cápsulas de suspensión, pero ya tendrían que terminar el proceso al otro lado. Mientras la Cosecha se abalanzaba sobre ellos, activó el motor gravitacional de la *Buitre* y les envió al nospacio. Y cayeron del sistema de Jericó al profundo abismo.

21

Idris

O ése era el plan.

Algo ardió como un cuchillo dentro de su cráneo. El espacio alrededor de la *Buitre* contenía de repente volúmenes enormemente mayores de lo debido, con cada eje de distancia alejándose de ellos. Incluyendo ese paso vital de aquí a allí que trasferiría la nave del espacio real al nospacio. Los motores gravitacionales de la nave de rescate arañaban la sustancia del universo, funcionando a toda potencia mientras iban absolutamente a ninguna parte.

Un furioso arcoiris de luces de alarma se extendía por todo el tablero, y toda esa energía debía ir a alguna parte: se consumía, se perdía o partía la nave en dos. Recordó cómo el interceptor de la *Cosecha Rota* había evitado tan cuidadosamente disparar a la *Oumaru*. Posiblemente pensaban que las reliquias seguían escondidas en el pecio, porque la *Dios Buitre* no estaba mereciendo la misma deferencia. O puede que hubieran dado las reliquias por perdidas y se estuvieran vengando de semejante herejía.

La interdicción gravitacional era una tecnología teórica. Sabía que los científicos coloniales tenían al final de la guerra un modelo, pero no habían conseguido llegar a nada con él. Dudaba de que al Partenón le hubiera ido mejor. Aparentemente a la Hegemonía sí. Aparentemente ese desarrollo había llegado incluso a manos de sus mafiosos. La guerra con la Hegemonía siempre había sido una posibilidad, en el caso de que las Colonias decidieran impedir que uno de sus mundos se incorporara al imperio alienígena. Idris tenía un mal presagio sobre cómo les iría en una pelea contra la fuerza de la red gravitatoria hegemónica, porque el hecho de que los essiel no

fueran muy combativos no suponía que no fueran capaces de imponerse cuando les hiciera falta. Havaer Mundy podría sin duda rellenar varios informes interesantes, si es que podía escapar a ese desastre.

En ese momento, Idris sentía cómo el espacio se extendía hasta el infinito por todas partes, de forma que la sola idea de viajar en cualquier dirección se convertía en risible. Por detrás, percibía la mente del piloto hegemónico, el ogdru. Era como la punta de una flecha, un asesino. No había verdadera consciencia, sólo un hambre animal, la de un depredador cuyo hábitat era el espacio, tanto el real como el otro. El nospacio no contenía ningún horror para esa criatura, y no tenía el cerebro suficiente como para sentir un terror existencial. Y los essiel le habían dado acceso a los sistemas de la nave para que pudiera mantener presas en su red mientras las acechaba.

Pero esa red no era perfecta. Tenía una fuga, como si la *Buitre* estuviera atrapada en una bolsa llena de agua con un agujero en una esquina. Quizá simplemente no fuera posible aislar el espacio de una forma perfecta. Un laberinto, entonces.

Idris cerró los ojos y bloqueó sus sentidos para buscar. El cazador ondulaba hacia él como un enorme ser submarino. Su imaginación lo decoraba con un millar de ojos, tentáculos, dientes… Todo lo que tenían los monstruos marinos que poblaron las pesadillas humanas. Era una sombra bajo la superficie, que ascendía desde las profundidades, abriéndose como la rosa que formaba su propia nave, buscando engullir…

Y mientras su mente consciente se encogía ante los horrores que inventaba, el resto había localizado y analizado la fuga. Había descubierto el fallo en la trampa y resuelto instintivamente lo necesario para sacarle partido. Cualquier humano que atrapa una pelota resuelve complicadas ecuaciones tridimensionales que implican velocidad y espacio sin pensarlas conscientemente. Y esos cálculos no eran muy distintos para Idris.

La *Dios Buitre* giraba, enredada en la realidad, a mitad de camino entre todas partes y ninguna. Era a la vez real e irreal. Idris sentía un terrible dolor en su mente, que tenía un eco en el quejumbroso timbre de los motores de la nave, y luego desapareció. Se apartaron de la realidad para adentrarse en las mecánicas

subyacentes del universo.

Hubo un momento en el que Idris no estuvo seguro de si sobrevivirían. En lugar de una transición a la familiar nada del nospacio, lo que le acogió era demasiado brillante, demasiado difuso. La nave a su alrededor parecía existir en cinco o seis versiones distintas ligeramente desfasadas. Y pensó: «Nos hemos perdido. Nos desmoronamos». Sintió que sufría una pérdida de su integridad, no física, sino filosófica. Quizá era tan sólo su propia menguante identidad la que mantenía a la nave en este lado de la existencia.

Se enfrentó a esta duda a gritos, allí, en el nospacio, donde nadie los escucharía jamás. Sólo un animal enloquecido detrás de un «¡estoy aquí!». La nave se estremeció a su alrededor, luego volvió a reunirse de una forma que no tenía que ver con ninguna sensación material. Al fin el resplandor se convirtió en la radiación de una pantalla no sintonizada, propia del nospacio. Sentía cómo el corazón le golpeaba de forma dolorosa contra las costillas. Sus pulmones ardían como si hubiera respirado algo distinto al aire. El dolor de cabeza era como un hachazo que atravesara su cráneo.

Idris Telemmier se hundió en su asiento, sollozando. Deseó por encima de cualquier cosa poder abandonarse, tan sólo perder la consciencia como cualquier otro ser humano cuerdo. ¿A quién podía importarle si estaban perdidos en el nospacio? Sólo darse un momento de paz, de descanso. Pero se negó esa liberación. Ya no se trataba de él solo. El Programa de Intermediarios le había arrancado esa parte de su mente. Había firmado una renuncia y demás. El Programa les había afectado a cada uno de una manera distinta, pero ésa era la razón por la que era un inter tan bueno. Ni siquiera podía abandonarse a las sombras cuando quería hacerlo.

Unió todos los cálculos, de forma apresurada y descuidada, enviando a la *Buitre* fuera de los pasajes, más allá de cualquier cosa… ¿Qué importaba dónde? Sólo lejos, por ahora. Lejos en el vacío donde nadie podría encontrarles. Siempre había más vacío. Era el mayor recurso del universo, podías minarlo eternamente sin agotarlo.

Después de veinte minutos volvió al espacio real. Se había hundido aún más en el asiento, pálido y sudoroso, pensando: «¿Por qué hago esto? ¿Por qué lo hace nadie? Pero ¿que otra cosa podría

hacer?». Luego ordenó a los sistemas superiores de la nave que se recompusieran y despertó a todos.
—Estás hecho mierda —fue el amable saludo de Olli.

—Bien. —Idris intentó sonreír, pero apenas notó una contracción en los labios—. Odio la publicidad engañosa.

Ninguno de ellos parecía especialmente alegre, pensó. Entrar en suspensión una vez ya en el nospacio tenía consecuencias. Nadie parecía haberse dado cuenta de ese momento en el que casi dejaron de existir. Ese combate en concreto sólo habría sido advertido por alguien con sentidos inters.

—En serio —le animó Kris—, ¿qué demonios ha pasado?

—La *Cosecha Rota* puso en marcha contramedidas —fue todo lo que respondió. No tenía sentido asustar más a nadie.

—¿Contramedidas nospaciales? —La mirada de Solaz confirmó que conocía la teoría, simplemente el Partenón no disponía aún de la tecnología correspondiente.

—Puedes contárselo tú misma a tus jefas la próxima vez que les informes. —Parecía que la actuación de un essiel descarriado podía empujar a la galaxia a una guerra con la Hegemonía, más que décadas de contactos regulares.

—Oh, lo haré. —Y de todos ellos, Solaz parecía la menos afectada. Incluso el lenguaje corporal de Kit mostraba su sufrimiento: patas inseguras y mucho temblor de mandíbulas. Sus pantallas mostraban líneas quebradas de estática. Solaz, en cambio, parecía como si pudiera ponerse la armadura y pelear contra la armada colonial en cuanto se le ordenara.

Para Idris, ese pensamiento trajo de vuelta a su cabeza toda la crisis política en que se encontraban. Si realmente tenían reliquias originarias transportables, ¿quién demonios terminaría por hacerse con ellas? Cada miembro de la tripulación tenía sus propias lealtades. A no ser que no fueran auténticas, por supuesto.

—¿Y qué hay entonces de esas baratijas? —preguntó a todos en conjunto—. Ahora tenemos a Trine.

El rostro fantasmal del colmenero alzó las cejas.

—Bueno, sí, se diría que me tenéis —comentaron—. Y comprendo que vuestra llegada a Jericó no fue un regalo mágico del universo en respuesta por mi inquietud ante los intentos de asesinarme. Entonces, ¿en qué puede serviros este humilde

académico?

—Tenemos unas reliquias originarias… y necesitamos que las veáis —le dijo directamente Olli.

La cara falsa de Trine ni se inmutó.

—Claro, las tenéis. ¿Procedencia?

—Ni idea. Sólo… las encontramos.

Trine respondieron con un rostro suspicaz a las caras beatíficas que todos mostraron al escuchar la excusa.

—¿Sois por supuesto conscientes, mis ingenuos nómadas, de que llevarse ese souvenir elimina el valor práctico del objeto? Su funcionalidad cesa en el momento que sale del planeta donde esté. Y sin idea de cuál es su origen, su valor erudito es de igual modo ínfimo…

—Está en algún tipo de maleta de la Hegemonía —explicó Olli, inexpresiva—. En suspensión. Ya sabéis, ese truco que hacen que nadie ha descubierto jamás.

El rostro de Trine se congeló. Su voz sonó repentinamente desconectada del movimiento de los labios.

—Perdón. Que tenéis… ¿qué, exactamente?

—Enséñaselo y ya —dijo Solaz. Olli la miró mal, pero fue a por las reliquias. Todos habían estado de acuerdo en que no las mencionarían a Havaer Mundy, porque no había ni la menor posibilidad de que les permitieran quedárselas si la Casa Ácida llegara a tener el más mínimo indicio de su existencia.

—Necesitamos que las analicéis —expuso Solaz, mientras Trine se inclinaban sobre los distintos objetos. Parecían más que nada porquerías polvorientas, cosas rotas que los originarios seguramente habrían tirado a la papelera si estuvieran presentes. Porquerías que podían salvar a un mundo de la destrucción—. Analizarlas sin echarlas a perder, obviamente. Sólo hacednos saber si son de verdad. Y hay algo más. —Fue a su cuarto y volvió con un trozo de metal retorcido, procedente del casco de una nave—. Corté esto de la *Oumaru*. Sé que los Arquitectos tienen una firma, y que existe un registro de todas, de tiempos de la guerra. Esto procede de una nave que manipuló uno de ellos. Recientemente. Quiero saber cualquier detalle. ¿Es un Arquitecto nuevo que no se ha enterado de que la guerra terminó? ¿Es un viejo conocido que ha vuelto…? ¿Podéis saber también eso?

La cara de Trine medio parpadeó.

—Bueno, pides un alto precio por mi rescate, vieja amiga, vieja soldado. Pero yo he asignado un alto precio a la continuidad de mi integración, así que podemos decir que estamos en paz. Sí, puedo hacer ambos análisis. Es una tarea de bajo nivel, este tipo de investigación, pero llevará cierto tiempo a mis unidades. Pondré una parte de mí mismo a la labor y tendremos los resultados a su debido tiempo.

Solaz lo entendió. Parte de la colonia que era Trine se convertiría en un clúster no sintiente que se encargaría del examen directo. Luego Trine conocerían los resultados cuando ese clúster se reincorporara al conjunto. Dado que el propio Trine quedarían mermados mientras se dividieran, no era algo que los colmeneros hicieran a la ligera.

Kit preparó algo de comida en las impresoras. Se sentaron todos juntos en el hangar de drones para comer mientras la *Dios Buitre* iba a la deriva, oculta bajo la capa del espacio profundo. Un poco de comida pareció reducir la náusea superespacial que había notado Idris, y le hizo sentirse humano de nuevo. La compañía también ayudaba. Olli y Solaz fueron educadas y nadie mencionó las tormentas en el horizonte. Kit puso algo de música, esa mezcla de cuerdas y percusión que era su favorita. Idris llegó a descubrir incluso que su pie seguía el ritmo y empezaba a relajarse.

Luego sintió…

Se incorporó, tirando su bandeja, incapaz de formar palabras. Podía sentir cómo el universo se retorcía, la capa subyacente del nospacio elevándose, aunque el espacio real siguiera presente. Todos los demás le miraban. Kris estaba a su lado, pidiendo un equipo médico. Posiblemente pensaba que le estaba dando un infarto.

—¡A las camas, todos! —soltó—. ¡Suspensión! ¡Camas! ¡Ahora! —Por un momento no pudo conseguir que su cuerpo le respondiera, luego empezó a correr hacia la cápsula de mando, con las sandalias resbalando.

—Idris… ¿qué? —No le tomaban en serio, porque estaba pasando otra cosa imposible y él no podía explicarla adecuadamente. Mientras se precipitaba de cabeza en el puesto del piloto, la alarma de proximidad se activó y tuvieron allí mismo otra

nave. No otra nave cualquiera. La *Cosecha Rota*, con su mente depredadora hambrienta al mando. El ogdru les había rastreado, le había rastreado. Siguieron su trayectoria por el nospacio.

Esta vez, como ya sabía, pudo verles preparar la red nospacial por debajo del espacio real, intentando encerrarle. No había tiempo.

—¡A vuestras camas! —gritó en el comunicador—. Pase lo que pase, ¡meteos en la cama! —Y puso a cargar los motores, eliminando cualquier mecanismo de seguridad y a prueba de fallos que hubiera para llevar a la *Buitre* al abismo antes de que se cerrara la trampa.

Cayeron fuera de lo real, y sintió la furia del ogdru. No, no era furia; lo estaba disfrutando. La caza era algo para lo que vivía, profundamente enterrado en la historia evolutiva de su especie. «Una razón más para no verme jamás con un ogdru». Le seguiría a tanta velocidad como le permitiera la tecnología a su disposición. Se imaginó tensando al máximo la correa de las especificaciones técnicas de la Cosecha.

En algún lugar, la *Dios Buitre* se sumergía en el caos, con cada uno de los miembros de la tripulación aislado e inmerso en la pesadilla del nospacio. Debían estar arrastrándose a sus camas, sintiendo el ansia de lo que había detrás de cada pared, de cada puerta, de cada hombro. Idris esperaba que consiguieran acostarse y ponerse en suspensión. Como si fueran niños… y meter la cabeza debajo de las mantas supusiera que el monstruo no podía atraparles.

Idris no tenía mantas. Y cualquier monstruo que estuviera ahí fuera podía atraparle sin duda.

Había salido al nospacio sin rumbo, pero no era la primera vez. Encontró otro punto de vacío profundo y dejó que la nave cayera hacia él mediante una serie de cálculos incrementales. Negociaba con el mismo diablo cómo llegar de aquí a allí, acortando veinte años luz en cuestión de minutos. El dolor de cabeza había vuelto y su estómago intentaba expulsar todo lo que había comido, con una guarnición de ácidos estomacales, pero lo combatió. «Nada que no haya sentido antes».

Pero también notaba el aliento del ogdru en el cogote, si es que respiraba. Casi podía imaginarse el dardo de su cabeza dirigido hacia su rastro. En su mente, nadaba por un océano interminable, cabalgando sobre olas que se traducían en su manejo de los motores

gravitatorios de la *Cosecha Rota*. Las complejas matemáticas que desafiaban la mente consciente de Idris eran puro instinto natural para esa criatura. Idris siempre se había sentido en el nospacio como en casa, pero se dio cuenta de que era un intruso molesto.

Salieron rugiendo juntos del nospacio, e Idris saltó de inmediato, tomando prestada energía de los intersticios entre realidades. Luego la *Buitre* volvía a caer, una y otra vez… Haciendo una serie de breves saltos de espacio en espacio, zigzagueando adelante y atrás dentro de un cubo de un solo año luz. Dentro, fuera, adelante, atrás. Cada transición quebraba un poco más los nervios de Idris. Sus manos temblaban sobre los mandos. Así no se viajaba por el espacio. Así era como te volvías loco. Ahora había demasiados mapas del universo, real e irreal, superponiéndose unos con otros dentro de su cabeza. Escuchaba al ogdru. Era como el canto furioso de una ballena, un largo lamento impregnado de instinto asesino. Idris les condujo de nuevo al espacio real.

Allí había un planeta, una estrella, todo un sistema. Vio hielo pálido, azul cerca del ecuador, verdes y marrones. Captó un zumbido de electromagnetismo que podía ser natural o artificial. No tuvo tiempo de analizarlo porque debía volver a caer, sus manos trazaban un nuevo rumbo aleatorio, en otra punta de la galaxia alejada de este sol desconocido y de su desconocido mundo. Puede que volviera a encontrarlo, o quizá no.

Resbaló de nuevo al nospacio, trazando espirales como un pájaro con un ala rota. Estaba perdiendo la cuenta de los saltos que había dado. Estaba…

Perdido.

Su mente se quedó totalmente en blanco. Se había perdido. No sabía dónde estaba. Y él siempre sabía dónde estaba. Ésa era la cuestión en el nospacio. Estaba conectado a puntos del espacio real. Ésa era la esencia. Para eso lo usaba la gente.

Caían por el nospacio y había perdido toda conexión con los lugares en los que había estado o al que se dirigía. El ogdru no estaba, le había dejado atrás, se habría quedado aullando en alguna parte porque no sabía adonde fue su presa. Pero su presa estaba igual de desorientada.

Idris repasó el tablero, intentando encontrar… una señal, un punto de referencia. Salvo que en el nospacio no había ninguno. En

el nospacio sólo había…

La Presencia se movió, dentro de la nave. En medio del pánico casi se había olvidado de ella, pero ahora atraía toda su atención. Había esperado pacientemente a que se detuviera. Y ahora sentía como si hubiera tosido educadamente, sólo para recordar que estaba ahí. Y sí, conocía todas las teorías sobre la Presencia como un engaño del cerebro. Salvo que Idris no tenía duda de ningún tipo de que había algo en el nospacio. Quizá lo único que fuera real en ese territorio hipotético.

Fijo la atención en el panel. Normalmente la Presencia se presentaba fuera de la nave, al menos. Normalmente no intentaba confrontarle; simplemente, era consciente de que estaba ahí. Sólo el temor de existir en el mismo espacio bastaba para que le dieran ganas de arrancarse la cara. Pero ahora…

Estaba en la cápsula de mando con él. La sentía con tanta precisión como habría sido consciente de que había otra persona. No por el sonido de la respiración, o el taconeo de las sandalias, sino con una certeza inconsciente. «Hay algo a mi espalda, en esta habitación». Una sombra que parecía parpadear en el límite de su visión y le miraba directamente de frente, en el tablero, a través del tablero. Buscó en el nospacio con la esperanza de encontrar algún camino de vuelta a la realidad. Pero no tenía ningún punto de partida ni ningún destino, y eso significaba que estarían perdidos para siempre.

Y no podía dejar de sentir esa respiración detrás de su cuello.

—No eres real —le dijo al panel de control—. Sólo eres la respuesta universal de… una mente consciente de los parámetros peculiares del espacio no material. —Le costó intentarlo tres veces hasta conseguir decirlo sin tartamudear.

—Sabes que todo está volviendo, Idris.

Se le escapó el más ligero de los gemidos.

—Sabes por qué no quieres admitirlo.

Una voz agradable, sin género, familiar.

—Sentiste todos esos grandes batallones en marcha, en lo profundo del nospacio. Como si apartaran enormes bloques de piedra, como locomotoras. —Al dueño de esa voz siempre le había gustado emplear imágenes de la vieja Tierra. Habían tenido toda una biblioteca de viejas películas que habían encontrado; cosas no

interactivas, previas a los mediotipos. Era Lois T'Sanko, un compañero del primer Programa de Intermediarios. Estuvo con él en la vanguardia en Berlenhof, y se había desvanecido en el nospacio para no volver jamás.

—No es real, no hay nadie aquí… —«Es sólo un fantasma. Pero ¿qué pasa con la gente que muere en el nospacio?». Entonces la Presencia se inclinó sobre su hombro. Miró hacia arriba para evitar verla, y entonces la voz fue la de Rollo.

—Tu problema, mi niño, es que si admites que los hijos de puta de los Arquitectos han vuelto… ¿de qué habrá servido todo? ¿De qué sirvió todo lo que hiciste? Toda esa guerra, ¿sólo por poder respirar un poco? Apenas habría valido la pena, ¿verdad?

Se preguntó, en términos abstractos, si estaba sufriendo algún tipo de colapso: muerte cerebral, infarto, una enfermedad relacionada con el nospacio… A su alrededor, la llanura informe de la nada se extendía para siempre, una perspectiva demasiado horrible para que la mente humana la asumiera por completo. Les había fallado a todos. Habría sido mejor que el ogdru les hubiera capturado.

Salvo que…

De hecho, una sombra recorría las profundidades del nospacio. Una sombra temible que había pensado que quedaba atrás hacía décadas, pero que una parte de su mente siguió buscando siempre. «Entonces es verdad. La *Oumaru* sólo fue el comienzo. Los Arquitectos han vuelto y estamos perdidos».

—Intermediario Telemmier.

La voz era profunda, con una resonancia humana, pero no humana. La voz del Heraldo, Ash, que avisó por primera vez a la humanidad de la amenaza de los Arquitectos. Y no estaba muerto, por lo que sabía Idris.

—Deberías sentirte más cómodo aquí —le dijo Ash—. No te rindas ahora.

—¿Qué es lo que sabes? —pidió Idris a través de sus dientes apretados.

—¿Crees que no lo conozco? —Ash siempre podía imitar cualquier tipo de tono humano que quisiera. Ahora mismo era contundente e irónico—. ¿Crees que pude llegar a la Tierra andando? ¿Qué, vas a esperar a que tu tripulación muera aquí?

Vamos, Telemmier. Cálmate.

—Que te jodan. —Pero esa cicatriz, esa cicatriz. Era como el impacto de un asteroide que hubiera dejado impresa la potencia de su impacto en la estructura cristalina de la roca. Había ocurrido algo cataclísmico para dejar esa cicatriz. Algo de una escala apabullante. No era la única marca de ese tipo en el universo, pero había pocas, muy pocas. Y lo sabía. Había visto cómo se creaba aquella.

La Presencia se asomaba detrás suyo por los dos lados, demasiado cerca. Y ahora de nuevo sin personalidad, ya no T'Sanko, ni Rollo, ni Ash. Sólo esa ansia increíble, esa curiosidad distante. «¿Qué es esta mente humana y cómo puedo romperla?». Idris no respiraba, ni siquiera era capaz de pestañear mientras introducía los cálculos. Dio a la nave un rumbo, una dirección, un vector de vuelta a la realidad.

—No eres real —le susurró al universo.

Le puso una mano en el hombro, y él gritó y se desmayó.

Kris

Kris se despertó bruscamente con el eco de las alarmas, el sonido y la vibración procedentes de otra sala, una catástrofe que le pasaba a otros.

Estaba en su cápsula de suspensión, y llevaba siendo espacial el tiempo suficiente como para reconocer el impacto estremecedor de un despertar repentino, sin el parachoques del cóctel químico con el que normalmente hacía la transición a la vigilia.

—¿Hola? —llamó, pero los comunicadores no le respondieron más que con estática fantasmagórica, y su cápsula no estaba abierta. Dio golpes con la esperanza de que Olli o Solaz estuvieran del otro lado. Pero en su interior sentía un pavor creciente. Algo iba terriblemente mal.

Tocó la apertura de emergencia y la cápsula se abrió mientras retraía toda la parafernalia médica para permitirle sentarse. El interior del hangar de suspensión estaba vacío. Olli se había acostado en su burbuja del área de los drones. Kit tenía su propia cápsula en su cuarto. Su única vecina era Solaz. Y la parteni…

No estaba allí.

—Hola, Kris a cualquiera, ¿qué pasa? —preguntó a los comunicadores de toda la nave. Puede que Solaz se hubiera despertado antes. Puede que todo el mundo la estuviera esperando. En algún lugar. En completo silencio y sin responder a sus llamadas. Entonces lo supo.

«Seguimos en el nospacio».

—¿Idris? —llamó por el comunicador—. Idris, ¿qué pasa? —Pero era un esfuerzo inútil, porque estaban en el nospacio. Eso suponía que no había Idris, ni Solaz, ni ninguno de los demás. Sólo ella y el vasto abismo cósmico.

«Algo ha ido mal». Algún mecanismo de seguridad había fallado y la nave había decidido despertarla. Probablemente como a todos los demás… Pero eso no era de ayuda, porque no había un «todos» en el nospacio. Sólo Keristina Soolin Almier, que no sabía cómo arreglar naves espaciales.

«Ve al puente de mando». Salió como pudo del hangar de suspensión con la sensación de que las dimensiones de la nave a su alrededor eran sutilmente erróneas: demasiado grandes, demasiado pequeñas, con giros inesperados, direcciones sin nombre. Y vacía, tan vacía.

No del todo vacía.

Kris sabía que era como funcionaba aquello, pero el saberlo no ayudaba. Le picaban los hombros con la sensación de que había algo en la nave, cercano… intolerable. La mitología humana estaba llena de criaturas que eran anatema para las mentes cuerdas. Morías al verlas, cruzabas con ellas una mirada y te convertías en piedra. ¿Habría tocado el nospacio algún sabio de la antigüedad, eras antes de que los humanos escaparan de su campo gravitatorio? Porque ése era un resumen de la Presencia.

Mientras Kris vagaba por las estancias vacías de la *Dios Buitre* la sentía más próxima, dando un paso por cada uno de los suyos. Pero los de la Presencia eran más largos, con lo que se acercaba un poquito con cada movimiento. Era un resumen de todas las vergüenzas, las pesadillas y los rechazos que había sufrido a lo largo de su vida. Era todas las cosas con dientes y garras, armada para ser su némesis definitiva. Dejó que el cuchillo bajara por su manga, pensando: «Venga, también tengo algo para ti, némesis».

Luego llegó al puesto de mando y vio la silla del capitán, el tablero del piloto. Intentó hacer un diagnóstico, pero todos los sistemas de la nave estaban al mínimo. No le podían decir qué iba mal. No parecían saber por qué la habían despertado. Según la nave, todo iba bien. Como la seda, incluso. ¿Por qué preguntaba?

No todo iba bien. Kris sentía algo frío en la boca del estómago. Necesitaba…

Algo chirrió, un prolongado sonido de raspado, fuera de la cápsula de mando.

Se agarró al respaldo de la silla del capitán, casi soltó el cuchillo. «No tendría que haber oído nada». No había ninguna otra presencia física a bordo. Nada largo y descoyuntado que reptara del otro lado de la mampara. Miró la mínima actividad del panel de la nave, pero no procesó lo que veía. Se había movido, justo fuera. Kris podía sentir cómo se acercaba, tanteando el camino como un ciego. Hubo un momento exacto en que cesó su búsqueda, y supo que la había percibido.

«No, no, vamos, debe haber algo aquí. ¿Qué pasa?». Pidió toda la información que la nave pudiera darle. «¿Por qué estoy despierta?». No había errores mecánicos, ninguna alarma activada, salvo… Estaba despierta porque alguien dio la orden de despertarla. Un código de emergencia que se sobrepuso a los procesos de control que normalmente la mantendrían dormida.

«¿Idris…?». ¿Pero qué podía hacer si fue Idris? ¿Qué significaba que Idris hubiera decidido despertarla en lugar de hacer cualquier otra cosa? ¿Soltarla en esta nave hueca, insustancial, donde eso pudiera darle caza?

Porque estaba allí, en el puesto de mando, con ella, justo detrás. Lo hostil, la cosa que ni siquiera podía ser vista. Su horror la inundó, clavó los dedos como garras en el respaldo de la silla del capitán.

Kris alzó el cuchillo, y captó por un momento su propio reflejo en la hoja. Apartó la vista de inmediato, por si apareciera algo detrás de su hombro. El cuchillo, sí. El cuchillo… no serviría de nada contra el otro, pero podría usarlo para algo. Podía cortar los lazos que le unían a ese lugar. Podía quitarle su presa a la Presencia.

Se acercó más: peor que un dolor, peor que la muerte, la

encarnación de todo lo malo. Alzó el cuchillo.

La nave cayó del nospacio en una torsión repentina. No hubo ningún impacto físico, pero Kris se tropezó de todas formas. Se descubrió a un metro de donde pensaba que estaba, con el codo de Solaz en la cara. En ese momento de desconcierto, casi se cortó la garganta. Fijó la mirada en la parteni por encima del filo del cuchillo, y permitió que ella se lo quitara de la mano y lo apartara con cuidado.

—¿Qué…?

—Aquí, ¡prestadme atención! —Kit se agachó sobre el tablero del piloto. Había una peculiar espuma amarillenta en sus pequeñas extremidades que Kris no había visto antes en un hanni, y sus seis pies taconeaban adelante y atrás de manera errática. Se dio cuenta de que fue él quien les sacó del nospacio, de manera manual, usando la consola de Idris.

—¿Me recibís? —dijo Solaz al comunicador—. ¿Olian? ¿Trine?

Kris se recompuso y comprobó las lecturas.

—Siguen en suspensión. La orden general de despertar sólo se dirigió a las camas. Olli está en el hangar de drones y Trine simplemente se desactivaron. Idris, ¿por qué nos levantaste? —Kris parpadeó—. ¿Idris?

El piloto estaba desplomado en su asiento, con la mirada vacía y un hililo de sangre cayéndole de la comisura de la boca. Por un momento terrible pensó que habría muerto. Solaz intentó tomarle el pulso a la manera tradicional, pero Kris agarró el viejo equipo médico de la cápsula de mando de su lugar en la pared. Indicó que seguía con ellos, pero los datos de la presión sanguínea, la respiración y la actividad cerebral indicaban problemas. Kris sintió cómo crecía el pánico en su interior. Idris no estaba, e Idris nunca dejaba de estar. Ni siquiera dormía. Pero ahora mismo no había nadie detrás de esos ojos abiertos y su cerebro ardía.

—Necesitamos ayuda, ayuda médica. ¿Salvo que tú…? —Miró esperanzada a Solaz, pero la parteni se limitó a negar con la cabeza.

—Esto va más allá de una herida en combate. ¿Dónde estamos, al menos? —Sus palabras dieron paso a un silencio que flotó mientras Kris se limitaba a mirarla. Porque si habían salido del nospacio al vacío profundo, eso era todo. Salvo que pudieran recuperar a Idris, ninguno de ellos podría llevar la nave a ninguna

parte. Nadie les encontraría jamás, un grano de arena en la inmensidad de un universo vacío.

—Kittering, ¿cuándo nos sacaste…? —empezó lentamente Solaz.

—Cero datos de navegación disponibles —confirmó el traductor del hanni. Las cifras brillaron en las pantallas de sus brazos. De acuerdo a los ordenadores, habían estado saltando de ningún lugar a ningún lugar con un piloto catatónico al mando. Devolverles a la realidad era lo único que había podido hacer Kit.

Kris pensó en el carguero *Gamin*, condenado a terminar en el vacío profundo y consumido por la locura y la desesperación de sus tripulantes. Salvo que pudieran despertar a Idris y volverle capaz de pilotar…

—Espera —dijo Solaz—. Tenemos transmisiones. Me aparecen… ¿mediotipos de noticias, entretenimiento? Una reposición del último ciclo de *Heredero del espacio*… ¿Qué?

—Basura —dijo Kris, que lo disfrutaba en secreto—. Terribles dramones, terribles. —Nunca se había sentido más feliz de encontrarse con programas malos en toda su vida—. ¿Origen?

—Estamos… —Solaz dio unos golpecitos a las pantallas—. Oh.

—¿Qué? —Kris pasó por encima de ella para ver lo que enseñaba el ordenador reiniciado, que recomponía el mapa del espacio que les rodeaba—. Santa equidad… ¿Esto lo hizo Idris?

Seguían muy lejos de todo, mucho más de lo que estarían en cualquier salida normal del nospacio. Pero había un mundo habitado cerca. Uno familiar, conocido y poblado. Berlenhof, el corazón de la Esfera Colonial.

5
Berlenhof

22

Idris

En el septuagésimo octavo año de la guerra, un Arquitecto llegó a Berlenhof.

Idris fue destinado a la *Pitonisa*. Se había desplegado a todos los intermediarios de Berlenhof y se les había puesto en naves distintas, la idea de los huevos y las cestas. Todos ellos dirigían sus mentes hacia el Arquitecto. Motitas en el ojo de su vasta grandeza cristalina.

Una masa de tamaño lunar, su mitad más cercana formada por una cordillera desquiciada de cumbres de cristal brillante, de cientos de kilómetros de extensión. La luz de la estrella de Berlenhof creaba arcoiris al alcanzarlas, separándose en sus frecuencias constituyentes. La cara oscura del Arquitecto era un hemisferio facetado, semitraslúcido, que sugería formas monstruosas. Una máquina, un mundo escapado de su sistema o una fuerza de la naturaleza; los simples humanos no podían comprenderlo.

Pero Santa Xavienne fue capaz de ver más lejos que el resto. En el corazón de todo ese cristal había una mente única, una consciencia inconmensurable como los océanos. El Arquitecto poseía voluntad propia y la capacidad de imponerla al universo. Y era sólo uno de muchos. Nada más que había llegado uno de ellos a Berlenhof —nunca se había aparecido más de uno a la vez—, pero la ciencia humana ya había descubierto rasgos distintivos atribuibles a diferentes individuos, tanto a nivel macro como molecular. No era una amenaza solitaria, sino una cruzada.

La *Pitonisa* se lanzó contra el enemigo bajo la dirección de su

tripulación parteni, esquivando en zigzag. Una pequeña nave intentando acercar a Idris, sin que la terrible mano invisible la reconfigurara de forma artística. Y en algún lugar, ahí fuera, los compañeros de Idris morían.

La tripulación parteni, las hermanas de Solaz, manejaban la pequeña nave con habilidad. Seguían determinadas pautas, aprendidas a un alto precio, de otras naves que consiguieron pasar inadvertidas a Arquitectos el tiempo suficiente como para escapar. Salvo que esta vez no intentaban escapar.

E Idris era joven y estúpido, y pensaba que quería pelear.

—*Elsinore* informa de contacto… —Una oficial traducía para él la cháchara parteni—. *Ching Shi* informa de contacto. Ocasio en contacto. —Siguió con la lista de otros transportes de inters que se habían acercado al Arquitecto.

—Cuando esté listo, *menheer* Telemmier —dijo la capitana de la *Pitonisa* en un colvul con un fuerte acento, mientras le tocaba el hombro. Idris se dio cuenta de que se contenía. Abrió sus sentidos, sus caros y arruinados sentidos nuevos, y descubrió al Arquitecto.

Había esperado percibir un punto, un único asiento de la razón en las profundidades cristalinas del mastodonte. En su lugar todo era mente, el edificio de millones de toneladas al completo. O puede que su mente y su materia no estuvieran divididas de una forma significativa. Se encontró una voluntad divina, tan sensible a la llegada de Idris como lo sería su inmensidad física a un posible ataque de las pequeñas armas de la *Pitonisa* contra las encrespadas montañas de cristal. Era consciente de forma distante de los esfuerzos de sus compañeros inters. Luchaban contra las suaves paredes de su intelecto, golpeándolo con sus puños mentales. Intentando alcanzar ese momento al que llegó Santa Xavienne, cuando había llegado a tocar la mente de Dios y detuvo el camino del leviatán.

Y por un breve instante, lo hizo. No es que se agrandara, sino que se encogió. Redujo la imagen de sí mismo hasta que de algún modo pudo deslizarse en esa mente. Con la sutileza de una tarjeta deslizada por debajo de una puerta, invitándose a sí mismo, convirtiendo a la entidad «Idris Telemmier del Programa de Intermediarios» en nada más que datos. Era un virus que llevaba el mensaje: «Estamos aquí. ¡Míranos!».

Hubo un grito en incomprensible parsef seguido, para su beneficio, por la frase «Se está desviando dos grados, *menheer*». Las palabras llegaron a sus oídos desde algún lugar muy lejano. El Arquitecto había variado ligeramente su rumbo. Había encontrado alguna palanca con la que moverle. ¿Quizá era sólo una máquina? ¿Quizá podía afectarlo con su mente, descubrir la forma en que se conducía, un proceso de autodestrucción…?

Más discusiones rápidas, y luego llegó la traducción, urgente y apresurada.

—Registrando disrupción en su superficie. ¿Es algún tipo de daño? —Las parteni eran inmutables como rocas, todo el mundo lo sabía. Las criaban sin emociones, las perfectas ángeles-soldado. Pero había cierta emoción en esas palabras, incluso euforia. Estaban consiguiendo algún resultado. Luchaban contra Lucifer y estaban a punto de derribarlo.

Y entonces, una vez estuvo dentro, Idris fue consciente de que no había alcanzado el objetivo. Había de hecho una consciencia allí, la cosa que Xavienne había llegado a rozar, pero podía vagar por el laberinto de esa mente un millar de años sin encontrarla. Incluso llegando tan lejos como lo había conseguido cualquier ser humano habían fracasado. Lo habían pinchado, alterado, pero no fue más que un toquecito, una espina en el costado de un elefante.

Sintió un estremecimiento creciendo en el interior del Arquitecto, y él intentó avisar a los demás, abrió la boca para vomitar las palabras, todavía perdido en algún lugar entre el yo y el ello… cuando el Arquitecto tomó el espacio entre sus manos invisibles y lo estrujó.

Volvió en sí después. Todo lo que se escuchaba eran quejidos y lamentos, porque las parteni no gritaban cuando hacía falta que se pudieran escuchar las órdenes. Las supervivientes intentaban salvar por todas partes a las afectadas por el foco gravitatorio del brutal golpe del Arquitecto. La segunda al mando ladraba órdenes en parsef mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. La mitad de la tripulación estaba muerta, un lado del puente había quedado convertido en una ruina chisporroteante. Y una vez se llevaron el cuerpo de la piloto de su asiento, Idris se sentó en su lugar. Podía sentir la furia del Arquitecto mientras daba manotazos con inconsciente irritación para quitarse de encima esos mosquitos que

le fastidiaban.

Y él las sacó de allí. Sin darse siquiera cuenta de lo imposible que era, las alejó de la sombra destructiva del Arquitecto. Saltó dentro de un sistema, algo que no debía hacerse.

Luego las llevó de vuelta a la *Espada Celestial*. Estaba levemente sorprendido de que ninguna de las guerreras de élite hubiera protestado porque se hubiera puesto al mando de la nave. Simplemente tomaron con calma su participación, y aceptaron la ayuda sin una palabra.

Tampoco la *Espada Celestial* había estado en paz. Solaz fue quien le condujo al puente en cuanto estuvo a bordo. Todos los defensores de Berlenhof se lanzaban contra el Arquitecto. En algún lugar ahí fuera, la abollada arca langosta naeromathi goteaba flotas de drones constructores y naves-fábrica convertidas en impulsores de masa de un único disparo. Las estructuras orbitales colmeneras sembraban el espacio de nubes de pequeños asesinos, y buques mercantes hanni con forma de media luna se disponían a vivir sus momentos finales como improbables naves de combate, con sus tripulaciones alienígenas entregadas a ese desesperado propósito por sentimientos de camaradería o de quid pro quo. Un centenar de naves humanas distintas se lanzaban a una loca carga suicida para ganar unos minutos más para la evacuación.

Y allí estaba el orgullo del Partenón: los grandes batallones, las ángeles guerreras destinadas a salvar a la humanidad de la extinción. Las *Espada Celestial, Madre Ascendente, Catafracta*; las naves más avanzadas jamás construidas por manos humanas. Equipadas con descomunales motores gravitatorios para protegerlas de los Arquitectos y alimentar los nuevos y colosales disruptores de masa, destinados a devolver al enemigo lo mismo que él hacía al resto del universo.

—¡*Menheer* intermediario! —le llamó una de las oficiales en cuanto entró al puente—. Al centro y al frente, si es tan amable. ¡Vamos, vamos! —Su colvul tenía un fuerte acento y…

—*Compris,* madre. —Solaz estaba allí a su lado, dirigiéndole a un cuarteto de pantallas en el corazón del puente. Cada una mostraba información sobre el Arquitecto o indicaba posiciones relativas en el espacio.

—¿Qué se supone que debo…? —pudo decir.

—Lo que sea capaz de hacer —le respondió la misma oficial con severidad—, hágalo. Cuanto más sepamos, más tendremos sobre lo que trabajar. —Sonaba como si no creyera en él, algo con lo que habría estado de acuerdo una hora antes. Ahora se había encontrado con el enemigo. Ahora sabía lo que podía hacer.

Solaz, esa Solaz más joven sin el título de ejecutora, le dirigió una sonrisa tensa.

Las órdenes e informes en rápido parsef recorrían todo el puente, eficientes y regulares como percusión. La vanguardia de la defensa planetaria ya había llegado al Arquitecto, y empezó a ver cómo el ser extendía sus manos hacia ellos, que aparecían como puntos animados parpadeantes etiquetados con sus nombres. Ruinosos restos coloniales y rápidas patrulleras hanni en formación para un ataque que nunca completaban. Una alargada y elegante nave castigar fue sacudida y retorcida como haría un niño con un palo. Las estructuras espaciales colmeneras naufragaban, sus colonias escupidas al espacio entre componentes rotos y mentes compuestas destruidas.

Luego la *Catafracta* apuntó su disruptor de masa. Concentró la fuerza de sus motores gravitatorios para comprimir diez kilómetros cuadrados de sustancia en el mismo corazón del Arquitecto.

Y nada. La cosa pareció ignorar el arma. Pero luego los escáneres detectaron fracturas en su sustancia. Los ordenadores de la *Espada Celestial* mostraron mejores posibilidades. Algo rugió a través del casco de la nave como voces angelicales que declamaban el final del universo. Idris se dio cuenta de que era el sonido de su propio disruptor, que hacía quejarse a cada junta y cada mampara en una armonía inquietante y maravillosa.

Y él lo tenía. Ni siquiera era el primer inter en la brecha, pero lo tenía. Recordó cómo había llegado antes a la mente del Arquitecto. Se dobló sobre sí mismo, diminuto, como una carta, como una aguja, como una idea, y envió su mente a esa masa incandescente de pensamiento furioso. Porque estaba furioso. No le conocía, no conocía a ninguno de ellos, pero percibía un entorno que le presentaba resistencia. Que le complicaba la vida, impidiendo la creación de su arte apocalíptico. Idris gritó, accediendo a los límites externos de la consciencia del Arquitecto como si entrara en la fotosfera de una estrella.

Sintió cómo el ser se tropezaba sólo por un momento. No más que un hombre que resbalara un segundo sobre el hielo antes de recuperarse, tras un instante sobre el filo de lo que podría ser una caída fatal. El disruptor de masa de la *Espada* habló una y otra vez, con veinte segundos de recarga entre cada disparo. Toda la sustancia de la nave rechinaba por el esfuerzo. A su alrededor, la mitad de las parteni tenían las manos sobre las orejas.

Entre descargas, escuchó un gemido controlado. Captó el nombre de la nave *Catafracta* y supo que una de las hermanas de la *Espada* había resultado destruida. En las pantallas vio a la enorme arca langosta simplemente deshecha. Había quedado diseminada a lo largo de cincuenta kilómetros de espacio: en cables; en peladuras metálicas artísticamente moldeadas, en manchas congeladas de material orgánico.

Idris sollozaba a esas alturas y sentía como si le fuera a estallar la cabeza. En algún lugar sus compañeros se limitaban a morir, a caer muertos; corazón, cerebro, todos los órganos se derrumbaban tras la experiencia de tocar la mente de un dios. Pero Idris resistía. Resistía y luchaba por llegar, aunque la consciencia del Arquitecto le buscara, incapaz ni siquiera de concebir algo tan diminuto, un gigante persiguiendo a un ratón.

Cada detonación de los disruptores de masa abría camino a la siguiente. Los ordenadores parteni rebotaban pulsos electromagnéticos sobre las superficies irregulares del Arquitecto, haciendo lecturas de los daños para ofrecer nuevos objetivos posibles. Las armas más poderosas jamás creadas por manos humanas eran manejadas con la precisión de escalpelos.

Luego el Arquitecto les alcanzó. Idris lo sintió e intentó oponerse, desviar esa atención capaz de deformar el espacio que les convertiría en poco más que un ornado monumento a su propia estupidez. La *Espada Celestial* vibró y gruñó, con sonidos que se mezclaron con el amargo grito de la siguiente detonación del disruptor. Los informes de daños llegaban desde cada rincón de la nave. Pero Idris estaba trasfigurado. Nada le importaba. Su propia mortalidad era un detalle menor en comparación con lo que veía.

La *Madre Ascendente* seguía atacando, con disparos cada vez más continuos pese al daño que suponían para su propia integridad. Los coloniales, los hanni, los colmeneros, cada nave descargaba las

armas de que disponía, desde disparos de acelerador hasta asteroides que llevaban a remolque. Todo dirigido conforme a la telemetría que transmitían las parteni. E Idris, en su privilegiado asiento de primera fila, veía al Arquitecto venirse abajo.

Se dio cuenta de que seguía en parte en el nospacio. Era incluso mayor que la manifestación física que accedía a la realidad. Pero el daño que se le causaba tenía consecuencias, ondulaba por toda su materia al completo. Las fracturas de las que informaban los dispositivos parteni eran lo menos importante. Los ataques de los disruptores de masa habían sido un cincel que se clavaba cada vez más hondo en la criatura, y ahora la estaban cortando en pedazos.

Idris percibió que el Arquitecto conocía la muerte y tembló por anticipado ante la rabia que seguramente desencadenaría ese pensamiento. Pero no fue así. Lo que el Arquitecto sentía estaba más que nada fuera del alcance de lo que pudiera comprender una mente humana. Pero cuando los demás le pidieron que lo expresara en palabras, él sólo pudo hablar de aceptación.

El Arquitecto murió. Y, al morir, su energía remanente azotó el espacio a su alrededor, destruyendo naves y pasando a la *Espada* de «seriamente dañada» a destrozada. Y entonces fue cuando Solaz le metió en la cápsula de escape, porque las parteni se tomaban su deber muy en serio. Entonces fue cuando se encontró en un campamento médico de Berlenhof después del último periodo de inconsciencia que conocería en los siguientes cincuenta años. Salvo que para el Idris de este momento —perdido en el loco trayecto de la *Dios Buitre*— nada de eso había ocurrido. Ni Solaz, ni la cápsula de escape, sólo el momento eterno en el que la *Espada Celestial* moría y el Arquitecto con ella, en un acontecimiento tan traumático para el universo que dejaría una cicatriz permanente en el nospacio, una marca imborrable en un medio infinitamente transitorio. Una señal que había encontrado a través de la galaxia, la única en el vacío informe.

23

Havaer

—Ya se han hecho preguntas sobre cómo manejó esta situación —dijo la jefa Laery. Había llamado a Havaer durante sus ejercicios. Esto era algo que sólo hacía cuando estaba disgustada, por lo desconcertante que resultaba. Su silla ingrávida estaba reclinada hacia atrás, y una estructura metálica mantenía uno de sus brazos en tres sujecciones bien acolchadas. Los músculos atrofiados de la extremidad recibían corrientes eléctricas y un trío de tubos la alimentaban con líquidos de color orina; regeneradores de músculos con alta carga de proteína para combatir una batalla que su cuerpo ya había dado por perdida. La joven Laery había pasado mucho tiempo en el espacio profundo escuchando mensajes, sin tecnología gravitatoria. Había sobrevivido incluso con una alimentación inferior a la ya de por sí pobre que era habitual entonces entre los coloniales. La combinación de factores había resultado en que la mayoría de su masa muscular se rindió y se dejó ir. La vuelta a hábitos más comunes no le había ayudado mucho para recuperar lo perdido, y cada pocos días debía someterse a tratamientos como éste para intentar retrasar el final. Medio desnuda, parecía alguien que hubiera muerto de hambre una semana antes.

—Tuve que tomar una decisión —le dijo Havaer—. Necesitaba mantener a nuestros testigos lejos de las manos de cualquier elemento criminal. —Había sido sincero y exhaustivo en su primer informe sobre la *Cosecha Rota* y su señor essiel renegado. Eso resultó afortunado, porque de lo contrario estaría en un agujero el doble de profundo.

—Deberías haber llevado a la tripulación a la *Martillo* y haber

abandonado su nave —comentó Laery.

—Pensé que no me daba tiempo. Y, para ser honestos, no creí que me conviniera liarme a tiros con unos espaciales y un ejército de una sola parteni mientras llegaba el essiel.

—Como mínimo deberías haberte traído al intermediario.

—No tenía prerrogativas para ello.

Los ojos de ella se estrecharon.

—Se te concedieron poderes especiales, Havaer. —Se le escapó un silbido mientras la estructura médica se dirigía al otro brazo—. Amenaza a las Colonias. Especialmente el maldito Partenón.

—Tomé una decisión.

—Mala.

—El problema con las decisiones —respondió, después de asentir— es que sólo son buenas o malas en retrospectiva.

—Asegúrate de mencionar eso en tu investigación —le espetó Laery. Luego añadió tras una pausa deliberada—: Si es que la hay. Se está discutiendo.

—¿Cuál es mi situación actual?

—Activo hasta que se te comunique otra cosa. Estamos demasiado cortos de efectivos como para mandarte a la nevera. Por otra parte, tu información acerca de la organización conocida como la Cosecha Rota tiene potencial.

—¿Cómo es que eso es «otra parte»? —preguntó con suavidad.

—Por que nos hace quedar bien. Mientras que tu «decisión» tiene toda la pinta de ser un error. En retrospectiva. Porque tus malditos espaciales no parece que vayan a llamar a nuestra puerta en ningún momento cercano, puedes estar seguro.

—Todavía no hemos llegado al momento de juzgar eso en retrospectiva —comentó, todavía con moderación.

—¿Quieres que esperemos a que la primera nave parteni tartasalte aquí? ¿Que supere las defensas orbitales de Berlenhof con una nueva ángel inter al timón?

Se había terminado el momento de las respuestas fáciles.

—¿Tiene tan mala pinta? —preguntó.

La jefa Laery le miró por debajo de los párpados entrecerrados, con animosidad reptil.

—Dos naves de guerra parteni están en órbita sobre Berlenhof ahora mismo. ¿Te parece lo suficientemente malo, Havaer?

Probablemente puedas ver a la *Hija del Trueno* ahora mismo desde mi ventana.

—Ruido de sables, seguramente…

—Cuando envían dos naves de combate nuevas a arrojar su sombra sobre las oficinas del Hum en el planeta, es que las espadas están en alto. —Movió ociosamente su mano desocupada—. Por supuesto, han traído algunas diplomáticas de verdad. Así que ahora mismo nuestra gente y la suya están trabajando en la habitual lista de estupideces: tarifas aduaneras, acciones conjuntas contra elementos descontrolados, etcétera. Pero puedes apostar a que las parteni están apretando para conseguir información sobre el Comité de Enlace. Ahora que los Arquitectos pueden estar de vuelta, están subiendo la apuesta de verdad. «Oh, nos encantaría venir a salvar vuestros mundos otra vez, pero parece que nos falta un arma fundamental en la lucha contra los Arquitectos». Se les olvida mencionar que los inters son nuestra única ventaja sobre ellas, en caso de que (o, quizá, debería decir «cuando») entremos en guerra.

Havaer suspiró.

—¿Permiso para decir lo que pienso, jefa?

—Oh, ilumíname —dijo con sarcasmo.

—Si llegamos a ese punto, las parteni pueden poner navegantes castigar en sus naves. Incluso le podrían pedir a la Hegemonía esas criaturas o cosas que emplean. Nuestros inters son buenos pilotos nospaciales, quizá los mejores, pero no los únicos.

—Si llegamos a ese punto —replicó la jefa Laery—, los castigar saben que les pagaremos más por no hacer nada que las parteni por poner a sus superdotados en peligro. El Partenón es rico en cañones, pero pobre en mantequilla. En cualquier disputa que no sea una guerra en sí podemos derrotarlas sin levantar los brazos. Y sólo podemos esperar que la Hegemonía no se implique. Lo que ahora mismo es otro maldito dolor de cabeza. —Chasqueó los dedos, que sonaron como ramas secas, para poner fin al tema—. Éste, el que parece tu tío el pederasta, ¿hablaste con él?

Señaló la imagen de un hombre de barba blanca de aspecto cordial, con la túnica de cuello alto del culto hegemónico cubriéndole la cabeza calva.

—El hierograve, de Huei-Cavor. Intentaba hacerse con la *Oumaru* cuando la Cosecha Rota la robó —recordó Havaer—. Era

Sathiel, ¿verdad?

Laery asintió como un pajarito.

—Su gente son otros más de esos parásitos que han venido al sistema. Por alguna razón, la secta al completo se nos ha echado encima pidiendo ser considerados como representantes de la Hegemonía. Puede que sea cierto o no, dado que nadie ha conseguido jamás una respuesta directa de los essiel. Este simpático abuelito tiene todo un historial, ¿lo sabías? —Los nombres de media docena de sistemas aparecieron debajo de la imagen de Sathiel, terminando en Huei-Cavor—. A ver, la Hegemonía no tiene a nadie designado para hacerles el trabajo sucio, pero si lo tuviera… El plan de este Sathiel es aparecer y hacerse con el control de la sección local o lo que sea de la secta. Luego empieza a movilizar, difundir rumores, reunirse con la gente en el poder, explicarles las ventajas de tratar bien a las almejas. ¿Sabes que ha conseguido poner patas arriba a tres sistemas? Y en los que no lo logró, digamos que la Casa Ácida puso un dedo en la balanza. Para asegurar a la gente que estaban ejerciendo su libertad de elección tan libremente como se supone.

Havaer asintió sin comentar. Recordó su falsa entrevista con el hierograve. El hombre parecía sincero, pero eso venía con el cargo, no era ninguna sorpresa. Sathiel quería usar la *Oumaru* para destacar los beneficios de la protección hegemónica. Pero, una vez más, era lo que cabía esperar.

—Sabemos que no está compinchado con los mafiosos de la Cosecha. O no lo estaba entonces.

—No lo estaba entonces —repitió Laery—. No sabemos a qué acuerdos puede haber llegado con ellos a partir de ahí. Al menos nadie tiene la puñetera *Oumaru* por ahora. Eso es algo que tus espacialitos queridos hicieron bien. Pero no seguirá así para siempre. —Suspiró—. Si por algún milagro volvemos a encontrar a la *Buitre*, más te vale convencerles de que te den la localización de ese pecio. Luego podemos volarlo en pedazos y olvidar que existió. —Ella notó que él le devolvía una mirada desafiante—. ¿Qué?

—No cree que, si los Arquitectos realmente…

—Los Arquitectos están lejos, arruinando a alguna otra civilización. ¿No crees que lo sabríamos a estas alturas si estuvieran de vuelta? ¿Crees que joderían un carguero con mala suerte y luego

se irían un mes de baja por enfermedad? Ahora mismo tenemos problemas con el Partenón y con la Hegemonía. Los dos están usando a la *Oumaru* para conseguir inters; para convertir más mundos. Así que si no volvemos a saber de ese pecio nunca más, puede que esos dos problemas terminen por desvanecerse. —Había una siniestra decisión en su voz. Al escucharla, Havaer se preguntó qué pasaría si la *Dios Buitre* reapareciera. Sería una vergüenza que sus saltos por la galaxia tuvieran un final abrupto y anónimo. Pero ese tipo de pensamientos estaban por encima de su cargo y no es que pudiera hacer algo. Después de todo, lo más probable es que no tuviera la posibilidad de tomar ninguna otra «decisión» respecto a ellos.

Solaz

Las unidades automatizadas separadas de Trine seguían trabajando, como lo habían hecho durante la vertiginosa persecución por el nospacio. Y tras una hora de vagabundeos por el límite del sistema de Berlenhof, les anunció que estaban listos para explicarles algunos hallazgos preliminares.

—En primer lugar —anunciaron el colmenero—, me gustaría agradecer a todos, en especial a mi vieja hermana de armas la ejecutora mirmidón Solaz, por darme esta oportunidad. No es frecuente que tenga una posibilidad así de complementar y expandir las fronteras de mi conocimiento.

—Trine —dijo la citada hermana de armas—, al asunto, por favor. ¿Son o no son?

El rostro espectral del delegado Trine adoptó una expresión insatisfecha.

—¿Te podrías creer que las ocasiones de dar un poco de espectáculo en el mundo académico son limitadas, mi vieja compañera?

—Trine, por favor.

—No es como si fuera a revelar quién es el asesino, o una frivolidad similar.

—¡Trine! —Aunque no pudo evitar que se le curvaran un poco labios, porque el maldito colmenero estaban locos por las viejas

historias de detectives terrestres desde hacía mucho.

Trine soltaron un quejumbroso suspiro, totalmente voluntario y artificial.

—Amigos y compañeros, creo que son reliquias originarias auténticas a las que se ha puesto en algún proceso de suspensión con el que no estoy familiarizado. Mis unidades investigadoras prosiguen un cauto análisis. Aunque, por supuesto, evito dar cualquier paso que suponga interferir con su conservación.

—¿Pero tienen esa capacidad? —preguntó Kris—. La de hacer… lo que sea que hagan como lo hacen.

—Una consulta planteada de forma muy poco científica, mi nueva asociada, y la respuesta es «no tengo ninguna idea a priori». No sabemos qué es lo que cambia en los objetos originarios cuando los saca de un planeta alguien que no sea de la Hegemonía. Y los essiel, por supuesto, no nos dan una respuesta cuando les invitamos a simposios. De aquí la gratitud que expresé en primer lugar, porque nadie en mi profesión había podido estudiar objetos así preservados y en movimiento. ¿Qué vais a hacer con estas cosas, exactamente? Necesito saber en qué instituciones pedir plaza, para asegurar una posible trasferencia. —Dieron otro suspiro ostentoso —. Había estado considerando la posibilidad de recoger y volverme a la Asamblea, pero parece que mi trabajo no ha terminado.

—¿Y la otra cosa, el pecio Arquitecturizado? —inquirió Solaz.

—Bajo investigación —confirmaron Trine—. Pero vamos a ser francos, vieja amiga: no tiene la misma prioridad.

Después de eso, Solaz volvió a su cuarto y se enfrentó a sus lealtades durante quizá siete minutos. No estaba segura de si la conclusión a la que llegó era un éxito o un fracaso. Si Idris no hubiera seguido en estado comatoso en una de las cámaras de suspensión, quizá habría tomado otra decisión. En ese momento, la cercanía y el respeto que sentía por los demás tripulantes no se anteponía al hecho de que era una soldado del Partenón. Sus hermanas estaban en el mismo sistema con dos grandes naves de guerra parteni. Debía cumplir con su deber.

Comprobó dónde se encontraban los demás. Kris estaba al mando y mantenía la mirada inquieta sobre los paneles. Trine estaban dedicando la mayor parte de su energía a la investigación, y probablemente no se opondrían en cualquier caso. En cuanto a Olli

y Kittering, estaban monopolizando las impresoras de la nave con algún trabajo propio. Inicialmente Solaz pensó que Olli imprimía medicinas. La mayoría de los que trabajaban tanto tiempo insertos en mecanismos terminaban con todo tipo de dolores crónicos y desequilibrios neurológicos. Para su sorpresa, Solaz descubrió una conexión de comunicación desde el puesto de Olli, junto a las impresoras, que rebotaba artísticamente en una serie de satélites para ocultar su destino. Olli estaba sin lugar a dudas intercambiando información con alguien en Berlenhof. Por un momento, la mente de Solaz se aceleró. «¿Es una hum? ¿Va por delante de mí?». Con tanto cuidado como pudo, intentó sacar alguna pista de qué se traían entre manos, sin alertarles.

La desviación estaba bien hecha pero no bien encriptada. Así que no era cosa de espías. Parecía como si Olli estuviera investigando en bases de datos sobre farmacología y xenobiología. Solaz aisló algunos términos de la búsqueda, pero los objetivos parecían más aleatorios que orientados. Todo muy misterioso, pero probablemente sin relación con los problemas de Solaz. Sin embargo, podría usar esas comunicaciones para ocultar sus propios mensajes.

Solaz no era una técnica, pero no se progresa en la flota del Partenón sin un cierta cantidad de entrenamiento diverso. En el muelle de drones, dado que Olli no estaba allí por una vez, accedió a los sistemas principales de la nave. Luego empezó a insertar su propia señal como una capa oculta por debajo de las comunicaciones de la investigación en curso.

Dispuso su código y lo envío, destacado de forma que las naves del Partenón lo recogieran. No incluyó ningún dato, por si lo interceptaban, sólo unos saludos y su identificación. Después tocó esperar, y encogerse culpablemente cuando Kris dejó su sitió. «Cumplo con mi deber», se dijo. Pero no podía dejar de sentirse miserable e hipócrita, una situación absurda para una mirmidón parteni.

La respuesta no tardó en llegar, aunque había sentido cómo se arrastraba cada minuto en el largo camino hasta Berlenhof y de vuelta. Olli y Kit seguían con su trabajo, alternando búsquedas en bibliotecas con órdenes a la impresora. Por alguna razón, intentaban sacarle un potingue desconocido. Si lo que buscaban

eran drogas, estaban lejos de conseguir la próxima dosis.

Luego el siguiente paquete de datos desde Berlenhof contenía un detalle para ella; datos comprimidos ocultos en los códigos de saludos, colocados entre paréntesis en cada intercambio como telómeros. Leyó: «Monitora superior Tacto responde a la ejecutora mirmidón Solaz», junto a todas las medidas de seguridad que cabía esperar para que Solaz estuviera segura de quién le respondía. Y luego: «¿Tienes al intermediario?».

Tacto: la superior que la envió a por Idris en primer lugar. Por un lado, Solaz no necesitaba perder tiempo en presentarse o tratar con algún molesto mando intermedio. Por otro, significaba que el destino de Idris pasaba al primer plano, y eso no era por lo que ella había llamado.

«Cambio de prioridades. La tripulación está en poder de objetos originarios autentificados, posiblemente activos pese a estar en tránsito. En un dispositivo de contención hegemónico». Y envió.

Apoyó la espalda en la pared, fría a través del tejido fino de la camiseta. «No estoy traicionando a nadie», se insistió a sí misma. «Esto es lo mejor». Después de todo, ¿qué podrían hacer las Colonias con esas cosas? ¿Desperdiciarlas, usarlas para sostener algún planeta como Magda o Berlenhof donde vivían los más ricos? Mientras, el Partenón podría analizar esa tecnología. Descubrirían sus secretos y salvarían muchos mundos… o el universo. Eso fue lo que se dijo.

«Envíe localización de inmediato. Preparando un equipo».

Solaz se mordió el labio. Por supuesto, podía enviar su localización. La intervención directa era la única opción, a menos que…

«Solicito que no se dañe a la tripulación y se les pague por servicios al Partenón».

«Transmitido al Tribunal de Cuentas. Estoy segura de que habrá algo. No ha llegado la localización. Reenvíe, por favor».

La frase de en medio eran las propias palabras de la monitora superior Tacto, no un mensaje convencional. «Habrá algo». No una amenaza, como la que habrían hecho Uskaro o el gángster essiel, sino el compromiso de una recompensa. Solaz lo creyó.

Luego: «Confirme también la situación del inter para recogida simultánea».

Solaz miró esa línea. Idris estaba tirado como un muerto a solo una habitación de distancia. E Idris necesitaba ayuda, indudablemente. Ayuda que podría conseguir del Hum. Ayuda que también podría conseguir del Partenón, con menos ataduras. Pero…

«Equipo listo. Localización, por favor».

Preparó los datos, dudó, descubriendo la verdad incómoda de que se odiaría sin importar lo que hiciera. El ir y venir de los oportunos mensajes de búsqueda de Olli seguía desfilando a través de su red de satélites. Pero Solaz casi podía sentir la aguda atención de Tacto sobre ella, desde dondequiera que la *Espada Celestial* orbitara Berlenhof.

—Hija de puta, ¡lo sabía! —Era la voz de Olli, amplificada por los altavoces de su escorpión para hacer temblar cada pieza suelta que hubiera en el muelle de drones. Porque por supuesto Kittering podía seguir enviando tan feliz mientras Olian Timo investigaba quién se entrometía en su señal.

Solaz se agitó y su mano envió el mensaje, sin estar segura de si iría a ninguna parte o si Olli ya la había bloqueado. Se levantó —desarmada, desprotegida— preguntándose si Olli se limitaría a ir a por ella. No le pareció que pudiera hacer mucho contra las tijeras, pinzas y sierras del exoesqueleto.

—¿Ahora no eres tan dura, soldado? —La especialista se adelantó en su cápsula, en el centro de la estructura. Solaz vio que la había reforzado desde la pelea con Mesmon; menos plástico transparente, más blindaje. Su cara mostraba a la vez rabia y alegría… Alguien le había dado al fin la excusa para desatarse—. ¿Cómo va a ser?

—Dímelo tú —respondió Solaz, totalmente erguida. Su mente recorría posibles contramedidas para el caso de que Olli simplemente se abalanzara sobre ella. El hangar de drones era el mayor espacio de la nave, pero con tantas extremidades y la cola extendida, el escorpión podía alcanzarla en cualquier parte.

—¡Todo el mundo, aquí! —La voz de Olli rugió por los comunicadores de la nave y Solaz escuchó un grito de Kris en la cápsula de mando. Un momento después llegó a la carrera, esperando quién sabe qué para encontrarse a las dos enfrentadas. Kittering llegó un momento después, Trine fueron el último.

—Esto no va a conducirnos a… —empezaron el erudito

colmenero.

—Cállate —le interrumpió Olli—. No eres uno de nosotros.

—Olli, ¿qué pasa? —preguntó Kris.

—La ángel guerrera ha llamado a casa —reveló la especialista—. Camuflada en mis mensajes y pensando que Kit no la rastrearía.

Kris apartó la mirada. Si Solaz había esperado alguna simpatía de su parte, se sintió decepcionada.

—¿Qué les ha dicho?

—Todo codificado, pero te puedes imaginar.

—¿Les has vendido a Idris? —preguntó Kris. Solaz vio cómo crispaba los dedos hacia la manga donde guardaba el cuchillo.

—No estoy vendiendo a nadie —dijo, con tanta tranquilidad como le fue posible.

—Son las reliquias —soltó Olli—. Por supuesto, las reliquias.

—Bueno, ¿y qué vais a hacer con ellas? —planteó Solaz—. ¿Venderlas por viruta? ¿Para que algún boyardo pueda mantener a salvo su lugar de vacaciones mientras arde la galaxia? ¿O preferís que el Hum desentrañe sus secretos? Incluso si suponemos que no la joden y dejan todo inservible, ¿entonces, qué? ¿Quién nos ha metido en problemas? ¿El Partenón? No. ¿Quién intentó cazarnos en Jericó? ¿Fue el Partenón? ¿Quién se llevó a Kittering y a la *Buitre*? No fuimos nosotras. ¿Fue mi gente quien nos arrestó y nos interrogó después?

—Oh, el Partenón ha sido nuestro problema todo el tiempo —le dijo Olli—, aunque desde dentro. Más sibilino. Haciéndose pasar por una de nosotros. Y que me jodan si no sabía que acabaríamos así.

—¡Les pedí que os pagaran! —intentó Solaz, a la desesperada. Notó su voz afectada, porque las pullas de Olli le habían afectado. Porque se había sentido como una de ellos, y aquí estaba, nada más que una espía en su seno… Una visitante, una traidora. «Joder».

—La recompensa sin un contrato es una forma de negocios inaceptable —llegó la estridente traducción de Kittering.

—Y sabes que se llevarán a Idris. Especialmente en el estado en que se encuentra ahora, cuando no puede negarse.

—Mira, necesita ayuda. Podemos ayudarle.

—Y después de ayudarle, ¿dejaréis que se vaya? Lo siento, Solaz. —Y los ojos de Kris brillaron de dolor—. Puede que de verdad

pienses que es lo mejor, pero no. Simplemente… no.

Solaz cerró los puños.

—Los Arquitectos vuelven —dijo—. ¿Quién os salvará, quién salvará a todos, si no somos nosotras? Para eso existimos.

—Tú y tu gente nos dejaríais arder a todos si os sintierais seguras. —La voz de Olli retumbó desde el escorpión—. A todos los que no nacieran en vuestros putos tanques.

—¡Eso no es cierto! —Y Solaz se adelantó, al alcance de esas armas letales. Todo su entrenamiento la abandonó por un estúpido momento, sólo porque esa mujer había sido tan injusta. Olli se limitó a levantarle un muñón, un puñado de dedos rechonchos que surgían de lo que debería haber sido su codo truncado. Y por supuesto sus palabras no fueron justas, no era justa. Pero en otro nivel era algo que la mujer tenía todo el derecho a decir.

—¿Llamamos al Hum, entonces? —preguntó Kris. El corazón de Solaz se encogió, viendo cómo su actuación había vuelto toda la situación del revés, justo al preciso lugar opuesto al que buscaba. Pero entonces Olli se convirtió en una inesperada aliada.

—Que le jodan al Hum —afirmó la especialista—. ¿Qué harán por nosotros? Nada. Vamos a poner rumbo fuera de aquí, por algún camino convencional, algún pasaje que nos lleve a un sitio donde podamos escondernos. Puedo hacerlo. Puedo ir al vacío profundo hasta encontrar alguna corriente y luego simplemente seguirla. Nos escondemos, encontramos un comprador, llegamos a un acuerdo.

—Idris necesita ayuda. Ahora —dijo Kris—. Podemos conseguírsela en Berlenhof.

—También nos pueden arrestar, desaparecer, que nos secuestren las parteni —contraatacó Olli—. Mira…

El ulular de las señales de proximidad se tragó lo que fuera a decir, y los ojos de Olli abofetearon a Solaz. Era una pura mirada asesina.

—¡La puta les dijo que estábamos aquí! —gritó por los altavoces. Luego el escorpión se puso en marcha y tres brazos la intentaron atrapar.

Solaz saltó, usando una garra como escalón para llegar al hombro del exoesqueleto. Gritaba que no había sido ella, que el Partenón no podía haber llegado hasta ellos tan deprisa. Salvo que era una práctica estándar contar con alguna nave auxiliar en

silencio dentro del sistema en que estuvieran, así que…

Las alarmas se apagaron de repente y resonó una voz mecánica.

—Parad de pelear, nos abordan. Paradlo. Paradlo. ¡Parad! —Era Kittering, que entraba en el hangar para hacerse oír. Solaz se había quedado helada, mirando el aguijón que Olli había dispuesto en la cola del escorpión. Se había detenido a un metro de su cara. A su alrededor, la *Buitre* temblaba y se mecía mientras otra nave la aferraba. Algo grande. Mucho más grande que cualquier auxiliar parteni.

Los indicadores del hangar de drones empezaron a parpadear. Alguien entraba. Olli juró y retrocedió, relajando sus miembros de metal. Solaz seguía encima de su hombro.

La compuerta se abrió, forzada del otro lado. El hombre que la atravesó vestía una armadura. Solaz habría apostado que estaba modificada en la espalda para dejar sitio al caparazón de su simbionte negro y amarillo como una avispa.

Mesmon les dirigió una luminosa y afilada sonrisa. Detrás venían otros: humanos con armas y un colmenero sin cabeza, formado en torno a algún tipo de cañón.

—Tengo una puta cuenta pendiente —le dijo en particular a Olli —. Puedo ajustarla ahora mismo, y dejarte todavía con menos cuerpo del que tienes. Otra opción es que te pongas algo más cómodo y luego todos vosotros, malditos gilipollas, vengáis a reuniros con mi jefe.

24

Kris

Obligaron a Olli a salir del escorpión. Mesmon en particular recordaba exactamente cómo se desenvolvía en él. Solaz fue a ayudarla, y la especialista le dirigió una mirada como si fuera a morderla si se acercaba. Dejaron que Kris y Kit la ayudaran a subir al andador, ante el gesto cada vez más impaciente del tothiat.

Hecho eso, Mesmon miró al escorpión inerte.

—Voy a quedarme con eso —dijo bajo la mirada asesina pero impotente de Olli—. Me gusta guardar trofeos. Algo para recordarte. —Se acercó a ella—. Después de que devuelva algunos favores.

—Todos los pendientes desde Tarekuma, ¿no es así? —preguntó sombríamente Kris. La expresión de Mesmon era burlona.

—Oh, estúpida zorra —le dijo— que no entiende lo personalmente que se ha tomado la Inefable Cuchilla todo esto. Créeme, es un asunto que le ha perforado la concha. —Una traducción del essiel, sin duda, pero el significado era lo suficientemente explícito—. Estáis cordialmente invitados a vuestra propia ejecución, que contemplará mi amo y señor.

Les empujaron fuera del hangar de drones, por el umbilical hasta la nave hegemónica. El cambio gravitacional les hizo trastabillar, porque la *Cosecha* estaba en un ángulo de cuarenta y cinco grados con la *Buitre*. Mesmon miraba, y Kris supuso que había esperado que alguno se cayera de cabeza. No era fácil sorprender a espaciales experimentados con simples trucos gravitatorios; se sintió oscuramente orgullosa de lo bien que todos afrontaban su próxima ejecución. Luego la pierna mala de Trine se

les quedó atrapada bajo el cuerpo y terminaron despatarrados todo lo largo que eran sobre la sustancia nacarada que formaba el suelo del muelle de atraque. Kris les ayudó a levantarse mientras acuchillaba con la mirada a la gente de Mesmon.

El delegado Trine suspiraron y sus múltiples brazos hicieron un gesto desdeñoso, como si se sacudieran el polvo de una túnica imaginaria.

—Gracias, compañeros de condena. Es estupendo ver que la educación no ha muerto.

Uno de los secuaces de Mesmon se colocó detrás de ellos y Kris vio que llevaba el estuche gris poco llamativo que había estado escondido en el pecio de la *Oumaru*. Aklu reclamaba sus preciosos tesoros.

«Mientras consigue su venganza sobre los que se los quitaron».

El interior de la *Cosecha Rota* era una curiosa muestra de ingeniería. En una nave de construcción humana, espacios bien apilados aprovechaban todo el espacio que no ocupaba la maquinaria. Aquí había túneles de forma redonda que se ramificaban, en ejes con ángulos extraños que sugerían que la gravedad no se orientaba siempre en la misma dirección. Todo parecía hecho de madreperla, con un resplandor blanco del que destellaban arcoiris. Doradas tracerías geométricas aparecían en lugares aleatorios, se extendían y florecían, luego se atrofiaban y morían ante la vista de Kris, reabsorbidas en la matriz de las paredes. ¿Mensajes, avisos o lecturas? ¿O simplemente decoración? Era imposible saberlo.

Luego medio caminaron, medio se deslizaron por una cuesta abajo, para entrar en una sala en forma de óvalo con bordes festoneados. Aquí aguardaban más tipos armados, con un par de los castigar humanoides que Kris recordaba. También se fijó en Heremon, la mujer tothiat, que vestía una túnica por encima de una ligera placa blindada. La llamarada solar que era el símbolo de Aklu estaba presente en su pecho, mientras que la espalda estaba abierta para que su pasajero con forma de langosta pudiera tomar el aire.

El propio Inefable estaba en el centro de la sala, todavía colocado sobre su adornado sofá antigravitatorio. Seguía siendo una figura temible, al filo de lo sobrenatural. «¡No es más que un percebe!», quiso gritarle Kris a los tipos armados. «Sólo un molusco

con delirios de grandeza». Y con todo, en la mirada de esos ojos rojizos acechantes había más que eso. No tenía ni idea de cómo los essiel se habían hecho con una parte tan grande de la galaxia conocida, pero con seguridad tenían algo que iba más allá de las apariencias.

El mayordomo colmenero estaban junto al trono, tan elegantes como siempre. Su cabeza de dos caras se movió para sugerir que los próximos instantes contendrían más tragedia que comedia. Dentro de su cuerpo enrejado, partículas como insectos se daban caza unos a otros.

—¿Te has redimido, hijo pródigo? —preguntaron en su campanilleo, mientras daban unos pasitos como de pájaro hacia Mesmon—. ¿O acumulas más fracasos en tu espalda, hasta perder cualquier utilidad para el Inefable?

—Míralo por ti mismo —gruñó Mesmon, claramente disgustado por ser el objeto de los extraños comentarios del mayordomo. Hizo un gesto iracundo y el hombre con la caja se adelantó, presentándola para la inspección del colmenero. La criatura no intentaron abrirla, pero su cabeza se movió un poco, como si escucharan. En su trono flotante, Aklu lanzó una ráfaga de gestos cortantes.

—Oh, Mesmon, vuelves a decepcionar. —El colmenero dieron un paso a un lado, desplegando dos brazos por turnos en una sucesión de gestos con las manos abiertas. El hombre que llevaba la caja cayó de lado y un reguero de sangre se disparó sobre el suelo iridiscente. No formó un charco o fluyó en ninguna dirección, sino que se separó en hililllos, formando arabescos y florituras de color rojo oscuro. Kris parpadeó. No había visto ni siquiera el cuchillo del colmenero, pero uno de esos movimientos había sido mortal.

La caja cayó de las manos sin vida y se abrió al golpear el suelo. Estaba vacía.

Mesmon dejó escapar un resoplido. Fue un sonido mínimo en comparación con la descomunal furia que transmitía su rostro. Luego fue hacia ellos y Kris supo que iba a arrancar la cabeza de alguien. Para empezar.

Solaz intentó ponerse en su camino y se llevó un codazo en la sien que la dejó maltrecha. Mientras ella caía, Olli lanzó su exoesqueleto andador contra la entrepierna de Mesmon. No pareció

afectarle mucho; aparentemente esas partes eran tan resistentes como el resto de su cuerpo. Con un gruñido de frustración, se agachó, levantó el exoesqueleto entero, cuyas piernas pateaban frenéticamente, y se dispuso a romper en pedazos contra el suelo a Olli y su protección.

—Detente —dijeron el colmenero—. Contén tu mano. —Habían dado un paso más, y el sofá de Aklu también se adelantó, con los distintos ojos del essiel estirados—. Bien puede ocurrir —siguieron el colmenero cuidadosamente, como si les exigiera más de lo habitual traducir los gestos y tamborileos de su amo—. Ya tendremos nuestra dosis de huesos rotos. La verdad debe extraerse de estos pocos como el corcho de las botellas; dentro controlamos la situación, fuera el líquido surge como una cascada. Todavía no, no con ésta, que es una pariente. El Gancho la admira.

Mesmon dejó a Olli y retrocedió. Su expresión indicaba que su sed de sangre no había disminuido. Por su parte, la especialista parecía más asustada por la paciencia de Aklu que por la posible violencia. ¿Pariente?

—El pecio de la *Oumaru* no está aquí —dijeron el colmenero—. Nuestras sagradas reliquias están también extraviadas. Tomar el nudo de cualquiera de sus vidas, y tensarlo, puede que corte la cuerda que nos lleve a nuestro tesoro, ¿o tal vez no? Abandonarán al que sabe, y sabrán que si fracasan empezaremos con los dedos de los pies, los de las manos, el rostro, los ojos y todas las partes que un humano pude perder mucho antes de morir.

Uno de los gestos de la cosa dorada debía incluir una orden, porque los guardias se acercaron. El rostro purpúreo de Mesmon no quería mirarles, como si no confiara en contenerse si volvía a tenerlos a su alcance. Luego unos chirridos llegaron del trono, como si se frotaran placas tectónicas. Todo el mundo se quedó helado y miró al colmenero a la espera de la traducción.

El mayordomo dieron un pequeño paso atrás. Los seis brazos hicieron una elaborada genuflexión hacia Olli, Aklu y el espacio que les separaba.

—Acércate —entonaron—, oh, favorecida.

Olli dirigió a Kris una mirada salvaje, pero todos los ojos estaban sobre ella. Maniobró en el andador, apartándose con cautela del círculo de matones hasta estar a la altura del colmenero. Los ojos de

Aklu se tensaron y cambiaron de posición, examinándola mientras sus delgados brazos se agitaban.

—Tú, te dejaremos para el final —dijeron con suavidad el mayordomo, casi inaudible para Kris—. Porque aprobamos a los nacidos con límites que los rechazan.

Olli tragó y asintió, inclinándose en su exoesqueleto mientras miraba al Inefable, que le devolvía la mirada.

Luego era obviamente el momento de irse. Y mientras que los guardias sujetaron a los demás, Olli salió sin escolta. Kris se preguntó sobre lo que acababan de presenciar en la sala del trono. ¿Habría sido aquello un velado intento de reclutamiento?

Había esperado que los dejaran tirados en la bodega, pero la *Cosecha Rota* debía hacer prisioneros con tanta frecuencia como para tener una zona específicamente destinada a ellos. Eran salas esféricas que brotaban de un eje central a diferentes ángulos y alturas, como el negativo de un racimo de uvas. Los cautivos fueron empujados a una serie de células contiguas selladas con barreras de energía: primero Solaz, luego Kris, Kit y Trine. Finalmente, se permitió a Olli elegir su sitio, todavía tratada con defererente respeto por sus captores. Tan pronto como la gente de Aklu se fue, ella reventó.

—¡No soy hegemónica! ¡Ni una gángster! ¡No soy una de ellos!

—Nadie piensa que lo seas —la consoló Kris, aunque había tenido un momento de inmerecida desconfianza.

—No sé qué quieren de mí —siguió Olli, que sonaba casi frenética—. Estos putos essiel están locos. Y éste está especialmente loco para ser un essiel, ¿no?

—Espera —pidió Solaz. Olli la miró, no sin una cierta gratitud por brindarle algo comprensible hacia lo que dirigir su ira—. Trine —siguió la parteni—, estática.

—Vaya —dijeron el arqueólogo colmenero, con un gruñido zumbante surgiendo de su interior—. ¿De verdad?

—Hazlo y nada más.

El rostro de Trine mostró una especie de presunción burlona mientras empezaban a emitir un sonido como el de un torno de dentista, al límite de lo audible. Los dientes de Kris le molestaron, más por la vibración que por el ruido en sí. Sin duda habría querido hacer algunos comentarios cáusticos sobre que lo mal que estaban

ya de por sí las cosas, pero seguía siendo una profesional.

—¿Un bloqueador? —preguntó con cautela.

—Mis compañeros encarcelados, los dispositivos de escucha electrónica tienen hoy un muy mal día. —La voz de Trine emergía como música en contraste con ese rechinar horrible—. Podéis hablar lo que queráis sobre nuestros captores.

—¿Qué les decimos sobre Idris? —comentó Kris de inmediato—. Olli, no estás con ellos, vale, lo pillamos. Pero Idris… sigue en la *Buitre*, salvo que le hayan traído aparte. ¿Qué pasará si la abandonan o algo así?

—Por otra parte, si no saben que está, puede que nos sirva de algo —sugirió Olli.

—¿Un rescate organizado por un Idris resucitado? —preguntó Kit. Tenía las pantallas en gris, oscilando con patrones vagos que parecían ir al son del zumbido de Trine—. No es convincente. Se sugieren otras prioridades. ¿Dónde están ahora los objetos codiciados, por favor?

—Ah, las… cosas, sí —recordó Kris. Pese a la cobertura que les había asegurado Trine, hablar abiertamente de las reliquias originarias le resultaba difícil—. Supongo que estarán buscándolas en la *Buitre* ahora mismo, de cabo a rabo. Así que acabarán encontrando a Idris.

—Gran consideración hacia el poder de esos objetos retirados de su lugar de descanso. ¿No es ése el asunto? —insistió Kit.

—Joder, lleva razón —asintió Olli—. No te puedes llevar esas putas cosas sin más. Así que… ¿Se cayeron de la caja y ya está? ¿Quién fue el último que las tuvo?

Todos terminaron por dirigir la mirada hacia Trine.

—El análisis continúa. Tened la amabilidad de apartar esas expresiones acusatorias de vuestros rostros, leales compañeros, viejos y nuevos amigos —dijeron el colmenero.

—Trine… —La voz de Solaz contenía una advertencia.

—No puedo imaginar bajo qué circunstancias ha podido recaer sobre mí esta sospecha —protestaron.

—Espera… —Olli les miraba—. Tú… ¿nos robaste las cosas?

—Ésa es una sugerencia totalmente injustificada —rebatieron débilmente Trine—. Sin embargo, alguien debe pensar sobre el beneficio para la ciencia de esos objetos irreemplazables. No

deberían venderse sin más al mejor postor. Expertos compañeros, estoy seguro de que lo comprenderéis.

A tenor de sus expresiones, nadie parecía comprenderlo. Ni siquiera Solaz.

—¿Objetos dónde, exactamente? Desarrolla, por favor —pidió con urgencia Kit—. Nivel de importancia vida-muerte pendiente de la respuesta.

—La ciencia protesta —dijeron tajante Trine.

—La ciencia no les detendrá cuando os saquen de vuestra estructura y os maten integrante por integrante —le soltó Solaz—. Trine, ¿podrías simplemente…?

El colmenero apagó intencionadamente su cara y detuvo el zumbido. Con lo que convertía cualquier discusión posterior en potencialmente vulnerable a una vigilancia externa. Todo el mundo se quedó callado.

Escucharon movimiento que iba y venía; la nave seguía funcionando por encima de ellos. Incluso los gángsters necesitaban tripulación de mantenimiento y turnos de servicio, Pero cada sonido despertaba el fantasma de Mesmon y los guardias viniendo a llevárselos, o quizá sólo a uno de ellos, al que no volverían a ver nunca. Si Solaz había esperado alguna carga de caballería parteni, no parecía que fuera a producirse. La Cosecha no había vuelto al nospacio y les había torturado por el camino, era lo único positivo. Cabía imaginar que la prioridad de Aklu era asegurar sus juguetes.

Luego tuvieron una visita. Escuchó el sonido de sandalias arrastrándose por los suelos pulidos y se incorporó, susurrando a los demás. Alguien venía a las celdas, vestido de rojo brillante y púrpura. Kris tuvo que pestañear un par de veces ante esta visión del uniforme hegemónico antes de aceptar que estaba allí.

Era Sathiel, el hierograve de Pulmón-Cuervo, tan paternal y bienhumorado como siempre. Un puñado de sectarios más se quedaron en la puerta, posiblemente para mantener alejada a la gente de Aklu y que su líder tuviera cierta privacidad. Salvo que…

—¿Ha estado aliado con esa cosa todo el tiempo? —le preguntó Kris—. ¿Aklu y usted?

Sathiel movió la cabeza.

—Me temo que no, o nos encontraríamos en circunstancias más favorables. Cuando su capitán y yo acordamos liberar la Oumaru y

su nave, no tenía ni idea de que el Inefable estuviera implicado. También murió gente nuestra cuando el Gancho robó la *Buitre*. —Suspiró, moviendo de nuevo la cabeza—. Todo esto es muy angustioso.

—¿Y cómo es que está aquí? —intervino Olli. Los otros se limitaban a mirar, esperando para ver si esto podía darles después de todo una oportunidad.

—Una cortesía diplomática —explicó Sathiel—. La Hegemonía tiene muchas formalidades que pueden parecer curiosas vistas desde fuera.

—Pero Aklu ya no pertenece a la Hegemonía, ¿verdad? Es un renegado. ¿No es exactamente eso a lo que se refiere lo de «Inefable Cuchilla»? —insistió la especialista.

—Ah, bueno… —dijo Sathiel, y Kris sabía reconocer un tono aleccionador cuando lo escuchaba—. El error está en analizar los sistemas de la Hegemonía como si fueran humanos. Los essiel han gobernado un imperio vasto y diverso desde hace siglos. Han prevalecido porque tienen un procedimiento para cada cosa. Trabajan así. Prefieren no verse obligados a reaccionar. En su lugar, anticipan. Esto se aplica incluso a aberraciones dentro de su propia especie. ¿Alguno de ustedes ha estudiado las religiones?

—Entre otras cosas —repusieron Trine, que parecían molestos—. ¿Quién es este barbagrís, y qué relevancia tiene para nuestros apuros?

—Muchas religiones cuentan con la figura de un antagonista, un demonio, o quizá todo un despliegue de demonios cuyo trabajo es tentar y atormentar a los pobres mortales —explicó Sathiel, sin hacer caso a Trine—. Y, con todo, esos adversarios siguen siendo parte del sistema del que se burlan. Actúan como ejemplo de lo que no hay que hacer, un desafío a los poderes superiores. Como tal, Aklu tiene un lugar en el firmamento hegemónico. Así que cuando Cuchilla y Gancho llega a un sistema, anuncia su llegada a cualquier presencia hegemónica en el lugar. Que en este caso soy yo, que vine aquí para representar a mis amos en las negociaciones sobre el regreso de los Arquitectos.

—Parece que ha ascendido —observó con acidez Kris.

—Un signo de los tiempos —admitió Sathiel—. Sin embargo, es posible que pueda actuar en su beneficio. En circunstancias

normales, su posición aquí sería difícil. Se han llevado algo que pertenecía al Inefable. El castigo debe ser ejemplar. Pero quizá sea capaz de interceder, como interlocutor de una parte del sistema hegemónico ante otra. Por los viejos tiempos. Pero tendrán que devolver las reliquias, obviamente.

—Obviamente —repitió Kris, con una mirada a Trine, que prefirieron no darse por enterados.

—Especifique las tarifas y remuneración, por favor —dijo Kit.

—Ah, de acuerdo. —Sathiel extendió las manos con aire benevolente—. Como se pueden imaginar, lo que deberían haber sido conversaciones centradas en el retorno de los Arquitectos han terminado por degenerar. El Consejo de Intereses Humanos y el Partenón intercambian cuentas pendientes. —Suspiró—. Necesitamos algo que vuelva a centrarles en lo verdaderamente importante.

—Quiere la *Oumaru* —dedujo Kris.

—Estoy seguro de que han hecho lo más sensato y la han escondido —siguió Sathiel—. Una precaución muy sabia. Sin embargo, si mi gente la recuperara y la mostrara en Berlenhof, puede que las grandes potencias abandonaran sus arriesgadas políticas. Y entonces podríamos empezar a tratar los grandes temas en juego.

—¿Y ése es su precio para interceder por nosotros? —preguntó Olli.

—Lamento la necesidad de ser tan prosaico, pero así es —aceptó Sathiel—. Millones, miles de millones de vidas están en juego, y tengo un deber sagrado.

—Nos lo pensaremos —respondió la especialista.

—Olli… —empezó Kris.

—Dije que lo pensaremos, incluso lo discutiremos, un intercambio de opiniones abierto y franco.

Sathiel suspiró otra vez.

—Me llevarán ante Aklu pronto, para reafirmar el desdén y el rechazo de la Hegemonía hacia el Inefable —dijo—. Hay unos procedimientos diplomáticos y ceremoniales adecuados para la ocasión, como entenderán. Creo que les llevarán para ser testigos de todo ello, y luego probablemente Aklu empezará con ustedes. Son conscientes, por supuesto, de que gran parte de la cultura essiel está

moldeada por su temprano contacto con los Arquitectos. Con lo que quiero decir que el comportamiento apropiado del Inefable es convertir la destrucción en una forma de arte. Por favor, dejen que les ayude.

—Nos lo pensaremos —repitió Olli con firmeza, y siguió mirando en silencio al hombre hasta que se fue, seguido por sus acólitos.

—Bueno, podría ser peor —dijo Kris, después de que Trine recuperaran su aislamiento de forma reticente.

—Cuestiones en referencia a la credibilidad de su consideración contractual —soltó enfáticamente el traductor de Kit.

—Sí, me parece que toda la ayuda que vamos a conseguir por ese lado van a ser unas palmaditas en la espalda y un «bueno, pedimos que no hubiera torturas, pero…» —expuso Olli—. Usamos cuanto teníamos a mano y… —Pero en realidad no tenía nada que añadir después.

—Disculpadme, pero ¿podría alguien al menos explicarme quién era? —se quejaron Trine. Kris le resumió la historia, incluyendo el Arquitecturizado *Oumaru*, la *Buitre* secuestrada en Pulmón-Cuervo y su primer combate con la *Cosecha Rota*. Al final, la cara fantasmagórica de Trine les miraba a todos con una expresión exasperada.

—Me necesitabais hace mucho tiempo, compañeros en la adversidad.

—Te necesitamos para que nos digas dónde están esas cosas —gruñó Olli—. O pondré en juego cualquier influencia de mierda que tenga sobre el Gancho para que te trabaje el primero y lo haga despacio.

Trine elaboraron un enorme suspiro.

—Si se trata de amenazas, mis obstinados compañeros de celda, sabed entonces que a veces los mayores tesoros pueden encontrarse dentro de uno mismo.

Kris parpadeó.

—¿En serio? —Miró la estructura en forma de barril del cuerpo del colmenero—. ¿Y siguen siendo… eficaces? ¿Rompiste la protección?

—No exactamente. Simplemente descubrí que no dependía del envoltorio —admitieron Trine—. Pero ante el riesgo de derramar

sangre, entregaré estas cosas, pese a la pérdida que supondrá para la ciencia. En la esperanza de que eso suavizará el golpe. Aunque vosotros fuisteis los que robasteis un tesoro inapreciable a un gángster essiel, así que no cargaré con eso en mi conciencia.
Poco después volvían a estar en presencia de Aklu. Fiel a su palabra, Sathiel había llevado a unos cuantos sectarios al centro de la sala. Estaban allí de pie con sus túnicas brillantes y adornadas, como si hubieran aparecido para una fiesta y fueran los únicos que no se habían enterado de que se canceló. La gente de Aklu no parecía saber qué hacer con esos intrusos. El grupo de matones y gorilas posiblemente no se componía de expertos en teología hegemónica. Sin embargo, cambiaban de dirección como veletas siguiendo hacia dónde soplaba el humor de su jefe, y el essiel parecía aceptar sin problema la presencia de los sectarios como algún tipo de jurado sin poder sobre su actuación.

El colmenero dorado extendieron sus muchos brazos hacia el público, en un gesto que elocuentemente transmitía un «¿y bien?». Kris miró a sus compañeros porque ahora conocían dónde estaban las reliquias. Mantenían por el momento una camaradería desafiante, quizá frágil. Luego apareció Heremon, empujando un patíbulo sencillo, con sujeciones para atar muñecas y rodillas, y todo un despliegue de pinchos y ganchos en los brazos articulados. No se podía decir de forma clara cómo se podrían desplegar esos brazos, pero dejaban muchas posibilidades a la imaginación.

Kris miró a Solaz, que tenía un gesto permanente de obstinación. Estaba decidida a no traicionar a sus compañeros ante nadie. Olli parecía también dispuesta a todo. Kit, probablemente, había decidido que un hanni no encajaba en esa estructura: era una pesadilla diseñada especialmente para la psique humana.

—Maldita sea —murmuró, porque parecía que le tocaba a ella, pero luego Trine se adelantaron. A pesar de su pierna mal arreglada, fueron capaces de hacer una parodia semidecente de la danza elegante del mayordomo.

—Me gustaría… ¿cómo decir? Me gustaría dirigirme al más Inefable desde mi posición de abyecto sometido. ¿Qué tal, funciona? —Su falso rostro resplandecía e iba cambiando.

—Enseña primero las reliquias —avisó el mayordomo.

—Lo haré con gusto. —Y el torso de Trine se abrió hacia fuera.

En el hueco del torso, un panal albergaba un nido hirviente de insectos del tamaño de un pulgar. Enfrente estaban las preciosas reliquias originarias. Las barras y fragmentos flotaban sin ninguna sujeción a la vista, como si fueran imágenes proyectadas por alguna lente invisible. A pesar de que su vida estaba en juego, Kris se descubrió preguntándose: «¿Cómo? ¿De dónde viene la energía, es antigravedad?». Esperaba que Trine lo supieran, porque esas reliquias se convertirían en basura en un parpadeo si perdían su procedencia mística.

Los brazos de Trine se extendieron y las reliquias salieron de su cuerpo. Todos los ojos estaba fijos en esos restos, que bailaban en el aire por encima de sus muchas manos.

—He aquí el tesoro de una era antiquísima —murmuraron el arqueólogo—. ¿Puedo hablar ahora, antes de que se pronuncie la sentencia?

Un sonido doliente y profundo surgió de Aklu, pero debía ser positivo por lo que dijo luego el mayordomo.

—Sé breve.

—Quién habría pensado que tales enemigos serían hospitalarios —declararon Trine, en una tosca aproximación a los ritmos del otro colmenero. Su abanico de brazos se extendían y curvaban hacia dentro, quizá transmitiendo algo significativo para un essiel, excepto que hizo que las reliquias se acercaran de nuevo a su cuerpo—. Quién habría pensado encontrar esas dagas, otrora amenazantes, hoy envainadas. O algo así. —Abandonaron su pose y su palabrería forzada por unos momentos, y recorrieron con sus ojos fantasmales toda la sala como si estuvieran mortalmente avergonzados—. Si no me equivoco, estos bobos con túnica se oponen a su divina majestad. —La sala estaba en silencio, así que les gritó a todos—. ¿Lo he hecho bien o no? Bueno, disculpadme, oh mis captores, pero no me sacarán nada mejor. Lo que quiero decir es que son enemigos. El payaso con barba y los bribones con túnica.

Sathiel suspiró.

—Lo ha malinterpretado, amigo mío. Somos rivales, sí, pero en un nivel abstracto, filosófico…

—No. Estoy hablando de la *Oumaru*. Ése era el nombre de la nave, ¿no es así, viejo hierograve, viejo jefe sectario? —Trine se volvió para encararse con el essiel—. La nave en la que colocó sus

tesoros, a salvo del resto del mundo, ¡naufragó! ¿Quién podría esperarlo?

Nadie parecía saber qué pasaba. Mesmon obviamente esperaba una señal para callar al colmenero, pero Aklu se limitaba a mirar, inquieto pero en apariencia sin transmitir ninguna orden. El mayordomo se detuvieron, luego recogieron sus extremidades y juntaron las seis manos.

—El Arquitecto de nuestra desgracia vino… —probaron, con un tono interrogativo en su voz dorada.

—Déjate de insensateces —soltaron Trine—. Dile a tu jefe nada más que soy el principal experto de la era… O mejor, que soy el principal estudioso sobre los originarios a este lado de la esfera hegemónica, y solía analizar restos Arquitecturizados durante la guerra. Dile eso. He visto piezas de su *Oumaru* y puedo decirle algo gratis. No fue Arquitecturizado.

—¿Qué coño? —ladró Olli, con los ojos bien abiertos.

—¡Ningún Arquitecto! —declararon Trine—. Alguien la destrozó con la ayuda de un motor gravitacional y un programa complejo. La firma subatómica que esperaba encontrar está ausente por completo. Fue una falsificación de mala calidad, hecha por alguien que no tenía idea de la carga que transportaba. Porque, afrontémoslo, lo único que sabemos sobre los Arquitectos es que no se acercan a nada que huela a originario. Quien perpetró esta pequeña estafa sin duda pretendía desencadenar un pánico irreflexivo por el posible retorno de los malos tiempos, con lo que habría escogido otra nave si lo hubiera sabido. ¿No es así, *menheer* hierograve Sathiel? —Y todos sus brazos dirigieron un gesto hacia Sathiel.

—¿Me están acusando? —preguntó el sectario. Kris interpretó su expresión de furia y supo con certeza que Trine habían acertado.

—Tiene todo el sentido, ¿no? —intervino ella—. Era el único desesperado por conseguir que la opinión pública supiera de la *Oumaru*. Probablemente informó a la administración de la estación sobre la desaparición de la nave. Luego, cuando la *Oumaru* estaba oculta, nos manipuló para enseñarla a todo el mundo. ¿Qué pretendía? ¿Que las Colonias se apresuraran a firmar con sus amos? ¿Y fue idea de la Hegemonía o suya nada más? ¿Una forma de sumar puntos ante sus jefes?

Sathiel había recompuesto por completo su rostro. Por un momento, pareció como si el universo entero aguardara su respuesta. Al final, todo lo que dijo fue:

—Esto no tiene por qué cambiar nada.

—¿Perdón? —Kris se enfureció más allá de cualquier razonamiento—. ¿Ni siquiera va a hacer como que no estaba detrás de todo esto?

—¿Por qué le importa? —preguntó Sathiel, aún enloquecedoramente despreocupado—. Creo que el que haya mundos que se unan a la Hegemonía o no queda un poco más allá de su compromiso habitual con el universo. Les he escuchado hablar, a usted y a los suyos. No son nativistas, ni siquiera leales a las Colonias. Intervendré a favor suyo a cambio de la localización del pecio. Esa oferta sigue en pie y es todo lo que les importa, ¿verdad? Dejen que los políticos se ocupen de sí mismos. Miren, unirse a la Hegemonía es lo mejor. No han vivido bajo su mandato. Paz, armonía, un lugar para todos, nadie pasa hambre o frío. Es mejor.

—Salvo para la tripulación de la *Oumaru*, ¿verdad? —preguntó Olli—. Supongo que tuvo que matarlos a todos. O habrían dicho algo inconveniente la siguiente vez que llegaran a un puerto.

—Escúchenme —insistió Sathiel—. Esto todavía puede salirles muy bien. Cuando se vayan de Berlenhof, me ocuparé de que no les falte de nada. Recuerdan que siguen buscando trabajo, ¿verdad?

—Yo… —empezó Kris, despacio. Por un loco momento se imaginó un triunfal enfrentamiento en el que los malhechores acababan ante la justicia, como en una historia policíaca de la vieja Tierra. Pero la única autoridad que había allí era un delincuente alienígena, y, ¿por qué debería importarle?

—¿Tú participaste? —atronó en el silencio la clara voz del colmenero de Aklu—. No hay palabras para los que se entrometen con el corpus de los dioses. ¡Tanta arrogancia! —Por un momento, nadie pareció entender lo que significaba esa declaración. Luego la fachada de calma de Sathiel se resquebrajó.

—Inefable… Cuchilla y Gancho… Nunca quise actuar en vuestra contra. Sólo busqué avanzar la agenda de los essiel. Una acción en interés de todos. —Sus ojos se volvieron a los prisioneros, como si buscara reclutarles como aliados.

—Prepárate —murmuró Solaz en el oído de Kris de una forma que le dio un escalofrío. Luego toda la nave se estremeció. Un murmullo bajo parecía emerger desde todas las paredes blancas a la vez, con relucientes patrones que se perseguían unos a otros en tonalidades cambiantes. Kris tan sólo se quedó allí estúpidamente, pero la gente de Aklu se había puesto abruptamente en marcha. Heremon gritaba órdenes mientras el grueso de los piratas se escurría por cualquier salida posible. En algún lugar de la nave, una voz musical anunciaba la alarma en pareados perfectos.

La nave estaba siendo atacada, comprendió confusamente Kris. Hubo una explosión tremenda y sintió el característico cambio en el aire que indicaba que se había abierto una brecha en alguna parte. «¿Un abordaje?». Casi de inmediato le llegó el sonido de disparos; la canción aguda de los aceleradores, el tableteo y las explosiones de las armas de proyectiles. Alguien estaba causando grandes daños en la corte de Aklu.

25

Solaz

Solaz había percibido a través de su implante un desagradable tic-toc. No se repitió, y hubiera sido fácil confundirlo con estática si alguien más lo hubiera escuchado. Pero su largo condicionamiento le aceleró el pulso. Había llegado el equipo de rescate.

La monitora suprema Tacto le dijo que estaban reuniendo un equipo; debía de haber una nave auxiliar más cerca de lo que pensaba. Envió su código de reconocimiento, apenas un tableteo, y recibió confirmación de dos fuentes distintas. Las naves debían de haberse aproximado a la *Cosecha Rota* sigilosamente, por inercia, con los motores apagados para evitar cualquier señal que pudiera alertar al objetivo. Todo el mundo confiaba tanto en las maravillas de los sensores gravitacionales. La gente se olvidaba de que había formas de hacer las cosas al viejo estilo.

Entonces empezó la diversión: cortaron el casco de la nave en el momento en que se aferraron a ella, a sabiendas de que las descubrirían de forma inmediata e inevitable. No tenía idea de cuántas hermanas venían a buscarla, pero probablemente no fueran muchas más de media docena.

Solaz empujó a Kris mientras los mafiosos empezaban a reaccionar ante el ataque, dirigiendo a la mujer hacia la señal más próxima. Intentó llevarse también a Kit con un pie, pero el hanni resbaló lejos de ella. No era conscientes de lo que pasaba y, de forma razonable, no confiaba en ella.

—¡Trine! —gritó—. ¡Aquí! —Su voz casi se perdió entre la conmoción general, pero el colmenero la escucharon y cojearon hacia ella.

Solaz vio que aún tenían las reliquias, y con los brazos colocaban cuidadosamente las piezas en su interior.

—¡Vamos! ¡Por ahí! —Solaz empujó por delante a Kris, y se imaginó lo que pasaría en los momentos siguientes. Heremon se había ido a ordenar las defensas, pero Mesmon estaba allí mismo y desatado. Iba a por Trine para recuperar las preciosas reliquias, y de camino apartó a uno de los suyos y dio un puñetazo a un sectario desubicado. Solaz, sin armadura, desarmada, fue a por él de todas formas. Un matón humano se interpuso en el camino y la apuntó con una pistola magnética. O más bien se la ofreció, para los efectos, porque estaba demasiado cerca y le hubiera ido mejor con un cuchillo. Puso una mano en el arma y se la giró contra el pulgar hasta que dejó de sostenerla, luego empujó con el hombro contra su pecho y le clavó un talón en el empeine, para golpearle luego en la espalda mientras dirigía el arma contra un castigar que venía hacia ellos. También estaba demasiado cerca para confiar en un arma como la pistola, pero fue lo suficientemente rápida como para colocar media docena de dardos de alta velocidad en la cabeza del alienígena. Todo lo cual le hizo perder tiempo para ayudar a Trine.

Pero el colmenero seguían acercándose. Solaz vio que Olli había vuelto a lanzarse contra Mesmon con su exoesqueleto andador, con fuerza suficiente para hacer que se tambaleara. Mientras se recuperaba y le dirigía una mirada asesina, la especialista lanzó algún tipo de grito de guerra. Una parte de su exoesqueleto se disparó hacia adelante para convertirse en una improvisada jabalina metálica. Atravesó el pecho de Mesmon y le dejó clavado a la pared opuesta, retorciéndose y aullando. Solaz tuvo por un momento la esperanza de que hubiera destruido al simbionte que llevaba a la espalda. Luego, por supuesto, Mesmon empezó a soltarse, con hilos de sangre cayéndole por las comisuras de la boca. Le tiró siete dardos para ralentizarle, pero se dio cuenta de que tenían un efecto mínimo.

—¡Solaz! —Era la voz de Kris, y cuando la miró se apoyaba en una mirmidón parteni blindada.

—¡Trine, por ahí! —El colmenero ya lo habían intuido y renqueaban en dirección a Kris. Solaz buscó a Kit, pero el hannilambra no estaba a la vista—. ¡Olli…!

La especialista marchaba en dirección opuesta. Captó la siniestra

mirada que le lanzó por encima del hombro mientras gritaba un «¡no!». Un pistolero se interpuso en su camino y ella lanzó la punta de una de las patas de su andador contra la rodilla del hombre. Solaz escuchó el crujido del hueso a través de toda la sala.

—Olli… Timo, por favor. —Solaz corría tras ella—. Volveremos a la *Buitre*. Volveremos con Idris. —Solaz vio que a su alrededor la sala del trono estaba casi vacía, aunque fuera se escuchaban todavía disparos. Un grupo de gorilas había formado alrededor de Aklu para escoltar al essiel fuera de allí. Sathiel y los sectarios habían seguido otro camino. La principal amenaza que quedaba era Mesmon, que casi se había liberado. Le disparó otras tres veces sólo por desahogarse, vaciando el cargador, y luego se hizo con el rifle de proyectiles que había dejado caer el hombre de la rodilla machacada. Echó a correr detrás de Olli.

—Déjame en paz, pati. —Olli salió por uno de los pasillos circulares, siguiendo algún indicador del panel de su andador. No se dirigía a la *Buitre*—. Tengo que ocuparme de algunas cosas aquí. Tengo que recuperar algo.

—¿Tu escorpión? —preguntó Solaz—. Olli, no vale la pena que te maten por eso. —«Ni tampoco que me maten a mí, así que debería dejarla. Además, me odia». Pero Solaz siguió corriendo, apenas capaz de seguir el ritmo del andador. Al menos Kris y Trine estaban con sus hermanas.

—No lo entenderías —gritó Olli por encima de su hombro. Uno de los tripulantes de la Cosecha se cruzó en su camino, nada más que un técnico de camino a reparar algo. Olli corrió por encima del hombre, le pisoteó y no frenó apenas—. No sabes cuánto me costó conseguirlo. —Volvió a mirar a sus controles y giró de repente a la izquierda y arriba, lo que hizo resbalar un poco al andador. Eso le dio a Solaz la oportunidad de alcanzarla. Y luego llegaron a una sala esférica. Las estancias de alguien, no hacía falta adivinar de quién.

Había una cama suspendida en antigravedad en el centro. Muy grande, lo que sugería que Mesmon o bien prefería tener compañía o tenía el sueño muy inquieto. Había varios tanques y mangueras fijados a una pared, algún tipo de necesidad relacionada con su biología híbrida. Puede que al simbionte le gustara soltarse de vez en cuando para nadar un rato. Y ahí estaba el escorpión, ya

colocado en una pared con los brazos desplegados. Tenía mucho sitio para ello: la habitación de Mesmon era mayor que el hangar de drones de la *Buitre*. Había dicho que quería un trofeo. Y, pese a toda la amenaza y poder que albergaba el escorpión, aquí no era más que un espécimen clavado en una ficha.

El resto de la sala era un mosaico de caras, y eso había sido lo que detuvo a Olli nada más entrar.

Eran imágenes virtuales, de tamaño mayor que el real. Probablemente habría más de un centenar, aunque Solaz no pensaba contarlas. Estaban casi todas ellas deformadas por el dolor, el miedo o la desesperación, al menos en las que se podían aplicar esas emociones. La mayoría eran humanas, tanto de hombres como de mujeres, y había al menos un puñado de parteni. También algunos hanni, unos pocos tentáculos con ojos de castigar, y una hermosa máscara de metal, probablemente de una estructura colmenera. Y Solaz supo que todos esos seres habían muerto. Lo supo porque vio algo que se parecía a Rollo, en sus últimos momentos, desde el punto de vista de Mesmon. Parecía que al tothiat le gustaba almacenar recuerdos de su trabajo. Estaban ante su currículo.

Escucharon justo entonces llegar a Mesmon, oyeron sus pasos mientras entraba en la habitación como una bestia. Le lanzó un puñetazo a Solaz en las costillas y le quitó el arma, enviándola con el golpe bajo la sombra de la cama flotante. Olli giró el andador para enfrentarse a él, pero él simplemente la volteó y casi la sacó del exoesqueleto.

—Debería estar matando a tus amigas —le dijo a Solaz—. Pero mi hermana se encargará de ese desastre. Ella es la que defiende el hogar. Yo soy más de tratar con gente. —Retrocedió sobre la curva de la habitación, con el arma en la mano—. Tendré que sufrir por mis errores. La Cuchilla me cortará por cómo he manejado todo esto. Pero entonces recordaré cómo hice sufrir a dos putas, y eso me consolará cuando vuelva a tener las tripas colgadas de cables.

Solaz fue a por él antes de que terminara de hablar. Él parecía encantado de escucharse, ese tipo de hombre al que le gustan sus propios monólogos. Apartó el arma para que no pudiera dispararla, y luego le clavó un pulgar en un ojo. Lo hizo con tanta fuerza que pudo engancharle por la cuenca y estrellar su cara contra el duro

plástico de la cama.

Él la agarró por la garganta con una mano. Su ojo suelto la miraba, enloquecido y salvaje. Sonreía.

—No te hablan sobre el dolor —explicó en tono conversacional, mientras apretaba progresivamente—. Cuando llega la bendición para asentarse en tu carne, sabes que vivirás para siempre, pero no te dicen que los cortes y las heridas siguen doliendo. Pero el Inefable lo entiende. Te hiere hasta que nada duele más. Y ahí es donde alcanzas tu verdadero potencial.

Intentó morderle los dedos donde le agarraba del cráneo, y ella tiró arrancándole sangre y una gelatina viscosa. Pudo mirar la cavidad arruinada y vio cómo los tejidos se reparaban solos. Pero no durante mucho tiempo, porque aparecieron puntos negros en su propia visión y le empezó a faltar el aire.

—Llegará el día en que una legión de mi gente extinguirá a tus hermosas ángeles. Somos mejores de lo que seréis jamás.

El sonido del escorpión soltándose de la pared y cayendo detrás de él fue como un trueno.

Mesmon tiró a Solaz hacia el otro lado de la habitación, pero ella rebotó en la cama y aterrizó contra el muro redondeado, rodeada de las caras de muertos. «¿Cómo consiguió Olli subir al escorpión?», se preguntó. Pero, por supuesto, Olli seguía en el andador volcado, con los ojos cerrados mientras se enlazaba de forma remota con los sistemas del escorpión. Mesmon llegó a la misma conclusión y fue a por ella, pero el gran exoesqueleto le atrapó con un brazo y arrojó contra una pared. Golpeó con tanta fuerza que resquebrajó la superficie nacarada, apagando una docena de caras muertas. Sangre, lágrimas y un icor alienígena sin nombre le caían por la cara cuando se volvió a incorporar.

—Eso no va a ayudar —ladró. Alzó el arma para disparar a Olli a través del escorpión. Salieron dos balas antes de que Solaz llegara hasta él y agarrara el arma. Se la quitó al tothiat de una patada y le disparó en el brazo, algo que apenas se dignó notar.

—Kit, ¿estás ahí? —dijo Olli. Habría sido un *non sequitur*, salvo que Solaz vio que hablaba en el andador—. Kit, ¡ahora, vamos!

El escorpión fue a por Mesmon, que hizo todo lo posible para saltar por encima. Cuchillos y taladros hicieron un estropicio en la pared contra la que se estrelló. Luego la cola le rajó la ropa a la

altura del pecho, tirándole por el impacto. El exoesqueleto intentó colocarse encima y pincharle, pero él le arrolló desde abajo. Al instante volvió a ponerse de pie y se lanzaba contra el andador caído, desgarrándolo para llegar hasta su pasajera. Olli intentaba desesperadamente retroceder por el suelo, con el rostro desencajado.

Solaz se lanzó de nuevo contra Mesmon y le dio una patada en la rodilla. Sintió cómo la trituraba, y vio cómo recuperaba la forma un momento después. Le estampó un codo en mitad de la espalda, en la espina articulada que era el simbionte. ¿Podría ser que no compartiera la resistencia antinatural que había proporcionado a su anfitrión?

Fue como golpear una piedra y sintió que algo se fracturaba en su propio brazo, porque un dolor que ascendió hasta el hombro le arrancó un grito. Mesmon, que nunca perdía una oportunidad, tomó ese brazo entre sus manos un momento después y lo usó como palanca para arrojar a Solaz contra el escorpión que se acercaba. Ella rebotó en él, evitando por poco quedar empalada en un taladro. El escorpión llegó hasta el tothiat un latido de corazón después, antes de que pudiera volver ante Olli, le medio cortó un brazo con las garras y le empaló con el gancho.

Con la otra mano, Mesmon alcanzó la base del brazo pinzador del escorpión y lo retorció. Con un pie en el propio esqueleto para hacer fuerza, contorsionó todo su cuerpo, músculo contra músculo. Con un tirón convulsivo desgarró la extremidad de la articulación, dejándola colgada de algunas cuerdas y cables, con la garra todavía chasqueando débilmente. Encontró de dónde tirar y abrió la burbuja del escorpión antes de apartar la carcasa blindada. Olli gritaba de furia y Solaz se acercó como pudo para intentar apartarle. Se llevó una patada en el plexo solar por entrometerse y se quedó sentada, súbitamente incapaz de respirar.

No podría haber dicho cuándo hizo su aparición Kittering. El pequeño hanni estaba de repente encima del escorpión, aguantándose con las seis patas. La cola del escorpión le pasó por encima, hasta que tuvo a su alcance la punta. Mesmon le localizó un instante después y perdió un momento valioso mirando, sin entender qué pasaba. Luego decidió que no era algo que pudiera permitir y envió a Kit de un golpe lejos del exoesqueleto,

—Y ahora —dijo, dirigiéndose a la burbuja abierta del escorpión para hacerse con el control—, vamos a castrar a tu puta mascota.

La cola del escorpión se lanzó hacia adelante, clavando la punta a fondo en el hombro de Mesmon. Él apenas se alteró, sólo vibró por el impacto.

—¿Eso es todo lo que te queda? —preguntó, y arrancó todo el tablero de control, dejando un enredo de cables y conductos cortados. Solaz pensó por un momento que Olli podría seguir controlando remotamente la cosa, pero la estructura dio un espasmo y se quedó quieta, totalmente muerta.

—Ja, ja —rio Mesmon. Chasqueó los labios y Solaz vio que le rebosaba por ellos un residuo verdoso. De repente, se estremeció de la cabeza a los pies, balanceándose de manera alarmante hasta que pudo echarse en la cama—. ¿Qué cojones…? ¿Qué mierda exactamente…? —Parecía haber olvidado dónde se encontraba.

Algo cayó al suelo a sus pies. Una especie de langosta negra y amarilla, que se arqueaba y agitaba. Su parte inferior parecía cruda, roja de sangre humana y erizada de unos cilios temblorosos.

—Oh —dijo Mesmon, con más cosas saliendo de su boca, su nariz y sus oídos—. Oh. Oh, no. —Luego se plegó hacia adelante y vomitó. Lo que expulsó parecía el tipo de detalles anatómicos que la gente prefiere mantener en su interior. Cuando terminó, se quedó mirando lo que había arrojado, luego se cayó de cara y se quedó inmóvil.

Solaz soltó un ruido. Era sobre todo de asco, pero también de cierta admiración.

—¿Encontraste un veneno? —Recordó que Olli había estado investigando. En su momento sólo le había parecido una cobertura conveniente para sus propios mensajes, pero Olli y Kit habían estado buscando en las bases de datos de xenobiología de los centros académicos de Berlenhof. Y monopolizando las impresoras de la *Dios Buitre* para conseguir algo químicamente complejo.

—¿Kit? —llamó Solaz, que se acababa de dar cuenta de que el hanni no había reaparecido. Le encontró caído sobre su frente, con la pantalla de la espalda resquebrajada y muerta. Las patas se contraían y ella no tenía ni idea de si eso significaba que estaba aturdido o se moría. Podía llevárselo, por supuesto, pero ¿podría con él y Olli…?

Miró a su alrededor y vio que la especialista había conseguido subirse de nuevo al andador. Había abierto la escotilla y parecía organizar las herramientas que se habían desprendido de la máquina. Al sentir su mirada, Olli le devolvió la suya como si le lanzara puñales.

—Me imagino que aquí es cuando me dices lo muy superiores que sois las patis, por no meteros en este tipo de problemas. —Tenía la cara húmeda por las lágrimas de dolor y cansancio—. Vete nada más, pati. Vuelve con tus amigas. Saca a Kit, a Kris y al colmenero. Saca a Idris.

—¿Qué intentas hacer?

—¿Por qué te importa?

—Olli, no tenemos tiempo para esto. Por favor, dímelo.

La mujer frunció el ceño.

—El panel del andador es compatible con el del escorpión. Si los conecto podría usarlo para reemplazar el que rompió ese cabrón.

—Enséñame cómo. Dirígeme —le dijo Solaz—. No soy una técnica, pero sé lo suficiente para hacer las cosas. —«Espero».

—Que te jodan —replicó Olli, apenas capaz de extraer palabras de su furia—. De acuerdo. Pero ¿por qué? ¿Por qué retrasar lo inevitable? Todos sabemos que las patis venís a por nosotros para rehacernos a todos a vuestra imagen, ¿no? ¿Me vas a decir en serio que sois ángeles de verdad y eso no va a pasar nunca?

Solaz empezó a trabajar, desconectando el tablero del andador tan rápido como pudo, dejando que las indicaciones de Olli guiaran sus manos. Organizó lo que le quería decir en los momentos de tranquilidad que hubo entre medias. Lo que llevaba pensando desde su primer choque con la especialista. «¿Y por qué va a importarme lo que piense? No va a cambiar nada». Pero sí le importaba. Las acusaciones de Olli le afectaban por la facilidad con la que podrían llegar a ser ciertas.

—¿Sabes cuál es el mayor tema de conversación en el Partenón desde que nació? —le preguntó. Como era totalmente seguro que Olli no le iba a pedir que se lo explicara, siguió—: Nos preguntamos a nosotras mismas qué era lo que la doctora Parsefer pretendía realmente cuando nos creó. Diseñó nuestra sociedad, elaboró nuestro código genético, eligió lo que le gustaba de una docena de culturas y grupos étnicos de la Tierra. Incluso intervino

personalmente en buena parte de nuestra tecnología temprana. Era una erudita, la mujer más inteligente que existió jamás.

—Ya la odiaba de antes —respondió Olli, y luego añadió—: Ésa no, la otra, la de la cinta amarilla.

—Pero seguimos sin saber qué quería de verdad —continuó Solaz, siguiendo cada brusca indicación—. Todo esto ocurrió antes de los Arquitectos, ya sabes. ¿Quería la doctora volver a la Tierra, matar a todos los niños varones e instituir la tiranía de las madres? ¿O sólo quería que una parte de la humanidad se desarrollara de una forma que… no estuviera jodida, de tantas maneras, y pensó que la partenogénesis era la mejor forma de conseguirlo? Escribió muchísimos manuales científicos, pero nada de sociología. Luego llegó la guerra y ya no hubo que escoger. Eramos la hermana perdida de la humanidad, que volvía al nido cuando más falta hacía. Éramos las ángeles guerreras y todo el mundo nos adoraba.

El tablero del andador se soltó, porque la tecnología colonial estaba diseñada para ser despiezada y reutilizada en cuanto hiciera falta. Solaz lo arrastró hasta el escorpión, notando el dolor del hombro a cada paso. Luego Olli le indicó qué mantener y qué descartar. Esperaba que vinieran más compañeros de Mesmon en cualquier momento y el sonido de los disparos todavía llegaba desde otras partes de la nave. Pero estaba trabajando rápido, y las instrucciones de Olli eran claras y directas. Sólo les tomaría unos minutos.

—Cuando la guerra terminó —siguió al fin, mientras valoraba si conservar una placa doblada—, paso a paso la relación se deterioró. Eso ya lo sabes. Está también en vuestros historiotipos. Terminó por ser tan mala que dejamos directamente el Hum. Y luego empezamos a hablar otra vez sobre lo que quería la doctora Parsefer. ¿Has oído hablar del Partido de la Guerra?

—Suena tela divertido —dijo débilmente Olli.

—Empezó como respuesta a los nativistas. Lanzaba un mensaje: «Vendrán a por nosotras, así que vamos antes a por ellos». Generales, científicas, filósofas. Movilizaron a la flota para volver al Hum, sólo que no para conversar. ¿Lo habías oído?

—Es sólo cuestión de tiempo, ¿verdad? —gruñó Olli—. Empieza a conectar ahora, si vas a hacerlo. Repara.

—Pero un día, todas las líderes del Partido de la Guerra

aparecieron muertas —recordó sombríamente Solaz—. Las cinco, todas en distintas naves, en distintos sistemas estelares. Muertas a tiros.

—Joder —dijo Olli, a su pesar—. ¿Qué, vas a decirme que fuiste tú o algo así?

—¿Yo? Estaba en suspensión. Sólo lo supe la siguiente vez que me despertaron. Habían cambiado muchas cosas entonces. Y nadie sabía quién lo había hecho. Pero la camarilla que se puso al mando lo dejó claro: no somos así. El Partenón no se convertirá en lo que teme tu gente. Y el Partido de la Guerra murió porque estaba tan cerca de llegar a ser eso. ¿Lo entiendes? Tenemos las mejores naves, las mejores armas, salimos de las cubas listas para luchar, capaces de aprender más rápido, simplemente… mejores.

—Que te jodan.

—Sí, sí. —Las manos de Solaz ahora se adelantaban a la guía de Olli. Le estaba pillando el truco a esa destartalada tecnología colonial—. Pero tomamos la decisión de que emplearíamos nuestras cualidades para ser el escudo y no la espada. ¿Quién sabe? Puede que esa decisión cambie en el futuro. Pero cualquiera que lo intente se acordará del Partido de la Guerra. —Se echó a reír, en parte con amargura, en parte con vergüenza—. ¿Sabes que circulan mediotipos sobre vosotros? Hay cosas que se supone que no debemos ver, pero todo el mundo tiene una copia pirata. Cosas que los estudiantes pasan de tapadillo en los dormitorios. Las… —Se detuvo de repente—. De hecho, yo no…

—Oh, no, mejor que acabes la frase. ¿Qué?

—*Sách vé faim* —dijo Solaz—. Significa «historias de los famélicos». Historias sobre tu gente, los coloniales.

—Ni siquiera puedo empezar a decirte lo ofensivo que me parece —repuso Olli.

—Lo sé. Lo siento. Pero son sobre todo… Hay siempre alguna chica colonial, que nació en un entorno difícil, sin comida, en un planeta hostil. Entra en una de vuestras academias militares, tiene rivales y amigos, y… Es como nuestra vida, pero diferente. Muy diferente. Es valiente y vive aventuras, y probablemente se enamora de otra chica, incluso un chico a veces. O de los dos, y…

El escorpión gruñó y se tambaleó hacia un lado. Por un momento pareció que se caería sobre Solaz y la aplastaría, pero

luego recuperó el equilibrio.

—Estoy dentro —dijo Olli. Luego se produjo un largo silencio mientras Solaz contemplaba todas las herramientas mortales que había puesto a disposición de la mujer—. Sigues sin gustarme —continuó la especialista—. Ni tu gente. Y si crees que descubrir que todas adoráis leer malditas historias adolescentes sobre academias militares que no tenemos hace que me sienta mejor, es que… —Dejó escapar un sonido que era en parte tos y en parte risa—. Lo que acabas de contar es la cosa más estúpida que he oído en mi vida. Lo sabes, ¿verdad?

Solaz se encogió de hombros y se apartó del escorpión.

—No soy una diplomática —dijo, con sentimiento—. Soy una soldado. Amo al Partenón. Pero eso no significa que quiera que todo el mundo sea como nosotras. Las *sách vé faim* son historias que… celebran la diferencia. Son para enseñarnos a querer a las Colonias, a pesar de todo. Así que no habrá un nuevo Partido de la Guerra. No seremos así, tanto si era lo que la doctora Parsefer quería como si no.

Olli apretaba los dientes, frustrada, porque claramente necesitaba ayuda para la siguiente fase. Ante la mirada extrañada de Solaz, se limitó a mover sus brazos truncados de manera irritada. Solaz la levantó en brazos lo mejor que pudo y la colocó en la desvencijada cabina del escorpión.

—Ay. Joder —se quejó Olli—. ¿Estás… llorando? —Tenía puesto un ojo en Solaz y otro en el tablero, donde los indicadores se iluminaban en tonos poco alentadores—. ¿De verdad te ponen tristes esas historias sobre hambrientos?

—Creo que tengo el brazo roto —dijo Solaz, y también era cierto. Aunque no sólo fuera eso.

—¿Y entonces?

—Mis bloqueadores ya no pueden sobreponerse al dolor.

—Bloqueadores. Vale —dijo Olli—. Olvidé por un momento que eres mejor que el resto de nosotros. Mis más sentidas disculpas.

Solaz esperó que añadiera que era un chiste, pero no parecía serlo. Las cosas quizá habían llegado a una tregua entre ellas y puede que eso fuera lo máximo que pudiera conseguir.

—¿Dónde está tu pandilla? —preguntó la especialista, mientras daba unos pasitos cuidadosos en el escorpión, probando la pierna

rota.

—Kris y Trine ya están en la *Corday*… Ésa es la nave parteni. —Solaz había intentado seguir la transmisiones codificadas—. Kit y tú deberíais…

—Salir de aquí en la *Buitre* —le interrumpió Olli—. Tú verás si te quedas con nosotros o con tu gente, pero no vamos a perder la nave. Y nos quedamos con Idris, que conste.

—Vale. —«No estoy en posición de discutir, considerando mi brazo roto y el exoesqueleto en el que te acabo de colocar»—. Trae a Kit.

Olli abrió camino, con el hanni sostenido de forma sorprendentemente cuidadosa por dos de los brazos del escorpión. Las restantes extremidades trabajaban coordinadas para mover a la estructura, escorada, por los pasillos de la *Cosecha Rota*. Casi de inmediato se encontraron con un par de tipos de Aklu, de aspecto duro y armados. Le echaron una mirada a Olli y al escorpión, y se fueron en dirección contraria. Seguían llegando disparos lejanos desde otra parte de la nave.

—¿Sabes al menos adonde vamos? —preguntó Solaz a la especialista.

—Pulso de sónar —resumió Olli—. Rebota de fábula por estos túneles. Hay una sala grande delante que no es donde estábamos… Espero que sea el muelle de atraque o algo que tenga salida al exterior. —Había dos cuerpos delante de ellas, uno tirado encima del otro en una encrucijada de túneles. El escorpión pasó por encima de ellos y Solaz le siguió. El dolor del hombro sólo crecía, el trabajo mecánico que había hecho lo había elevado más allá del punto en que podría ignorarlo. Afectaba a su disposición para el combate, al limitar su capacidad para mantenerse concentrada.

Luego Olli empezó a ir cuesta abajo, al principio dejándose ir, luego al galope, y al final tan sólo deslizándose porque el pasillo se convertía en un pozo. Solaz le pisaba los talones metálicos, intentando frenarse porque sólo le faltaba romperse también una pierna.

El escorpión aterrizó a tres patas y dos manos, de las que una se torció. Mantenía protegida la silueta enroscada de Kit. Luego, cuando Solaz se les unió, Olli inclinó el exoesqueleto para protegerse de una lluvia de disparos magnéticos que le hicieron

agujeros. Solaz se agachó también detrás, viendo pasar a un par de matones de Aklu. Corrían por un pasadizo más ancho que debía de llevar a alguna parte. Y tras ellos apareció…

El propio Aklu. El Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho. El essiel estuvo a la vista, aún sobre el sofá ingrávido, como si formara parte de una procesión en la que se preguntara adonde se había ido la multitud que le aclamaba. El mayordomo dorado iban a su lado, con dos agujeros en su cara trágica pero ningún daño más. Del otro lado estaba Heremon, la mujer tothiat. Le pidió a su jefe que se diera prisa y empezó a disparar al escorpión. Olli gritó, tan encogida como le era posible en la cabina de mando horriblemente expuesta. Con la extraña sensación de cometer un sacrilegio, Solaz devolvió los disparos. Vació el cargador en el grupo, sin conseguir otra cosa que hacerle un agujero en el pecho a Heremon.

Luego vio lo que venía y le gritó a Olli que retrocedieran, que bajaran… pero no había adonde volver o descender. Habían aparecido el colmenero de cuatro patas con el cañón rotatorio y apuntaban con todo su cuerpo al escorpión. Solaz no estaba segura de cuál sería el calibre del arma, pero con certeza bastaría para convertir el exoesqueleto en chatarra… y a Olli, Kit y ella en amasijos sanguinolentos.

—¡Dispárales! —gritó la especialista a Solaz.

—¡Sin munición!

—¡Pues vaya puta soldado! —Y luego una línea de disparos de acelerador alcanzó al colmenero a la vez que giraban el cañón. Le cortaron una pierna y una mancha de frenéticos insectos de metal se derramó como las entrañas de un ser vivo. Sonó otra descarga, invisible excepto por sus efectos. Arrancó uno de los brazos del mayordomo dorado antes de cortar el trono de Aklu. Con un chirrido de maquinaria sobrecargada y motores gravitatorios que fallaban, el majestuoso transporte al completo se inclinó hacia un lado y se estrelló contra una pared, desgarrando la superficie perlada para dejar al descubierto un hueco ennegrecido en el que asomaba circuitería chamuscada.

Una pareja de parteni totalmente acorazada hizo aparición, intentando disparar a Heremon a través del trono caído, al identificarla obviamente como la verdadera amenaza. Olli puso en marcha el escorpión, con la cola alta, para hacer con la mujer lo

mismo que con Mesmon. El Inefable no tenía pinta de ir a acuchillar o enganchar a nadie en el futuro inmediato. O quizá nunca más, si las parteni terminaban el trabajo.

Luego Aklu empezó a moverse.

Olli se detuvo de repente y empezó a retroceder. Tenía los ojos abiertos como platos y quizá una pizca de lo que se podría considerar como respeto: el de una entusiasta de las artes mecánicas hacia otro.

La masa del trono roto quedó atrás, y Aklu desplegó de ella un cuerpo como el de un monstruo marino que emergiera de una grieta en las profundidades. Una estructura compuesta sobre todo de tentáculos de metal segmentados, de color negro, con anillos dorados en las articulaciones. Un momento después, el essiel volvía a estar en lo alto, con el brillo de un escudo gravitacional sobre el cuerpo. Un miembro restalló como un látigo y golpeó a una mirmidón parteni, con tanta fuerza como para resquebrajar las placas de su armadura.

—Nos vamos, ¡ahora! —le gritó Solaz a Olli. Le habían dicho que sus hermanas aguantarían ahí y mantendrían a raya a los enemigos. Ella tenía que ponerse a salvo junto a los civiles—. ¿Sabes dónde unieron a la *Buitre* a esta nave? ¿Te lo indica tu sonar?

—Estoy en ello. —Olli cerró los ojos para priorizar los sentidos artificiales del exoesqueleto—. Que me jodan, ¿viste eso? —Sonaba más impresionada de lo que le hubiera gustado a Solaz.

—Lo sigo viendo. —Aklu se retiraba por el túnel más amplio, con Heremon y el mayordomo cubriéndole. La masa de tentáculos ondulaba debajo y a su alrededor, encontrando apoyo en las paredes y el techo. Todo aquel conjunto se movía más rápido de lo que podría correr Solaz.

—Tengo que conseguirme uno de ésos algún día —dijo Olli. Por su parte, Solaz recordaba la extraña deferencia que el essiel había mostrado hacia la especialista, y quizá ahora la comprendía. «¿Y eso es lo que le convertía en un renegado? ¿El deseo de moverse por su cuenta? ¿Se considerará eso una enfermedad incurable en una especie que se supone que se limita a echar raíces?». En alguna extraña parte intentaba sentir simpatía por el gángster alienígena. Una sospechosa narrativa antropomórfica que posiblemente no se

acercaría a nada que un essiel pudiera reconocer.

Luego cayeron otro nivel hacia un corredor más pequeño, afortunadamente alejado de donde se dirigía Aklu, y Olli encontró una compuerta.

—No puedo acceder a los sistemas —se quejó—. La tecnología hegemónica no ayuda una mierda. La *Buitre* está justo aquí detrás, o detrás de la siguiente compuerta y ésta lleva al vacío. ¿Te ves con suerte? Eh, no te me eches encima. No os llevaré a Kit y a ti.

—Estoy bien. —Solaz se sentía muy lejos de estar bien, pero no estaba dispuesta a admitirlo—. A por ello.

Olli fijó el brazo con el taladro del escorpión en la compuerta y escogió la punta más pequeña de que disponía. Hizo un agujero un poco más delgado que un cabello humano y no hubo ninguna pérdida instantánea de presión, ninguna nube de cristales de agua al congelarse el aire. Solaz lo interpretó como una buena señal, y Olli utilizó tres brazos para forzar la obstinada puerta. Luego, finalmente, estuvieron ante el umbilical que llevaba hasta el muelle de drones de la *Buitre*.

Se apresuraron a volver a su nave y Olli se dirigió inmediatamente al puesto de mando para soltar a la *Buitre*. Luego fueron a las cápsulas de suspensión… a ver a Idris.

Seguía allí, y Solaz soltó un enorme suspiro de alivio. Sin embargo, los rudimentarios indicadores de la cama mostraban que su situación se había deteriorado. Sería un muy buen momento para que se despertara, dispuesto a ponerse al mando de la nave. Pero parecía tan frágil, un colonial consumido, de grandes orejas y cara delgada. Incluso inconsciente parecía de algún modo asustado… y por buenas razones, supuso. Se enfrentaba al vacío para poder vivir, y todo el mundo pensaba que eso significaba que los inters estaban acostumbrados, que eran resistentes por naturaleza a sus horrores. Pero él le había dicho, allá en el campamento médico de Berlenhof, que no era así. Podían navegar por el vacío, pero eso no lo volvía menos monstruoso para ellos. Sólo les condenaba a afrontarlo.

La nave se estremeció a su alrededor y por un momento no tuvo gravedad interna. Luego volvió, machacándole el brazo y todas las demás partes heridas o forzadas de su cuerpo. Escuchó a Olli gritar por los comunicadores.

—¡Nos fuimos! —Y a continuación—: Que me jodan, ¡se ha ido

todo el mundo! ¿A qué tanta prisa?

—¿Y ahora qué? —Solaz se obligó a no sentarse y desmayarse. En su lugar, llegó como pudo al cercano hangar de drones, donde podía alcanzar algunas pantallas de trabajo. Se descubrió mirando la masa con pétalos de la *Cosecha Rota*, aunque desde su perspectiva estaba boca abajo. Los instrumentos de la *Buitre* captaban a la *Corday* alejándose, y Solaz esperó que sus hermanas hubieran podido escapar vivas con Kris y Trine. Había otra nave más lejos, colonial, un poco mayor que la *Dios Buitre*. Aumentó la imagen para ver que estaba cubierta de patrones de color rojo, púrpura y oro, lo que la señalaba como la vía de escape de Sathiel y compañía. Luego vio lo que debió de llamar la atención de Olli y que había dado pie al éxodo. Los motores gravitacionales de la Cosecha se encendían para dirigirse al nospacio.

—¡Estamos demasiado cerca! —dijo, mientras Olli hacía cuanto estaba en su mano para poner la mayor distancia posible con la otra nave.

—¡Buena suerte para ti, cabrón! —le llegó la voz de Olli—. Te das cuenta de que volveremos a tener problemas con el Inefable, ¿verdad?

—Sí —aceptó con disgusto Solaz.

—Pero aun así… —siguió Olli, y entonces los instrumentos de la *Buitre* se quedaron congelados por un momento, rechazando procesar la información sobre el espacio a su alrededor de alguna forma que tuviera sentido. Quizá le dirigían importantes objeciones filosóficas a ese espacio que se retorcía de una forma imposible. Luego volvieron a funcionar, informando de que la *Cosecha Rota* se había desvanecido.

Cuando todo estuvo de nuevo en marcha recibieron el saludo de la *Corday*. Antes de que Olli pudiera generar un incidente diplomático de primer nivel exigiendo el regreso de Kris, Solaz intervino las comunicaciones desde el muelle de drones.

—*Corday* a la *Buitre* y la ejecutora mirmidón Solaz —llegó la voz nítida de una de sus hermanas—. Ejecutora mirmidón Gracia al habla. Nos dirigimos a la *Espada Celestial*. Sígannos. Bienvenida de vuelta, hermana.

Por otro canal, uno que excluía a la *Corday*, la voz de Olli llegó

tranquila y sin entonación.

—Y esto es todo, ¿no? Apuesto que ya estarás en tu vestidito brillante con el agujereador en la mano, ¿verdad?

—Habría sido una buena idea. —El pensamiento de meterse en la armadura se le hacía tan logísticamente fatigoso que Solaz se descubrió diciendo—: ¿Cuál es tu plan, Olli? Idris necesita ayuda. Kit necesita ayuda. No sé absolutamente nada de fisiología hanni. Mi gente puede ayudar. ¿O es que confías más en el Hum?

Esperaba una descarga de insultos, pero Olli se quedó callada, pensando, con el canal todavía abierto.

—Puedo verte ahora —dijo al fin—. No te has armado todavía, ¿eh, gilipollas? Podría abrir la compuerta y librarme de ti. Prácticamente estás encima de ella.

—Me doy cuenta de que no estoy tomando ahora mismo la mejor decisión táctica —dijo Solaz. Olli dejó escapar un ruido disgustado.

—No voy a abandonar a Kris con las tuyas, ¿no? —Pero su tono tenía menos veneno de lo que sugerían sus palabras—. Di a la verdugo que vamos de camino al cadalso.

Solaz quiso corregirla. «Ejecutora, que ejecuta en el sentido de actuar, no en el de matar. No va de cargarse a gente». Pero «actuar» tenía implicaciones amplias, entre las que podía incluirse matar. Olli no dejaría suelto ese cabo con facilidad.

—*Buitre* a la *Corday* —le dijo a la otra nave—. Adelante, hermana. Te seguiremos.

26

Idris

En los recuerdos de Idris, el Arquitecto moría. Y con su muerte, sus últimas energías se difundían por el espacio. La convulsión gravitacional sacudía toda la *Espada Celestial*, rompiendo mamparas, abriendo compartimentos al espacio, quebrando el propio motor gravitatorio. El colosal disruptor de masa —que había causado tantos daños— fue alcanzado mientras se preparaba para lanzar otra salva, y la energía que había acumulado desde el nospacio se liberó de forma catastrófica. Luego el tercio frontal de la nave se deshizo en una miríada de fragmentos, una filigrana de cardos con formas únicas, como los copos de nieve. Súbitamente, la nave moría, enfrentada a un golpe devastador que su escudo había sido incapaz de rechazar.

La mente de Idris estaba en parte en el Arquitecto moribundo, y tuvo un instante de completa revelación. Una claridad infinita en la que el universo se extendía más allá de su ser, por toda la eternidad, y él era tan insignificante que se perdió a sí mismo.

Incluso mientras Solaz le sacaba podía sentir aún la mente del Arquitecto, los últimos retazos, que se rendían al olvido. ¿Avisó a sus compañeros? Su sensación era que sí. No para pedir venganza o ayuda, sólo para que lo supieran. Así que el descomunal rompemundos no murió solo. También perdió la consciencia cuando se dejó ir al fin, la última chispa apagándose como en la extinción de una estrella.

Cuando despertó, Solaz todavía le tomaba de la mano. O, juzgándolo retrospectivamente, se la volvía a tomar. Porque habían pasado varios días y seguramente no habría estado pegada a su lado

como una mascota desesperada. Pero allí estaba, esa soldado parteni entre tantas a la que por casualidad le habían dicho que le cuidara. A su alrededor, las camas se agolpaban, una extensión de heridos y moribundos demasiado grande para colocarla en órbita. La ola producida por la muerte del Arquitecto se había llevado por delante a la mitad de la flota y destruido también una docena de orbitales. Las consecuencias de su triunfo habían producido más heridos que la propia batalla. Los Arquitectos no solían dejar heridos en su camino.

—Hola —graznó, y apretó la mano de ella. Debía estar medio dormida porque se sobresaltó y dio un grito. Luego le miró, y una sonrisa se abrió paso lentamente por su cara.

Estuvieron juntos en el campamento dos semanas. Solaz se recuperó totalmente mucho antes que él, pero no había naves suficientes para llevarse a los heridos. De las que habían sido el orgullo del Partenón, sólo la *Madre Ascendente* era algo mejor que basura, y ya estaba sobrecargada con supervivientes de la *Catafracta* y la *Espada Celestial*. Venían más naves de camino pero, hasta que llegaran, todo el mundo tuvo más tiempo libre del que les había permitido jamás la guerra. Idris descubrió que incluso el Programa de Intermediarios le había olvidado por unos benditos momentos. Así que se convirtió en un parteni honorario, jugando al Paso de Tierra, al Go y al Dos Mundos con Solaz y sus hermanas. Se acostaba a su lado por la noche, acurrucado en el calor de su cuerpo, sólo dos veteranos que disfrutaban de un momento de paz.

Abrió los ojos. Aquí, ahora. Ella aún retenía su mano. No había envejecido desde Berlenhof. Lo único distinto era la enfermería, que era una gran sala abierta con los tonos azules y grises del Partenón. Por un desagradable momento, pensó que sus recuerdos seguían filtrándose en su consciencia, porque la insignia de la pared era la familiar cuchilla alada de la *Espada Celestial*, y esa nave no había sobrevivido a la batalla de Berlenhof, con certeza. Hasta que recordó que habían vuelto a usar el nombre, honrando a la caída al bautizar igual a la siguiente nave de la misma clase que saliera de los astilleros. *Espada Celestial II*, por tanto. Y, por algún motivo, él estaba a bordo.

—Hola —graznó, y justo como antes ella se sobresaltó. También su mirada estaba igual de fatigada que entonces. Muy malherida y

con una delgada manga médica en un brazo.

—¡Doctor! —llamó Solaz—. ¡Está despierto! —Pero mantenía su mano aferrada. Y otra vez sintió que era tanto en beneficio de él como en el suyo propio.

El doctor que llegó no era parteni, sino un hombre delgado con cara de halcón y una desaliñada barba de tres días algo canosa. Sus ropas parecían del Hum, era alguien del gobierno.

—*Menheer* Telemmier —dijo con voz seria—. Sus datos están todavía ligeramente por debajo de lo que me haría sentir cómodo. Le recomendaría no esforzarse en nada, dadas las circunstancias. —Parecía un tanto distante, desdeñoso, como si estuviera tratando con una propiedad y no con una persona.

Idris estaba a punto de darle las gracias cuando su ropa y sus modales le despertaron una sospecha desagradable.

—Usted es del Comité de Enlace, ¿verdad? —El organismo que se había hecho cargo del antiguo Programa de Intermediarios cuando el Hum decidió que necesitaba un cuerpo de inters en periodo de paz, sin importarle el coste.

El doctor le miraba con una cierta indignación. Puede que no estuviera acostumbrado a que un sujeto de experimentación le hablara de esa forma. Solaz le apretó otra vez la mano.

—Tuvimos que recurrir a ellos —dijo de forma inexpresiva—. ¿Quién más conoce la neurología inter?

—Así que… ¿Qué significa eso? —preguntó débilmente Idris, mirando todavía al doctor—. ¿Estamos en una de vuestras naves pero… hay un equipo médico del Hum…?

—No sólo un equipo médico —confirmó Solaz—. Porque también están aquí los demás, Trine y las reliquias incluidos, lo que supone que está todo el mundo. Diplomáticos del Hum, sectarios, quien quieras.

—¿Aklu?

—Bueno, vale, no todo el mundo —admitió—. Por suerte. Mira, la gente va a querer hablar contigo. Si puedes.

—Quiero hablar con la gente. Que vengan todos. Acabemos con esto.

—Idris…

—Gracias.

Ella pestañeó.

—¿Qué?

—Por quedarte conmigo. Ahora y entonces. —Cerró los ojos—. Estamos sobre Berlenhof, ¿verdad? Es adonde intentaba que llegáramos. Era el único punto de referencia posible… por lo que hicimos en la guerra. Muy bien. Adelante. Abramos el melón diplomático.

Solaz fue a contarlo. Pero, por supuesto, las jefaturas diplomáticas de las principales potencias galácticas no iban a reunirse porque lo pidiera Idris. Así que le dejaron en la enfermería, disfrutando de la ingravidez parteni, que siempre parecía un poquito mejor que el estándar colonial.

—Los otros querrán saber que estás despierto —le dijo Solaz cuando volvió—. Kris ha estado frenética.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó a Solaz, pero el doctor del Comité de Enlace volvió a estar de repente a su lado, pasando un instrumento similar a una varita por su cabeza como si fuera un mago.

—Sufriste un bucle recursivo a causa del exceso de capas de realidad subordinadas —le dijo el hombre—. ¿Cuántos saltos hiciste, exactamente?

—Perdí la cuenta. Me perseguían. —Idris miró al hombre con obstinación.

—La sensación de una presencia depredadora es por completo una reacción de la mente a las peculiares propiedades del nospacio —comentó el doctor—. La literatura médica está totalmente de acuerdo al respecto.

—¿Eso es lo que les cuentan a los convictos que les llevan? ¿Antes de joderles el cerebro? —preguntó Idris, sonriendo de forma agradable—. Me perseguía un navegante ogdru. Pueden rastrear una mente a través del nospacio. ¿Quién lo sabía?

—Eso es totalmente imposible —dijo el doctor, con la misma condescendencia con la que un rico daría algo de calderilla.

—Más vale que no acabemos en una guerra, porque estamos bien jodidos con gente como usted al mando. —Idris mantuvo la sonrisa, aunque sintió dolor en las comisuras de los labios.

Eso echó al doctor, pero no le ahorró una mirada dura de Solaz.

—Te han traído de vuelta —le indicó—. Yo ni siquiera sabía lo que es un bucle recursivo por exceso de capas.

—Ni yo —admitió Idris—. Creo que empezaron a usar palabras largas después de que yo me fuera. —La miró con un parpadeo—. No habrás estado ahí sentada todo el tiempo, ¿verdad?

—A veces estuvo Olli. Otras, Kris. Kit ha estado en un tanque la mayor parte del tiempo, pero hoy ya está en pie. Vino a verte. Por cierto que también hay un cirujano mercenario hanni a bordo. Todo a cuenta del Partenón, por si te lo preguntas.

—Bien, espero que no estén salvando las vidas de mis amigos sólo para sobornarme. —Sonrió débilmente, pero de forma más auténtica que la sonrisa que le dedicó al doctor. La expresión de Solaz, sin embargo, le indicó que era probablemente lo que se cocía allí. Y que la oferta parteni llegaría más pronto que tarde, probablemente a cargo de sus superiores.

Ella se fue para traerle algo de comer y buscar a los demás. En su ausencia, intentó averiguar qué sentía por ella. Era el momento de hacerlo. Después de todo, se había despertado solamente dos veces en las últimas seis décadas, y ella estuvo allí las dos. Eso querría decir algo. No es que hubiera caído perdidamente enamorado de la hermosa ángel guerrera, como en un mediotipo. Pero habían atravesado los mismos treinta minutos de infierno, y ella le había salvado. Vivían mientras que tantos murieron. Y cuando ella volvió a su vida, aunque tuviera un motivo oculto, había sentido algo. Quizá ella también. No sabía qué hacer con todo eso. Su vida no le había preparado exactamente para ese tipo de cosas.

Mientras estaba allí, introspectivo, un grupo de soldados entró en la enfermería. No eran parteni sino marinos coloniales. Se puso tenso, esperando a la Casa Ácida, el Comité de Enlace, cualquier otro tipo de problemas. Pero al ver quién era pestañeó, con la boca seca de repente.

—Hola, hermana mayor.

No era su hermana de verdad, por supuesto. Ella murió en la poliáspora, cuando él era muy pequeño además. Pero todos los de la primera promoción del Programa de Intermediarios terminaron por llamarse así entre ellos. Y ésta era la mujer que se había adelantado a todos, la original, el prototipo. Xavienne Tormo, conocida en las Colonias durante la posguerra como Santa Xavienne.

Era unos años mayor que él. En la época del «milagro de

Forthbridge» tenía quince, nada más que una niña descalza en el carguero *Monumento*. Se enfrentó a un Arquitecto y le alejó, salvó a su nave, salvó a un planeta. Salvó a la humanidad porque de repente le dio una esperanza. Idris la encontró por primera vez cuando el Programa de Intermediarios llegó al punto de experimentar con humanos, ocho años después. Eso fue después de que la ciencia finalmente aceptara que la mente de Xavienne interactuó de verdad con el nospacio de una manera única. Luego escogieron a trescientos voluntarios como Idris y mataron al noventa por ciento intentando replicar el mismo efecto. Nadie les detuvo. Idris ni siquiera lo deploraba. Eran tiempos desesperados; cada ataque de un Arquitecto suponía millones de muertes. Y el experimento funcionó.

Ahora tenía setenta años, calculó. Y a diferencia de él, había envejecido. Setenta era una edad avanzada para una colonial. La mayoría de los espaciales y la gente de las fronteras no parecerían tan saludables ni enteros para entonces, especialmente los que crecieron en los transportes de refugiados. Idris la recordaba aguantando, como todos los demás en la guerra: una mujer delgada y oscura con ropas militares que le quedaban grandes y sandalias de impresión barata, de grandes ojos y un resplandor en su rostro alargado. Había sido la hermana mayor de todos en el Programa, la única persona en todo el universo a la que un compañero inter le podía contar sus miedos. Lloraba por los caídos, como los demás. Pero luego volvía a la tarea, más dura que nadie. Después de la guerra, todo el mundo había querido conocer su historia; fue la imagen pública del triunfo. La gente la tenía en pósters, medallones, platos conmemorativos producidos en masa que reproducían sus mejores rasgos sin ese aspecto hambriento de los ojos. Terminó por recluirse, encontrando su propio retiro lejos de los mendicantes, los peregrinos y las ocasionales amenazas de muerte. Idris se preguntó si el Partenón se habría sentido impulsado a cortejarla. Aunque seguramente no se atreverían a poner una mecha en ese barril de pólvora, al menos no hasta estar decididas a ir a la guerra contra el Hum.

Y aquí estaba, nada menos que en una nave de combate parteni. ¿Sería suficiente su escolta militar? ¿Detendría a las jefas del lugar considerando cuánto necesitaban tener sus propios intermediarios

ahora…?

—Idris. —Ella se sentó donde había estado Solaz, reclinándose cuidadosamente.

—¿Cómo es que estás…? Quiero decir, me alegro de verte, pero… —Ni había pensado que pudiera volver a verla, no después del final de la guerra. Idris Telemmier sólo había querido desaparecer.

—Necesitaban otra vez este viejo cerebro. —Su cara estaba arrugada, un mapa de todas las victorias y preocupaciones que la habían llevado tan lejos. La revoltosa explosión de cabello rizado que recordaba ahora era de un blanco grisáceo. La túnica estampada que llevaba no era de impresora. La había tejido alguien con sus manos, y se había pagado un buen dinero por ella. Sintió una punzada de placer vicario porque le hubiera ido bien por su cuenta a lo largo de esos años. Si alguien lo merecía, ésa era Santa Xavienne.

—¿Las parteni te solicitaron?

—Fue el doctor Justinian —le corrigió—. El Comité de Enlace no trata con los «pioneros» en la actualidad. Necesitaban utilizar mis escáneres como referencia, así que me sacaron del retiro una vez más.

—¿Hablas mucho con el Comité? —Casi le preguntó: «¿Sabes lo que hacen en tu nombre?». Pero no seria justo.

—Lo menos posible. Pero por uno de mis hermanitos… Eres casi el único que queda, ¿lo sabías? Demi Ulo sigue con el Cuerpo de Cartógrafos, y Chassan está en Berlenhof con el Hum. Pero son viejos los dos, como yo. Nos sobrevivirás a todos… salvo que sigas haciendo cabriolas.

—No prometo nada.

Ella le miró entonces, esperando algo y viendo que él, en resumen, no sabía de qué se trataba.

—¿No tienes ningún mensaje para mí? —dijo al fin.

—¿Para ti? —Idris frunció el ceño—. Ni siquiera sabía que iba a verte. ¿Qué…?

—Me dijeron… En el planeta, cuando esperábamos el ascensor. Apareció un viejo amigo, y me dijo que tenías algo que contarme.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —confesó—. Yo… ¿Un viejo amigo? ¿Pero no alguien de la «familia»?

Xavienne asintió, con los ojos mirando a su escolta.

Idris hizo una pequeña exhibición de mímica, con las dos manos hacia arriba, una con los dedos separados, la otra indicando «hablar» juntando los dedos y el pulgar. Un gesto para un alienígena de un aspecto concreto. «Ash, el Heraldo».

El asentimiento de Xavienne fue todo lo que necesitaba. Su frágil sensación de bienestar desapareció al instante. Su alucinación con el Heraldo en el nospacio había sido suficiente. Por encima de todo, no quería que el Heraldo Ash le prestara ninguna atención. «Sólo quiero desaparecer, volver al espacio, escapar antes de que nadie dé conmigo». Pero los hechos le habían encaminado inequívocamente hasta donde se encontraba.

—Nada que no sepas ya —le dijo, y luego escuchó un murmullo de voces fuera (reconoció el tono estridente de Olli). Xavienne se incorporó de inmediato.

—Ya hablaremos —concluyó ella—. Piensa, Idris. Debe haber algo. —Y luego se fue, su escolta con ella, justo antes de que entraran los demás. Idris captó en la mirada de Kris la pregunta de «¿no era ésa…?». Pero el resto estaban más preocupados por asegurarse de que su piloto estaba totalmente a punto.

—Bueno, mírate. Despierto y todo. —Olli iba en una silla de ruedas motorizada, presumiblemente de fabricación parteni. Supuso que debió haber una disputa sobre si podía ir por ahí en el escorpión. Tan sólo pensarlo le resultaba fatigoso. Idris se alegraba de que todo eso hubiera ocurrido mientras estaba a punto de morir.

Los otros tenían buen aspecto. Kris sonreía de oreja a oreja. Las pantallas de los brazos de Kittering anunciaban lo que parecía algún tipo de fármaco hanni, así que posiblemente había llegado a un acuerdo con su médico. Solaz se mantuvo en segundo plano, les dejó tener su momento y se apartó para que Trine pasaran también.

Idris asintió para saludar al académico.

—Pensaba que nos habrías abandonado a estas alturas.

—Hemos formado un frente unido —dijo Kris con firmeza—. Trine y nosotros. Incluso Solaz está siendo prudente con sus jefas. —Se echó a reír ante la expresión de la parteni—. Esperábamos a que Kit y tú os levantarais, y entre tanto no hemos dicho nada.

—¿Así que todavía tenemos las… cosas? —preguntó Idris con los ojos bien abiertos.

—Oh, no exactamente. Las parteni tienen las cosas. —Kris dirigió la mirada a Trine.

—¿Y qué se supone que podía hacer? —dijeron el arqueólogo agriamente—. Sabían que las llevaba. No podía hacer como que las había perdido dentro de mí, ¿no?

—Bueno, entonces ya no son nuestro problema —comentó Idris, extrañamente aliviado—. ¿Hubo algo de dinero de por medio?

—Ahora que hemos recuperado a Kit vamos a por ello —le aseguró Kris—. Aunque sólo sea porque la *Buitre* necesita reparaciones. Pero antes… ¿Solaz dijo algo de una vista?

—¿Una vista? —Idris la miró sin entender, luego a la parteni—. Eso no fue lo que yo…

—No algo disciplinario ni criminal, sino… —Solaz extendió las manos—. Han ocurrido muchas cosas. Todo el mundo quiere escucharte, y hacerlo juntos. Porque ahora mismo no es que abunde la confianza. Así que habrá una especie de audiencia. Tú hablas, ellos escuchan. Y luego cobráis y… os vais.

«Se quedará, por supuesto, porque es una buena soldado». Idris se sorprendió por la punzada de infelicidad que sintió al pensarlo… Y cuando encontró la mirada de Solaz, se dio cuenta de que ella la compartía. Le habría gustado ser una espacial libre. Quizá incluso hubiera una opción remota de que volvieran a estar juntos. El universo era lo suficientemente grande para dar cabida a esas posibilidades mínimas. Se preguntó si la pondrían de nuevo en hielo, o si tendrían alguna otra misión para ella. «Cobra y vete, recuerda. Ninguna guerra más que te complique la cabeza». Salvo que parecía que el trabajo en tiempos de paz podía tener el mismo resultado. Se dio cuenta de que llevaba mirando a Solaz tanto tiempo como para que todos se removieran incómodos.

—Que alguien me cuente lo ocurrido —dijo—. Parece que nos traje a Berlenhof, pero tengo la impresión de que luego se desató el infierno.

—Oh, bueno. —Kris parecía haberse preparado una historia para la ocasión. Mientras mantenía las manos en la espalda y se adelantaba para ofrecer su mejor pose de abogada, una oficial parteni apareció en la puerta.

—Ejecutora mirmidón —dijo a Solaz—, *prête*?

—*Prête*, madre. —Solaz miró con los ojos abiertos a los demás

—. Nos esperan.

—Pueden esperar —gruñó Olli.

—Ésos que «pueden esperar» son una representación diplomática de toda la humanidad —señaló Kris—. Una vez has conseguido reunirles bajo un mismo techo, no conviene dejarles que se aburran. Idris, ¿cómo lo llevas?

Idris movió las piernas a un lado de la cama, se puso de pie y se habría caído de morros al suelo si Kris no le hubiera sujetado.

—¿Tienen otra silla de éstas? —preguntó a Olli.

—Ésa es la monitora superior Tacto —la identificó Kris, señalando a una parteni mayor de aire severo—. ¿No te encantan sus nombres, por cierto? Suenan como si se estuvieran riendo a tu espalda todo el tiempo, ¿verdad? —Aunque sonreía al decirlo.

—Kris, por favor —pidió Idris. Las luces de la gran sala circular le resultaban demasiado brillantes. Estaba sentado de lado en la silla motorizada, apoyado en un brazo. No había sido capaz de dirigirla correctamente, rozando y pegando contra las paredes. La frustración que le había producido fue desproporcionada respecto al problema. Era piloto de naves espaciales. Una maldita silla de ruedas no podía estar fuera de sus posibilidades. Pero embestía y se desviaba mientras Olli marchaba por delante con una naturalidad envidiable. Al fin llegaron todos, ocupando un tercio del salón de conferencias. Los otros dos los llenaban el Partenón y las Colonias, respectivamente.

—Está bien —dijo Kris—. Así que Tacto es una diplomática. Y si ella lleva la voz cantante, eso nos indica a qué juegan… Y la que está detrás debe ser la ejemplar de la flota Esperanza.

Esperanza parecía la hermana pequeña de Tacto, y no correspondía a su nombre. Si le hubieran preguntado a Idris, la habría llamado «Suspicacia». Había media docena de parteni más detrás de ellas, más jóvenes y con rasgos variados. La misma piel cenicienta, pómulos fuertes, una belleza fabricada que resultaba extraña con la repetición. Kris no sabía sus nombres, así que siguió.

—Esperanza es una militar… Pero cabía esperar que asistiera, puesto que estamos en su nave. Tacto es del Aspirat, trucos sucios y espionaje. Y por las miradas que capto, creo que es la jefa de Solaz.

Idris asintió fatigosamente.

—Al otro lado… Lucef Borodin. De la Alta Oficina del Servicio

Diplomático aquí, en Berlenhof. —Kris señaló al homólogo de Tacto.

Borodin era corpulento, canoso, de la misma edad de la parteni, pero veinte centímetros y treinta kilos por encima. Tenía un rostro abierto y franco, y se había girado a sonreír a la mujer que tenía detrás. Mantuvo la sonrisa cuando volvió a mirar adelante, pero no llegaba a ningún lugar próximo a sus ojos.

—La mujer detrás de él es Elphine Stoel. Se supone que también es del OSDip, pero creo que en realidad es de Análisis de Amenazas. Ya sabes, el tipo de gente que tienen a mano para predecir cuál puede ser el siguiente movimiento de las grandes potencias. —Stoel miraba a la parteni con fija intensidad. Media docena de diplomáticos más jóvenes se sentaban tras ella, junto a una cara familiar: Havaer Mundy, de la Oficina de Intervención, que tenía un aspecto como si le hubiera dejado su mujer.

—Alguno de los demás probablemente sea también un infiltrado de la Casa Ácida —observó Kris—. Mundy está aquí porque se reunió con nosotros, puede aportar información. Y seguro que conoces a la estrella que está a su lado.

Santa Xavienne, por supuesto, mirando a Idris y a nadie más. Él consiguió dirigirle un leve saludo con la cabeza.

—Te habrás fijado en que no hay militares del Hum, sólo civiles —añadió Kris.

—¿Y eso es bueno?

—Una pregunta interesante. Se podría pensar que sí, pero Borodin viene de Magda. Así que aunque no sea exactamente un nativista, ¿puede estar escorado en esa dirección? También puede que no enviar a ningún soldado ante el Partenón sea un insulto velado de algún tipo. No lo sé.

—No eres de mucha ayuda.

—Ése es el espíritu.

—¿Qué hacemos aquí?

Antes de que Kris pudiera responder, la monitora superior Tacto terminó de escuchar a una de sus subordinadas y abrió la sesión.

—*Menheer* Borodin, gracias por reunirse con nosotras. —Dirigió una luminosa sonrisa a los coloniales al otro lado de la sala—. Espero que nuestra recepción haya sido de su agrado.

—Tan impecable como siempre —contestó con calidez Borodin.

Nadie miraba a la tripulación de la *Buitre*. Todavía—. Y valoro su eficiencia en la organización de este encuentro. Me alegra que el Partenón trate este asunto con tanta seriedad como nosotros.

Idris dirigió una mirada extraña a Kris.

—Pero tampoco tienen más elección, ¿no? —le comentó—. Ahora que vuelven los Arquitectos… —Pero Kris escuchaba intensamente, con un ligero fruncimiento de ceño.

—Quizá podríamos comenzar con el pecio de la *Oumaru* y su paradero, dado que sigue siendo desconocido —propuso Tacto—. A petición suya, hemos dejado todas las preguntas a la tripulación de la *Dios Buitre* para esta reunión. —«Excepto el informe de Solaz», adivinó Idris. Porque seguramente existiría. ¿Les habría indicado dónde abandonaron el carguero?

—De hecho —dijo Borodin, en tono de disculpas—, hay algunas cuestiones previas que me gustaría aclarar. Específicamente, el Hum requiere que el Partenón repatríe a nuestros ciudadanos a bordo de esta nave.

Kris se crispó, y Olli se inclinó hacia ella para preguntarle «¿se refiere a nosotros?» con un susurro que posiblemente se pudo escuchar por todo el salón.

—*Menheer* Borodin… —empezó Tacto con firmeza.

—El Consejo entiende totalmente las circunstancias bajo las que llegaron a sus manos —interrumpió en tono conciliador Borodin, elevando un poco las manos—. Apreciamos que hayan permitido que nuestro personal médico les haya proporcionado los cuidados urgentes que necesitaban. Pero ahora es necesaria una repatriación inmediata. Sin duda han visto las tensiones que afrontamos en el planeta, y de hecho en toda la Esfera Colonial. Tenemos el máximo deseo de evitar sugerencias por parte de ciertos elementos de que aquí se hayan tomado rehenes. —De nuevo la sonrisa razonable, aceptando que «a mí también me parece increíble que tengamos que tratar sobre estas insensateces».

—¿Sus ciudadanos…? —repitió Tacto, muy poco impresionada.

—Caray, esto se ha venido abajo enseguida —murmuró Kris.

—Olian Timo, Keristina Soolin Almier e Idris Telemmier. —Borodin no miró a los tripulantes al dar sus nombres, como si sólo existieran en un plano burocrático—. Soy consciente de que había también un hannilambra a bordo, operando bajo un estatus de

viajero comercial acreditado. También hay un delegado registrado por la Asamblea colmenera. Ellos o sus gobiernos deberán llegar a sus propios acuerdos.

Tacto se reclinó en su asiento un poco.

—¿Y las reliquias hegemónicas…?

—Obviamente, la custodia de las reliquias es la principal preocupación para todos. Sólo he intentado resolver esta cuestión menor antes que nada, lo que nos permitirá a todos evitar, como decía, cualquier sugerencia de coacciones parteni. —Borodin asintió con mucha seriedad.

—¿Podemos decir algo? —La voz de Kris se desvaneció y buscó un micrófono en el techo que aparentemente no existía. Un momento más tarde se produjo un zumbido de estática. La delegación parteni se removió inquieta, casi al unísono. Idris supuso que Olli había manipulado el sistema electrónico a través de sus implantes. Debía haber puenteado a todo el departamento de seguridad.

—¿Por qué no lo vuelves a intentar? —le indicó Olli, mientras su voz sonaba alta y clara por los altavoces—. Creo que no te oyeron. —Al menos alguien se divertía.

—Dije… —empezó Kris, pero Tacto y Borodin se pisaban para hacerse escuchar. Idris le escuchó a él algo como «si me permite, como su representante…» y a ella «cuando se le pida hablar…».

—Soy mi propia representante —empezó Kris. Sin embargo, toda aquella desaprobación diplomática era demasiado para ella y se detuvo.

—Preferiríamos que esos asuntos quedaran para las conclusiones —dijo Tacto con firmeza—. *Menheer*, seré sincera. Estábamos a punto de despachar las reliquias para su análisis cuando nos llegó su comunicación. A causa de ciertas implicaciones en el mensaje, respecto a cómo podría interpretarse la actuación parteni, detuvimos el envío. Había depositado mi esperanza en que el Hum hubiera venido a proponer un esfuerzo científico conjunto. Después de todo, esto supone una oportunidad tanto para el Partenón como para el Consejo de Intereses Humanos de ponerse a la altura de la Hegemonía en el campo del transporte seguro de las reliquias originarias. El delegado Trine se han ofrecido voluntarios para dirigir esa investigación.

—Una investigación que es, en efecto, la cuestión principal —admitió Borodin con suavidad—. Pero tenemos personas retenidas contra su voluntad en una nave militar. Hasta que eso se resuelva, no podemos arrancar otras negociaciones tan delicadas.

—Oh, mierda —dijo Idris, tan bajo como le fue posible para evitar que le escucharan—. Esto va sobre mí. Y el maldito Programa de Intermediarios.

—Bueno, eso espero —respondió Olli. O el Partenón la había neutralizado, o ella misma había apagado los micrófonos—. Porque no quiero que ningún gobierno se preocupe tanto por dónde coño termino yo.

—¿Qué quieres entonces? —le preguntó Kris a Idris.

—¿Quién? ¿Yo? —Idris la miró, luego a la variedad de ojos de Kittering y al rostro exasperado de Olli. Tras ellos pudo ver la expresión infeliz de Solaz y la sonrisa benevolente que mostraba la proyección de Trine.

—¿Quieres bajar a Berlenhof o quedarte con las ángeles? O volver a la *Buitre*… Ver si podemos simplemente dejarles con sus discusiones. —Kris se encogió de hombros—. Soy tu abogada. Dime lo que quieres y veré qué puedo conseguir.

—Es una locura —susurró Idris—. Ni siquiera sé por qué está pasando todo esto.

—En serio, Idris —le presionó Kris—. Decide y ya está.

—No, mira. —Idris intentó levantarse, sintió que le invadían las náuseas y se volvió a sentar—. Olli, haz que se me oiga, por favor. —La última palabra resonó en todo el salón y de repente todo el mundo le miraba.

—Verán… —empezó, pero Borodin negó con la cabeza de inmediato.

—Estoy seguro de que todos apreciamos, más allá de las sutilezas del lenguaje diplomático, lo que representa *menheer* Telemmier —dijo el hombre del Hum por encima de su voz—. ¿Me permiten ser directo?

—Miren… —volvió a intentarlo Idris.

—Quizá sería lo mejor —aceptó Tacto, apartándole sin miramientos de la conversación. Idris se preguntó furiosamente si el Partenón tendría una monitora Franca en sus filas.

—El Consejo no puede aceptar que uno de sus intermediarios,

un veterano del Programa original, esté en manos del Partenón —expuso Borodin—. Estoy seguro de que negarán que hayan tomado muestras del material genético de *menheer* Telemmier… Y podemos enredarnos en el habitual juego de qué se ha hecho o dejado de hacer. Pero debemos repatriar a nuestro intermediario de inmediato.

—Guau —soltó Olli—. Ahora vamos a ver por qué a ella la llaman Tacto.

«Todos estos años», pensó Idris, aturdido, «creyéndome que estaba fuera del radar». Pero ahora estaba aquí, sobrevolando Berlenhof, bajo los focos. Estaba aquí por el maldito *Oumaru* y de repente a todo el mundo le importaba lo que hacía. De la peor forma posible.

Se dio cuenta de que una vida tranquila ya no era posible, no por ahora, quizá nunca. Los hechos le habían convertido en un producto que los gobiernos se disputaban. Y de repente no lo podía manejar, no podía escucharlo.

—¡Están los dos locos! —gritó, y su voz rebotó en los altavoces—. ¡Saben lo que le ha pasado a la *Oumaru*! Los malditos Arquitectos han vuelto, ¿y discuten sobre esto?

Hubo un silencio profundamente incómodo. Pero no percibió la vergüenza que esperaba provocar. Como mucho, sintió que se avergonzaban por él. Por su pérdida de control.

—¿Qué? —preguntó incómodamente.

—Eh… No sabes que Trine hicieron lo suyo —comentó Olli, con su propia voz demasiado alta al principio para luego ir cayendo mientras luchaba contra los sistemas parteni—. Dijeron que, eh… no fueron los Arquitectos. El viejo, el sectario, lo falsificó. Quería asustar a la gente para que se uniera a la Hegemonía… ¿Lo ves?

Idris miró a Trine con los ojos como platos.

—¿Que has dicho qué? —fue capaz al fin de decir, muy consciente de que un salón lleno de diplomáticos estaban impacientes por seguir con su agenda.

—Es la desconcertante verdad sobre el tema, mi viejo amigo y coacreditador —confirmaron Trine, con una alegría absolutamente inapropiada—. ¡Una completa estafa! ¿Quién, como se suele decir, podría haberlo pensado?

Idris miró por toda la sala hasta encontrar la mirada curiosa de

Xavienne. Se sintió enfermo, físicamente. «Algo que decirme», le había pedido ella, y había pensado que ya debía saberlo entonces. Por supuesto, Xavienne lo sabía todo sobre la amenaza de los Arquitectos. Todo el mundo lo sabía. Las pruebas habían sido mediotipadas a lo largo de toda la Esfera Colonial y más allá.

Salvo que era una farsa. Pero que no cambiaba la verdad.

—Pero no, por favor, escuchen —dijo con voz ronca—. Escúchenme. Ése no es el asunto, en absoluto. Vuelven de verdad. Los Arquitectos están en marcha. Los sentí en el nospacio, como en la guerra. Todo está ocurriendo otra vez.

27

Havaer

Pánico. Gritos. Súplicas a las divinidades o imprecaciones contra un universo indiferente. ¿Era lo que esperaba Telemmier? De ser así, habría quedado decepcionado. Aunque si hubiera esperado un silencio atónito, al menos es lo que había tenido.

Havaer pudo ver que también la tripulación de la *Dios Buitre* se había quedado estupefacta. Miraban desconcertados a su piloto y la abogada, Almier, estaba susurrando algo. Seguramente del estilo de: «No, en serio, ¿qué?».

—*Menheer* Telemmier. —La monitora superior Tacto fue la primera en recuperarse—. Quizá tendría la amabilidad de explicarse.

—Han vuelto. Están ahí, en el nospacio. —Idris movió las manos en busca de algo para lo que el colvul no tenía palabras adecuadas —. Lo sentí.

—Es comprensible que tenga presente a los Arquitectos dado lo que encontró —dijo Borodin con compasión—. Sobrevivió a la guerra, lo entendemos. Pero tenemos el informe del delegado Trine sobre la *Oumaru*, y nuestros técnicos coinciden en su interpretación de los datos. Fue un hábil engaño.

—Es cierto, Idris —añadió Olian Timo. Parecía descontenta por tener que estar de acuerdo con Borodin, o quizá con cualquiera—. Ese hijo de puta admitió que lo había hecho. Todo por un bien mayor o alguna chorrada similar, ya sabes cómo habla.

Idris sujetaba con fuerza los brazos de la silla y temblaba. «Es un trastorno de estrés postraumático importante», pensó Mundy. «Dios, alguien debería sacarle de aquí».

—No. Lo. Entienden —insistió. Cada palabra salía a rastras entre sus dientes apretados—. En el nospacio, cuando huía de la *Cosecha Rota*, tuve que ir a lugares muy profundos para escapar. Podía sentir la mente de su piloto persiguiéndome. Como una bestia. —Se estremeció—. Y… fui tan lejos para dejarle atrás, que me aparté de cualquier pasaje. —Tragó saliva con dificultades—. Y allí estaban, moviéndose en las profundidades, de vuelta. Como una ola surcando el universo.

—*Menheer* Telemmier, quizá debería ordenar sus ideas en… el lugar adecuado —dijo Tacto. No «en la enfermería», que Mundy reconoció que era la idea implícita. «¿Por qué hacer que el pobre hombre parezca más loco de lo que ya suena?».

—Las peticiones acerca de nuestros ciudadanos no han cambiado —afirmó tajantemente Borodin—. Monitora, sabemos lo conveniente que podría resultar que alguna ficción acerca del retorno de los Arquitectos se filtre por las Colonias. Conveniente para el culto hegemónico, sí, pero también para el Partenón.

—¿Nos acusa de tener alguna implicación en ese engaño?

—No, categóricamente no —dijo Borodin, rechazando la sugerencia—. Sin embargo, sé perfectamente que yo sacaría partido de algo así en caso de que me beneficiara. Una ola de pánico en torno a los Arquitectos les brindaría una importante ventaja negociadora. Las ángeles guerreras que están aquí para protegernos a todos, ¿no es así? Interrogaremos a Telemmier de vuelta en Berlenhof y compartiremos los resultados con ustedes.

—Censurados de la forma adecuada, por supuesto —apuntó Tacto.

—Por supuesto.

Havaer vio cómo la tripulación de la *Dios Buitre* discutía de forma inaudible, porque habían vuelto a apagar su micrófono. Al ver la absoluta convicción en el rostro del inter, sintió una quemazón de inquietud en su interior. Obviamente, Lucef Borodin estaba dando los pasos adecuados para su bando, pero…

Tacto se echó atrás para escuchar a una oficial a su espalda y luego asintió con firmeza.

—Su solución es inaceptable —respondió a Borodin—. Las apuestas han subido demasiado para que nos limitemos a dejar que esta tripulación desaparezca bajo la custodia del Hum.

—Con todo el respeto hacia *menheer* Telemmier —dijo Borodin con paciencia—, las apuestas no han cambiado en absoluto…

—Escúchenme —reventó de nuevo el intermediario, ahora el doble de alto porque su técnica se estaba divirtiendo con el sistema de sonido—. Los dos… ¿Por qué siguen con esa conversación?

—*Menheer* Telemmier, por favor —dijo Borodin, exasperado—. Soy un representante de su gobierno intentando liberarle de las manos de una potencia hos… extranjera. ¿No puede limitarse…?

—¿Y qué pasa si no queremos ir? —intervino Almier.

Havaer Mundy estaba lo suficientemente cerca para ver cómo Borodin se tensaba por la furia, y se maravilló de lo poco que eso se trasladó a su voz.

—*Mesdam* Almier, las implicaciones legales de una… deserción de ese tipo son bastante complejas. Usted y sus compañeros están implicados en una serie de acciones criminales a bordo de la estación Pulmón-Cuervo, seguidas de un acto de piratería sobre Tarekuma. Están en posesión de información y materiales sensibles en tiempos de una crisis diplomática. Y sugiere que podría unirse a un rival militar…

—Pulmón-Cuervo estaba bajo jurisdicción hegemónica en el momento que nos ocupa —siguió Almier—. Buena suerte si quieren traer a la gente de la *Cosecha Rota* para que les aporten pruebas sobre cómo recuperamos la nave que nos habían robado. Y litigaré en cualquier tribunal que quiera nombrarme sobre nuestro derecho a la libertad de asociación y movimiento, *menheer* Borodin. Pero no vamos a desertar al Partenón. Ni tampoco le acompañaremos dócilmente. Sobre todo porque Idris piensa que le entregarán al Comité de Enlace y lo último que quiere es tener nada que ver con esos carniceros.

—Soy consciente de que la teatralidad ante los tribunales es su medio natural —repuso Borodin—, pero da la impresión de que su razonamiento le deja sin salidas. No se vendrá con nosotros ni se quedará con ellas. ¿Cuál es su siguiente paso?

—Nos pondremos en las manos neutrales de la Asamblea colmenera —declaró sonriente Almier—. En concreto, bajo la protección del delegado Trine. Por el momento, iremos a nuestra nave. Y nuestra nave seguirá en el muelle de la *Espada Celestial*. ¿O prefieren que llevemos a la *Dios Buitre* al orbital diplomático

colmenero? Si seguimos aquí, bajo la protección de Trine, todos sabemos que eso no será más que una ficción para mantenernos fuera del control de nadie. Mientras que si realmente vamos a la embajada colmenera, seguramente nos harán muchas preguntas, ¿no les parece? Así que sugiero que nos permitan seguir aquí y hablar con quien nos parezca. De esa forma nos mantendrán a la vista… para asegurarse que el otro bando no nos meta en una bolsa y se nos lleve, ¿verdad?

Havaer se tuvo que esforzar para mantener el gesto serio. Borodin y Tacto se limitaban a mirar. Tacto fue la primera en recuperarse.

—Bien, entonces. Como situación temporal puede ser aceptable.

Hubo más, pero Havaer se distrajo con Telemmier, ya que el inter le miraba desde el otro lado del salón. «¿A mí? Hombre, todo esto está fuera de mi alcance…». Pero Havaer no era el foco de la mirada de Telemmier. Santa Xavienne estaba sentada a su lado, y Havaer se dio cuenta de que le devolvía la mirada. Algún tipo de comunicación se estableció entre los intermediarios, algún tipo de «te lo dije» de uno de ellos a la madre de todos. Y ella pareció envejecer diez años, como si pudiera derrumbarse en cualquier momento. Los diplomáticos seguían con las discusiones, pero más por mantener las formas que por cualquier otra cosa, y al menos ya había un plan que seguir.

Minutos después de que todos se fueran del salón, Havaer ya estaba hablando con la Casa Ácida sobre la necesidad de urgente de que fuera a ver a los nuevos solicitantes de asilo.

Ir a verles suponía las habituales vueltas y revueltas burocráticas, pero Havaer tenía todas las credenciales necesarias del Hum. Aunque dos grupos de guardias le vigilarían desde fuera de la *Dios Buitre*. Supuso que su aspecto de espantapájaros estaría fuera de lugar, pero esperaba que le fuera mejor que a Borodin, con su traje caro a medida. Levantaría las suspicacias de cualquier espacial, y este grupo era particularmente susceptible.

Le recibió el hannilambra, Kittering, porque, ¿por qué no implicar a otra nacionalidad en toda la historia? Los escudos de los brazos del alienígena mostraban un complejo trazado de líneas plateadas sobre negro.

—¿Qué es eso? —Havaer no pudo evitar la curiosidad.

—¡He aquí la bandera de la Asamblea colmenera! —declaró orgullosamente el traductor del hanni.

Havaer intuyó que le estaban tomando el pelo.

—¿Desde cuándo exactamente tienen una?

—Con el propósito de firmar contratos con mis compatriotas, entre los que siempre se valora la heráldica. —Kittering le dio todo un repaso a las ropas negras y carentes de cualquier adorno de Havaer—. A veces se malgastan los ojos en mirar a los humanos.

—Creo que eso me identifica adecuadamente —repuso Havaer —. Mire, probablemente piense que estoy aquí para apretarles las tuercas en nombre de la Casa Ácida. Ofrecerles algo que ayude al Hum y joda al Partenón, ese tipo de cosa.

—¡Enciendan las luces! —exclamó Kittering. La traducción no era del todo clara, pero el tono sugería que estaba de acuerdo. Y no de manera amistosa.

—Sólo quiero hablar con Telemmier —dijo Havaer—. En realidad no formo parte de la delegación oficial. Vengo por una corazonada… —Le asaltó la duda de que esa expresión a su vez no tuviera una adecuada traducción para especies sin corazón—. No hace falta que le vea a solas. Está invitado quien quiera. Sólo tengo una pregunta que hacerle. Eso es todo.

Poco después se encontró en el muelle de drones de la *Dios Buitre*, quizá la única estancia con espacio suficiente para albergarles a todos. Los drones en sí habían sido movidos a las paredes para hacer sitio, dejando un notable caos de cables sueltos y piezas tiradas. Alguien había impreso un juego de las sillas más baratas que había visto en su vida. Almier y Telemmier estaban sentados en dos de ellas, codo con codo como si fueran a hacer una declaración ya prevista. Ella estaba muy elegante con un pañuelo dorado nuevo y un traje formal. Telemmier seguía llevando su anodina ropa espacial, y parecía encogido y molesto. Un hombre en el ojo de un huracán de eventos que no conseguía enderezar. Solaz estaba detrás de la silla del inter con el acelerador en las manos. No llevaba la armadura, pero el arma podía liquidar a cualquiera a tres salas de distancia. Havaer volvió a considerarse adecuadamente identificado.

—No soy un asesino, por cierto —empezó—. Comprendo que eso es lo que diría un asesino… pero es sólo por despejar un poco el

ambiente.

Timo llegó en ese momento, en un exoesqueleto andador dañado al que aún le faltaban la mitad de sus paneles.

—Otra vez usted —le dijo.

—Hola.

Ella movió la cabeza.

—No nos entretenga mucho. Tenemos trabajo. —Y luego se fue, en apariencia sin mayor interés por lo que tuviera que decir. Kittering se había subido a otra silla de la que colgaba precariamente.

Havaer descubrió que le resultaba difícil no sonreír.

—Saben, de vez en cuando tengo que asistir a actos en las embajadas —empezó a explicarles, instalándose en una de las sillas, de la que salió un crujido de plástico barato—. Entiendo con qué tipo de garantías esperan salir de la situación después de montar todo este carnaval. «Confórmate y repara», ¿verdad? Diplomacia espacial.

Almier le dirigió una mirada cómplice a Kittering, con el rostro demasiado inexpresivo. Luego entraron el colmenero, Trine, con una bandeja. Con ella llegó el olor de algo como bizcochos que sugería que la impresora de comida de la *Buitre* necesitaba que le echaran un vistazo. Trine se inclinaron ante Havaer, ofreciéndole la bandeja sujeta por varios de sus brazos entrecruzados.

—Dado que ahora parece que soy algún tipo de embajador, mi honorable huésped, lo apropiado es que extienda mi hospitalidad dentro de lo posible —anunciaron el colmenero. Su cara traslúcida mostraba una expresión altanera—. Tome una galleta. —Havaer eligió una.

—Por favor, dígame que va a tratar igual a Borodin y Tacto. Deje que lo mediotipe, de hecho. Para poder verles romper la etiqueta.

—Sin duda —le aseguraron Trine—. Y ahora, es de imaginar que querrá algún tipo de privacidad electrónica.

—De hecho… No vengo a hablar de nada referente al gobierno, ni siquiera algo de espionaje —dijo Havaer—. Vengo a título individual, con el sombrero de policía puesto, intentando atar los cabos sueltos en una investigación. Buscando redondear mi informe antes de entregarlo y dejar el caso.

Eso atrajo su atención. Habían puesto en marcha toda la escenografía adecuada para descolocar a los visitantes indeseados. Telemmier era el único que no disfrutaba esos cinco minutos de fama.

—Adelante… —invitó Almier con cautela.

—¿Por qué vinieron a Berlenhof? —preguntó Havaer directamente.

—Cuando nos vimos, usted dijo que deberíamos venir y por eso… —empezó Almier. Havaer miraba a Telemmier, pero le respondió a ella.

—Sé que dije que deberían venir. Pero incluso mientras lo hacía, ¿tenía la menor expectativa de que lo hicieran? Con todo el universo al alcance de sus dedos, ¿por qué se volverían de repente tan respetuosos con la ley y se entregarían? ¿Desde cuándo su gente hace cualquier cosa que se le diga sin un contrato de por medio?

—Está excluyendo el puro patriotismo —sugirió la abogada.

—¿La verdad? Por completo —admitió—. *Menheer* Telemmier, ¿fue decisión suya?

—Sí. —El inter se miraba los pies.

—Pues dígame por qué. ¿Decidió hacer lo correcto? ¿Fue puro azar que terminaran aquí? —presionó Havaer—. Me gustaría entenderlo.

—Berlenhof era como una baliza —empezó la voz tranquila y fatigada de Telemmier—. La podía ver a través del universo. La lápida del Arquitecto que matamos aquí. —Solaz le puso una mano en el hombro, y él inconscientemente se la cubrió con la suya—. Y en ese momento estábamos perdidos. Demasiados saltos, demasiado lejos. Pero podía seguir esa señal… ¿Qué?

Havaer se había puesto de pie. Todos le miraban, esa congregación de harapientos, como si él fuera el extraño.

—¿Qué pasa? —insistió Almier—. ¿Agente Mundy?

Él escuchaba dentro de su cabeza la voz del inter en la audiencia, la gran flota de Arquitectos que volvían de los lugares inimaginablemente vastos a los que se hubieran retirado.

Era como una baliza…

—Han sido de gran ayuda —dijo con la garganta seca. Luego, por la pura fuerza de la costumbre, añadió—: Estaremos en contacto.

Pero no volvió con Borodin o Stoel para ayudarles a planear la negociación. En su lugar pensó que era el momento de llamar a casa. La jefa Laery no le hizo esperar, lo que sugería que era un día flojo para el espionaje o que también ella estaba preocupada por la misma razón.

—¿Así que el inter se cree su historia? —le preguntó.

—En lo que nos concierne, sí. Quiero decir que los dos sabemos que está quemado, que va dando tumbos. Y que lleva por ahí tanto como el que más, salvo la propia Santa Xav. Pero no se traen ninguna estafa entre manos, eso con certeza. A pesar de cómo terminó el asunto de la *Oumaru*, está totalmente convencido.

—¿Y?

—Y Santa Xav le miró como si le tomara muy en serio.

—La santa despistó hace poco a sus cuidadores —dijo con disgusto—. Pero nuestros datos sugieren que se reunió con el Heraldo. —Giró los ojos—. Nuestros predecesores podrían haber sido menos jodidamente mesiánicos con sus denominaciones. —Cuando él elevó las cejas, la imagen de ella hizo un gesto para cambiar de tema—. Perdóname, hace una eternidad que no duermo en condiciones. Es que Ash ha estado rondando, haciendo sus propias investigaciones sobre este asunto. Nunca me ha gustado ni he confiado en esa criatura. —Ash se había convertido en un apéndice estable del gobierno de las Colonias desde mucho antes de que Laery naciera. Los sucesivos directores de la Casa Ácida nunca habían apreciado las intromisiones del alienígena—. No sabemos cómo sabe lo que sabe —se quejó—. Y no creo en la magia ni en que pueda profetizar el futuro.

—Tampoco nadie creía en el nospacio en su momento —dijo Havaer. De forma improcedente, a juzgar por la expresión de ella—. Jefa, no sé cuál es la verdad, pero no creo que Telemmier mienta, eso es todo. Por poco científico que parezca presentarlo así, mis tripas me dicen que tenemos problemas. —Tragó saliva—. ¿Cuán inadecuado resultaría si pregunto por los protocolos de evacuación de Berlenhof?

Laery le miró con el rostro pétreo.

—Me alegro de que éste sea un canal encriptado al máximo. Porque la realidad es que no pudimos evacuar ni al diez por ciento de la población durante la guerra. Desde entonces esa población se

ha multiplicado por cuatro y nadie tiene ya a mano su mochila y su mapa para llegar al centro de evacuación más próximo. Así que no hablemos de ese tipo de cosas cerca de nadie propenso al pánico, ¿de acuerdo?

Él quiso empezar con un «pero qué pasaría si…», aunque ella ya le había dicho lo que pasaría si. En resumen, no había un plan, no más de lo que lo hubo con la Tierra. Y al igual que con el aviso de Ash sobre la Tierra, nadie iba a desmantelar el corazón de la Esfera Colonial sólo por un profeta loco. Salvo que…

—Dijo que Berlenhof era una baliza.

—¿Telemmier?

—Dijo que podía verla a través del nospacio.

—¿Y nadie más se ha dado cuenta?

—No hay muchos inters. Y no queda casi ninguno que estuviera en aquella batalla final. Puede que sea como las luces de las ciudades que ocultan las de las estrellas: necesitas salir al campo, lejos, antes de verlas con claridad. O alguna otra maldita cosa. —Havaer hizo una mueca—. Tengo un mal presentimiento, jefa. —Y ella asintió a modo de confirmación.

Se durmió, o lo intentó. Las parteni habían dejado todo un dormitorio de estudiantes para el equipo negociador del Hum. Había cuarenta camas y unos pocos ocupantes, pero la escasa decoración propia del diseño parteni le quitaba cualquier sensación de lujo. «Espartano» sería el término apropiado, a todos los niveles. Havaer pensó sombríamente que se suponía que las Colonias eran las pobres, pero los lugares coloniales nunca eran tan sencillos. Si eras rico lo demostrabas poseyendo cosas que la gente pudiera ver. Si eras pobre, todo estaba parcheado, o era de fabricación casera.

Al ser más alto que la parteni media, terminó por tumbarse encogido en una posición extraña, de forma que algo oculto en un lado bajo el colchón de plástico se le clavaba en un costado. Resultó ser una tarjeta de mediotipos, sólo un almacén de datos del tamaño de un pulgar. Lo abrió con esperanzas de descubrir secretos parteni, sólo para descubrir que estaba lleno de episodios de algún mediotipo. Era un drama, animado y en prosa, sobre una chica de las Colonias en la guerra. Vivía en una nave y aprendía a ser piloto. Pero sobre todo discutía con rivales y sentía deseos no correspondidos por compañeros de ambos sexos. Quizá fuera la cosa

menos históricamente precisa que Havaer había visto en su vida. Pero terminó viéndola sus buenas tres horas, sintiendo una extraña conexión con la estudiante parteni a la que hubiera invadido su intimidad por descubrir aquel alijo de dramas pseudocoloniales. Entonces escuchó las alarmas: los comunicadores de alerta se encendían como fuegos artificiales, y supo qué había pasado.

«¿Arquitectos sobre Berlenhof?». No se habría sorprendido en absoluto, pero lo que había ocurrido realmente era que habían llegado las primeras naves de Lux Lejana.

¿Lux Lejana?

Las pequeñas paqueteras habían salido las primeras del sistema, trayendo peticiones urgentes de acomodo para refugiados. Y había muchas más naves en camino: cada nave que la colonia minera pudo enviar al espacio, y varias que no deberían haberlo intentado siquiera. Y Lux Lejana tenía bastante población en ese momento.

El Arquitecto había salido del nospacio en el sistema de Lux Lejana y empezó a acercarse al indefenso planeta colonial. La gente se había subido a cualquier nave que encontró. Muchos más se quedaron atrás y pudieron ver cómo se acercaba la enorme luna de cristal y ser testigos del fin.

Pero ¿por qué Lux Lejana? A pesar de los avisos de Telemmier sobre Berlenhof como una baliza, el que había entrado en la historia era un planeta remoto. Insignificante salvo por una cosa: fue donde se alcanzó la paz, donde los intermediarios humanos habían llegado hasta la mente de los dioses destructores del universo. Tres intermediarios… e Idris Telemmier fue uno de ellos.

Idris

Habían repartido a los intermediarios por todas partes después de Berlenhof para intentar proteger toda la Esfera Colonial. La batalla había demostrado al menos que los intermediarios podían afectar a los movimientos de los Arquitectos. Incluso nada más que retrasar un ataque podía suponer miles de evacuados más. Y el Programa de Intermediarios no paraba de lanzar ideas, pensar estrategias, buscar nuevos enfoques… Santa Xavienne, sus inters y los investigadores del programa estaban en el comienzo de la creación de una nueva

ciencia compuesta de retales, a partir de suposiciones y conjeturas. Xavienne incluso mencionaba lo impensable: establecer contacto con el enemigo. Idris no tenía idea de si era una iniciativa colonial o algo por su cuenta. No es que nadie pudiera supervisarla. Y sus inters harían cualquier cosa por ella. Después de todo, habían nacido del dolor y la locura, con ella como su comadrona.

E Idris había ido a Lux Lejana junto a Olumu Garrison y Tess Mangolin. Y su capitana parteni se había irritado un poco por dejar a esos tres coloniales turnarse en la silla de piloto, llevando a su nave de aquí para allá por toda la Esfera Colonial. Bueno, formaba parte del temor supersticioso que la gente sentía entonces hacia los inters.

Una cosa que había pedido Xavienne fue un sistema de aviso temprano. Los inters percibían la próxima llegada de un Arquitecto. Idris lo recordaba de Berlenhof. Creía que podía avisar de adonde iban a llegar, como otros muchos inters, aunque la tasa de aciertos de sus predicciones era demasiado baja para ser útil. Con todo, sus instintos les llevaron a los tres a la pequeña colonia minera en el transporte rápido parteni *Yennenga*. La encontraron en paz, ocupada en sus cosas. Idris medio sintió que la aparición de la *Yennenga* en sus cielos debería haber sido como la de un cometa en la antigüedad, caos, pánico y portentos que apuntaran al fin de los tiempos.

Y los inters habían transmitido su aviso, pero los asustados coloniales se enfadaron por la falsa alarma. Machacaron a esos inters alarmistas en los medios, porque, ¿qué se suponía que tendrían que hacer? ¿Empacar y marcharse porque tres locos les dijeran que era el fin del mundo?

Luego los tres inters cayeron en un mortal silencio, tambaleándose como si fallaran los dispositivos antigravedad. El Arquitecto hizo su aparición en el sistema dos minutos después. Salió del nospacio, se recompuso y se dirigió al planeta con su millón de espinas serradas apuntando al objetivo.

Olumu era un hombre pequeño, moreno, mayor que Idris entonces. Moriría dos años después, en el espacio, como debería hacerlo cualquier espacial, cuando el carguero que pilotaba sufrió un fallo catastrófico de los sistemas en el preciso momento en que abría un camino al nospacio. Tess era una mujer angulosa, con la

delgadez propia de haber pasado privaciones, la mitad de la cara cubierta por una máscara de plástico porque no pudo conseguir una cirugía reconstructiva hasta después de la guerra. Los inters eran demasiado valiosos como para darles una baja prolongada. Se uniría al Cuerpo Cartográfico y así desaparecería de la historia colonial. Desvanecida en el nospacio, en busca de nuevos pasajes y sistemas; partió con rumbo desconocido para no volver.

Pero sobrevivirían a aquel día, para morir más tarde. Los tres sobrevivirían, como todos los que iban a bordo de la *Yennenga*, y la población de Lux Lejana al completo. Porque ése fue el día en que terminó la guerra.

No había una flota reunida en Lux Lejana ese día, ninguna estrategia valerosa para ganar tiempo para una evacuación. Todo el mundo en el planeta simplemente echó a correr a las naves, a las pistas de aterrizaje. El personal de los orbitales ya estaba recogiendo, a excepción de la estructura mínima necesaria que debía seguir en sus puestos para coordinar la huida desde la superficie. Idris pensó en ellos mientras la *Yennenga* avanzaba, una mota solitaria contra la inmensidad que descendía sobre el planeta. Burócratas, buscadores de datos, planificadores y contables: gente que daba su vida por salvar unas pocas familias más de mineros y obreros de fábricas.

Entumecido, se sentía entumecido en ese momento. Había vivido en el holocausto de esa guerra a lo largo de toda su vida. Y no podía recordar un solo momento de seguridad: siempre existía el peligro de los Arquitectos, eliminando a la humanidad de la galaxia al ritmo de un planeta cada vez. Había pasado la mayor parte de su infancia en un rincón abarrotado de alguna nave, una tras otra, tras haber perdido a su familia mucho antes. Puede que estuvieran muertos, o nada más que dispersos después de tantas derrotas y tanta tensión. Luego, cuando tuvo edad suficiente, entró en el servicio activo. ¿Qué alternativa tenía? La guerra no hacía excepciones con los civiles, así que, ¿qué más daba? También se apuntó tan pronto como supo del nuevo Programa de Intermediarios. Le eligieron debido a algún criterio arcano que jamás entendió. Rehicieron su cabeza para convertirle en algo más, algo no del todo humano. Luego le mandaron a la guerra. Estuvo en Berlenhof. Tocó la mente del enemigo.

Así que lo que quería era guerra. Los tres eran puntas de lanza vivientes, e iban a clavarse en el cerebro del Arquitecto que se acercaba. ¿Qué más tenían? Nadie pensaba que fueran a ganar, no de nuevo. Quizá la humanidad terminaría en una existencia nómada como la de los naeromathi, arrastrándose de sistema en sistema, deshaciendo mundos para construir naves y poder arrastrarse otro poco. O quizá desaparecieran, como la especie del Heraldo, Ash. Sin duda habría muchas más razas que nunca llegarían a conocer, después de haber sido completa y exhaustivamente eliminadas del universo.

La capitana parteni sabía que estaban flirteando con la muerte. Pero no dudó. Idris y los demás querían ir directamente hacia las fauces del Arquitecto, y allí se dirigieron. Eran una diminuta mota de polvo contra el paisaje irregular que se preparaba para convertir Lux Lejana en otra escultura estéril.

Idris se imaginaba su propia mente como un origami, pequeño, tan pequeño. Toda su complejidad plegada en un punto, para que pudiera sumergirse a fondo en la vastedad del Arquitecto. Habían aprendido que toda esa enormidad era la mente del Arquitecto, a la vez que su sustancia. Podía sentir a Olumu y Tess en los mismos preparativos. No podían coordinarse, no del todo, pero golpearon casi a la vez. Sus mentes recorrieron el borde exterior de la del enemigo, buscando una vía de entrada, cada vez más y más pequeñas… hasta que pudieron filtrar sus consciencias en el radiante laberinto del ser. Luego pudieron deambular por los vericuetos de su pensamiento, buscando algo que romper, algo que desgarrar.

Las voces de la tripulación parteni seguían en sus oídos, informando y recibiendo órdenes. Cada pequeña variación en el Arquitecto se medía y transmitía al planeta. Para que los datos pudieran viajar con los refugiados y llegar al Programa. Porque siempre quedaba otra batalla que preparar, otra lección que aprender. Nadie sabía que ésa sería el fin.

Idris impactó. Su mente era una saeta, lanzada a la máxima velocidad posible contra el enemigo. Buscó tejido vulnerable, abrumado por el puro tamaño. Era como intentar apuñalar a un hombre con una aguja de un átomo de grosor. Se aferró. Gritó en los recovecos de su cerebro, usó sus puños contra las paredes de su

mente, y aun así no conseguía hacerse notar. Percibía una intrusión, pero no comprendía lo que era. Una turbulencia, interferencias, estática. Un mal sueño. Pero nada que reconociera de una forma significativa. El Arquitecto apenas tembló ligeramente mientras los tres intermediarios buscaban romperlo, y simplemente lo ignoró. Luego la *Yennenga* retrocedió mientras la pesadilla aceleraba hacia Lux Lejana. Había escogido el único mundo habitado del sistema, como siempre hacían los Arquitectos. Porque debían producir su arte, y su arte suponía muertes.

Ningún Arquitecto había deformado un mundo deshabitado en una de sus esculturas de tamaño planetario. Idris sabía que entendían que acababan con vidas, y les odiaba por eso. En ese momento algo en su interior se rompió y se volvió a hacer grande, dentro de su mente. Desplegó el cuidadoso origami, destrozó ese punto original, empujó contra todos los muros a la vez, dentro de su mente, dentro de su mente… y se abrió paso.

Estaba gritando sobre el puente de la *Yennenga*, tirado en el suelo, con la capitana pidiendo una médico. Se había quedado rígido, los músculos tan tensos como huesos, lo que le produjo un dolor que se prolongaría hasta un mes largo después. La cara de Idris estaba cubierta de lágrimas que surgían de sus ojos pese a mantenerlos cerrados con fuerza, le salía sangre de la nariz, saliva por la boca totalmente apretada.

E Idris estaba a la vez allí. Con eso. Todo ese laberinto de complejidad que albergaba el interior del Arquitecto se concentró, en ese instante, en una única consciencia. Era una entidad con el poder de rehacer mundos, y llamó su atención. No como una mota de polvo en el ojo, no como una chinita en su zapato o una espina clavada en un dedo. Le reconoció como una mente, de igual forma que tenía su propia mente. Él era algo, por minúsculo que fuera, que la cosa percibió como real.

Él había rugido: de odio, de rabia, de terror. Había accedido a la mente del Arquitecto en una llamarada de emociones negativas, sin saber de esa cosa nada más que era un ejecutor de mundos. Y ahora había vislumbrado la verdad. Entendió que hasta ese momento ningún humano —quizá ningún habitante de cualquiera de los planetas que había aniquilado a lo largo de sus milenios de vida— había existido para el Arquitecto. Y a su espalda, la de los dos,

estaba el mundo de Lux Lejana. E Idris pudo ver a través de los sentidos del ser que ese planeta estaba alterado por un tipo de podredumbre, una decadencia desfiguradora, que el Arquitecto necesitaba limpiar. Esa podredumbre era el pensamiento, la reunión de las mentes de toda la gente que vivía allí. Ejercían una presión en el tejido del espacio que el Arquitecto, por razones que Idris nunca comprendería, necesitaba aliviar.

Por un tiempo inconmensurable el Arquitecto y él se enfrentaron. Él tuvo una muestra de la inmensidad de su mente y el ser utilizó una lente de aumentos para estudiarle, como haría un humano con un microbio. Una cosa tan pequeña que bien podría no estar allí en absoluto. Idris ya no sentía furia, llegado a ese punto. No quedaba nada del fuego al rojo vivo que le había llevado hasta allí. Esas emociones se marchitaron y murieron bajo ese escrutinio semidivino. Qué estúpido había sido enfadarse por la muerte de tantos microbios, el exterminio de algo casi invisible.

A pesar de todo, ahora el ser le vio y le entendió. Quizá consiguió desplegar por completo la hoja de la mente de Idris, planchando las irregularidades de su cerebro hasta dejarlo tan extendido y tan delgado que finalmente le resultaba visible. Su pasado y su presente y todas las complejidades de su ser, expuestas para un estudio como nunca se hiciera antes… Y, a pesar de todo, la cosa más insignificante que el Arquitecto hubiera reconocido jamás como una entidad con existencia propia.

Idris había dejado de gritar. Miró ciegamente al techo del puente de la *Yennenga*, mientras las médicos reanimaban su corazón y usaban máquinas para mantener sus pulmones en marcha.

Hubo un momento que reconoció como de arrepentimiento. Nunca estuvo seguro de si había reconocido el que podía sentir el ser por todo lo que había hecho su especie. O si era algún tipo de respuesta perversa, personal, a la marcha de los Arquitectos, ahora que no seguirían con su tarea. Porque comprendió que no lo harían, se había terminado. Al menos por ahora, y quién puede saber lo que «ahora» significa para seres de esa magnitud. Quizá se irían y pensarían sobre lo que habían hecho durante cien millones de años antes de volver y seguir donde lo dejaron. Quizá esperarían hasta que los soles se apagaran y el universo se enfriase.

El Arquitecto había caído al nospacio para no volver. Y fue la

última vez que alguien vio a alguno. Fue el último día de la guerra, aunque pasaron meses antes de que nadie lo sugiriera.

Décadas más tarde, en aislamiento diplomático a bordo de la *Dios Buitre*, Idris escuchó las noticias sobre Lux Lejana y sintió como si alguien le sacara las tripas. «Fue todo para nada», pensó, pero no era cierto, por supuesto. La humanidad se había dado cincuenta años para consolidarse y crecer; hubo gente que habría muerto y vivió durante décadas. Fue un logro de Idris, y de Tess y Olumu, aunque él era el único superviviente. Había terminado la guerra allí, en Lux Lejana, y después intentó convertirse en alguien irrelevante. Sólo Idris Telemmier a bordo de una serie de naves ruinosas en los límites de la Esfera Colonial. Ya había aportado su parte a la historia de su especie.

Y ahora había secciones de la administración del Hum en Berlenhof de las que estaban apartando bolas de naftalina puestas allí décadas atrás. El siguiente envío de naves procedentes de Lux Lejana sería una ola de refugiados. Todo el mundo se apresuraba a organizar campamentos, cocinas, albergues, suministros médicos. Y, a la vez, se ponían en marcha mecanismos menos respetables.

—Ahí está Sathiel, el muy cabrón —dijo Olli, apuntando a la pantalla con un dedo. Se encontraban todos arrebujados en el puente de mando, donde la *Buitre* mostraba una sucesión de noticias—. Podríamos haberlo apostado.

Vieron el benevolente rostro del hierograve, con su barba blanca. Era como si no tuviera nada que ver con el mayor intento de falsificación de los últimos años. En su lugar, hablaba animadamente sobre la protección que los essiel estarían encantados de proporcionar, a cambio de un coste mínimo. Idris esperaba que el entrevistador mencionara a la *Oumaru*, pero por algún motivo no lo hizo. De repente, la secta había pasado de ser un grupo de payasos disfrazados a los mejores amigos de todos, alguien a quien se podría llamar para pedirle un favor urgente en cualquier momento.

Dos naves de guerra coloniales habían llegado a Berlenhof con la aparente misión de defenderla de cualquier incursión de un Arquitecto. Idris sabía perfectamente que las habrían destinado allí antes de que saltaran las noticias, y que estaban como contrapeso a la presencia parteni.

—Quieren las reliquias, por supuesto —anunciaron Trine con tristeza, dando por perdida la oportunidad de haber trabajado en ellas—. Que están aquí, en esta misma nave, sólo a unos cientos de metros. Y de repente tienen un interés mucho más que académico para las autoridades de Berlenhof.

—¿Qué podrían hacer? —le preguntó Olli—. ¿Simplemente bajarlas y hacer que el planeta quede a prueba de Arquitectos?

—Me apostaría con gusto mi estatus de embajador a que el Hum está investigando cada detalle de su proceso, mi vieja camarada en las adversidades —admitieron Trine—. Y puede que el objetivo no sea nada más relevante que simplemente bajarlas. Todos somos conscientes de que a la Hegemonía le gustan los rituales por sí mismos.

—Pero el Hum no tiene las reliquias —señaló Kris.

—No —reconocieron Trine—, pero… ¡qué coincidencia! De repente tienen aquí naves de combate. Qué afortunada casualidad.

—No pueden ponerse a disparar y ya está. ¿Cómo acabaría eso? —preguntó Kris.

—Creen que pueden amenazamos y cederemos —dijo Solaz con voz sorda—. Pero no será así. No es así como nos comportamos. Además, las mejores naves coloniales no pueden superar a nuestras mejores naves. No pueden detenernos si simplemente nos marchamos.

—¿Por qué no lo habéis hecho, entonces? —la azuzó Olli—. Salir por patas y ya está. Todo será más sencillo para vosotras si Berlenhof cae, ¿no?

Solaz la miró.

—Esperanza.

—¿Cuál de vosotras es Esperanza? —preguntó la especialista sin entender.

—No, me refiero a… la idea de esperanza. —Solaz frunció el ceño—. Mi gente confía en no tener que escaparse. Esperan que haya una solución diplomática. Y…

—¿Y qué? ¿Volveréis a ser nuestras ángeles guerreras otra vez, os interpondréis en el camino de los Arquitectos cuando lleguen?

—Sí. —Solaz pestañeó a gran velocidad—. Sí, Olli, exactamente.

Idris se preguntó qué porción de esa esperanza de la que alardeaba era suya, si su gente seguía siendo esas heroínas que

recordaba. Había estado en suspensión mucho tiempo y el universo había cambiado.

—Las Ángeles del Puñetazo en la Cara —dijo él con tristeza, pero acabó mostrando una sonrisa. Dios sabía que necesitaban algo que les levantara el ánimo. Solaz le examinó, buscando algún tono de burla, y no encontró ninguno.

—Consulta: ¿arreglos logísticos de la tripulación ante el repentino fracaso de la diplomacia? —intervino Kittering. Había estado acostado en una esquina, examinando su pantalla trasera, que en ese momento estaba descompuesta sobre el suelo en varias piezas.

—Bien visto. Imagino que tu gente no tendrá tiempo de simplemente dejarnos, si deciden volver a casa —incidió Kris.

—Bueno. —Solaz se movió con torpeza—. Ellas me pidieron… ¿Os importaría venir con nosotras? A ver, en guerra o en paz, con diplomacia o no, se supone que debo preguntar.

—Y si decimos que no, entonces nos dejarán irnos, claro —comentó Olli, con obvio sarcasmo—. Puede que nos den una cestita de provisiones, los caramelitos de menta de cortesía, ese tipo de cosas.

—Nosotras, ellas… Nosotras os contrataríamos en los términos correctos. Por los servicios de la *Dios Buitre* y su tripulación.

—Mientras que esa tripulación incluya a Idris —terminó Kris.

—¿Por qué no llevároslo a él y ya está? —dijo de repente Olli—. Quiero decir, podríais. Tenéis la *Buitre* dentro de vuestra nave. Hasta nosotros pusimos patas arriba este sitio cuando nos hizo falta. Y vosotras tenéis todas las supermarines del universo, al otro lado de una compuerta. ¿Por qué tantos miramientos?

—No queremos… Es un paso que no podríamos deshacer, y, ¿de qué nos servís cualquiera de vosotros bajo coacción? ¿Habéis pensado de verdad lo que supone obligar a un inter a hacer algo? El Hum puede usar todos los contratos del mundo, pero no me negaréis que el Comité de Enlace también invierte fortunas en psicocondicionamiento. Puede que incluso tengan algún tipo de cortotocircuitadores esclavistas, incluso implantes asesinos para mantenerles enganchados. Porque son como esos pájaros que tienen en Magda, ésos caros de caza. La clave es que hay que dejarles volar para que sirvan, pero si vuelan pueden escaparse. Pero es que no

queremos, además. Y yo no quiero. Al menos considerad un contrato… Viruta, halma, bienes en especie, lo que os convenga. La mayoría de las tripulaciones espaciales se estarían dando de tortas por una oferta así. ¿Tan malo es que la oferta sea nuestra?

Olli abrió la boca para dar una réplica inmediata, pero luego la cerró y miró a sus compañeros.

—Joder —dijo al fin—. Odio tener que admitirlo, pero no es mal argumento.

—Creo que le corresponde a Idris el decidir —observó Kris—. Quiero decir… yo estoy a favor. Bueno, siempre quise ver el Partenón. ¿Pero Idris…?

Estaba callado. Sus voces le resultaban muy lejanas. Se agarraba al borde del tablero del piloto, para evitar caer al pozo inmenso que estaba sintiendo formarse. El torrente de mediotipos ya no era más que estática.

De nuevo su nombre, pronunciado por Kris, luego por Solaz. Más tarde Olli levantó una pierna del andador para darle un toquecito con la punta. El tintineo y los ruiditos de Kit recomponiendo su pantalla, tapando las grietas. La cara fantasmagórica de Trine con su beatitud sin significado. Todo tan lejano.

Fuera de la nave, la curva del espacio cayó en un vacío, arrastrada por el peso plomizo de la nada. Gravedad sin masa, porque su causa se encontraba del otro lado de la membrana. En el nospacio. Supo que Santa Xavienne sentiría exactamente lo mismo, dondequiera que estuviera. Y allí donde el Comité de Enlace mantuviera su labor, sus reclutas inters estarían agarrándose la cabeza, gimiendo, despertándose entre pesadillas… porque ninguno de esos pobres cabrones entendería lo que sentían. No había ocurrido antes a lo largo de su vida. No eran veteranos, como él o Xavienne.

—Ha venido —dijo a la tripulación—. Ya está aquí.

28

Solaz

Sus hermanas dejaron que Solaz se quedara con la tripulación de la *Buitre* en la apresurada reunión que se produjo después. Era una ficción, obviamente. Solaz era una ejecutora mirmidón del Partenón, no una espacial libre. Pero sentía una fiera lealtad hacia la tripulación, y no tenía por qué entrar en conflicto con la devoción vital por sus hermanas justo en ese momento.

La sala de reuniones estaba claramente más ocupada que en la anterior ocasión. El culto hegemónico tenía un asiento en la mesa, lo que no satisfacía a nadie. Sathiel, vestido con toda su pompa, era el único que sonreía en toda la sala. Y a Solaz le habría gustado hacer valer el nombre de su sororidad y estamparle un buen puñetazo en los dientes.

—Obviamente —decía el hierograve—, los divinos essiel están muy por encima de mí. —Su modestia era tan superficial que hubiera podido representarse en dos dimensiones—. Sus deseos se transmiten a través de vehículos tan humildes como yo mismo, pero de manera limitada. Sin embargo, su misericordia y gracia son ilimitadas. Estoy seguro de que extenderían su protectora benevolencia a los mundos coloniales… si el Consejo jurara sumisión incondicional a la Hegemonía. ¿Puede que una barcaza diplomática llegara incluso a tiempo de consagrar Berlenhof? El Arquitecto, aunque ya ha aparecido dentro del sistema, parece estar rindiendo respetos al lugar que fue tumba de uno de los suyos antes de iniciar su aproximación. Puede que aún tengamos tiempo.

Nada de aquello le gustó a Borodin ni a Tacto. Pero el simple hecho de que Sathiel estuviera allí ya resultaba elocuente. «Si todo

lo demás falla…».

—Y entonces… ¿qué pasaría si se quedan lo que tengan contra los Arquitectos y luego dicen «je, je, sólo bromeábamos» cuando los essiel quieran recaudar impuestos? —murmuró Olli.

—Si doblan la rodilla —le respondieron Trine—, los essiel les considerarán como parte de la Hegemonía, oh mi nueva pupila diplomática. Es notoriamente sabido que la Hegemonía tiene poca disposición para usar su prodigiosa potencia tecnológica contra potencias extranjeras. Los conflictos internos son asunto distinto.

—Con todo el debido respeto —replicó con dureza Borodin—, ya nos deshicimos de los Arquitectos en otra ocasión. Un equipo de intermediarios está en marcha.

Solaz notó que Idris la miraba. Su expresión era indescifrable, pero pensó que le entendía, complicidad entre veteranos.

—Sin embargo, el Consejo no quisiera depender por completo de sus propios esfuerzos —siguió Borodin—. El Hum requiere en consecuencia que el Partenón entregue las reliquias originarias, para que puedan ser transportadas e instaladas en el planeta.

—Si usted cree que esos preciosos objetos pueden simplemente… —empezó Sathiel, pero Borodin le interrumpió con un gesto brusco.

—Nos arriesgaremos, hierograve. Lo hemos estudiado. Sabemos que no podemos replicar la capacidad de sus señores de transportar esas cosas. Pero ahora que están en nuestras manos, creemos poder usarlas.

—Pero no están en sus manos —replicó simplemente la monitora superior Tacto.

El gesto de Borodin se endureció.

—No voy a mentir, me preguntaba si llegaríamos hasta este punto —dijo con cansancio. Solaz había considerado al hombre como una comadreja profesional, pero en ese momento su lamento le pareció genuino—. Sin embargo, déjeme que presente al menos la petición de mi gobierno. Les pido, les imploro, que nos den las reliquias para que podamos proteger Berlenhof contra el Arquitecto. El que está ahí fuera, ahora mismo.

El rostro de Tacto se mantuvo impasible, su expresión no revelaba nada.

—No —dijo, y el corazón de Solaz se congeló. «Así que llegamos

al fin hasta aquí. Cuando nos convertimos en lo que temían». Pudo sentir la mirada de los demás sobre ella: Olli, Kris, incluso Kittering. Era como si fuera su chivo expiatorio, el Partenón en miniatura. Quiso decir algo. Quiso desafiar a su oficial superior, allí mismo. Pero era una buena soldado, así que se quedó quieta, sin decir nada.

Borodin asintió, casi igual de inexpresivo.

—Monitora Tacto, sabe que nuestras naves de guerra *Blake* y *Perihelio* están en el sistema. No podemos permitirnos una batalla entre el Hum y el Partenón encima de Berlenhof. Desde luego no mientras esté aquí el Arquitecto; nos arriesgaríamos a destruir las reliquias. Y, seamos sinceros, si intentamos incapacitar sus naves antes de que puedan irse, nos llevaríamos más golpes de los que llegáramos a dar. Los dos lo sabemos. ¿No sería un magnífico espectáculo para el Arquitecto antes de acabar con nosotros? Humanos combatiendo contra humanos, como gladiadores, para su diversión.

»Pero… Hay más de cien millones de personas en Berlenhof, monitora. Por favor, piense en esa cifra, permita que cale. Ahora mismo, sólo podríamos salvar en torno al cero coma nueve por ciento de la población. ¿Y sabe algo? No es culpa suya, no es su deber, y no es su gente. Pero si nos deja ahora, llevándose los medios para salvarnos, será responsable y la historia lo recordará. Las Colonias lo recordarán, lo mismo que cualquier otro estado o potencia para la que gestos así tengan algún significado. Estará escribiendo un capítulo terrible en el legado de Sang Sian Parsefer si nos abandona sin más.

Tacto asintió.

—Y, a pesar de eso, no renunciaremos a las reliquias.

Borodin dejó escapar un prolongado suspiro para absorber aquello, y se disponía a hablar cuando Tacto alzó una mano para detenerle.

—El poseer reliquias móviles y operativas nos proporciona una oportunidad, *menheer* Borodin. El Partenón radica en naves, sin mundos que proteger. Y ahora tenemos una nave a cubierto de los Arquitectos. Puede que esta situación no se repita.

—*Menheer* Borodin —interrumpió Sathiel—. Escúcheme, por favor. Hay otras reliquias que pueden traerse…

—Cállese —le dijo Borodin, casi sin atenderle. No apartó en

ningún momento la mirada de Tacto—. Monitora, hay un Arquitecto aquí, ahora. ¿Me está diciendo que, ante la posibilidad de un futuro encuentro, va a abandonar a millones de personas?

—No —respondió Tacto—. Sin embargo, me llevaré a su equipo de intermediarios, a todos. Los pondré a bordo de mi nave e iré contra el Arquitecto, armada tanto con una espada como con un escudo. —Y entonces un leve rastro de emoción limó los rasgos severos de su rostro—. Pelearemos, *menheer* Borodin. Llevaremos a los intermediarios a la batalla, como hicimos antes. No abandonaremos a nuestras her… nuestros parientes humanos. Puede que el Hum haya olvidado lo que es ser una parteni, pero nosotras no.

Solaz escuchó un silbido de dolor, y se dio cuenta de que había apretado tanto el hombro de Idris que él se retorcía para escapar de su agarrón. Quería dar alaridos, saltar en el aire y celebrar. Quería correr hacia Tacto y abrazar a la mujer. Era una buena soldado y no hizo nada de eso, pero una gran ola de alegría recorrió su cuerpo de todas formas.

El rostro de Borodin siguió impasible, porque era un diplomático.

—No tengo la autoridad necesaria para enviar a nuestro equipo de intermediarios a su nave. Todavía se supone que debo repatriar a Telemmier —dijo con voz ronca—. Sin embargo, puedo anticiparme a mis órdenes, una vez transmita su oferta. Al fin y al cabo, tampoco me parece que tengamos muchas alternativas.

—Correcto, *menheer* —asintió Tacto. Luego, Idris se adelantó.

—Iré. —Tuvo que decirlo dos veces, porque los micrófonos estaban apagados la primera. Luego todo el mundo se le quedó mirando. Él retrocedió, entrecerrando los ojos como si la atención de los demás le resultara una luz demasiado brillante—. Iré. Ya lo hice antes. No tienen tiempo de conseguir a nadie más. Sólo yo.

Tacto le miró como si intentara determinar si las décadas transcurridas sin envejecerle le habían madurado como un buen vino o le habían convertido en vinagre.

—Apreciamos su oferta, *menheer* Telemmier. —Y luego añadió —. Ejecutora mirmidón Solaz, está a su cargo.

«Como en los viejos tiempos».

—Creo que iremos a Borutheda —dijo Olli, mientras Idris

miraba a su lado. Estaba en la cubierta junto a la escotilla, reconstruyendo el brazo del escorpión—. Ya sabes —siguió sin mirar a Idris—, cuando no vuelvas y todo eso. Me parece que los astilleros de Borutheda estarán ocupados de la hostia de ahora en adelante, y la *Buitre* sirve como remolcador. No haremos más trabajo en el vacío profundo después de esto, no sin un navegante adecuado.

Idris sólo seguía allí, dejándola hablar, con los hombros hundidos.

—Admito que me alegraré. La verdad, había demasiada gente en la nave. Y tú eres un rarito, Idris. Difícil de tratar, ya me entiendes. ¿O no?

—Siempre me toca sacarte de líos —aportó Kris—. Das más problemas de lo que vales. Durante este tiempo podría haber ganado dinero en un buen despacho, con clientes implorando mi ayuda.

—Individuo de motivaciones incomprensibles —añadió Kittering —. Ni siquiera buenas manos.

—Tú lo has dicho, Kit —asintió Olli—. Quiero decir, fuiste un perrito decente, de los que se saben un solo truco. Pero das más problemas de lo que vales. Mira en qué lío nos has metido. Vete con tu novia parteni, ¿por qué no?

Solaz abrió la boca para replicar a eso, pero se calló ante una leve mirada de Olli. Esto era entre ellos. Y aunque Solaz sabía que sus pullas no eran serias, empezaba a comprender poco a poco el verdadero contexto. Era el funeral de la tripulación por Idris, el mismo ceremonial que habían dedicado a Barney y Medvig, y luego a Rollo. La forma colonial de procesar el duelo.

—Volveré —les dijo Idris, con voz muy suave.

—Como si te necesitáramos —repuso Olli, pero Solaz percibió el temblor en su voz—. Tendremos que discutirlo, la tripulación y yo. Tendremos que decidir si queremos readmitirte.

—Lo sé —aceptó Idris con solemnidad.

—Quiero decir… ¡Marcharte con una parteni!

—¡Una transacción sin el menor sentido! —aportó Kit.

—Estaré bien. Volveré. Tengo que…

—Lo sabemos —le interrumpió Kris—. Idris, lo sabemos. —Le puso una mano en el hombro, aferrándole. Le miró a los ojos,

creando esa intimidad que los coloniales podían establecer entre ellos, sin importar cuánta gente hubiera alrededor—. Eres un tipo seriamente estúpido. Te habías salido. Siempre me dijiste cuánto te alegraba haber salido del todo.

—Estúpido, lo sé —aceptó Idris. La abrazó y retrocedió, dejando a Solaz el puesto en la línea de fuego.

Pero Olli estaba ya manejando el escorpión de vuelta a la nave, con un dron recogiendo las herramientas.

—Si dejas que le pase cualquier cosa, iré a por ti —avisó, mirando hacia atrás a la parteni.

—Haré todo lo que pueda —empezó Solaz, y luego cambió de idea—. Sabéis que le cuidaré. Así que cuidad vuestro propio culo, refus. Estará más seguro a mi sombra que en ningún otro lugar.

Olli alzó una ceja.

—Ahora sí has hablado como parte de la tripulación.

Idris

Cuando Idris y Solaz llegaron al puente de la *Espada Celestial*, Trine ya estaban allí. El colmenero habían soldado una estructura improvisada a la cubierta, lo que ofendía de forma patente cualquier tipo de sensibilidad parteni pero parecía normal para un espacial colonial. Entre sus barras, las reliquias originarias flotaban, meciéndose suavemente en un campo invisible.

—¿Las conseguiste mover? —exclamó Solaz, y luego Idris vio cómo miraba con culpabilidad a la ejemplar Esperanza y otras oficiales. El tipo de impulso que se había acostumbrado a seguir a bordo de una nave de espaciales claramente no encajaba con la disciplina militar parteni.

—Oh, bueno, en cuanto a eso… —empezaron Trine, con su habitual engreimiento, antes de mostrar una expresión alicaída—. ¿Puedo duplicar la peculiar onda estacionaria que envuelve estas reliquias, mis camaradas de armas? No puedo. ¿Puedo mantener el campo, una vez presente? En apariencia la respuesta es un contundente sí. Así que regocijémonos, en consecuencia.

—Intermediario Telemmier —le nombró Esperanza, con un colvul poco suelto y de marcado acento—. Es un honor tenerle a

bordo.

Idris la miró atentamente. Entre otras razones, y no la menor, porque llevaba a bordo algún tiempo y nadie se había sentido motivada para decirle nada parecido. Al parecer, su retorno al servicio militar activo, aunque fuera por una vez, había cambiado su estatus a ojos de las parteni.

—Sé que sirvió a bordo de la nave homónima en este mismo sistema —siguió Esperanza—. Le diría que confiamos en una victoria similar, pero preferiría que sufriéramos menos bajas.

—Igualmente, eh, madre. —Ése parecía ser el tratamiento correcto para una oficial parteni, dado el asentimiento con el que lo recibió.

Un trío de otros civiles llegó en ese momento, y a la cabeza iba Santa Xavienne. Idris pestañeó al verla.

—¿En serio? ¿Te van a arriesgar por esto? Dije que lo haría solo.

Los labios de Xavienne se arquearon ligeramente.

—Es sorprendente que aceptaran, con Berlenhof en peligro. Idris… ¿te sientes con fuerzas?

—¿Te sientes con fuerzas tú? —repuso con preocupación, no como una pulla. Ya tenía una edad, parecía muy frágil, y no había estado en el frente durante la guerra. Mientras él había combatido pero no envejecido, como si alguna parte suya siguiera en aquellos años—. ¿Y quiénes son éstos?

Detrás de ella había un hombre y una mujer, ambos con el cabello muy corto. Él era bajo, contrahecho, con las mejillas y el cuero cabelludo surcados por tatuajes. Identificativos de una banda, dedujo Idris. La mujer era más alta, con el rostro demacrado como el de cualquier espacial criado en la escasez. Las feas líneas torcidas de cicatrices quirúrgicas recorrían todo su cráneo. Idris respondió a su propia pregunta.

—Inters, del Comité de Enlace.

—Los más prometedores de la promoción actual —confirmó Xavienne, y con su tono le avisó de que se reservara sus opiniones sobre el Comité. Después de todo, no era culpa de esos inters que hubieran terminado en el Programa, e iba a tenerlos a su lado cuando empezara el combate.

—Davisson Morlay —dijo el hombre, sin ofrecerle la mano y manteniendo una clara distancia con cualquier cosa a su alrededor.

Tenía cierto rastro de algún acento planetario.

—Andecka Tal Mar —se presentó la mujer seguidamente—. He leído mucho sobre usted, *menheer* Telemmier.

—¿Y cómo es eso? —No sabía cómo responder a algo así—. No era consciente de estar… en el temario.

—Antes del Comité —explicó ella—. Estudié Historia.

«Soy historia». No sabía si reír o llorar.

—¿Cómo demonios terminaste en el Programa, Andecka?

—Me presenté voluntaria —respondió. Tras el consecuente silencio asombrado, añadió—: Sabía que esto iba a pasar… Que volverían. Y necesitaríamos más inters.

—Yo… —No supo cómo reaccionar ante su firme certeza. A pesar de que había sentido exactamente lo mismo cuando se incorporó al Programa.

—La ejecutora mirmidón Solaz está asignada como su enlace —les informó la ejemplar Esperanza—. Ahora nos dirigiremos al exterior del sistema para encontrarnos con el Arquitecto, que está avanzando hacia el interior. Nos reuniremos a medio camino, ¿comprenden?

Asintieron: Davisson con aire suspicaz, Andecka irradiando una tensa necesidad de entrar en acción. Hicieron que Idris se sintiera viejo y cansado.

—Ejemplar, si nuestro ataque va a funcionar… —Idris se detuvo.

Miró hacia Xavienne en caso de que ella prefiriera llevar la conversación, luego a la parteni. Le preocupaba que la ejemplar Esperanza le comprendiera, dado su mal colvul. Pero Solaz iba traduciendo y Xavienne le hizo un gesto de que siguiera.

—Si esto va a funcionar —repitió—, necesitaremos manejar a esa cosa con cuidado. Pero no sé si podremos establecer contacto en medio de una batalla en curso. En Lux Lejana estuve a bordo de una nave mucho menor. No había ninguna posibilidad de afrontarlo con las armas convencionales disponibles, así que ni se intentó, simplemente nos dejaron a los inters. —Se encogió un poco ante la severa mirada de Esperanza. Después de todo, era una comandante parteni. Combatir era lo suyo, y ningún colonial escuchimizado le iba a decir lo que tenía que hacer.

Salvo que cuando ella le respondió a Solaz, la traducción fue:

—Lo comprende y seguirá tus indicaciones.

—Perfecto. —Idris tenía la sensación de que algo iba mal, porque la gente estaba haciendo lo que él pedía y eso hacía mucho tiempo que no le pasaba. «¿De verdad? ¿Lo que echaba de menos todo este tiempo era la guerra? No ayuda pensarlo». Se dirigió a sus compañeros intermediarios. Por un momento, la idea de darles algún tipo de arenga, como si fueran soldados, le pareció ridícula. Pero si no lo hacía él, ¿quién, entonces?

—Necesitaré un cuarto —le dijo a Esperanza—. Necesitaremos elaborar un plan. —Se encogió de hombros—. O, al menos, les diré cómo funcionó la otra vez.

Después de eso, los demás consiguieron una magra ración de sueño mientras la *Espada Celestial* seguía su rumbo. Las parteni habían salido de la órbita de Berlenhof a tiempo y el Arquitecto seguía en camino. Quizá se había retrasado para dejar un ramo mental en la cicatriz de su pariente caído. Dejaron que Idris se sentara a solas en el dormitorio que Esperanza le había dado junto a los demás inters. Solaz durmió con ellos, acurrucada en una litera junto a la puerta. Fue la primera en dormirse, con esa envidiable facilidad de los soldados. De los otros, Xavienne parecía tener el mismo don y se quedó inmóvil sobre su espalda, con los brazos cruzados sobre el pecho como una antigua reina. Davisson Morlay tardó un rato en caer, después de agitarse, dar vueltas y murmurar para sí. Y en cuanto a Andecka Tal Mar, la voluntaria… por un momento Idris pensó que era de verdad un espíritu afín, porque sus ojos no se cerraban. Pero cuando movió una mano ante ellos, se dio cuenta de que simplemente dormía así. Se preguntó si había sido siempre de esa forma, o si era el souvenir que Tal Mar se había llevado de su trasformación.

Caminó con cuidado, con los pies desnudos, para mirar a Solaz, y preguntarse sobre ella. Ejercía algún tipo de atracción sobre él, oxidada por el paso del tiempo. Si sus caminos no se hubieran cruzado de nuevo, él no habría vuelto a notar ese anzuelo clavado en su carne. Pero ahora… Habían matado a un Arquitecto juntos. Una vez. Y habían estado unidos algo de tiempo, después, entre la masa de heridos por la guerra.

Era un auténtico lugar de pesadilla, pese a que las autoridades de Berlenhof durante la guerra hicieron cuanto les fue posible. Allí había gente que había sufrido daños en su cuerpo o su mente, e

Idris era uno de los últimos. Se pensaba que la consciencia de los Arquitectos resultaba de alguna forma radiactiva, y que él había recibido una dosis sólo levemente por debajo de lo letal. Luego estaba Solaz con sus propios traumas. Se sanaron mutuamente. No era la primera vez para él, tampoco la de ella… aunque sí la primera con un hombre. Fue incómodo, torpe y lleno de disculpas, y a lo largo de las décadas siguientes, recuperó ese recuerdo de vez en cuando para reconfortarse con él. Pensando: «Al menos tuve eso. Oh, pasó aquello de salvar a un planeta, matar a un dios y acabar una guerra. Pero, sobre todo, estuve entre sus brazos». Como si él fuera un poeta. Como si fuera algo más que una rata espacial aterrada que había acabado por convertirse en intermediario.

Mientras volvía de puntillas a su lugar en el dormitorio, pensó que no tenía ni idea de cómo le veía ella, pero sentía el mismo problema con la mayoría de la gente. Al haber llegado hasta donde fue, o más bien al haberse convertido en lo que era, le resultaba difícil entender al resto de la gente.

Pero se sentía tan contento de que estuviera con él. Volvían a hacer lo mismo. Llegó a descubrir de forma inesperada que sí, se iría con ella si se lo volvía a pedir. Dejar las Colonias, que jodieran al Hum, firmar con el Partenón. Ser el único entre tantas, sólo por ella. Una razón terrible para cometer una traición, la verdad. Era bueno que hubiera esquivado algunas grandes preguntas durante los últimos cincuenta años.

Y llegó el momento en que sonaron las alarmas, con la orden de despertarse para todos. La *Espada Celestial* se convirtió en un ordenado tumulto de taconeo de botas y voces femeninas. Solaz estaba sentada al borde de la litera, totalmente alerta al instante. Le dirigió una sonrisa, leve, suficiente para que mantuviera el valor.

—¿Dará tiempo a comer algo? —preguntó Andecka, mientras Xavienne se estiraba por etapas, con cuidado. Davisson se sentó y se miró las manos con los ojos vacíos.

—Pelearemos —dijo Idris, con una voz que le sonó a él mismo floja y ridícula.

—Al puente, cuanto antes —confirmó Solaz—. *Menheers* y *mesdams*, si son tan amables.

Trine se reunieron con ellos tan pronto entraron, casi zumbando de emoción.

—¡Detecto una nueva modulación en las reliquias! —les anunciaron en voz muy alta, para notable disgusto de Esperanza y su tripulación—. Y los instrumentos de la nave ofrecen lecturas similares del interior del Arquitecto. ¡Están reaccionando recíprocamente!

—Eso es bueno, ¿verdad? —preguntó Idris, dubitativo.

—¡Es algo sin precedentes, mi querido viejo colega! —exclamaron Trine, con su abanico de brazos moviéndose excitados—. Nunca se había observado algo así antes. Sugiere de forma clara que estas reliquias móviles retienen sus propiedades en tránsito. Eso queda garantizado sin duda. Además, ¡estos datos serán de un valor científico incalculable! Ya estoy planeando un simposio.

—Eso es… estupendo. Bien hecho. —Idris ni siquiera sabía qué significaba eso—. Estoy seguro de que esto te irá bien cuando sobrevivamos.

El rostro de Trine brilló hacia él con benevolencia.

—Oh, tengo la sensación de que nuestra supervivencia está garantizada, mi viejo compañero de viajes. Llevamos con nosotros la única defensa conocida contra los Arquitectos, incorporada por primera vez a una nave de guerra. ¿Cómo podría responder exactamente nuestro enemigo?

—Baje un poco el pistón, delegado —le dijo Solaz. Trine dirigieron sus ojos proyectados hacia ella, pero no siguieron hablando y luego miraron a las reliquias. A Idris todavía le parecían chatarra corroída, pero al parecer estaban cumpliendo su labor. Y eso era lo único que importaba.

—¿Ya estás preparado? —le preguntó Esperanza, que luego dirigió una intensa parrafada en parsef a Solaz.

—Ya estamos cerca. En otras circunstancias, a esta distancia, nos arriesgaríamos a atraer la atención del Arquitecto —tradujo Solaz—. Tenemos levantados los escudos gravitacionales, de todas formas, por si Trine se equivoca. Pero hasta ahora se limita a seguir rumbo a Berlenhof. Nos hemos emparejado con su trayectoria. Y estamos listas para que actuéis.

Idris asintió compulsivamente, y Xavienne le dio un apretón en un brazo. Luego se volvió a los inters del Comité y les murmuró algunas palabras de aliento. Los dos parecían pálidos y asustados, e Idris sospechó que su propio aspecto sería similar. Aunque no por

dentro. En su interior se había despertado algo que llevaba hibernando desde la guerra. Enviaba fuego por sus venas, y él odiaba y amaba a la vez esa sensación. Era lo que le convertía en un monstruo y en alguien capaz de terminar una guerra.

Encontró la mirada de Solaz y vio lo mismo en ella, el lobo bajo la piel de cordero. «Los viejos tiempos». Ella le sonrió. Eso también fue algo de los viejos tiempos, y le hizo bien.

—El equipo médico estará preparado —les dijo Esperanza, porque en Lux Lejana él casi se mató a sí mismo, sólo como efecto colateral de su tarea. Ahora mismo se sentía invulnerable. Su pensamiento navegaba entre recuerdos: Berlenhof y Lux; el dolor del Programa de Intermediarios; todo el hambre, los años terribles de crecer con una guerra en marcha.

Dejó que su mente saliera, que el lobo se escurriera por la puerta de la jaula después de todos esos años de cautividad. Ahí fuera, más allá del cascarón de la *Espada Celestial*, se encontraba el rostro vasto y rugoso del Arquitecto. Y él volvió a encogerse, una daga, un dardo, una aguja. Plegó su mente hasta que pudo lanzar su consciencia a través de la curva gravitatoria, en dirección a la inmensidad. Recordaba haberlo hecho lleno de odio en Berlenhof, mientras el ser aniquilaba a la armada a su alrededor. Recordó Lux Lejana, donde lo había hecho con esperanza, y se había encontrado con el enemigo en su propio terreno.

«Dijisteis que os alejarías para siempre». No era cierto y le estaba antropomorfizando, pero aun así. «¿Por qué estáis aquí ahora?». En su desconcertada frustración rebotó contra la cosa, sobre la complejidad cristalina de su arquitectura interna. Luego volvió al puente de la *Espada Celestial*, con la cabeza trastornada y sangre saliéndole por las orejas.

Se arriesgó a dirigir una mirada a sus compañeros. Davisson tenía sangre manándole de la nariz. Los puños de Andecka estaban apretados delante de su cara, con las mejillas húmedas por las lágrimas. Xavienne estaba tiesa como un palo, con la cabeza caída hacia atrás y el rostro arrugado inexpresivo.

«Otra vez…».

Volvió a caer en el espacio, en la deformación entre el nospacio y lo real donde residía la consciencia del Arquitecto. Esta vez entró de inmediato en esa vasta complejidad, en la mente grande como

una luna… Revoloteaba como una polilla, golpeteando en las superficies especulares que conformaban su sustancia. Y en algún lugar había una ventana a la parte pensante del Arquitecto, la que sabía por qué hacía lo que hacía, la cosa que convertía naves y planetas en arte, asesinando a miles de millones. Y su especie no lo había sabido, ni le había importado, hasta que se encontró a Idris Telemmier en Lux Lejana.

«¿Por qué ahora? ¿Por qué volver?». ¿Habrían estado ocupados exterminando a otras especies mientras pasaban dos fugaces generaciones humanas? ¿Habían optado por aplazar la ejecución e Idris no había comprendido el veredicto? No era lo que le parecía.

«¿Qué ha cambiado?». Se lanzó de cabeza al laberinto de su mente. Buscaba al monstruo que se escondía en el núcleo… para poder exigirle respuestas, pedir reconocimiento y un futuro para su especie. Sintió a los otros, como si tropezara con los hilos que dejaban a su paso. Como si viera sus caras brevemente en la deslumbrante confusión del lugar. La serena determinación de Xavienne; Davisson sucumbiendo, con su mente rota; la mortal convicción de Andecka Tal Mar. Ella estaba aterrada más allá de cualquier definición, pero seguía luchando.

Pensó que se veía a sí mismo en el laberinto, el Idris que fue. El Idris de Lux Lejana que había encontrado ese hilo sublime que dirigía al propio corazón del laberinto, donde podría tomar el té con el minotauro, entablar relaciones diplomáticas con lo impensable. Luego, cuando descendía por ese camino, en busca del centro de la madriguera, encontró al Idris de Berlenhof: espantado, enloquecido, hundiéndose mientras la *Espada Celestial* fracasaba. Y pese a ello, entonces había conseguido lo suficiente, había retrasado al enemigo lo suficiente…

Por un momento volvió a aquel puente, escuchó las órdenes en parsef, los gritos de dolor, el ritmo de los aceleradores, y no supo en qué *Espada Celestial* se encontraba. Luego obligó a su mente a volver a salir y encaminarse por el sendero que había trazado. Davisson chillaba en su oído como un animal al que abrieran en canal. Solaz estaba gritando con una mano estrujándole el hombro. Pero él se perdía de nuevo dentro de la mente del monstruo, cazándola, consciente de que era presa a su vez. El ser se estaba concentrando en algo. Algo nuevo, distinto. Después de todo, él era

el experto. Sabía cuando la mente de un Arquitecto se notaba rara.

«¿Qué estás haciendo?». Pero no podía escucharle. El ser estaba concentrado, el edificio inconcebiblemente descomunal concentrado en algo infinitesimalmente pequeño… Algo de nivel humano, como un gigante que intentara enhebrar una aguja. Los oídos de Idris rebosaban de gritos en ese momento, demasiadas voces, descargas de armas, un sonido como si cortaran piedra, un coro de avispas furiosas… No tenía marco de referencia para identificar esos ruidos, y no podía estar seguro de si eran reales o no.

Luego volvió a salir, las contorsiones de la mente del Arquitecto le dieron de lado sin siquiera reconocerle. Miró el puente destrozado de la *Espada Celestial* y se encogió. Solaz le agitaba de un brazo, desde hacía rato. De repente le cedieron las piernas y cayó sobre ella. Intentaba construir palabras, pero se había olvidado de cómo se hacía. Había grandes grietas en las paredes y sanitarios agachados sobre cuerpos por todas partes. Vio cerca a la ejemplar Esperanza, retorcida en el suelo, con una porción demasiado grande de sus entrañas esparcidas por el suelo como para haber sobrevivido. Una docena de otras oficiales y tripulantes habían recibido el mismo trato y había mirmidones entre ellas. Sus hermosas armaduras estaban agrietadas y abombadas, con aceleradores al lado donde habían caído de sus manos muertas.

—¿Qué…? —dijo Idris. Porque nada de esto eran daños a consecuencia de la batalla. Esto no era lo que pasaba cuando un Arquitecto se hacía con un nave y la mutilaba. Esto era… trivial, algo a pequeña escala. Era más como el tipo de daño que las personas se hacían entre ellas, aunque dejara a las víctimas igual de muertas. Esto no era lo que pasaba cuando te atrapaba una entidad capaz de desmontar planetas.

Con la mente todavía dándole vueltas, miró a sus compañeros inters.

Andecka estaba de rodillas, agarrándose la cabeza. Pensó que debía seguir atrapada en el combate con el Arquitecto, todavía intentando llegar hasta él en vano. Davisson estaba… muerto, debía estar muerto. Algo había reventado dentro de su cráneo, con tanta fuerza que había deformado completamente el lado izquierdo de su cara. Y Xavienne…

Corrió hacia ella, en absoluto estado de negación. Esto no era

daño causado por el Arquitecto. Algo la había alcanzado, algo físico, algo afilado. Se había clavado en su cuerpo escuálido y lo había quebrado. Había médicos a su alrededor, las parteni le estaban dando prioridad sobre sus propias heridas… La cosían e intentaban mantenerla con vida lo mejor que podían. El verla herida, quizá muerta, era para Idris como si le clavaran un puñal en el corazón.

—Idris, no te muevas —le imploró Solaz—. Estás herido. Deja que te atiendan.

—Estoy bien, estoy bien —murmuró, sintiendo el sabor de la sangre en su boca. La escupió como pudo con la lengua mordida. Luego vio a Trine. La pierna herida del colmenero había desaparecido por completo, cortada a la altura de la cadera, y varios de los brazos no eran más que muñones. Su cara falsa parpadeaba y tartamudeaba como si estuviera intentando hablar. Pero su expresión y el movimiento de los labios no encajaban con las palabras que resonaban desde su torso.

—¡Perdidas! —gritaban—. ¡Perdidas!

Los ojos de Idris se dirigieron a la estructura del colmenero donde había llevado las reliquias. No estaban, como decía.

—Vinieron a por las reliquias —le dijo Solaz.

—¿Quiénes?

—Cosas, soldados del Arquitecto. Seres cristalinos. Entraron en la nave. No pudimos luchar contra ellos, no pudimos pararles. Tomaron las reliquias y se fueron. Idris, hemos…

Una de las oficiales supervivientes gritó algo en parsef, luego toda la nave se estremeció como si se derrumbaran mamparas en su interior. Saltaron chispas de paneles medio rotos y las pantallas se apagaron. Resultaba familiar, casi una confirmación. «Y ahora viene el ataque del Arquitecto».

Hubo más movimientos rápidos entre la tripulación que había en el puente.

—No podremos sobrevivir a otro golpe así —aseguró Solaz con firmeza—. Los escudos apenas nos mantienen de una pieza. —Y ya era algo notable, pensó Idris, que siguieran de una pieza. Ese producto de manos humanas había resistido la ira de un dios furioso.

Pero no lo haría dos veces, así que se apartó de Solaz, y se

dirigió al puesto del piloto.

—Que alguien nos envíe al nospacio. Estoy trazando un rumbo —dijo con tanta claridad como le fue posible. Escuchó a Solaz traducirle, confiando en él. Alguien señaló que estaban directamente bajo la sombra gravitatoria del Arquitecto y no podrían abandonar la realidad. Solaz le respondió que podrían con Idris a los mandos. ¿No sabían quién era? Ella mantuvo la mano apretada hasta hacerle magulladuras en el hombro, con una tensión que contradecía sus palabras.

Le dieron todo lo que pedía y, por un momento, tuvo toda la potencia de una nave de guerra del Partenón en la punta de sus dedos. Aunque frente a un Arquitecto eso no significaba gran cosa.

La masa descomunal de la cosa no le daba ninguna opción de escapar al nospacio. Reducía sus posibilidades a una sola ecuación, a una aguja que enhebrar. Estaban atrapados entre el peso hambriento de un destructor de mundos y el mundo que se disponía a destruir. Pero Idris se sentía como nunca, medio fuera de su propia mente, ya en parte en el nospacio. Era como si el universo simplemente le ofreciera un nuevo pasaje, de un solo uso, nada más que para él. Arrastró a la baqueteada *Espada* y la sacó del yunque donde el Arquitecto se disponía a dejar caer su martillo. Gritó a través del nospacio durante unos momentos traumáticos, de total indefensión. Serían el alimento de las pesadillas de cuantos estaban a bordo durante el resto de su vida. Había salvado a la nave y cuantos seguían vivos en ella. Al menos hasta que el Arquitecto les atrapara.

29

Idris

Llenaron de drogas a Idris para rebajar la inflamación de su cerebro y contener la hemorragia interna. Luego le metieron más drogas para combatir la debilidad que le habían producido las primeras. Al menos consiguieron acabar con las alucinaciones que sufría, con movimientos en su visión periférica acompañados de una sensación de desastre inminente. Aunque la percepción de la inminencia de un desastre puede que no fuera un síntoma, sino un análisis de su verdadera situación.

Estaba en la enfermería del Hum, en un orbital sobre Berlenhof. Y si escuchaba con cuidado, podía oír al personal discutir qué pacientes podrían irse en qué naves. Supuso que la misma conversación sería la predominante también en ese momento en el planeta. Oh, los ricos y poderosos, dueños de fincas en los hermosos archipiélagos bañados por el sol, ya tendrían sus propios medios de escapar, pero en ese momento una proporción mayoritaria de todo el personal burocrático del Hum estaría haciendo cuentas con las naves que les quedaban, y decidiendo a quiénes podían salvar. Por suerte, él tenía pasaje. Solaz le había dicho que la *Dios Buitre* estaba atracada en el mismo orbital. Había llamado a la tripulación para informarles de que su hijo pródigo seguía vivo.

—No lo entiendo —dijo él—. Nunca habían atacado así antes. ¿Fue porque teníamos las reliquias?

Junto a su litera, el delegado Trine colgaban de una estructura móvil básica. Les habían quitado las dos piernas, con lo que les podrían dar dos emparejadas. Trine estaban hartos de cojear.

—Si me pides que haga una conjetura profesional, viejo

compinche, no lo sé. —El rostro del colmenero estaba desconcertantemente ausente, los proyectores habían abandonado literalmente la ilusión de crear un fantasma. El cuenco plateado restante no mostraba otra cosa que un leve reflejo de Idris—. ¿Quizá esto es lo que hacen los Arquitectos cuando encuentran reliquias originarias en una nave? Pero, si pueden manejarlas en el espacio, ¿por qué no en un planeta? Si yo fuera la Hegemonía, empezaría a ponerme nervioso también.

El Arquitecto había lanzado un par de sus crestas más pequeñas contra la *Espada Celestial*, causándole daños significativos pero secundarios. Luego las crestas se habían fragmentado en… soldados, dijeron Trine. Unidades móviles, individuales. Compuestos por el mismo cristal que los fragmentos originales, y de múltiples formas. Algunos eran humanoides, pero la mayoría no: con muchas patas, sin patas, ofídicos, arácnidos, en forma de mantas voladoras y cosas aún menos reconocibles. Al escuchar las nada familiares descripciones, Idris sintió el temor de que fueran las distintas especies que se habían encontrado los Arquitectos, y sólo había una forma en que se podía haber producido ese encuentro. Eran un muestrario de una enorme lista funeraria de civilizaciones extintas, en el que había un hueco reservado para la humanidad.

El material del que estaban compuestos los soldados era a la vez duro como piedra y maleable. Los disparos de acelerador que habrían perforado el casco de una nave se limitaron a entrar y salir de sus cuerpos sin causarles daños. Las armas de energía se reflejaban en ellos en arcoiris de luz cegadora. Un intruso se partió en dos cuando las técnicas parteni cerraron sobre él una puerta blindada. Pero, en conjunto, atravesaron la nave hasta el puente sin encontrar apenas oposición. Luego se llevaron las reliquias. Y cuando la tripulación en cubierta y Trine intentaron detenerles, respondieron de forma letal.

—En rigor, muy destacable —reflexionaron el colmenero—. Usaron sus extremidades para cortar y golpear de cerca. Pero igualmente eran capaces de disparar fragmentos de sí mismos como armas aceleradoras vivas, consumiendo su propia masa como munición. Me considero afortunado de no haber perdido más que algunos miembros.

Idris cerró los ojos, pero se dio cuenta de que no se lo podía

imaginar.

—¿Cómo lo harían?

—Oh, bien. —La pérdida de gran parte de su cuerpo no había alterado el tono pedante de Trine—. Pese a todo, viejo amigo, fui capaz de tomar algunos datos.

—¿Mientras estaban atacando?

—De hecho, así es.

—¿Mientras mataban a todo el mundo?

—Por la ciencia. Consideré que, si llegaba el momento de interponerme entre esos soldados y su presa, resultaría una barrera poco eficaz. Una apreciación correcta, según se vio. Pero en esa tesitura fui capaz de llevar a cabo una pequeña investigación improvisada. Y los datos manifiestan algunas posibilidades fascinantes. Creo que los soldados no eran más que marionetas, manipuladas por el Arquitecto mediante una aplicación increíblemente precisa de la fuerza gravitatoria.

Idris abrió del todo los ojos, se sentó en la litera y asintió con firmeza.

—Sí.

—Me alegra que coincidamos.

—Eso tiene sentido. Estaba haciendo algo cuando intenté contactar. Estaba… absorto, debía de dedicarle toda su concentración. Hacía bailar a sus marionetas.

—Ah, qué poder —dijeron Trine con melancolía—. Qué precisión. Si no fuera tan horrible habría sido maravilloso, ¿no te parece?

—Supongo que Borodin y los demás estarán locos con el Partenón por haber llevado las reliquias ahí fuera —gruñó Idris—. Ahora nos quedamos sin ellas.

—Es lo más probable, si bien haber perdido la ocasión de estudiarlas es indudablemente el mayor revés —siguieron Trine con la misma ligereza—. Aunque, ¿quieres saber la verdad? Sospecho que los consejeros tendrán cosas más importantes en las que pensar ahora mismo. Como salvar a sus familias.

Solaz volvió en ese momento con una silla de ruedas. No parecía tan manejable como el modelo parteni que había usado y que condujo de manera tan torpe.

—Puedo andar —le dijo a la soldado, confiando en que fuera

cierto—. ¿Qué pasa?

—La tripulación te espera —le dijo.

Pudo andar al final. Pero únicamente después de que Solaz le consiguiera un bastón. Apoyándose en él y en ella, pudo finalmente descender al anillo de atraque hasta el que seguramente era el lugar mejor situado y más limpio en el que jamás hubiera amarrado la *Dios Buitre*. Detrás de él resonaba el alegre repiqueteo de la estructura sustituta de Trine, con sus seis piernas.

Olli estaba trabajando en la nave con el escorpión, e Idris vio una buena cantidad de trastos esparcidos sobre el cascarón reluciente; piezas que habían estado dentro y ahora fuera. «Haciendo sitio para los refugiados», comprendió. Incluso la *Dios Buitre* sería necesaria. Kris estaba sentada con Kit y otro hannilambra sobre un tablero holográfico de Paso de Tierra, pero dio un salto cuando apareció Idris. Por su cara, había esperado verle llegar en camilla. Su alivio era palpable.

Le abrazó, tan fuerte que le arrancó una mueca y ella se apartó. Luego Olli le dio unos golpecitos en la cabeza con uno de sus brazos manipuladores, y Kit lanzó un saludo sin dejar su partida.

—He advertido que nadie está especialmente preocupado por mi bienestar —señalaron Trine.

—No te conocemos, Timbrazos —le dijo Olli.

—Eso que os perdéis. —Trine movieron los brazos que le quedaban despectivamente.

—Dijeron que estabas herido. —Kris miró a Idris de arriba abajo.

—Estoy herido.

—¿Dijeron que fracasaste? —añadió Olli.

Idris buscó su mirada y en ella no había más que la habitual franqueza, ningún tipo de acusación.

—Perdimos las reliquias y la nave quedó inutilizada —confirmó.

—Nos trajo de vuelta —dijo Solaz, a la defensiva. Olli se puso alerta, luego nada más que asintió.

—Nos vamos —indicó la especialista—. Nos están buscando veinte colonos que podamos llevarnos. Veinte a través del nospacio. Sin camas, Idris. Pero todo el mundo está cargando a cuantos pueden. Apiñan a la gente hasta en paqueteras. —Su rostro ignoraba la tragedia, la forma en que los coloniales habían vivido

durante la guerra y en los tiempos difíciles que siguieron. Era un hábito que se recuperaba con facilidad—. Quiero decir, podría ser peor, ¿no? El colega que está ahí con Kit, que se llama Hullaway o algo parecido, llegó con una flota de cargueros. Han tirado al espacio todo lo que llevaban, lo que deja sitio a otras treinta mil personas, si pueden subirlas a tiempo desde el planeta.

—¿El Arquitecto…?

—Sigue en camino —confirmó Kris.

—La *Hija del Trueno* salió a su encuentro —dijo Solaz con voz átona—. También la *Blake* y la *Perihelio*, las dos naves hums recién llegadas. —«Comprando tiempo con acero».

Idris sintió que empezaban a fallarle las piernas, y Solaz deslizó un cajón detrás para que pudiera dejarse caer.

—La *Espada Celestial* apenas resistió el primer impacto directo —recordó él, inexpresivo—. Las naves que vayan a por él no le conseguirán a Berlenhof más que unas migajas de tiempo. No servirá de nada.

—Te arreglaré otra gran reunión diplomática para que puedas comentarlo con ellos —ironizó Olli—. Entre tanto, ¿te vienes con nosotros o no? Porque si no quieres, podemos llevarnos a otro par. —Pero miraba a Idris con una intensidad que desmentía su aire de despreocupación.

«Fracasé». Pero no era demasiado tarde. Se imaginó al Arquitecto sobre el cielo de un Berlenhof condenado, visible incluso durante el día, con los cristales reflejando la luz solar. Tendrían a todos los inters del Comité de Enlace trabajando para detenerlo… Puede que bastara. Pero no lo creía. Podía quedarse detrás del orbital y hacer un último intento. Pero para cuando el Arquitecto estuviera tan cerca, con su masa afectando ya al planeta, sería demasiado tarde.

—Necesito una nave —dijo.

Los demás le miraron.

—Las naves están bastante solicitadas —señaló Olli.

—Cualquier nave con un motor gravitatorio… Una paquetera, una lanzadera, el yate de algún rico, cualquier cosa —enumeró Idris, desesperado—. Necesito una segunda oportunidad. Tengo que salir y probar otra vez. Puedo salvar a todos. Sé que puedo…

—Idris, estabas a punto de morir cuando volviste —le dijo Solaz.

—¡Entonces tengo derecho a morir intentándolo! —le gritó, y luego se puso las manos sobre la boca, horrorizado por la llamarada de ira y frustración que había surgido de su interior.

Solaz asintió, luego otra vez, convulsivamente.

—Vamos. A ver a Tacto.

Los pasillos del orbital estaban repletos de gente y era difícil avanzar. Algunos estaban en plena evacuación, acarreando bolsas, maletas y valiosas posesiones que en su mayoría terminarían tiradas en los muelles. «Lo habíamos olvidado», pensó Idris, aturdido. «Olvidamos cómo era que te cazaran. Y he vivido para volver a verlo». Se preguntó si su destino era ver cómo los acontecimientos se repetían en un ciclo completo, si ésa era la razón de su anómala longevidad. Y si luego empezaría a reducirse a huesos y polvo, liberado súbitamente de su maldición.

Luego se encontraron frente a una pared de rojo, púrpura y oro, un apresurado grupo de hombres y mujeres con túnicas de cuello alto. Les encabezaba un hombre que al fin había perdido su afabilidad en algún punto del camino.

—Hierograve Sathiel —le interpeló Solaz con frialdad—. Apártense de nuestro camino.

Él le dirigió una mirada con los ojos muy abiertos, pero en su interior no quedaban en ese momento herramientas para pelear o imponer su autoridad. Se encogió a un lado y su gente se apartó también, dejándole a Solaz vía libre.

—Quería que la gente se preocupara por los Arquitectos. ¿Está ahora contento? —le gritó Solaz al pasar, con una mordacidad más propia de Olli. Sathiel no contestó mientras se alejaba.

La monitora superior Tacto estaba reunida con Lucef Borodin cuando llegaron, pero Solaz hizo el suficiente ruido como para que les permitieran entrar. Idris sospechó que los dos diplomáticos tampoco tenían mucho sobre lo que discutir de todos modos, a esas alturas. Borodin no se había afeitado esa mañana y había bolsas bajo los ojos de Tacto.

—Necesito una nave —insistió Idris, que no estaba para cortesías.

—*Menheer* Telemmier. —Él no pudo interpretar si la frialdad de Tacto era sólo su comportamiento normal o le juzgaba por su fracaso. ¿Y por qué no podría ser eso? Había fracasado.

—Una nave —repitió—. Sáquenme de aquí otra vez, en una nave.

—La fuerza militar que va a enfrentarse al Arquitecto partió ya —dijo ella.

—Que vuelva una nave.

—*Menheer* Telemmier, no hay tiempo. No tardarán en llegar.

—Ellos… —Tuvo una repentina sensación de desconexión temporal. Las drogas habían trastornado todos sus relojes internos —. Necesito otra oportunidad.

Tacto le miró con una expresión ambigua.

—Eso es todo, ¿verdad?

—Por favor. Sáquenme de aquí.

Ella miró a Borodin.

—Veré lo que puedo…

—No —dijo el otro diplomático. No parecía muy contento, pero ésa fue su única palabra.

Tacto alzó una ceja. Idris sentía cómo el tiempo se escapaba, como de un reloj de arena roto hacia el vacío. No habría ninguna posibilidad de recuperarlo, una vez se hubiera malgastado.

—El ciudadano colonial Telemmier se irá a bordo del transporte *Sepulcravo*, que ahora mismo se encuentra a la espera para partir —añadió tajantemente Borodin—. Una buena nave, la verdad. Ya está en ella mi propia familia, como todo el personal no esencial del Hum. No tardaré en ir yo mismo.

—No —le dijo Idris—. Entonces me iré en la *Dios Buitre*. Con mi gente.

—No podrá ser.

Sintió que necesitaba a Kris. Pero quién podría pensar que esa vieja discusión volvería a asomar la cabeza.

—No pueden…

—*Menheer* Telemmier, Santa Xavienne murió. No pudieron salvarla.

Idris lanzó una especie de lamento.

—No.

—Murió —continuó Borodin con dureza—. Y eso le convierte casi en el último de la primera promoción. La esperanza que necesitan los nuevos intermediarios. Lo que significa que no podemos dejarle escaparse para que le mate este Arquitecto en

concreto. Lo siento.

—Necesito una nave. ¡Puedo salvar a su puñetero planeta! —le gritó Idris, a los dos, al universo—. Sólo sáquenme de aquí. Tengo todo el derecho a joderme mi propia cabeza, si es lo que quiero. —Sus ojos se entrecerraron, las palabras le salían más rápidas de lo que las pensaba—. Usted es magdano, ¿verdad? ¿Eso es el fondo de todo? Se pierde Berlenhof… y Magda se convierte en el centro de las Colonias. ¿Es lo que quiere?

—Idris. —La mano de Solaz estaba en su brazo, intentando contenerle.

Borodin se limitó a mirarle con tristeza.

—Haré que mi gente le lleve ahora mismo a la *Sepulcravo*.

Idris miró a Tacto.

—Haga algo.

Ella no le devolvió la mirada.

—Me temo que esto escapa totalmente de mi alcance. —Y luego dirigió una mirada de aviso a Solaz—. Las fuerzas parteni se están agotando. Éste es un asunto del Hum.

Entraron cuatro soldados coloniales. Solaz se tensó, pero bajo la severa mirada de Tacto no iba a provocar un incidente diplomático.

—Puedo salvar a todos —dijo Idris, aunque ya de forma apenas audible—. Sólo déjenme intentarlo.

—Sáquenle de aquí, pónganle a salvo —ordenó Borodin a los soldados—. Llegaré a tiempo para la partida.

La gente de Borodin llevó sujeto a Idris hasta ponerle en una silla de ruedas, que condujeron por él. Siguió intentando liberarse, pero en cada ocasión uno de los soldados le hacía sentarse. No por la fuerza; incluso con respeto.

En esa parte de su cabeza que le convertía en un intermediario, Idris sentía al Arquitecto ahí fuera, acercándose. No percibía el mundo lleno de gente que estaba a punto de ser aniquilada, pero era como si pesaran sobre él. Pensó sombríamente que Borodin y el Hum se quedarían decepcionados con él. No sería capaz de vivir con su fracaso. Escaparía a su control, incluso si el medio para huir era el filo de una navaja.

Después de sus primeros intentos en Berlenhof, y en Lux Lejana, le parecía profundamente injusto que se le recordara como el hombre que dejó morir un planeta. Era como si los Arquitectos

estuvieran interesados personalmente en borrar todo lo bueno que había hecho alguna vez.

Entonces llevaron a Idris a lo que había sido la sala de espera preferente de pasajeros en tiempos mejores. Ahora estaba abarrotada de gente que gritaba, lloraba, discutía y se abrazaba. A través de la pared acristalada en el extremo puesto, pudo ver el esbelto flanco de la *Sepulcro*, pintada en un batiburrillo de colores: el intento de algún rico de replicar las improvisaciones coloniales de tiempos de la escasez. Había diez compuertas unidas con umbilicales a la nave, y el personal del Hum intentaba de manera diligente apresurar el embarque con la mayor eficiencia posible. La ventana transparente mostraba también parte del planeta que quedaba debajo. Idris podía ver las luces de los transbordadores y elevadores que escapaban de su campo gravitatorio, seguramente repletos con los más afortunados de los desesperados.

«Me bastaría con gritar, eh, ¿alguien quiere mi sitio?, y empezarían los disturbios», pensó. Pero no dijo nada, sólo siguió en la silla mientras su escolta explicaba, amenazaba y lucía galones para acercarse poco a poco a la compuerta más próxima.

«Yo podría… Yo podría…». Pero no podía. No había nada que pudiera hacer.

Llegaron a la compuerta, dejando atrás un rastro de gente furiosa que les odiaba a cada paso. Se preguntó, con renovado horror, si alguno de los que esperaban en la fila habría perdido su sitio para dejarle hueco.

—No iré —dijo, e hizo un débil esfuerzo para levantarse.

—Quédese sentado por su propia seguridad, *menheer* —le dijo uno de los soldados. Idris agarró la mano que le retuvo, pero estaba demasiado débil. E incluso si hubiera tenido fuerzas, el hombre le habría superado.

—Ayuda —dijo, de una manera ridícula—. Me secuestran. No quiero irme. Puedo salvar al mundo… —Entre la barahúnda general, casi nadie le escuchó. Y los que lo hicieron pensaron simplemente que estaba chiflado—. Soy un inter —graznó mientras los soldados le volvían a empujar—. Puedo pararlo. ¡Pónganme en una nave! —Lo que era aún más estúpido porque le estaban poniendo en una nave. Sólo que no como quería.

—Me lo llevaré de aquí, sargento —intervino una nueva voz.

Idris dejó de gritar, porque le sonaba conocida.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó el soldado al mando.

El recién llegado se plantó delante de la silla e Idris vio un instante una identificación holográfica.

—Oficina de Intervención —dijo el hombre—. Y estoy interviniendo.

Los soldados se quedaron parados de repente.

—Señor, tenemos órdenes…

—También la Casa Ácida tiene órdenes. Le requisamos.

—Señor…

—Vamos a quitarnos de en medio y dejar subir a esta gente, ¿no les parece?

Cuando los soldados obedecieron, Idris supo que no terminaría en la *Sepulcravo*, después de todo. La Casa Ácida era el hombre del saco de las Colonias. La Casa Ácida conocía todos tus secretos. Protegía la Esfera Colonial contra amenazas, y ojalá que no te considerara a ti nunca como una amenaza.

—¿Necesita la silla o puede andar? —Y al fin Idris se pudo enderezar lo suficiente como para reconocer la cara estrecha y suspicaz de Havaer Mundy.

—Si me toma del brazo, puedo andar.

—Estupendo. —Mundy le ayudó a incorporarse. Los soldados les miraron con hostilidad, pero ninguno se atrevería a desafiar a la Casa Ácida.

—¿Tiene alguna nave de la Oficina o algo así? —preguntó Idris, mientras Mundy le ayudaba a salir de la sala, contra la corriente de refugiados aterrorizados—. ¿Pueden llevarme allí? —«Por favor, no me diga que sólo estoy cambiando de secuestradores».

Su corazón se hundió al oír la respuesta de Mundy.

—No exactamente. —Pero al menos dejaron atrás la *Sepulcravo*, mientras avanzaban por el anillo del orbital hacia los muelles menos distinguidos. Tuvieron que dar empujones y abrirse paso por cada pasillo, pero Mundy parecía saber cómo encontrar remansos entre la marea para seguir avanzando. La forma en la que el hombre se enfrentaba a las multitudes era como navegar por el nospacio para los no iniciados, algo mágico y misterioso. Ya habían avanzado bastante por la zona donde amarraban los cargueros, que ahora sólo cargaban a más gente. Y todo mientras el Arquitecto se acercaba

cada vez más.

—Agente Mundy —dijo al fin—, ¿adónde vamos?

—¿Adónde le parece?

—No voy a ser ninguna mercancía. —Idris tiró hacia atrás, intentando resistirse. Lo mismo podría oponerse a la gravedad; los largos huesos de Mundy le daban mucha ventaja—. No voy a ser el piloto furtivo de alguna operación encubierta de sus asesinos.

Mundy se detuvo.

—¿Piloto furtivo de una operación encubierta? Eso describe un puesto de trabajo donde estaba, ¿no?

—No voy a…

—Telemmier. Estoy arriesgando mucho con usted… Entre otras cosas, mi trabajo. Así que deje los lloriqueos y venga conmigo, ¿de acuerdo? Porque ahora mismo estoy atrayendo hacia mí la peor especie de papeleo. Y estoy desesperado por empezar el último informe de mi carrera después de dejarle en su sitio. —Dio al brazo de Idris un último apretón, abrió una puerta con el codo y entraron en un muelle familiar. Y ahí estaba la *Dios Buitre*.

Idris miró a la nave, luego a Mundy, y de nuevo la nave. Solaz se dirigía hacia ellos sin apartar los ojos del hombre de la Casa Ácida.

—No creí que llegara a hacerlo.

—Bueno, podemos admitir que tanto usted como yo nos hemos saltado un tanto nuestras órdenes hoy —repuso Mundy—. ¿Se va con ellos?

—¿Le hacemos sitio?

Él se rio roncamente.

—Eso sería poner el último clavo en el ataúd, ¿verdad? No, me quedo a limpiar el desastre que he montado yo mismo. Telemmier.

—¿Qué? —respondió, sobresaltado.

—Me reuní con usted.

—¿Qué?

—Nos sentamos juntos, ¿recuerda? Tuvimos una conversación, antes de que la *Cosecha* apareciera y tuviéramos que separarnos. Ahora mismo, espero realmente ser tan buen juez de caracteres como quisiera. Pidió una nave, aquí la tiene. Si puede conseguir que se le unan. También tengo un permiso de salida, válido al menos hasta que alguien ate cabos y lo anule. Úselo.

El hombre se apartó después, retrocediendo como un cangrejo por el hangar hasta desaparecer. Porque la Casa Ácida nunca hacía nada de forma directa.

Idris se volvió hacia la nave, la desgarbada y remendada rescatadora que era la *Dios Buitre*. La escotilla del muelle de drones estaba abierta, pero no podía ver a ningún tripulante.

—Sé que lo habéis oído todos —gritó—. ¿Y bien?

—Vale, ¿vamos o no? —restalló la voz de Olli por los altavoces —. Porque acabo de pasar diez minutos preparándonos para salir. Así que subid vuestros culos. Ella también.

Cuando llegó a los mandos, estaban todos allí: Olli en su andador, Kris en la silla de Rollo, Kittering en la suya. Y también Trine, para su sorpresa. Seguían con los brazos mutilados, pero tenían piernas nuevas y habían recuperado la cara en toda su gloria fantasmal. Solaz le siguió y se apoyó en el respaldo de la silla del piloto mientras él ocupaba su lugar.

—Mirad… —empezó con incomodidad.

—Vas a decir que no hace falta que vayamos, que es peligroso —se anticipó Kris—. Idris, en el ránking general de «gente lo suficientemente importante como para que les hagan un hueco para salir de aquí», ¿en qué posición crees que estamos? Si no nos vamos en la *Buitre*, no nos iremos. Así que seguiremos a bordo, muchas gracias.

—Habla por ti —declararon Trine—. Algunos somos embajadores.

—Saliendo —anunció Olli, y los huesos de la nave crujieron alrededor de ellos al alzarse en el muelle y cruzar el campo gravitatorio de la estación rumbo al espacio abierto—. Idris, es tuya cuando digas. Llévala hasta allí.

Hubiera preferido que los demás se tumbaran en sus camas de suspensión, incluso para el tartasalto dentro del sistema. Pero no había tiempo. Y además ya habían pasado por ello, eran prácticamente veteranos del nospacio. Intentó convencerles mientras sacaba a la *Dios Buitre* del orbital, ignorando las comunicaciones furiosas que les llegaban. Un par de esquifes militares del Hum les dieron el alto, pero eran demasiado escasos y llegaban demasiado tarde. «Ya basta de política».

Hizo los cálculos del tartasalto sin perder de vista la presencia

de Berlenhof como un peso aplastante siempre a su espalda. Fijar el destino era inesperadamente complicado, una pesadilla laberíntica de distorsiones gravitacionales, incluso sin que el propio Arquitecto hiciera valer su desproporcionada masa. Al ver el lío en que se estaba metiendo, casi no pudo creerse que consiguiera sacar de allí a la *Espada Celestial*. Y ahora ya no estaba allí solamente el enemigo.

«El combate ha empezado». Incluso a esa distancia, pudo sentir un ligero estremecimiento cuando la *Hija del Trueno* y sus improvisados aliados desplegaron sus armas gravitacionales. Intentaban quebrar la sustancia del Arquitecto, mientras la poderosa voluntad del ser pretendía inmovilizarlos.

Y la *Dios* cayó de la realidad al sueño que era el nospacio, y…

Emergió, explotando de nuevo a la existencia y en medio del combate. Por un momento fue capaz de distinguir el tejido rasgado del espaciotiempo, alterado de un millar de formas distintas por el combate. La nave de guerra parteni estaba desplegando su disruptor de masa, cuatro veces más poderoso que el empleado en la primera batalla de Berlenhof. Idris vio una lluvia de impactos florecer en las montañas de cristal cuando fueron alcanzadas. Pero se desvanecieron en la inmensidad, un momento después, cuando el Arquitecto dio una nueva forma a su sustancia para curarse. El panel de Idris le informó de que, más alejada, se encontraba la *Blake*, una nave colonial de tamaño descomunal y forma de martillo abombado. Había lanzado un vendaval destructivo de disparos superacelerados de su cañón, la mayor parte de los cuales se perdieron en el olvido cuando el Arquitecto alteró el universo para variar su trayectoria.

Solaz se colocó detrás de Idris, con el equipo médico preparado en las manos. Kris y Kittering se limitaban a mirar a la monstruosidad que dominaba el espacio.

—Llegamos demasiado tarde —susurró la parteni.

—No demasiado tarde —insistió Idris. Aunque, a la vez que hablaba, sintió cómo el Arquitecto retorcía el espacio alrededor de la *Hija del Trueno*, abriendo tres brechas en su sobrecargado casco —. Necesito un piloto.

No hubo respuesta desde el hangar de drones.

—¿Olli? ¿Estás ahí?

—Yo… La hostia puta, mira esa cosa.

—Es como antes —le dijo Idris—. Lo mismo que la última vez.

—Ella no estaba en Berlenhof la última vez —apuntó con tranquilidad Solaz.

—Idris, famélico hijoputa, nací en el jodido noventa y cuatro —llegó la voz de Olli por el comunicador—. Lo creas o no, es mi primer Arquitecto, ¿vale? —Pero ya sonaba más entera.

—Olli, yo…

—Necesitas un piloto —terminó—. Lo pillo. Dime adonde ir.

Los demás se sacudieron también su pasmo.

—Oportunidades de supervivencia escasas y decrecientes —anunció Kit, deslizándose a su propio tablero. Estaba lanzando estadísticas poco afortunadas, en particular sobre la eficacia del motor gravitacional de la *Dios Buitre* una vez que les atrapara el Arquitecto. Podía resistir una fuerza bastante por encima de su peso, pero no era una nave de guerra. El uso como escudo no era algo para lo que estuviera optimizada.

—Lo sé, Kit… Llévanos, Olli, yo… Encontraré alguna forma. Lo prometo. —«No tengo ninguna forma. Puede que ni nos mire. Puede que seamos demasiado pequeños para que nos vea». Pero sabía que no era cierto. Para el Arquitecto, un único átomo o un planeta entero eran igualmente merecedores de un ajuste.

La *Hija del Trueno* había lanzado ahora una escuadra de Puntos Cero, cazas individuales. Su tamaño no jugaba a su favor, pero su cantidad podía suponer una diferencia. Porque el Arquitecto podía repartir su descomunal atención en un limitado número de objetivos. De cualquier forma, morirían todas. Lo sabían. Ganaban tiempo para Berlenhof, como en la anterior batalla.

La *Dios Buitre* hizo su aparición, un baqueteado contenedor de basura que no pintaba nada en medio de aquel combate. El otro crucero hum que estaba en liza, la *Perihelio*, les llamó. Les avisaba de que se alejaran, como si pudieran haber pasado por alto la media luna de cristal que estaba matando a todo el que se le acercaba. Kris les respondió que llegaba la caballería, que eran el Programa de Intermediarios dispuesto a salvar la situación.

—Kit —dijo Idris a través de sus dientes apretados—, sé que estamos jodidos, en resumen, pero haz lo que puedas con el motor para conseguirnos el mejor escudo posible. Lo suficiente para evitar

lo peor.

La réplica del hanni se quedó sin traducir, lo que probablemente daba igual. Pero Kittering se agachó de todas formas para hacer lo posible, con las mandíbulas rechinando sobre su tablero, y saboteó el funcionamiento del motor gravitatorio para retorcer el espacio a su alrededor. Mientras, Olli hacía que el sistema brachator les impulsara hacia adelante, en una trayectoria en zigzag hacia el corazón del combate. Idris hubiera preferido hacerlo él mismo —ése era su oficio, al fin y al cabo—, pero tenía otra tarea entre manos con la que nadie le podría ayudar.

La mano de Solaz se acercó a su hombro y él disfrutó un momento de perfecta quietud. Fue como si todos los duelos de gravedades y energías que se desarrollaban fuera se hubieran cancelado mutuamente, durante una fracción de segundo, para dejarle sólo paz y tranquilidad.

Idris sintió entonces al Arquitecto, con su mente vasta y apática centrada en convertir todas esas naves en filigranas y desechos artísticos. Rehaciendo el universo pieza a pieza. Se hizo a sí mismo pequeño, afilado y puntiagudo como un estoque. Y todo lo demás se alejó de él: la voz de Kris por el comunicador, los juramentos de Olli… su propio cuerpo, con todas sus heridas y debilidades, pasaron a ser el problema de alguien más.

«Estamos aquí. Deja de matarnos. Estamos aquí».

Podía sentir la densa atención del Arquitecto moviéndose de un lado a otro por el campo de batalla. Aquí deshacía un Punto Cero, piloto y nave convertidas en un nudo que se despachaba al vacío infinito. Allí agarraba a la *Perihelio*, la nave del Hum, que había perdido el escudo, y soltaba en el espacio el anillo de su motor gravitatorio. Idris sintió los cambios y alteraciones de los pensamientos del Arquitecto cuando se hizo con los despojos de la nave y empezó a rehacerlos. Cada uno convertido en una obra de arte, digna de un maestro. Algunos fragmentos habían sido tripulantes, pero el Arquitecto no hacía distingos. En sus oídos, muy muy a lo lejos, a través de la conexión con Kris, Idris pudo escuchar gritos.

Sintió que estaba a los pies de un enorme y lento gigante que estaba deshaciendo una ciudad, ladrillo a ladrillo. Los edificios caían, la gente en su interior gritaba, y luego eran aplastados. Pero

al gigante sólo le importaba un urbanismo ordenado. No entendía que había cosas vivas dentro de los edificios que demolía.

«Pero debería saberlo. Lo aprendieron en Lux Lejana. Por eso pararon».

Era un hombrecillo diminuto que pateaba el talón de un gigante, que le pegaba en el meñique mientras le gritaba. Era una mota en el cerebro de *Dios*, perdido en un laberinto de espejos y piezas móviles.

«¿Por qué has vuelto?».

Y uno de sus puñetazos de hormiga fue advertido, porque el más tenue borde de la consciencia del Arquitecto reconoció su existencia.

Luego volvió de golpe a su cuerpo porque la *Dios Buitre* giraba fuera de control. Trine se quejaban de un golpe contra la pared e Idris estaba casi fuera de la silla. Sólo le salvó de partirse la cabeza el que Solaz le agarrara y le volviera a colocar en su sitio. Olli estaba al rojo vivo en los comunicadores. Debió avergonzar a un kilómetro cuadrado de vacío con juramentos que Idris no había escuchado antes jamás, mientras el escorpión resbalaba por el muelle de drones para estrellarse contra el portón cerrado. Por un momento, ella perdió toda conexión con los sistemas de la nave y se quedaron indefensos, a la deriva. Luego recuperó el control de la *Buitre*, temblando y cojeando.

—No más gracias no —traqueteó Kit, enviando informes de daños a todos los tableros. La *Buitre* seguía de una pieza, pero había sufrido como diez años de desgaste en apenas unos segundos.

—Hemos perdido a la *Perihelio* —dijo Kris, ahogada—. Desaparecida, muerta.

—No más impactos posteriores toda tolerancia excedida no —insistió Kittering.

«No vamos a conseguirlo». Todo terminaría en el momento en el que el Arquitecto volviera a encontrarles. No se podrían mover a la suficiente velocidad, no podrían resistir el suficiente castigo. Simplemente no tenían la fuerza necesaria para evitar que el monstruo tuviera el control del espacio que les rodeaba ni siquiera por un momento. Y si los diminutos Punto Cero podían ser enviados al olvido, una vez detectados por el omniscente Arquitecto… ¿cómo podrían ellos escapar a su percepción?

Idris sintió que se le secaba la garganta.

«A menos que…».

—Olli —llamó por el comunicador.

—¡Ocupada!

—¿Estás conectada a la nave?

—Estoy haciendo volar la puta nave, ¿qué te crees?

—Conectada de verdad, me refiero.

El espacio se estremeció a su alrededor con la onda de choque gravitacional de algo que había sido arrancado de la existencia. Pero incluso con su atención puesta en otra parte, seguía sintiendo la presencia del Arquitecto. Tan cerca, la notaba como si le clavaran agujas de cristal en el cerebro.

—Voy a volver a tartasaltarnos. —Y Olli debió pensar que se rendían, que se marchaban de allí, pero él siguió—: Sólo por una fracción de segundo. Sentiréis un gran shock, pero nada más.

—Idris, yo…

—Necesito que sigas pilotándola, Olli. Te envío coordinadas del sitio en el que nos encontraremos al salir del nospacio. Y lo seguiré haciendo, una y otra vez… y tienes que seguirme, ¿de acuerdo? ¿Así que estás conectada a la nave? Los sistemas de navegación, el equipo de sensores, todo eso. ¿Tus ojos, tus extremidades?

Olli soltó una especie de chasquido. Eligió interpretarlo como un sí y entonces saltó…

… al nospacio. Salvo que en el mismo momento en que salieron de lo real, él les devolvió de inmediato. Pudo escuchar un gemido de Kris, las quejas de Kittering. Le exigían saber qué estaba haciendo, mientras la nave caía fuera de control hacia el horizonte dentado del Arquitecto.

—¡Olli!

—La tengo, la tengo, maldito seas, Idris, dame un… —Y el motor brachator arrancó. Les llevó lejos, a tirones, cada vez a mayor distancia de ese hambriento paisaje de cristal. Idris sintió que el Arquitecto les percibía una vez más, que intentaba alcanzarles, y volvió a saltar. Otra vez envío a Olli sus cálculos un segundo escaso antes de irse. Y otra vez se convirtieron en irreales. Y luego volvieron, a un centenar de kilómetros de donde habían estado. Su cabeza estaba deshecha a esas alturas. El dolor de todos esos abruptos saltos, el de intentar mantener el contacto con el

Arquitecto. Todos juntos y reproduciéndose dentro de su cráneo.

Pero Olli ya estaba en ello. Pilotaba la nave desde el momento en que emergía del nospacio, esquivando una formación de Puntos Cero que titilaban como estrellas a sus costados, volando la *Dios Buitre* como si hubiera nacido con alas. Olian Timo, nacida como una intrusa en su cuerpo humano, había decidido que no limitaría sus esfuerzos a ningún marco establecido. Cualquier estructura, cualquier cascarón sustitutivo podía ser suyo. Y ahora cabalgaba el sensor de datos de la *Dios Buitre*, a partir de las cifras que le facilitaba Idris. Veía cada nuevo punto de salida y lo asimilaba antes de recobrar la existencia en él. Siempre eludiendo desesperadamente los siguientes golpes del Arquitecto.

E incluso mientras sus manos ordenaban saltos una y otra vez, Idris dejó escapar su mente. Cayó de nuevo en el fracturado laberinto del cuerpo del Arquitecto, que era a la vez su cerebro. Y otra vez buscó ese punto de consciencia. Buscó un público al que pudiera implorar por la supervivencia de su especie.

Se sumergía a través de capas cristalinas de pensamiento y deseo. Su mente gritaba «estamos aquí». Pero el Arquitecto ya lo sabía. No le importaba. Y esta vez realmente quería matarlos. Deshacer sus mundos, a pesar de saber que una miríada de pequeñas mentes vivían sobre ellos. «¿Por qué? ¿Por qué nos odias?».

No os odio.

No fueron esas palabras exactas; no del todo. Pero su mente encontró un estímulo y lo tradujo, de forma tan imprecisa como la voz artificial de Kittering intentaba dar forma a los conceptos hannilambra. Desconcertado, volvió a su cuerpo, justo cuando un golpe brutal alcanzaba el casco de la *Dios Buitre* y la hacía resonar como un gong. Las alarmas y señales de aviso en rojo se multiplicaron abruptamente por todo el tablero mientras Kit comprobaba los daños.

—¡El hangar de drones! —gritó Kris—. ¡Hay una brecha, Olli!

—Sigo aquí —llegó su voz, muy seria—. Se escapó el aire, pero tengo el mío. Aguantando, aquí estoy. Sólo que… —Hubo una pausa. Idris pestañeó, porque el mundo le parecía teñido de rojo. Tenía sangre en los ojos y su cabeza saltaba y tartamudeaba de forma tan aleatoria como su rumbo por el nospacio. Solaz le abrió

la túnica, el tejido impreso barato se rompió como si fuera papel. Le puso algo en el pecho, parte de la bolsa de sorpresas llena de basura médica que la *Buitre* había acumulado a lo largo de los años. ¿Interactuaba de algún modo con su corazón? Sintió nada más que una distante curiosidad, mientras esperaba que Olli siguiera hablando. Deseaba que Olli siguiera hablando.

—Trine —dijo al fin la especialista en drones.

—Aquí y presente.

—Ven. Necesito tu ayuda. Yo… Me fallan muchos sistemas. Me dieron un buen golpe.

—No soy técnico —dijeron el colmenero con inseguridad.

—Podéis moveros en el vacío, banda de cucarachas de mierda. Te necesito aquí para que hagas lo que puedas con el escorpión antes de que mi soporte vital se rinda. ¿Vale? Lo haría yo misma, pero estoy demasiado ocupada con lo de salvaros el culo.

—Bueno, en ese caso, me rebajaré —accedieron Trine con dignidad—. Mirmidón Solaz, como se me pidió. —Le entregaron algo a la parteni—. Por si no vuelvo de este…

—¡Vete y ya está! —le gritó Kris. La cara fantasmagórica pareció mortalmente ofendida, aunque se marcharon.

«Entraré otra vez. Saltamos», intentó decir Idris. Pero no pudo articular las palabras, probablemente porque le parecía que no respiraba. Solaz estaba en ello. Lo que le hubiera puesto en el corazón conseguía oxigenar la sangre, al menos hasta que sus propios órganos volvieran a ocuparse de la tarea. El cerebro seguía alimentado, y era todo lo que necesitaba. Movió los ojos para transmitir su agradecimiento, pero ella no tenía tiempo para eso, absorta en la labor de mantenerle con vida.

Así que continuó, pasándole otro listado de datos a Olli, manteniéndoles siempre un salto por delante del siguiente movimiento del Arquitecto. Y se obligó a volver a llevar su mente al interior del ser, e intentó retomar donde lo habían dejado. «Si no nos odias, ¿por qué nos matas?». Encontró una enorme pared de pensamiento alienígena y la escaló, poniendo las manos en los huecos entre conceptos sin nombre. Navegó por contradicciones lógicas imposibles, descubriendo una mente tan antigua que no era posible aplicarle las medidas humanas de tiempo. Un foco tan potente que podía rehacer un planeta a nivel molecular, no como

una demostración de fuerza bruta, sino de cuidadosa y amable artesanía. Colocando cada átomo en el lugar perfecto. Con un propósito.

«¿Y cuál es el propósito?». ¿Por qué los Arquitectos reconstruían el universo, un mundo tras otro? ¿No sería simplemente porque podían?

Otro fallo por poco, las maldiciones distantes de Olli, Kris intentando contactar con la *Blake* y la *Hija del Trueno*. Idris volvió a escapar del Arquitecto, arañándole para agarrarse, cayendo en picado para siempre. El espacio a su alrededor era una constelación de naves, con cientos de Puntos Cero uniendo sus motores gravitacionales para fracturar las espinas de cristal. Todo mientras los disruptores de masa de la *Hija del Trueno* disparaban y golpeaban sin ningún ruido y la *Blake* desencadenaba el infierno. Emitía tales salvas abrasadoras de acelerador que ni siquiera el Arquitecto podía atrapar cada partícula. Y aun así no era suficiente. Ni siquiera era una centésima parte de lo necesario. Eran moscas en la cara de *Dios*. Sólo tenían la potencia suficiente para merecer ser aniquilados.

E Idris todavía intentaba llegar al centro del Arquitecto. Llamaba a las puertas de su cerebro, pero no podía entrar.

—Un nuevo desafío. ¡Inesperados problemas potenciales! —informó Kit. Distribuyó más datos en los tableros mientras intentaba apuntalar su escudo. Idris volvió en sí y se dio cuenta de que otra nave había tartasaltado en medio del combate. La lancha militar hum que les había dado el alto cuando salieron del orbital.

«No pueden ir en serio. ¿Vienen a arrestarnos? ¿No saben que hay una guerra en curso?». La nave del Hum se tambaleaba, con su tripulación sufriendo el shock del salto intrasistema. «Pero si han podido tartasaltar, eso quiere decir…».

Sintió entonces otra mente que toqueteaba la consciencia del Arquitecto. Andecka Tal Mar, la voluntaria. Habría venido hasta aquí ofreciéndose una vez más, intentando aportar su granito de arena.

Envió otra serie de coordenadas a Olli. Y Trine debían estar haciendo algún bien ahí abajo, porque seguía viva y dirigía la nave. Hubo la conmoción de un nuevo salto y luego no podía ver, no podía abrir los ojos. Estaba la voz de Kris, la voz de Solaz, todas

muy distintas. También las alarmas ululantes, el fondo común a los problemas de todos.

«Quizá llegamos al límite de la capacidad del equipo médico de la *Buitre*. Bueno, entonces…».

Podía sentir a Andecka ahí fuera, peleando y fracasando… pero llamando la atención del Arquitecto, siquiera por un instante. No podía coordinarse con ella, pero sí adaptarse a lo que hacía. Se deslizó a su lado, aprovechando las brechas que había abierto en la concentración del Arquitecto. La mente del ser estaba en otra parte mientras intentaba descubrir la causa de esa molesta picadura.

Y estuvo dentro.

Ocurrió así de fácil, la inserción perfecta de una mente en otra. «Enhebra la maldita aguja una última vez». Y se encontró en un lugar de inquietante placidez, de pura calma zen. Un solo paso en cualquier dirección y podría verlo todo: la batalla, las naves, el planeta, el universo entero… Todo tan remoto como si estuviera pintado en un estilo abstracto, expresionista, en un lienzo colgado sobre una pared. Una forma de ver el universo que lo hacía parecer poco más que una obra de mala calidad: algo que se podía reimaginar, perfeccionar.

Sintió entonces una presencia, aunque no la acechante y melancólica que aguardaba en el nospacio. Esto era algo trascendente y hermoso, sabio pero infinitamente destructivo. Era aquello a lo que había gritado «¡estamos aquí!» mucho atrás, en Lux Lejana, hacía tanto tiempo, y que puso fin a la guerra. Era la mota de un «yo» en la vasta estructura de cada Arquitecto.

Esa cosa fue consciente de él. No como lo era de las naves, a las que consideraba partes residuales y abrasivas del universo externo que debían ser superadas fácilmente para cumplir su objetivo. Consciente de él, de Idris Telemmier: el individuo pensante, el intermediario.

«¿Por qué? Por favor, para». Intentó retratar a toda la gente en Berlenhof y fracasó casi de inmediato, pero algo funcionó. Percibió una especie de respuesta que no eran pensamientos, ni sensaciones. Eran descomunales bloques de intenciones y deseos que tenían que pasar por un embudo, que debían triturarse en porciones casi insignificantes para que pudieran ser captadas por la mente humana.

No os odiamos.

No queremos mataros.

Y luego Idris vio un aluvión de imágenes cuando el ser desgarró sus recuerdos, fragmento a fragmento. Le diseccionó, esparció todos los contenidos de su mente en una mesa. Los catalogó, los archivó, intentó comprender esas extrañas pruebas de la existencia de una primitiva civilización a punto de extinguirse.

Él se descubrió pensando, sin quererlo, en el Comité de Enlace. Y en el boyardo Piter Uskaro, intentando adueñarse de él a través de leyes magdanas. Pensó en los colmeneros luchando para conseguir la independencia de sus creadores humanos. En las partes más oscuras de la historia de la vieja Tierra, cuando todavía se enseñaba. En cadenas y grilletes, coacciones, autoritarismo y propiedad. El Arquitecto encontró todas estas cosas, clasificó los contenidos de su mente y los juzgó relevantes para el tema en discusión.

Él seguía esperando que su reacción fuera la de un amable abuelito, un dios de barba blanca, o acaso un demonio monstruoso. Pero el ser no podía reducirse a algo tan banal o humano. Todo lo que podía hacer era pasar por encima de sus pensamientos como alguien que pasea por una playa y se queda con los restos que llaman su atención bajo el sol… hasta que él comprendió.

«Ya has parado antes».

Látigos, torturas, cadenas, órdenes, castigos, esclavitud.

«Por favor, aquí no. Ahora no. Por favor».

Ahora había captado toda la atención del Arquitecto. Ahí fuera, la *Hija del Trueno* y las otras naves seguían combatiendo de manera ineficaz contra su sustancia. Pero había dejado de responder. Toda la tremenda majestuosidad de su atención estaba puesta en Idris Telemmier, intermediario de primera clase.

«Por favor…».

Los instantes cayeron sobre él en una cascada, robados de su memoria para tirárselos a la cara. Dolor, pérdidas familiares, traumas, amor, abrazarse a Solaz en el campamento. Soltar cosas desagradables sobre Rollo, porque quería al hombre como si fuera de su familia y eso era lo que se hacía. Gritar a Havaer Mundy en la estación Pulmón-Cuervo, porque le aterrorizaba terminar en el Comité de Enlace y sufrir todas sus maldades.

«Por favor…». Ahora se lo pedía a sí mismo. Porque no quería ser el hombre que fracasó en salvar Berlenhof. Porque, aunque con seguridad se estaba muriendo, nunca sería capaz de vivir con ello.

Un instante de claridad diáfana.

La aceptación del dolor, el deseo de volver al castigo. Porque, de los dos que estaban allí, uno debería afrontar el fracaso. Las opciones eran que Idris se castigara o que el Arquitecto sufriera la ira de… «¿Quién? ¿Qué podría existir capaz de someterles?». Pero había algo: eso era lo que Idris había aprendido. Había un plan detrás de los Arquitectos. Un propósito que no les era propio. Una mano que restallaba el látigo.

«Por favor…».

Y partió, con toda su inmensidad cayendo al nospacio desde la realidad. Abandonó el sistema de Berlenhof dejando atrás, esparcidos, restos esculpidos y naves que giraban.

30

Kris

Cuando Idris recuperó la consciencia, era Kris quien hacía el turno de vigilancia. Había pasado el rato grabando respuestas a las demandas del Comité de Enlace, todas mencionando el nombre de Idris. Algunas de las peticiones hablaban de patriotismo. Algunas mencionaban la recuperación de Idris y su necesidad de cuidados especializados. Bastantes más mencionaban cuestionables derechos legales. La verdadera preocupación de Kris se dirigía a lo que no se mencionaba. Le preocupaba que convocaran apresuradamente a algún grupo de representantes del Hum para cursar una orden ejecutiva que les permitiera enviar una expedición a por Idris por el bien de las Colonias. Eso la dejaría sin ninguna opción legal para detenerles.

Estaban en uno de los orbitales de Berlenhof, pese a las invitaciones a disfrutar de mejores instalaciones en el planeta. Y Kris se había asegurado de que atracaran en el mismo muelle que la averiada *Espada Celestial*: cualquier cosa con tal de mantener a raya al Hum. También la muy dañada *Hija del Trueno* del Partenón se encontraba en una órbita cercana, vigilante. La tripulación de la *Buitre* seguía sacando partido a las muy cuestionables credenciales como embajador de Trine, que la Asamblea colmenera, o al menos sus representantes en Berlenhof, no habían llegado a revocar por algún motivo. Kris no tenía idea de si la Asamblea estaba envuelta en algún complejo juego, o simplemente era incapaz de entender los matices de la situación. Los colmeneros eran raros, más humanos que los humanos un minuto, completamente alienígenas al siguiente.

Luego Idris graznó algo y ella le miró cuando al fin abrió los ojos. En otra parte de la sala, Trine se movieron de repente, con la cara parpadeando para encenderse con su habitual sonrisa de ligera superioridad. Trine tenían que estar allí, al parecer, para que el lugar mantuviera su estatus diplomático. O al menos entendían así sus competencias.

Kris echó un rápido vistazo a los datos médicos, que parecían estar dentro de parámetros correctos. El doctor del Comité de Enlace le había atendido, aunque cuando descubrió la cantidad de cosas que le habían pasado al pobre cuerpo de Idris estuvo a punto de abandonar. Anunció muy enojado que no había nada más que pudiera hacer. Al parecer, la tripulación ya había roto cada regla de su profesión y pisoteado el juramento hipocrático de paso. Aunque Kris sospechaba que él no cumplía muy a rajatabla ese juramento, considerando para quién trabajaba.

—Pues nada —dijo Idris tranquilamente mientras Kris enviaba una alerta a Kit, Olli y Solaz—. Me siento fatal.

—Empiezo a pensar que buscas pelea con los Arquitectos porque es la única forma que tienes de dormir una noche —repuso ella. Era una frase tremendamente ingeniosa, había consumido eras elaborándola mientras esperaba junto a su cama. Pero fastidió el efecto porque le salió con voz temblorosa—. ¿Cuánto recuerdas? ¿Es que… siquiera recuerdas algo?

—Demasiado —contestó con voz ronca—. Recuerdo que el Arquitecto se fue. Y eso cuando… La verdad es que me acuerdo de que me dolía todo. Aunque puede ser solamente lo que siento ahora, porque tengo dolor por todas partes. Maldita sea, Kris, sentí que me moría.

—Puede que murieras —señaló ella.

—¿Otra vez, eh?

—Tú… Solaz dijo que perdiste todas las funciones cerebrales.

—¿Y eso?

—Nada durante diez minutos. Luego volviste como si nunca te hubieras ido. Eso es lo que dijo. Entiéndelo, yo estaba ocupada gritando a la nave del Comité de Enlace.

—Estaban ayudando también —explicó él—. Uno de ellos, al menos.

—Bueno, eso lo sé ahora.

—Creo… —Y sus ojos dejaron de verla, y a la habitación, o cualquier otra cosa cotidiana—. Creo que se llevó mi mente.

—¿Qué?

—Reprodujo el patrón de mi mente. Todas las pequeñas corrientes eléctricas, la organización exacta que conforma mi ser, la reconstruyó en su interior. Y luego, cuando terminó, me devolvió a la existencia. Exactamente como era antes. Cada neurona en el mismo estado en que la encontró.

—Eso es obviamente imposible. Probablemente Solaz se equivocó. Quiero decir, no es doctora. Quizá tu cerebro murió y ya está.

—O eso, sí. —Idris parpadeó filosóficamente y levantó una mano para rascarse el pecho. Kris le detuvo—. ¿Qué? Parece… que tengo una cicatriz ahí.

—La tienes, sí. —Kris miró a Trine, que intentaba parecer desinteresado.

—El tipo de cicatriz que se ve cuando se hace una autopsia. Una gran Y, ya sabes —no pudo evitar añadir Idris.

—Es cierto. Solaz te abrió —confirmó Kris.

—¿En la cápsula de mando de la *Buitre*?

—Ahí mismo, sí. —Kris empezó a sentir la tensión de los últimos días, toda de golpe. Se apretó las manos para que dejaran de temblar—. Lo hizo porque se te había parado el corazón y no pudo reanimarlo. No reaccionabas a las drogas ni a las descargas que te dio, y no teníamos nanotecnología. Pero pensó algo más. Tenía un plan de emergencia.

—Supongo que consiguió ponerme de nuevo en marcha, de algún modo. —Idris parecía como si quisiera comprobar la sutura que había cerrado la incisión—. ¿Me puso algo ahí?

—Así es —observaron Trine—. Algo.

—Entonces, ¿el qué?

—A mí.

Idris abrió la boca, la cerró. Levantó las cejas.

—A petición de la buena mirmidón, le doné tres de mis unidades para actuar como marcapasos. Ella las empleó para reanudar y dirigir tus funciones cardíacas. Siguen dentro de ti, así que supongo que esto nos convierte en familia o algo así. Personalmente, la sensación de parentesco es fuerte en mi interior. Estoy seguro de

que es también tu caso.

Idris tocó tentativamente con los dedos los bordes de la sutura, sin dejar de mirar a Trine.

—Se encuentran en comisión de servicio autónoma dentro de tu sistema cardiovascular, separadas de mi enjambre. No me dedicaré, ja, ja, a dar tirones a las fibras de tu corazón, mi viejo compinche convertido en pariente muy cercano, no te preocupes. —La cara de Trine reflejaba una autosatisfacción verdaderamente insufrible.

Luego fueron llegando los demás, Kit el primero, después Olli en su andador, y al fin Solaz, de uniforme. Le dirigió una mirada a Kris en la que le preguntaba: «¿Está entonces bien de verdad?», y la abogada asintió.

—Oh, vaya —observó Olli—. Pareces perjudicado de verdad.

—Gracias —dijo Idris con amargura, y luego parpadeó—. Tú también estás hecha un cromo.

La piel expuesta de la especialista estaba salpicada de venas rotas y el blanco de sus ojos se había convertido en un rojo uniforme.

—Es porque Trine es un mecánico de mierda —le acusó.

—Sigues viva, ¿no es así, mi querida ingrata? —repusieron Trine —. Y yo añadiría que he llevado a cabo algunos trabajos mecánicos en vuestra nave…

—¡Penosos!

—… y aun así, soy el único que no ha conseguido ningún tipo de recompensa —terminaron altivamente el colmenero.

—Todos los contratos deben ser negociados antes de su ejecución —repicó alegremente Kit. El hanni parecía haber salido de toda aquella ordalía mejor que cualquiera de los demás.

—Quizá deberíamos empezar a cobraros por el uso de nuestra embajada —sugirieron Trine.

—¡Abierto, a la negociación! —anunció Kittering.

—Así que… —Idris miró de uno al otro—. Por favor, informadme. El Arquitecto se fue. Dado que estamos donde estamos, asumo que no ha vuelto todavía. ¿Qué pasó después?

—Han pasado dos días —le explicó Kris—. La mayor parte de lo que ha ocurrido es que hemos estado dando vueltas alrededor de tu cama… porque todo el mundo está profundamente interesado en ti.

—Kris ha estado actuando como parapeto —señaló Olli en tono

aprobador—. ¿Cómo lo dijiste, Trine?

—Pidiéndole a la gente que se fuera al infierno de tal forma que disfrutasen el viaje —explicaron el colmenero—. Es un privilegio contar contigo en nuestro personal diplomático.

—Pero… habrán estado haciendo otros preparativos —dijo débilmente Idris.

—Creo que el consenso es que todos nos hemos llevado un buen susto, pero que la Segunda Guerra con los Arquitectos fue atajada antes de empezar. Gracias a ti.

Algo zumbó en el pecho de Idris, en el límite de lo audible, mientras varios componentes de Trine hacían algo para modular sus latidos.

—Pero no ha terminado de verdad. No ha sido atajada en absoluto —les explicó, y ante su sorpresa colectiva, continuó—: Van a volver. Tienen que hacerlo. No es que quieran, pero lo harán… ¿La gente piensa de verdad que se acabó? ¿Y van a empezar otra vez con el politiqueo? —Sonó un zumbido más alto ahora, mientras intentaba salir de la cama.

—Idris, no puedes… —empezó Kris, pero él movía la cabeza con los ojos abiertos como platos.

—Necesito contárselo a la gente. Necesito decírselo. A Borodin, a Tacto, a quien sea. Llamadles, traedles… Trine, haz cosas de embajador, lo que sea.

Havaer

La jefa Laery no era mucho de conversar dando paseos, por motivos obvios, pero esta vez decidió tomar un camino más largo junto a Havaer Mundy. Caminaban por una galería con vistas en el satélite que se había convertido en sede de la Oficina de Intervención, y por tanto de facto en la nueva Casa Ácida. Ella llevaba puesta una estructura humanoide, sutil, bajo la túnica. Si no escuchabas los ruiditos de los servos ni te fijabas en el extraño contorno de las caderas, te podía pasar inadvertida. Havaer acortó su propio paso largo habitual para caminar a su ritmo.

—Te has tomado muchas libertades esta vez —dijo ella, mirando a la inmensidad estrellada tras los cristales. El horizonte azul de

Berlenhof justo empezaba a mostrarse bajo sus pies.

—Soy consciente de que existe un expediente disciplinario a mi nombre, jefa, pendiendo sobre mi cabeza —confirmó él, estoicamente. Había cruzado varias líneas para sacar a Telemmier de la custodia del Hum, y eso había dado frutos. Pero el éxito no significaba que esas lineas se hubieran movido mágicamente hasta colocarse bajo sus sandalias.

—Ah, el drama… —repuso ella despectivamente—. Ahora no, Havaer. Se quedará en tu ficha. Te acompañará, listo para hacerte pagar por ello, pero ahora mismo necesitamos todos los buenos agentes disponibles. Incluso a los que tienen una molesta tendencia a tener ideas heterodoxas. Quizá a ésos en particular. ¿Por qué lo hiciste, en resumen?

—Porque había hablado con él, había predicho el regreso de los Arquitectos, y tenía más información que cualquier de nosotros.

—La gente que dice esas cosas es a la que detenemos, no a la que ayudamos a actuar —observó ella con sequedad—. Aunque en este caso los resultados hablen por sí mismos.

—Ahora me pedirá que vaya a traerle, si no entiendo mal.

—No es algo fuera de lo posible —confirmó—. Aunque si Borodin y sus payasos hacen su trabajo, puede que no sea necesario actuar. Y temo que nos quiten el asunto de las manos. Pero debemos afrontar el siguiente problema: ¿ha estado alguna vez en la Hegemonía, Havaer? En la de verdad, no en alguna colonia humana renegada.

—Un par de veces. Ése es nuestro siguiente problema, ¿verdad?

—Todo el asunto del hierograve, Sathiel, y sus falsas pruebas sobre los Arquitectos. No me gusta. Creo que los essiel pueden haber mordido más de lo que son capaces de tragar cuando empezaron a aceptar conversos humanos. Los cultos humanos tienden al proselitismo, que es contrario a la dinámica pasiva de la Hegemonía. Recuerda mis palabras, tendremos algunos conflictos por ese motivo en los próximos años.

—¿La Hegemonía ha hecho alguna declaración oficial sobre la *Oumaru*?

—No creo que los essiel comprendan el problema. Está por debajo de su radar. Aunque me gustaría pensar que hemos causado algún trastorno cuando mostramos que sus malditas reliquias no

sirven realmente para tanto. Eso me gustaría mucho. Bajarles al barro en el que estamos los demás. —Ella se rio entre dientes, un hecho singular—. Y aquí están nuestras visitantes, justo antes de la hora prevista. La legendaria eficiencia de las ángeles guerreras…

—Yo no… —Havaer entrecerró los ojos para mirar el vacío. ¿Había tres puntos de luz que no estaban un momento antes? Se movían en ángulo hacia Berlenhof, en una aproximación oblicua.

—La *Dama de la Noche*, la *Hermana de la Misericordia* y la *Reina Bruja* —enumeró Laery, mirándolas más allá de su propio reflejo—. Sí: el Partenón tenía tres naves de guerra a corta distancia, sólo a unos días de camino. Hasta que anunciaron su llegada, ni sabíamos que existían. Es difícil conseguir información de allí. No se pueden infiltrar espías en esa sororidad.

—Sé que también han llegado nuestros refuerzos —comentó Havaer con cautela. Numerosas naves militares coloniales habían aparecido en los últimos días. Habían sido convocadas por paqueteras y por la primera ola de refugiados de Lux Lejana, y venían para verse las caras con un Arquitecto. No habrían llegado a tiempo, de todas formas.

—Parecía que podríamos mantener en su lugar a Tacto y su banda, hasta que han llegado esas naves. Aliadas que podíamos devolver a sus lugares de origen una vez que ya no las necesitásemos. Pero con la *Hija del Trueno*, la *Espada Celestial* y estas recién llegadas, ellas pueden pegar más fuerte que nosotros, si llegara a darse el caso.

—No llegará a darse.

—No llegará a darse porque ahora sabemos que pueden pegar más fuerte —replicó Laery con humor sombrío. Se encogió de hombros, pero no su exoesqueleto, lo que resultó en una contorsión extraña—. Sí, estoy segura de que te sentirás decepcionado, pero tu expediente tendrá que esperar. Necesitamos todos el personal posible, agente Mundy. Tanto ahora como en el futuro previsible.

Kris

—¡Estamos en nuestro derecho de considerar esto como un acto de

guerra! —fue lo primero que Kris escuchó cuando la tripulación entró. Porque esta vez los diplomáticos habían empezado sin ellos. Las conversaciones tampoco tenían lugar en una nave parteni, sino en una sala de conferencias bien acondicionada en el orbital hum. Aunque a Kris le pareció que los asistentes preferían estar de pie y gritarse más que sentarse cómodamente.

—Si quieren interpretarlo como un acto de guerra, es cosa suya. Pero entienda adonde le conducirá eso, *menheer* Borodin —fue la ácida réplica de la monitora superior Tacto—. Sin embargo, haciendo uso de mi condición de diplomática, diría que nuestra armada de refuerzo demuestra nuestro compromiso con la humanidad en general, no sólo con nuestra propia gente. Y nuestra determinación de defenderla contra cualquier amenaza.

Olli avanzó con su andador hacia la mesa central. Tiró ruidosamente un par de sillas en su camino, haciendo sitio para ella e Idris, que usaba otro andador conducido por ella. A él no le había gustado la idea, pero estaba casi seguro de no poder desenvolverse por sí mismo.

—Ah, *menheer* Telemmier. —Borodin volvió a sonreír con suavidad hacia ellos como si no hubiera estado gritando a la parteni un momento antes—. Me encanta volver a tenerle entre nosotros. Me han pedido que le haga llegar formalmente el sincero agradecimiento del Consejo de Intereses Humanos. Sus acciones evitaron un desastre humanitario que no hemos visto desde la guerra. Y tengo que añadir mi agradecimiento personal. Le debemos mucho.

—¿Y eso significa que esta vez van a escucharme? —preguntó Idris con aspereza. A los ojos críticos de Kris, le seguía pareciendo un cadáver al ciento diez por ciento, desplomado en el andador con los pies desnudos colgando.

Borodin dirigió una mirada de reojo a Tacto, que se limitaba a observar la escena. Al no encontrar ayuda, se sentó para ponerse a la misma altura de Idris.

—Por supuesto, *menheer*. E imagino que usted y su tripulación quisieran obtener algún tipo de reconocimiento… ¿más específico?

—No se ha terminado —dijo Idris—. Van a volver. Puede que aquí, puede que en otro sitio… y pronto, además. No dentro de años, no en décadas. Pronto.

El rostro de Borodin se volvió inexpresivo.

—Con todo el respeto, *menheer*, ¿cómo puede saber algo así?

—Estuve en su mente —empezó Idris, cansadamente—. Hizo cuanto le fue posible para hacérmelo saber. Para hacerme entender qué es lo que está pasando. Los Arquitectos no hacen esto por diversión. Alguien les obliga a venir. Obedecen órdenes, son los siervos de alguien. Algo que quiere que desaparezcamos, todos.

—¿Todos los humanos?

—Todos los seres pensantes. Mire a la especie de Ash. A los naeromathi. Y les tocará a los hanni y los castigar cuando corresponda. Somos su proyecto actual. Quieren que desaparezcamos, o que al menos no estemos concentrados en planetas. Y no me pregunte la razón. No la sé. No creo que la sepan tampoco los Arquitectos. Si es que tienen un concepto para definir las «razones». Se reconocen a sí mismos también como vida pensante. En eso somos afines. Los Arquitectos se fueron cuando les enfrentamos a ese hecho. Pero ahora sus dueños les han ordenado que vuelvan. Porque a ellos no les importa una mierda.

—¿Dueños o creadores? —preguntó Tacto, con admirable sangre fría.

—Ni idea —dijo Idris, con un doloroso encogimiento de hombros.

—Bueno… —Borodin tragó saliva. Y sin duda ya se estaban enviando mensajes de pánico desde el orbital, remitidos por los secretarios que escuchaban la conversación—. *Menheer* Telemmier, espero que se equivoque.

—*Menheer* Borodin, he estado dentro de la mente de un Arquitecto. Si tiene a alguien que haya estado en mejor posición para saberlo que yo, que venga. Que exponga sus ideas. ¿Qué le ha contado Andecka Tal Mar?

—Que llegó tan lejos como pudo —admitió Borodin.

—Muy bien. La guerra sigue, *menheer*, monitora. Puede que le hayamos conseguido a Berlenhof un periodo de gracia, pero eso es todo. Y ahora que he dicho lo que tenía que decir —Kris vio cómo buscaba al resto de la tripulación con la mirada—, vámonos.

—Debe de tener algo más que contarnos —añadió Borodin a toda velocidad—. Lo que ha aprendido, lo que experimentó… Necesitamos saberlo todo.

—Les enviaré un informe.

—*Menheer* Telemmier, de verdad que le necesitamos. Antes pensaba que le necesitábamos, pero ahora… Si los Arquitectos siguen siendo una amenaza, más que nunca. —Borodin se había vuelto a levantar, empujando hacia atrás su silla—. El Comité de Enlace quiere…

—Por encima de mi cadáver.

—*Menheer*…

—Mi cliente —interrumpió Kris, y el diplomático la fulminó con la mirada— quiere ejercer sus derechos de libertad de movimiento y asociación como ciudadano colonial. No existe ninguna legislación concreta que los restrinjan en estos momentos. Además, viaja bajo la protección del embajador delegado Trine, que se encuentran aquí a mi izquierda. Mi cliente interpretará cualquier intento de evitar que salga de esta sala, o de este orbital, como un ataque contra sus libertades. También podría considerarse como un acto de agresión contra la Asamblea colmenera en su conjunto. Cualquier acción hostil llevada a cabo por el Hum podría suponer una reacción diplomática por su parte. —La verdad es que no era más que palabrería. Apenas le daba a Idris ninguna protección real contra el Hum. Sin embargo, bastaría con que Borodin se quedara con la sensación de que el Partenón o incluso los colmeneros— pudieran tomarse esas advertencias en serio. Esa incertidumbre dejaba una rendija que quizá bastara para escurrirse por ella.

Borodin parecía enfermo, casi desesperado, y el delgado barniz de la formalidad se iba despegando.

—*Menheer* Telemmimer —dijo con suavidad—, no dé la espalda a su pueblo, por favor. Estamos absolutamente necesitados de intermediarios, una nueva promoción que proteja a nuestros mundos contra los Arquitectos o sus dueños. Santa Xavienne murió. Hemos perdido a la líder e inspiración de los intermediarios, la piedra angular. Necesitamos que tome el lugar de Xavienne. Ni siquiera tendrá que volver a enfrentarse a ningún Arquitecto. Sólo ayudar al Programa de Intermediarios. Y créame, no le faltará de nada. Las Colonias le convertirán en su héroe.

—Pare. —Fue una petición apenas audible—. No puedo. No soy tan fuerte como Xavienne. No puedo hacerlo.

—Ha demostrado ser… —empezó Borodin, pero Idris alzó una

mano temblorosa.

—Xavienne tuvo que vernos morir. A nosotros, a voluntarios, la primera promoción. Recuerdo las caras de todos los que estábamos allí al principio, los que no sobrevivieron al entrenamiento, la cirugía, el tratamiento químico. Los que no sobrevivieron a su intento de convertirnos en ella. Y vi cómo eso la hería, cómo sentía cada muerte. Pero siguió adelante, porque tenía que hacerlo, y los demás seguimos por lo mismo. Porque había una guerra en curso. Treinta, *menheer*. Treinta de nosotros salieron del Programa como inters. Y ahora tienen al Comité de Enlace, y toman a criminales y los meten en la fábrica. Si tienen suerte, sale vivo un inter de cada cien que pasan por la picadora. Y esos inters suyos, ¿quiere saber algo de ellos? Son inútiles, *menheer* Borodin. Nunca podrán rechazar a un Arquitecto. Ninguno, o casi ninguno.

Si Idris parecía muerto al ciento diez por ciento, Borodin ya debía andar por el ciento veinte.

—¿Por qué…? —intentó comenzar.

—Porque no quieren estar ahí. Son esclavos.

—Un contrato de…

—Esclavos. Trabajadores forzados sin derecho a elegir. ¿Y sabe lo que son los Arquitectos pese a todo su poder? Esclavos, *menheer*. Y cuando eres un esclavo enviado a castigar a alguien, y ese alguien manda a su propio esclavo a rogar por la vida de su amo, ¿cómo de bien cree que será recibido? Voluntarios, *menheer*. Animen y cuiden a Andecka Tal Mar y a todos los que haya como ella, los que se presenten voluntarios al proceso. Sobrevivirán más, para empezar, y los que lo consigan valdrán la pena… No sólo como mansos pilotos comerciales, sino como alguien capaz de defender sus mundos.

Kris miró la cara de Borodin y vio su rápido cambio de idea.

—Habrá voluntarios —prometió—. Una vez que la gente entienda que ha vuelto la amenaza, y que es real, darán un paso adelante. Como hizo usted en la guerra.

Idris asintió, con aspecto derrotado.

—Probablemente lleve razón —susurró—. Pero aun así no podría verles morir. Porque nuestros cerebros ya no son lo mismo, los de ninguno de nosotros. Cada uno se ve limitado de una forma distinta cuando se intentan moldear a la manera del de Xavienne.

Es estúpido, un desperdicio. Y sobre todo, un fracaso. No podría vivir con ello. Lo siento, *menheer*.

—*Menheer* Telemmier —dijo Borodin con el tono más razonable, pese a su palidez—, se compensará a su tripulación. Se le compensará a usted. Haremos todo lo posible para aislarle de los… aspectos más negativos de la tarea. —Parpadeó—. ¿*Menheer* Telemmier?

Una punzada de preocupación alcanzó a Kris, porque Idris estaba muy quieto. No era inconcebible que se muriera justo allí y entonces. Pero habló al fin.

—No. —Aunque el tono era pensativo—. No, *menheer*. No soy su hombre. Y sin duda volveré a enfrentarme a los Arquitectos. Probablemente muera al hacerlo, la próxima vez o la siguiente. Porque éste es un juego en el que incluso la victoria mata. —Movió la cabeza, y de repente todo le pareció divertido—. Oh, *menheer*, no abandonaré a nadie. Simplemente, no voy a asumir esa responsabilidad. Me presenté voluntario en su día porque hacía falta. Y ayudaré cuando toque por la misma razón. Sin embargo, no me acercaré a usted ni a su Comité de Enlace. Ni ahora ni nunca.

Solaz

La monitora superior Tacto se había marchado a la *Hija del Trueno* antes de que terminaran las distintas conversaciones con la tripulación de la *Buitre*. Así que Solaz tuvo que requisar otra paquetera para que la llevara del orbital a la nave de su superiora. Y en todo momento, desde que salió, le preocupó que la *Dios Buitre* pudiera haberse marchado para cuando volviera. Quizá la tripulación reconsiderara lo que habían dicho, y simplemente se fueran. No importaba lo que ella o cualquiera pretendiera, no era del todo una más… y puede que nunca llegar a serlo.

El cuarto de Tacto tenía representaciones holográficas de todas las naves parteni presentes en el sistema proyectadas por las paredes, con las cinco naves de guerra a su disposición como protagonistas. No cabía duda de que habría más fuerzas del Hum en camino, y ese exhibicionismo probablemente terminaría con alguien

haciendo algo imprudente, salvo que el Partenón se retirara. Al fin y al cabo, el Hum no podía retirarse porque estaba desplegando fuerzas sobre su capital administrativa. Ese tipo de situación hacía que Solaz se alegrara de no ser diplomática de carrera.

—Has pedido una reunión en persona, así que entiendo que has venido para un informe final de tu misión —comentó Tacto. Estaba mirando las imágenes de las naves de guerra: cada una con el rostro de su ejemplar proyectado encima, todas con un parecido familiar.

—Así es, madre —confirmó. Tacto asintió.

—Cuando te envié a por Telemmier, nadie podría haber adivinado la que se venía. No tengo ninguna duda de que hiciste cuanto estuvo en tu mano para reclutarle apaciblemente. —Sacó un tablero virtual y despachó un breve comunicado. Las imágenes mostraron que se dirigía a la *Dama de la Noche*—. Por supuesto, los últimos acontecimientos nos muestran que necesitamos más que nunca un Programa de Intermediarios. Estamos buscando a los otros dos inters de la primera promoción que siguen con vida, aunque ninguno de los dos parece tan desafecto como Telemmier. Por otra parte, comprendo que él no es de los que se doblegan. Ni ante ellos, ni ante nosotras, ni ante nadie.

Solaz suspiró profundamente.

—Madre, se unirá a nosotras.

Tacto se quedó inmóvil.

—Acláramelo, hija. ¿Estás señalando un hecho o tu confianza en un futuro cambio de opinión?

—Ha aceptado venir con nosotras y ayudarnos en nuestro Programa de Intermediarios. Bajo ciertas condiciones.

—Bueno, seguro que habrá condiciones. Es un espacial colonial, y nunca hacen nada gratis si pueden evitarlo. —Pero se percibía la emoción por debajo de la voz firme de Tacto—. ¿Cómo pudiste conseguirlo, Solaz? —Tacto le había dado por completo la espalda al plano con las naves, y ahora la flota parteni circulaba detrás de ella sin que pareciera importarle. Su gesto se arrugó bruscamente en una sonrisa extrañamente cariñosa, que parecía totalmente fuera de lugar en su cara—. No me digas que los mediotipos son verdad y que los coloniales son después de todo unos románticos incurables.

Solaz notó que se sonrojaba.

—No, madre. Idris… *Menheer* Telemmier sabe que

necesitaremos intermediarios… Bueno, toda la humanidad, toda la vida inteligente va a necesitarlos. Y no confía en que el Comité de Enlace ayude a todos. Lo que es más, el método colonial para conseguir intermediarios tiene fallos, es un desperdicio. Telemmier dice que sólo unos pocos tienen el tipo de cerebro adecuado, y no pueden saber antes de empezar si un voluntario cuenta con él o no. Pero…

—¿Sí?

Solaz miró a las naves, a sus capitanas, y vio en ellas los propios rasgos de Tacto, a sabiendas de que también eran los suyos. El legado genético del genio y la arrogancia de la doctora Parsefer.

—Nosotras somos menos variadas que los coloniales, madre. Si podemos entrenar una intermediaria parteni, seremos capaces de entrenar a muchas, con menos fracasos, menos pérdidas. «Sí». Por eso es por lo que apuesta Idris. Porque nuestra menor variedad genética tenga ese potencial. Porque podamos criar una promoción de inters sin matar a la mayoría, porque somos parecidas. Más parecidas entre nosotras que dos coloniales que no sean familiares cercanos.

Tacto digirió la idea por un momento, luego en sus ojos apareció una expresión astuta. Quizá se preguntaba si el que Idris y Solaz compartieran una historia no había jugado algún papel, después de todo. Solaz también se lo preguntaba, la verdad… Y ésos eran pensamientos extraños cuando se trataba de alguien que era del género equivocado y al que le había metido la mano hasta la muñeca dentro del pecho no hacía tanto. En esos mediotipos sách vé faim, los coloniales siempre se peleaban por alcanzar los corazones de la gente. Pero seguramente no se referían a eso.

—Dijiste que tienen condiciones —le recordó Tacto.

—Idris quiere traerse a la *Dios Buitre* y su tripulación.

—Seguro que podremos darles la viruta necesaria.

—No sólo quieren créditos, quieren un contrato con el Partenón —aclaró Solaz—. Quieren trabajar para nosotras de forma legal. Creen que eso les brindará algo de protección contra las interferencias del Hum. Por supuesto, harán cuanto puedan por saltarse los términos del contrato y demás. Lo habitual. Pero son buena gente, y buenos en lo que hacen. Y quién sabe cuándo podríamos necesitar una…

—Vieja nave de rescate hecha papilla —terminó Tacto por ella—. Sí, son tiempos extraños, en los que a veces se usan herramientas extrañas. ¿El académico colmenero van incluidos en el paquete? No puedo entender si es uno de ellos o no.

—El delegado Trine irán donde pueda aprender lo máximo posible sobre los Arquitectos. Lo que significa no comprometerse con nosotros ni con nadie. Pero si tenemos una oportunidad de investigación adecuada, vendrán a la carrera. Si les queremos.

—Les querremos —aceptó Tacto—. Lo que nos lleva hasta ti, ejecutora mirmidón Solaz. ¿Dónde encajas en todo esto?

Solaz se irguió, con la sensación de que su propio futuro se le escapaba de las manos después de ese resumen.

—Estoy a tu disposición, madre. Como siempre. Aunque… Me pregunto si esa *Dios Buitre* recién contratada no necesitará una oficial de enlace parteni. Para que nuestra nueva relación laboral funcione adecuadamente.

—Y supongo que te presentas voluntaria.

—Sí, madre.

Por un momento difícil pensó que Tacto se disponía a juzgarla. Algo sobre sentimientos impropios de una militar. El peligro de tener ataduras fuera de la propia sororidad. La perfidia de los coloniales en general y de los hombres coloniales en particular. Pero Tacto dijo algo más sencillo.

—Muy bien. Tienes una nueva misión. —Y miró a Solaz con una tenue sonrisa. Quizá, en su juventud, incluso habría visto la misma clase de mediotipos—. Llama a la *Dios Buitre* y di que aceptamos. Y que manden a ese pequeño factor hannilambra a discutir los términos. Que tampoco piensen que pueden dar cualquier cifra. Si quieren un contrato, lo tendrán.

—¡Sí, madre! —Y Solaz giró sobre sus talones y salió. Tenía un futuro ahí fuera, y era terrible. Incluía una guerra y planetas enteros muriendo a la sombra de los Arquitectos. Vivirían en una galaxia rota que debería unificarse para evitar que sus estrellas se apagaran una por una. Pero en ese momento su propia estrella le parecía brillante. Y sonreía para sí cuando fue a saludar a la *Buitre*.

Glosario

Arquitectos. Entidades del tamaño de una luna que pueden deformar planetas habitados o naves.

Aspirat. Servicio de inteligencia parteni.

Colonias. Los mundos humanos supervivientes tras la caída de la Tierra.

Comité de Enlace. Organismo encargado en la actualidad de crear intermediarios de forma masiva con propósitos comerciales.

Consejo de Intereses Humanos (Hum). Cuerpo de gobierno de las Colonias.

Culto hegemónico. Humanos que sirven y reverencian religiosamente a los essiel.

Cybernet. Sistema de inteligencia artificial responsable de supervisar un planeta o un orbital.

Hegemonía. Una coalición de especies dominada por los alienígenas essiel.

Intermediarios (inters). Pilotos quirúrgicamente modificados que pueden dirigir naves fuera de los pasajes del nospacio, desarrollados como armas contra los Arquitectos en la guerra.

Nativistas. Un movimiento político que cree en los humanos «nacidos puros» y en «la humanidad, primero».

Nospacio. Una tenue capa por debajo del espacio real, que puede usarse para viajar rápidamente por el universo.

Oficina de Intervención (Casa Ácida). Servicio policial y de inteligencia colonial.

Orbital. Un hábitat en órbita en torno a un planeta.

Partenón. Una facción humana desgajada, compuesta por mujeres criadas partenogenéticamente.

Pasajes. Caminos construidos en el nospacio por manos desconocidas y que unen planetas habitables. Sin un piloto especial, las naves sólo pueden viajar por los pasajes preexistentes.

Programa de Intermediarios. Organismo colonial creado en la guerra, responsable de la creación de los intermediarios.

Sociedad Cosecha Rota. Un cártel criminal de la Hegemonía.

Traicionados. Ala extremista violenta del nativismo.

Personajes

Tripulación de la *Dios Buitre*

Rollo Rostand. Capitán.

Idris Telemmier. Piloto intermediario.

Keristina «Kris» Soolin Almier. Abogada.

Olian «Olli» Timo. Especialista en drones.

Kittering «Kit». Factor hannilambra.

Musoku «Barney» Barnier. Ingeniero.

Medvig. Colmenerosos especialistas en búsqueda y catalogación.

Ejecutora mirmidón Solaz. Soldado y agente parteni.

Otros personajes importantes

El inefable Aklu, Cuchilla y Gancho. Gángster essiel.

El heraldo Ash. Peculiar profeta alienígena.

Heremon. Tothiat.

Jefa Laery. Superior de Havaer en la Oficina de Intervención.

Luciel Leng. Administradora del orbital Pulmón-Cuervo en Huei-Cavor.

Mesmon. Tothiat.

Havaer Mundy. Agente de la Oficina de Intervención.

Doctora Sang Sian Parsefer. Fundadora del Partenón.

Yon Robellin. Biólogo en Jericó.

Su Sabiduría el Portador Sathiel. Hierograve del culto hegemónico.

Albas Solier. Representante de la Casa Ácida en Tarekuma.

Monitora Superior Tacto. Superiora de Solaz en el Aspirat.

Livvo Thrennikos. Abogado corrupto de Tarekuma.

Xavienne «Santa Xavienne» Torino. Primera intermediaria.

Delegado Trine. Colmenero arqueólogo.

Boyardo Piter Tchever Uskaro. Noble de Magda.

Mundos

Amraji. Mundo destruido por los Arquitectos.

Berlenhof. Centro administrativo y cultural de las Colonias.

Huei-Cavor. Próspero mundo en tránsito entre las Colonias y la Hegemonía. Allí se encuentra el orbital Pulmón-Cuervo.

Jericó. Planeta salvaje repleto de ruinas originarias.

Lux Lejana. Planeta en el que los intermediarios terminaron la guerra.

Puerto Forthbridge. Donde Santa Xavienne consiguió entrar en contacto por primera vez con un Arquitecto.

Roshu. Un mundo minero conectado con varios pasajes.

Scintilla. Planeta famoso por sus facultades de Derecho y su código de duelos.

Tarekuma. Un planeta hostil, sin ley.

Tierra. Mundo destruido por los Arquitectos.

Especies

Castigar. Especie alienígena con distintas castas y formas, originalmente con aspecto de gusanos.

Colmeneros. Inteligencias compuestas de insectos ciborg, creadas originalmente por los humanos pero ahora independientes.

Essiel. Los «divinos» señores de la Hegemonía.

Hannilambra (hanni). Alienígenas con forma de cangrejo, comerciantes entusiastas.

Naeromathi (langostas). Alienígenas nómadas que deconstruyen mundos para usar los materiales en la creación de sus «Arcas Langosta».

Ogdru. Una especie de la Hegemonía que produce pilotos capaces de navegar por el vacío.

Originarios. Hipotética raza desaparecida largo tiempo atrás, responsable de los pasajes y de ciertas ruinas enigmáticas.

Tothiat. Híbrido del simbiótico tothir y de otra especie, con frecuencia humanos. Increíblemente resistente.

Naves

Catafracta. Nave de guerra parteni caída en Berlenhof.

Gamin. Carguero perdido en tránsito durante la guerra.

Cosecha Rota. Buque insignia del cártel criminal del mismo nombre.

Crithmum. Nave colonial en Jericó.

Dios Buitre. Nave de rescate capitaneada por Rollo Rostand.

Espada Celestial Nave de guerra parteni, tanto la original que fue destruida en Berlenhof como su reemplazo, en servicio en la actualidad.

Hija del Trueno. Nave de guerra parteni.

Madre Ascendente. Nave de guerra parteni.

Oscura Joan. Nave paquetera rápida parteni.

Oumaru. Carguero hegemónico perdido en tránsito.

Pitonisa. Nave parteni.

Raptórida. Yate privado del boyardo Piter Uskaro.

Sarco. Nave de la *Cosecha Rota*.

Cronología

107 Antes. Sondas enviadas por la Tierra a sistemas solares próximos atraen la atención de una nave alienígena. El primer contacto de la humanidad con extraterrestres se produce poco después. Una vez superada la repugnancia inicial hacia el aspecto de gusano de los castigar, los humanos empiezan a aprender acerca del nospacio, los pasajes y su entorno en el universo. Los propios castigar sólo llevaban viajando entre estrellas apenas un siglo, en el que acostumbraron a crear pequeñas factorías en muchos planetas, sin comprometerse con colonizaciones a gran escala. Las naves castigar llegan a acuerdos para transportar colonos terrestres a mundos habitables que habían descubierto. También dan a los humanos alguna información sobre los naeromathi y la Hegemonía.

91 Antes. La humanidad establece su primera colonia interestelar en Segundo Amanecer, un planeta con un denso ecosistema con vida similar a los hongos. Segundo Amanecer es un lugar plácido para los castigar pero demuestra ser duro para los humanos.

90 Antes. La humanidad establece una colonia en Berlenhof, un mundo cálido cubierto en un noventa por ciento por océanos. Prospera y es dominado por grandes compañías y familias acaudaladas.

88 Antes. Se establece una colonia en Lief, un mundo helado en un sistema con minerales valiosos en varios cinturones de asteroides. También se establece una colonia en Ámbar, un mundo caliente con

un ecosistema cristalino, donde los humanos deben vivir en cúpulas refrigeradas.

75 Antes. Se establecen varias colonias menores en otros sistemas con ayuda de los castigar, sobre todo con propósitos industriales. La dependencia de los castigar para el transporte se convierte en un problema para la expansión de la humanidad. Los científicos alienígenas trabajan con los humanos para ayudarles a desarrollar sus propios motores gravitacionales.

72 Antes. La primera nave humana con motor gravitacional, la *Bala de Newton*, da comienzo a una era de mayor expansión.

61 Antes. En el mundo boscoso de Lycos, los humanos descubren sus primeras ruinas originarias.

45 Antes. Un arca naeromathi llega al sistema humano de Cordonier y empieza a desmantelar algunas de las lunas del planeta habitado. Los intentos de contacto no tienen éxito y terminan por producirse enfrentamientos. Nunca se produce una guerra naeromathi-humanidad como tal, porque no existe un estado naeromathi formal al que declararla. Sin embargo, se avistan otras naves arca y se producen combates, con pérdidas por ambas partes.

25 Antes. Primer contacto con la Hegemonía essiel como resultado de los viajes de naves humanas. No hay hostilidades, pero para los humanos la relación es frustrante porque no parece ser posible una comunicación satisfactoria. Los diplomáticos humanos intuyen que los essiel parecen ofrecer una especie de relación de servidumbre. Sin embargo, les confunde que no parezca acompañarse de una amenaza. En retrospectiva, se deduce que transmitieron avisos implícitos sobre los Arquitectos, pero no de forma manifiesta. En las siguientes décadas, los emisarios humanos comprenden que la Hegemonía parece valorar las ruinas originarias, pero no las reliquias de esa especie fuera de los planetas donde se encontraron. Como resultado, varios mundos con ruinas originarias son vendidos a la Hegemonía.

22 Antes. En respuesta a las condiciones en la Tierra, y a lo que

consideraba como profundas debilidades de la naturaleza humana, la doctora Sang Sian Parsefer y sus aliadas fundan el Partenón. Diseñan genéticamente la que consideran como una versión ideal de la humanidad. El Partenón se crea como una fuerza militar y usa la crianza en cubas partenogenéticas como medio para crear seres humanos de forma artificial. Eso permite un desarrollo más rápido que los medios naturales. El Partenón amplía los límites de la ciencia humana y es percibido como una amenaza por el resto de la humanidad.

5 Antes. Una nave castigar trae a la Tierra al alienígena Ash, que avisa de la llegada de los Arquitectos. Pocos le toman en serio; los propios castigar nunca han encontrado Arquitectos. Pero algunas naciones y grupos hacen preparativos, de carácter limitado.

0. Un Arquitecto mayor que la Luna sale del nospacio cerca de la Tierra. Da una nueva forma al planeta, convirtiéndolo en una estructura extraña, enroscada, una imagen que se volverá familiar. Como consecuencia, desaparece toda vida del planeta y se pierde el corazón de la especie humana. Todas las naves disponibles evacuan tanta gente como pueden, pero quedan atrás miles de millones de personas. Las naves se dirigen a distintos mundos coloniales. Algunas consiguen llegar, otras sucumben por la insuficiente preparación para esos viajes. Comienza la poliáspora y la guerra contra los Arquitectos.

15 Después. La mayor colonia humana en el sistema solar, Titán, es deconstruida por los Arquitectos hacia el año 7. En los años siguientes, varias colonias extrasolares son igualmente aniquiladas. Todas las colonias humanas se encuentran en máxima alerta, con medidas dispuestas para la evacuación inmediata. Muchas colonias sufren escasez de alimentos o suministros. Los intentos de combatir a los Arquitectos no parecen ni siquiera captar su atención.

21 Después. La pequeña colonia religiosa de Encanto Prime establece comunicación con enviados de la Hegemonía y se convierte en la primera célula humana del culto hegemónico. A cambio, la Hegemonía establece un santuario, y la secta humana que les rinde culto afirma que la Hegemonía puede protegerles de

los Arquitectos. La mayoría de las demás colonias no les creen, y algunos aseguran incluso que la Hegemonía controla o puede dirigir a los Arquitectos para asustar a la humanidad y que acepte a esos amos alienígenas. En las siguientes décadas no son muchos los grupos humanos que se someten al dominio hegemónico.

28 Después. Los experimentos en inteligencia distribuida autónoma, concebida en su origen como una herramienta para la obtención de recursos, se centran en el esfuerzo bélico. La primera entidad colmenera que se desarrolla se suma al arsenal humano.

43 Después. En medio de la guerra se produce el primer contacto entre humanos y hannilambras, cuando naves hannis escapan por poco de la respuesta hostil al aproximarse al Mundo de Clerk. A partir de ahí los hanni mantendrán ocasionales convoyes de suministros, por un precio, a las colonias humanas. También transportarán a humanos fuera de las colonias amenazadas.

48 Después. Arquitectos llegados a Lycos dejan la colonia intacta. Por ésta y otras pistas queda claro que los Arquitectos tienen algún tipo de relación con los restos y reliquias originarias. Se descubre que el santuario de Encanto Prime contiene reliquias originarias y fracasa un intento de usarlas para repeler a los Arquitectos en otras colonias, llevando a ellas materiales originarios. Después de la destrucción de Comuna Karis, cuyos habitantes confiaron en reliquias traídas de Encanto Prime, la Hegemonía consigue hacer entender un mensaje terrible: sólo ellos pueden transportar reliquias de forma que retengan sus propiedades contra los Arquitectos. A partir de ese momento y hasta el final de la guerra, distintas colonias humanas aceptarán someterse a la Hegemonía para conseguir esa protección.

51 Después. Los Arquitectos llegan a Amraji, una gran colonia humana-castigar repleta de refugiados. Una considerable fuerza militar humana se encuentra en el lugar, a causa de la llegada y los destrozos de un arca naeromathi. El Partenón, los colmeneros y las fuerzas humanas regulares atacan al Arquitecto para dar tiempo a la evacuación. Los naeromathi se unen a la batalla del lado humano. El esfuerzo combinado consigue que la mitad de la población del

planeta escape. Sin embargo, también resultan destruidas la mayoría de las fuerzas desplegadas, incluyendo el arca. La «paz de Amraji» no es un acuerdo formal con los naeromathi, de la misma manera que las hostilidades tampoco fueron una guerra como tal. Pero en adelante los combates entre naeromathi y humanos se reducirán al mínimo.

Durante estos años, en la cumbre de la guerra con los Arquitectos, la humanidad sobrevive a duras penas bajo la sombra constante de la aniquilación. Todo el mundo tiene una bolsa de emergencia e información de adonde ir en caso de que ocurra lo peor. La especie al completo sufre un shock traumático multigeneracional.

68 Después. Un transporte de refugiados, el *Monumento*, llega a Puerto Forthbridge a la vez que un Arquitecto. A bordo viaja Xavienne Torino, de quince años, que asegura que puede escuchar los pensamientos de los Arquitectos. A través de un proceso totalmente misterioso entonces, Xavienne es capaz de pedir al Arquitecto que se vaya del sistema. Y para sorpresa de todos, lo hace.

76 Después. Los científicos humanos trabajan con Xavienne Torino para aislar la casualidad genética y neurológica precisa que le permitió interactuar con Arquitectos a través del nospacio. Para el 76 ya se ha desarrollado la primera generación de intermediarios artificiales. De los voluntarios que se consideran adecuados, menos de un diez por ciento sobrevive al proceso y se mantiene cuerdo. Idris, entre ellos, tiene veinte años cuando termina el programa.

78 Después. Batalla de Berlenhof. El mundo humano más rico y poblado detecta la proximidad de un Arquitecto y las fuerzas militares se disponen a intervenir. La armada parteni al completo, varias celosías colmeneras, las fuerzas humanas regulares y distintos aliados alienígenas luchan para proteger el planeta. Los defensores pagan un coste colosal, pero las armas parteni de primera fila consiguen dañar al Arquitecto. El uso de los intermediarios también parece ser efectivo. Sin embargo, de los ocho inters desplegados, tres mueren y otros dos enloquecen en el intento de entrar en

contacto con el Arquitecto. En cualquier caso, Berlenhof se salva.

En los seis años siguientes, los Arquitectos destruyen otras dos colonias humanas. En ambos casos, los animosos defensores sólo consiguen ganar algo de tiempo para que se prolongue la evacuación.

80 Después. El Programa de Intermediarios alcanza su mayor fortaleza con treinta inters de combate. Su entrenamiento se basa en las lecciones aprendidas en Berlenhof. Se dirigen a encontrarse con los Arquitectos en cuanto se les detecta y buscan hacer contacto para que las criaturas adviertan su existencia. Sus intentos consiguen avances progresivos.

84 Después. Los éxitos de los intermediarios culminan con Idris y otros dos estableciendo pleno contacto con un Arquitecto en Lux Lejana. Informan de que el enemigo fue en esa ocasión consciente de su existencia por un momento. Después de este resultado, no hay más avistamientos de Arquitectos.

Mientras la gente se da cuenta de que la guerra ha terminado al fin, tres generaciones después de su comienzo, la sociedad y la economía humanas se encuentran en un estado ruinoso. La población está desesperada, las Colonias no tienen recursos suficientes y están superpobladas. No hay ninguna unidad política real y las fricciones se repiten entre las Colonias necesitadas y sus vecinos alienígenas. El creciente descontento parece que terminará con la fragmentación de la poliáspora en docenas de estados enfrentados.

88 Después. Se forma el Consejo de Intereses Humanos o «Hum» cuando varias colonias humanas se reúnen para prevenir guerras intestinas y regular sus relaciones. El grupo fundador no incluye a muchas colonias pequeñas. También excluye a comunidades expatriadas dentro de colonias alienígenas, que tendrán voz más adelante. Sin embargo, sí que están presentes tanto el Partenón como colonias humanas que han jurado sumisión a la Hegemonía.

96 Después. Los colmeneros, la inteligencia cibernética

desarrollada durante la guerra, siguen bajo control humano, pero algunos elementos de su inteligencia distribuida piden la independencia y la autodeterminación. Hay represiones humanas brutales contra células colmeneras que se niegan a cumplir sus funciones. Los colmeneros citan su servicio durante la guerra como argumento para que se les conceda la independencia.

103 Después. Los mundos humanos adheridos a la Hegemonía hacen campañas de proselitismo, e incluso llevan a cabo actos terroristas. A raíz de ello, el Hum vota excluir de sus filas a las colonias humanas que han jurado sumisión a la Hegemonía. Se extiende el temor de que el resultado sea una guerra con los essiel, pero no se produce. La política de la Hegemonía, según trasladan sus portavoces humanos, sigue siendo la de que están dispuestos a aceptar la sumisión de quien se les quiera unir.

105 Después. El debate político sobre el futuro de los colmeneros llega a su fin cuando el Partenón demanda que se les libere del control humano. La decisión de permitir la independencia, forzada por la superioridad militar parteni, es polémica. Los colmeneros son liberados de los servicios que realizan y no tardan en trasladarse a mundos fuera del control humano, en los que la colonización resulte imposible. Los primeros contactos de los colmeneros con sus antiguos amos son casi siempre a través del Partenón. Con el tiempo, algunos colmeneros volverán al espacio humano para ofrecer sus servicios profesionales.

107 Después. Más de veinte años después de la guerra aparecen las primeras señales del movimiento nativista. Se manifiestan en una creciente hostilidad hacia las potencias alienígenas, en particular contra la Hegemonía. También muestran su antagonismo hacia elementos humanos que consideran desviados del modo de vida «tradicional», sobre todo el Partenón. En ese momento el Hum sólo existe desde hace diecinueve años, y muchas colonias humanas siguen en dificultades. Muchos humanos nacidos de forma tradicional creen que el Partenón intenta imponer su forma de vida «antinatural» al resto de la humanidad a punta de pistola. Otros temen que los colmeneros se venguen por su servidumbre anterior. Otra creencia nativista popular es que los sectarios hegemónicos —

tanto los que lo son públicamente como los que lo esconden— forman una quinta columna en muchos mundos con el objetivo de manipular a los gobiernos para conseguir el sometimiento a sus señores alienígenas. Hay disturbios, manifestaciones, golpes y distintos movimientos populares.

109 Después. El movimiento de los Traicionados empieza a ganar adeptos. Difunden la historia de que los Arquitectos podrían haber sido totalmente derrotados si no hubiera sido porque ciertos partidos habrían aceptado limitar la expansión humana para su propio beneficio. Incluyen entre esos «traidores» a los intermediarios, al Partenón y especies alienígenas. Los Traicionados alimentan el odio contra el Partenón y la Hegemonía y llevan a cabo acciones terroristas contra ciudadanas del Partenón.

110 Después. El Partenón se separa oficialmente del Hum, declarando a su flota como un estado al margen del gobierno humano tradicional. Se teme que se llegue a una guerra, pero no se produce y se mantienen las relaciones diplomáticas. La situación resulta menos frágil que durante los últimos años de la presencia del Partenón en el Hum.

En la siguiente década, la vida colonial mejora lentamente, pero la división política se va agrandando. La capacidad del Hum de influir en las colonias en recuperación disminuye a medida que facciones más extremistas y populistas se hacen con el poder. Las colonias de mayor tamaño y poder forman un núcleo relativamente egoísta. En los límites del espacio humano, hay una rica mezcla de humanos y alienígenas que investigan, colonizan y exploran.

123 Después. El presente.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a mi agente y mis editores por todo el trabajo que han puesto en este libro. Además, dada la tensión de los últimos años, mi sentido agradecimiento a la comunidad de colegas autores y creadores que han sido mi salvavidas mental cuando les necesité.

Economía de bajo consumo[1]

Tobler se despierta con la consola llena de señales rojas. Activa el programa diagnóstico. Nada de lo que ha fallado es esencial, o de lo contrario no se habría llegado a despertar. A menos que el diagnóstico también falle, en cuyo caso le espera un juego letal a la gallinita ciega. Pone en marcha los programas de autorreparación que han conseguido autorrepararse y algunas de las señales se apagan. La pequeña constelación roja que queda le parece asumible. Así es su vida ahora.

Tobler comprueba la telemetría y la distancia, se hace un mapa mental del vacío casi absoluto que lo rodea. Su detector de afloramientos ha captado unos ecos sugerentes de una gran roca que se encuentra a tan sólo unos cien mil kilómetros. Su contrato lo obliga a investigar, y Tobler lo cumple a rajatabla. Todos los compañeros de Tobler lo cumplen a rajatabla. Están construyendo el futuro.

Aquí fuera el futuro parece enorme, oscuro y vacío, como el espacio. Recuerda los vídeos que se desarrollan en campos de asteroides, con naves que zigzaguean entre las enormes rocas que pasan junto a sus ventanas o chocan entre sí con espectaculares explosiones. Aquí está Tobler, en el mismísimo y denso corazón del cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter, y a simple vista no se puede distinguir ni un solo objeto. Incluso si el vacío no fuera negro como el carbón, con el sol convertido en una mera estrella brillante en el firmamento, los ojos sólo encontrarían ausencia. Ni siquiera los detectores de afloramientos perciben más que una roca individual, a la que ahora se está aproximando en su pequeña cápsula. Esto es lo más concurrido que puede estar el espacio. Ésta

es la hora punta del cinturón de asteroides en toda su gloria.

La cápsula de Tobler mide tres veces lo que Tobler, algo muy pequeño en términos espaciales. El propio Tobler es bajito. No hay grandullones en el espacio. La masa muscular es indeseable cuando te empaquetan en una lata y te lanzan en un viaje de décadas hacia los campos de asteroides. Cuando estás acurrucado como un feto en una cápsula que contiene: 1) el motor y los propulsores, 2) una fábrica de nanos mineras, 3) el sistema de soporte vital más básico que pudieron conseguir, y 4) tú. Sus rodillas han estado pegadas a su barbilla durante más de dos vidas humanas, y de él ya sólo queda la piel, los huesos, el cabello y las tripas suficientes para entender quién es y cuál es su trabajo. Cualquier otra cosa es indeseable. Todo lo demás se ha atrofiado década tras década, fragmentos y piezas que se han desprendido sin que su consola tuviera la cortesía de dedicarles una señal roja.

Se aproxima a la roca a gran velocidad, y ahora es el momento en que Tobler comprobará si sus propulsores funcionan según lo previsto o si alcanzará su objetivo tan rápido que su cara acabará en su nuca. Los propulsores no habían merecido una señal roja, afortunadamente, y tampoco había tan pocas señales rojas que significase que el programa diagnóstico había entregado su espíritu mecánico al fin. Así que Tobler frena.

Frena, y luego contacta. La roca mide kilómetro y medio en su eje mayor, y la mitad en el eje perpendicular. Está girando, pero Tobler se pone a la par hasta que gira en sincronía, y dado que esto es el espacio y no existe otro marco de referencia, eso supone que ambos están completamente estables cuando se aproxima y toca tierra.

Los sensores confirman el afloramiento. Iridio, antimonio, cobre y oro. Todos materiales que sus empleadores codician. Todos materiales que le valdrán una buena pasta. O al menos una pasta. O algo. Porque estos días un trabajo es un trabajo. Uno acepta lo que venga si quiere comer. Y a veces eso quiere decir que la comida está a cuatrocientos millones de kilómetros, y no la verá en varias vidas humanas. Más vale que sus tataranietos dejen los platos bien limpios, reflexiona.

Tobler decanta las nanos mineras y repasa la lista completa de mediciones para asegurarse de que esta colonia prende.

Comenzarán a comerse la roca y a extraer los minerales, y finalmente su programa les hará activar una baliza dirigida hacia la flota. Si es que hay una flota. Cuando salió de la Tierra aún estaban trazando los planos de los astilleros. Probablemente en el siglo largo que ha transcurrido hayan armado un casco o dos. Pero habrá una flota. Ésa es la fase 2.

Tobler y sus muchos compañeros dispersos son la fase 1. Porque así es más eficiente. Porque la economía iba mal cuando salió de la Tierra. Porque estaba desesperado. Porque necesitaba el empleo.

Repasa las señales rojas restantes, las que el autorreparador no puede arreglar, y envía una petición de mantenimiento. Se clasifica en la carpeta con todas las demás peticiones de mantenimiento. Supuestamente un día habrá una nave de mantenimiento. Una nave a la que poder dirigirse y, cuando se despierte en ella, ya no habrá ninguna señal roja. ¿Es posible imaginárselo siquiera? La nave de mantenimiento debería estar disponible al mismo tiempo que la primera recolectora, la vanguardia de la flota. La mítica fase 2.

Hay una fase 3. Hay muchísimas fases. Cuando uno forma parte de la fase 1, todas las demás fases son como los asteroides. Dispersos en un gran campo de nada, e imposibles de distinguir a simple vista.

Las nanos han prendido. Cuando llegue la época de la cosecha, en una década o así, habrá una buena cantidad de iridio. Las operaciones iniciales de las nanos liberan suficientes materiales para alimentar su pequeña fábrica, proporcionando los elementos para las siguientes nanos. También combustible para el reactor de la cápsula. Es hora de volver a lanzarse al vacío. Los detectores de afloramientos muestran una cierta cantidad de objetivos posibles, y la cápsula calcula automáticamente a qué velocidad se mueven y el ángulo preciso que debe seguir para interceptarlos.

Tobler usa el enlace básico que le comunica con los sistemas de la cápsula para asentir a todas sus consultas. Va a enviar un paquete al espacio, y el paquete es él. Sólo tiene que ponerle un lazo.

Tobler vuelve a dormirse.

Tobler se despierta. En su consola, señales rojas. Diagnóstico; autorreparador. Más señales rojas que antes, pero así es la entropía. Envía una petición de mantenimiento a reunirse con las anteriores. Esta vez el afloramiento no rinde, porque los sensores la han

cagado. Ya hay una colonia de nanos allí, por lo que Tobler no tiene nada que hacer. Con toda la amplitud del espacio, y alguien llegó allí antes. Ha dejado una marca. «Karen», puede leer, roído en la roca por la colocación de las nanos. Se pregunta quién era Karen, y cómo era. Dónde estará ahora. Son miles los que componen la fase 1, pero nunca se ha encontrado con ninguno de los demás, ni lo espera. El cinturón de asteroides es muy grande. La especie humana es muy pequeña. Tobler no es más que una mota de polvo en el ojo del universo.

Dispone una nueva trayectoria. Confirma todas las comprobaciones. Maldice haber perdido su valioso tiempo. Lo que es mentira, desde luego. Su tiempo no vale nada, y es todo lo que puede dar a la compañía. Lo que ha malgastado es su energía y sus recursos. No puede obtener combustible aquí. Sus nanos reconocen que otra colonia ha dejado su marca en esta roca, haciéndola suya. Debe confiar en que tendrá suficiente para llegar a la siguiente roca y frenar hasta posarse en ella.

Se suponía que este trabajo lo iban a hacer robots, pero entonces se toparon con la curva inversa de automatización que estaba fastidiando a todas las industrias de la Tierra. Porque los robots son caros. Necesitan iridio, cobre, oro y antimonio, y todas las demás materias que están allí en los asteroides y son gratis si puedes cogerlas. Se puede construir una flota de robots para hacer minería de asteroides, una vez que la minería de asteroides proporcione fondos para la flota de robots. O se puede pagar la mitad y enviar a personas. Las personas no eran caras. Las personas eran el único recurso que la Tierra poseía en una cantidad que excedía todo uso posible. Era caro mantener a todas esas personas libres, alimentadas e hidratadas, pero resultó que, si metías a una persona en una cápsula de unas tres veces su tamaño y la enviabas en un viaje sin retorno a los asteroides, bajo la promesa de que alimentarías a su familia y a sus descendientes en tanto que siguiera encontrando afloramientos, eso no era tan caro. Mejoraba los números, porque era creación de empleo. Así que metieron a Tobler, Karen y los demás en sus capsulitas, los durmieron y los lanzaron hacia el cinturón de asteroides, y quién sabe cuántos llegaron allí. Pero si se lanzan suficientes miles de cápsulas con sus personas dentro en dirección al cinturón, en unos pocos siglos se obtenían beneficios. Y

al menos puedes decir al pueblo y a los inversores que algo estás haciendo.

Tobler no ha sabido nada de la Tierra ni de ningún otro ser humano en casi doscientos años. Sólo puede asumir que no han retrocedido a la Edad de Piedra. Pero incluso si lo han hecho, quizá consigan regresar al espacio algún día. Quizá alcanzarán el punto, dentro de mil años, en que querrán aprovechar la vasta riqueza mineral de esta parte del sistema solar. Y probablemente Tobler seguirá aquí fuera, si lo permiten las señales rojas, dejándolo todo listo para ellos. Si no para su familia, para otra. Si no para su civilización, para otra.

Tobler vuelve a dormirse.

Tobler se despierta. Ahora hay realmente muchas señales rojas, y una de ellas supone el último servicio del programa diagnóstico, que ha incluido su propio nombre en las necrológicas. El autorreparador yace en su lecho junto al diagnóstico, mirando a las estrellas y sollozando por su lejanía.

Pero hay un afloramiento, y al menos nadie ha llegado antes a él. Y los propulsores siguen frenando, aunque Tobler tiene que manejarlos con cuidado para evitar aproximarse en un ángulo incorrecto y saltarse a su objetivo por medio millón de kilómetros. Para eso se requiere un humano. Por eso un robot sería caro. Tobler puede improvisar, incluso si su cuerpo es una cáscara atrofiada que apenas recuerda.

Hoy se siente rebelde. No envía una petición de mantenimiento. El universo no se viene abajo.

La colonia de nanos está poco activa, pero consigue despertarla saltándose la mitad de sus protocolos: pídele eso a un robot. Este asteroide es especialmente bueno, repleto de minerales para que las nanos los mastiquen. Se ponen a ello con ganas. Todas esas señales rojas referidas a la colonia de nanos resultan no ser más que los sueños febriles de su diagnóstico moribundo, después de todo. Resulta agradable pensar que a veces el universo está en realidad menos jodido de lo que indican los sensores.

Traza el siguiente rumbo, otro afloramiento afortunado que luce como un puntito de fuego en el vacío, tan distante que podría ser una estrella. Pide un deseo, dispone la trayectoria y activa el lento impulso de los motores que le permitirá alcanzar la velocidad

necesaria en siete meses más o menos.

Y las cosas se estropean. Algunas de las señales rojas no eran falsas. «Te lo dije», le susurra el diagnóstico desde su lecho de muerte. Va en el ángulo equivocado, lo que hace imposible que alcance ese asteroide. Prueba con los propulsores, y frena casi todo su impulso antes de que ellos mueran también. Queda abandonado a una lenta deriva, mientras su último afloramiento se aleja a su espalda, todavía visible como una vasta montaña de metales valiosos, luego un peñasco, una roca, una piedra, un punto. Luego nada, perdida entre el resto de la nada.

Prueba el autorreparador. No responde. El programa diagnóstico ha fallecido.

Improvisación: ataca la madeja del software, todos los parches, cambios y arreglos que hizo para que la cápsula siguiera en marcha cuando se averiaba. Se pasa demasiado tiempo toqueteando el código y las conexiones, como una serie de agotadores ejercicios mentales. Está consumiendo su propia vida. Resulta caro estar despierto tanto tiempo. La economía de una cápsula minera está en un equilibrio muy preciso, y esto no estaba en el presupuesto.

Y no sirve de nada. El ejército de señales rojas se abalanza sobre él y lo amenaza a punta de pistola. Nada de lo que hace sirve.

Activa la baliza de auxilio. O al menos realiza el procedimiento, pero hay tantas cosas que no funcionan ya que no tiene forma de saber si la baliza se activa o no.

En su consola hay un pequeño contador. Le indica cuánta energía tiene en reserva, y sólo desciende. Y ahora no tiene forma de que vuelva a subir, porque cada segundo que vive, respira y está despierto consume los recursos de su cápsula, atiborrando con ellos su tripa encogida, comiéndoselos sin dejar ni las migas. Y cuando se acaben, no hay más.

En algún lugar fuera de la cápsula, la señal inaudible de la baliza de auxilio canta en el completo vacío. O quizá no. Tobler se aleja cada vez más a la deriva e intenta todos los medios extravagantes que se le ocurren para reactivar los sistemas, pero tiene que aceptar que no hay suficientes apaños en el universo, y se ha quedado sin ellos. Lo que tiene es lo que lo rodea. Pura nada.

Sólo le queda una alternativa. Ahorrar energía. Desactivar el soporte vital hasta el menor nivel imaginable. Volver a dormir ese

largo sueño que es tan parecido a la fría muerte que, cuando en unos siglos finalmente cruce esa frontera, no le importará a nadie y él ni lo notará. Deja la baliza en marcha, suponiendo que haya una baliza. Se va a dormir, pues en ese sueño mortal…

Pero no soñará. No dispondrá de suficiente actividad cerebral. No había presupuesto para sueños.

Tobler se duerme.

Tobler se despierta.

Realmente, no se lo esperaba.

No hay señales rojas. Pero eso sólo quiere decir que las señales rojas están averiadas.

«Tobler», le dice la cápsula. O quizá sólo lo oiga en su cabeza. Intenta percibir la nada que hay a su alrededor. Existe una posibilidad infinitesimal de que después de todo haya alcanzado un afloramiento y pueda usarlo para reactivar todo este circo con una nueva aportación de materiales. Pero no está en ningún sitio. Ningún sitio es su actual residencia. Villa Nada, en el condado de Ninguna Parte, en los Estados Unidos del Vacío Absoluto.

«Abre los ojos, Tobler».

No puede decidir si tiene los ojos abiertos o no, pero es que no ha usado sus ojos reales en… ni se sabe cuánto tiempo. Consulta los sistemas restantes. Calculan que ha dormido dos siglos o más, pero también indican que ya no funcionan correctamente, así que quién sabe. Mucho tiempo. Puede decirse que se quedó dormido a pesar del despertador.

Pero la cápsula tiene sus propios ojos, el único estímulo visual que ha percibido desde que lo lanzaron rumbo al cinturón de asteroides una cálida mañana terrestre hace demasiadas vidas, y lo pusieron a trabajar. Se debate contra el código muerto y moribundo para abrirlos y encender las cámaras. ¿Por qué no echar un buen vistazo a la nada por última vez?

Las reservas de energía están en el cero absoluto. Por tanto, supone que debe de estar muriéndose, y la cápsula lo ha despertado tan sólo para que pueda saborearlo. «Gracias, cápsula».

«Tobler». La voz está dentro de su cabeza, pero es que todo lo que experimenta del universo está en su cabeza, puesto que está encerrado en una capsulita rodeado por la nada. ¿Acaso no están todas nuestras experiencias finalmente en nuestra cabeza? Así es

como funciona la experiencia.

«Te hemos encontrado. Eres uno de los últimos. No queda nadie, Tobler. Estamos en deuda contigo. Te debemos el traerte de nuevo a casa».

Para tratarse de la alucinación de un moribundo, podría ser peor. Una voz que le dice cosas agradables.

«Ahora establecemos contacto con tus sistemas visuales. Abre los ojos, Tobler».

Sus ojos parecen dos pasas resecas, atrofiados por la falta de uso, como la mayor parte de su cuerpo, encogidos hasta tal punto que la única razón que le impide decir «hasta que no queda nada» es la auténtica nada que hay en el exterior. Pero por fin percibe actividad en sus programas sensores. Como si alguna otra persona estuviera realmente arreglándolos, activando transformaciones y reparaciones que no consigue entender, usando protocolos inimaginables. Tan avanzados que parecen magia.

Tobler abre los ojos.

Y ve la ciudad.

Una ciudad. De mil kilómetros de diámetro, colgando como un vasto adorno de Navidad, radiante de luz plateada contra la oscuridad del vacío. Una ciudad, y ahora recibe las mediciones, con sólo pensarlo. Cien millones de personas en esta única ciudad. Saludables, felices, prósperas, creando algo en el vacío. Una flota de naves, un ejército de robots, y nadie tiene que vivir en una cápsula de tres veces su tamaño y contar cuidadosamente cada gasto de energía mientras ve cómo se multiplican las señales rojas.

«Estás llegando a casa, Tobler», dice la voz en su cabeza. «¿Ves la ciudad? ¿Ves lo que has construido?».



ADRIAN TCHAIKOVSKY nació en Woodhall Spa, Lincolnshire. Estudió psicología y zoología en la universidad de Reading. Por razones que no estaban claras incluso para él mismo, posteriormente terminó leyes y trabajó como ejecutivo legal tanto en Reading como en Leeds, donde ahora vive. Casado, es un entusiasta de los juegos de rol en vivo y actor aficionado ocasional, se ha entrenado en peleas de escenario y no tiene mascotas exóticas o peligrosas de ningún tipo, posiblemente con la excepción de su hijo. Es el autor de la serie Shadows of the Apt, aclamada por la crítica, y su novela independiente, *Children of Time*, es la ganadora del Premio Arthur C. Clarke en su 30º aniversario a la mejor novela de ciencia ficción.

Notas

[1] Narración corta de Adrian Tchaikovsky (N. E.). < <